

Por la autora de **BLANCANIEVES DEBE MORIR**

**NELE NEUHAUS**

# EL LOBO FEROZ



MAEVA | NOIR

**D.J.57**

Si tienes un club de lectura  
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás  
guías de lectura de algunos de nuestros títulos  
<http://www.maeva.es/guias-lectura>

## Índice

[Cubierta](#)

[PERSONAJES Y LUGARES DE LA NOVELA](#)

[Prólogo](#)

[Jueves, 10 de junio de 2010](#)

[Viernes, 11 de junio de 2010](#)

[Lunes, 14 de junio de 2010](#)

[Jueves, 24 de junio de 2010](#)

[Viernes, 25 de junio de 2010](#)

[Sábado, 26 de junio de 2010](#)

[Domingo, 27 de junio de 2010](#)

[Lunes, 28 de junio de 2010](#)

[Martes, 29 de junio de 2010](#)

[Miércoles, 30 de junio de 2010](#)

[Jueves, 1 de julio de 2010](#)

[Viernes, 2 de julio de 2010](#)

[Sábado, 3 de julio de 2010](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)

*Para Matthias.*

*Heaven is a place on earth with you.*

# PERSONAJES Y LUGARES DE LA NOVELA

## Personajes principales

**Altunay, Cem:** Inspector de la K 11 de Hofheim.

**Behnke, Frank:** Antiguo compañero de Oliver von Bodenstein y Pia Kirchhoff en la K 11 de Hofheim.

**Bodenstein, Oliver von:** Inspector jefe de la K 11, la sección de Homicidios de la Policía Judicial de Hofheim.

**Christoph:** Director del Opel Zoo y pareja de Pia.

**Engel, Nicola:** Comisaria jefe de la comisaría de Hofheim.

**Fachinger, Kathrin:** Inspectora de la K 11 de Hofheim.

**Finkbeiner, Emma:** Antigua compañera de clase de Pia.

**Finkbeiner, Florian:** Marido de Emma, médico en Doctors Worldwide.

**Finkbeiner, Josef:** Suegro de Emma y fundador de la asociación benéfica Niños del Sol.

**Finkbeiner, Renate:** Suegra de Emma.

**Frey, Markus Maria:** Fiscal superior responsable de los casos.

**Grasser, Helmut:** Conserje de los suegros de Emma y del recinto de Niños del Sol.

**Herzmann, Hanna:** Periodista y presentadora de *A corazón abierto*, un popular programa televisivo de reportajes y testimonios.

**Herzmann, Meike:** Hija de Hanna.

**Kirchhoff, Henning:** Médico forense y exmarido de Pia.

**Kirchhoff, Pia:** Inspectora jefe de la K 11.

**Kornbichler, Vinzenz:** Exmarido de Hanna.

**Kröger, Christian:** Inspector jefe de la Policía Científica de Hofheim.

**Lilly:** Nieta de Christoph, que pasa unos días en Birkenhof con su abuelo y con Pia.

**Louisa:** Hija de Emma y Florian.

**Matern, Wolfgang:** Director de programas de Antenne Pro y amigo íntimo de Hanna.

**Niemöller, Jan:** Codirector de Herzmann Productions.

**Ostermann, Kai:** Inspector de la K 11 de Hofheim.

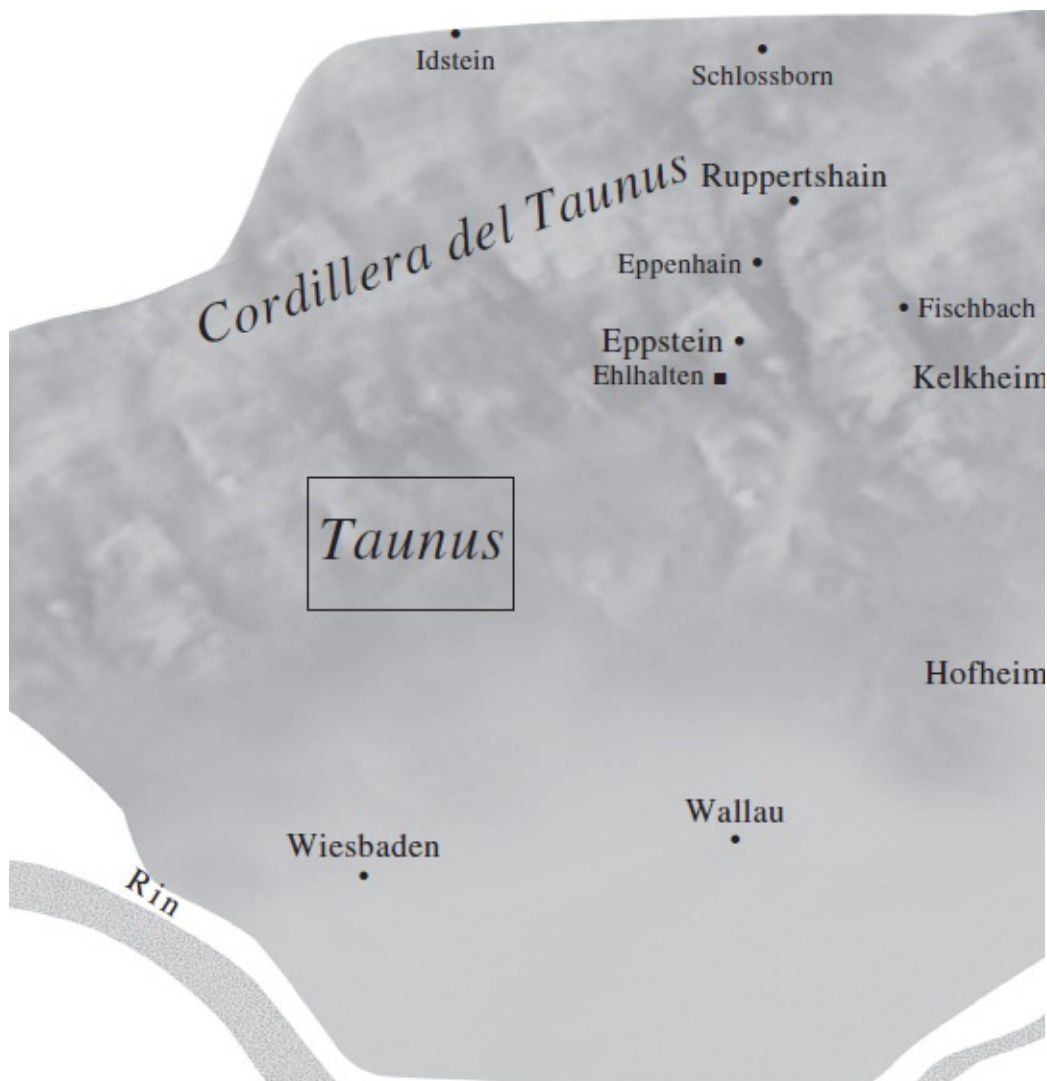
**Prinzler, Bernd:** Antiguo miembro de los Frankfurt Road Kings.

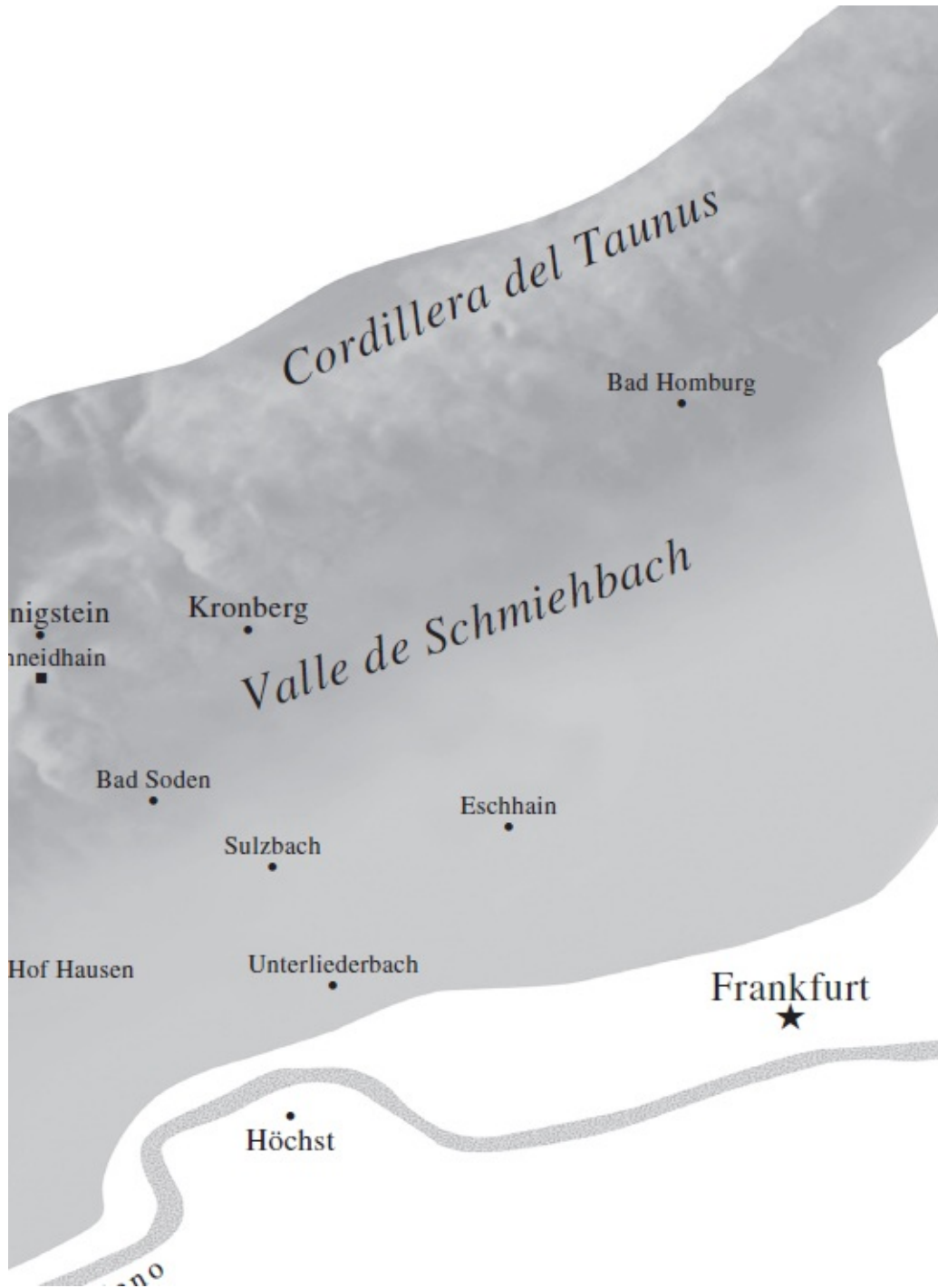
**Rothemund, Kilian:** Antiguo abogado de éxito.

**Verges, Leonie:** Psicoterapeuta de Hanna Herzmann.

# El mundo de **Nele Neuhaus** EL TAUNUS

El Taunus, una región cercana a Frankfurt, es un paisaje dominado por la cordillera que le da nombre. Lleno de valles pintorescos, es el escenario de la serie policíaca de Nele Neuhaus. Su papel en las tramas es tan importante como el de los personajes protagonistas, el inspector jefe Oliver von Bodenstern y su colega Pia Kirchhoff.







## Prólogo

Dejó la bolsa del súper y metió las compras en la minúscula nevera. El helado, del sabor de Häagen-Dazs preferido de ella, estaba casi derretido, pero él sabía que era así como le gustaba: medio deshecho, cremoso y con sus trocitos de galleta crujiente. Habían pasado varias semanas desde la última vez que se vieron. Aunque le costaba resistirse, nunca la presionaba. No debía precipitar las cosas, debía mostrarse paciente. Ella tenía que ir a verlo porque le apeteciera. El día anterior por fin había dado señales de vida y le había enviado un mensaje de texto. ¡Enseguida la tendría allí! La expectación hizo que se le acelerase el corazón.

Echó un vistazo para revisar toda la caravana, que la noche anterior había tenido la precaución de ordenar, y se fijó en el reloj que colgaba sobre la pequeña cocina americana. ¡Las seis y veinte ya! Sería mejor que se diera prisa, no quería que lo encontrara así, todo sudado y sin afeitarse. Después del trabajo se había acercado un momento a la peluquería, pero aún notaba ese olor a rancio del puesto de comida rápida adherido a todos los poros de su piel. Se desvistió enseguida, metió en la bolsa vacía del súper la ropa, que apestaba a sudor y grasa de freír, y se fue directo a la ducha que tenía junto a la minicocina. Aunque apenas cabía dentro y la presión del agua tampoco era para echar cohetes, prefería el cuarto de baño de la caravana a aquellos servicios públicos tan poco higiénicos del camping; nunca los limpiaban lo bastante a menudo.

Se enjabonó de la cabeza a los pies, se afeitó con cuidado y se lavó los dientes. Con frecuencia tenía que obligarse a hacer el esfuerzo, porque la tentación de abandonarse y dejarse caer en la autocompasión y el letargo solía ser muy fuerte. Tal vez lo hubiese hecho ya, de no ser por ella.

Unos minutos después se puso ropa interior limpia y un polo sin manchas, sacó unos vaqueros del armario y, por último, se abrochó el reloj en la muñeca. Un prestamista de la estación central le había ofrecido ciento cincuenta euros por él hacía varios meses. Una auténtica desfachatez, teniendo en cuenta que esa obra maestra de la relojería suiza le había costado cinco mil euros hacía trece años. Decidió conservarlo. Era el único recuerdo que le quedaba de su antigua vida. Se miró en el espejo para comprobar que todo estuviera en orden, luego abrió la puerta y salió de la caravana.

El corazón le palpitó unos segundos con fuerza al encontrársela ya allí fuera, sentada en la silla plegable de jardín. Llevaba días, semanas, anhelando ese momento. Se quedó quieto para dejar que aquella imagen calara en su interior, para embeberse de ella.

¡Qué guapa era! ¡Tan grácil y delicada! Un pequeño ángel encantador. La melena rubia y suave, cuyo tacto y cuyo olor él tan bien conocía, le caía sobre los hombros. Llevaba un vestido sin mangas que dejaba ver su piel ligeramente morena y las frágiles vértebras de la nuca. Su rostro expresaba concentración; estaba ocupada tecleando algo en el teléfono móvil y no se había dado cuenta de su presencia. Como no quería asustarla, carraspeó. Ella levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de él. La sonrisa nació en la comisura de sus labios y enseguida se extendió por toda la cara. Se levantó de un salto.

Él tuvo que tragar saliva al verla acercarse y detenerse a tan pocos centímetros. La expresión confiada de sus ojos oscuros le hizo sentir una punzada. ¡Madre mía, qué preciosidad! Ella era el único motivo por el que no había saltado a las vías al paso de un tren hacía ya meses ni se había despedido de su lamentable vida antes de tiempo de alguna otra forma sórdida.

–Hola, pequeña –dijo con voz áspera. Le puso una mano en el hombro, solo un momento, y sintió la piel aterciopelada y cálida. Al principio siempre le cohibía tocarla–. ¿Adónde le has dicho a tu madre que ibas?

–Mamá salía esta tarde con mi padrastro a no sé qué fiesta. Algo de los bomberos, me parece –contestó ella, y guardó el móvil en su mochila roja–. Le he dicho que me iba a casa de Jessie.

–Bien.

Echó un vistazo para asegurarse de que no había por allí ningún vecino curioso ni ningún transeúnte. Por dentro temblaba de expectación, notaba que le flaqueaban las rodillas.

–Te he comprado tu helado preferido –le dijo en voz baja–. ¿Entramos?

Jueves, 10 de junio de 2010

Tenía la sensación de que caía hacia atrás, abrió los ojos y todo empezó a darle vueltas. Alina se encontraba mal. No, mal no; era como si se estuviera muriendo. Olió a vómito, gimió e intentó levantar la cabeza. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado, y dónde se habían metido los demás?

Pero si hacía un rato estaban todos juntos allí, sentados debajo del árbol. Marta a su lado, echándole un brazo sobre los hombros... Se había sentido súper a gusto. Reían, él la había besado. Katharina y Mia no hacían más que quejarse de la cantidad de mosquitos que había mientras escuchaban música y bebían ese mejunje dulce: vodka con Red Bull.

Alina se incorporó con esfuerzo. Le zumbaba la cabeza. Abrió los ojos de nuevo y se asustó. El sol ya estaba bajo. ¿Qué hora sería? ¿Y dónde tenía el móvil? Seguía sin acordarse de cómo había llegado hasta allí, y tampoco sabía dónde estaba. Las últimas horas se le habían borrado de la memoria. ¡Se había quedado totalmente en blanco!

—¿Mart? ¿Mia? ¿Dónde estáis?

Se arrastró hasta el tronco del imponente sauce llorón y tuvo que reunir todas sus fuerzas para ponerse de pie y mirar alrededor. Sentía las rodillas a punto de fallarle, todo le daba vueltas y no veía con claridad. Debía de haber perdido las lentillas mientras vomitaba. Porque había vomitado. El sabor que notaba en la boca era repugnante, y aún tenía restos de vómito pegados en la cara. Las hojas secas crujían bajo sus pies descalzos. Miró hacia abajo. ¡También le habían desaparecido los zapatos!

—Mierda, mierda, mierda... —murmuró, y luchó contra las lágrimas que sentía nacer. ¡Como se presentara en casa en ese estado, le caería una bronca monumental!

Hasta ella llegaron voces y risas desde lejos. Un olor a pescado a la parrilla se le metió por la nariz y le hizo sentir arcadas. Por lo menos no había aparecido en mitad de ninguna parte; ¡allí cerca había gente!

Se apartó del tronco del árbol y dio un par de pasos inseguros. A su alrededor todo giraba como si fuese un tiiovivo, pero ella se obligó a seguir adelante. ¡Menudos cabrones estaban hechos! Amigos..., ¡y una mierda! ¡Dejarla allí tirada, borracha, sin zapatos ni teléfono! Seguro que la gorda de Katharina y la

imbécil de Mia se lo habían pasado en grande riéndose de ella. ¡Se iban a enterar esas dos cuando las viera en el instituto al día siguiente! Y a Mart no pensaba volver a dirigirle la palabra en la vida.

Hasta el último momento no vio el terraplén que caía en picado, pero se detuvo justo a tiempo. ¡Allí abajo había alguien! Entre las ortigas, junto al agua. Pelo oscuro, camiseta amarilla... ¡Era Alex! Joder, ¿cómo había acabado ahí? ¿Qué había ocurrido? Alina se dispuso a bajar sin dejar de soltar tacos. Como llevaba las pantorrillas al descubierto, le quedaron cubiertas de ronchas de ortigas y, por si eso fuera poco, se le clavó algo en la planta del pie.

–¡Alex!

Se agachó junto a su amigo y lo zarandó por los hombros. También él apestaba a vómito, y entonces gimió en voz baja.

–¡Eh, despierta! –Alina espantó con la mano los mosquitos que no hacían más que volarle por delante de la cara–. ¡Alex! ¡Despierta, venga!

Le tiró de las piernas, pero pesaba como un muerto y no fue capaz de moverlo.

Una lancha a motor pasó de largo por el río. Una ola llegó hasta la orilla, el agua borboteó entre las cañas y se derramó sobre las piernas de su amigo. Alina se quedó sin respiración del susto: justo delante de ella, una mano pálida salió del agua y pareció como si quisiera agarrarla.

Retrocedió y soltó un grito de espanto. En el río, en el cañaveral, ni a dos metros de Alex..., ¡estaba Mia! Alina creyó reconocer su rostro bajo la superficie del agua. En la tenue penumbra del crepúsculo vio una melena larga y clara, unos ojos abiertos y sin vida que parecían mirarla directamente.

Se quedó paralizada contemplando esa imagen aterradora. En su cabeza todo era caos y confusión. Joder, pero ¿qué había pasado allí? Una nueva ola movió el cuerpo inerte de Mia, su brazo pálido y fantasmagórico sobresalió más del agua oscura, como si pidiera ayuda.

Aunque seguía haciendo un calor insoportable, Alina sintió que le tiritaba todo el cuerpo. Se le revolvió el estómago, se tambaleó, dio media vuelta y vomitó en las ortigas. En lugar de vodka y Red Bull, solo salió una bilis amarga. Sollozando de desesperación, se arrastró a gatas para subir por el escarpado terraplén mientras la maleza le arañaba las manos y las rodillas. ¡Ay, ojalá estuviera en casa, en su habitación, en la cama, a salvo! Lo único que quería era alejarse de aquel lugar horrible y olvidar todo lo que había visto.

**P**ia Kirchhoff redactaba en el ordenador el último informe de sus

investigaciones en el caso del asesinato de Veronika Meissner. El sol caía sin compasión desde primera hora de la mañana sobre el tejado plano del edificio que albergaba los despachos de la K 11, la sección de Homicidios de la Policía Judicial de Hofheim, y la pantalla digital de la estación meteorológica que había en el alféizar, junto al escritorio de Kai Ostermann, marcaba treinta y un grados. Temperatura interior. Fuera estaban por lo menos a tres grados más. En las escuelas habían dado el día libre a los niños a causa del calor. Aunque tenían todas las puertas y las ventanas abiertas de par en par, no entraba ni una brizna de aire que pudiera suponer algo de alivio. A Pia se le pegaba el antebrazo a la superficie de la mesa en cuanto lo ponía encima. Suspiró, envió el documento a imprimir y después lo guardó en la fina carpeta. Ya solo faltaba el informe de la autopsia, pero ¿dónde lo había metido? Se levantó y buscó en sus bandejas de documentos para poder archivar el expediente de una vez. Hacía dos días que guardaba ella sola el fuerte de la K 11, porque su compañero Kai Ostermann, con quien compartía despacho, llevaba desde el martes en un curso de capacitación, en la Dirección Federal de la Policía Judicial de Wiesbaden. Kathrin Fachinger y Cem Altunay participaban en un seminario federal en Düsseldorf, y el jefe tenía vacaciones desde el lunes y se había ido de viaje a un destino misterioso. Por eso, a causa de la enorme falta de posibles asistentes, habían acabado desconvocando el pequeño acto solemne que la comisaria jefe Nicola Engel había organizado para primera hora de esa tarde con motivo del ascenso de Pia a inspectora jefe. A ella, en cualquier caso, no le había molestado. No se sentía cómoda siendo el centro de atención; ese cambio de graduación era una mera formalidad administrativa, nada más.

–Pero ¿dónde he metido el maldito informe? –murmuró con fastidio.

Faltaba poco para las cinco, y a las siete quería estar en la reunión de antiguas alumnas de bachillerato que se celebraba en Königstein. El trabajo en la granja donde vivía, Birkenhof, le dejaba poquísimo tiempo para cultivar las relaciones sociales, así que le hacía muchísima ilusión reencontrarse con sus antiguas compañeras de clase después de veinticinco años.

Al oír que alguien llamaba a la puerta pese a que estaba abierta, se volvió.

–Hola, Pia.

La inspectora apenas creía lo que estaba viendo. Ante sí tenía a Frank Behnke, su antiguo compañero de trabajo. Estaba muy cambiado. Había sustituido su indumentaria habitual –vaqueros, camiseta y botas de *cowboy* gastadas– por un traje gris oscuro, camisa y corbata. Llevaba el pelo algo más largo que antes, y tenía la cara más rellenita, lo cual le sentaba bien.

–Hola, Frank –contestó sin salir de su asombro–. Cuánto tiempo sin verte.

–Pero me has reconocido... –Sonrió, se metió las manos en los bolsillos del

pantalón y la miró con detenimiento de la cabeza a los pies—. Estás guapa. He oído que te ha tocado la lotería en el escalafón profesional. Pronto serás la sucesora del viejo, ¿eh?

Para variar, también esta vez consiguió molestarla en cuestión de segundos sin tener que esforzarse demasiado. A Pia se le quedó atravesada en la garganta la amable pregunta de cómo se encontraba él.

—No me ha tocado ninguna «lotería», ni mucho menos. Me han ascendido y ya está —repuso con sequedad—. ¿Y a quién te refieres con eso de «el viejo»? ¿No será a Oliver Bodenstein?

Él se encogió de hombros sin dejar de sonreír ni de mascar chicle. Esa costumbre no la había perdido.

Después de su nada gloriosa salida de la K 11 hacía ya dos años, Frank Behnke había recurrido su suspensión ante los tribunales y le habían dado la razón. Aun así, enseguida lo trasladaron a la Dirección Regional de la Policía Judicial de Wiesbaden, cosa que en la comisaría de Hofheim nadie había lamentado.

Pasó por delante de Pia y se dejó caer en la silla de Ostermann.

—Veo que han volado todos, ¿no?

Ella se limitó a mascullar algo mientras seguía buscando su informe.

—¿Y a qué debo el honor de tu visita? —preguntó luego, en lugar de responder a su pregunta.

Behnke cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—Sí, en fin, qué pena que solo pueda adelantarte a ti la buena nueva —dijo—, pero los demás no tardarán en enterarse.

—¿Qué ha pasado? —Pia le lanzó una mirada suspicaz.

—Estaba harto del trabajo de calle. He aguantado esa mierda durante demasiado tiempo —contestó Behnke sin quitarle los ojos de encima—. Las fuerzas especiales, la K 11..., ya he dejado todo eso atrás. Mis evaluaciones siempre han sido excelentes y, además, me han perdonado mi pequeño desliz.

¡Su pequeño desliz! Behnke había golpeado a la agente Fachinger en un arrebato de ira incontrolada, aparte de protagonizar otros incidentes que justificaban de sobra su suspensión.

—En aquella época estaba atravesando problemas personales —siguió diciendo—, y lo han tenido en cuenta. En la Dirección Regional me gané un par de distinciones, así que ahora estoy en la K 134, el Departamento de Asuntos Internos, soy responsable de denuncias y sospechas contra miembros de la Policía, así como de prevención contra la corrupción.

Pia creyó haber oído mal. ¿Frank Behnke en Asuntos Internos? ¡Era absurdo!

—Junto con compañeros de otros lands, en los últimos meses hemos

desarrollado un nuevo concepto estratégico que entrará en vigor en todo el país el próximo 1 de julio. Traerá consigo mejoras en la supervisión del servicio y la administración de las diferentes secciones, también en la sensibilización de los empleados y demás. –Cruzó una pierna sobre la otra y empezó a balancear el pie–. La comisaria jefe Engel es competente a la hora de dirigir a su personal, pero desde las diferentes comisarías siempre nos llegan noticias de diversas faltas cometidas por los agentes. Yo mismo recuerdo aún con claridad varios incidentes en esta casa que fueron de lo más dudoso. Encubrimiento administrativo, falta de persecución de delitos, consultas de datos no autorizadas, facilitación de documentos internos a terceros..., por citar solo unos cuantos ejemplos.

Pia interrumpió la búsqueda del informe de la autopsia.

–¿Adónde quieres ir a parar?

La sonrisa de su antiguo compañero se volvió maliciosa, y en sus ojos apareció un brillo inquietante; la inspectora no se olía nada bueno. Frank Behnke siempre había disfrutado desplegando su superioridad y su poder frente a los más débiles, un rasgo por el que ella lo despreciaba. Cuando trabajaban juntos, sus envidias y su constante malhumor habían sido una auténtica pesadilla; como agente de Asuntos Internos, podía traer consigo la catástrofe.

–Eso deberías saberlo tú mejor que nadie. –Behnke se levantó, rodeó el escritorio y se detuvo justo al lado de ella–. Tú, que sin lugar a dudas eres la preferida del viejo.

–No tengo ni idea de lo que quieres decir –repuso Pia con un tono de voz glacial.

–¿De verdad que no?

Behnke se le acercó tanto que a Pia le resultó violento, pero reprimió el impulso de retroceder ante él.

–A partir del lunes llevaré a cabo una inspección de Asuntos Internos aquí, en esta comisaría, y seguramente no tendré que escarbar mucho para sacar a la luz un par de cadáveres.

Pia sintió escalofríos a pesar del calor insoportable que hacía en el despacho, pero, aunque por dentro le hervía la sangre, por fuera consiguió mantener la calma. Incluso fue capaz de sonreír. Frank Behnke era un hombre rencoroso y mezquino que nunca olvidaba nada. Sus viejas frustraciones seguían reconcomiéndolo y, por lo visto, incluso habían crecido en esos últimos años. Ansiaba vengarse por las supuestas injusticias y humillaciones que había sufrido. No era inteligente convertirlo en un enemigo, pero el rechazo que despertaba en Pia era mayor que su sentido común.

–Pues muy bien –dijo la inspectora con burla, y se volvió de nuevo para seguir

buscando el informe—. Mucha suerte en tu nuevo trabajo, perro rastreador de cadáveres.

Su antiguo compañero se dirigió hacia la puerta.

—Todavía no tengo tu nombre en mi lista, pero eso puede cambiar de un día para otro. Buen fin de semana.

Pia no contestó a la inequívoca amenaza que había resonado en esas palabras. Esperó a que hubiera desaparecido, y entonces sacó el móvil y marcó el teléfono de Bodenstein. La llamada entró, pero no contestó nadie. ¡Mierda! Seguro que el jefe no sospechaba la desagradable sorpresa que lo esperaba a su regreso. Estaba bastante segura de saber qué era lo que había insinuado Behnke, y eso podía tener unas consecuencias más que desagradables para Oliver von Bodenstein.

Tres cascos de botellas retornables eran un paquete de pasta. Cinco cascos, la verdura para la salsa. Esa era la moneda en la que calculaba él.

Antes, en su antigua vida, nunca se había fijado en qué cascos eran retornables y cuáles no; siempre tiraba las botellas a la basura sin pensarlo. Y justamente eran esas personas, las que actuaban como él había actuado antes, quienes ahora le aseguraban su abastecimiento básico. En la tienda de bebidas, por sus dos bolsas de botellas vacías le habían dado 12,50 euros hacía un momento. Su jefe, ese usurero codicioso, le pagaba seis euros a la hora en negro por tenerlo once horas seguidas dentro de esa lata junto a un polígono industrial asando salchichas, friendo patatas y preparando hamburguesas. Si por la noche la caja no cuadraba al céntimo, se lo restaba del sueldo. Ese día había cuadrado todo, así que, para variar, no había tenido que mendigar su dinero. Además, como el gordo estaba de buen humor, incluso le había pagado lo que le debía de los últimos cinco días.

Sumando eso a los ingresos de su acción de recolección de cascos retornables, llevaba unos trescientos euros en la cartera. ¡Una pequeña fortuna! De ahí que, en un arrebatado de alegría, se hubiese permitido el lujo de ir al peluquero turco de delante de la estación central, no solo a cortarse el pelo, sino a afeitarse también. Después de pasar a comprar por el Aldi, aún le quedó bastante para pagar por adelantado el alquiler de dos meses de caravana.

Aparcó el escúter destartado junto a su parcela, se quitó el casco y sacó la bolsa de la compra del portaequipajes.

El calor lo dejaba hecho polvo. Ni siquiera por la noche refrescaba. Todas las mañanas se despertaba empapado en sudor, y luego, en ese appestoso puesto de patatas fritas hecho de chapa ondulada, tenía que soportar temperaturas de hasta



sesenta grados. La agobiante humedad del aire le solidificaba la peste a sudor, y notaba la grasa rancia sobre los poros y el pelo.

Su caravana desvencijada en una plaza permanente del *cámping* de Schwanheim habría tenido que ser una solución de emergencia puramente temporal, porque en aquel entonces aún pensaba que lo conseguiría, que recuperaría el control de su situación económica. Pero en la vida nada acababa siendo tan duradero como un recurso provisional, y hacía ya siete años que vivía allí.

Abrió la cremallera del avance, que debió de ser de un verde oscuro hacía décadas, antes de que las inclemencias del tiempo lo desgastaran y lo dejaran de un gris claro indefinible. Una vaharada de aire caliente salió a recibirlo; el interior de la caravana estaba a un par de grados más que el exterior y despedía un olor mohoso y sofocante. Daba igual lo mucho que limpiara, o que aireara hasta la saciedad; esos olores estaban impregnados en los tapizados y se habían metido por todas las ranuras y rendijas. Aun después de siete años seguían resultándole desagradables, pero no había nada que hacer.

En realidad, sentía que tras su caída a los infiernos aquel era su lugar: las favelas de los fracasados, la periferia de la metrópolis, igual que un delincuente condenado al lumpen. Allí nadie se engañaba diciendo que estaba de vacaciones, nadie miraba hacia el otro lado del río para contemplar el deslumbrante *skyline* de Frankfurt, esos símbolos del gran capital erigidos en cristal y hormigón. Casi todos sus vecinos eran jubilados empobrecidos sin ninguna culpa, o bien seres con una existencia truncada, como él mismo, que en algún momento habían descendido por la escalera mecánica de la sociedad hasta tocar fondo. El alcohol a menudo desempeñaba un papel protagonista en la historia de sus vidas, todas ellas con un parecido deprimente. Él, en cambio, se bebía como mucho una cerveza por las noches, no fumaba, cuidaba la línea y su imagen. De la renta mínima de inserción no quería saber nada, porque la sola idea de tener que presentarse como solicitante y verse a merced de la arbitrariedad cerril de funcionarios indiferentes le resultaba insoportable.

Ese mínimo resto de autoestima era lo único que le quedaba. Si lo perdía, más le valdría suicidarse.

—¿Hola?

Se volvió al oír una voz fuera. Al otro lado del seto medio seco que rodeaba la diminuta parcela donde se encontraba su caravana había un hombre.

—¿Qué quiere?

El hombre se acercó, aunque con ciertas dudas. Sus ojillos de gorrino miraron de prisa a derecha e izquierda, con recelo.

—Me han dicho que usted podría ayudar a alguien que tiene problemas con la

Administración. –La aguda voz de falsete suponía un contraste grotesco con la enorme mole de aquel tipo. En su calva incipiente se veían gotas de sudor, y un molesto olor a ajo se superponía al de secreciones corporales aún más repugnantes.

–¿Ah, sí? ¿Y quién le ha dicho eso?

–Rosi, la del quiosco. Me ha dicho: «Vete a ver al letrado, que él te ayudará».

–La bola de sebo sudada volvió a mirar a su alrededor como si temiera que alguien lo pillase allí, luego se sacó medio a escondidas un rollo de billetes del bolsillo del pantalón. Billetes de cien, incluso un par de quinientos—. Además, pago bien.

–Entre.

El tipo le había resultado antipático nada más verlo, pero eso carecía de importancia. No estaba como para escoger a la clientela, su dirección no aparecía en ninguna guía del ramo, y menos aún tenía una página web. Aun así, establecía unos límites, igual que había hecho siempre, y no se ofrecía para cualquier cosa. También sobre eso se había corrido la voz en los círculos correspondientes. Con sus antecedentes penales y todavía en libertad provisional, no pensaba dejar que lo involucrasen en nada que pudiera enviarlo de vuelta a la cárcel. El boca a boca llevaba hasta su puerta a dueños de bares y encargados de puestos de comida que se habían topado con obstáculos administrativos, a jubilados desesperados que habían sido víctimas de algún engaño mientras se tomaban su cafecito o en una venta a domicilio fraudulenta, a parados o inmigrantes que no comprendían el complicado sistema de la burocracia alemana. También a jóvenes que habían caído antes de tiempo en la trampa de las deudas por culpa de las tentaciones de una vida a crédito. Todo el que buscaba su ayuda sabía que él solo trabajaba a cambio de dinero en efectivo.

No tardó en dejar de lado la compasión que le inspiraban al principio; él no era ningún Robin Hood, era un mercenario. A cambio de un pago en efectivo y por adelantado, rellenaba complicados formularios sobre la mesa de formica arañada de su caravana, traducía la enrevesada jerga administrativa a un alemán comprensible, ofrecía consejo jurídico para todas las situaciones de la vida, y así aumentaba un poco sus ingresos.

–¿De qué se trata? –preguntó.

Su visitante captó los evidentes indicios de pobreza con una mirada de desdén y, en vista de ello, pareció ganar seguridad.

–Vaya, qué calor hace aquí dentro. ¿No tendrá una cerveza o un vaso de agua?

–No. –No pensaba hacer ningún esfuerzo por ser amable.

La época de las mesas de caoba en salas de reuniones con aire acondicionado, bandejas con botellitas de agua o de zumo y vasos puestos al revés, se había

terminado para siempre.

El gordo resolló, sacó unos papeles enrollados del bolsillo interior de su chaleco de cuero lleno de manchas y se los acercó. Papel reciclado, letra pequeña. La Delegación de Hacienda.

Él desenrolló las hojas sudadas, las alisó y les echó un vistazo.

–Trescientos –pidió sin levantar la mirada.

Cuando alguien llevaba un fajo de billetes enrollados en un bolsillo del pantalón, siempre era dinero negro. El gordo sudoroso podía permitirse pagar algo más de la tarifa habitual que les cobraba a jubilados y parados.

–¿Qué? –protestó el nuevo cliente, tal como esperaba–. ¿Por un poco de papeleo?

–Si encuentra a alguien que se lo haga más barato..., usted mismo.

El gordo masculló algo incomprensible, pero fue dejando tres billetes verdes sobre la mesa a regañadientes, uno a uno.

–¿Al menos me dará un recibo?

–Claro. Mi secretaria se lo prepara enseguida y se lo entrega a su chofer –contestó él con sarcasmo–. Venga, siéntese de una vez. Necesito que me facilite un par de datos.

El tráfico estaba parado en Baserler Platz, delante del puente de Friedensbrücke. Hacía un par de semanas que Frankfurt parecía un gigantesco solar en construcción, y Hanna se enfadó consigo misma por no haberlo pensado antes de meterse con el coche por el centro, en lugar de seguir el trayecto que pasaba por el nudo de Frankfurter Kreuz y Niederrad hacia el distrito de Sachsenhausen. Mientras cruzaba el puente del Meno a velocidad de caracol detrás de una camioneta con matrícula de Lituania que era una auténtica tartana, su cabeza no hacía más que darle vueltas a la conversación que había mantenido esa misma mañana con Norman. Aún seguía cabreada con él por lo imbécil que era y por sus mentiras. Le había costado una barbaridad despedirlo sin previo aviso después de once años, pero no le había dejado otra opción. Antes de desaparecer hecho una furia, la había insultado de mala manera y le había soltado unas amenazas terribles.

Su *smartphone* emitió un tono de notificación. Hanna lo sacó y abrió el gestor de correo. Su asistente personal le había escrito un mensaje. El asunto decía: «¡¡¡Catástrofe!!!», y en lugar de texto solo contenía un enlace de la revista *FOCUS*. Hanna hizo clic en él con el pulgar y, nada más leer el encabezado, se le cerró el estómago.

«Hanna *Inhumana*», decía en letra negrita, y al lado se veía una foto bastante poco favorecedora de ella. El corazón empezó a latirle deprisa y vio que la mano derecha le temblaba sin control, así que apretó el teléfono con más fuerza. «Solo le interesan los beneficios. Los invitados de su programa tienen que firmar un contrato leonino antes de poder abrir la boca, y todo lo que dicen se lo escribe antes la propia Hanna Herzmann (46). El albañil Armin V. (52) iba a hablar sobre sus problemas con el propietario de su vivienda en el programa que ese día llevaba por título “Mi casero quiere echarme”, pero la moderadora lo tildó de “okupa destrozapisos” ante las cámaras. Cuando protestó por ello después de la emisión, el hombre conoció una faceta muy diferente de la supuestamente compasiva Hanna Herzmann, y también de sus abogados. Armin V. está ahora en el paro y carece de domicilio; su casero terminó por echarlo. Algo similar sucedió con Bettina B. (34), madre soltera de cinco niños, que estuvo invitada el pasado mes de enero en el programa de Hanna Herzmann sobre el tema “Cuando el padre se larga”. En contra de lo acordado en las reuniones previas, Bettina B. fue presentada como una madre desbordada y alcoholizada. También en su caso, la emisión tuvo desagradables consecuencias: la mujer recibió la visita de Protección de Menores.»

–Mierda –masculló Hanna.

Cuando algo llegaba a internet, ya no podía borrarse en la vida. Se mordió el labio inferior y se esforzó por encontrar alguna solución.

Por desgracia, el artículo decía la verdad. Hanna poseía un instinto infalible para encontrar temas interesantes y no se arredraba a la hora de plantear preguntas incómodas o revolver hasta el fondo en la mierda. Lo cierto era que, cuando se ponía, le importaban un comino las personas y sus destinos, que a menudo eran trágicos, y a la mayoría incluso las despreciaba en secreto por esas ansias que tenían de exhibir hasta la última de sus miserias con tal de conseguir unos minutos de fama. Hanna sabía cómo sacarle a la gente sus secretos más íntimos delante de las cámaras, y para ello dominaba el arte de fingirse compasiva e interesada por sus historias.

Sin embargo, muchas veces la historia por sí sola no era lo bastante impactante, y entonces se hacía necesaria una pizca de dramatización. Eso había sido cosa de Norman. Él, no sin cinismo, lo denominaba «Tunea mi muermo de vida» y disfrutaba desfigurando la realidad hasta límites insospechados. Si era algo aceptable o no desde un punto de vista moral, a Hanna le traía sin cuidado. Al fin y al cabo, el éxito –medido según los índices de audiencia– le daba la razón a su táctica. Sí, las cartas de queja de esos invitados decepcionados llenaban ya varios archivadores, porque a menudo no comprendían la cantidad de detalles bochornosos que habían hecho públicos hasta más adelante, cuando

se veían expuestos al escarnio del prójimo. Aun así, solo en contadas ocasiones llegaba a materializarse una denuncia, y eso era gracias a los contratos elaboradísimos y jurídicamente herméticos que tenía que firmar todo el que quisiera aparecer en el programa y abrir la boca.

Le tocaron el claxon desde atrás. Hanna se sobresaltó y volvió al presente. El atasco se había disuelto. Levantó una mano para disculparse y pisó el acelerador. Diez minutos después torció por Hedderichstrasse y entró en el patio trasero del edificio en el que se encontraba su empresa. Guardó el móvil en el bolso y bajó del coche. En la ciudad siempre hacía un par de grados más que en el Taunus, el calor se acumulaba entre los edificios y alcanzaba niveles de sauna. Hanna se refugió en el vestíbulo climatizado y se metió en el ascensor. Mientras subía hasta la quinta planta, se apoyó en la pared fresca y contempló su imagen en el espejo con actitud crítica. Las primeras semanas después de su separación de Vinzenz había estado horrorosa, demacrada y muy desmejorada, y las chicas de maquillaje tuvieron que desplegar toda su habilidad profesional para ayudarle a conseguir el aspecto al que estaban acostumbrados los telespectadores. Pero a esas alturas ya se encontraba más que pasable, por lo menos en la luz tenue del ascensor. Había empezado a cubrirse con tinte las primeras canas plateadas, no por vanidad, sino por puro instinto de conservación. El negocio de la televisión era despiadado: los hombres podían tener el pelo gris; para las mujeres, por el contrario, eso significaba un paulatino destierro hacia programas culturales o de cocina en la franja de tarde.

Nada más abrirse la puerta del ascensor en la quinta planta, Jan Niemöller apareció ante ella como salido de la nada. A pesar de las temperaturas tropicales que reinaban fuera, el gerente de Herzmann Productions llevaba camisa negra y vaqueros, negros también, y un pañuelo alrededor del cuello para rematar el conjunto.

–¡Se ha montado una que para qué! –Niemöller se puso a su lado y caminó junto a ella dando saltitos sin dejar de menear sus delgados brazos–. El teléfono suena a cada segundo, y no había forma de dar contigo. Además, ¿cómo es que me entero por Norman, y no por ti, de que lo has despedido de manera fulminante? Primero echas a Julia, ahora a Norman... ¿Quién quieres que haga aquí todo el trabajo?

–Meike sustituirá a Julia durante el verano, eso ya estaba aclarado. Y de momento probaremos a trabajar con un productor externo.

–¡Y a mí ni me consultas!

Hanna miró a Niemöller con frialdad.

–Las decisiones de personal son cosa mía. A ti te contraté para que te ocuparas de los asuntos comerciales y me guardaras las espaldas.

–Ah, o sea que así es como lo ves tú. –Enseguida se hizo el ofendido.

Hanna sabía que estaba enamorado en secreto de ella o, mejor dicho, del aura que desprendía y que también lo iluminaba a él, como codirector de la empresa. Ella, sin embargo, solo lo valoraba como socio; como hombre, no era su tipo. Además, últimamente se había vuelto un poco demasiado posesivo. Lo mejor sería pararle los pies.

–No es que yo lo vea así, es que es así –dijo con un tono más frío aún–. Aprecio tu opinión, pero las decisiones sigo tomándolas yo sola.

Niemöller abrió la boca para protestar de nuevo, pero Hanna lo hizo callar con un gesto de la mano.

–La cadena detesta esa clase de publicidad. Con la porquería de audiencias que hicimos el mes pasado ya no estamos en una posición fuerte, así que no me ha quedado más remedio que despedir a Norman. Si nos sacan de la programación, ya podéis empezar todos a buscaros otro trabajo. ¿Eso lo entiendes?

Irina Zydek, la asistente personal de Hanna, apareció en el vestíbulo.

–Hanna, Matern ha llamado ya tres veces. Igual que, más o menos, todas las redacciones de periódicos y televisiones, salvo quizá Al Jazeera. –En su voz se notaba un deje de preocupación.

Los demás colaboradores se asomaron a las puertas de sus despachos. El desconcierto de todo el mundo era palpable. Sin duda, se había corrido la voz de que Hanna había despedido a Norman sin previo aviso.

–Dentro de media hora en la sala de reuniones –anunció ella sin detenerse.

Primero tenía que devolverle la llamada a Wolfgang Matern. En esos momentos no podía permitirse de ningún modo tener problemas con la cadena.

Entró en su luminosísimo despacho, el último del pasillo, lanzó el bolso sobre una de las sillas para las visitas y se sentó al otro lado del escritorio. Mientras encendía el ordenador, echó un vistazo rápido a las llamadas sin atender que Irina le había dejado apuntadas en varias notas adhesivas amarillas, luego levantó el auricular del teléfono. Nunca postergaba demasiado los asuntos desagradables. Apretó la tecla de marcación rápida en la que tenía grabado el número de Wolfgang Matern y respiró hondo. Él contestó apenas unos segundos después.

–Aquí Hanna *Inhumana*.

–Me alegra oír que todavía eres capaz de tomártelo con humor –repuso el director de programas de Antenne Pro.

–Acabo de despedir con efecto inmediato a mi productor porque me he enterado de que llevaba años retocando las historias vitales de mis invitados cuando la realidad le parecía demasiado aburrida.

–¿Y tú no lo sabías?

–¡No! –Imprimió en esa mentira toda la indignación de la que fue capaz–. ¡Todavía me cuesta creerlo! Yo no podía comprobar todos los detalles, claro, tenía que confiar en él. ¡Por algo ese es, o era, su trabajo!

–Por favor, dime que esto no terminará en catástrofe –rogó Matern.

–Desde luego que no. –Hanna se reclinó en su asiento–. Ya tengo una idea para darle la vuelta.

–¿Qué quieres hacer?

–Lo reconoceremos todo y nos disculparemos con los invitados.

Durante unos instantes se hizo el silencio.

–Una huida hacia delante –dijo Wolfgang Matern–. Por eso te admiro. Nunca te escondes. Espera a que lo hablemos mañana mientras comemos, ¿quieres?

Hanna casi podía oír su sonrisa, y eso le quitó un peso de encima. A veces sus ocurrencias espontáneas eran sin duda las mejores.

**E**l Airbus todavía avanzaba por la pista, pero ya se oían los chasquidos de los cinturones de seguridad. La gente se ponía de pie a pesar de la advertencia de que permanecieran en sus asientos hasta que el avión se hubiese detenido por completo. Oliver von Bodenstein se quedó sentado. No le apetecía pasarse varios minutos atrapado en el pasillo mientras los demás pasajeros lo empujaban. Un vistazo al reloj le hizo saber que iba bien de tiempo. Habían aterrizado con puntualidad a las 20.42, después de cuarenta y cinco minutos de vuelo.

Desde esa tarde tenía la tranquilidad y la certeza de que, tras dos años turbulentos y caóticos, su brújula vital por fin había encontrado el norte. La decisión de ir a Potsdam para asistir al juicio contra Annika Sommerfeld y, con ello, poner punto y final a todo aquel asunto había sido un gran acierto. Se sentía como si le hubiesen quitado de encima un peso con el que había tenido que cargar desde el verano anterior; no, en realidad desde aquel día de noviembre de dos años atrás en que comprendió que Cosima lo engañaba con otro. La ruptura de su matrimonio y el posterior asunto con Annika lo habían dejado muy desestabilizado y habían minado su autoestima de forma considerable. En los últimos tiempos, sus miserias personales le habían impedido concentrarse y lo habían llevado a cometer errores en los que antes jamás habría caído. Sin embargo, durante los últimos meses también había constatado que su matrimonio con Cosima, al contrario de lo que se había repetido a sí mismo a lo largo de veinte años, había sido cualquier cosa menos perfecto. Demasiadas veces había cedido ante ella y obrado en contra de su voluntad; por una

convivencia armónica, por los niños, por guardar las apariencias... Todo aquello había acabado.

La fila del pasillo empezaba a ponerse en marcha. Oliver se levantó, bajó la maleta del compartimento superior y siguió a sus compañeros de vuelo en dirección a la salida.

Desde la puerta A49 tenía una auténtica excursión por delante hasta llegar al exterior. En algún momento siguió una señal equivocada, como le ocurría siempre en ese aeropuerto gigantesco, y acabó en la terminal de salidas. Tuvo que bajar por la escalera mecánica hasta el nivel de llegadas y desde allí salió al aire cálido del atardecer. Faltaba poco para las nueve, la hora en que Inka había quedado en ir a recogerlo. Cruzó el carril de taxis y se detuvo junto a las plazas de estacionamiento temporal. Vio llegar el Land Rover negro de Inka desde lejos y sonrió sin darse cuenta. Cuando Cosima le prometía que iría a buscarlo a algún sitio, siempre llegaba como mínimo un cuarto de hora tarde, lo cual le enfurecía. Con Inka era diferente.

El todoterreno frenó junto a él, que abrió la puerta de atrás, subió a pulso su maleta de ruedas al asiento trasero y luego se sentó delante.

–Hola. –Inka le sonrió–. ¿Ha ido bien el vuelo?

–Hola. –Oliver sonrió también y se abrochó el cinturón–. Sí, de maravilla. Gracias por venir a recogerme.

–Ningún problema. Es un placer. –Puso el intermitente a la izquierda, lanzó una mirada por encima del hombro y se reincorporó a la hilera de coches que avanzaban despacio.

Bodenstein no le había contado a nadie por qué había ido a Potsdam en realidad, ni siquiera a Inka, aunque ella se había convertido en una verdadera amiga esos últimos meses. Sentía que el asunto era demasiado personal. Descansó la nuca contra el reposacabezas. Por lo menos toda esa historia con Annika Sommerfeld había tenido algo sin lugar a dudas positivo: por fin había empezado a reflexionar sobre sí mismo. Aquello se había convertido en un doloroso proceso de autoconocimiento, gracias al cual había comprendido que muy pocas veces hacía lo que de verdad deseaba. Siempre había transigido ante los deseos y las exigencias de Cosima, ya fuera porque tenía buen corazón, por pura comodidad o quizá incluso por su sentido de la responsabilidad, pero eso no tenía ninguna importancia. Como consecuencia de ello, se había convertido en un conformista aburrido, en un calzonazos, y había acabado perdiendo todo su atractivo. No era de extrañar que Cosima, a quien no había nada que le gustara menos que la rutina y el aburrimiento, se hubiese decidido a buscarse una aventura.

–Por cierto, me han dejado la llave del adosado –dijo Inka–. Si quieres, puedes



pasar a verlo esta misma noche.

–Ah, pues es buena idea. –Oliver la miró–. Pero antes tendrías que llevarme a casa, para que coja el coche.

–También puedo llevarte yo ahora; si no, se nos hará muy tarde. Allí todavía no hay electricidad.

–Si no te importa...

–No, no me importa. –Sonrió–. Esta noche estoy libre.

–Bueno, entonces acepto tu ofrecimiento con mucho gusto.

La doctora Inka Hansen era veterinaria y llevaba una clínica equina junto a otros dos médicos en Ruppertshain. A través de su trabajo se había enterado de que vendían esa casa, un adosado cuyo propietario se había arruinado. Las obras llevaban medio año paradas y la propiedad había salido a la venta por un precio bastante atractivo.

Media hora después ya estaban allí. Avanzaron hacia la puerta de entrada haciendo equilibrios por un tablón de madera, Inka abrió y entraron en la casa.

–El pavimento está puesto y todas las instalaciones están preparadas, pero nada más –explicó mientras se paseaban por las salas de la planta baja.

Después subieron la escalera hacia el piso de arriba.

–¡Caray! Las vistas son espectaculares –comentó Oliver.

A lo lejos se veían las luces resplandecientes de Frankfurt, a la izquierda, y del aeropuerto, muy iluminado, a la derecha.

–Es terreno no edificable –señaló Inka–. Y, de día, desde aquí se alcanza a ver incluso el castillo de Bodenstein.

A veces la vida daba unas vueltas muy extrañas. A los catorce años, Oliver se había enamorado perdidamente de Inka Hansen, la hija del veterinario de caballos de Ruppertshain, pero jamás había tenido el valor de confesárselo. Así habían empezado una serie de desencuentros que lo llevaron a marcharse a estudiar lejos. Después de eso, en su camino se habían cruzado primero Nicola y luego Cosima, y no había vuelto a pensar en Inka hasta cinco años antes, cuando se reencontró con ella durante la investigación de un asesinato. En aquel momento, él aún creía que su matrimonio con Cosima duraría para siempre, y quizá habría vuelto a perder de vista a Inka de no ser porque la casualidad quiso que la hija de ella y el hijo de él se enamorasen. Los chicos se habían casado el año anterior, y en la boda él –padre del novio– se sentó al lado de ella –madre de la novia– y estuvieron charlando muy a gusto. Después se llamaron alguna que otra vez y quedaron para comer. Con el paso de los meses había surgido entre ambos una auténtica amistad, y las llamadas y las cenas no tardaron en convertirse en una costumbre. A Oliver le gustaba estar con Inka y conversar con ella, la estimaba mucho como amiga. Era una mujer fuerte y segura de sí misma,

para quien su libertad y su independencia tenían un gran valor.

El inspector jefe estaba muy contento con su vida en esos momentos. Bueno, con todo salvo con su vivienda. No podía ocupar eternamente la cochera de la finca de su familia.

Recorrieron toda la casa en la luz menguante del atardecer, y a él cada vez le gustaba más la idea de trasladarse a Ruppertshain para estar más cerca de su hija pequeña. Cosima también vivía allí desde hacía un par de meses. Había alquilado un apartamento en Zauberberg, el antiguo sanatorio para tuberculosos, donde además tenía su despacho. Después de meses de reproches de ida y vuelta acompañados de insultos varios, Cosima y Oliver por fin se llevaban mejor que nunca. Compartían la custodia de Sophia, que para él se había convertido en una prioridad absoluta. Tenía a su hija pequeña consigo un fin de semana de cada dos, y a veces también algún día laborable, cuando su exmujer tenía compromisos profesionales.

–La verdad es que es ideal –dijo entusiasmado al terminar la visita–. Sophia tendría su propia habitación y, cuando crezca un poco, podría venir hasta aquí ella sola, o incluso acercarse con la bici a ver a mis padres.

–Sí, yo también lo he pensado –repuso Inka–. ¿Quieres que te ponga en contacto con el vendedor?

–Sí, me encantaría. –Oliver asintió con la cabeza.

Inka cerró la puerta de la casa con llave y recorrió el tablón junto a él en dirección a la calle. La noche estaba brumosa, el calor del día aún se hacía notar entre los edificios. Un olor a carbón vegetal y carne a la parrilla pendía en el ambiente, desde algún jardín les llegó el sonido de voces y risas. En la cochera de sus padres, que quedaba algo apartada de la casa grande de la finca, Oliver no tenía vecinos. Desde allí no se veían las ventanas iluminadas de otras casas, no pasaban por delante más coches que los de los clientes del restaurante del castillo. Las noches oscuras, sobre todo en invierno, el silencio del bosque a última hora se tragaba todo indicio de vida. Según de qué ánimo estuviera uno, esa calma podía resultar tranquilizadora o agobiante, pero él ya se había hartado de ella.

–Imagínate –dijo–, si esto sale bien, tú y yo seríamos casi vecinos.

–¿Te apetecería? –preguntó Inka sin pensarlo.

Al llegar al coche se detuvo, se volvió y lo miró. Bajo la luz de las farolas, el rubio natural de su melena brillaba como la miel. Oliver admiró una vez más sus rasgos marcados, los pómulos altos y esa boca tan bonita. Ni los años ni el duro trabajo como veterinaria habían logrado marchitar su belleza. Por su mente cruzó por enésima vez la pregunta de por qué Inka no había tenido nunca un marido o un compañero estable.

–Claro. –Rodeó el coche hasta la puerta del copiloto y subió–. Sería estupendo. ¿Quieres que vayamos a cenar una pizza rápida al Merlin? Estoy muerto de hambre.

Inka se sentó al volante.

–De acuerdo –respondió tras una breve vacilación, y puso el coche en marcha.

Ya era la tercera vez que Pia recorría las callejuelas adoquinadas del casco antiguo de Königstein, buscando sin suerte una plaza de aparcamiento donde cupiera su todoterreno mientras iba maldiciendo el tamaño del vehículo. Justo delante de ella, un monovolumen salió de su sitio y Pia maniobró marcha atrás con habilidad para meterse en el hueco. Después de una última mirada de comprobación por el retrovisor, alcanzó el bolso y bajó del coche. Nunca había asistido a un encuentro de antiguas alumnas y estaba realmente emocionada por volver a ver a sus compañeras de clase. Al pasar por delante de la heladería, su mirada recayó en una valla tras la que se abría la zanja de una obra. Allí se había levantado una vez la casa donde tres años atrás había descubierto el cadáver de Robert Watkowiak. Seguro que el hecho de que hubieran encontrado un muerto en la propiedad no le había facilitado las cosas al agente inmobiliario de turno para venderla.

Recorrió la zona peatonal y a la altura de la librería torció a la derecha, en dirección al parque del balneario, para dirigirse a Villa Borgnis. Ya desde lejos oyó risas y un murmullo de voces que ahogaba los sonidos del agua de una fuente rodeada por arriates de flores. Dobló la esquina y no pudo contener una gran sonrisa. ¡El mismo gallinero de siempre!

–¡Piiiiiaa! –exclamó una pelirroja de voz chillona que se acercó a ella con los brazos abiertos–. ¡Qué alegría verte!

Un abrazo cariñoso, besos a izquierda y derecha.

Sylvia estaba contentísima. La empujó ante sí para llevársela con ella y, un momento después, Pia se vio rodeada de caras conocidas y constató con sorpresa lo poco que habían cambiado sus compañeras de clase. Alguien le puso una copa de Aperol Spritz en la mano. Besos, sonrisas, abrazos efusivos, alegría sincera de volver a verla. Sylvia dio un discurso divertido que cada dos por tres se veía interrumpido por risas y silbidos, luego deseó a todas las presentes que pasaran un buen rato. Yvonne y Kristina, como gesto de agradecimiento de la promoción de 1986, le hicieron entrega de un ramo de flores y un vale para un fin de semana de *wellness*, y Pia tuvo que contener una sonrisa burlona. ¡Típicos regalos de chicas del Taunus! Pero eran de corazón, y Sylvia se emocionó y

hasta se le saltaron las lágrimas.

Pia dio un sorbo de su copa y torció el gesto. Las bebidas amargas no eran sus preferidas, pero aquella estaba muy de moda y por desgracia había desbancado en popularidad al *prosecco* de toda la vida.

–¿Pia?

Se volvió y se encontró cara a cara con una mujer morena en cuyos rasgos adultos reconoció al instante a la quinceañera que ella guardaba en el recuerdo.

–¡Emma! –exclamó sin salir de su asombro–. ¡No tenía ni idea de que fueras a venir! ¡Cómo me alegro de verte!

–¡Yo también! Acepté la invitación con muy poca antelación.

Se miraron, luego se echaron a reír y se abrazaron.

–¡Oye! –Pia no se había fijado hasta entonces en la barriga redonda de su antigua amiga de juventud–. Pero ¡si estás embarazada!

–Sí, imagínate... A mis cuarenta y tres.

–Ahora eso ya no es ningún problema –repuso la inspectora.

–Tengo una hija, Louisa, de cinco años, y en realidad pensaba que ya no tendría más. Pero cuando menos te lo esperas... –Emma pasó un brazo por debajo del de su amiga–. ¿Y tú? ¿Tienes niños?

Pia sintió la familiar punzada que solía provocarle esa pregunta.

–No –respondió sin darle importancia–. Solo he conseguido tener caballos y perros.

–Bueno, así por lo menos puedes dejarlos encerrados en algún sitio por la noche.

Las dos sonrieron.

–Caray, pensaba que ya no volvería a verte –dijo Pia, cambiando de tema–. Hace unos años me reencontré con Miriam por casualidad. Tarde o temprano, todo el mundo regresa al bonito Taunus.

–Sí, incluso yo. –Emma le soltó el brazo–. Perdona, tengo que sentarme un momento. Este calor me está matando.

Se sentó en una silla con un suspiro y Pia tomó asiento junto a ella.

–Miriam, tú y yo –dijo Emma–. Menudo trío estábamos hechas. Nuestros padres no nos soportaban. ¿Cómo le va a Miri?

–Muy bien. –Pia dio otro sorbo de su cóctel color naranja. Todavía hacía mucho calor y tenía la boca seca de tanto hablar–. El año pasado se casó con mi ex.

–Pero ¿qué dices? –Emma puso los ojos como platos–. Y tú... No sé... Para ti debió de ser bastante horrible, ¿no?

–Ay, no, qué va. Me parece estupendo. Ahora me llevo con Henning mejor que nunca, de vez en cuando trabajamos juntos. Además, yo tampoco estoy sola.

Se inclinó hacia atrás y paseó la vista por la terraza. Aquello era casi como antes, cuando salían de viaje con la clase. Las que habían sido amigas en aquella época también estaban reunidas con su grupito ese día. Tras los grandes cedros se veía la torre del castillo en ruinas, iluminada por la luz de los focos, y de fondo un cielo nocturno azul oscuro en el que las primeras estrellas asomaban ya con timidez. Una noche tranquila y apacible. Pia se alegraba de haber ido. No sucedía a menudo que pudiera aprovechar su tiempo libre para estar con gente.

–Háblame de ti –le pidió a su antigua compañera de clase–. ¿A qué te dedicas?

–Estudié para profesora de enseñanza media, pero después de dos años empecé un voluntariado en una escuela de primaria en Berlín.

–¿Como profesora? –preguntó Pia con interés.

–Al principio sí, pero después quise ir a zonas en conflicto. Para cambiar algo de verdad en este mundo. Así que aterricé en Doctors Worldwide como encargada de logística, y allí me encontré en mi elemento.

–¿Qué era lo que hacías exactamente?

–Organizar. Transporte de medicamentos, de material médico. También era la responsable de las comunicaciones, del alojamiento y de la manutención de los empleados. Trámites aduaneros, planificación de rutas, parque móvil, mantenimiento y administración del campamento, seguridad del proyecto y contacto con el personal autóctono.

–Caray... Suenan muy emocionante.

–Sí que lo era. Casi siempre nos encontrábamos con unas condiciones desastrosas, cero infraestructura, funcionarios corruptos, tribus enemistadas. Y hace seis años, en Etiopía, conocí a mi marido. Es médico de DW.

–¿Y cómo es que ahora has vuelto nada menos que al Taunus?

Emma se dio unos golpecitos en la barriga.

–El invierno pasado, cuando supe que estaba embarazada, Florian, mi marido, insistió en que me viniera a Alemania con Louisa. Al fin y al cabo, un embarazo a mi edad se considera de riesgo. Vivo en Falkenstein, con los padres de él. Puede que te suene el nombre de mi suegro: es el señor Josef Finkbeiner. Hace muchos años fundó la asociación Niños del Sol.

–Sí, claro, he oído hablar de ellos. –Pia asintió con la cabeza–. Es esa institución para madres solteras y sus hijos.

–Exacto. Algo absolutamente fantástico –corroboró Emma–. Cuando nazca el niño, también podré colaborar allí con ellos. De momento solo ayudo un poco en la organización de la gran fiesta de celebración de los ochenta años de mi suegro, que será a principios de julio.

–¿Y tu marido sigue aún en alguna zona catastrófica?

–No. Llegó de Haití hace tres semanas y ahora está dando conferencias para DW por toda Alemania. La verdad es que tampoco lo veo mucho, pero por lo menos está en casa los fines de semana.

Se les acercó un camarero con una bandeja y Emma y Pia aceptaron sendos vasos de agua.

–Oye, me ha gustado mucho volver a verte. –Pia alzó el vaso con una sonrisa–. Miri también se alegrará cuando sepa que vives aquí.

–Podríamos quedar las tres algún día. Para charlar de los viejos tiempos.

–Buena idea. Espera, te doy mi teléfono. –Rebuscó en su bolso y sacó una tarjeta de visita. Justo entonces se dio cuenta de que el móvil, que había silenciado, estaba vibrando y tenía la pantalla encendida–. Perdona –dijo, y le pasó la tarjeta a Emma–. Por desgracia tengo que contestar.

–¿Tu marido?

–No, mi trabajo.

En realidad, Pia tenía el día libre, pero eso daba bastante igual cuando había sospecha de homicidio y los compañeros de guardia pertenecían a otra sección. Justo lo que se temía: habían encontrado a una chica muerta en Eddersheim.

–Voy para allá –le dijo al agente que ya estaba en el lugar de los hechos–. Media hora. Envíame la dirección exacta en un mensaje, por favor.

–¿Estás en la Policía Judicial? –preguntó Emma, sorprendida, levantando la tarjeta–. Inspectora Pia Kirchhoff.

–A partir de hoy, de hecho, inspectora jefe. –Pia sonrió con travesura.

–¿Y qué quieren de ti a estas horas?

–Han encontrado un cadáver. Por desgracia, soy la responsable en esos casos.

–¿Sección de Homicidios? –A Emma se le abrieron mucho los ojos–. Caray, qué emocionante. ¿Y también llevas revólver?

–Una pistola, pero me temo que no es nada emocionante. Más bien frustrante, casi siempre. –Pia torció el gesto y se levantó–. Voy a ahorrarme la gran ronda de despedidas. Si alguien pregunta por mí... –Se encogió de hombros.

Emma también se levantó.

–¿Sabes qué? Te invito a nuestra fiesta de verano. Así por lo menos nos veremos una vez más. Y, si a Miriam le apetece, tráetela también, ¿vale? De verdad que me alegraría mucho.

–Me encantará ir. –Pia abrazó a su amiga–. Hasta muy pronto.

Logró marcharse sin que nadie la viera. ¡Las diez y diez! Menudo chasco. Una chica muerta. La cosa se alargaría toda la noche y, como estaba más sola que la una, la desagradable tarea de hablar con los padres recaería en ella. Enfrentarse al desconcierto y a la desesperación de las familias era lo peor de su profesión. Mientras caminaba hacia el coche por la zona peatonal, el móvil emitió un tono

y se le iluminó la pantalla. El agente de guardia le había enviado un mensaje de texto. «Mönchhofstrasse, Hattersheim-Eddersheim. Junto al embalse.» Pia abrió la puerta del vehículo, puso el motor en marcha y bajó la ventanilla para dejar que entrara un poco de aire fresco. Introdujo la dirección en el navegador GPS, se abrochó el cinturón y arrancó.

«Calculando la ruta –informó con amabilidad la robótica voz femenina–. La ruta conduce en la siguiente dirección...»

Kilómetros: 22,7. Hora prevista de llegada: las 22.43.

Hanna torció por el camino sin salida que llevaba a su casa, junto al bosque. Los focos exteriores que se encendían con el detector de movimiento la bañaron en una luz resplandeciente. Pisó el freno. Esperaba no tener la desagradable sorpresa de encontrarse allí a Vinzenz, ¡y menos aún a Norman! Pero vio un Mini de color rojo chillón con matrícula de Múnich delante del garaje doble y soltó un suspiro. Por lo visto, Meike había llegado un día antes de lo esperado. Aparcó el coche junto al de su hija y se apeó.

–¡Hola, Meike! –exclamó, y sonrió aunque no estaba de humor.

Primero la espantosa discusión con Norman, después la conversación con Wolfgang Matern. Había estado hasta las siete de la tarde en la sala de reuniones con todo el equipo en gabinete de crisis, y después ella y Jan se habían visto con una productora externa que les había expuesto sus desorbitadas condiciones durante una hora y media en la que no había dejado de fumar, metidos los tres en un bar cutre lleno de humo y de tipos con traje.

–Hola, Hanna. –Meike se levantó del último escalón de la entrada. Dos maletas y una bolsa de viaje aguardaban frente a la puerta de la casa.

–¿Por qué no has llamado para decir que llegabas hoy?

–Lo he intentado unas veinte veces –repuso su hija con tono de reproche–. ¿Cómo es que tenías el móvil apagado?

–Buf, es que hoy han surgido toda clase de líos. –Hanna suspiró–. Al final me ha dado por apagar ese trasto y punto, pero podrías haber llamado a la oficina.

Le dio a su hija un beso en la mejilla, a lo que ella reaccionó con un mohín, y luego abrió la puerta de la casa y ayudó a Meike a meter su equipaje.

El traslado de Berlín a Múnich parecía haberle sentado bien. Su hija había ganado peso desde la última vez. Tenía el pelo más largo, y el estilo de su ropa se había normalizado hasta cierto punto. Quizá faltase ya poco para que abandonara de una vez por todas ese look okupa de la pubertad tardía.

–Tienes buen aspecto –le dijo.

–Pues tú no –contestó Meike, y la miró con actitud crítica–. Se te ve más vieja.

–Gracias por el cumplido.

Se quitó los zapatos y fue a la cocina a sacarse una cerveza helada de la nevera. La relación entre Meike y ella siempre había sido complicada y, después de ese primer intercambio de frases, ya no estaba segura de si había sido buena idea pedirle a su hija que ocupara el puesto de ayudante de producción durante sus vacaciones. A Hanna nunca le había interesado lo que decía la gente de ella a sus espaldas, pero la hostilidad de Meike cada vez le afectaba más. Al teléfono, su hija enseguida le había dejado muy claro que no aceptaba el trabajo por gusto, sino únicamente por motivos económicos. A pesar de eso, Hanna se había alegrado de saber que la tendría con ella todo el verano. Todavía no se había acostumbrado a estar sola.

Se oyó la cadena del retrete, y poco después Meike apareció en la cocina.

–¿Tienes hambre? –preguntó su madre.

–No, ya he comido algo.

Hanna, agotada, se sentó en una de las sillas de la cocina, estiró las piernas y meneó los dedos de los pies. Le dolían. *Hallux rigidus* en ambos dedos gordos; el precio que tenía que pagar por treinta años calzando tacones altos. Caminar con zapatos de más de cuatro centímetros de tacón le suponía una tortura cada vez más horrible, pero tampoco podía ir corriendo por ahí todo el día con zapatillas de deporte.

–Si te apetece una cerveza fría, en la nevera quedan un par de botellas.

–Prefiero prepararme un té verde. No te habrá dado por empezar a beber... – Meike llenó el hervidor de agua, sacó una taza de porcelana del armario y rebuscó en los cajones hasta que encontró el té–. Seguro que por eso se largó Vinzenz. Siempre consigues espantar a los tíos.

Hanna no respondió a las provocaciones de su hija. Estaba demasiado cansada para enredarse en un enfrentamiento verbal como los que antes tenían a diario. Ahora los arrebatos de agresividad remitían casi siempre al cabo de un par de horas, así que Hanna intentó que aquello le entrara por una oreja y le saliera por la otra.

Meike era digna hija de padres divorciados. Su padre, notorio listillo y sabelotodo empedernido, se había ido de casa cuando ella tenía seis años, tras lo cual la había malcriado a conciencia cada dos fines de semana hasta conseguir ponerla en contra de su madre. Dieciocho años después, el resultado de ese lavado de cerebro seguía dejándose sentir.

–Vinzenz me gustaba –dijo Meike, y cruzó esos brazos tan flacos que tenía sobre sus pechos, que apenas merecían esa denominación–. Era gracioso.



Siempre había sido una niña muy normal, pero después, de adolescente, empezó a atiborrarse hasta llegar casi a los cien kilos de peso. Luego, al cumplir los dieciséis, dejó prácticamente de comer, y su anorexia la llevó a ingresar en una clínica para trastornos alimentarios un par de años atrás. Con su metro setenta y cuatro de estatura, en la báscula apenas alcanzaba los treinta y nueve kilos, y durante una larga temporada, Hanna había temido cada día recibir la llamada que le anunciara el fallecimiento de su hija.

–También a mí me gustaba, al principio. –Hanna le dio el último trago a su cerveza–. Pero después nos fuimos distanciando.

–No me extraña que saliera corriendo. –Meike soltó un bufido desdeñoso–. A tu lado no hay quien respire. Eres como un tanque, aplastas sin contemplaciones a todo el que se te pone delante.

Hanna suspiró. No le enfadaban sus palabras hirientes, solo sentía una profunda tristeza. Esa joven que casi se había matado de hambre en señal de protesta jamás la querría de verdad, y la culpa de eso era solo suya. Durante la infancia y la adolescencia de Meike, su carrera profesional le había parecido más importante que su hija, así que le había dejado vía libre a su exmarido casi sin ofrecer resistencia, y hasta con cierto sentimiento de alivio. Meike jamás había sido consciente de los pérfidos juegucitos de poder de su padre, al que durante muchos años había idolatrado sin medida; no comprendía que estaba cargando sobre las espaldas de la niña su propia venganza contra Hanna. Y su madre se guardaba mucho de abordar ese tema.

–O sea que así es como me ves –dijo en voz baja.

–Así es como te ve todo el mundo –le espetó Meike con aspereza–. Lo único que te ha importado siempre eres tú misma.

–Eso no es verdad –la contradujo Hanna–. Por ti siempre he...

–¡Ay, déjalo ya! –Meike puso los ojos en blanco–. ¡Por mí nunca has hecho nada! Para ti solo existían tu trabajo y tus novios.

El hervidor empezó a silbar. Meike lo apagó, llenó la taza de agua y sumergió la bolsita de té. La brusquedad de sus movimientos delataba la tensión interior que soportaba. A Hanna le habría encantado poder abrazar a su hija, decirle algo bonito, hablar y reír con ella, preguntarle por su vida, pero no lo hizo por miedo a que la rechazara.

–Te he preparado la cama de arriba, la de tu antigua habitación. Tienes toallas en el baño –dijo, en cambio, y metió la botella vacía en el contenedor del vidrio–. Discúlpame, por favor. He tenido un día muy duro.

–No pasa nada. –Meike ni siquiera se volvió–. ¿Cuándo tengo que estar allí mañana?

–¿Te va bien a las diez?

–Sí, de acuerdo. Buenas noches.

–Buenas noches. –Hanna se contuvo en el último segundo y no pronunció el apodo de cuando era pequeña, Mimi, ese que Meike no quería oír saliendo de su boca–. Me alegro de tenerte aquí.

No hubo respuesta, pero tampoco ningún exabrupto. Eso ya era un progreso.

–¿Qué ha pasado aquí? –Pia se agachó para colarse por debajo de la cinta del cordón policial después de haberse abierto paso entre una muchedumbre nerviosa.

–En el Club Deportivo de ahí delante celebraban una fiesta de verano esta noche –explicó el agente uniformado.

–Ajá. –Pia miró a su alrededor.

Algo más allá había varios camiones de bomberos, dos ambulancias con las luces azules encendidas, aunque sin sirenas, y junto a ellos un coche patrulla, dos vehículos de incógnito y el monovolumen Mercedes plateado de Henning. Al fondo se veía un trozo de bosque muy bien iluminado. La inspectora rodeó la pista de arena de vóley playa y echó un vistazo rápido por la puerta lateral abierta de una ambulancia en la que estaban atendiendo a una joven morena.

–Es la que ha encontrado el cadáver –explicó el técnico sanitario–. Está conmocionada y tiene dos gramos de alcohol por litro de sangre. El médico está abajo, junto al río, ocupándose del otro fiestero.

–¿Qué les ha pasado? ¿Coma etílico?

–No lo sé. –El técnico se encogió de hombros–. Esta señorita de aquí tiene veintitrés años, según su carné. La verdad es que ya es un poco mayorcita para esto.

–¿Adónde tengo que ir?

–Siguiendo esa pista hacia abajo, hasta el río. Seguramente ya habrán abierto la verja.

–Gracias.

Pia siguió andando. La pista corría a lo largo del campo de fútbol. Habían encendido los focos y al otro lado de la valla de tela metálica se veían aún más curiosos apelotonados que delante, en el cordón. Con esos tacones altos a los que no estaba acostumbrada, la inspectora casi no podía caminar. Los faros deslumbrantes de los camiones de bomberos y las ambulancias la cegaban hasta tal punto que apenas veía dónde pisaba. Había varios bomberos delante de una verja de hierro abierta, guardando ya el soplete cortante.

Dos técnicos sanitarios le salieron al paso desde la oscuridad llevando una

camilla, y tras ellos iba corriendo el médico de urgencias, que sostenía un gotero en alto.

–Buenas noches, inspectora Kirchhoff –la saludó. Se conocían de otras circunstancias similares a esas mismas horas intempestivas.

–Buenas noches. –Pia miró un momento al joven de la camilla–. ¿Qué le ocurre?

–Estaba inconsciente al lado del cadáver. Muy alcoholizado. Estamos intentando que vuelva en sí.

–Muy bien. Luego nos vemos.

Siguió avanzando como pudo por la pista, observada con avidez por los curiosos tras la valla de las instalaciones deportivas y maldiciendo en silencio por esas sandalias de tacón que nunca se ponía. Unos cuantos metros más allá se encontró con dos agentes de uniforme y con Ehrenberg, de Robos, que esa noche estaba de guardia y era quien la había llamado.

–Buenas noches –saludó Pia–. ¿Os podéis encargar de que esa gente desaparezca de las pistas, por favor? No quiero ver fotos ni vídeos del cadáver en Facebook o en YouTube.

–Por supuesto.

–Gracias.

La inspectora dejó que Ehrenberg le hiciera un breve resumen de la situación, luego siguió andando y pensó con envidia en sus compañeros, que en esos instantes disfrutaban tan tranquilos de su tiempo libre. Oyó entonces unas voces exaltadas que venían de más adelante, y pudo imaginar lo que sucedía allí. Cincuenta metros después llegó a un emplazamiento de la orilla que estaba iluminado con potencia. Al pie de un escarpado terraplén se encontraban el doctor Henning Kirchhoff, exmarido de Pia, y Christian Kröger, jefe de la Policía Científica de la comisaría local de Hofheim, ambos vestidos con monos blancos de protección. Bajo la intensa luz de los focos, parecían dos marcianos en un escenario flotante. Se tachaban mutuamente de aficionado y chapucero, el uno con una arrogancia exasperante y el otro con una rabia feroz.

En el río, una embarcación de la Policía Fluvial se había detenido ante ellos y desde el agua bañaba toda la orilla con la luz cegadora de otro potente foco.

Desde una distancia prudencial, tres agentes de rastros contemplaban la intensa discusión con una mezcla de resignación y paciencia.

–Vaya, señora inspectora jefe, qué vestido tan elegante –comentó uno de ellos antes de soltar un silbido halagador–. ¡Y menudas piernas!

–Gracias. ¿Qué pasa ahí? –quiso saber Pia.

–Pues lo de siempre. El jefe afirma que el doctor Kirchhoff sería capaz de destrozarse pruebas a propósito –contestó otro, y levantó una cámara–, pero ya

hemos hecho fotos.

Pia se dispuso a bajar, esperando no caerse delante de todos y acabar aterrizando encima de las ortigas de un metro de alto que crecían a izquierda y derecha del estrecho sendero.

–¡Lo que estoy viendo no puede ser verdad! –exclamó Kröger, fuera de sí, al verla llegar–. ¡Ahora vas tú y me pisoteas todos los restos de ADN! Primero ese listillo de Ehrenberg, después este maldito descuartizador de cadáveres, luego el médico de urgencias... ¡y ahora también tú! ¿Es que no podéis ir al menos con un poco de cuidado? ¿Cómo queréis que trabajemos con unas mínimas garantías?

Su pregunta estaba más que justificada. El terreno sobre el que se encontraban ambos medía cinco metros cuadrados como mucho.

–Buenas noches, señores.

Pia no hizo caso a Kröger; ya estaba acostumbrada a sus arrebatos. Era un perfeccionista y le habría encantado poder pasarse un par de horas solo en el lugar de los hechos antes de que nadie se lo contaminara.

–Hola, Pia –saludó Henning–. ¿Eres testigo de las injurias verbales con las que, una vez más, me bombardea este hombre de la forma más primitiva?

–Vuestros problemas de colaboración no me interesan –repuso Pia, cortante–. ¿Qué ha pasado aquí?

Kröger levantó un momento la mirada. Sus ojos se abrieron entonces mucho más, y se quedó mirando a la inspectora con cara de estupefacción.

–¿Es la primera vez que ves a una mujer con vestido o qué? –le espetó Pia. Sin sus vaqueros y su calzado cómodo se sentía fuera de lugar y extrañamente indefensa.

–Qué va. Pero... a ti, sí.

En cualquier otro momento, la expresión de admiración que advirtió en su mirada podría haberla halagado, pero en esos instantes le resultó molesta.

–¿Ya has visto bastante? Bueno, pues cuéntame lo que tenemos aquí. –Le chascó los dedos delante de la cara–. ¿Y bien?

Kröger carraspeó.

–Ah..., sí. Mmm. Situación en el momento del hallazgo: el joven inconsciente estaba tumbado boca abajo justo en el lugar donde ahora se encuentra el señor médico forense. Tenía la pierna izquierda dentro del agua. La chica, tal como sigue estando ahora.

El cadáver de la joven estaba atrapado entre las cañas y los matorrales de la orilla, flotando de espaldas, con los ojos muy abiertos y un brazo sobresaliendo del agua. Parecía moverse con cada pequeña ola que llegaba.

Pia observó el escalofriante escenario bajo la fría luz de los focos. Por un momento, el horror de ver muerto a alguien tan joven antes de que hubiera

tenido siquiera la oportunidad de vivir la vida amenazó con desbordarla.

–Algo más arriba hemos encontrado varias botellas de vodka y latas de Red Bull vacías debajo de un sauce llorón. También un par de prendas de ropa, zapatos, un móvil y un montón de vomitonas –detalló Christian Kröger–. Tengo la impresión de que unos cuantos críos consiguieron colarse en esta propiedad vallada para emborracharse sin que nadie los molestara. Y en algún momento la cosa se les fue de las manos.

–¿Cómo está el chico? –se interesó Pia.

Henning había podido examinar al joven inconsciente antes de que el médico de urgencias lo trasladara.

–El chaval también había bebido lo suyo –informó–, y había vomitado. Llevaba los pantalones desabrochados.

–¿Y qué deduces de todo ello?

–Que quizá había venido a vaciar la vejiga. Y mientras lo hacía debió de caerse terraplén abajo. Presentaba arañazos recientes en las manos y los antebrazos. Es probable que los recibiera mientras intentaba evitar la caída.

¿Qué había ocurrido allí?

Pia dio un paso hacia un lado para dejarle sitio a la gente de Kröger. Dos de ellos sacaron el cadáver de la chica del agua.

–No pesa nada. Es todo piel y huesos –comentó uno de los hombres.

La inspectora se acuclilló junto a la víctima. Llevaba un top claro de tirantes finos y una minifalda vaquera que se le había subido hacia arriba y le colgaba alrededor de la cintura. Allí la luz no alcanzaba del todo, pero a Pia le pareció que el cuerpo pálido y huesudo de la chica estaba repleto de moratones y manchas oscuras.

–Henning, ¿eso son hematomas? –Señaló el vientre y los muslos de la joven.

–Mmm, podría ser. –El forense iluminó el cuerpo con su linterna y arrugó la frente–. Sí, son hematomas y heridas abiertas lavadas por el agua. –Examinó primero la mano izquierda y luego la derecha con atención–. ¿Kröger? –llamó.

–¿Qué pasa?

–¿Puedo darle la vuelta?

–Por favor.

Henning le pasó la linterna a Pia y volvió a la chica con sus manos enguantadas para colocarla boca abajo.

–¡Dios santo! –exclamó la inspectora–. ¿Y eso de ahí qué es?

La joven tenía la parte baja de la espalda y las nalgas destrozadas por completo; los huesos de la columna vertebral asomaban blanquecinos, y también las costillas y un hueso ilíaco se veían a través del oscuro tejido muscular.

–Heridas causadas por la hélice de una embarcación –dictaminó Henning, y

miró a Pia—. Esta chica no ha muerto ni hoy ni aquí. Lleva mucho más tiempo en el agua, tiene bastante acentuadas las arrugas de humedad de las manos. Debe de haberla arrastrado la corriente.

La inspectora se incorporó.

—¿Quieres decir que no tenía nada que ver con los otros dos? —preguntó.

—Yo aquí solo soy el médico forense —repuso Henning—. Las averiguaciones son cosa tuya. El hecho es que esta chica no ha muerto esta noche.

Pia, pensativa, se frotó los antebrazos desnudos y se estremeció a pesar de que no hacía precisamente frío. Miró a su alrededor e intentó hacerse una composición de lugar sobre lo que había ocurrido.

—Intentaré sacar algo en claro de la joven que los ha encontrado a ambos —dijo—. Por favor, encárgate de que lleven a la víctima al Anatómico Forense. Espero que el fiscal nos dé enseguida la autorización para la autopsia.

—¡Espera! —Kröger le ofreció un brazo con caballerosidad para ayudarle a subir el terraplén, y ella lo aceptó.

—Gracias. —La inspectora sonrió un momento al llegar arriba—. Pero no vayas a tomar esto por costumbre.

—No hay peligro. —Él sonrió de oreja a oreja—. Solo cuando te pasees con vestiditos de gala y calzado inadecuado por terrenos intransitables.

—Empiezas a pasar demasiado tiempo con Henning. —Pia le devolvió una sonrisa sincera—. Se nota por tu forma de expresarte.

—Es verdad que es un capullo arrogante, pero tiene un vocabulario increíble. Cada vez que coincido con él en una operación aprendo algo.

—Pues dentro de poco ya podrás hacer constar esas operaciones como formación. Hasta luego.

Kröger levantó una mano para despedirse y enseguida bajó otra vez por el terraplén.

—Ah, ¿Pia? —exclamó.

La inspectora dio media vuelta.

—Si tienes frío, en mi coche encontrarás un forro polar.

Pia asintió y echó a andar hacia la ambulancia.

La velada junto a sus antiguas compañeras de clase y el inesperado reencuentro con Pia le habían sentado bien a Emma. Animada y de buen humor, abrió la puerta gregoriana de color verde oscuro de la gran villa de sus suegros, donde Florian, Louisa y ella ocupaban toda la primera planta. Emma, que había crecido en una urbanización de adosados sin sustancia, se había enamorado de aquella

gran casa de ladrillo rojo desgastado nada más verla, con sus voladizos, sus torrecillas y sus ventanas blancas de travesaños. Le encantaban los altos techos estucados de los salones, las librerías acristaladas, las decoraciones de los suelos, las barandillas de madera torneada y con filigranas. Todo destilaba encanto. La madre de Florian lo describía como estilo rococó, pero el propio Florian decía con desdén que parecía «un pastel de merengue». Lo encontraba hortera y recargado, pero le daba igual porque, para desgracia de Emma, tampoco pensaba vivir siempre allí. Ella, en cambio, sí habría podido quedarse eternamente en esa casa.

La villa se encontraba en el extremo de un gran parque que se extendía hasta llegar al bosque. Junto a ella, muy cerca, se levantaba la residencia de los Niños del Sol, que, antes de que el padre de Florian fundara la asociación a finales de los años sesenta, había sido una residencia de ancianos. Más adelante habían construido el edificio de enfrente, que en la actualidad albergaba la administración, el jardín de infancia y las aulas de formación. Más allá, en mitad del parque, había tres bungalós con entrada para coches en los que vivían los colaboradores más estrechos del suegro de Emma con sus familias. La casa del medio, de hecho, la habían construido en su día para Florian, pero él había preferido irse, así que también habían acabado por alquilarla.

Emma se había descalzado en el coche. Con ese calor, los tobillos y los pies se le hinchaban tanto a lo largo del día que por la noche ya casi le era insoportable caminar con zapatos. La escalera de madera crujió bajo su peso. Vio un tenue resplandor tras los cristales esmerilados de la puerta de tres alas de su casa, abrió sin hacer ruido y entró de puntillas. Florian estaba sentado a la mesa de la cocina, frente a su portátil. Su concentración era tal que no se dio cuenta de que ella había llegado. Emma se quedó un buen rato en el marco de la puerta, contemplando los afilados contornos de su perfil. Aun después de seis años, solo con verlo seguía sintiéndose fascinada por su marido.

Y eso que cuando se conocieron, en el campamento de Etiopía, lo suyo no había sido ni mucho menos amor a primera vista: ella, directora técnica del proyecto; él, jefe médico. Desde el primer momento no habían hecho más que pelearse. Para él las cosas nunca se conseguían lo bastante deprisa, y a ella le molestaban su arrogancia y su intensidad. No era nada fácil lograr que los medicamentos y el equipamiento técnico llegasen por carretera desde cientos de kilómetros de distancia. Aun así, ambos colaboraban con un mismo objetivo y, a pesar de que él la sacaba de quicio a todas horas, como médico sí que le había causado una honda impresión. Por sus pacientes era capaz de trabajar hasta caer rendido de agotamiento, a veces hasta setenta y dos horas seguidas, y en caso de emergencia improvisaba lo que fuera con tal de ayudar y curar.

El doctor Florian nunca hacía las cosas a medias; era médico en cuerpo y alma, amaba su profesión. Cuando no era capaz de salvar una vida humana, se lo tomaba como una derrota personal. Era esa contradicción de su carácter lo que había cautivado a Emma de forma lenta pero segura: por un lado, el amigo compasivo de las personas; por otro, el escéptico cascarrabias que casi podía resultar cínico. A veces caía en una melancolía profunda que podía convertirse en un estado depresivo, pero también sabía ser bromista, encantador y divertido como nadie. Además, probablemente era el hombre más guapo que había conocido jamás.

La compañera de Emma, al confesarle esta que se había enamorado de Florian, ya se lo advirtió. «Ni se te ocurra tocarlo a menos que quieras ser desgraciada –le dijo–. Ese hombre se carga con los problemas del mundo entero. Aunque –había añadido con sorna– tal vez sea la pareja ideal para ti, con tu síndrome de auxiliadora.» Emma reprimió enseguida las dudas que despertaron en ella esas palabras. A un hombre como Florian siempre tendría que compartirlo con su trabajo y sus pacientes, pero le bastaba con lo que quedara de él. En esos momentos, al verlo allí sentado, el corazón le rebosó de ternura. El pelo oscuro y rizado, la sombra de barba en las mejillas y el mentón, los ojos oscuros y cálidos, la boca delicada, la piel suave de su cuello.

–Hola –dijo en voz baja.

Él se sobresaltó, la miró y cerró el portátil de golpe.

–¡Madre mía, Emmi! ¿Tienes que darme estos sustos? –exclamó.

–Perdona. –Apretó el interruptor de la luz. Los halógenos del techo inundaron la cocina con una luz clara y deslumbrante–. No pretendía asustarte.

–Louisa se ha pasado toda la tarde dando la lata –repuso él, y se levantó–. No quería comer, decía que le dolía la tripa. Después le he leído un par de cuentos y ahora está dormida. –La tomó entre sus brazos y le dio un beso en la mejilla–. ¿Qué tal tu reunión de antiguas alumnas? ¿Te has divertido? –preguntó, y le puso una mano en el vientre. Hacía mucho que no tenía ese gesto con ella.

Todavía le quedaban algo más de cinco semanas, quizá, y por fin acabaría ese embarazo que ya desde el principio había empezado con mala estrella. Florian nunca había querido un segundo hijo..., y en realidad ella tampoco, pero así habían salido las cosas.

–Sí, ha sido muy interesante ver a todo el mundo después de tanto tiempo. En cierto sentido, apenas han cambiado. –Emma sonrió–. Y me he reencontrado con mi mejor amiga de entonces, a la que no había vuelto a ver desde el bachillerato.

–Qué bien. –Florian sonrió también, luego consultó la hora en el reloj de cocina que colgaba sobre la puerta–. Dime, ¿te importa si me acerco un rato a casa de Ralf a tomar una cerveza?



–No, claro. Después de una tarde con Louisa tan quejica, te lo has ganado.

–No estaré mucho rato. –Le dio otro beso en la mejilla y se calzó los mocasines que estaban junto a la puerta de entrada–. ¡Hasta luego!

–Sí, hasta luego. Que lo pases bien.

La puerta se cerró tras él y en la escalera se encendió la luz. Emma soltó un suspiro. Las primeras semanas después de su regreso de Haití, Florian había estado raro, pero esos últimos días parecía haber recuperado la normalidad. Ella conocía bien esos períodos sombríos en los que su marido estaba como ausente y encerrado en sí mismo. Casi siempre se le pasaba después de un par de días, aunque esta vez le había durado bastante más. Fue él quien propuso que se quedaran en Falkenstein hasta que naciera el niño, pero aun así debía de sentirse extraño viéndose de pronto otra vez en Alemania, y viviendo con sus padres además, en esa casa de la que casi había huido hacía más de veinticinco años.

Emma abrió la nevera, sacó una botella de agua mineral y se sirvió un vaso. Luego se sentó a la mesa de la cocina. Después de tantos años de emocionante vida nómada, de arreglárselas en las regiones más remotas del globo terráqueo, la idea de asentarse por fin en un lugar y poder echar raíces le resultaba de lo más tentadora. El año siguiente Louisa estaría ya en edad escolar, así que como muy tarde para entonces, de todas formas, se acabaría lo de vivir en campamentos. Florian era un cirujano extraordinario, en cualquier hospital de Alemania estarían más que encantados de contratarlo. Sin embargo, a sus cuarenta y seis años ya no era un jovencito. Sus jefes, según le había dicho por primera vez en una discusión que habían tenido hacía poco sobre el tema, quizá fueran más jóvenes que él. Y, además, no se imaginaba tratando un día tras otro a las obesas víctimas de la sociedad de la opulencia que acudirían a su consulta. Florian lo había afirmado con la misma vehemencia con la que se entregaba siempre a sus objetivos, y Emma comprendió que nada podría hacerle cambiar de opinión.

Bostezó. Ya era hora de irse a la cama. Metió el vaso usado en el lavavajillas y apagó la luz. De camino al cuarto de baño se asomó a ver a Louisa, que dormía tranquila y profundamente, rodeada de sus peluches. La mirada de Emma recayó en el libro que Florian le había estado leyendo a la niña, y no pudo evitar sonreír. ¡A saber cuánto rato había tenido que leerle en voz alta! A Louisa le volvían loca las leyendas y los cuentos. Se sabía aquel libro de memoria, lo mismo daba que fuera Hansel y Gretel, Rapunzel, Blancanieves y Rosarroja o el gato con botas. Cerró la puerta con cuidado. Florian acabaría por acostumbrarse a su nueva vida. En algún momento tendrían su propia casa y serían una familia de verdad.

El campo de fútbol se había quedado vacío, pero detrás del cordón que aseguraba la presa todavía se apretaban los espontáneos movidos por una curiosidad malsana y, a esas alturas, también varios representantes de la prensa. Pia intentó localizar otra vez a su jefe. No había manera. Oliver tenía el móvil encendido, pero no contestaba. Con el inspector Kai Ostermann tuvo mejor suerte; descolgó enseguida.

–Perdona que te moleste –se disculpó Pia–, pero hemos sacado un cadáver del río en Eddersheim, poco antes del embalse. Me iría bien tu ayuda.

–Ningún problema –contestó Kai sin malgastar saliva respecto a lo tarde que era–. ¿Qué quieres que haga?

–Necesito la autorización para la autopsia, mañana mismo. Y tal vez podrías comprobar las denuncias de desaparición. Es una chica, de entre catorce y dieciséis años. Rubia, muy delgada, ojos castaño oscuro. Henning cree que lleva ya un par de días muerta.

–Entendido. Voy ahora mismo al despacho.

–Ah, e intenta también localizar al jefe, por favor.

Pia colgó y le envió un mensaje de texto a Bodenstein. Hacía cuatro días que estaba desaparecido, pero la semana anterior había dicho que a partir del jueves por la tarde volvería a estar localizable.

–¡Inspectora Kirchhoff! –exclamó un hombre con una cámara de la cadena HR sobre el hombro–. ¿Podríamos grabar un par de tomas?

Pia iba a decirle que no por pura costumbre, pero entonces lo pensó mejor. Salir en las noticias podía serles muy útil para dilucidar la identidad de la víctima.

–Sí, claro que sí –contestó, por tanto.

Le pidió a uno de los agentes que estaban junto al cordón que acompañara a las cámaras y a los periodistas hasta el lugar del hallazgo. Gente de HR, SAT1, RTL Hessen, Antenne Pro, rheinmaintv; todos ellos preferían escuchar la radio de la Policía antes que cualquier emisora de música.

Una de las ambulancias se había marchado con el chico del coma etílico, y en su lugar ya estaba allí el vehículo de la funeraria.

Pia llamó a la puerta lateral de la otra ambulancia. Le abrieron enseguida.

–¿Puedo hablar con la chica? –preguntó.

El médico de urgencias asintió con la cabeza.

–Todavía está conmocionada, pero hemos podido estabilizarla un poco.

La inspectora subió al vehículo y se sentó en el asiento de reserva, junto a la joven. Tenía cara de niña, pálida pero bonita, y en sus ojos muy abiertos Pia detectó miedo y espanto. Jamás olvidaría el horror que debía de haber vivido.

–Hola –le dijo con amabilidad–. Soy Pia Kirchhoff, de la Policía Judicial de Hofheim. ¿Me dices cómo te llamas?

–A... Alina Hindemith.

Despedía un olor desagradable, a alcohol y vómito.

–Hace un momento, en cambio, a mí me ha dicho que se llamaba Sabrina –terció el técnico sanitario–. Y la documentación...

–¿Podría dejarnos solas, por favor? –lo interrumpió Pia.

–Puedo... Puedo explicarlo –susurró la joven, y dirigió la mirada hacia el techo de la ambulancia–. Es que..., ha sido una tontería hacerlo, pero le he cogido el carné a mi hermana mayor. Nos... parecemos bastante.

Pia suspiró. Por desgracia, ese truco funcionaba en prácticamente todos los supermercados de Alemania.

–Yo... lo he usado para... comprar alcohol. Vodka y brandy de ciruelas. –Se puso a sollozar–. Mis padres me van a matar cuando se enteren.

–¿Cuántos años tienes, Alina?

–Quin..., quince.

Quince años y dos gramos de alcohol por litro de sangre. Toda una proeza.

–¿Te acuerdas de lo que ha ocurrido?

–Hemos saltado la valla. Mart y Diego conocían el sitio y dijeron que aquí no nos molestaría nadie. Y luego..., pues nos sentamos por ahí a... beber.

–¿Quién más estaba contigo?

La chica la miró un instante, luego arrugó la frente. Parecía tener problemas para recordar.

–Mart, Diego y... y yo. Y Katharina y Alex..., y... –Alina se quedó callada y miró a Pia con ojos horrorizados–. ¡Mia! No..., no sé muy bien qué ha pasado. Es que... tengo lagunas. Pero ¡luego he visto a Mia flotando en el agua! ¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío! ¡Y Alex estaba tan borracho que no he podido despertarlo!

Su rostro se convirtió en una mueca, y entonces empezaron a caerle lágrimas sin parar.

Pia la dejó llorar un momento. La chica del río no podía ser esa Mia con quien Alina y sus amigos habían estado bebiendo. Henning no se equivocaba casi nunca, y también las heridas de hélice de barco parecían indicar que la víctima llevaba más tiempo en el río. A Pia le sonó el móvil; era Ostermann, que por desgracia solo pudo decirle que su consulta no había obtenido ningún resultado. La inspectora le dio las gracias y colgó.

Le preguntó a Alina por el apellido y la dirección del chico inconsciente, y luego le pidió también el teléfono de sus padres. Cuando lo tuvo todo anotado, salió de la ambulancia y cruzó unas palabras con el médico de urgencias.

–Está estable y puede irse a casa –informó el facultativo–. Mañana tendrá una buena resaca, pero no le queda más remedio que pasarla.

–¿Y qué me dice del chico? –quiso saber la inspectora.

–Ya va de camino al hospital de Höchst. Me temo que no saldrá de esta con una simple resaca.

–Buenas noches, inspectora Kirchhoff –dijo alguien.

Pia se volvió. Tras ella tenía a un hombre moreno con barba de tres días y vestido con vaqueros, camiseta y unos mocasines desgastados que le resultó vagamente familiar. Tardó un par de segundos en reconocer a Frey, el fiscal superior.

–Ah, hola, señor Frey –saludó, desconcertada. A punto estuvo de escapársele un «¿Qué pintas me trae?».

Nunca lo había visto más que con traje de tres piezas y corbata, siempre bien afeitado y con el pelo engominado. Él, por su parte, se la quedó mirando a ella con esa misma mezcla de curiosidad y asombro.

–Estaba en una reunión de antiguas alumnas cuando me han llamado de la central –dijo Pia, algo abochornada, para explicar su atuendo.

–Pues yo, de barbacoa con la familia y unos amigos. –También el fiscal superior Frey parecía creer necesaria una justificación para su desacostumbrada vestimenta–. Me han informado sobre el hallazgo del cadáver y, como de todas formas estaba por aquí cerca, he decidido hacerme cargo yo mismo del asunto.

–Ah, bueno, pues... qué bien.

Pia seguía algo perpleja por la metamorfosis del fiscal superior, a quien no había creído capaz de tener amigos ni de disfrutar de una relajada barbacoa nocturna. Olía un poco a alcohol, con un deje a caramelo de menta. Por lo visto, no era del todo ajeno a los placeres mundanos; una faceta por entero nueva de ese calvinista famoso por su férrea disciplina y su obsesión con el trabajo que en la imaginación de la inspectora solo tenía cabida en su despacho o en la sala de un tribunal.

–¿Llamará usted a los padres de los dos fiesteros? –El médico de urgencias cerró la puerta lateral de la ambulancia con decisión.

–Sí, claro, yo me encargo de eso –respondió Pia.

–Me han dicho que dirige usted las investigaciones. –Frey la tomó del brazo y se la llevó aparte para dejar pasar a la ambulancia.

–Sí, así es. –La inspectora asintió con la cabeza–. Mi jefe está de vacaciones.

–Mmm. ¿Qué es lo que ha sucedido exactamente?

Pia le expuso la situación en pocas palabras.

–Me ha parecido oportuno dejar pasar a la prensa hasta el lugar del hallazgo del cadáver –dijo para finalizar su explicación–. Mi compañero se ha puesto a

comprobarlo enseguida, pero no ha encontrado ninguna denuncia de desaparición que encajara ni de lejos. Tal vez la población pueda ayudarnos a descubrir la identidad de la víctima.

El fiscal arrugó la frente, pero luego asintió dándole la razón.

–Cuando hay una muerte de por medio, siempre es deseable que la resolución del caso sea rápida –repuso–. Le echaré un vistazo al asunto. Nos vemos más tarde.

Pia esperó a que el fiscal superior desapareciera en la oscuridad, luego marcó en su móvil el número que le había dado Alina. Se había levantado una ligera brisa y sintió frío. Los de la prensa regresaban ya.

–¿Podría ofrecernos también una pequeña declaración?

–Enseguida voy. –Se alejó varios metros en dirección a la orilla del río para poder hablar sin que la molestaran, ya que al otro extremo de la línea acababa de contestar una debilísima voz masculina–. Buenas noches, señor Hindemith. Me llamo Pia Kirchhoff y soy de la Policía Judicial de Hofheim. Se trata de su hija Alina. No se preocupe, está bien, pero querría pedirle que viniera a Eddersheim. Junto al embalse. No tiene pérdida.

Los hombres de la funeraria subieron por el sendero con una bolsa para cadáveres sobre una camilla. Los focos de las cámaras se encendieron al instante. Pia se acercó al coche de servicio de Kröger, que nunca estaba cerrado con llave, rescató el forro polar azul oscuro del asiento de atrás y se lo puso. Después se recogió la melena en la nuca y se hizo un moño con una goma. Así se sentía más ella misma y mejor preparada para ponerse frente a las cámaras de televisión.

Desde última hora de la tarde había gente bebiendo y haciendo barbacoas por todo el camping. Los meses de verano, la vida social de los residentes se desarrollaba casi siempre al aire libre, y cuanto más avanzaba la velada más subían los niveles de ruido y alcohol. Carcajadas, jaleo, música; nadie tenía miramientos con nadie, y algunas veces se producían incidentes de por sí insignificantes, pero que alcanzaban dimensiones de choque enérgico y violento entre unos vecinos que no se tragaban ni en estado de sobriedad. Por lo general, el encargado del lugar conseguía mediar en las peleas, pero las altas temperaturas calentaban los ánimos, así que en las últimas semanas había tenido que llamar varias veces a la Policía antes de que se produjeran heridos o víctimas mortales.

A él hacía años que no lo invitaba nadie; no en vano se había dedicado a

rechazar sistemáticamente todas las invitaciones. Confraternizar con los demás habitantes del camping era lo último que deseaba y, con su pasado, sin duda era mejor que nadie supiera quién era ni por qué vivía allí. El arrendador era el único a quien había tenido que darle su verdadero nombre en algún momento, pero dudaba de que aún lo recordase. Tampoco es que existiera un contrato oficial de alquiler de la caravana. Para no levantar la liebre, de todas formas, siempre pagaba el mes en efectivo y con puntualidad. Su dirección oficial era un apartado de correos de Schwanheim. Allí, en el camping, no existía. Y estaba bien así.

Hacía años que se había acostumbrado a salir a pasear esas noches que los demás montaban fiestas y se emborrachaban. No le molestaba el alboroto, pero, desde que trabajaba en el puesto de comida rápida, no soportaba el olor a pescado asado y a salchichas que llegaba flotando hasta él. Esa noche salió a correr por el camino que discurría a lo largo del Meno y se sentó un rato en un banco. El lento fluir del río solía tranquilizarlo, pero en esa ocasión el murmullo regular del agua le hizo entrar en un insoportable estado de percepción aumentada desde el que cobró conciencia como pocas veces de lo lamentable que era su propia vida y de las pocas salidas que tenía. Para escapar de los círculos absurdos en los que se movía su mente, echó a correr de nuevo, siempre junto al río, hasta llegar a Goldstein y vuelta.

El agotamiento físico total solía ser el mejor método para poner coto a los pensamientos lúgubres. Pero esta vez no le funcionó. Quizá se debiera a ese calor tan inaguantable. La ducha fría le supuso un breve alivio, pero media hora después volvía a estar sudado de la cabeza a los pies y se movía intranquilo de un lado a otro. De repente le sonó el móvil, que estaba en la mesa, enchufado al cargador. ¿Quién podía ser a esas horas? Se levantó, fue a mirar la pantalla y aceptó la llamada.

–Siento mucho molestar tan tarde –dijo una grave voz ronca al otro lado de la línea–. Pon la tele. Está en todas las cadenas.

Antes de que pudiera decir nada, el otro ya había colgado. Buscó el mando a distancia y encendió el televisor que tenía a los pies de la cama.

Unos segundos después vio en la pantalla la cara seria de una mujer rubia. Detrás de ella brillaban unas luces azules intermitentes, y entre unos árboles iluminados por focos destellaba el agua negra del río.

«... encontrado a una chica joven –oyó que decía la mujer–. Según nuestras primeras estimaciones, el cadáver llevaba ya un par de días en el agua. Esperamos que la autopsia nos proporcione más datos.»

Se quedó helado.

Dos hombres estaban metiendo una camilla con una bolsa para cadáveres en un coche fúnebre y, tras ellos, dos figuras vestidas con monos de protección iban

cargadas con bolsas de plástico. Luego la cámara enfocó la presa.

«No muy lejos del embalse de Eddersheim, esta noche han sacado del Meno el cadáver de una joven –dijo la voz en *off* del locutor–. La identidad de la víctima se desconoce aún, y la Policía espera recibir algún indicio por parte de la población. Este suceso ha despertado los recuerdos de un caso similar ocurrido hace unos cuantos años.»

Un hombre de cierta edad parpadeó ante la luz deslumbrante.

«Sí, sí, ahí ya sacaron a una chiquilla del río una vez. Algo más allá, en Höchst fue. A la altura del parque de Wörthspitze. Y aún hoy sigue sin saberse quién era, la pobrecilla. Si no recuerdo mal, porque de eso hará ya más de diez años, y yo entonces...»

Apagó el televisor y se quedó de pie en la oscuridad. Sentía la respiración agitada, como si hubiese estado corriendo.

–Nueve –susurró con esfuerzo–. Hace nueve años.

El miedo se extendió por todo su cuerpo y le puso la piel de gallina. Su agente de la condicional sabía dónde vivía, así que la Policía y el fiscal no tendrían ningún problema para encontrarlo. ¿Qué ocurriría? ¿Se acordarían aún de él?

Todo rastro de cansancio había desaparecido de su rostro, las ideas se atropellaban en su cabeza. Ni pensar en conciliar el sueño. Encendió la luz y sacó el cubo y una botella de limpiador del armario que había junto a la minicocina. ¡Se presentarían allí, lo registrarían todo y encontrarían el ADN de ella en su caravana! Eso no podía ocurrir de ninguna manera, porque, si quebrantaba la condicional, volvería directo a la cárcel.

Pia abrió la puerta de su casa con cuidado, preparada para impedir que los perros, llevados por la alegría, se pusieran a saludarla con fuertes ladridos. Quería evitar que despertaran a Christoph. Pero no había ningún perro esperándola en el zaguán. En lugar de eso, hasta su nariz llegó un aroma a carne asada, y entonces vio que había luz en la cocina. Dejó el bolso y la llave del coche en el aparador del vestíbulo. Los cuatro perros se encontraban en la cocina, siguiendo cada uno de los movimientos de Christoph al unísono y con veneración. Él estaba frente a los fogones, vestido con pantalones cortos, camiseta de dormir y delantal, y con un trinchante en cada mano. El extractor de humos estaba puesto a la máxima potencia.

–Hola –dijo Pia, sorprendida–. ¿Estás despierto o vas sonámbulo?

Los perros giraron la cabeza y menearon la cola apenas un momento, pero enseguida volvió a parecerles mucho más fascinante lo que ocurría en los

fogones.

–Hola, cielo. –Christoph sonrió de oreja a oreja–. Ya estaba casi dormido, pero de repente me he acordado de que tenía el redondo de ternera en la nevera y de que le había prometido a Lilly preparárselo como comida de bienvenida.

Pia no pudo contener una sonrisa. Se acercó a él y le dio un beso.

–No sé si habrá en toda Alemania otro hombre que se ponga a cocinar nada menos que un redondo de ternera a la una y media de la madrugada y a una temperatura de cerca de veintiséis grados... Increíble.

–Y hasta lo he rellenado y todo... –añadió Christoph, no sin orgullo–. Mostaza, pepinillos, beicon y cebolla. Lo prometido es deuda.

Pia se quitó el polar de Kröger, lo colgó en el respaldo de una silla de la cocina y se dejó caer en ella.

–¿Cómo te ha ido la reunión de antiguas alumnas? –se interesó Christoph–. Debe de haber sido divertido, si has aguantado tanto rato.

–Ah, sí, la reunión de antiguas alumnas...

Pia lo había olvidado por completo. Esas mujeres charlando y riendo en la terraza de Villa Borgnis bajo un cielo aterciopelado y repleto de estrellas le parecían las inofensivas e idílicas imágenes preliminares de una película de terror titulada *Realidad*. Y, en esa realidad, una adolescente había muerto.

Se quitó de una patada las sandalias de tacón, que habían quedado para tirar a la basura después de su excursión por los matorrales.

–Sí, ha estado muy bien. Pero por desgracia luego he tenido que ir a trabajar.

–¿A trabajar? –Christoph se volvió y levantó las cejas. Sabía lo que significaba que Pia tuviera que trabajar de noche. Rara vez se debía a motivos intrascendentes–. ¿Algo grave?

–Sí. –Apoyó los codos en la mesa y se frotó la cara–. Grave de verdad. Una chica muerta y dos jóvenes en coma etílico.

Christoph se ahorró cualquier comentario vacío del estilo de «Dios mío, sí que lo siento», y le ahorró a ella tener que oírlo.

–¿Te apetece beber algo? –preguntó en lugar de eso.

–Sí, puede que una cerveza bien fría sea lo más apropiado ahora, aunque esta noche he vuelto a comprobar que el alcohol no es la solución a ningún problema, sino que más bien los causa.

Iba a levantarse, pero Christoph negó con la cabeza.

–No te muevas. Te la traigo yo.

Dejó los trinchantes, tapó la cazuela y bajó el fuego. Después sacó dos botellas de cerveza de la nevera y las abrió.

–¿Vaso?

–No, no hace falta.



Christoph le alcanzó una botella y se sentó a su lado.

–Gracias. –Pia dio un buen trago–. Me temo que mañana tendrás que ir tú solo a buscar a Lilly. Como no hay nadie más que yo, soy la única que puede estar presente en la autopsia. Lo siento.

Al día siguiente llegaba de Australia Lilly, la nieta de siete años de Christoph, que se quedaría un mes con ellos en Birkenhof. Cuando Pia se enteró, hacía unas cuantas semanas ya, la idea no le había entusiasmado demasiado. Tanto Christoph como ella tenían trabajos a jornada completa, y a una niña pequeña no podían dejarla sola en la granja. Lo que más le había molestado era el egoísmo de la madre de Lilly, Anna, la hija mediana de Christoph. Su compañero sentimental y padre de la pequeña era biólogo marino, y en primavera había aceptado la dirección de un proyecto de investigación en la Antártida. Anna había querido acompañarlo a toda costa, pero no le era posible hacerlo con la niña, así que le había pedido a Christoph que acogiera a su hija. Él se había negado arguyendo que ella era su madre y la responsable de la niña, de modo que tendría que renunciar a esa clase de oportunidades. Anna se lo había rogado con tal desesperación que al final Christoph y Pia habían llegado a una solución de compromiso y habían accedido a tener a la pequeña con ellos durante las dos semanas de vacaciones de invierno australianas. Pia, a quien Anna era la única de las tres hijas de Christoph que no le caía demasiado bien, no se había sorprendido cuando esas dos semanas se convirtieron finalmente en cuatro. Algo había hecho la astuta Anna con la escuela de Lilly, que había admitido una excedencia para su hija. Típico. Una vez más, había logrado salirse con la suya.

–Eso no es ningún problema. –Christoph alargó la mano y le acarició la mejilla–. ¿Qué ha ocurrido?

–Es que todavía es todo bastante confuso. –Pia dio otro trago–. Un chico de dieciséis años en coma después de una bacanal etílica, y una chica a la que hemos sacado del Meno. Debía de llevar tiempo flotando en el río, tenía el cuerpo destrozado por una hélice de barco.

–Suenan espantoso.

–Lo es. No tenemos ni idea de quién es la joven. No hay ninguna denuncia de desaparición que encaje con ella.

Se quedaron sentados un rato a la mesa de la cocina, bebiendo la cerveza en silencio. Esa era una de las muchas características que Pia valoraba en Christoph. Con él no solo podía hablar, también podía estar callada sin que el silencio se volviera incómodo. Siempre intuía con acierto si ella quería hablar de algo o si solo necesitaba compañía.

–Van a dar las dos. –Pia se levantó–. Creo que me meto un momento en la ducha y luego me voy a la cama.

–Yo también termino enseguida con esto. –Christoph se levantó tras ella–. Recogeré un poco la cocina.

Pia lo tomó de la muñeca, él se detuvo y la miró.

–Gracias –le dijo.

–¿Por qué?

–Por estar aquí.

Christoph sonrió con esa sonrisa que ella tanto adoraba.

–Solo puedo decirte lo mismo –le susurró él, y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

Pia se acurrucó contra su cuerpo y notó sus labios en el pelo. Por un instante, sintió que todo iba bien.

–*Vamos a casa del tío Richard, solos tú y yo –dijo su padre, y le guiñó un ojo–. Allí podrás montar en poni, y luego abrir los regalos.*

*¡Bien, sí, montar en poni! ¡Y ella sola con papá, sin mamá ni sus hermanos! Se puso contenta, estaba emocionada de verdad. Aunque ya había estado otras veces con papá en casa del tío Richard, no se acordaba muy bien de la casa ni de los ponis; era raro. Pero estaba contentísima, porque papá también le había llevado un vestido nuevo muy bonito y le había dejado que se lo pusiera antes de salir.*

*Se miró en el espejo y tocó con las puntas de los dedos el sombrero rojo que se había puesto en la cabeza. Se echó a reír. El vestido era un traje regional bávaro de los de verdad, con falda corta y delantal. Papá le había recogido el pelo en dos trenzas, así que estaba igualita que la Caperucita Roja que salía en su libro de cuentos.*

*Siempre le llevaba regalos, y esos regalos eran un secreto entre papá y ella, porque a los demás nunca les regalaba nada. Solo a ella, que era su preferida. Mamá había salido fuera el fin de semana con sus hermanos, por eso papá la tenía toda para él.*

–*¿Me has traído algo más? –preguntó con curiosidad, porque la gran bolsa de papel todavía estaba muy llena.*

–*Claro que sí. –Él sonrió con complicidad–. Toma, ¿quieres verlo?*

*Ella asintió con ganas. Su padre sacó otro vestido de la bolsa de papel. Era rojo, y la tela tenía un tacto frío y muy suave entre sus dedos.*

–*Un vestido de princesa para mi pequeña princesita –le dijo–. Y también te he comprado unos zapatos a juego. Rojos.*

–*¡Hala, qué chulo! ¿Puedo verlos?*

–No, más tarde. Ahora tenemos que irnos. El tío Richard ya nos está esperando.

Dejó que la levantara en brazos y se acurrucó contra él. Le encantaban su voz oscura y el olor a tabaco de pipa que desprendía su ropa.

Poco después ya estaban en el coche. El trayecto fue bastante largo. Ella se emocionaba un montón cada vez que veía algo que reconocía; era un pasatiempo al que siempre jugaba con papá cuando hacían una de sus excursiones secretas. Así las llamaba él, porque ella no podía contarles nada de aquello a sus hermanos. Porque si lo hacía se pondrían celosos.

En algún momento se acabó la carretera, que solo llegaba hasta el claro de un bosque en el que había una gran casa de madera con galería y postigos verdes.

–Pero ¡si es igualita que la de mi libro de cuentos! –exclamó, entusiasmada, y se alegró de ver a los ponis en una pradera que había frente a la casa–. ¿Puedo montar ya? –preguntó, moviéndose con nerviosismo de un lado a otro del asiento.

–Desde luego. –Su padre se echó a reír y aparcó el Mercedes junto a un par de coches más.

En casa del tío Richard siempre había alguna reunión o algo así, y ella también se alegraba de eso, porque todos eran amigos de papá y tenían regalos y dulces para ella.

Bajó del coche y corrió hacia los ponis, que se dejaron acariciar. El tío Richard salió entonces de la casa y le preguntó en qué poni quería montarse. El que más le gustaba era el de color blanco, que ella sabía que se llamaba Flocke. Qué raro que se acordara de ese nombre, pero que no tuviera ningún recuerdo de cómo era la casa por dentro.

Entraron una media hora después. Dentro estaban los amigos de papá y del tío Richard. Todos la saludaron con alegría y le dedicaron cumplidos por su traje regional y su sombrerete rojo. Ella se puso a girar y a reír.

–Venga, quítate ya esa ropa. –Papá dejó la bolsa de papel en la mesa y sacó el otro vestido.

El tío Richard se la sentó en el regazo y le ayudó a ponerse el vestido de princesa y unas medias de seda de verdad, iguales que unas que tenía mamá. Los demás se reían porque los veían muy torpes manejando esa especie de cintas que iban sujetas como a un cinturón. ¡Qué divertido!

Pero lo más bonito de todo era el vestido: ¡un vestido de princesa de verdad! ¡Y rojo! ¡Y con zapatos rojos de tacón a juego!

Se miró en el espejo y se sintió muy orgullosa. También su padre estaba orgulloso, le hizo cruzar el salón y subir la escalera, igual que en una boda. El

tío Richard, que iba delante de ellos, abrió una puerta. Ella se quedó de piedra. ¡En la habitación había una auténtica cama de princesa, de las de dosel!

–¿A qué vamos a jugar? –preguntó.

–A una cosa muy divertida –contestó papá–. Pero aún tenemos que cambiarnos de ropa. Espéranos aquí y sé buena.

Ella asintió con la cabeza. Se subió a la cama y saltó un poquito encima. ¡Todos le habían elogiado el precioso vestido y eran muy simpáticos! La puerta se abrió y ella se asustó y soltó un grito al ver al lobo, pero después no pudo evitar reír. No era un lobo de verdad; ¡era papá, que se había disfrazado! Qué bonito ser la única que compartía ese secreto con él. Qué lástima, lo único, que después nunca pudiera acordarse de nada. Una verdadera lástima.

Viernes, 11 de junio de 2010

Hanna Herzmann había dormido mal. No había dejado de tener una pesadilla tras otra: primero, Vinzenz iba a su programa como invitado y se dedicaba a dejarla en el ridículo más absoluto delante de las cámaras; después, Norman la amenazaba y en el sueño se transformaba de repente en aquel hombre que la había estado acosando durante meses, hasta que la Policía se lo quitó de encima y lo mandó dos años a la cárcel por reincidente.

Al final se levantó a las cinco y media, se metió en la ducha para quitarse de encima ese sudor pegajoso provocado por el miedo y luego se sentó frente al ordenador con una taza de café. Tal como temía, en internet no se hablaba de otra cosa que no fuera esa estúpida historia.

¡Maldita sea! Se dio un masaje en lo alto de la nariz con el pulgar y el índice. Si todavía no era demasiado tarde para contener los daños, tenía que hacer algo deprisa para impedir que otros invitados descontentos con su programa se animasen a seguir el ejemplo de Armin V. y Bettina B. ¡Mejor no pensar hasta dónde podía llegar el escándalo! Aunque por el momento su programa no estaba amenazado de verdad, la dirección de la cadena tampoco la apoyaría indefinidamente. Era demasiado temprano para llamar a Wolfgang, así que decidió salir a correr un rato y darles un par de vueltas a sus ideas. Cuando mejor pensaba era cuando hacía ejercicio. Se vistió con ropa de deporte, se recogió la melena en una coleta y se puso las zapatillas. Antes salía a correr todos los días, pero dejó de hacerlo cuando empeoraron los problemas en los pies.

El aire todavía estaba fresco y limpio. Hanna inspiró hondo y exhaló, realizó un par de estiramientos en los escalones de la puerta de entrada y luego encendió el iPod y buscó la música que más le apetecía. Caminó hasta la esquina en la que se encontraba el aparcamiento, torció para internarse en el bosque y una vez allí echó a correr. Cada vez que pisaba le dolía una barbaridad, pero apretó los dientes y se obligó a seguir adelante. Las punzadas en el costado empezaron al cabo de un par de cientos de metros nada más, pero siguió corriendo. No pensaba rendirse. ¡Hanna Herzmann nunca se rendía! Llevaba toda la vida enfrentándose a los problemas y al viento en contra como si fueran un reto, un estímulo, y no un motivo para esconder la cabeza en la arena. Además, el dolor era una cuestión puramente mental por la que no había que dejarse impresionar.

Si hubiese estado hecha de otra pasta, jamás se habría labrado una carrera como la suya, nunca habría obtenido tanto éxito. Ambición, perseverancia, capacidad de resistencia: esos eran los rasgos de su carácter que le permitían no desalentarse ni siquiera en las épocas más difíciles.

Con su programa de reportajes, *A corazón abierto*, Hanna había desarrollado hacía catorce años un formato del todo nuevo y revolucionario, una innovación que había causado furor en el panorama televisivo alemán y que le había proporcionado unos índices de audiencia de ensueño. El concepto era tan sencillo como genial: una variada selección de los acontecimientos de actualidad más sensacionalistas que tocaban la fibra del público, seguidos de varios testimonios personales y tragedias humanas, y todo ello sazonado con invitados famosos a lo largo de noventa minutos en la mejor franja horaria. Hasta la fecha no se había conocido nada comparable. Con el éxito llegaron también los imitadores, pero ninguno de los programas similares gozaba de tanta popularidad como el suyo. Su enorme presencia en los medios, además, tenía unos efectos secundarios muy lucrativos: Hanna era uno de los rostros más conocidos de la pequeña pantalla, así que la reclamaban en todas partes. Cuando los honorarios merecían la pena, aceptaba presentar galas y entregas de premios, desarrollaba ideas y conceptos para otros formatos y se hacía pagar bien. Diez años atrás había fundado Herzmann Productions, la empresa con la que había acabado produciendo ella misma su programa.

El lado oscuro de ese éxito profesional era su desastrosa vida personal. Por lo visto, no había nacido el hombre que aguantara a su lado. Hanna todavía oía resonar las palabras que Meike le había dirigido la noche anterior. ¿Sería cierto? ¿Era como un tanque que aplastaba a todo el mundo?

—¿Y qué, si es verdad? —murmuró con un deje de orgullo. Así era ella. No le hacía falta ningún hombre en su vida.

En la primera encrucijada del bosque se decidió por el camino más largo y torció hacia la derecha. Su respiración se normalizó, las zancadas se volvieron más elásticas. Había encontrado el ritmo de la marcha y casi no sentía dolor. Sabía por experiencia que dentro de poco habría desaparecido del todo; solo un par de minutos más, hasta que su cuerpo liberase las endorfinas que erradicaban el sufrimiento y el cansancio. Entonces podría dar rienda suelta a su inventiva para solucionar su problema y al mismo tiempo disfrutar de la naturaleza. Los aromas intensos que el bosque solo desprendía a primera hora, ese terreno mullido sobre el que era mucho más agradable correr que sobre el asfalto. Faltaba poco para las siete cuando llegó a los últimos árboles y vio relucir la cúpula blanca del templo bahaí bajo el sol de la mañana, que ya estaba alto en el cielo. A pesar de que hacía tiempo que no corría, todavía no resollaba. No había

perdido del todo su condición física. Aún le quedaba la vuelta: veinte minutos cruzando el bosque hasta su urbanización de residencias de fin de semana, que era como conocía la gente la zona de Langenhain donde se encontraba su casa. Cuando se puso de nuevo en marcha estaba empapada en sudor, pero esta vez era un sudor más agradable, causado únicamente por el deporte, y no por el miedo como el de la noche anterior. Además, se le había ocurrido una estrategia que le comentaría a Wolfgang más tarde, durante la comida. Al llegar, Hanna se quitó los auriculares y rebuscó en el bolsillo de su chaqueta para sacar la llave de casa. Miró su coche de reojo; por la noche no lo había metido en el garaje, sino que lo había dejado junto al Mini de Meike.

Pero ¿qué narices era eso?

No podía creer lo que estaba viendo. ¡Los cuatro neumáticos de su Porsche Panamera negro, pinchados! Se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo y se acercó al vehículo. Un neumático pinchado podía ser casualidad, pero no los cuatro. Sin embargo, justo cuando estaba examinando el coche con más atención vio lo peor. Se quedó helada. El corazón se le aceleró, sintió que le fallaban las rodillas y se le saltaban las lágrimas; lágrimas de ira e impotencia. Alguien había escrito una palabra rayando la brillante pintura negra del capó. Una única palabra, brutal e inequívoca, en torpes letras mayúsculas: puta.

**O**liver von Bodenstein puso una taza debajo del surtidor de la cafetera y apretó el botón. El molinillo produjo su zumbido, y pocos segundos después, el delicado aroma del café se olía en toda la diminuta cocina.

Inka lo había dejado en su casa poco después de la medianoche. Mientras cenaban una pizza, casi había cargado él solo con todo el peso de la conversación, pero no se había dado cuenta de ello hasta que bajó del vehículo en el aparcamiento de delante de la cochera de sus padres. Desde que habían visitado la casa de Ruppertshain, Inka había estado parca como pocas veces, y Oliver se preguntó si había dicho o hecho algo que la hubiera molestado. ¿Quizá no le había agradecido como era debido que hubiese ido a recogerlo al aeropuerto y se hubiese encargado de la llave del adosado? Llevado por la euforia de la liberación con la que había regresado de Potsdam, se había pasado la velada entera hablando única y exclusivamente de sí mismo y de su estado anímico. Eso no era propio de él. Decidió llamar a Inka esa misma mañana y disculparse.

Terminó de beberse el café y se metió en el pequeñísimo baño sin ventana, que después del cuarto de baño casi de lujo del hotel de Potsdam le pareció más

oscuro y estrecho que nunca.

Sin duda iba siendo hora de volver a tener una casa en condiciones: sus propios muebles, un cuarto de baño decente, una cocina con más de dos fogones. Ya estaba harto de las dos habitaciones de la cochera, con sus techos bajos, sus ventanitas apenas mayores que troneras y esos marcos de puerta de una altura para enanos en los que se golpeaba la cabeza sin parar. También se había cansado de vivir como un invitado en casa de sus padres y su hermano, y además sabía que su cuñada preferiría, y con diferencia, tener en la cochera a un inquilino que pagase en lugar de a un pariente que solo corría con los gastos. No hacía más que preguntarle sin rodeos cuándo pensaba marcharse y, desde hacía poco, incluso se pasaba de vez en cuando por allí con posibles arrendatarios.

Se afeitó como buenamente pudo en la penumbra miserable de la bombilla de cuarenta vatios que había encima del espejo. De hecho, la casa que había visto con Inka el día anterior lo había estado persiguiendo en sueños toda la noche. Esa mañana, aún medio dormido, incluso se había imaginado amueblándola. Sophia tendría su propia habitación y viviría muy cerca, y él por fin podría volver a recibir visitas. Ya casi tenía vendida su antigua casa; la semana siguiente habían concertado cita con los compradores en el notario. Si contaba con ese dinero, seguro que podría permitirse el adosado de Ruppertshain.

Fuera había alboroto y se oían voces. Un segundo café le dio el empujón necesario para ponerse en marcha. Dejó la taza en el fregadero, alcanzó la americana y se hizo con la llave del coche, que estaba en una bandejita junto a la puerta. En el aparcamiento había unos trabajadores del Ayuntamiento de Kelkheim descargando unas vallas de su camión color naranja. Oliver recordó entonces que esa noche se celebraba un concierto de jazz en la finca. El consistorio alquilaba de vez en cuando la propiedad histórica para actos culturales, y a sus padres no les venía nada mal el dinero. Cerró la puerta con llave y saludó con la cabeza a los trabajadores de camino al coche. Alguien tocó el claxon detrás de él, y se volvió a mirar quién era. Marie-Louise, su eficiente cuñada, se detuvo a su lado.

—¡Buenos días! —exclamó con entusiasmo—. He intentado llamarte tropecientas veces. ¡Rosalie ha recibido una invitación para el concurso de jóvenes chefs *rôtisseurs* de Frankfurt! La verdad es que quería contártelo ella misma, pero no había manera de dar contigo. ¿Qué le pasa a tu móvil?

Rosalie, la hija mayor de Bodenstein, había decidido no seguir los estudios al acabar el bachillerato, hacía dos años, sino formarse como cocinera. Al principio, Cosima y él habían creído que el principal motivo de esa decisión era el cocinero de estrella del que Rosalie estaba secretamente enamorada, y dieron por hecho que acabaría tirando la toalla después de trabajar unos cuantos meses



bajo las órdenes de aquel francés estricto. Pero Rosalie tenía talento y seguía entusiasmada con su profesión. Había terminado la formación con unas notas buenísimas, y esa invitación al concurso de cocineros de la Chaîne des Rôtisseurs era una distinción extraordinaria y un reconocimiento a su labor.

–Llevo toda la mañana sin cobertura. –Oliver levantó el *smartphone* en alto y se encogió de hombros–. Es raro, la verdad.

–Bueno, yo tampoco me aclaro con esos chismes –repuso Marie-Louise.

–¡Pues yo sí! –Su hijo de ocho años se inclinó hacia delante desde el asiento trasero y sacó una mano por la ventanilla–. ¡Déjame ver!

Bodenstein le pasó el teléfono a su sobrino pequeño esbozando una sonrisa, pero su diversión se esfumó al cabo de cinco segundos.

–¿Cómo iba a funcionar...? Tenías activado el modo avión, tío Oli –informó ese renacuajo sabelotodo, y se puso a toquetear la pantalla–. Se ve enseguida por el símbolo del avión. Toma, ya vuelve a ir bien.

–Ah... Gracias, Jonas –tartamudeó Bodenstein.

El niño asintió con altanería desde el asiento de atrás, y Marie-Louise se echó a reír al verlo a él tan abochornado.

–¡Llama a Rosalie! –exclamó antes de pisar el acelerador.

Oliver no estaba acostumbrado a sentirse como un tonto. No solía viajar en avión, así que el día anterior había usado por primera vez eso del «modo avión» del iPhone, y solo porque su vecino de asiento le había enseñado cómo se hacía. En el vuelo de ida, había apagado el aparato y listo.

Mientras caminaba hacia su coche, el teléfono emitió una auténtica cacofonía de tonos: le entraron decenas de mensajes de texto, llamadas perdidas y comunicaciones varias, y además empezó a sonar una llamada.

¡Pia Kirchhoff! Contestó enseguida.

–Buenos días, Pia –dijo–. Acabo de ver que ayer intentaste ponerte en contacto conmigo. ¿Va todo...?

–¿Es que todavía no has leído el periódico de hoy? –lo interrumpió ella de mala manera, cosa que era un claro indicio de que estaba bajo muchísima presión–. Ayer por la noche sacamos del Meno a una chica muerta en el embalse de Eddersheim. ¿Vas a venir hoy al despacho?

–Sí, claro que sí. Ya estoy de camino –contestó él, y se sentó en el coche.

Sopesó un instante llamar a Inka, pero después decidió que sería mejor llevarle un ramo de flores por la tarde para darle las gracias en persona.

Conducir le resultaba más incómodo cada día que pasaba. Si la cosa seguía así,

dentro de poco ya no cabría con su enorme barriga tras el volante, o no llegaría al acelerador ni al freno con los pies. Emma torció a la izquierda por Wiesbadener Strasse y echó un vistazo al retrovisor. Louisa miraba fijamente por la ventanilla. Apenas había dicho nada durante todo el trayecto.

–¿Todavía te duele la tripa? –le preguntó su madre, preocupada.

La pequeña negó con la cabeza. Solía hablar por los codos, así que algo le ocurría. ¿Tendría problemas en la guardería? ¿Se habría peleado con algún niño?

Varios minutos después se detuvo frente al jardín de infancia y se apeó. Louisa sabía desabrocharse el cinturón y bajar ella sola, y le daba mucha importancia a esa autonomía. En su estado, Emma se alegraba de no tener que sacar a la niña del coche a pulso.

–Pero ¿a ti qué te pasa?

Se detuvo frente a la puerta de la guardería y se puso en cuclillas para mirar a Louisa con detenimiento. Esa mañana había desayunado sin hambre y se había puesto la camiseta verde –esa que en realidad no le gustaba porque decía que rascaba– sin ofrecer resistencia.

–Nada –contestó la niña evitando su mirada.

No tenía sentido seguir presionándola. Emma se propuso llamar más tarde por teléfono a la maestra y pedirle que le echara un ojo a la niña.

–Bueno, pues entonces que te lo pases muy bien hoy, mi vida –le dijo, y le dio un beso en la mejilla.

La pequeña le devolvió el beso como por obligación y desapareció enseguida por la puerta abierta de su clase sin la emoción habitual.

Emma regresó a Falkenstein pensativa, dejó el coche y decidió dar un paseo por los extensos terrenos en los que se repartían los edificios pertenecientes a la asociación Niños del Sol. Cerca de la villa de sus suegros se encontraba el corazón del conjunto, el edificio de la administración con sus salas para seminarios, la casa de maternidad, el nido, la guardería para los niños más pequeños y las instalaciones donde cuidaban a los niños mayores cuyas madres tenían que trabajar. Un poco más alejada estaba la casa de madres e hijos, la que había sido una antigua residencia de ancianos. Luego había otros edificios diversos: el invernadero, el taller, las instalaciones técnicas y, en el otro extremo del parque, los tres bungalós que constituían el límite exterior de la enorme propiedad.

A primera hora de la mañana, el aire todavía estaba fresco y limpio. Emma necesitaba moverse un poco, así que dio un paseo por el sendero que serpenteaba cruzando el parque hasta el edificio de la administración a la sombra de viejísimos robles, hayas y cedros, entre extensiones de césped cuidadosamente cortado y rododendros en flor. Le gustaba esa naturaleza tan prolífica, el olor

que despedía el bosque cercano las cálidas noches de verano. A pesar de que ya hacía medio año que vivía allí, todavía disfrutaba como el primer día de poder contemplar tanto verde; era un bálsamo para la vista en comparación con los paisajes secos y cargantes en los que había vivido y trabajado durante los últimos veinte años. A Florian, por el contrario, esa provocadora exuberancia natural le resultaba molesta. Hacía poco, por ejemplo, le había echado en cara a su padre que el consumo de agua era casi obsceno. Josef reaccionó a ese reproche con enfado y le contestó que regaban toda la vegetación con las reservas de las cisternas de agua de lluvia.

Todas las conversaciones entre Florian y sus padres acababan en pelea al cabo de pocas frases. Su marido convertía cualquier charla inofensiva en una discusión innecesaria en la que casi siempre terminaba poniéndose de pie y marchándose.

A Emma, esa conducta le resultaba desagradable. Había descubierto una faceta respondona y maleducada de su marido que no le gustaba en absoluto. Florian no lo reconocía delante de ella, pero Emma notaba que no se encontraba nada a gusto en casa de sus padres, en el mundo de su niñez. Le habría gustado entenderlo, comprender por qué le sucedía eso, ya que sus suegros le parecían unos anfitriones afables y discretos que nunca se entrometían en sus asuntos ni se presentaban en su casa sin avisar.

–¡Buenos días! –exclamó alguien tras ella, que se volvió enseguida.

Un hombre con barba y coleta llegaba en bici por el camino y se detuvo a su lado.

–¡Hola, señor Grasser! –Emma levantó una mano para saludarlo.

Sus suegros hablaban de Helmut Grasser como de «el conserje», pero en realidad era mucho más que eso. Se trataba de una de esas personas a quienes se les podía encargar cualquier cosa y que siempre estaban de buen humor. Cuando los padres de Florian tenían que ir a algún sitio hacía de chofer, también montaba estanterías, cambiaba bombillas, e incluso era el responsable del mantenimiento de los edificios y se ocupaba de supervisar los cuidados del parque y las zonas verdes. Vivía en uno de los tres bungalós, el del centro, junto con su madre, Helga, que trabajaba en la cocina.

–Dígame, ¿le sigue funcionando el televisor? –se interesó el hombre. Sus ojos oscuros, rodeados por una corona de arruguitas, se iluminaron con alegría.

–Ay, todavía me da vergüenza. –Emma rio, abochornada.

Hacía dos días había llamado a Grasser para pedirle que le echara un vistazo a su televisor, que no funcionaba, pero en realidad era que, sin darse cuenta, había puesto el canal del vídeo con el mando a distancia, nada más. ¡Grasser debía de creer que era una torpe!

–Mejor eso, y no que hubiese estado estropeado de verdad. Este mediodía quería pasarme a cambiarle el grifo monomando de la cocina. ¿Le va bien hacia las dos?

–Sí, por supuesto. –Emma asintió, contenta.

–Estupendo. Pues ¡hasta luego! –El hombre sonrió y volvió a montarse en la bicicleta.

Justo cuando Emma pasaba por delante del edificio de la administración e iba a torcer hacia la villa, Corinna Wiesner, la jefa de administración de Niños del Sol, salió por la puerta de cristal con el móvil pegado a la oreja y se acercó a ella con paso acelerado. Parecía concentrada, pero al ver a Emma sonrió y cortó la conversación.

–¡Esta fiesta va a acabar con mis nervios! –exclamó, alegre, mientras guardaba el teléfono–. ¡Buenos días! ¿Cómo estás? Se te ve algo cansada.

–Buenos días, Corinna –repuso Emma–. Es que anoche no dormí demasiado. Estuve en la reunión de antiguas alumnas.

–Ah, sí, es verdad. ¿Y qué tal? ¿Estuvo bien?

–Sí, fue divertido.

Corinna era un dechado de energía, poseía una serenidad casi inquebrantable, una memoria de computadora y nunca estaba de mal humor. Como jefa de administración, su trabajo no le dejaba ni una hora libre: se encargaba del personal, de las compras, de la organización, del trabajo en conjunto con Asuntos Sociales y Protección de Menores, pero también conocía a todas y cada una de las residentes de la casa de madres, así como a todos los niños de la guardería. Corinna encontraba tiempo y dedicación para absolutamente todos y todo. Además de eso, era madre de cuatro niños, el más pequeño de los cuales tenía solo dos años más que Louisa. Emma se asombraba día tras día de ver cómo gestionaba ese volumen de trabajo sin enfurecerse ni una sola vez. Ella y su marido, Ralf, habían estado en Niños del Sol; Ralf fue uno de los hijos en acogida de los suegros de Emma, y a Corinna la adoptaron cuando era bebé. Ambos se contaban entre los mejores y más antiguos amigos de Florian.

–Vaya, pues no da la impresión de que te divirtieras tanto. –Corinna le echó a Emma un brazo amistoso sobre los hombros–. Oye, ¿qué te pasa?

–Louisa me tiene un poco preocupada –reconoció Emma–. Se porta de una forma algo extraña desde hace unos días, dice que le duele la tripa y está apática.

–Mmm... ¿La has llevado al pediatra?

–Florian la ha examinado, pero no le ha encontrado nada.

Corinna arrugó la frente.

–Tendrás que estar atenta –le aconsejó–. Pero tú te encuentras bien, ¿verdad?

–Bueno, me gustaría que el niño naciera pronto –repuso Emma–. Este calor

me está matando. Pero al menos parece que poco a poco Florian va sintiéndose algo más a gusto aquí. Las últimas semanas han sido bastante complicadas.

Hacía un tiempo que le había comentado a Corinna lo de la conducta diferente de Florian, y esta le había aconsejado que tuviera paciencia. Opinaba que para un hombre adulto nunca era fácil regresar a casa de sus padres, y menos aún para alguien que llevaba años en zonas en crisis, sometido a una presión altísima, y que de repente aterrizaba en el reino de la abundancia.

–Me alegro. –Corinna sonrió–. Tal vez todavía consigamos hacer una barbacoa antes de que des a luz. Hace una eternidad que no veo a Flori, aunque ahora viva a solo unos cuantos metros de mi casa. –Le sonó el móvil y consultó la pantalla–. Ay, perdona, tengo que contestar. Nos vemos después, en casa de Josef y Renate, para hablar de la lista de invitados a la recepción y a la fiesta.

Emma la siguió con una mirada de desconcierto mientras se alejaba con paso enérgico hacia la casa de madres. ¿Cómo que hacía una eternidad que no veía a Florian? ¿No había ido su marido la pasada noche a su casa para ver a Ralf?

En una relación como la suya, en la que tan a menudo estaban separados, y a veces durante largas temporadas, la confianza tenía una importancia primordial. Emma confiaba en su marido y no conocía los celos. Nunca ponía en duda nada de lo que él le contaba, pero de pronto se encendió en su interior una minúscula llama de desconfianza que empezó a crecer en su cabeza. La simple sospecha de que Florian pudiera haberle mentado despertó en ella un extraño sentimiento de vacío.

Emma se puso en marcha lentamente.

Seguro que había una explicación muy simple para el hecho de que Corinna no hubiera visto a Florian la noche anterior. A fin de cuentas, era muy tarde cuando había salido de casa. Tal vez Corinna ya estuviera acostada después de un arduo día de trabajo.

Sí, eso debía de ser. ¿Por qué habría de mentirle Florian?

Colgó el teléfono y se quedó mirando la pantalla del televisor. Cintas rojas y blancas de cordón policial con varios agentes de mirada furiosa delante para evitar que los curiosos se colaran en el lugar de los hechos. Todavía había gente de rastros trabajando, buscando restos que fueran relevantes, pero que jamás encontrarían allí. No en Eddersheim. El embalse quedaba a tan solo unos kilómetros río abajo. Él sabía dónde era.

Cambio de escena.

El edificio del Instituto Anatómico Forense de Frankfurt. Frente a él, una

reportera que hablaba a cámara con semblante serio. Apareció entonces una imagen de la víctima, y él tuvo que tragar saliva. Qué guapa, tan rubia y tan... muerta. Una cara delicada y joven con pómulos altos y unos labios carnosos que jamás volverían a sonreír. Era evidente que en el Anatómico Forense se habían esforzado mucho. En realidad no parecía muerta, sino solo como si estuviera dormida. Apenas unos segundos después, la joven lo miró con unos ojos grandes y casi cargados de reproche. El corazón le dio un vuelco a causa del sobresalto, pero entonces comprendió que se trataba de una reconstrucción facial, una animación por ordenador. Aun así, el resultado era de un realismo asombroso.

Buscó a tientas el mando a distancia y volvió a poner el sonido.

«... su edad, alrededor de los quince o dieciséis años. La joven iba vestida con una minifalda vaquera y un top amarillo de tirantes finos talla 34 de la marca H&M. ¿Alguien vio a esta chica o puede dar indicaciones sobre su paradero durante los últimos días o semanas? En todas las dependencias policiales aceptarán cualquier tipo de información que tengan al respecto.»

Le extrañó un poco que la Policía pidiera la colaboración ciudadana tan poco después del hallazgo del cadáver. Seguro que no tenían ni la menor idea de quién podía ser la chica y esperaban que apareciera el comisario Casualidad al rescate.

Por desgracia, tal como él sabía desde la llamada telefónica de un momento antes, era más que probable que no consiguieran ninguna información pertinente para la resolución del caso. Hasta el último donnadie con ansias de protagonismo se vería impulsado a llamar a la Policía para afirmar que había visto a la chica en algún lugar, y los agentes tendrían que seguir cientos de pistas inútiles. ¡Menuda forma de perder el tiempo a lo tonto y malgastar recursos importantes!

Ya iba a apagar el televisor para irse al trabajo cuando apareció en pantalla el rostro de un hombre. Nada más verlo se estremeció. Una oleada de sentimientos reprimidos desde hacía tiempo se despertó en su interior. Empezó a temblar.

–Cabrón de mierda –masculló, y sintió cómo crecía dentro de él esa familiar mezcla de ira impotente y amargura.

Su mano apretó con tanta fuerza el mando a distancia que rompió el compartimento de las pilas y las hizo saltar. Él ni siquiera se dio cuenta.

«Todavía estamos muy al principio de las investigaciones –declaró el fiscal superior, Markus Maria Frey–. De todos modos, hasta que no tengamos los resultados de la autopsia no podremos decir si se trata de un accidente, de un suicidio o, quizá, de un asesinato.»

El mentón anguloso, el pelo oscuro todo repeinado hacia atrás y entreverado de las primeras canas, la voz cultivada y comprensiva, esos ojos castaños con una mirada engañosamente afable que despertaba confianza... Ese era su truco, claro. «Don Maria», como lo llamaban a sus espaldas en la Fiscalía de Frankfurt,

era un hombre con dos caras: su ingenio, su elocuencia y su encanto le servían para meterse en el bolsillo a quienes le parecían útiles, pero también podía mostrar un rostro muy diferente.

Él mismo lo había mirado muchas veces a los ojos hasta ver en ellos su alma negra y consumida por la ambición. Frey era un hombre despiadado y sediento de poder, arrogante y con afán de protagonismo. Por eso tampoco le sorprendió que hubiese querido hacerse cargo de esa investigación. El caso prometía conseguirle una buena dosis de atención pública, a la que Frey era adicto.

Volvió a sonarle el móvil, y contestó. Era su jefe, el del puesto de patatas fritas, con una voz que rezumaba furia.

–¿Es que no has visto la hora que es, puto vago? –gritó el gordo–. ¡A las siete quiere decir a las siete, y no a las ocho ni a las nueve! O te presentas aquí dentro de diez minutos o ya puedes...

Había tomado la decisión en el preciso instante en que había visto al fiscal Frey en la pantalla del televisor. Siempre podría encontrar otro trabajo como el del puesto de comida rápida. De momento, tenía otra prioridad.

–Vete a tomar por culo –soltó, interrumpiendo al gordo usurero–. Y búscate a otro idiota.

Dicho eso, apretó el botón para terminar la conversación.

Tenía mucho que hacer. Debía empezar a prepararse, porque tarde o temprano la Policía se presentaría allí, los agentes revolverían todas sus pertenencias y le pondrían la caravana patas arriba. Sobre todo ahora que Don Maria se había hecho cargo de la investigación. Ese tipo tenía una memoria de elefante, y más aún en lo concerniente a él.

Se arrodilló y sacó una caja de cartón que había debajo del banco esquinero. La dejó con cuidado sobre la mesa y levantó la tapa. Arriba del todo había una funda transparente que contenía una fotografía. La sacó y la contempló, absorto. ¿Cuántos años debía de tener la pequeña cuando le hicieron esa foto? ¿Seis? ¿Siete?

Su pulgar acarició con cariño el tierno rostro infantil; luego lo besó antes de guardar la imagen en un cajón, debajo de un montón de ropa. La nostalgia le producía tanto dolor como una puñalada. Inspiró hondo. Después cerró de nuevo la caja de cartón, se la colocó bajo el brazo y salió de la caravana.

**O**liver y Pia abandonaron la sala de personal de la planta baja de la comisaría, que había hecho las veces de central de operaciones durante casi toda la noche. Era la única sala de cierto tamaño en todo el edificio, y en los tiempos del

comisario Nierhoff a menudo se había convertido en escenario de esas espectaculares ruedas de prensa por las que tenía especial predilección el predecesor de Nicola Engel. Durante la reunión, que había sido bastante turbulenta, Pia había intentado recordar qué era lo que quería decirle a Bodenstein. Se trataba de algo importante, eso sí lo sabía, pero de pronto no caía en la cuenta.

–La jefa ha vuelto a estar genial –dijo la inspectora cuando dejaron atrás el control de seguridad y fueron hacia el aparcamiento.

–Sí, esta vez se ha superado. –Oliver coincidió con ella.

Poco antes de las nueve, un joven representante de la Fiscalía de Frankfurt sobrado de entusiasmo había protagonizado una entrada en escena de película. Había irrumpido en la reunión junto con otros dos compañeros suyos, había tomado la palabra con arrogancia y le había echado una bronca a Pia delante de los agentes presentes en la comisión especial Ninfa porque, a su parecer, le había dado a la prensa demasiada información, y demasiado pronto. Extralimitándose claramente en sus competencias, llegó a exigir que les traspasaran a él y a su administración la dirección de las investigaciones. Antes de que Pia pudiera contestar nada, la comisaria jefe Engel le había saltado a la yugular. Al recordar cómo le había cantado las cuarenta a ese tipejo presuntuoso con un par de palabras tranquilas, la inspectora no pudo contener una sonrisa.

Nicola Engel era una mujer delicada. Con su traje de lino blanco, casi parecía una doncella entre todos esos hombres de uniforme; se la veía incluso frágil, pero era una impresión engañosa. La gente siempre cometía el terrible error de subestimarla, y el joven fiscal pertenecía a la clase de hombre arrogante que infravaloraba a las mujeres por principio. Nicola Engel era capaz de seguir una discusión en silencio durante un buen rato, pero cuando por fin decía algo sus palabras daban en el clavo con la infalible precisión de un cohete intercontinental dirigido por ordenador, y casi siempre con un resultado igual de destructivo.

Al comprender que su misión había sido un completo fracaso, el joven fiscal reculó enseguida, aunque no sin antes ordenar a Pia que fuese a Frankfurt para la autopsia, cosa que ella de todas formas ya tenía intención de hacer.

En los últimos dos años, y a pesar de todas las dudas iniciales, la comisaria jefe Nicola Engel había demostrado ser una buena directora de agentes, con un estilo de liderazgo estricto pero justo, que siempre daba la cara por sus subordinados y nunca dejaba que los problemas internos salieran a la luz pública. Dentro de la comisaría local de Hofheim su autoridad era indiscutible y todo el mundo la trataba con respeto, pues, al contrario que su predecesor en el cargo, ella no le daba demasiada importancia a la política y sí al trabajo policial



bien hecho.

–Esa Engel es estupenda –dijo Pia, y le pasó a Oliver las llaves del coche–. ¿Conduces tú? Tengo que volver a llamar a Alina Hindemith.

Oliver asintió con la cabeza.

Justo después de la reunión, Pia, Ostermann y él habían hablado con los jóvenes que el día anterior estuvieron en el botellón. A través de la chica que había encontrado el cadáver, Pia había conseguido los nombres de todos los que habían ido allí a beber, y había llamado a los cuatro para que acudieran a comisaría junto con sus padres. Dos chicas y dos chicos, apocados, muy conmocionados pero de muy poca utilidad. Ninguno de ellos dijo haberse dado cuenta de que hubiera una chica muerta en el cañaveral, todos sostenían que no recordaban nada de lo que había ocurrido. Los cuatro mentían.

–Te digo que se largaron en cuanto vieron el cadáver –opinó Pia, y buscó en su bolso el número de teléfono de Alina–. Y estoy bastante convencida de que, al huir, dejaron allí tirado a su amigo Alex, igual que a Alina.

–Con eso, en el peor de los casos, serían culpables de no haber hecho nada por impedir la posible muerte de su amigo. –Bodenstein se detuvo en la salida y puso el intermitente. A falta de aire acondicionado, fueron con las ventanillas bajadas hasta que el calor acumulado bajó a niveles soportables–. Estoy seguro de que sus padres les habían hecho aprenderse de memoria lo que tenían que decir.

–Yo también lo creo –señaló Pia, secundando a su jefe.

Desde el hospital de Höchst no habían llegado buenas noticias. Alexander, el chico de dieciséis años, todavía no reaccionaba y seguía vivo gracias a la respiración artificial. Los médicos no descartaban que se hubieran producido daños cerebrales a causa de la falta de oxígeno.

Por mucho que hubiesen ingerido grandes cantidades de alcohol, abandonar a su suerte a una persona inconsciente, así como así, no era poca cosa..., y menos si se trataba de un amigo. Además, seguro que no todos estaban tan borrachos como afirmaban, porque en ese caso no habrían sido capaces de trepar tan fácilmente una valla tan alta.

Desde primera hora de la mañana, los teléfonos de la central de operaciones sonaban casi sin descanso. Como siempre que pedían la ayuda de la población, recibían también llamadas de toda clase de lunáticos que decían haber visto a la chica muerta en los lugares más inverosímiles. Investigar todas esas pistas era un trabajo muy poco gratificante, pero tal vez entre ellas apareciera una información correcta, y entonces todo habría merecido la pena. El día anterior, los reporteros habían sacado a colación el caso sin resolver de otra chica muerta encontrada en el Meno en el año 2001, y la prensa la había tomado con eso. Para tranquilizar a

la opinión pública y mantener a raya las críticas que surgían siempre contra el trabajo de la Policía, había que conseguir a toda costa un éxito rápido en la investigación. Esa había sido la argumentación de Pia para justificar su decisión de informar tan pronto a los medios, y Nicola Engel la había aceptado, igual que el fiscal superior Frey la noche antes.

Oliver tomó la A-66 en dirección a Frankfurt mientras su compañera intentaba hablar por teléfono con Alina sin conseguirlo. Su padre decía que su hija no estaba en casa.

–Me asquea que me mientan tanto –se quejó la inspectora, enfadada–. Si quien está inconsciente en la unidad de cuidados intensivos fuese su hija, ahora nos estaría metiendo toda la prisa del mundo.

–A mí lo que me parece más preocupante de todo es que los padres den ejemplo a sus hijos de lo fácil que es eludir la responsabilidad de sus errores –añadió Oliver–. Ese reflejo de sacudirse de encima cualquier culpa para endilgársela a otro es un indicio de la absoluta decadencia moral de nuestra sociedad.

Ostermann llamó por teléfono.

–Oye, Pia, ¿dónde has metido el expediente de Veronika Meissner? Tengo el informe de la autopsia en la mesa y no quiero dejarlo tirado por aquí encima.

A primera vista, Kai Ostermann podía parecer un empollón algo caótico, con gafas de montura de metal, cola de caballo y una vestimenta descuidada, pero las apariencias engañaban. Era, sin lugar a dudas, la persona más estructurada y ordenada que Pia había conocido jamás.

–Ese informe lo estuve buscando ayer –repuso–. La carpeta del caso tendría que estar debajo de mi escritorio.

Y en ese mismo instante Pia recordó qué era lo que había querido comentarle sin falta a su jefe.

–Por cierto, ¿sabes quién se presentó ayer en mi despacho? –preguntó al terminar la conversación con Ostermann–. Será mejor que vayas por el nudo de Frankfurter Kreuz y pases por delante del estadio. Si intentamos cruzar la ciudad, llegaremos tarde.

–Ni idea. –Bodenstein puso el intermitente–. ¿Quién?

–Frank Behnke. De traje y corbata, y aún más repulsivo que antes.

–¡Qué dices!

–Está en la Dirección Regional. ¡En el Departamento de Asuntos Internos! –exclamó Pia–. A partir del lunes realizará una inspección en la comisaría. Por lo visto ha habido quejas y denuncias de irregularidades.

–¿De verdad? –El inspector jefe sacudió la cabeza.

–Falta de persecución de delitos, consultas de datos no autorizadas. A ti te

tiene en el punto de mira, Oliver. Te guarda rencor por la humillación que le hiciste soportar cuando el asunto de Blancanieves.

–Pero ¿qué le hice soportar? –quiso saber Bodenstein–. Fue él quien tuvo una conducta inadmisibles. Que lo investigaran y lo suspendieran tiene que agradecerse únicamente a su propio comportamiento, no a mí.

–Tal como él lo ve, la cosa es muy diferente. ¡Ya conoces a ese idiota rencoroso!

–Desde luego que sí. –Bodenstein se encogió de hombros–. No tengo nada que reprocharme.

Pia se mordió el labio inferior, pensativa.

–Pues a mí me da miedo –añadió entonces–. ¿Te acuerdas del primer caso que llevamos juntos?

–Por supuesto. ¿Qué quieres decir?

–El asunto de Friedhelm Döring. La castración. Suspendiste la investigación por lesiones graves contra el veterinario, el abogado y el farmacéutico.

–Sí, pero no fue por gusto, ni mucho menos –replicó Oliver con consternación–. Enviamos a la gente de rastros al quirófano de la clínica veterinaria, pero no encontraron ningún tipo de restos utilizables. ¡Ni una sola prueba! ¡Tampoco es que pueda mandar torturar a los sospechosos para sacarles una confesión!

Pia se dio cuenta de que, cuantas más vueltas le daba su jefe, más enfadado parecía.

–Solo quería decírtelo para que lo supieras y estuvieras preparado –señaló–. De hecho, estoy bastante segura de que Behnke empezará justamente por ahí.

–Gracias. –Oliver sonrió con rabia–. Me temo que tienes razón, pero será mejor que no saque mucho el cuerpo al asomarse a la ventana, porque te juro que él tampoco es un corderito inocente.

–¿Qué quieres decir?

Esta vez Pia sintió curiosidad. Recordaba la tensa relación que había tenido Behnke con Nicola Engel desde el primer día. Por aquel entonces circularon rumores de que la antipatía mutua que se demostraban los dos en público tenía algo que ver con un viejo caso en el que se habían visto involucrados ambos en su época en la Brigada de Homicidios de Frankfurt. Un infiltrado de la Policía fue abatido de un tiro por otro agente durante una detención.

–Es un asunto antiguo –repuso su jefe con evasivas–. De hace mucho, pero que no ha prescrito todavía. Más le vale a Behnke protegerse si tiene pensado buscarme las cosquillas.

–¡Menuda mierda! –maldijo Hanna cuando la lucecita verde cambió al rojo justo delante de ella.

Alguien le había quitado la última plaza libre delante de sus narices. Echó una mirada por el espejo retrovisor, dio marcha atrás y se dirigió hacia la salida del aparcamiento con el Mini que le había prestado Meike. Por suerte no tenía a nadie detrás, y el carril era lo bastante amplio para hacer la maniobra. ¡Las doce menos diez ya! A las doce había quedado con Wolfgang para comer en el KUBU. A su lado, en el asiento del copiloto, tenía una funda de plástico transparente con el plan de acción para la contención de daños que había estado preparando esa misma mañana.

Torció a la derecha por Junghofstrasse y se incorporó a Neue Mainzer después del semáforo. Poco antes de llegar al Hilton se mantuvo a la derecha en dirección a la Bolsa y, como por un milagro, descubrió un hueco a la izquierda, entre una furgoneta de reparto y una limusina oscura. Puso el intermitente, aceleró, giró hacia la izquierda e hizo como si no se enterara de los bocinazos ni de los gestos iracundos del conductor que tenía detrás y a quien había obligado a dar un frenazo brusco. La buena educación y la consideración para con los demás estaban fuera de lugar en la guerra por encontrar una plaza libre para aparcar en el centro. Ese hueco habría sido muy pequeño para su coche, pero el Mini cabía sin problema.

Hanna se apeó y se colocó la cartera bajo el brazo. A primera hora de la mañana había mandado que le llevaran el Panamera al taller. El jefe del taller mecánico había llamado una hora después para preguntarle si quería poner una denuncia contra el desconocido por daños materiales.

–Ya me lo pensaré –respondió ella, y había estado de acuerdo en que debían conservar el capó desfigurado y los cuatro neumáticos rajados como prueba.

puta. ¿Quién lo había hecho? ¿Norman? ¿Vinzenz? ¿Quién más sabía dónde vivía? Llevaba toda la mañana intentando quitarse de la cabeza ese pensamiento alarmante, pero de pronto volvió a aparecer en primer plano.

Hanna decidió tomar un atajo y lo lamentó pocos segundos después, porque Fressgass era un infierno. Todas las sillas que había bajo las grandes sombrillas de las terrazas de cafeterías y restaurantes estaban ocupadas, los trabajadores de las oficinas y las tiendas cercanas aprovechaban la pausa de la comida para tomar un poco el sol mientras jubilados, adolescentes con ropa escasa y madres con cochecitos infantiles se paseaban por la avenida comercial sin la habitual prisa de Frankfurt. El calor ralentizaba toda la ciudad.

Acomodó su paso a ese ritmo parsimonioso. Había renunciado a ponerse tacones altos y traje, y en lugar de eso llevaba vaqueros blancos, camiseta y unas

zapatillas cómodas. Cruzó Neue Mainzer junto a un pelotón de turistas japoneses y accedió a la terraza del KUBU desde Opernplatz. Un noventa por ciento de los comensales del mediodía eran hombres trajeados de los vecinos rascacielos del distrito financiero; unas cuantas mujeres vestidas de oficina y un par de turistas constituían el resto. Wolfgang estaba sentado a una mesa en un extremo de la terraza, bajo la sombra de un plátano, y examinaba la carta.

Cuando ella se acercó a la mesa, levantó la mirada y le sonrió con alegría.

–¡Hola, Hanna! –Se levantó, le dio un beso en cada mejilla y luego le apartó la silla de la mesa con perfecta educación–. Me he permitido pedir una botella de agua. Y algo de pan.

–Gracias, muy buena idea. La verdad es que vengo muerta de hambre. –Se hizo con la carta y leyó por encima los platos del día–. Tomaré el menú. Sopa espumosa de ajo silvestre y lenguado.

–Suenan bien. Me apunto.

Wolfgang cerró su carta de golpe, y segundos después ya estaba allí la camarera tomándoles nota. Dos menús del día y una botella de pinot gris.

Wolfgang apoyó los codos en la mesa, entrelazó los dedos de ambas manos y le dirigió una mirada escrutadora.

–Ahora sí que tengo verdadera curiosidad por saber qué se te ha ocurrido.

Hanna vertió un poco de aceite de oliva en el platito, le echó un poco de sal gorda y pimienta por encima y untó un trozo de pan blanco. Con toda la agitación de esa mañana, ni siquiera había desayunado. El estómago le rugía, y el hambre amenazaba con ponerla de mal humor.

–Nos vamos a lanzar a la ofensiva –repuso sin dejar de masticar. Se subió la cartera al regazo y sacó la funda de plástico transparente–. Ya nos hemos puesto en contacto con las personas que nos han denunciado. Mañana me reúno con el hombre en Bremen, y por la tarde con esa mujer de Dortmund. Los dos se han mostrado más que dispuestos.

–Esto tiene muy buena pinta. –Wolfgang asintió con la cabeza–. Nuestro consejo de administración y los representantes de los accionistas están bastante nerviosos. En estos momentos no podemos permitirnos la mala publicidad.

–Ya lo sé. –Hanna se apartó un mechón de pelo de la frente y bebió un trago de agua.

Allí, a la sombra, la temperatura aún podía aguantarse. Wolfgang se quitó la corbata, hizo un rulo con ella y se la guardó en el bolsillo interior de la americana, que había colgado en el respaldo de la silla. Hanna le expuso su estrategia en frases escuetas mientras él la escuchaba con atención.

Cuando les sirvieron la sopa, ya habían acordado que intentarían limitar los daños recibidos.

–Y, por lo demás, ¿qué tal te va todo? –se interesó Wolfgang–. Te veo algo cansada.

–Esto me ha afectado bastante –reconoció ella–. El asunto con Norman y todos estos disgustos. Y, encima, ayer Meike volvió a portarse fatal conmigo. Creo que nunca conseguiremos arreglar nuestra relación.

Con Wolfgang podía mostrarse franca, no tenía que interpretar ningún papel. Se conocían desde hacía una eternidad. Wolfgang había sido testigo de su vertiginoso ascenso, de locutora de noticias en Hessischer Rundfunk a aclamada estrella televisiva, y cuando tenía que asistir a algún acto y no había ningún hombre a su lado siempre podía recurrir a él. Para Wolfgang no tenía secretos. Él había sido el primero a quien en su día le había contado que estaba embarazada, antes aún que al padre de Meike. Wolfgang había sido el padrino de su boda y padrino de bautismo de su hija, la escuchaba pacientemente cuando tenía mal de amores y se alegraba por ella cuando estaba feliz. Era, sin ninguna duda, su mejor amigo.

–Y, por si con todo eso no tuviera bastante, esta noche alguien me ha rajado los neumáticos del coche y me ha rayado el capó. –Lo dijo intentando no darle ninguna importancia, como si no le hubiese afectado demasiado. Si permitía a los demonios del miedo entrar en su vida, no habría quien pudiera con ellos.

–¿Cómo dices? –Wolfgang estaba sobresaltado de verdad–. Pero ¿quién te haría algo así? ¿Has llamado a la Policía?

–No, de momento no. –Hanna rebañó el plato con un trozo de pan y negó con la cabeza–. Seguro que ha sido algún imbécil envidioso que no soporta verme con el Panamera.

–No deberías tomártelo tan a la ligera, Hanna. A mí ya me preocupa el solo hecho de que vivas sola en esa casa tan enorme en mitad del bosque. ¿Y las cámaras de seguridad?

–Tendría que mandar que las cambiaran. Ahora mismo están solo de decoración.

La camarera se acercó, les sirvió vino y recogió los platos de la sopa. Wolfgang esperó a que se marchara, y entonces puso su mano sobre la de ella.

–Si pasa algo, si hay algo en lo que pueda ayudarte, ya sabes que solo tienes que decírmelo.

–Gracias. –Hanna sonrió–. Lo sé.

De repente se le pasó por la cabeza que podía estar contenta de que Wolfgang no estuviera casado ni tuviera ninguna relación seria. Por su físico no sería... Aunque no era ningún adonis, tampoco resultaba poco atractivo. Al contrario que la mayoría de los hombres que conocía, los años le habían sentado muy bien y le habían conferido a los rasgos juveniles y suaves de su rostro una virilidad

más angulosa que le favorecía mucho. Tenía el pelo cano en las sienes y las arrugas que rodeaban sus ojos se habían vuelto más pronunciadas, pero también eso le quedaba bien.

Hacía algunos años había tenido una novia, una abogada pálida y aburrida con la que había ido bastante en serio, pero la chica no había sabido ganarse el favor del padre de Wolfgang y, de algún modo, la relación había acabado enfriándose. Él nunca le había hablado de ello, pero tampoco había vuelto a tener una relación estable.

Les sirvieron el lenguado. En el KUBU la comida del mediodía nunca se alargaba mucho, ya que los camareros sabían que los clientes no disponían de mucho tiempo.

Hanna alcanzó la servilleta.

–No pienso dejarme intimidar –dijo con decisión–. Lo que tenemos que conseguir, antes que nada, es salvar el pellejo con el programa. ¿Crees que mi estrategia puede funcionar?

–Creo que sí –contestó Wolfgang–. Tú sabes ser muy convincente, aunque no estés convencida de lo que te toque defender.

–¡Exacto! –Hanna levantó su copa de vino y brindó con él–. Saldremos de esta.

Wolfgang siguió su ejemplo. La preocupación en su mirada había dejado paso a una leve desilusión, pero de eso Hanna no se dio cuenta.

No había forma de encontrar aparcamiento cerca del Instituto Anatómico Forense, así que al final Bodenstein dejó el coche en Eschenbachstrasse y recorrieron a pie el par de cientos de metros que tenían desde allí. La decisión de Pia de recurrir a la colaboración ciudadana había traído consigo un considerable interés por parte de los medios. Los periodistas se apretaban en la acera y se lanzaban sobre cualquiera que entrara en el instituto o saliera de él. Un reportero reconoció a los inspectores, que se vieron rodeados y acosados en un abrir y cerrar de ojos. De todo aquel griterío de preguntas, Pia dedujo que debía de haber corrido el rumor de que, además de la chica, también un chico había caído víctima del fenómeno «coma etílico» la noche anterior, así que la prensa estaba ansiosa por conseguir detalles al respecto. Por un breve instante se sintió desconcertada. ¿Habían conseguido esos gacetilleros información más actualizada por parte del hospital que ella misma? ¿Había muerto Alexander?

–¿Cómo es que ocultaron que había una segunda víctima? –preguntó un joven alzando la voz por encima de los demás, y apuntó a Pia con su micrófono como

si fuera un arma—. ¿Qué persigue con ello la Policía?

No era la primera vez en su vida que se sorprendía ante la agresividad y la exaltación de algunos reporteros. Quizá creyeran que solo por gritar más fuerte serían los primeros en enterarse de la noticia.

—No hay ninguna segunda víctima —repuso Oliver en lugar de ella, y apartó el micrófono con rabia—. Déjennos pasar de una vez.

Tardaron un par de minutos en conseguir llegar hasta la puerta de entrada del instituto. En el interior del edificio encontraron frescor y un silencio casi solemne; en algún lugar resonaba el repiqueteo de un teclado de ordenador. Las puertas del aula que había en un extremo del pasillo de suelos de madera estaban abiertas, y las hileras de asientos vacías, pero Pia oyó una voz y echó un vistazo en la gran sala. El fiscal superior Markus Maria Frey caminaba de un lado a otro mientras hablaba por teléfono, esta vez ya correctamente vestido con su traje de tres piezas y el pelo peinado con una raya perfecta. Al ver a la inspectora, cortó la conversación y guardó el móvil. Su cara de enfado se suavizó un tanto.

—Debo disculparme por el comportamiento de mi joven compañero esta mañana —dijo, y les dio la mano primero a Pia y luego a Bodenstein—. Al señor Tanouti todavía le sobra un poco de entusiasmo.

—No pasa nada —repuso la inspectora.

Estaba algo sorprendida de ver allí a Frey, ya que no era muy habitual que se presentara él en persona a una autopsia en el Anatómico Forense.

—En fin, seguro que la comisaria jefe Engel le ha dado una lección que le hacía falta aprender. —Una sonrisa se deslizó por el rostro del fiscal, que al instante recuperó la seriedad—. ¿Qué hay de cierto en eso que dicen de un segundo muerto?

—Por suerte, nada —dijo Bodenstein, retomando la palabra—. Mi compañera ha hablado por teléfono con el hospital hace tan solo media hora. El estado del joven al que ayer encontraron cerca del cadáver sigue siendo crítico, es verdad, pero todavía vive.

Mientras bajaban juntos la escalera hacia el sótano del instituto, al fiscal volvió a sonarle el teléfono y se quedó atrás.

La Sala de Disección 1 era demasiado pequeña para dar cabida a todo el mundo. Henning Kirchhoff y su jefe, el profesor Kronlage, iban a realizar la autopsia de la chica del Meno juntos y respaldados por dos ayudantes de disección; la Fiscalía había enviado a tres representantes, entre ellos el exaltado de esa mañana; y el reparto lo completaba un fotógrafo de la Policía cuyo nombre Pia no recordaba.

—Cerrado por exceso de aforo —le masculló a la inspectora Ronnie Böhme, el ayudante de Henning, cuando Oliver y ella se apretaron junto a la mesa de



disección.

–Esto no es ninguna clase magistral de medicina forense para juristas –se quejó Henning dirigiéndose al fiscal superior Frey. Se conocían bien, ya que al fin y al cabo no era extraño que los forenses fuesen citados como peritos por la Fiscalía o el tribunal–. ¿De verdad tenemos que aguantar a cuatro de los suyos estorbando por aquí en medio?

Los representantes de la Fiscalía juntaron las cabezas un instante y, acto seguido, dos de ellos desaparecieron sin apenas disimular su alivio. En la sala quedaron Don Maria y el sobrado señor Tanouti.

–Mucho mejor –masculló Henning.

La autopsia de una persona tan joven conllevaba una fuerte carga emocional para todos los presentes; los ánimos estaban tensos, e incluso el doctor Kirchhoff se ahorró su cinismo habitual. Ver a niños o a adolescentes muertos causaba auténtica consternación en todo el que presenciaba una autopsia. No era la primera vez que Bodenstein y los fiscales asistían a una disección forense, y Pia había pasado innumerables noches y fines de semana en esa sala o en la contigua, la Sala de Disección 2, cuando todavía estaba casada con Henning. Si quería verle la cara a su marido por lo menos de vez en cuando, a menudo no le había quedado más opción que esa, ya que su devoción por el trabajo rayaba casi en el fanatismo.

Pia había visto cadáveres en todas las fases de descomposición y en todas las circunstancias habidas y por haber... También los había olido: cadáveres de ahogados, de quemados, esqueletos, víctimas de accidentes de tráfico, de desgracias varias y de horribles suicidios. Henning y ella se habían sentado muchas veces junto a la mesa de disección a discutir cuestiones del día a día, en ocasiones incluso habían llegado a pelearse allí. Gracias a esas detalladas incursiones en la ciencia forense de la mano de un profesor tan estricto como Henning, la mirada profesional de Pia en el escenario del crimen se había agudizado muchísimo.

Aun así, la inspectora nunca dejaba de sentirse afectada cuando tenía que ir al lugar donde se había cometido un asesinato o se había encontrado un cadáver. Existían situaciones y circunstancias tan extremas y espantosas que tenía que reunir todas sus fuerzas para conservar la profesionalidad. Igual que la mayoría de sus compañeros, Pia no entendía su trabajo como una misión contra los crímenes de este mundo, sino que uno de los motivos principales por los que le gustaba ser policía, por muy frustrante y deprimente que pudiera resultar a menudo, era que tenía la sensación de mostrarles su respeto a las víctimas mediante el esclarecimiento de las circunstancias de su muerte. De esta manera, por lo menos, les devolvía en parte su dignidad. Porque no había nada más

indigno que un cadáver sin nombre, una persona despojada de su identidad, enterrada en cualquier lugar o tirada sin más por ahí como si fuera un montón de basura orgánica. No había destino más triste que el de llevar semanas o incluso meses muerto en un piso sin que nadie te echara de menos. Esos casos, por suerte poco frecuentes, eran los que para ella daban verdadero sentido a su trabajo, y sabía que a muchos de sus compañeros les sucedía lo mismo. Aun así, a algunos de ellos les daba reparo presenciar una autopsia, por lo que hacía tiempo que se ofrecía voluntaria. En cuanto un cadáver yacía sobre el brillante acero de la mesa de disección y bajo esa brillante luz fluorescente, perdía toda su capacidad de horrorizar. En una autopsia no había nada sombrío ni misterioso; la disección forense seguía un protocolo estrictamente fijado que empezaba con el examen exterior del cadáver.

Cuando iba con su escúter era casi como dar media vuelta al mundo. A pesar de que el trasero le ardía como el fuego después de una hora y media sobre ese asiento de plástico, disfrutó del trayecto. El viento cálido que le acariciaba la piel del rostro; el sol, que le sentaba de maravilla sobre los brazos desnudos. Se sintió otra vez joven de verdad. Hacía muchísimo que no tenía ni tiempo ni ocasión de salir de viaje con su motocicleta. Debían de haber pasado por lo menos veinte años desde aquella aventura con su mejor amigo de la que tan grato recuerdo guardaba. Habían conseguido llegar hasta el mar del Norte con su moto de 80 cc, y todo el tiempo por carreteras nacionales nada más. De noche dormían en tienda de campaña, y a veces incluso al raso, bajo el cielo estrellado, si montar la tienda les daba mucha pereza. A pesar de no disponer de demasiado dinero, al menos se habían sentido más libres que nunca. Que nunca antes y que nunca después. Aquel verano conoció a Britta en la playa de St. Peter Ording y se enamoró de ella a primera vista. Britta era del Taunus, de Bad Homburg, de modo que se habían seguido viendo después de las vacaciones. Él por entonces estudiaba Derecho y acababa de aprobar el primer examen oficial; ella había completado su formación como agente de compras al por mayor y al detalle y trabajaba en unos grandes almacenes, en la sección de ropa de mujer.

Ni medio año después ya se habían casado. Sus padres no habían reparado en gastos y les habían organizado una auténtica boda de ensueño. Registro civil, iglesia, una calesa tirada por cuatro caballos blancos. Celebraron un banquete con doscientos invitados en el castillo de Bad Homburg. Fotos de boda en el parque, bajo aquel cedro imponente. Luna de miel en Creta. Después del segundo examen oficial, él consiguió un puesto en uno de los mejores bufetes de

Frankfurt, en derecho económico y tributario. Ganaba un muy buen sueldo, así que habían podido comprarse un terreno donde construir la casa con la que soñaban. Entonces vino al mundo su hija, a la que él quería por encima de todas las cosas, y después su hijo. Todo era perfecto. Las noches de verano montaban barbacoas con amigos y vecinos, en invierno se iban a esquiar a Kitzbühel, en vacaciones se marchaban a Mallorca o a Sylt. Lo ascendieron, llegó a ser socio del bufete –¡con treinta años nada más!– y se especializó en derecho penal. Sus clientes dejaron de consistir entonces en simples defraudadores fiscales o gerentes descarriados y pasaron a ser asesinos, secuestradores, chantajistas, violadores, traficantes de drogas y homicidas. A sus suegros eso no les había hecho mucha gracia, pero para Britta no había tenido la menor importancia. Se ganaba la vida mejor que los maridos de sus amigas; podían permitirse todo lo que querían, tenían cuanto deseaban.

Sí, la vida era maravillosa, aunque tuviera que trabajar ochenta horas semanales. Estaba borracho de éxito, y la prensa hablaba ya de él como del nuevo Rolf Bossi, el famoso abogado. Se movía con total naturalidad en los círculos de sus ilustres clientes, que lo invitaban a bodas y fiestas de cumpleaños. Cobraba quinientos euros a la hora sin inmutarse siquiera, y para sus mandantes valía hasta el último penique.

Pero hacía tiempo que todo aquello había acabado. En lugar de un Maserati Quattroporte y un 911 Turbo, ahora conducía un escúter prehistórico. Había cambiado la villa con jardín, piscina y todos los lujos imaginables por una caravana. Sin embargo, por mucho que la apariencia de su vida fuese diferente, por dentro él seguía siendo la misma persona, con los mismos deseos secretos, los mismos sueños y ansias que antes. Casi siempre conseguía controlarlos. A veces no. A veces el impulso que nacía en su interior era más fuerte que la razón.

Ya había dejado atrás las últimas casas de Langenselbold, solo le faltaba recorrer tres kilómetros más. La granja no resultaba fácil de encontrar, y eso era precisamente lo que habían pretendido sus residentes. En su día pasaron mucho tiempo buscando hasta dar con la propiedad adecuada: una casona venida a menos con un gran terreno que, al estar situado tras una zona boscosa, no se veía desde ninguna carretera. Habían pasado años desde la última vez que estuvo allí, y le impresionó ver lo que habían hecho en el recinto. Detuvo el escúter delante de una verja de hierro de dos metros de alto coronada por puntas de lanza. Las cámaras, activadas por sensores de movimiento, enseguida lo detectaron y dirigieron sus objetivos hacia él. La granja se había convertido en una fortaleza inexpugnable, rodeada por una valla cubierta con lona opaca por el interior. Se quitó el casco.

–*Benvenuto, dottore avvocato* –dijo la voz distorsionada del

intercomunicador—. Llegas a punto para la comida. Estamos detrás del granero.

La verja de doble hoja empezó a abrirse despacio y él entró con su escúter. Allí donde antes se levantaban vaquerizas y pocilgas que almacenaban estiércol viejo a toneladas, ahora había un almacén de chatarra. El granero, remodelado a fondo, albergaba el taller, y en la explanada pavimentada se veían unas Harley Davidson cromadas y relucientes en formación. Junto a ellas, su lamentable motocicleta destacaba como si fuese un pariente pobre. Al otro lado había un par de Staffordshire bull terriers ladrando tras los firmes barrotes de una gran perrera que inspiraba confianza.

Se puso la caja de cartón bajo el brazo y rodeó el granero. De no saber lo que le esperaba allí, tal vez se hubiera asustado. Sobre una enorme parrilla colgante se asaban filetes, y en las mesas y los bancos de alrededor había sentados varios hombres que juntos sumaban por lo menos un millar de años de penas de cárcel. Uno de ellos, un gigante fornido con la barba bien delineada y un pañuelo en la cabeza, se levantó de su sitio a la sombra y se acercó a él.

–*Avvocato* –saludó con una ronca voz de bajo, y lo estrechó un momento con fuerza entre sus musculosos brazos, que llevaba tatuados desde los hombros hasta las puntas de los dedos—. Bienvenido, qué alegría.

–Qué hay, Bernd. –Le sonrió—. Yo también me alegro de volver a verte. Debe de hacer diez años desde la última vez que estuve aquí.

–Culpa tuya si no te has pasado más. El negocio va sobre ruedas.

–Es que siempre has tenido un don con el destornillador.

–Ya lo creo. Además, cuento con un par de chicos buenos de verdad. –Bernd Prinzler se encendió un cigarrillo—. ¿Has comido ya? ¿Te apetece algo?

–No, gracias. No tengo hambre. –Solo con oler la carne asada se le revolvía el estómago. Además, no había hecho cincuenta kilómetros de carretera con su motor petardeante solo para comer. El entusiasmo expectante que tanto trabajo le había costado mantener a raya desde la llamada de Bernd del día anterior le hizo estremecerse. Se le aceleró el corazón. ¡Había esperado tanto tiempo!—. Por teléfono dijiste que tenías algo nuevo para mí...

–Pues sí. Y no poco. Te vas a quedar de piedra. –El gigante entornó los ojos—. Ya no puedes de impaciencia, ¿eh?

–La verdad, no –reconoció él—. También yo he tenido que esperar mucho.

–Bueno, pues vamos. –Bernd le puso un brazo sobre los hombros—. Dentro de nada tengo que ir a buscar a los niños al colegio, pero tú ya te las apañarás solo.

–Un peso de 41,4 kilos con una altura de 1,68 –dijo el profesor Kronlage—. Se

trata de un caso grave de malnutrición.

El cuerpo consumido de la chica estaba repleto de cicatrices, unas antiguas y otras relativamente nuevas. Bajo la luz deslumbrante de los fluorescentes quedaban bien visibles: quemaduras, contusiones, marcas de arañazos y hematomas; testimonios escalofriantes de los años de malos tratos que había sufrido la muchacha.

Una mujer joven entró en la sala.

–Las imágenes –se limitó a decir, y a continuación se abrió paso por delante de Oliver y Pia de malos modos y sin saludar.

Se sentó frente al ordenador que había en una mesa pequeña, junto a la pared, y escribió algo en el teclado. Poco después podía verse el esqueleto de la víctima en la pantalla. Los tiempos en que las placas en blanco y negro de las radiografías se colocaban sobre un visor encendido habían pasado a la historia.

Kronlage y Kirchhoff interrumpieron el examen exterior del cadáver, se acercaron al ordenador y analizaron lo que se veía allí: fracturas óseas en el rostro, en las costillas y en las extremidades, algunas antiguas y curadas, pero también otras más recientes, de forma parecida a lo que sucedía con las lesiones externas. Podían distinguirse veinticuatro fracturas.

Pia se estremeció al imaginar el horrible martirio que debía de haber soportado la chica. Para los forenses, sin embargo, más que las fracturas, lo significativo eran las diferentes señales de maduración del esqueleto. Las osificaciones de las fisis en los huesos del cráneo y en las epífisis de los huesos largos les permitirían realizar una primera estimación de la edad.

–Tenía como mínimo catorce años, dieciséis como mucho –dijo Henning Kirchhoff entonces–. Aunque eso podremos afinarlo más aún dentro de un rato.

–En cualquier caso, la niña recibió malos tratos durante varios años –añadió el profesor Kronlage–. Además, la anómala palidez de la piel y la carencia de vitamina D en la sangre, casi total según los resultados de laboratorio, resultan llamativas.

–¿Llamativas hasta qué punto? –quiso saber el joven fiscal.

–Lo que llamamos vitamina D en realidad no es una vitamina como tal, sino una hormona esteroide neuroreguladora. –Kronlage lo miró por encima del borde de sus gafas de lectura–. El cuerpo humano la produce en cuanto la piel se ve expuesta al sol. Hoy en día la falta de vitamina D ha adoptado proporciones casi epidémicas en todo el mundo, porque los dermatólogos y las autoridades sanitarias alimentan la histeria del miedo al cáncer y aconsejan mantenerse lejos del sol o utilizar cremas solares con un factor de protección de treinta o superior. Y en realidad...

–¿Qué tiene que ver todo eso con la chica muerta? –lo interrumpió Tanouti

con impaciencia.

–¿Quiere hacer el favor de escucharme? –le dijo Kronlage.

El fiscal aceptó la regañina sin decir nada, se limitó a encogerse de hombros.

–Un valor de entre quince y dieciocho nanogramos por mililitro de sangre, según se determinó en un reconocimiento médico en serie tras los meses de invierno en Estados Unidos, ya se considera una carencia pronunciada. Lo óptimo sería entre cincuenta y sesenta y cinco nanogramos por mililitro de sangre –siguió explicando el profesor–. En el suero sanguíneo de esta chica se han encontrado cuatro nanogramos por mililitro.

–¿Y qué? ¿Qué conclusión sacamos de eso? –La voz de Tanouti sonó todavía más impaciente que antes.

–Qué conclusión sacará usted no lo sé, joven –contestó Kronlage con calma–. Para mí, de este hecho, junto con la palidez de la piel y la estructura ósea porosa que se distingue en las radiografías, se desprende la suposición de que la muchacha llevaba un largo período sin estar expuesta a la luz solar. Eso puede querer decir que la tenían encerrada.

Durante unos instantes, el silencio fue absoluto. Entonces sonó un móvil.

–Lo siento –dijo el fiscal superior, y abandonó la sala.

El estado general de la muchacha era muy malo, su cuerpo padecía malnutrición y deshidratación severas, tenía los dientes cariados y nunca había visitado a un dentista. Con ello quedaba descartada la posibilidad de descubrir su identidad a través de los registros dentales.

El examen exterior del cadáver se dio por finalizado, y entonces pasaron a la disección en sí. Con un escalpelo, Kronlage realizó un corte de una oreja a otra, luego retiró toda la piel del cuero cabelludo hacia delante y pidió a un asistente que abriera el cráneo con una sierra oscilante para extraer el cerebro. Mientras tanto, Henning abrió la caja torácica y el abdomen con un único corte perpendicular desde el cuello hasta la altura de las caderas. Atravesó las costillas y el esternón con una sierra para huesos, examinó de inmediato los órganos extraídos sobre una pequeña mesa metálica que quedaba por encima de la de disección y tomó muestras de tejidos. De cada órgano se comprobaron y anotaron estado, tamaño, forma, color y peso.

–Vaya, ¿qué tenemos aquí? –preguntó Henning, más para sí que para los presentes.

Había abierto el estómago para extraer muestras del contenido estomacal.

–¿Qué es eso? –se interesó Pia.

–Parece... tela. –Henning alisó uno de los fragmentos pringosos con dos pinzas y levantó un retal contra la potente luz–. Los ácidos gástricos la han degradado bastante. En fin, quizá los del laboratorio puedan descubrir algo más.

Ronnie Böhme le tendió una bolsita para pruebas y la etiquetó enseguida.

Pasaron los minutos, que se convirtieron en horas. El fiscal superior no había vuelto a aparecer. Los forenses trabajaban concentrados y con meticulosidad, y Henning, que era responsable del acta, iba dictándole los resultados al micrófono que llevaba colgado del cuello. Eran las cuatro de la tarde cuando Ronnie Böhme volvió a introducir en el cadáver los órganos extraídos y cosió los cortes. Con ello la autopsia llegó a su fin.

–La causa de la muerte fue claramente el ahogamiento –determinó Henning en su resumen final–. Sin embargo, existen graves lesiones internas, provocadas por patadas o golpes contra el abdomen, el pecho, las extremidades y la cabeza, que tarde o temprano también le habrían provocado la muerte. Desgarros en bazo, pulmones, hígado y recto. Las lesiones masivas en la vagina y el ano indican, asimismo, que la muchacha fue víctima de abusos sexuales poco antes de morir.

Oliver escuchaba en silencio y con semblante impertérrito. De vez en cuando asentía con la cabeza, pero no hizo ninguna pregunta. Kirchhoff lo miró.

–Bueno, Bodenstein, lo siento –dijo–. El suicidio queda descartado. Pero ahora descubrir si se trató de un accidente o de un asesinato ya es cosa vuestra.

–¿Por qué descartas la posibilidad del suicidio? –quiso saber Pia.

–Porque... –empezó a decir Henning, pero no pudo continuar.

–Doctor Kirchhoff –lo interrumpió el joven fiscal, que de repente parecía tener prisa–, quiero tener el informe de la autopsia en mi escritorio mañana a primera hora.

–Faltaría más, señor fiscal. Mañana a primera hora lo tendrá usted en la bandeja de correo entrante. –Henning sonrió con una amabilidad exagerada–. ¿Quiere que se lo transcriba yo mismo al ordenador?

–Haga lo que quiera. –El fiscal Tanouti estaba tan cegado por su propia importancia que no se dio cuenta de que en cuestión de segundos había conseguido convertirse, tal vez, en el colaborador más impopular de toda su jurisdicción–. Así ya podremos informar a la prensa de que la chica se ahogó en el río.

–Yo no he dicho eso. –Henning se quitó los guantes de látex y los tiró al cubo de basura que había junto al lavamanos.

–¿Cómo? –El joven dio un paso atrás hacia la sala de disección–. Pero si acaba de afirmar que está claro que la muchacha murió ahogada.

–Sí, y así es. Pero usted me ha interrumpido antes de que pudiera explicar por qué he descartado la posibilidad de un suicidio. En realidad, no se ahogó en el Meno.

Pia miró a su exmarido con perplejidad.

–En los ahogamientos en agua dulce, los tejidos pulmonares quedan tan

extremadamente saturados que, al abrir el tórax, estos rebosan de la cavidad. El fenómeno recibe la denominación de «enfisema acuoso». Sin embargo, no es lo que ha sucedido en este caso. En lugar de eso, se ha producido un edema pulmonar.

–¿Y qué quiere decir eso en cristiano? –le espetó el fiscal, irritado–. ¡No necesito una clase magistral de medicina forense, sino datos!

Henning se lo quedó mirando con desdén. En sus ojos relucía una chispa de ironía. El fiscal Tanouti había perdido su simpatía para toda la eternidad.

–Unos conocimientos algo más profundos en el campo de la ciencia forense nunca vienen mal –comentó con una sonrisa sardónica–. En especial si tiene uno pensado presentarse ante la lluvia de *flashes* de la prensa.

El joven fiscal se puso colorado y dio un paso en dirección al forense, pero tuvo que retroceder de prisa, porque Ronnie Böhme empujó la camilla con el cadáver directa hacia él.

–Un edema pulmonar se produce, por ejemplo, con agua salada. –Henning se quitó las gafas y se puso a limpiarlas tranquilamente con un pañuelo de papel. Después las levantó hacia la luz y entrecerró los ojos para comprobar que estuvieran lo bastante limpias–. O en un ahogamiento en agua clorada, como la de una piscina.

Pia cruzó enseguida una mirada con su jefe. Ese era un detalle crucial; típico de Henning que lo hubiera reservado para el final.

–Esta chica se ahogó en agua clorada –anunció por fin–. En los próximos días, el laboratorio nos proporcionará un análisis más preciso de la muestra de agua que había en los pulmones. Y ahora, si me disculpan... Pia, Bodenstein, señor fiscal, que tengan un buen día. Debo ir a transcribir el acta de la autopsia. –Le guiñó un ojo a su exmujer y salió.

–Menudo idiota arrogante –masculló el joven fiscal mientras seguía a Henning Kirchhoff con la mirada. Después, también él se marchó.

–En fin, a todo el mundo le dan una lección alguna vez –comentó Oliver con sequedad.

–Pues a ese chaval hoy le ha tocado recibir dos –repuso Pia–. Primero con Engel y luego con Henning... Diría que ya tiene bastante por hoy.

Cuando Emma regresó con Louisa de la guardería, la mesa de la terraza ya estaba preparada para la merienda. Sus suegros estaban sentados a la sombra de una pérgola recubierta de hiedra y de una glicinia llena de flores moradas, jugando al Scrabble en unos cómodos sillones de mimbre.



–¡Hola, Renate! ¡Hola, Josef! –los saludó–. Ya estamos aquí.

–A tiempo para tomar el té y un trozo de tarta. –Renate Finkbeiner se quitó las gafas y sonrió.

–Y a tiempo para que gane tres a dos –añadió Josef Finkbeiner–. «Quagga», que suma cuarenta y ocho puntos, y con eso ya te he ganado.

–¿Qué clase de palabra es esa? –replicó Renate fingiendo indignarse–. Eso te lo acabas de inventar.

–No, no es verdad. Un quagga es una clase de zebra extinta. Reconoce de una vez que hoy he sido mejor que tú, y punto. –Josef Finkbeiner rio, se inclinó hacia su mujer y le dio un beso en la mejilla. Después retiró el sillón hacia atrás y extendió los brazos–. Ven con el abuelo, princesa. He mandado que llenen la piscinita especialmente para ti. ¿No quieres ir corriendo a por el bañador?

–Ay, sí –dijo Emma, que se habría muerto por tumbarse ella misma cuan larga era en la piscina hinchable. Antes era inmune al calor, pero esas temperaturas, unidas a la elevada humedad ambiental, se le hacían del todo insoportables.

Louisa dejó que su abuelo la levantara en brazos.

–¿Vamos a buscar tu bañador? –preguntó Emma.

–No... –Louisa se apartó de su abuelo y se subió a uno de los sillones. Tenía la mirada fija en la mesa–. Quiero tarta.

–Pues muy bien. –Renate Finkbeiner se echó a reír y retiró la tapa que había colocado encima de los dulces para protegerlos de los insectos–. Dime qué prefieres, ¿pastel de fresas o tarta de queso y nata?

–¡Tarta de queso y nata! –exclamó Louisa con ojos resplandecientes–. ¡Con mucha nata!

La mujer les sirvió un trozo a Louisa y otro a Emma en sendos platos y luego le acercó a su nuera una taza de Darjeeling. La niña consiguió zamparse la tarta a una velocidad récord.

–Quiero más –pidió con la boca llena.

–¿Cuál es la palabra mágica? –dijo su abuelo, que acababa de guardar el juego del Scrabble.

–Porfi... –murmuró Louisa, y sonrió con picardía.

–Pero solo un trozo pequeño –advirtió Emma.

–¡No! ¡Uno grande! –la contradujo Louisa, y al hacerlo se le cayó un poco de tarta de la boca.

–Bueno, bueno, ¿qué clase de modales son esos, princesa? –Josef Finkbeiner sacudió la cabeza con reprobación–. Las niñas bien educadas no hablan con la boca llena.

Louisa le lanzó una mirada vacilante; no estaba muy segura de si se lo decía en serio o en broma. Al ver que su abuelo seguía mirándola severo y sin sonreír,

la niña consiguió tragar por fin el último bocado de tarta.

–Por favor, abuelita –dijo entonces, y le tendió el plato a Renate–. Otro trozo de tarta de queso, por favor.

Emma guardó silencio al ver la mirada que le dirigió la niña a su abuelo en busca de aprobación.

El hombre asintió con la cabeza y le guiñó un ojo a la pequeña, y a ella se le iluminó la cara al instante. Emma sintió una pequeña punzada de algo que se parecía mucho a los celos.

Poco importaba cuánto se esforzase: nunca encontraba la forma de conectar con su hija. Desde que vivían allí se le había hecho aún más difícil, y a menudo se sentía excluida por completo. Louisa no la respetaba y punto. A su suegro y a Florian, en cambio, los obedecía sin rechistar; sí, casi con alegría. ¿A qué podía deberse? ¿Le faltaba autoridad? ¿Qué era lo que estaba haciendo mal? Corinna opinaba que era normal que las niñas mostraran especial predilección por el padre y que, justamente a esa edad, solían chocar con la madre. Lo mismo había leído Emma en diversas guías educativas, pero a pesar de eso resultaba doloroso.

–Señoras, os voy a dejar solas para que disfrutéis de vuestro té. –Josef Finkbeiner se levantó, se puso la caja del Scrabble bajo el brazo e insinuó una reverencia que hizo reír en voz alta a Louisa–. Renate, Emma, princesa: os deseo que acabéis de pasar una agradable tarde.

–Abuelito, ¿me lees algo dentro de un rato? –pidió la niña.

–Me temo que hoy ya no podrá ser –contestó el hombre–. Ahora tengo que salir. Pero mañana sí.

–Vale –aceptó la niña, resignada.

Si hubiese sido Emma quien le hubiera dado una respuesta negativa, habría reaccionado con un ataque de ira. Emma pinchó el último trozo de tarta con el tenedor y siguió a su suegro con la mirada. Lo apreciaba y lo valoraba mucho, pero había momentos, como ese, en los que le hacía sentir que era una completa nulidad en cuestiones de educación infantil.

El aire era cálido y estaba cargado del zumbido de las laboriosas abejas que cosechaban néctar por los rosales y los arriates de flores que rodeaban la terraza. Más allá, en el parque, se oía el rugido de un cortacésped y olía a hierba recién segada.

–¿Por casualidad no llevarás encima la lista de invitados? –preguntó la suegra de Emma, que así le hizo olvidar esas ideas sombrías–. Ay, no sabes lo mucho que me alegro de volver a ver por fin a todos mis hijos.

Emma sacó la carpeta de su cartera y se la tendió a su suegra. Estaba contenta de que Corinna le hubiera encargado a ella el seguimiento de los asistentes y la elaboración y el envío de las invitaciones. Así tenía la sensación de que

pertenecía a la familia de verdad, en lugar de ser solo una invitada más. La lista la había sacado de un documento de Excel ya existente. A ella, un noventa y cinco por ciento de los nombres no le decían nada; Renate, en cambio, soltaba un grito de alegría cada vez que veía una marca de las que indicaban una confirmación de asistencia.

A Emma le conmovió esa emoción tan sincera.

Renate era una mujer que iba por la vida con una sonrisa alegre y hacía caso omiso de todo lo negativo. No le interesaba en absoluto lo que ocurría en el mundo, no leía el periódico ni veía las noticias de la televisión. Florian, con un desprecio apenas disimulado, consideraba a su madre una persona ingenua, naif y superficial. De hecho, en ocasiones esa dicha imperturbable resultaba difícil de digerir, pero era mil veces mejor que la crítica constante y el ánimo depresivo de la madre de Emma.

–Ay, Dios mío, cómo pasa el tiempo... –comentó Renate con un suspiro, y se secó los ojos empañados con la mano–. Ya hace tiempo que todos son hombres y mujeres hechos y derechos, pero cuando leo sus nombres aún veo a los niños que fueron. –Dio unas palmaditas en la mano de Emma–. Me hace muy feliz que Florian y tú también vayáis a estar presentes esta vez.

–A nosotros también nos alegra –repuso ella, aunque no estaba en absoluto segura de que a Florian le apeteciera ir a la recepción y la fiesta de verano. Su marido no tenía en mucha estima la obra vital de sus padres, en la que habían invertido la mayor parte de su fortuna–. ¡Quieta! –Emma llegó a tiempo de impedir que Louisa se hiciera con otro trozo más de tarta–. Todavía tienes la mitad en el plato.

–Pero es que ¡solo me gusta la parte blanda! –protestó la niña sin dejar de masticar.

–Pues la base también tienes que comértela. ¿O quieres que la abuela la tire a la basura?

Louisa hizo un mohín.

–¡Quiero más tarta! –exigió.

–Pero, cariño, si acabas de comerte dos trozos grandes –repuso Renate.

–¡Pero yo quiero! –insistió la niña con una mirada voraz.

–He dicho que no. ¡Y basta! –exclamó Emma con decisión, y le quitó el plato de la mano a su hija–. Dentro de nada hay que cenar. Mejor cuéntale a la abuela lo que habéis hecho en la guardería.

Louisa apretó los labios con tozudez y, al comprender que en efecto no pensaban darle un tercer trozo de tarta, se echó a llorar. Bajó de su silla y se puso a mirar por todas partes con desesperación.

–¡Cuidado! –advirtió Emma.

Pero ya era demasiado tarde. La pequeña le dio una patada al bebedero para pájaros de cerámica, que resbaló de la piedra sobre la que estaba colocado y se hizo añicos.

–Pero ¡niña, mi bonito bebedero! –exclamó Renate.

Emma vio que Louisa ya tenía el siguiente objetivo en el punto de mira: una maceta con geranios en flor. Se levantó de un salto y atrapó a su hija por el brazo justo antes de que pudiera provocar más destrozos. La pequeña se defendió, intentó zafarse, gritó en una frecuencia que habría podido hacer estallar el cristal, dio patadas y se debatió con fuerza. Emma estaba acostumbrada a que su hija tuviera algún berrinche de vez en cuando, pero la intensidad de ese ataque de rabia la asustó.

–¡Quie-ro tar-ta! ¡Quie-ro tar-ta! –gritaba con toda la cara roja como un tomate y completamente fuera de sí.

Las lágrimas le caían sin parar, y entonces se lanzó al suelo.

–Bueno, ya vale de tanto teatro –masculló Emma–. Nos vamos arriba, a casa, hasta que te hayas tranquilizado.

–¡Mamá tonta! ¡Mamá tonta! ¡Tarta! ¡Quiero tartaaaa!

–Déjale que coma un trozo más... –se entrometió Renate.

–¡De ninguna manera!

Emma fulminó a su suegra con la mirada. ¿Cómo iba a conseguir que Louisa la respetara algún día si sus suegros saboteaban cada una de sus medidas educativas?

–¡Tarta! ¡Tarta! ¡Tartaaaa!

Louisa fue subiendo el tono hasta alcanzar un punto de verdadero histerismo y ponerse de un rojo intenso. Emma estaba a punto de perder la paciencia.

–Mejor nos vamos ya para arriba –dijo–. Lo siento. Hace unos días que le pasa algo.

Tiró de su hija, que seguía chillando y berreando, y se metió con ella en la casa. La plácida tarde había llegado a su fin.

**H**abía días que solo consistían en una sucesión de banalidades cotidianas y eran demasiado aburridos para recordarlos después. La mayoría de las personas dejaban pasar esos días sin pena ni gloria, y medían el transcurso de los años gracias a cumpleaños, festividades u otros acontecimientos destacados a los que luego, cuando echaban la mirada atrás, reducían su vida. Hacía ya cuatro años que Pia se había acostumbrado a llevar un breve diario en el que anotaba con palabras clave todo lo que sucedía en su jornada. A veces se reía ella misma al

leer las tonterías insignificantes que apuntaba, pero esas notas triviales le transmitían la satisfactoria sensación de vivir su vida de una forma más consciente y no dejar que ningún día transcurriera en vano.

La inspectora frenó y se apartó hacia la derecha para dejar pasar al tractor que cruzaba desde el otro lado hacia el paso subterráneo. Levantó una mano a modo de saludo, y Hans Georg, el agricultor que tenía la granja de más arriba y que cada año prensaba heno y paja para ella, la saludó a su vez.

En días como ese, sin embargo, su diario solía quedarse vacío. ¿Qué habría podido anotar? ¿«Hallazgo del cadáver de una chica, interrogatorio a cuatro jóvenes tercos, autopsia de doce a dieciséis horas, ciento veintiséis pistas telefónicas inútiles, intento de esquivar preguntas de la prensa, todo el día sin comer nada, cortacésped al anochecer»? Mejor no.

Pia llegó a Birkenhof. Apretó el botón del mando a distancia y la verja verde empezó a abrirse. Ese lujo era una de las muchas novedades que Christoph y ella se habían concedido en los últimos meses, después de que el Ayuntamiento de Frankfurt diera por fin carpetazo a la orden de derribo con la que llevaba años amenazando. Por la ventanilla bajada entró el aromático olor de la hierba recién cortada, y así Pia supo que Christoph había llegado antes que ella. Las explanadas de césped entre los abedules que había a la izquierda del camino de grava de la entrada estaban meticulosamente cortadas.

Había sido una buena decisión no comprar la propiedad de Rabenhof, en Ehlhalten. Solo la renovación de la casa los habría hipotecado para toda la eternidad y, puesto que el verano anterior Gerencia de Urbanismo les había dado al fin luz verde para reformar Birkenhof, habían preferido invertir ese dinero en la modernización de aquella casita tan primitiva.

Pia detuvo el coche ante el garaje y se apeó. Después de diez meses en los que habían vivido inmersos en una obra y rodeados de andamios, escombros, suelos levantados, cubos de pintura y argamasa, hacía un par de semanas que todo estaba acabado. La casa había crecido una planta de altura, tenía un tejado nuevo, ventanas nuevas, aislamiento térmico y, lo más importante, le habían instalado una calefacción decente, porque los viejos calefactores eléctricos siempre les obsequiaban con unas facturas de electricidad espantosamente elevadas. Ahora tenían un moderno intercambiador de aire y células fotovoltaicas en el tejado para la calefacción y el agua caliente. Con esas inversiones, de hecho, habían agotado por completo sus posibilidades de crédito, pero al fin habían dejado atrás la provisionalidad y habían conseguido un verdadero hogar. Incluso habían rescatado los bonitos muebles de Christoph del almacén donde los habían metido después de la venta de su casa de Bad Soden.

Tras aquel día tan duro, lo único que quería Pia era una ducha, algo de comer

y una copa de vino en la terraza. Los caballos seguían en los pastos y la puerta de la casa estaba abierta de par en par, pero a los perros no se los veía por ningún lado. A lo lejos oyó el motor del tractor. Christoph debía de estar ocupado en el prado de más atrás, y los perros habrían salido a hacerle compañía. Entonces vio aparecer el viejo tractor rojo, y en el asiento de reserva, junto al conductor, iba dando saltitos una pequeña figura rubia que la saludaba con los dos brazos.

–¡Piiiiiaaaa! ¡Pia! –gritó una vocecilla aguda que se hizo oír por encima del petardeo del motor.

¡Madre mía! ¡Con todo el jaleo de ese día se había olvidado por completo de que Lilly había llegado! El entusiasmo de Pia fue moderado. ¡Adiós a la paz y la tranquilidad junto a una copa de vino!

Christoph frenó junto al nogal, Lilly bajó del tractor con la agilidad de un monito y fue corriendo hacia ella.

–¡Pia! ¡Pia! ¡Qué contenta estoy! –exclamó, y su cara llena de pecas se iluminó con una gran sonrisa–. ¡Me alegro un montón de volver a estar en Alemania!

–¡Sí, y yo también! –Pia sonrió de medio lado, extendió los brazos y atrapó a la niña–. ¡Bienvenida a Birkenhof, Lilly!

La pequeña se abrazó al cuello de la inspectora y le apretó la cara contra la mejilla. Su alegría era tan sincera y desinteresada que a Pia le conmovió de corazón.

–Esto es taaan bonito... ¡De verdad! –exclamó Lilly sin poder contenerse–. ¡Los perros son preciosos, y los caballos también, y es que aquí todo es tan bonito y tan verde...! ¡Mucho más bonito que en mi casa!

–Bueno, pues me alegro. –Pia sonrió–. ¿Qué te ha parecido tu habitación?

–¡Genial! –A Lilly le brillaban los ojos, y no le soltaba la mano–. ¿A que no sabes qué, Pia? No me siento nada rara con vosotros, porque hablamos mucho por Skype. Y eso es genial. Seguro que no añoraré mi casa nada de nada.

Christoph, que había ido a guardar el tractor, se acercó a la casa seguido de los cuatro perros. Los animales llevaban la lengua colgando hasta el suelo.

–El abuelo y yo hemos ido a dar una vuelta con el tractor, los perros nos han seguido corriendo todo el rato –contó Lilly, emocionada–. He llevado a los caballos a los pastos con el abuelo y, ¿sabes qué?, el abuelo me ha preparado mi comida preferida, la que más me gusta del mundo, justo como yo quería: ¡redondo de ternera relleno!

Abrió muchísimo los ojos, se frotó la barriga y Pia no pudo evitar reír.

–Hola, abuelo –le dijo a Christoph, y sonrió–. Espero que me hayáis guardado un poco de esa comida tan rica. La verdad es que tengo un hambre canina.

Louisa dormía por fin. Se había pasado dos horas sentada en un rincón de su cuarto con la mirada fija y chupándose el pulgar. Cuando Emma fue a verla, la niña le dio una patada. Al final llegó un momento en que, agotada, se quedó dormida y su madre la metió en la cama. Ese comportamiento tan extraño la había asustado más aún que el ataque de rabia incontrolada de antes. Se puso el intercomunicador infantil bajo el brazo y salió. En realidad la reunión con Corinna no estaba planeada hasta las siete, pero Emma esperaba poder hablar antes un rato a solas con su suegro. Tal vez él pudiera darle algún consejo sobre cómo actuar con Louisa.

La puerta de la vivienda de sus suegros en la planta baja solo estaba entornada. Emma llamó dando unos golpes y entró. Los postigos estaban cerrados a causa del calor, así que dentro encontró una penumbra crepuscular y una temperatura agradable y fresca. El olor a café recién hecho flotaba en el ambiente.

—¿Hola? —llamó—. ¿Josef? ¿Renate?

No hubo respuesta. Tal vez estuvieran todavía fuera, en la terraza.

Emma se detuvo ante el gran espejo del vestíbulo de entrada y casi se sobresaltó al ver su reflejo. Hizo una mueca. No es que estuviera muy atractiva... Se le habían soltado unos mechones húmedos del moño que se le rizaban en la nuca, tenía la cara colorada y le brillaba como si fuera piel de tocino. El trasero y los muslos habían sido sus zonas problemáticas desde siempre, pero más o menos había conseguido ocultarlas. Con el embarazo, sin embargo, habían adquirido unas proporciones de elefante, y además las piernas se le hinchaban a causa del calor. Deprimida, se pasó ambas manos por las nalgas; en realidad no le extrañaba que a Florian no le apeteciera acostarse con ella desde hacía semanas. ¡Con la pinta que tenía...!

De repente oyó unas voces ahogadas y aguzó el oído. Emma no era la clase de mujer que escucha tras puertas cerradas, pero estaban manteniendo una conversación a tal volumen que era imposible no quedarse con trozos de frases sueltas. Alguien abrió una puerta y de pronto Emma reconoció la voz de Corinna, que sonaba desacostumbradamente enojada.

—¡... ninguna gana de cancelar toda la celebración! —exclamó.

Emma no pudo entender la contestación de su suegro.

—¡A mí eso me trae sin cuidado! Le he advertido ya muchas veces que no se pase tanto —repuso Corinna con brusquedad—. ¡Poco a poco empiezo a estar ya bastante harta! ¡Como si no tuviera yo otra cosa que hacer!

—Pero ¡espera un momento! ¡Corinna! —exclamó el hombre.

Unos pasos apresurados; ya era demasiado tarde para meterse en la cocina o

en alguna otra habitación.

–Ah, hola, Emma. –Corinna se la quedó mirando con una expresión extraña en los ojos.

Ella sonrió con incomodidad. ¡Esperaba que su amiga no creyera que se había acercado a escuchar a escondidas!

–Hola, Corinna. Yo... he llegado un poco pronto y... he oído voces y... he pensado que quizá habíais empezado ya.

–Me alegro de que estés aquí. –No se le notaba nada su enfado anterior. Sonreía igual que siempre—. Así podremos repasar un par de puntos concernientes a los invitados y la distribución de los asientos antes de que lleguen los demás. Vamos fuera, a la terraza.

Emma asintió con alivio. Lo cierto era que se moría por saber qué había molestado tanto a Corinna, pero no podía preguntárselo, porque eso sería como reconocer que los había espiado, aunque fuese sin querer. Dirigió la mirada hacia la puerta abierta de la sala de trabajo y vio allí a su suegro, sentado a su escritorio con la cara hundida entre las manos.



Lunes, 14 de junio de 2010

Los ánimos estaban tensos en la sala de personal de la comisaría de Hofheim. El teléfono se había pasado todo el fin de semana sonando casi sin parar. La población les había dado cientos de indicaciones, decenas de personas decían haber visto a la chica en algún sitio. Algunas pistas habían parecido prometedoras en un principio, pero no habían resistido una comprobación mínimamente escrupulosa.

No tenían ninguna denuncia de desaparición, ni tampoco había un solo indicio que seguir en el caso Ninfa, ni siquiera uno que resultara descabellado. No habían avanzado nada desde el viernes, y con cada día que pasaba las probabilidades de una resolución rápida eran menores.

Pia recapituló los resultados de la autopsia:

–La chica tenía unos quince o dieciséis años. Las múltiples lesiones por todo el cuerpo parecen apuntar a un caso grave de malos tratos, y durante un largo período, además. La mayoría de esas heridas no recibieron atención médica. Entre ellas se cuentan fracturas mal soldadas en antebrazos, brazos y clavículas. –La brutalidad que se ocultaba tras esas palabras tan lapidarias era inconcebible–. Se han constatado numerosas cicatrices en el tronco, los brazos y las piernas, además de indicios de abusos sexuales y marcas que hacen pensar en quemaduras de cigarrillo. A todo ello se le suman una carencia extrema de vitamina D, la palidez significativa de la piel y alteraciones en la estructura ósea propias del raquitismo, lo cual nos permite deducir que la chica llevaba una larga temporada sin exponerse a la luz solar.

–¿Cuánto tiempo estuvo en el agua? –preguntó un agente que solía trabajar en otro departamento pero a quien, igual que a todos los policías de la comisaría que no tenían ningún caso asignado, habían destinado a la comisión especial.

–Entre doce y veinticuatro horas –contestó Pia–. La hora de la muerte no se puede determinar con exactitud, pero en todo caso tuvo lugar, como mucho, dos días antes de que se encontrara el cadáver.

Kai Ostermann iba apuntando los datos más fundamentales en la pizarra, que hasta ese momento había estado vacía salvo por las fotos del cadáver y el lugar del hallazgo.

–La causa de la muerte fue el ahogamiento –siguió diciendo Pia–. De todas

formas, estaba tan malherida a causa de las violentas agresiones recibidas, seguramente patadas y golpes contra el abdomen y el pecho, que tampoco habría tenido posibilidades de sobrevivir. En la autopsia se constataron desgarros en hígado, bazo y vejiga que habrían tenido como consecuencia hemorragias masivas en la cavidad abdominal. De no haberse ahogado, habría muerto de hemorragia interna poco después.

Se hizo un silencio sepulcral, solo interrumpido por el sonido de los teléfonos de la contigua sala de guardia. Los veinticuatro hombres y las cinco mujeres que Pia tenía delante, sentados y de pie, se habían quedado inmóviles. Ni una tos, ni un carraspeo, ni un ruido de sillas. En los rostros de los presentes, la inspectora vio lo que ella misma sentía: consternación, perplejidad y repugnancia. A menudo no era fácil tratar con las espantosas consecuencias de los crímenes pasionales, pero lo que podía haber sufrido esa muchacha durante años iba más allá de todo lo imaginable. La mayoría de sus compañeros eran padres de familia; en un caso como ese, para ellos era difícil –cuando no del todo imposible– mantener cierta distancia emocional para protegerse.

–Por el momento, sin embargo, el mayor enigma lo constituye el hecho de que no se ahogó en el Meno, sino en agua clorada –dijo para finalizar su informe–. Seguimos a la espera de los resultados de un análisis más preciso. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

Todos sacudieron la cabeza. Ninguna pregunta. Pia volvió a sentarse y dejó que fuese Kai Ostermann quien terminara de informarles.

–La chica iba vestida con prendas baratas de grandes almacenes, como las hay a millones –dijo Kai–. Es imposible reconstruir dónde, cuándo y quién las compró. Tampoco tenemos expediente dental, porque nunca fue a ningún dentista. El contenido del estómago, salvo por ese misterioso retal, no permite realizar ninguna deducción, nada que nos sirva para avanzar. Estamos con las manos más bien vacías.

–Y los medios nos presionan –añadió Pia–. Empiezan a compararlo con aquel caso de hace nueve años. Ya sabéis de lo que hablo.

Muchas cabezas asintieron en respuesta. Nueve años atrás habían encontrado en el Meno a una chica muerta, supuestamente originaria de la zona de Oriente Próximo, a la altura del parque de Wörthspitze, envuelta en una sábana con estampado de leopardo y lastrada con un pie de sombrilla. La comisión especial Leopardo realizó inmensos esfuerzos para descubrir la identidad de la muchacha; los investigadores viajaron incluso hasta Afganistán, Pakistán y el norte de la India, colgaron carteles de «Se busca» por todas partes. Sin embargo, aunque la recompensa que se prometía era elevada, no recibieron más que doscientos indicios, y ninguno de ellos los condujo a la resolución del caso.

–¿Cómo piensan proceder? –preguntó Nicola Engel.

–Quiero pedir un análisis de isótopos para saber de dónde procedía la chica y dónde vivió estos últimos años. Eso podría sernos de muchísima utilidad –dijo Bodenstein, y carraspeó–. También necesitamos un análisis del agua del cauce del Meno, para averiguar dónde cayó el cadáver al río.

–Eso ya lo he tramitado yo –informó Christian Kröger–. Lo he pedido con urgencia.

–Bien. –El inspector jefe asintió con la cabeza–. Por el momento seguiremos así, manteniendo un estrecho contacto con la prensa y la población. Todavía tengo la esperanza de que alguien recuerde algo y nos lo haga saber.

–Muy bien. –La comisaria jefe se mostró de acuerdo–. ¿Cómo está el chico al que encontraron junto al cadáver?

–Ayer pude hablar con él –contestó Pia–. Por desgracia, no se acuerda de nada. Un bloqueo clásico. Con 3,3 gramos de alcohol por litro de sangre, no es de extrañar.

–¿Y los demás jóvenes?

–Dicen que no vieron a la chica muerta. –La inspectora soltó un bufido–. Dos de ellos no estaban demasiado bebidos, y yo creo que mienten. Aun así, tampoco parece que vieran nada que pueda sernos de utilidad. En realidad no fue más que pura coincidencia que estuvieran allí.

Le sonó el móvil.

–Perdón –dijo sin dirigirse a nadie en concreto. Sacó el teléfono y abandonó la sala–. Hola, Henning. ¿Qué ocurre?

–¿Te acuerdas de los restos de tela del estómago de la chica? –contestó su exmarido, como de costumbre sin molestarse en saludar ni dar explicaciones de ningún tipo–. El retal está compuesto por algodón y una fibra de elastano. Es probable que se comiera la tela por hambre, porque aparte de eso no hemos encontrado nada más, ni en el estómago ni en el intestino. Hemos podido extender bastante bien parte del retal, creo que para vosotros será interesante. Te he enviado tres fotos adjuntas en un correo.

Como la reunión en la gran sala ya estaba llegando a su fin, Pia subió a su despacho y se sentó al escritorio. Abrió el gestor de correo electrónico y esperó a que el servidor descargara el mensaje de Henning. Impaciente, se puso a tamborilear con los dedos sobre el borde del teclado. Por supuesto, su exmarido no se había tomado la molestia de reducir el tamaño de los adjuntos, así que el ordenador tardó varios minutos en descargar tres archivos de 5,3 megas. Por fin pudo abrir la primera fotografía y se quedó mirando la pantalla sin entender nada.

Kathrin Fachinger y Kai Ostermann entraron en el despacho.

–¿Qué tienes ahí? –preguntó Ostermann tras ella con curiosidad.

–Henning me ha enviado fotografías del trozo de tela que había en el estómago de la chica –respondió Pia–, pero no distingo nada.

–Déjame ver.

La inspectora empujó la silla de ruedas un poco hacia atrás y le cedió a su compañero el teclado y el ratón. Él redujo las imágenes. Los tres se quedaron mirando las fotos de los jirones de tela.

–El trozo mayor mide siete por cuatro centímetros –explicó Kai–. ¡Eso son letras! La tela es rosa, y lleva algo escrito en blanco.

Kathrin y Pia se inclinaron hacia delante.

–Eso de ahí podría ser una N –sugirió Kathrin–. Una I y luego una D, o una O, y después una I o una L.

–Y en esta imagen de aquí descifro una O –dijo Kai.

N-I-D(O)-I(L)-O, anotó Pia en el vade de su escritorio.

Kai leyó el correo en el que Henning había adjuntado las fotografías.

–El ácido gástrico ya había deteriorado el tejido. No se ha podido encontrar ningún ADN de terceros. La tela no presentaba ninguna marca dental, la rompieron o la cortaron en trozos pequeños.

–Pero ¿cómo pudo llegar a su estómago? –reflexionó Kathrin en voz alta.

–Henning deduce que debió de comérsela porque tenía hambre –contestó Pia.

–Dios mío. –Kathrin torció el gesto–. Cuesta imaginarlo. ¿Cómo de desesperado hay que estar para comer tela?

–También es posible que la obligaran –añadió Kai–. Después de todo lo que le ocurrió a esa chica, a mí me parece más que plausible.

Se oyeron voces en el pasillo.

–... no tengo tiempo para esas bobadas –iba diciendo su jefe.

Poco después, Oliver apareció en el umbral.

–Acaba de entrar una llamada que parece muy prometedora –informó–. Pia, salimos ahora mismo.

Justo detrás de él apareció Frank Behnke.

–¿Considera que una investigación oficial del Departamento de Asuntos Internos es una bobada? –preguntó con autocomplacencia–. Va a tener que bajar esos humos, señor *Von Bodenstein*. Si no, podría encontrarse con desagradables consecuencias.

El inspector jefe se volvió y bajó la mirada hacia Behnke, a quien le sacaba una cabeza de altura.

–No pienso dejar que me amenace, eso seguro. –Su voz se volvió gélida–. Cuando mi caso actual esté resuelto, me pondré a disposición de la Inquisición. Hasta entonces, no tengo tiempo para eso.

Primero Behnke se puso colorado, luego palideció. Su mirada fue entonces más allá de Bodenstein, y se dio cuenta de que allí estaban todos sus antiguos compañeros.

–Vaya, Frank. –Kathrin le sonrió con burla–. Qué bien te queda tu nuevo disfraz.

Behnke siempre había tenido problemas con las mujeres, y en especial con las compañeras de trabajo, de su misma categoría o superior. Pero su objeto de odio preferido había sido Kathrin Fachinger, que en su día lo había denunciado por lesiones después de que la atacara y, con ello, había conseguido que lo suspendieran.

Igual que antes, la falta de autocontrol seguía siendo su punto débil.

–¡A ti también te empapelaré! –Su ira le hizo perder los estribos y expresarse con un tono lamentable, y delante de testigos, además–. ¡A todos vosotros! Os vais a enterar.

–Siempre me había preguntado qué clase de persona hay que ser para dedicarte a espiar a tus propios compañeros –le espetó Kathrin con asco–. Ahora ya lo sé. Hay que ser un intrigante rencoroso y reconcomido por el complejo de inferioridad.

–Lamentarás haber dicho eso –siseó Behnke, que comprendió hasta qué punto había mostrado su punto débil.

Dio media vuelta y se largó de allí.

–La verdad es que podrías habértelo ahorrado, Kathrin –dijo Oliver, reprendiendo a su joven compañera–. No me apetece tener quebraderos de cabeza innecesarios.

–Lo siento, jefe –respondió ella sin lamentarlo en absoluto–. Pero a mí esa víbora no me dará ningún quebradero de cabeza. Sé demasiado sobre él..., y sobre Erik Lessing.

Esa críptica indirecta hizo que Bodenstein se quedara quieto y levantara las cejas.

–Ya hablaremos de eso –soltó con un deje de advertencia.

–Cuando quieras. –Kathrin metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y sacó la barbilla con ánimo batallador–. Nada me gustaría más.

–Solo se enfadó porque no se había salido con la suya. Eso es algo normal a su edad, a todos los niños les da un berrinche de vez en cuando. –Florian se levantó y llevó su taza de café al fregadero–. De verdad, Emmi, yo creo que no deberías darle tanta importancia. Hoy ha vuelto a estar normal, ¿no?

Emma miró a su marido con inseguridad.

–Sí. Más o menos.

–Son fases. –Florian la abrazó–. Nada de esto es fácil para ninguno de nosotros.

Emma le rodeó el cuerpo con los brazos y se apoyó contra él. Momentos de intimidad como ese eran raros, y temía que fueran aún menos frecuentes en cuanto naciera el niño.

–Deberíamos irnos de viaje unos días. Solos Louisa, tú y yo –dijo él, para su asombro.

–¿Y tienes tiempo?

–Cuatro o cinco días sí que podré arañarlos. –La soltó y le puso las manos sobre los hombros–. Hace diez meses que no me tomo unas vacaciones, y estas últimas semanas no he estado demasiado simpático.

–Es verdad. –Emma sonrió.

–Es que... –Su marido se quedó callado, buscando las palabras adecuadas–. Sé que tú te sientes a gusto aquí, pero para mí es como... Es un sentimiento claustrofóbico volver a vivir de repente en casa de mis padres.

–Pero solo es una solución temporal –dijo Emma, aunque en realidad no lo pensaba.

–¿Tú lo ves así?

Ella le leyó el escepticismo en la mirada.

–Bueno, es verdad que aquí me siento muy cómoda –admitió–, pero puedo entender que para ti sea extraño. Si vuelven a darte un trabajo en el extranjero, los niños y yo podríamos seguir aquí una temporada; en cambio, si también tú te quedaras en Alemania, deberíamos buscarnos nuestra propia casa.

Por fin llegó la sonrisa a los ojos de Florian. Se le veía aliviado de verdad.

–Gracias por ser tan comprensiva –le dijo, y después se puso otra vez serio–. Estas próximas semanas se decidirá cuál será mi futuro, y entonces podremos hacer planes.

Desapareció en el dormitorio para prepararse la maleta, porque tenía que irse a dar conferencias en otros lands. Aunque volvería a estar fuera varios días seguidos, Emma se quedaría mucho más tranquila, cosa que no sucedía desde hacía tiempo.

Se llevó las dos manos a la barriga. Cinco semanas más y ya tendrían al niño.

Después de haber pasado semanas enteras casi sin hablar con ella salvo por las conversaciones sobre los detalles del día a día, Florian por fin había reconocido que no se sentía a gusto allí.

Todo se arreglaría.

Media hora después, cuando se despidieron, ella consiguió reprimir el impulso

de aferrarse a él y no soltarlo nunca más.

–Te llamaré cuando llegue, ¿de acuerdo?

–Sí, de acuerdo. Buen viaje.

–Gracias. Cuídate mucho.

Poco después, Florian bajó saltando la escalera de madera, abrió la puerta de la casa con su suave chirrido de bisagras sin engrasar y luego la cerró con un ligero chasquido.

Emma soltó un suspiro y acto seguido se fue al lavadero. Tal vez era que ella estaba muy sensible en esos momentos, nada más. Corinna tenía razón: para Florian, a fin de cuentas, toda aquella situación no era nada fácil. Y cuando, además, llegara el niño...

Abrió la puerta del lavadero y giró el anticuado interruptor hasta que hizo clic y el fluorescente del techo se encendió. Una claraboya dejaba pasar un poco de luz natural a ese cuartito que contenía la lavadora y la secadora. De un extremo a otro se extendían cuerdas para la ropa, olía a detergente y suavizante. Mientras iba separando la montaña de ropa sucia entre prendas oscuras, blancas, para lavar en caliente y ropa delicada, Emma viajó con el recuerdo a los inicios de su relación. Cuando Florian y ella descubrieron que ambos procedían del Taunus, eso les había hecho sentirse un poco más cerca de su hogar. Les había resultado curioso charlar sobre conocidos comunes estando en mitad de ninguna parte, y eso había simulado una cercanía que en realidad nunca había existido. Nunca habían tenido tiempo para llegar a conocerse de verdad, porque, apenas unas semanas después, ella se había quedado embarazada y se habían casado en el campamento de una forma bastante precipitada, ya que Florian tenía que irse a la India. Durante meses solo se habían comunicado a través de correos electrónicos, y ella se había enamorado del hombre que intuía tras las bellísimas expresiones, las reflexiones críticas, las palabras llenas de cariño y de deseo que tanto la halagaban. Florian le escribía sobre franqueza y confianza, sobre lo feliz que estaba de haberla conocido. No obstante, cuando lo tenía delante en carne y hueso, se mostraba muy diferente. Sus conversaciones eran superficiales, nunca llegaban a acercarse siquiera a la calidad, la profundidad y la intimidad de esos innumerables correos electrónicos. Emma sentía el desabrido regusto de la decepción, ciertas reservas y un miedo subliminal a presionarlo demasiado y agobiarlo con sus exigencias de cercanía y cariño. Los abrazos nunca duraban tanto como ella habría querido, y por eso no podía disfrutarlos, porque a cada segundo esperaba que él se apartara y volviera a poner distancia. Florian jamás había sido capaz de transmitirle la sensación de seguridad que ella anhelaba con todo su ser.

Emma había creído y esperado que todo eso llegaría con el tiempo, que él se

abriría a ella y comprendería lo que deseaba de su matrimonio, pero no había sido así. Y desde que vivían allí, en la casa de sus padres, tenía más que nunca la sensación de no conocer a su marido en absoluto.

–Ay, maldita sea, le das demasiadas vueltas a todo –se reprendió a sí misma–. Florian es como es.

Levantó unos vaqueros, les dio la vuelta y buscó en los bolsillos para no meterlos en la lavadora con alguna moneda olvidada, un pañuelo de papel o una llave. Sus dedos tocaron algo liso. Lo sacó y se lo quedó mirando. Emma examinó con incredulidad el objeto que había sacado del bolsillo; su cabeza se negaba a comprender lo que significaba. Primero sintió calor, luego un frío inmenso; el corazón se le encogió y unas lágrimas dolorosas afloraron a sus ojos.

En una fracción de segundo, todo su mundo se vino abajo con un estruendo ensordecedor. En la palma de la mano tenía el envoltorio abierto de un preservativo. El contenido, sin embargo, no estaba.

«**H**ola, señora Herzmann. Por desgracia tiene el móvil apagado, por eso lo intento en el fijo. Llámeme, por favor, no importa lo tarde que sea. Es importante. ¡Gracias!»

Leonie Verges nunca había llamado a Hanna, y además su voz tenía un deje tan apremiante que esta levantó el teléfono y marcó enseguida el número de su terapeuta, aunque en realidad estaba deshecha y lo único que quería era tomarse una cerveza fría y tumbarse en la cama. La mujer debía de tener la mano sobre el auricular, porque contestó al instante, cuando casi ni había sonado el primer tono.

–Señora Herzmann, siento mucho molestarla tan tarde... –Leonie Verges se quedó callada, porque probablemente se dio cuenta de que no era ella quien estaba llamando–. Ah, quiero decir que le agradezco que me llame.

–¿Va todo bien? –se interesó Hanna.

Nunca había visto a su terapeuta de una forma que no fuera tranquila y dueña de sí misma. Su cuarta ruptura sentimental en veinte años había afectado a Hanna más de lo que había creído, así que, después de separarse de Vinzenz, se había decidido a probar con la psicoterapia. Eso era algo que no debía saber nadie, porque, como la prensa del corazón llegara a olérselo, al día siguiente aparecería con letras bien grandes en la portada del famoso tabloide *Bild*. Hanna había encontrado a Leonie Verges en internet por casualidad. Su consulta estaba lo bastante lejos de su domicilio, pero tampoco demasiado; en la fotografía le resultó simpática y su especialidad parecía ajustarse a los problemas que la



acuciaban.

A esas alturas llevaba doce sesiones de terapia, y ya no estaba tan segura de que fuera lo más adecuado para ella. Revolver en los abismos del pasado no se correspondía con su visión de la vida. Ella era una persona que vivía el aquí y el ahora, que siempre miraba hacia delante. En realidad, después de la última sesión había tenido la intención de decirle a la terapeuta que no quería una nueva cita, pero en el último segundo se había echado atrás y no lo había hecho.

–Sí..., bueno, no –dijo Leonie Verges–. Es que no sé muy bien cómo formularlo... Se trata de algo... un poco... En fin, es un asunto delicado. ¿Podría pasar a verme, quizá?

–¿Ahora? –La mirada de Hanna se desplazó a la pantallita de su reloj–. Pero si son las diez de la noche. ¿De qué va todo esto?

No le apetecía en absoluto subirse al coche y conducir hasta Liederbach.

–Es que... se trata de... una historia explosiva, que podría ser muy interesante para usted como periodista. –Leonie Verges bajó la voz–. Por teléfono no puedo decirle más.

Justo como la astuta señora Verges debía de haber previsto, el instinto periodístico de Hanna reaccionó a esas palabras como un perro de Pavlov al sonido de la campana. Era muy consciente de la manipulación, pero su curiosidad profesional era más fuerte que su cansancio.

–Tardaré una media hora –se limitó a decir, y colgó.

Meike no tenía previsto volver a salir y tuvo la gran generosidad de prestarle el Mini. Cinco minutos después, Hanna salía dando marcha atrás. Bajó la capota, conectó el iPhone en la consola y escogió la música que más le apetecía. En realidad, solo escuchaba música cuando conducía o salía a correr. Ese coche diminuto poseía un gigantesco equipo Harman-Kardon y, aun con el techo abierto, el sonido era sensacional.

A esa hora, el aire era tibio y agradable, el bosque cercano desprendía un aroma embriagador. El cansancio había desaparecido.

Freddie Mercury, el cantante mejor dotado de todos los tiempos, empezó a cantar. Su voz le provocó a Hanna un escalofrío agradable que le bajó por la espalda. Apretó el botón del volumen hasta que sintió vibrar los tonos bajos en el diafragma. «*Love don't give no compensation, love don't pay no bills. Love don't give no indication, love just won't stand still. Love kills, drills you through your heart...*»

El Mini avanzaba dando botes sobre la carretera, que esos últimos años no habían hecho más que abrir y volver a parchear hasta dejarla igual que una colcha de retales. Al llegar a la nacional, Hanna torció a la izquierda.

–La verdad es que me muero de curiosidad –se dijo, y pisó el acelerador.

El comentario de Kathrin Fachinger estuvo rondándole a Pia por la cabeza toda la tarde. ¿Cómo era que su compañera conocía secretos del pasado de Behnke? Oliver, por desgracia, no había dicho ni una palabra más sobre el tema, pero Pia tenía la sospecha de que estaba relacionado con el mismo asunto que su jefe había mencionado cuando iban de camino al Anatómico Forense. Solo que ¿cómo podía estar enterada Kathrin de eso?

Cuando llegó a su casa a las diez de la noche, Lilly ya estaba en la cama. Pia se quitó los zapatos y sacó una cerveza fría de la nevera. Christoph estaba sentado en la terraza nueva, que tras la remodelación de la casa había quedado en la parte de atrás. Lo había llamado esa tarde, hacía ya un buen rato, para decirle que no la esperasen para cenar.

–Hola –dijo, y le dio un beso.

–Hola.

Christoph se quitó las gafas y dejó el libro que estaba leyendo junto a un montón de periódicos y hojas impresas.

–¿Qué estás haciendo con eso?

Pia se sentó en el banco, se quitó la goma del pelo y estiró las piernas. Allí detrás apenas se oía el rumor constante de la autopista cercana, y la vista del jardín, las plantaciones de manzanos de la vecina finca de Elisabethenhof y las lejanas montañas del Taunus ofrecían un escenario muchísimo más atractivo que el que tenían desde la antigua terraza. Los grillos cantaban, olía a tierra mojada y a lavanda.

–Quería escribir ese artículo para una revista especializada que hace días que estoy retrasando –repuso Christoph, y bostezó con ganas–. Había prometido que lo tendría listo mañana, pero, no sé por qué, no consigo concentrarme.

Pia sospechaba que Lilly lo había tenido liadísimo todo el día, pero, en contra de sus temores, parecía que la cosa había ido sobre ruedas. La pequeña había estado con Christoph en el zoo y se había portado muy bien. Su abuelo la había dejado al cuidado de los dos pedagogos del zoológico.

–¿Y? ¿Siguen vivos? –preguntó Pia medio en broma.

–Sí, están encantados con ella.

–Seguro que no se atreven a decir nada malo de la nieta del señor director del zoo –señaló ella, que en el fondo seguía opinando que Lilly era una cría mimada, capaz de sacar de quicio a cualquiera. Encantadora, desde luego, pero una cría consentida al fin y al cabo.

–Entonces es que no conoces a esos dos –repuso Christoph–. Ni que el zoo fuese una dictadura...

La vela del farolillo de la mesa titiló; tres polillas suicidas en potencia

revoloteaban peligrosamente alrededor de la luz. Los cuatro perros estaban durmiendo tirados sobre las losas de basalto, que irradiaban el calor acumulado durante el día como si tuvieran calefacción por suelo radiante. Les hacían compañía el gato negro gordo y su compañera, la gata gris atigrada que apareció un buen día de primavera y decidió que Birkenhof era su hogar. La gata se mantenía algo apartada, pero el gato se paseó con majestuosidad hasta encontrar el lugar que más le gustó en aquella maraña de cuerpos caninos y patas extendidas. Se hizo un ovillo entre las patas delanteras y la barriga de *Simba*, que era mezcla de husky. De la garganta del perro salió un gruñido, pero no de amenaza, sino de puro placer.

Pia sonrió al contemplar esa insólita amistad animal y sintió que el estrés y la tensión del día empezaban a abandonarla.

–Hablando de dictaduras... –Dio un trago de cerveza–. Hoy nos ha pasado algo increíble. Un clásico caso de delación al más puro estilo de la Stasi. Y aquí al lado, en Glashütten.

–Vaya, suena emocionante.

–De juzgado de guardia, más bien. –Pia, que creía que ya no había nada capaz de sorprenderla, seguía sin dar crédito a lo profunda que podía ser la maldad de las personas–. Nos ha llamado un viejo matrimonio de Glashütten –le explicó a Christoph–. Según ellos, sus vecinos tenían escondida en casa desde hacía un año a la chica que hemos encontrado en el Meno, y la obligaban a hacer de criada. La pobrecilla tenía que realizar trabajos humillantes y, además, nunca salía a la luz del día, así que se había quedado pálida como un albino. Afirmaban que llevaba unos cuantos días desaparecida.

Sacudió la cabeza al recordar la situación.

–Los ancianos nos han contado auténticas historias de terror. Malos tratos, bacanales sexuales nocturnas, gritos, orgías de violencia. Nos han dicho que la noche del martes al miércoles vieron al vecino metiendo un cadáver en el maletero de su coche. Oliver les ha preguntado por qué no habían avisado antes a la Policía, y ellos han alegado que tenían miedo, porque el hombre era muy violento. Así que hemos ido a la casa de enfrente y hemos llamado a la puerta con cuatro agentes de antidisturbios como refuerzo. Nos ha abierto una mujer con un niño en brazos. ¡Dios mío, qué papelón! –Pia puso los ojos en blanco–. Me he encontrado cara a cara con mi antigua compañera de clase, Moni, ¡a la que acababa de ver en la reunión de antiguas alumnas! Me ha sonreído con inocencia y se ha alegrado de verme. ¡Me habría gustado que me tragara la tierra de la vergüenza que me ha dado!

Christoph la escuchaba con una mezcla de diversión e incredulidad.

–Resulta que su *au-pair* sueca, a quien por cierto hemos conocido y está

perfectamente sana, tiene alergia al sol y por eso prefiere no salir mucho al exterior. Y era cierto que las últimas semanas habían celebrado varias fiestas, porque primero había sido el cumpleaños del marido de Moni, y luego el de ella.

–¿Y qué era eso del cadáver en el maletero?

–Una bolsa de golf.

–No puede ser verdad.

–Por desgracia, sí lo es. Al principio Moni se ha enfadado muchísimo, luego no ha podido evitar reírse. Hace tres años que se construyeron la casa, y para eso antes tuvieron que demoler la propiedad de los que entonces eran los mejores amigos de los vecinos, que se habían ido a vivir a una residencia de ancianos. Desde aquello, el viejo matrimonio no tiene nada mejor que hacer que ir contando tonterías por ahí. Al hijo mayor de Moni lo tacharon de traficante de drogas, lo cual le supuso problemas en el instituto, y de la hija estuvieron cuchicheando en la iglesia que si hacía la calle.

–Con eso basta para que los denuncien por calumnias.

–Es lo que le ha aconsejado el jefe a Moni. –Pia seguía sin poder creerlo–. Si no, esos viejos maliciosos no entenderán nunca el daño que hacen con sus chismorreos.

–Mejor con tu enemigo que con tu vecino, como suele decirse. –Christoph se levantó. Se estiró y bostezó–. Hoy ha sido un día largo, y seguro que mañana Lilly volverá a estar en pie a las seis. Ya va siendo hora de que el abuelo se acueste.

Pia lo miró y soltó una risilla.

–¡Por favor, no te acostumbres a eso! –le advirtió.

–¿A qué te refieres? –preguntó él, molesto.

–A hablar de ti en tercera persona como «el abuelo». Es de lo menos sexy que hay...

Christoph sonrió de oreja a oreja y sus dientes blancos relucieron en la oscuridad. Reunió las revistas y los folios, recogió su copa vacía y la botella de tinto.

–¿Y qué te parece si mami se da una duchita y luego se viene con el abuelo a la cama? –preguntó medio en burla.

–Solo si me dejas meterme debajo de tu mantita eléctrica –contestó Pia.

–Nada me gustaría más –repuso él, y apagó la vela.

Los perros se levantaron de un brinco, bostezaron, se sacudieron y trotaron al interior de la casa. Los gatos, en cambio, prefirieron quedarse a dormir al aire libre.

–Vamos a ver un momento cómo está Lilly –dijo Christoph.

Entraron en el antiguo dormitorio de Pia, que ahora era la habitación de

invitados. Él le puso un brazo sobre los hombros y durante unos instantes estuvieron contemplando a la niña, que dormía con placidez.

–En realidad no se porta tan mal –dijo Christoph en voz baja–. Por cierto, hoy te ha hecho un dibujo. –Señaló hacia el escritorio.

–Ay, qué monada. –Pia estaba emocionada, pero entonces miró mejor el papel. La emoción se le pasó de golpe–. ¿Has visto lo que ha dibujado?

–Pues no –respondió él–. Lo ha llevado todo muy en secreto.

Pia le acercó la hoja para que la viera, y Christoph tuvo que salir de la habitación porque le dio un ataque de risa.

–¡Menudo pequeño monstruo está hecha! –murmuró ella.

En el dibujo se veía una figura bastante gorda con una coleta rubia al lado de un caballo y cuatro perros. Arriba del todo decía: «Para Pia, mi querida abulastra».

La gran verja estaba cerrada y Hanna tardó un momento en encontrar el timbre a la débil luz de una farola. Normalmente, la verja de la propiedad estaba abierta de par en par y permitía a cualquiera que pasase disfrutar de la vista del patio, cuidado con mucho mimo. Era evidente que Leonie Verges tenía buena mano con las plantas. De no ser psicoterapeuta, le habría resultado fácil encontrar trabajo como jardinera. En ese patio todo verdeaba y florecía con una exuberancia suntuosa; entre las macetas, las tinas y los arriates donde crecían flores y matas se entreveían esculturas, y había incluso un albaricoquero en un rincón protegido junto a la pared de la casa.

Se oyeron pasos al otro lado de la verja, después el ruido de un cerrojo, y entonces la pequeña portezuela que quedaba a la izquierda se abrió.

–Ah, es usted –dijo la señora Verges en voz baja.

¿Acaso esperaba a otra visita a esas horas? La mujer asomó la cabeza fuera y miró más allá de Hanna, hacia la calle vacía, a uno y otro lado.

–¿Ha ocurrido algo? –Hanna estaba algo molesta por el extraño comportamiento de su terapeuta, a la que siempre había conocido como una mujer tranquila y sensata.

–Pase –repuso Leonie Verges, y volvió a cerrar la puerta con el cerrojo.

La mirada de Hanna recayó en un coche imponente que estaba plantado en mitad del patio adoquinado como si fuera un carro de combate, profanando así la magia de aquel plácido jardín del Edén con su amenazante monstruosidad. La luz de los faroles se reflejaba en la pintura negra, las lunas tintadas y el cromo de la carrocería.

La campana de la iglesia vecina repicó once veces, y de repente Hanna tuvo un mal presentimiento. Dudó.

–¿Qué...? –empezó a preguntar, pero la terapeuta la empujó ante sí, con suavidad pero con firmeza, en dirección a la puerta de la casa.

En el interior se notaba el calor acumulado durante el día y había mucha humedad. Hanna empezó a sudar. ¿Por qué estaba Leonie Verges encerrada ahí dentro con su visita, y no fuera, en el patio?

La terapeuta se detuvo en el pasillo y agarró a Hanna de la muñeca.

–No estoy segura de que sea buena idea meterla en este asunto –dijo casi entre susurros. Sus ojos oscuros parecían artificialmente grandes–. Pero es que los demás..., en fin..., son de otra opinión.

¿Cómo que «los demás»? Después de la verja cerrada, de ese monstruoso coche negro y de la peculiar conducta de la señora Verges, aquellas palabras sonaron casi como si en la casa hubiera una especie de sociedad secreta esperando para aceptarla en su seno tras un repugnante rito de iniciación.

–Leonie, espere. –Hanna no susurró. No soportaba tanto secretismo y, después del horroroso día que había pasado, no estaba de humor para sorpresas desagradables–. ¿A qué viene todo esto?

–Enseguida se lo explicaremos –respondió la mujer con evasivas–. Usted misma podrá decidir qué hacer con ello.

Le soltó la muñeca y avanzó por el pasillo hacia la cocina, donde se oían unos tenues murmullos que se interrumpieron en cuanto Hanna cruzó la puerta. A la mesa de la cocina estaba sentado un hombre que entonces se volvió hacia ella. La sala parecía demasiado baja y demasiado pequeña para la mole de músculos y piel bronceada y tatuada que se levantó de la silla. Aquel tipo debía de medir por lo menos dos metros y, nada más verlo, en el cerebro de Hanna saltaron todas las alarmas. La barba oscura y muy perfilada, el pelo largo recogido en una trenza, unos ojos oscuros y alerta que en cuestión de segundos la escanearon de la cabeza a los pies. Llevaba una camiseta blanca, vaqueros y botas de *cowboy*, pero el tatuaje azul oscuro de su cuello se veía con toda claridad. Hanna tragó saliva. Ese tatuaje solo podían llevarlo los miembros de los Frankfurt Road Kings, una banda de moteros de mala fama. ¿Qué demonios hacía uno de ellos en la cocina de su terapeuta?

–Buenas noches –dijo el gigante con una extraña voz ronca, y le tendió la mano derecha. En el anular llevaba un grueso anillo de plata con una calavera–. Soy Bernd.

–Hanna –repuso ella, y le estrechó la mano.

Fue entonces cuando vio al segundo hombre. La mirada de sus perturbadores ojos, de un azul glacial, le provocó tal descarga eléctrica por todo el cuerpo y de

una forma tan inesperada que hasta le temblaron las rodillas. Apenas distinguió el resto de su cara. Era un poco más alto que ella; junto al gigante, sin embargo, parecía diminuto y frágil. En ese instante, Hanna cobró plena conciencia de su propio aspecto: iba sin maquillaje, con el pelo sudado y recogido en un moño revuelto, en camiseta, vaqueros, zapatillas de deporte. ¡Así no salía de casa ni para ir a correr!

–¿Qué le apetece beber, Hanna? –preguntó Leonie Verges tras ella–. ¿Agua, una cola *light*, cerveza sin alcohol?

–Agua –respondió ella, y sintió que su contrariedad inicial se transformaba en una curiosidad que iba más allá del interés puramente profesional por una buena historia.

¿Qué clase de extraña pareja formaban esos dos? ¿Qué hacían dos hombres esperándola a las once de la noche en la cocina de Leonie Verges? ¿Por qué, sin conocerla, opinaban que era la persona adecuada para no sabía muy bien qué? Aceptó el vaso dando las gracias y se sentó en el banco esquinero que había junto a la mesa rectangular con hule de cuadros. Míster Blue Eyes tomó asiento a su izquierda, Leonie y el gigante ocuparon las sillas.

–¿Le molesta que fume? –preguntó el gigante con una educación inesperada.

–No.

El hombre sacó el paquete de tabaco, se oyó el chasquido de un mechero tipo Zippo. En su rostro pétreo apareció una breve sonrisa al advertir el ansia en los ojos de Hanna.

–Por favor. –Y empujó el paquete hacia ella.

Hanna sacó un cigarrillo, le dio las gracias con un gesto de la cabeza y comprobó que le temblaban los dedos. Hacía cuatro semanas que había dejado de fumar, y la primera calada tuvo en su sistema nervioso central el mismo efecto que un porro. Una segunda calada, una tercera, y la vibración de su interior se calmó. Sentía la mirada de Míster Blue Eyes de una forma casi física; la temperatura de su piel subió y los latidos de su corazón se aceleraron. Cayó en la cuenta de que el hombre no había dicho cómo se llamaba. ¿O lo había pasado ella por alto? Preguntárselo en ese momento le pareció bochornoso.

Durante unos instantes se hizo un silencio tenso, mientras unos y otros intentaban calarse. Al final fue Leonie quien tomó la palabra. Estaba sentada con tranquilidad en una de sus sillas, casi como durante una sesión de terapia, pero Hanna notaba una enorme tensión bajo su relajado aspecto exterior, y alrededor de los ojos y la boca le vio unas arrugas que en otras ocasiones apenas eran visibles.

–El motivo por el que le hemos pedido que venga aquí esta noche no es del todo desinteresado –dijo la terapeuta–. Le explicaremos de qué se trata, y usted

podrá decidir por sí misma si le parece una historia que pueda resultar interesante para su programa o no. En caso de que no tenga ningún interés, límitese a olvidar esta conversación. Pero, antes de que le demos detalles... – dudó un momento–, debería saber que se trata de un asunto de lo más delicado y que para muchas personas podría convertirse en algo muy desagradable y peligroso.

Aquello olía a problemas, algo que en esos momentos Hanna necesitaba tanto como un grano en la nariz.

–¿Por qué se han dirigido precisamente a mí? –quiso saber, y fue a levantar de la mesa la jarra de agua con cubitos justo en el mismo momento que Mister Blue Eyes.

Sus manos se tocaron y ella la retiró enseguida, como si se hubiera quemado.

–Disculpe –murmuró con timidez.

El hombre sonrió un instante, le sirvió primero a ella y luego a sí mismo.

–Porque a usted no le da ningún miedo tocar temas escabrosos –contestó el gigante en lugar de Leonie–. Conocemos su programa.

–No suelo hablar acerca de mis pacientes –señaló la terapeuta–. Me lo prohíbe el secreto profesional, claro está. Pero en este caso especial me he visto eximida de mi juramento, y espero que entienda usted por qué.

A Hanna se le había despertado la curiosidad, pero todavía tenía dudas. Ella solía trabajar de otra forma. Los temas que le interesaban los buscaba ella misma con su equipo, en los periódicos, en internet, por la calle. Sin embargo, si era sincera, esa clase de investigación había perdido gran parte de su encanto. Familias que vivían con la renta mínima de inserción, timadores de ancianos, madres adolescentes, niños inmigrantes entregados a la delincuencia, víctimas de chapuzas médicas y otros casos similares los habían tenido a decenas en el programa; ya nada de eso dejaba a nadie con la boca abierta. Iba siendo hora de encontrar una historia que pudiera proporcionarle unos índices de audiencia imbatibles.

–¿De qué se trata? –preguntó, y sacó el dictáfono del bolso–. Si conocen mi programa, también sabrán qué tipo de asuntos tocamos. Para nosotros, las historias de las personas están siempre en primer plano. –Dejó el dictáfono en la mesa–. ¿Les parece bien que grabe la conversación?

–No –dijo el de los ojos azules, de cuyo nombre seguía sin acordarse–. Nada de grabaciones. Límitese a escuchar. Si no quiere involucrarse, este encuentro no habrá tenido lugar.

Hanna lo miró y el corazón empezó a latirle con fuerza. No era capaz de sostenerle la mirada. En sus ojos percibía una mezcla de fuerza y vulnerabilidad que la fascinaba y la inquietaba a partes iguales. Y entonces vio más que solo sus



ojos: un rostro anguloso, enjuto, con una frente alta. Nariz recta, mentón marcado, boca ancha, sensible, el pelo algo canoso; era un hombre con un atractivo innegable. ¿Qué edad tendría? ¿Cuarenta y cinco, cuarenta y seis años? ¿Qué tenía que ver con el gigante motero? ¿Por qué estaba sentado en la cocina de Leonie Verges? ¿Qué secreto cargaba sobre sus espaldas?

Bajó la mirada. Acababa de tomar su decisión. El asunto en sí también le interesaba, pero era otra cosa lo que había resultado decisivo para ella. Ese apuesto desconocido de inquietantes ojos azules se había abierto paso inesperadamente hasta lo más hondo de su ser, hasta un lugar que ni ella misma sospechaba que existiera todavía.

–Explíqueme de qué se trata –pidió Hanna–. No me dan miedo los temas delicados, y siempre estoy disponible cuando se trata de una buena historia.

## DOS SEMANAS DESPUÉS

Jueves, 24 de junio de 2010

Las reuniones de equipo de la K 11 volvían a celebrarse en la sala habitual de la primera planta. La sala de personal de detrás del cuarto de guardia estaba recogida desde hacía unos días y había recuperado sus funciones habituales.

Ya habían pasado dos semanas desde el hallazgo del cadáver de la chica y, a pesar de las laboriosas investigaciones, no habían avanzado en absoluto hacia la resolución del caso. Los agentes de la comisión especial Ninfa habían seguido numerosas pistas y habían interrogado a decenas de personas, pero hasta el último de esos rastros los había conducido a un callejón sin salida. Nadie conocía a la chica muerta, nadie la echaba en falta. Un análisis de isótopos había determinado que la muchacha era de las inmediaciones de Orsha, en Bielorrusia, aunque los últimos años de su corta vida los había pasado en la región del RinMeno. El ADN masculino que se había encontrado bajo una uña del cadáver, y que para ellos había supuesto un pequeño rayo de esperanza, tampoco había servido de nada, porque no estaba catalogado en ninguna base de datos.

Todos los barcos que en el período relevante para los hechos habían circulado por el Meno fueron verificados y registrados, aunque evidentemente tuvieron que limitarse a los que disponían de radar o habían quedado inscritos al pasar por las esclusas. Se habían registrado incluso los barcos-restaurante del Meno que fondeaban en Frankfurt, así como los recreativos. Las numerosas embarcaciones deportivas privadas que recorrían el río, sin embargo, habían escapado a su control. Y en vista de las innumerables posibilidades que existían para tirar un cadáver al río desde un puente o desde la orilla misma, el enorme despliegue técnico y de personal necesario habría sido desproporcionado respecto al resultado.

La prensa, que ansiaba respuestas, le reprochó a la Policía que actuara dando palos de ciego y malgastara sin sentido el dinero de los contribuyentes.

—Por desgracia, la colaboración con los compañeros de la Policía de Minsk tampoco nos ha servido de mucho —dijo Oliver von Bodenstern, haciendo un frustrante balance—. Ellos tampoco han recibido ninguna denuncia de desaparición que encaje con nuestra víctima. La campaña de carteles en la región

de Orsha sigue sin dar resultados hasta la fecha.

Ni la vestimenta de la chica ni los restos de tela encontrados en su estómago habían aportado ningún indicio concreto, ni tan siquiera un punto de partida prometedor para las investigaciones.

Oliver miró a los presentes, que no decían nada. Las dos semanas de tensión extrema bajo el foco de la opinión pública, esos quince días de servicio continuo sin fines de semana, se estaban cobrando su peaje. Advertía el agotamiento y la resignación en los rostros cansados de sus subordinados, un estado de ánimo que comprendía a la perfección, puesto que él sentía casi lo mismo que ellos. Pocas veces había tenido un caso en el que contaran con tan pocas cosas tangibles como en ese.

–Os propongo que os vayáis a casa y descanséis un poco –dijo–. Pero estad localizables por si sucediera algo.

Llamaron a la puerta y entró Nicola Engel. En ese mismo instante, el portátil de Ostermann emitió un discreto tono de notificación.

–Hemos recibido la autorización –informó la comisaria jefe–. Bodenstein, la semana que viene irá a Múnich. Nuestra Ninfa aparecerá en el programa *Expediente XY... sin resolver*. Está claro que merece la pena intentarlo.

Oliver asintió con la cabeza. Había discutido con Pia por eso. En Hesse, por desgracia, las vacaciones de verano empezaban precisamente al día siguiente y mucha gente saldría de viaje, de modo que ese programa de televisión era una última oportunidad de recibir alguna información que pudiera serles de ayuda.

–Eh, gente –dijo Kai Ostermann–. Acaba de llegar un correo del laboratorio de Wiesbaden. Por fin han analizado el agua que había en los pulmones de la chica.

El hecho de que la muchacha se hubiera ahogado en agua clorada era uno de los mayores enigmas del caso. Oliver no era de los que confiaban demasiado en los resultados de laboratorio, pero había insistido en que analizaran el agua. Albergaba la esperanza casi irracional de que pudiera proporcionarles alguna pista útil.

–¿Y bien? –preguntó con impaciencia–. ¿Qué han descubierto?

Ostermann leyó por encima el informe con cara de concentración.

–Hipoclorito de sodio, hidróxido de sodio –dijo en voz alta–. Esos son los componentes químicos de las pastillas de cloro que se usan en piscinas y *jacuzzi*. También se han encontrado leves restos de sulfato de aluminio. Por desgracia, nada que suponga una pista sólida para nosotros. Me temo que seguimos buscando una aguja en un pajar.

–No puede haberse ahogado en una piscina pública. De ser así, en algún momento se habría tenido que informar a las autoridades –dijo Kathrin

Fachinger—. ¿Qué os parecería hacer un llamamiento a través de la prensa para pedir que todo el que tenga una piscina en casa se ponga en contacto con nosotros?

—Eso es una locura —objetó Pia—. En esta zona hay miles de casas con piscina, y más aún con *jacuzzi*.

—Además, seguro que el dueño de la piscina donde se ahogó la chica no nos llama —añadió Kai.

—Si queremos comprobar todas las piscinas privadas, tenemos trabajo hasta hartarnos para los próximos años —opinó también Cem Altunay, que había aplazado las vacaciones en su patria y había enviado a su mujer y a sus hijos solos a Turquía—. ¿Pretendes exigir a todos los propietarios de piscinas que nos presenten un análisis de agua?

—Muy gracioso —contestó Kathrin, ofendida—. Solo quería decir que...

—Ya está bien —la interrumpió Oliver—. Estos resultados no nos han proporcionado ninguna pista directa clara, pero tal vez sean una pieza valiosa del mosaico cuando por fin tengamos una sospecha concreta.

—Entonces, ¿con esto ya hemos acabado de momento? —Pia lanzó una mirada a su reloj de pulsera—. Yo me había pedido la mitad del día libre.

—Sí, ya estamos por hoy. —Oliver asintió—. Pero estad localizables, por favor, no vaya a ser que suceda lo más improbable.

Todos asintieron con la cabeza y pusieron fin a la reunión. Kai recogió el expediente de la investigación, se puso el portátil bajo el brazo y siguió a Cem y a Kathrin por el pasillo.

—Nosotros también tenemos que irnos —dijo la comisaria jefe Engel.

Oliver se volvió.

—¿Adónde? —preguntó, extrañado.

—En mi calendario dice que hoy a las dos de la tarde tienes un interrogatorio en la Dirección Regional —repuso ella mirándolo a los ojos—. ¿Se te había olvidado?

—Maldita sea, sí. —El inspector jefe sacudió la cabeza.

A las seis, Cosima y él tenían cita con el notario para la venta de la casa. Por consideración hacia las investigaciones, él lo había retrasado hasta última hora de la tarde; esperaba que ese estúpido interrogatorio no se alargase demasiado.

Tras el encontronazo con Bodenstein de dos semanas atrás, Frank Behnke había desmontado su improvisado tribunal de la Inquisición de uno de los despachos vecinos y se había retirado de vuelta a la Dirección Regional de la Policía Judicial con las manos vacías. Sin embargo, dos días después apareció una citación oficial encima del escritorio del inspector jefe. «Comparecencia y declaración sobre la suspensión de la investigación policial en el caso de lesiones

graves contra el señor Friedhelm Döring el 7 de septiembre de 2005, a causa de la sospecha de falta de persecución de delitos, así como encubrimiento administrativo.»

–¿Por qué quieres venir tú también? –le preguntó Oliver a su jefa mientras recorrían el pasillo—. De todas formas va a ser una completa pérdida de tiempo.

–No pienso permitir que sobre uno de los inspectores jefes de mi comisaría gravite semejante sospecha –contestó ella—. Behnke ha lanzado una campaña de venganza personal, y tengo la intención de recordarle algo..., si es necesario.

–¿Qué tal, Hanna? –Wolfgang se levantó de su escritorio y se acercó a ella con una sonrisa—. Me alegro de verte.

–Hola, Wolfgang. –Hanna dejó que le diera un beso en cada mejilla—. Gracias por encontrarme un hueco con tan poca antelación.

–Bueno, es que has logrado despertar mi curiosidad –repuso él, y le ofreció un asiento a la mesa de reuniones—. ¿Te apetece beber algo?

–No, gracias. –Hanna colgó el bolso en el respaldo de la silla y se frotó los brazos desnudos con la palma de la mano—. Como mucho, un vino especiado bien calentito... –añadió en broma. La luz del gran despacho era tenue e invernal, y el aire acondicionado producía un ambiente frío que la hizo estremecerse—. ¡Te va a dar algo cuando salgas de aquí! Fuera estamos a treinta y cinco grados.

–Para cuando salga del despacho ya serán las once. A esas horas no hace tanto calor. –Wolfgang sonrió y se sentó junto a ella—. Hacía días que no me llamabas.

En su voz resonó un ligero tono de reproche, y Hanna enseguida sintió mala conciencia.

–Ya lo sé, me he portado como una amiga desleal, pero tengo un buen motivo. –Bajó la voz—. Por casualidad me he topado con una historia de locos. Es un auténtico bombazo, aunque resulta tan inverosímil que al principio tuve que hablar con unas cuantas personas antes de creérmela. ¡Te juro que esto va a ser sonado! Y me gustaría dar el tema en el primer programa después de las vacaciones de verano. Así podríamos ir anunciándolo a bombo y platillo desde semanas antes y tendríamos a media Alemania sentada ante la caja boba a las nueve y media en punto.

–Estás que te sales de emoción –constató Wolfgang. Ladeó un poco la cabeza y volvió a sonreír—. ¿No habrá algo más, aparte de lo que me cuentas?

–¡No digas bobadas! –Hanna soltó una breve carcajada que incluso a ella le sonó algo falsa. Wolfgang la conocía mejor que nadie, maldita sea, siempre se le olvidaba—. Es que hasta ahora nunca había dado con una historia tan gigantesca.

Y en exclusiva total, además.

Hanna había logrado dominar con maestría la crisis provocada por Norman con sus cotilleos imprudentes y, gracias a su acto público de contrición, había conseguido convertir lo que amenazaba con ser una pérdida de prestigio en una victoria por puntos. La cadena y los accionistas habían quedado satisfechos, y Hanna había encontrado a un nuevo productor muy eficiente y había dado por zanjado y olvidado lo sucedido. Su coche volvía a estar como nuevo después de tres días en el taller de chapa y pintura, y ella no se había estremecido siquiera cuando Meike, un par de días atrás, le había comunicado que pasaría el resto de las vacaciones en Sachsenhausen, en el piso de una amiga que se había ido a Chile, o a China, a pasar el verano. Todo lo que antes le había parecido de una importancia capital se había vuelto secundario. Desde aquella noche en la cocina de su terapeuta, a Hanna le ocurría algo, algo que apenas si podía creer.

–El tema es una bomba. La persona a quien concierne quiere mantenerse en el anonimato, cierto, pero eso no será ningún problema. –Sacó varias hojas de su bolso y se las tendió a Wolfgang. Cuando él quiso quitárselas de las manos, ella las apartó–. Esto es alto secreto, Wolfgang. Confío en que no le comentarás nada a absolutamente nadie.

–Por supuesto que no –le aseguró él, y se hizo un poco el ofendido–. Jamás he hablado con nadie de nada que me hayas contado en confianza.

Hanna le entregó las cuatro páginas impresas con letra apretada y él empezó a leer.

A ella le costaba contener la impaciencia. Lee más deprisa, pensó. ¡Di algo de una vez!

Pero él seguía callado y con el rostro inexpresivo. La única señal exterior de sus emociones era una enorme arruga en lo alto de la nariz que se hacía más profunda a medida que leía.

Hanna tuvo que controlarse para no dar un golpe con toda la mano abierta en la mesa.

Por fin Wolfgang levantó la mirada.

–¿Y? –preguntó ella con expectación–. ¿Te había prometido demasiado? ¡Esa historia es pura dinamita! ¡Ahí detrás se esconde una tragedia humana de dimensiones casi apocalípticas! Y nada de eso son solo vagos indicios de sospecha. ¡He hablado en persona con la mayoría de los afectados! ¡Me han facilitado nombres concretos, lugares, fechas, datos! Ya te imaginarás que al principio no me lo podía creer. Si lo combinamos con una buena campaña de prensa, ¡conseguiremos unos índices de audiencia como los que no hemos tenido desde hace años!

Wolfgang seguía sin decir nada. La elocuencia no era su fuerte. A veces

tardaba varios minutos hasta poder expresar en palabras lo que pensaba, de manera que Hanna a menudo se sentía tonta, porque hablaba muchísimo y muy deprisa, lo interrumpía demasiado pronto y ya iba diez ideas por delante cuando él empezaba a contestar la pregunta inicial.

–Hanna, no quiero meterme donde no me llaman, pero, puesto que me has preguntado, el tema como tal... está muy trillado. Cosas como esta han salido y siguen saliendo todos los días en la prensa –dijo tras una pausa que se hizo eterna–. ¿De verdad crees que le sigue interesando a alguien?

Al ver el escepticismo en los ojos de él, el expectante entusiasmo con que había esperado Hanna se desmoronó igual que un castillo de naipes. Estaba decepcionada sobremanera, y al mismo tiempo enfadada. Con él, pero sobre todo consigo misma. Una vez más había actuado con demasiada precipitación, se había dejado llevar por la euforia.

–Sí, yo creo que sí. Además, en mi opinión es un tema sobre el que nunca se habrá concienciado lo bastante a la opinión pública. –Extendió la mano y se esforzó por hacer que su voz sonara indiferente–. Siento mucho haberte robado un tiempo tan valioso.

Él dudó, pero no dio muestra alguna de querer devolverle las hojas. En lugar de eso, las dejó encima de la mesa y las alineó hasta que formaron una pila perfecta.

–En última instancia, la decisión sobre qué temas se tratan en tu programa es tuya. –Wolfgang sonrió–. Pero, como querías mi consejo, te lo voy a dar. –Se puso serio–. No lo hagas.

–¿Cómo dices? –Creyó haber oído mal. ¿Qué le pasaba a Wolfgang?

Él bajó la mirada enseguida, pero Hanna ya le había notado una expresión extraña. Entre sus cejas aparecieron arrugas de tensión. ¿Qué era lo que le había inquietado tanto?

–Como amigo tuyo, te aconsejo que no saques esta historia a la luz –insistió bajando la voz–. Es un tema peligroso, no tienes ni idea de dónde te estarías metiendo. Tengo un mal presentimiento. Si lo que pone aquí es verdad, en este asunto están involucradas muchas personas que no permitirán que las relacionen con nada semejante así como así.

–¿Temes por la reputación de la cadena? –quiso saber ella–. ¿Tienes miedo de una demanda judicial? ¿O qué es lo que pasa?

–No –contestó él–. Eres tú quien me preocupa. No eres consciente del peligro que corres.

–Hace años que tocamos temas comprometidos –lo contradijo ella–. Es lo que caracteriza mi programa.

Se miraron un buen rato sin decir nada, hasta que él se dio por vencido y

suspiró.

–De todas formas, siempre haces lo que quieres. –Alargó la mano y la puso un momento sobre la de ella–. Solo te ruego que lo pienses a fondo una vez más.

Hanna valoraba a Wolfgang de verdad. Era su mejor amigo, el que estaba en su vida desde hacía más tiempo. Cada uno conocía los puntos fuertes del otro, pero también sus debilidades. Él era un hombre de números, era sensato, responsable y prudente. Pero eran precisamente esas buenas características las que siempre lo frenaban, porque, por otro lado, también era un eterno indeciso, un cobarde aprensivo al que le faltaba valor para asumir riesgos.

–Está bien. –Hanna asintió con la cabeza y sonrió, aun a su pesar–. Lo haré. Gracias por tu consejo.

**E**n el centro comercial del Meno-Taunus, las tardes de los jueves parecía que llegaba el fin del mundo. Pia tuvo que buscar un buen rato hasta encontrar una plaza libre en el aparcamiento.

–¿Y qué vamos a comprar? –preguntó Lilly con curiosidad mientras la seguía dando saltitos de emoción.

–Tengo que recoger unos zapatos del zapatero –contestó Pia–. Pero, antes, tú y yo necesitamos algo que ponernos esta noche.

–¿Y qué es lo que pasa esta noche?

–Pero si ya te lo he contado... –Pia tomó a Lilly de la mano para no perderla entre el gentío–. La abuela de Miriam da una fiesta y vamos a ir.

–¿El abuelo también vendrá?

–No, porque hoy se ha ido a Düsseldorf.

–¡Ay, qué pena!

–¿Es que no tienes bastante con mi compañía? –Pia sonrió de oreja a oreja.

–¡Sí, claro que sí! –aseguró Lilly–. ¡Pero lo que más me gusta es estar con los dos a la vez!

Pia le acarició el pelo a la niña. A veces Lilly podía sacarla de quicio con su parloteo constante, pero esa sinceridad cautivadora siempre conseguía conmoverla. Al final sí que echaría un poco de menos a la pequeña cuando volviera a volar hacia Australia, dos semanas después.

–¿Y no podemos comprar también un DVD? –suplicó Lilly cuando pasaron por delante de Media Markt.

A través del escaparate, Pia echó un vistazo a la aglomeración de gente y negó con la cabeza.

–Primero nos ocuparemos de lo importante.



Llevaba toda la semana con la intención de acercarse al centro comercial a buscar un vestido veraniego, pero al llegar a casa por la tarde ya no le apetecía volver a rodearse de tanta gente. Había encontrado un vestido bonito por internet, pero, cómo no, su talla no estaría disponible hasta principios de otoño. Cuando ya no necesitaría ningún vestido de verano.

–¡Anda, mira, hay helado! –Lilly señaló emocionada la heladería y tiró a Pia de la mano–. Me apetece muuucho un helado. ¡Hace mucho calor!

–Con un helado no nos dejarán entrar en las tiendas. –Pia siguió obligándola a avanzar–. Después.

Antes de que llegaran a la boutique donde Pia esperaba encontrar su vestido, Lilly ya había visto cinco cosas que le apetecían muchísimo.

Pia estaba de los nervios.

–No volveré a traerte de compras nunca más si sigues dándome tanto la lata –dijo con toda intención–. Primero nos compraremos la ropa y luego miraremos qué más hay por ahí.

–Eres tonta –contestó Lilly ofendida, y se puso de morros.

–Pues tú también –repuso Pia sin inmutarse.

No sabía si pedagógicamente estaba bien o mal, pero funcionó. La pequeña cerró la boca.

En la primera tienda, la inspectora no encontró nada que le gustase. En la segunda, dos vestidos pasaron la selección, pero ni uno ni otro le quedaban del todo bien: casi parecía que se hubiese echado encima una bata sin mangas. Nada de ello contribuyó a mejorar su estado de ánimo. Además, detestaba tener que cambiarse en los estrechos probadores con ese calor y, por si fuera poco, le frustraba ver en el espejo su imagen sudada bajo esa despiadada luz fluorescente. Tal vez alguien debería darles algún día un consejo a las direcciones de los centros comerciales: una iluminación más tenue en los probadores animaría muchísimo las compras, no cabía duda. En la tienda número tres encontró lo que buscaba. Le repitió a la niña que la esperase fuera, pero, justo cuando estaba en braguitas y sujetador, intentando ponerse el vestido, Lilly asomó la cabeza dentro.

–¿Vas a tardar mucho? Es que tengo que hacer pipí –dijo en voz baja.

–Enseguida termino, pero tendrás que aguantar todavía un momento.

–¿Cuánto es un momento?

–Cinco minutos.

–Es que no podré aguantarme tanto rato –lloriqueó la pequeña.

Pia no dijo nada más. El sudor le corría por la cara y por la espalda, no conseguía cerrar la cremallera.

–Estás muy gorda –afirmó Lilly.

Aquello acabó con su paciencia.

–¡Fuera de aquí ahora mismo! –vociferó–. Haz el favor de esperarme fuera. ¡Enseguida salgo!

La pequeña bruja le sacó la lengua y descorrió toda la cortina hacia un lado para fastidiarla. Dos jóvenes gacelas de caderas esbeltas con tops talla cero se quedaron mirando a la inspectora y soltaron unas risillas tontas.

Pia maldijo por dentro a la abuela de Miriam y su estúpida fiesta benéfica, y luego a sí misma por haber accedido a ir. La visión del vestido la tranquilizó un poco. Le cabía y le sentaba bien, y además no era demasiado caro.

Sin embargo, cuando salió del probador, Lilly no estaba por ninguna parte. Seguro que se había escondido en algún rincón entre los percheros para hacerla rabiar. Pia fue a la caja y se puso en la cola que le pareció más corta. Una mala decisión, según resultó después, porque una clienta que iba antes que ella había comprado catorce prendas y su tarjeta no funcionaba. La inspectora, nerviosa, no hacía más que buscar a la niña con la mirada. Por fin logró pagar. Se puso la bolsa debajo del brazo y salió en busca de Lilly.

¡La pequeña no estaba ni en el departamento de ropa de señora ni en el de caballero! Le preguntó a una vendedora por los servicios para clientes, que se encontraban en la planta baja, y se fue hacia la escalera mecánica. Sin embargo, tampoco allí encontró a Lilly. El fastidio de Pia iba transformándose poco a poco en preocupación. No estaba acostumbrada a ser la responsable de una niña. Después de buscarla en vano por toda la tienda de ropa y preguntar a todas las vendedoras por una niña pequeña con trenzas rubias, salió al centro comercial, donde había ríos de gente. ¿Cómo iba a encontrar a la pequeña entre aquella muchedumbre? Empezó a sentir calor. Recordó esos casos de niños que desaparecían en grandes almacenes sin dejar rastro porque, confiados, se marchaban con algún extraño que les prometía un helado o un juguete.

Entró a todo correr en la tienda de bisutería ante cuyo escaparate Lilly había visto un collar de perlas de color rosa que le había pedido con ilusión. Ni rastro de ella. Nadie parecía haberse fijado en la niña. Tampoco en la heladería, ni en la sección de DVD del Media Markt de la primera planta. Presa del pánico, Pia regresó a la fuente central corriendo y apartando a empujones a los desconocidos, por lo que tuvo que aguantar varios insultos. Al principio aún se había imaginado echándole una bronca a la pequeña, pero media hora después ya solo rezaba en silencio por encontrarla sana y salva.

Delante de la caseta de información varias personas hacían cola.

–Por favor, ¿me dejarían pasar? –pidió entre jadeos–. Busco a una niña que se me ha perdido.

La mayoría fueron muy comprensivos y le cedieron su sitio, salvo dos abuelas

que insistieron en que sus necesidades eran más importantes que una niña desaparecida. Una de ellas pidió tres vales de compra con toda tranquilidad, la otra preguntaba por una tienda en concreto y no entendía lo que la empleada de información intentaba explicarle. Por fin le tocó el turno a Pia.

–¿Podrían llamar por megafonía a mi...? –Se interrumpió. Sí, ¿qué era Lilly? «¿Podrían llamar por megafonía a la nieta de mi compañero sentimental, por favor?» Qué absurdo sonaba eso...

–¿Sí, diga? –La señorona regordeta del mostrador de información la miraba aburrida, casi como si no la viera, y mientras tanto se rascaba el escote con sus garras decoradas con pintaúñas.

–He... –empezó Pia una segunda vez, y entonces se decidió por la variante menos complicada–. He perdido a mi hija –soltó–, ¿podrían llamarla por megafonía, por favor?

–¿El nombre de la niña? –preguntó la gorda estirada –. ¿Y adónde quiere que vaya?

–Se llama Lilly. Lilly Sander.

–¿Cómo?

¡Pero qué imbécil se podía ser!

–¡L-I-L-L-Y! –deletreó Pia con impaciencia–. Que vaya a la fuente. O no, espere, mejor a la heladería. No conoce esto muy bien.

Al final la mujer consiguió dar un aviso más o menos comprensible, pero Pia dudaba que Lilly hubiese entendido que se referían a ella.

–Gracias –dijo, y se fue hacia la heladería a montar guardia.

¿Qué otra cosa podía hacer? Le temblaban las rodillas, tenía el estómago encogido y, de pronto, cobró conciencia de que aquello que sentía era miedo. Se obligó a no pensar en todo lo que podía ocurrirle a una niña de siete años rubia y guapa. Por primera vez en su vida comprendió lo que debían de sufrir los padres cuando les desaparecía un hijo. El desamparo y la incertidumbre eran un auténtico infierno. ¡Qué horroroso tener que soportar esos sentimientos durante semanas, meses o incluso años! Y entonces comprendió también el poco consuelo que representaba para unos padres que la Policía les asegurase que harían todo lo humanamente posible por encontrar a sus hijos.

Pia creía reconocer a Lilly en todas las niñas rubias que veía. El corazón le daba un vuelco cada vez, y a eso le seguía tal decepción que al final le afloraron unas lágrimas desesperadas a los ojos. A su alrededor la gente avanzaba con parsimonia, y en algún momento la inspectora ya no pudo seguir soportando la espera y la inacción. Echó a correr sin más. Tenía que buscar de manera activa; si no, se volvería loca. Todos esos vacuos consejos de prudencia que ella misma había dado a padres de niños desaparecidos quedaron olvidados. Cargada con su

bolso y con las compras, entró corriendo en cada tienda en la que había estado con Lilly, volvió a pasar por la heladería, por la tienda de bisutería, por la de decoración donde la niña había visto un animal de peluche. Por último le tocó una segunda vez al Media Markt. Preguntó por ella a varias personas, pero de nuevo nadie parecía haberse fijado en la pequeña.

Al final decidió llevar las compras al coche para así poder seguir buscando sin molestias. De camino al aparcamiento pensó en llamar a los agentes de guardia. Cuando las preguntas las hacían policías de uniforme, la gente solía tomárselo más en serio que cuando las formulaba una mujer sudada y presa del pánico.

¿Y qué iba a decirle a Christoph? ¡No podía regresar a casa sin Lilly! Sacó la llave del coche del bolsillo, levantó la mirada y no creyó lo que vio allí. Junto a la rueda trasera de su coche estaba sentada la niña, con los brazos echados alrededor de las rodillas encogidas.

–¡Pia! –exclamó la pequeña, y se levantó de un salto–. ¿Dónde has estado todo este rato?

Fue como si dentro de su corazón se derrumbara un glaciar entero con un estruendo enorme. De repente sintió las rodillas flojas y rompió a llorar de alivio. Dejó caer el bolso, las compras y la llave del coche, y estrechó a la niña con fuerza entre sus brazos.

–¡Dios mío, Lilly! ¡Menudo susto me has dado! –susurró–. ¡Te he estado buscando por todo el centro comercial!

–Es que tenía que ir corriendo al baño. –Lilly echó sus bracitos alrededor del cuello de Pia y acurrucó su mejilla contra la de esta–. Y luego ya no te he visto más. Pensaba... Pensaba que... estabas muy enfadada conmigo y te habías marchado sin mí... –También la pequeña sollozaba.

–Ay, Lilly, cariño, yo jamás te haría eso. –Pia le acarició el pelo y la acunó entre sus brazos. Le habría gustado no volver a soltarla nunca más–. ¿Qué te parece si, para quitarnos el susto, vamos primero a tomarnos un helado y luego a comprarte un vestido? ¿Eh?

–Ay, sí. –Bajo las lágrimas asomó una sonrisa–. Me parece bien.

–Bueno, pues vámonos.

Pia se incorporó y Lilly le agarró la mano con fuerza.

–Y no me soltaré de tu mano –prometió.

Un cuarto de hora después, el caso estaba cerrado; el intento de Behnke por desacreditar a su antiguo jefe había fracasado de manera estrepitosa. Gracias a las actas y los informes existentes, Bodenstein había podido demostrar

fehacientemente que había examinado a fondo los indicios que se tenían contra los tres sospechosos en el caso de lesiones graves contra Friedhelm Döring del año 2005 antes de verse obligado a suspender las investigaciones por falta de pruebas.

Los tres miembros de la comisión del Departamento de Asuntos Internos quedaron satisfechos; Bodenstein y la comisaria jefe Nicola Engel podían marcharse. Behnke había estado todo el rato allí sentado, mudo, con la cara congestionada e hirviendo de ira como una olla a presión; a Oliver no le habría extrañado oír de repente un silbido agudo saliendo de sus orejas.

Mientras Nicola Engel terminaba de hablar con el coordinador de Presidencia, departamento del que dependía Asuntos Internos, Bodenstein la esperó fuera, en el pasillo, y aprovechó para ver si tenía llamadas o mensajes en el iPhone. Ninguna noticia nueva importante. Se alegraba de haber despachado aquello tan deprisa, porque le habría dado mucha rabia tener que aplazar la cita con el notario. La semana anterior ya había llegado a un acuerdo con el propietario arruinado del adosado de Ruppertshain, y unos días antes la caja de ahorros le había dado luz verde para la hipoteca. Inka enseguida se había puesto en contacto con las empresas de operarios, que retomarían los trabajos a mediados de julio. La perspectiva de volver a vivir bajo su propio techo al cabo de medio año como mucho, y así dejar atrás por fin esa época como inquilino en casa de sus padres, había supuesto una verdadera inyección de ánimo para el inspector jefe. Después de dos largos y sombríos años dando tumbos, tenía la sensación de recuperar al fin las riendas y poder decidir por sí mismo la dirección que debía tomar su vida. A muchos hombres la crisis de la mediana edad los pillaba a los cincuenta; a él le había llegado un año antes. Mientras esperaba a la comisaria jefe pensó en los muebles que quería comprar y en cómo arreglaría el jardín. ¿Le resultaría doloroso vaciar la casa que Cosima y él habían construido juntos y donde habían vivido durante veinticinco años?

—¡Eh, Bodenstein!

Se volvió. Frank Behnke se acercaba a él, y en su mirada refulgía una ira difícil de controlar. Por un momento, Oliver llegó a tener la descabellada idea de que Behnke desenfundaría el arma y lo abatiría allí mismo, en el pasillo de la Dirección Regional de la Policía Judicial, para dar rienda suelta a la frustración acumulada.

—No sé cómo se lo ha vuelto a montar ahí dentro —siseó—, pero ya me enteraré. Están todos compinchados.

Bodenstein contempló al que un día fuera su agente de mayor confianza. No sentía alegría ante el fracaso de sus esfuerzos por probar una falta en su contra, pero tampoco rechazo. Behnke le daba lástima. Algo se había torcido en su vida,

algo había salido muy mal. La amargura resultante de ello lo había carcomido por dentro, hasta que el complejo de inferioridad y el ansia de venganza habían acabado por gobernar todo su pensamiento. Oliver había protegido a su joven compañero durante mucho tiempo y había sido más indulgente con él de lo que habría sido justo para con el resto del equipo. Durante demasiado tiempo. Behnke no había hecho caso de ninguna advertencia, y al final se había pasado tanto de la raya que el inspector jefe se vio obligado a distanciarse de él para no acabar arrastrado él mismo por el torbellino de los acontecimientos.

–Frank, déjelo correr de una vez –dijo Oliver con un tono de voz conciliador–. Yo, por mi parte, lo olvido todo aquí mismo y no le guardo ningún rencor.

–¡Oh, cuánta benevolencia! –Behnke soltó una risa malvada–. Resulta que me importa una mierda si me tiene o no me tiene rencor. Me apartó a un lado en cuanto Kirchhoff entró en el equipo. Eso no lo olvidaré. Jamás. Desde ese día pasé a ser el segundo plato, y sé muy bien que Kirchhoff y Fachinger no hacían más que ponerme verde. ¡Esas dos arpías se pasaban el día ridiculizándome! Y usted se lo permitía.

Bodenstein arrugó la frente con incredulidad.

–A ver, vayamos por partes –replicó–. No pienso permitir que hable en ese tono de unas compañeras. Todo eso es absolutamente falso...

–¡No lo es, de ninguna manera! –lo interrumpió Behnke, y Bodenstein comprendió las enfermizas y colosales dimensiones que habían alcanzado los celos del hombre–. Usted siempre ha sido un calzonazos con las tías. Su mujer le puso los cuernos y... –Hizo una pausa teatral, cruzó los brazos en el pecho y sonrió con hostilidad–. ¡Y resulta que sé que se tiró usted a la Engel!

–Es cierto –dijo una voz tras él.

Nicola Engel sonrió con total frialdad y autocontrol.

–Y no solo una vez, querido compañero. De hecho, llegamos a estar prometidos. Hace ya unos treinta años.

Bodenstein vio que Behnke luchaba por conservar la compostura al comprender que también ese supuesto triunfo se hacía humo ante sus propios ojos.

Nicola Engel se acercó mucho al agente, que retrocedió ante ella. Un gesto reflejo de inferioridad que aún le hizo enfurecerse más.

–Espero que sea usted consciente de que, si consiguió este trabajo como última oportunidad en el servicio policial, fue solo gracias a mi intervención –le dijo la comisaria jefe en voz baja, aunque con un deje afilado como una cuchilla–. En el futuro, será mejor que evite dejarse llevar por motivaciones personales en el trabajo; si no, acabará borrando pizarras en la Escuela de Policía. Acabo de tener una conversación con su superior y le he asegurado que

ni el inspector jefe Bodenstein ni yo misma malgastaremos una palabra más sobre este desagradable asunto. Es la tercera o la cuarta vez que le salvo el culo, Behnke. Así que con esto estamos por fin en paz. Espero que nos hayamos entendido.

Frank Behnke tragó saliva con los dientes apretados y asintió, a su pesar. La hostilidad que destellaba en sus ojos claros era brutal. Sin decir palabra, dio media vuelta y se fue.

–Ese tipo aún nos traerá más desgracias –profetizó Nicola Engel, sombría–. Es una bomba de relojería.

–No debería haberlo protegido durante tanto tiempo –repuso Bodenstein–. Fue un error. En realidad, tendría que haberse sometido a terapia.

Nicola levantó las cejas y sacudió la cabeza.

–No. El error fue que aquella vez sobreviviera a su intento de suicidio.

La frialdad con que lo dijo sorprendió a Oliver, que al mismo tiempo volvió a comprender con claridad por qué la comisaria jefe había hecho una carrera tan fulgurante, y él, en cambio, no. Era una mujer sin escrúpulos. Nicola Engel tenía madera para llegar a lo más alto.

Emma se sentía vulnerable e insegura desde que Florian se había marchado. La prueba de su infidelidad, sumada al silencio obstinado de él ante los reproches y las preguntas de ella, le había hecho cobrar claramente conciencia de que, en realidad, en su fuero interno nunca había estado segura de su marido. No podía confiar en él, y eso era lo que más la deprimía, más aún que el hecho de que la hubiera engañado.

El centro de la ciudad de Königstein estaba abarrotado. Emma había tenido que subir hasta el castillo de Luxemburgo con el coche para encontrar aparcamiento. Tal vez nada de aquello la habría afectado tanto si no hubiese estado en los últimos meses del embarazo. Aunque quizá la situación tampoco habría llegado tan lejos si no estuviese como una morsa. Luchó por contener las lágrimas mientras cruzaba el parque infantil y atravesaba el balneario en dirección a la zona peatonal. ¡Esperaba no cruzarse con nadie que la conociera! No estaba de humor para charlas y conversaciones superficiales. De una embarazada la gente esperaba una alegría dichosa por el niño que estaba por llegar, no lágrimas.

Recogió tres libros que había encargado en la librería y luego se sentó en el cercano café Kreiner, en la última mesa libre que quedaba bajo el toldo. Estaba empapada en sudor y sentía las piernas como si fueran a estallarle en cualquier

momento. Aun así, pidió un batido de chocolate con extra de nata. Ya qué más daba.

¿Cómo debía actuar? Dentro de poco más de dos semanas nacería el bebé, y entonces se vería con dos niños pequeños en la casa de sus suegros, sin un hogar propio, sin marido, sin dinero. Últimamente, esa idea le quitaba el sueño por las noches y se cernía sobre ella como una sombra amenazadora. Sin embargo, aún peor era saber que Florian recogería a Louisa para llevársela con él el fin de semana. Emma había creído que su marido estaría contento de librarse de ellas, pero, para su sorpresa, había insistido en hacer valer su derecho a estar con la niña un fin de semana de cada dos. Ella no se sentía del todo a gusto con esa perspectiva, y había accedido de mala gana cuando él lo había propuesto. ¿No sería mejor retirar su conformidad? Ni siquiera sabía adónde llevaría a su hija. ¡Por lo visto vivía en una pensión! Ese no era ni mucho menos el ambiente adecuado para una niña de cinco años que, además, se encontraba en una fase difícil.

Emma sorbió un poco de batido de chocolate. A su alrededor, la gente charlaba y reía, todo el mundo estaba despreocupado y feliz. ¿Era ella la única que tenía problemas?

Nadie sabía lo que había ocurrido entre su marido y ella. Para los demás no había cambiado casi nada; era como cuando Florian pasaba semanas o meses en algún país extranjero. A sus suegros les había contado algo de unas conferencias, y ellos habían aceptado esa excusa sin hacerle más preguntas. Aun así, dentro de muy poco, cuando Florian fuese a buscar a Louisa, tendría que decirles la verdad.

–Hola, Emma.

Se estremeció, sobresaltada, y levantó la vista. Ante ella estaba Sarah, cargada con bolsas de la compra.

–No pretendía asustarte. –Su amiga dejó el bolso y las compras junto a la mesa–. ¿Puedo sentarme un rato contigo?

–Hola, Sarah. Sí, desde luego.

–Menudo calor hace hoy... Buf.

A Sarah no le molestaba en absoluto el calor; no sudaba ni cuando estaban a cuarenta grados a la sombra. La hermana adoptiva de Florian era una muñequita delicada de ojos negros, grandes y redondos, con unos rasgos faciales muy finos. Se había recogido la brillante melena negra en una trenza gruesa, como siempre, y llevaba un vestido de verano sin mangas, color verde lima, y unos zapatos a juego de punta abierta y de ante; un contraste perfecto con su aterciopelada tez dorada, herencia de sus antepasados indios. Emma le envidiaba su figura a más no poder, porque no tenía que hacer deporte ni pasar hambre para conservar la



línea.

–Se te ve triste. –Sarah le puso una mano en el brazo–. ¿Es que ha pasado algo?

Emma soltó un suspiro y se encogió de hombros.

–¿Qué te inquieta? –quiso saber su cuñada.

Ella abrió la boca para dar una respuesta espontánea. Nada, habría querido decir. Estoy bien.

–¿Tiene que ver con Florian?

A veces Sarah parecía tener unas dotes misteriosas, casi de vidente. Emma se mordió los labios. Se consideraba una persona disciplinada y pragmática, no era de esas mujeres que iban a desahogarse llorándoles a sus amigas. Desde pequeña estaba acostumbrada a solucionar sola sus problemas, le costaba hablar de ellos. Prefería reprimir la inquietud recurriendo a una actividad incesante, y lo cierto era que así había conseguido vivir muy bien.

De repente les daba demasiadas vueltas a las cosas; eso no era bueno.

–A mí puedes contármelo. –La voz de Sarah desprendía delicadeza–. Ya lo sabes. Muchas veces, el simple hecho de hablar de lo que le aflige a una sienta bien.

¡Hablar, hablar, hablar! Justo lo que menos le apetecía a Emma.

–Florian me engaña –susurró al cabo de unos segundos. Y de repente se le saltaron las lágrimas–. ¡Desde noviembre del año pasado no ha vuelto a acostarse conmigo! –soltó sin poder contenerse–. Antes teníamos relaciones por lo menos tres veces a la semana, y ahora..., cuando intento tocarlo se pone muy tenso. ¡Es de lo más humillante!

Intentó secarse las lágrimas, pero no dejaban de caerle por las mejillas, como si en su interior se hubieran abierto unas esclusas.

–¡Vamos, que..., no sé, también él ha contribuido a que yo tenga este aspecto! Me da la sensación... ¡de que quiere castigarme! ¡Mierda, odio estar embarazada! ¡No estoy nada emocionada con este bebé!

–¡Emma! –Sarah se inclinó hacia delante y le tomó las manos–. ¡No digas eso! ¡Un niño, una personita nueva, es lo más maravilloso del mundo! Es el mayor privilegio que tenemos las mujeres. Por supuesto que cuesta y que conlleva dolor, y nosotras tenemos que hacer grandes sacrificios, pero todo eso se olvida en cuanto nace el niño. Muchos hombres tienen celos de manera subconsciente, sí, algunos incluso empiezan a sentir miedo de su pareja y del niño que crece en su vientre. A menudo se comportan de una forma irracional, pero se les acaba pasando. Créeme. Debes ser un poco indulgente con tu marido. No te hace daño a propósito.

Emma miró a su amiga sin dar crédito.

–¿Te..., te parece bien lo que me ha hecho Florian? –susurró–. Hace dos semanas encontré el envoltorio vacío de un preservativo en sus vaqueros, y todavía me debe una explicación. ¡No dijo nada cuando le pregunté si estaba con otra! En lugar de eso, metió su ropa en una maleta y se marchó a..., a no sé qué pensión de Frankfurt. Me dio la sensación de que en realidad se alegraba de poder largarse. ¡De alejarse de sus padres y de mí! ¡Y eso que fue él quien propuso que yo viviera aquí hasta que naciera el niño!

Sarah la escuchaba sin decir nada.

–¡Quién sabe lo que habrá hecho, y cuántas veces me habrá mentado cuando se iba él solo a un campamento durante semanas! –añadió Emma–. ¡Joder, es que ya no puedo soportar más todo esto!

Apartó las manos de Sarah con brusquedad. Ante sus ojos veía danzar puntos negros, empezaba a marearse. Con ese calor, la tensión le jugaba malas pasadas. Sintió que el niño se había despertado por las patadas que le daba. De repente tuvo la impresión de que llevaba en su vientre un cuerpo extraño no deseado.

–¡Estoy completamente sola! –dijo entre sollozos de desesperación–. ¿Qué voy a hacer con Louisa cuando tenga que irme al hospital? ¿Cómo voy a salir adelante? ¿Adónde iré con dos niños y sin dinero?

Sarah le acarició el brazo.

–Con nosotros estarás en buenas manos –dijo, compasiva–. Tendrás a tu hijo en nuestra maternidad. Louisa se quedará con Renate, con Corinna o conmigo, y podrá ir a verte cuando ella quiera. Y, si todo va bien, al día siguiente ya estarás otra vez en casa.

Emma no había pensado en eso. Su situación no era nada excepcional: la asociación Niños del Sol estaba especializada en mujeres con mala suerte, tal como lo era ella de pronto, mujeres cuyos maridos las habían dejado en la estacada. Pensar eso, sin embargo, no le supuso ningún consuelo, sino más bien al contrario. Al verlo así, por primera vez fue consciente del trance en el que se encontraba, y una terrible sospecha se abrió camino en su mente. ¿Habría decidido Florian, que nunca había querido tener un segundo hijo, abandonarla adrede estando en casa de los padres de él para, así, poder desentenderse de su responsabilidad y no tener mala conciencia por marcharse con otra mujer? ¿Sería todo aquello un amaño, una solución elegante para deshacerse de ella?

Miró entonces con desconfianza a su cuñada, a quien tan alegremente había considerado una amiga. ¡Tal vez Sarah estaba al corriente de todo! ¡Y también Corinna, y sus suegros!

–¿Qué te ocurre?

La preocupación de Sarah parecía sincera, pero también podía estar fingiendo. De pronto Emma se dio cuenta de que ya no confiaba en nadie. Abrió el

monedero, dejó cinco euros en la mesa y se levantó.

–Tengo... Tengo que recoger a Louisa –tartamudeó antes de alejarse a toda prisa.

En lugar del tren de alta velocidad anunciado, a la vía 13 de la estación central de Hamburgo llegó un *intercity* normal y corriente con un cuarto de hora de retraso. Eso dejaba obsoleta su reserva de asiento, de la que tanto se había alegrado al ver la cantidad de gente que esperaba en el andén. El tren iba tan lleno que no consiguió sentarse y tuvo que quedarse de pie en el pasillo con la mochila sujeta entre los pies.

La falta de seriedad del servicio ferroviario Deutsche Bahn era antológica. Ahora podía uno descargarse los billetes en el *smartphone* y realizar reservas por internet, pero el día a día de los trenes no era mucho mejor que hacía treinta años.

A él nunca le había gustado tener que viajar embutido entre desconocidos, por eso en su antigua vida había preferido ir en avión o en coche. La mujer que tenía al lado despedía un olor tan penetrante a perfume barato que parecía haberse bañado en él y haberlo usado incluso para lavar la ropa. Su olfato percibía también un olor a sudor acre desde la izquierda, y alguno de sus compañeros de viaje había comido ajo.

Su nariz ultrasensible, de la que tan orgulloso se había sentido en otras ocasiones, resultaba ser una tortura en situaciones como esa.

Aun así, al menos su breve excursión al norte del país había merecido la pena. Había obtenido lo que quería. En realidad, solo había podido echarles un vistazo rápido a las fotografías grabadas en esa memoria usb tan discreta, pero en ellas se veía justo lo que había esperado. Miles de imágenes y algunos archivos de vídeo de una calidad altísima que en el mercado negro valdrían una pequeña fortuna. Si la Policía llegaba a pillarlo con eso encima se le acabaría para siempre la libertad condicional, pero tenía que correr el riesgo.

Consultó el móvil. Ninguna llamada, ningún mensaje de texto. Vaya, había esperado que ella intentara ponerse en contacto con él.

Paseó la mirada por ese vagón sin compartimentos. Con su traje gris de Brioni, una reliquia de su antigua vida, camisa y corbata, no llamaba la atención entre los demás hombres de negocios. Nadie se fijaba en él; solo una mujer morena y guapa que estaba sentada algo más adelante, junto a una ventana, y que no dejaba de mirarlo todo el rato cuando creía que él no se daba cuenta. En ese momento le sonrió, coqueta y un poco provocativa, pero él no le devolvió la

sonrisa. Lo último que le apetecía era tener que darle conversación a nadie. Su intención durante el viaje de vuelta había sido la de leer, o dormir, y ambas cosas era difícil hacerlas estando de pie. En lugar de eso, se puso a soñar despierto mientras se deleitaba con unos recuerdos que, sin embargo, cada vez estaban más enturbiados por la duda.

¿Por qué no lo había llamado? Esa mañana, él le había escrito que durante todo el día estaría localizable solo por teléfono o mensaje de texto. Desde entonces lo invadía una tensión interior, esperando una respuesta. En vano. Cuanto más tiempo pasaba su móvil en silencio, mayores eran sus dudas. Mentalmente repasó cada conversación y cada frase, intentó recordar si la había ofendido de alguna manera, si podía haberla molestado o importunado. La euforia con la que había partido hacia Hamburgo por la mañana se había hecho humo.

No fue hasta media hora antes de llegar a Frankfurt cuando su móvil dio señales de vida en el bolsillo de su pantalón. ¡Por fin! En realidad, solo era un mensaje de texto, pero algo era algo... Al leerlo no pudo evitar sonreír, y cuando levantó la mirada se encontró con los ojos de la morena. La mujer enarcó un instante las cejas, volvió la cabeza hacia otro lado y se puso a mirar por la ventanilla de manera ostensible. Se había librado de ella.

Los focos se apagaron, los operarios retiraron las cámaras y se quitaron los auriculares. El público del estudio aplaudió.

–¡Ya estamos, gente! –exclamó el regidor–. Gracias.

Hanna suspiró e intentó relajar la musculatura del rostro, agarrotada después de dos horas de sonrisa permanente. El especial de verano de noventa minutos titulado «Destino o casualidad», el último programa antes de las vacaciones, había requerido de toda su concentración. Los invitados apenas se habían dejado dirigir, había sido un arduo trabajo conseguir que cada uno recibiera tiempo suficiente para hablar, el regidor no hacía más que susurrarle cosas por el pinganillo, hasta que durante un vídeo ella le gritó que por favor cerrara el pico de una vez, que ya sabía lo que se hacía.

Por lo menos el equipo había funcionado bien. Meike y Sven, el nuevo productor, habían hecho un trabajo preparatorio perfecto. Hanna se escapó a su camerino antes de que el público pudiera asediarse con peticiones de autógrafos. No le apetecía demasiado la fiesta de fin de programa que se celebraba arriba, en la azotea, pero se lo debía a su equipo y a los invitados, así que por lo menos tendría que estar media hora con ellos. El maquillaje le picaba, estaba empapada

en sudor por culpa del calor de los focos. La noche anterior casi no había dormido, pero, por muy hecha polvo que estuviera, su cuerpo vibraba de vitalidad y energía. Llevaba días sintiéndose como si estuviera bajo una corriente de alto voltaje; el disgusto que se había llevado por culpa de Norman ya estaba más que olvidado.

Hanna alcanzó el móvil, se dejó caer en uno de los sillones del camerino y bebió un par de tragos de agua mineral tibia. ¡Mierda, otra vez estaba sin cobertura en ese búnker antinuclear! Los estudios de Antenne Pro y de las demás cadenas que pertenecían al *holding* se encontraban en un espantoso polígono industrial de Oberursel. En la primera planta estaban los despachos de redactores, controladores y demás empleados; la dirección de la empresa, en cambio, había acabado por trasladarse a una sede representativa: los distinguidos señores ocupaban desde hacía dos años una villa modernista en el Jardín de Palmeras del distrito francfortés de Westend.

–¿Hanna? –Meike entró sin llamar, como de costumbre–. ¿Subes? Los invitados ya están preguntando por ti.

–Diez minutos –repuso ella.

–Cinco estaría mejor –insistió su hija, y dio un portazo al salir.

No tenía ningún sentido cambiarse de ropa. Seguro que arriba, en la azotea, todavía estaban a treinta grados. Además, si quería irse pronto a casa más le valía subir enseguida, antes de que todos estuvieran un poco achispados y ya no quisieran soltarla. Se quitó los tacones y se puso unas bailarinas planas, alcanzó su bolso y salió del camerino.

En la terraza todos estaban de fiesta, y ese día algo más animados que otras veces. Los especiales de verano y de Navidad siempre suponían un gran reto para todos los trabajadores; los invitados, al contrario que en los programas habituales, eran famosos y mucho más agotadores que los personajes anónimos, que, a fin de cuentas, se sentían intimidados por la industria de la tele y nunca exigían nada.

Al salir a la escalera volvió a tener cobertura y su *smartphone* regresó a la vida. Hanna se detuvo en el tramo de debajo de la azotea y echó un vistazo a los mensajes que le acababan de entrar. Una felicitación de Wolfgang por el éxito del programa, una llamada perdida de Vinzenz, varios mensajes y correos electrónicos..., pero no el que ella esperaba. Sintió una punzada de decepción. La paciencia no era su característica más destacable.

–¡Hanna! ¡Espera un momento! –Jan Niemöller siempre subía los escalones de dos en dos–. ¡Te ha quedado un programa de diez! ¡Enhorabuena!

–Gracias.

El codirector de Herzmann Productions se detuvo sin aliento junto a ella e

hizo ademán de abrazarla, pero Hanna retrocedió.

–No, por favor –dijo–. Voy toda sudada.

La sonrisa desapareció del rostro de Niemöller. Hanna terminó de subir los últimos escalones y él la siguió.

–¿Has hablado hoy con Matern? –quiso saber.

–No. ¿Por qué?

–Me ha llamado esta tarde y estaba un poco raro. ¿Os habéis peleado?

–¿Qué te ha hecho pensar eso?

–Bueno, es que se ha andado con muchos rodeos. Por lo del primer programa de después del verano.

–¿Ah, sí?

Hanna se detuvo y dio media vuelta. ¿No le había pedido expresamente a Wolfgang que no comentara ni una palabra sobre el asunto?

–¿Qué es lo que ocurre? ¿De qué se trata? –Niemöller se la quedó mirando con una mezcla de curiosidad y desconfianza–. Hace días que apenas hay forma de dar contigo.

–Voy detrás de algo grande –repuso ella con alivio al ver que, por lo visto, Wolfgang sí había tenido la boca cerrada. Tendría que volver a insistirle sin falta–. Podría ser un auténtico bombazo.

–Bueno, ¿y de qué va?

–Eso lo sabrás cuando yo también tenga más información.

–¿A qué viene tanto secretismo? –protestó con recelo su codirector–. Lo normal es que decidamos juntos lo que vamos a hacer... ¿O es que has puesto algo en marcha a mis espaldas?

–Yo no he puesto nada en marcha –contestó Hanna con sequedad–. Y todavía es demasiado pronto para comentar el tema de forma abierta.

–Pero a Matern sí le has hablado de ello... –empezó a decir Niemöller, ofendido como una *prima ballerina* a quien otra le hubiera quitado el papel de cisne negro.

–Jan, no seas tan infantil. Te enterarás de todo muy pronto –le aseguró Hanna–. Además, resulta que Wolfgang no es solo el director de programas, también es un buen amigo.

–Espero que no te estés equivocando –refunfuñó Niemöller, celoso.

Hanna echó un último vistazo a su móvil antes de guardarlo en el bolso, momento en que activó su sonrisa profesional.

–Vamos –dijo, conciliadora, y lo agarró del brazo–. Estamos de celebración. Tenemos motivos para hacerlo.

–A mí se me han quitado las ganas de celebrar nada –contestó Niemöller, y se separó de ella con brusquedad–. Me marcho a casa.

–Pues muy bien. –Hanna hizo un gesto de indiferencia–. Buenas noches, entonces.

Si creía que iba a suplicarle que se quedara con ella, se equivocaba. Cada día la sacaba más de quicio con ese carácter tan posesivo. Quizá tendría que empezar a buscarle un sustituto. O, mejor aún, una sustituta.

La lista de los invitados que se encontraban en el parque del majestuoso palacete de la abuela de Miriam constituía un *Quién es quién* de la refinada alta sociedad de Frankfurt y del Taunus Sur. Apellidos antiguos y apellidos nuevos, dinero antiguo y dinero nuevo se divertían codo con codo; la generosidad flotaba en el ambiente. Cuando Charlotte Horowitz organizaba una gala para presentar a jóvenes músicos de talento, todo el mundo acudía. Ese día en concreto, el objeto del interés general era un pianista de diecisiete años. Por culpa de la aventura en el centro comercial del Meno-Taunus, Pia había llegado demasiado tarde y solo había podido escuchar los últimos compases de una interpretación del todo virtuosa.

Su pesar era limitado, no obstante, porque lo que esperaba con más ganas de esa velada era la exquisita comida, cuya calidad siempre estaba garantizada en cualquier recepción de la abuela Horowitz.

En el bufé se encontró con Henning.

–Bueno, ¿una vez más llegas oportunamente tarde? –comentó este con sorna–. Empieza a resultar sospechoso.

–Solo a ti –repuso Pia–, aquí no hay nadie más que se fije en mí. Además, tampoco entiendo mucho de aporrear pianos.

–Pia es una ignorante –afirmó Lilly haciéndose la listilla–. El abuelo lo dijo ayer.

–Cuánta razón tiene tu abuelo –comentó Henning con una sonrisa.

–Sí, lo reconozco. –La mirada de Pia se paseó por las tentadoras exquisiteces mientras pensaba por dónde empezar. Tenía un hambre voraz.

Miriam se le acercó con los brazos abiertos y le dio un beso en cada mejilla.

–Qué vestido más elegante –señaló–. ¿Es nuevo?

–Sí, me lo he comprado hoy en Chanel –bromeó Pia–. Una ganga de dos mil euros.

–Eso no es verdad –terció Lilly, indignada.

–Era una broma –explicó Pia–. Mejor cuéntale a Miriam lo de nuestra aventura y por qué hemos llegado tarde y nos hemos perdido a ese pianista tan maravilloso.

Le guiñó un ojo a su amiga. Miriam sabía lo poco que le importaban a ella los protegidos musicales de su abuela. Lilly explicó la novelesca aventura del centro comercial con todo detalle y sin dejarse nada, ni siquiera el precio del vestido de Pia: 59,90 euros. Que era más o menos lo que costaban diez centímetros del vestido de Miriam.

–Esta niña me va a enviar a la tumba antes de tiempo. –Pia puso los ojos en blanco.

–¡Eh, Pia, mira! ¡A ese niño de ahí lo conozco del zoo!

La pequeña señaló a una pareja que estaba con un niño de unos ocho años junto a un grupo de personas.

–No se señala a la gente con el dedo –le riñó Pia.

–Entonces, ¿con qué? –preguntó Lilly.

La inspectora inspiró hondo y luego se encogió de hombros.

–Déjalo. Vete a jugar, pero quédate por aquí cerca, por favor, y ven a decirme algo cada cuarto de hora.

Lilly se marchó, obediente, y se fue directa hacia el otro niño. No tenía ninguna vergüenza.

–Oye, Henning, ¿el hombre que está junto al niño no es el fiscal superior Frey? –preguntó Pia entrecerrando los ojos–. ¿Qué está haciendo aquí?

–Markus Frey pertenece al consejo de administración de la Fundación Finkbeiner –explicó Miriam en lugar de Henning, y tomó una cucharadita de sopa helada de pepino con corteza de marisco caramelizada servida en un vaso de chupito–. ¿Lo conoces?

–Igual que conozco más o menos a la mitad de los fiscales de Frankfurt –respondió Pia–. Hace poco vino al lugar del hallazgo de un cadáver, y al día siguiente estuvo incluso en la autopsia.

–¿Habéis logrado avanzar algo más con ese asunto? –se interesó Henning, que luego bajó la voz y dijo–: Por cierto, ahí viene Charlotte. Sírvete, deprisa. Reconozco en tus ojos esa voracidad apenas contenida.

Pia lo fulminó con la mirada. Ya era demasiado tarde para servirse, la abuela de Miriam la había localizado. Por motivos incomprensibles, la vieja dama le había tomado cariño a Pia hacía muchísimo tiempo y, desde que unos años atrás había resuelto el asesinato de un conocido muy apreciado por ella, la invitaba a todos los actos que organizaba. Pia no pudo volver a acercarse al bufé hasta más de media hora después.

El ambiente se había vuelto bochornoso, los mosquitos estaban muy pesados. El servicio meteorológico había predicho una fuerte tormenta para esa noche; antes de que empezara a caer, Pia quería volver a casa. Se llenó un plato con aquellas exquisiteces a toda prisa y se dispuso a buscar a Miriam, a la que por fin



encontró junto a Henning y a un par de conocidos más en una de las carpas que había bajo los viejos y majestuosos castaños del jardín. Allí se respiraba alegría, todo el mundo se conocía bien, las bromas volaban de un lado a otro. Una vez más, el vestido de Pia fue objetivo predilecto de los agudos comentarios de Henning. Hasta que la inspectora se hartó.

–Alguien que va por ahí con esas gafas haría mejor en tener la boca cerrada, si nos ponemos a hablar de moda –le espetó, y los presentes se echaron a reír.

–Con eso vuelves a demostrar que no tienes ni idea. –Henning torció el gesto–. Solo la montura me costó ochocientos euros; los cristales, ni te cuento.

–¿Y de dónde las has sacado? –Pia sonrió de oreja a oreja–. ¿No se las habrás comprado a Nana Mouskouri?

Todos estallaron en carcajadas, y Henning, que no llevaba muy bien que se hicieran bromas a su costa, se sintió ofendido.

De pronto Pia se acordó de Lilly, a quien hacía un buen rato que no había vuelto a ver.

Muchos invitados se habían trasladado al interior de la casa o se habían marchado ya, porque el día siguiente era laborable y, además, entre semana nadie se quedaba hasta la medianoche. Era de mala educación. En el parque no se veía a la pequeña por ningún lado, y Pia volvió a ponerse nerviosa. Con un susto de esos por día tenía más que suficiente.

–Quizá debería implantarle a esa niña un localizador bajo la piel –les dijo a Miriam y a Henning, que le estaban ayudando a buscarla–. Esta tarde me ha hecho envejecer diez años.

Por fin dieron con ella en un salón. Su compañero de juegos del zoo y ella estaban dormidos en uno de los sofás, y Lilly se había buscado nada menos que el muslo del fiscal superior Frey como almohada. El hombre había posado suavemente la mano en la cabeza de la niña mientras hablaba con otros dos caballeros, sentados en sendos sillones frente a él.

–La bella y la bestia –murmuró Henning con burla–. Qué idílico.

–Ah, inspectora Kirchhoff, doctor Kirchhoff. –El fiscal superior sonrió relajado–. ¿La niña está con ustedes? Me da rabia tener que despertarla, pero ya es hora de marcharme.

–Enseguida lo libero. –Pia se sintió un poco avergonzada de que la hubiese sorprendido en su papel de madre desnaturalizada–. Lo siento mucho. Espero que Lilly no le haya dado mucho la lata.

–No, no. No se preocupe. Hemos estado charlando muy a gusto. –Don Maria Frey se apartó un poco y se puso de pie, después levantó con cuidado a la niña dormida y se la pasó a la inspectora–. Una pequeña encantadora, muy alegre y segura de sí misma.

Lilly quedó hecha un saco de patatas en brazos de Pia, con la cabeza apoyada en su hombro.

–¿Puede usted sola, o quiere que cargue con ella hasta el coche? –se ofreció Frey, preocupado.

–No, muchas gracias. Puedo sola. –Pia sonrió.

–Yo tengo tres hijos –explicó el fiscal superior–. Este jovencito de aquí, Maxi, es el pequeño. Lilly y él deben de conocerse de la escuela del zoo.

–Ah, sí –repuso Pia.

La gente nunca dejaba de sorprenderla. El durísimo fiscal superior tenía un lado humano y tierno.

Se despidió con educación. Lilly se despertó de camino al coche.

–¿Nos vamos a casa? –murmuró sin que se la entendiera mucho.

–Sí, ya va siendo hora –contestó Pia–. Son casi las once. Seguro que el abuelo se preocupará pensando dónde nos hemos metido.

–Me lo he pasado muy bien contigo hoy. –Lilly bostezó y rodeó el cuello de Pia con sus bracitos–. Te quiero muuucho, Pia. Eres mi mamá de Alemania.

Lo dijo de una forma tan clara y tan sincera, con esa franqueza tan propia de los niños, que Pia tuvo que tragar saliva. Ya no se acordaba de sus reparos iniciales ni de su enfado.

–Yo también te quiero mucho –susurró.

**H**anna salió de la autopista en el nudo de Kriftel y tomó la L-3011 en dirección a Hofheim. Sudada y agotada, lo que más le apetecía era una ducha o, mejor aún, hacer unos largos en la piscina. Lo que necesitaba sin falta era dormir unas cuantas horas, porque por la tarde del día siguiente la habían contratado para presentar una gala en el balneario de Wiesbaden y para eso tenía que estar en forma.

No había conseguido marcharse de la fiesta de fin de programa media hora después de hablar con Jan, por supuesto. Él se había largado sin más, furioso y ofendido como un niño pequeño, y la había dejado sola con los invitados. Hanna había conseguido ponerle al mal tiempo buena cara hasta poco antes de la medianoche; después, la tormenta que se avecinaba le dio la excusa perfecta para abandonar la fiesta. Le costaba mucho concentrarse en las conversaciones porque tenía demasiadas cosas dándole vueltas por la cabeza. Meike. Los arañazos de su coche. Esa extraña historia en la que estaba metida su terapeuta. Norman, que la había amenazado por teléfono pero que no había vuelto a dar señales de vida. Sin embargo, era sobre todo Míster Blue Eyes quien la tenía

distraída. Incluso durante la emisión se había descubierto a sí misma pensando en él.

La relación entre ambos había llegado a ser muy íntima, y no solo en el sentido físico, aunque Hanna aún sabía muy poco de él y no conseguía acabar de calarlo. Un par de años antes se habría lanzado con los ojos cerrados a vivir la aventura, pero las decisiones equivocadas con las que cargaba en cuestiones sentimentales la habían vuelto más prudente. En la radio empezó a sonar una canción que le gustaba. Usó los botones del volante para subir el volumen hasta que la música salió atronando de los altavoces y ella se puso a cantar. Se había levantado viento, los relámpagos iluminaban el cielo. La tormenta ya había descargado en Oberursel, donde las calles se habían convertido en ríos caudalosos. Solo tardaría un par de minutos en caer allí también. Algo se deslizó en la carretera por delante de ella, cruzando el haz de luz de sus faros. Hanna dio un brusco volantazo hacia la izquierda instintivamente. Se le disparó la adrenalina, redujo la velocidad. Por suerte no venía ningún coche de frente; si no, habría faltado poco para chocar. Poco después de la salida hacia la sede del consejo comarcal, puso el intermitente y giró en dirección a Langenhain. Un coche oscuro la adelantó poco antes del cementerio del bosque.

–¡Imbécil! –murmuró Hanna, que pisó el freno sobresaltada.

¿Quién estaba tan harto de la vida para adelantar en un punto con tan poca visibilidad? Entonces lo vio. En la luna trasera del coche se encendió una señalización roja: policía. síganos, por favor.

¡Lo que le faltaba! Seguro que iban detrás, habían visto su maniobra al intentar esquivar al animal y habían pensado que conducía borracha. Pero en la fiesta de fin de programa solo se había bebido dos claras. Seguro que con eso no llegaba al 0,5.

El coche oscuro torció a la derecha y se metió en el gran aparcamiento del bosque. Hanna soltó un suspiro, puso el intermitente, bajó la música y frenó detrás del vehículo policial. Bajó la ventanilla.

Dos hombres se apearon, un agente de paisano le iluminó el vehículo con una linterna.

–Buenas noches –dijo–. Control de tráfico. Permiso de conducir, carné de identidad y papeles del coche, por favor.

Hanna alcanzó el bolso, que estaba en el asiento del copiloto, y sacó su monedero. Se alegró de llevar consigo toda la documentación. Cuanto antes acabaran, antes podría irse. Sus dedos tamborilearon con impaciencia en el volante mientras el poli de paisano regresaba a su vehículo. El segundo agente se quedó de pie delante del coche de ella.

¿Y si le escribía un mensaje de texto a Míster Blue Eyes? No, tal vez fuese

mejor esperar a que él se pusiese en contacto con ella. Tampoco quería darle la impresión de estar tan coladita.

Los primeros goterones de lluvia se estrellaron contra el parabrisas, el viento susurraba entre los grandes árboles de alrededor. ¡Cuánto estaban tardando! Ya era casi la una.

El agente regresó por fin.

–Baje del coche, por favor, y abra el maletero.

Si se negaba, aún serían capaces de hacerle una prueba de alcoholemia, así que era mejor obedecer y hacer lo que le pedían sin demora. Seguro que se aburrían durante el turno de noche, y un vehículo como el suyo les había llamado la atención y despertado envidia. Desde que conducía el Panamera, la Policía la paraba más que nunca. Hanna apretó el botón para abrir la puerta del maletero, después bajó del coche.

Unas frías gotas de lluvia cayeron sobre su piel sudada. Olía a bosque, a ajo silvestre, a asfalto mojado y a ese aroma metálico que desprendía la tierra en verano, cuando volvía a mojarse después de una larga temporada de sequía.

–¿Dónde están los triángulos de emergencia, el chaleco reflectante y el botiquín de primeros auxilios?

¡Dios mío, sí que se lo tomaban en serio! La lluvia empezó a caer con más fuerza. Hanna se estremeció.

–Ahí están los triángulos y el chaleco. –Señaló la parte interior de la puerta del maletero–. Y aquí el botiquín de primeros auxilios. ¿Les basta con eso?

Cayó un relámpago.

Hanna percibió un movimiento con el rabillo del ojo. El segundo agente estaba de pronto detrás de ella, sintió su respiración en la nuca y su cerebro percibió el peligro de forma instintiva.

¡Estos tipos no son policías!, fue lo que se le pasó por la cabeza cuando unas manos fuertes la inmovilizaron por los brazos. Hanna se inclinó hacia delante muy deprisa y al mismo tiempo dio un paso hacia atrás. Su atacante aflojó un poco y ella logró girarse y darle un rodillazo en los genitales. La reacción fue totalmente refleja. En el curso de defensa personal que había seguido después de que ese loco se pasara casi dos años acosándola, le habían enseñado a defenderse si la agredían; nivel básico, «Cómo liberarse de una inmovilización». El hombre se tambaleó, se encorvó y soltó un taco. Hanna aprovechó el momento para huir, pero no había contado con el segundo tipo. Recibió un golpe en la nuca, y acto seguido vio unos puntos resplandecientes que estallaron ante sus ojos como si fueran fuegos artificiales. Las rodillas le cedieron y se desplomó. Con la visión borrosa, percibió las piernas y los zapatos de los hombres. La perspectiva había cambiado. Vio el suelo lodoso sobre el que la lluvia, cada vez más fuerte,

empezaba a formar charcos, pero no comprendía lo que estaba ocurriendo. Se sintió ingrávida durante un momento y perdió la orientación. De repente se encontró en un lugar seco, oscuro y cálido. Todo sucedió tan deprisa que ni siquiera tuvo tiempo de sentir miedo.

*Le encantaba estar en el establo. Para ella era el lugar más bonito del mundo entero. A ninguno de sus hermanos le gustaban los caballos tanto como a ella, y muchas veces se tapaban la nariz cuando ella volvía del establo y olía a caballo. El volteo era divertido, se le daba bien y, como era tan delicada y pesaba tan poco, no solo le dejaban hacer los ejercicios obligatorios, sino también los libres. Le encantaba la sensación de seguridad y ligereza que la invadía cada vez que se ejercitaba a lomos de un caballo y hacía cosas que otros apenas sabían hacer en el suelo.*

*Después de la clase había ayudado a Gaby, la profesora de volteo, a cuidar de Asterix. Su profe le había dejado que le rascara los cascotes y luego lo llevara a su box. Asterix era el caballo más bueno del mundo, blanco y con los ojos castaños y cálidos, y una crin como de plata. Las otras niñas del grupo de volteo ya se habían marchado, pero a ella no le apetecía irse a casa. Se sentó en el box de Asterix, debajo del pesebre, y se quedó mirando al caballo blanco que masticaba heno con gran placer.*

*–¡Anda! –dijo de pronto la voz de Gaby justo por encima de su cabeza–. ¡Pero si todavía estás aquí! Venga, date prisa, que si no tendrás que quedarte a pasar la noche en el establo.*

*Ella no habría tenido nada en contra. Allí se sentía segura. Allí, las pesadillas quedaban muy lejos. Gaby abrió el box y entró.*

*–Pero ¿a ti qué te pasa, eh? ¿Te llevo a casa en un momentito? –Su profesora se acuclilló delante de ella y la miró fijamente–. Fuera ya está casi oscuro. Seguro que tus padres estarán preocupados.*

*Ella negó con la cabeza. Solo con pensar en ir a casa se ponía mala de miedo, pero no podía decir nada, era un secreto que no le podía contar a nadie. Se lo había prometido muy en serio a papá. Pero es que la noche anterior había vuelto a tener esos sueños horribles y los lobos le daban muchísimo miedo. Porque aparecerían y se la comerían si le hablaba a alguien de su secreto, eso le había dicho hacía poco el tío Richard. De puro miedo, no se había atrevido ni a ir al baño y se había hecho pipí en la cama. Por eso su madre se había enfadado tanto esa mañana, y sus hermanos se habían reído de ella.*

*–No quiero irme a casa –dijo en voz baja.*

*–¿Y por qué no? –Gaby la escrutó con la mirada.*

*–Porque... Porque... mi papá siempre me hace mucho daño.*

*No se atrevía ni a mirar a su profesora. Había roto su promesa y, tensa a más no poder, esperó que sucediera algo espantoso. Pero no pasó nada y por fin se atrevió a levantar la cabeza. Gaby estaba muy seria, nunca la había visto así.*

*–¿Qué quieres decir? –le preguntó–. ¿Qué es lo que te hace?*

*El valor se esfumó de pronto y ya no se atrevió a decir nada más, pero entonces tuvo una idea.*

*–¿Y no podría irme a tu casa contigo? –preguntó.*

*A Gaby le caía bien, se sentía orgullosa de su mejor alumna, según le decía siempre. Una vez ya había estado en casa de su profesora de volteo junto con otras dos o tres niñas; habían visto fotos de caballos y habían bebido un batido de cacao. Gaby era adulta y nunca le tenía miedo a nada. Ella la protegería de los lobos.*

*–Lo siento, no puede ser –contestó la profesora, para su desgracia–. Pero puedo llevarte a casa y hablar con tu madre, si quieres.*

*Ella miró a Gaby y luchó contra las lágrimas que le brotaban.*

*–Pero es que el lobo feroz... –susurró.*

*–¿Qué lobo feroz? –Gaby se irguió–. ¿Has tenido una pesadilla?*

*Bajó la mirada con decepción y se puso de pie. Gaby quiso levantarla en brazos, pero ella se apartó.*

*–Adiós, Asterix –se despidió del caballo. Luego salió del box y del establo sin decir nada más.*

*Justo entonces llegaron el miedo y las lágrimas, que le ardieron tras los párpados como si fueran de fuego. ¿Y si ahora los lobos le hacían algo malo a Gaby solo porque ella no había sabido tener la boca cerrada y le había hablado de su secreto?*

Viernes, 25 de junio de 2010

–Sigue con el móvil apagado. Y en el fijo tampoco contesta. Meike miró a los presentes y vio rostros de desconcierto y preocupación. Los nueve trabajadores de Herzmann Productions llevaban media hora sentados a la mesa oval de la sala de reuniones echándose al cuerpo litros de café, cada vez más confusos. Igual que nueve ovejas sin la jefa del rebaño, pensó con burla.

–¿Ya le has enviado un mensaje de texto? –preguntó Irina Zydek, que llevaba una eternidad siendo la asistente personal de Hanna y casi pertenecía al inventario de la empresa.

Por motivos inexplicables, sentía debilidad por su jefa, aunque esta no la trataba especialmente bien. A lo largo de los años, y con una calma estoica, había visto pasar a toda una serie ininterrumpida de maridos, admiradores, amantes, directores de empresa, productores, ayudantes de producción, redactores, voluntarias e interventores. Quien no se llevaba bien con ella no tenía ninguna posibilidad de acercarse a la gran Hanna Herzmann. Irina era leal hasta renunciar a sí misma; si bien por fuera podía parecer un ratoncillo gris, por dentro era dura como un cancerbero, férrea e insobornable.

–¿Y cómo va a leerlo, si tiene el móvil apagado? –replicó Meike–. Se habrá quedado dormida. O se le habrá acabado la batería.

Irina se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia el patio de abajo.

–Desde que la conozco, Hanna nunca se ha retrasado sin avisarme –dijo–. Empiezo a estar preocupada de verdad.

–Bah, tonterías. –Meike se encogió de hombros–. Verás como aparece. Seguro que ayer se acostó tarde.

Lo más probable era que se hubiese ido de juerga a casa de algún tipo. Tenía algo con algún hombre, de eso estaba segura. Meike conocía demasiado bien los síntomas típicos de su madre cuando estaba enamorada. En cuanto las hormonas tomaban el control, todo lo demás desaparecía. Las últimas semanas la había visto transformada. Desconectaba el móvil, y a veces pasaban horas sin que la pudieran localizar. Además, no había dicho ni mu cuando ella le había comunicado que pasaría el resto del verano en la ciudad, en pleno centro, y no en esa casa perdida en el bosque, donde el viento daba la vuelta. Meike, de hecho, había esperado ruegos, lágrimas y súplicas –en el fondo incluso le apetecía algo

así—, pero Hanna apenas había reaccionado a la noticia. «Si te parece lo mejor», había dicho... y nada más. Entonces pensó que otra vez había un hombre que le importaba más que su hija, y de pronto sus sospechas parecían confirmarse. Hanna no le había contado nada, desde luego, y Meike habría preferido arrancarse la lengua de un mordisco a preguntar. La vida de su madre le traía sin cuidado y, si no hubiese necesitado el dinero con tanta urgencia, jamás de los jamases se habría comprometido a aceptar ese trabajo.

—Alguno de nosotros debería acercarse hasta su casa a ver. —Jan Niemöller no parecía haber dormido mucho. Tenía los ojos rojos, iba sin afeitarse y estaba nervioso—. Anoche Hanna estaba muy rara.

Claro, porque quería irse con su ligue, pensó Meike con desprecio, pero se tragó el comentario mordaz. Allí, las declaraciones negativas sobre su madre no sentaban bien. Irina y Jan discutieron sobre cuál era la mejor forma de proceder, y Meike se preguntó qué movía a esas dos personas.

Era absurdo lo mucho que Jan se ponía en ridículo. Entre Irina y él había una competición incesante que llegaba hasta el extremo de que ni siquiera con cuarenta de fiebre se quedaban en casa, por puro miedo a que el otro, durante su ausencia, pudiera anotarse puntos en la simpatía de Hanna. Libraban auténticas batallas de celos cuando se trataba de ver quién podía hacer algo con o para su jefa, cuándo y qué, y esta utilizaba vilmente sus necias guerras de guardería para sacar el mayor provecho posible.

Irina y Jan seguían discutiendo. Meike retiró la silla hacia atrás, se colgó el bolso del hombro y se levantó.

—La verdad es que no me apetece nada acercarme ahora mismo hasta su casa, pero lo haré. Para que os quedéis tranquilos de una vez por todas.

—Ah, sí, muchas gracias —dijeron los dos al unísono, en un insólito momento de acuerdo.

—Si entretanto da señales de vida, te aviso. —A Irina se le había iluminado la cara de alivio.

Meike estaba contenta de escapar de la oficina. Era probable que no volviera en todo el día. Sobre todo con ese tiempo tan bueno que hacía.

**E**n la K 11, después de dos semanas de locura, por fin habían recuperado una actividad diaria normal. No había nuevas pistas ni indicios, el teléfono de la línea directa ya casi nunca sonaba. Los periódicos publicaban catástrofes y acontecimientos más actuales que habían desbancado de los titulares a la chica muerta del Meno.



Oliver Bodenstein, sin embargo, seguía ocupadísimo con su último caso. Cerca del mediodía había hablado por teléfono largo y tendido con un redactor de *Expediente XY... sin resolver*, y tenía muchísimas esperanzas puestas en el programa. El único pero era la fecha de emisión, que justo coincidía con la primera semana de las vacaciones de verano en Hesse. Sobre la mesa de visitas de su despacho tenía abierta la carpeta del caso Ninfa, e iba reuniendo en ella los documentos que quería llevarse a Múnich la semana siguiente. No era la primera vez que el inspector jefe pisaba un estudio de televisión. A través de ese mismo programa, en dos ocasiones anteriores habían conseguido las pistas útiles que los habían conducido a la detención del criminal, aunque Bodenstein también había protagonizado otra aparición de la que no había obtenido resultados. Estaba anotando los datos que el redactor necesitaría con antelación, junto a fotografías y pruebas fundamentales, cuando llamaron a la puerta.

–Tenemos un aviso urgente, jefe –dijo Kai Ostermann–. Ya he localizado a Pia, llegará dentro de diez minutos. –Su mirada recayó en esos documentos tan ordenados–. Pero también puedo intentar enviar a Cem y a Kathrin. Aún están en Eppstein, con lo del suicida.

–No, no, está bien. Iré yo. –Bodenstein levantó la mirada. Un poco de aire fresco no le vendría mal–. ¿Podrías ocuparte de que las fotografías y los trozos de tela lleguen hoy mismo a correos? He dejado aquí escrita la dirección.

–Desde luego. –Ostermann asintió con la cabeza–. Por cierto, donde tenéis que ir es a Weilbach. Una mujer en un maletero. Por desgracia, no sé nada más.

–¿Dónde exactamente?

Oliver se levantó y pensó si ponerse la americana o no. La tormenta de la noche anterior solo había traído un breve y engañoso respiro de aire fresco; el calor era aún más insoportable que los días anteriores, porque a las altas temperaturas se les había añadido una impresionante humedad tropical de casi el setenta por ciento.

–En algún lugar en medio del campo, detrás del área de servicio de la autopista de Weilbach, dirección Frankfurt. También he enviado a Kröger.

–Bien. –El inspector jefe alcanzó la americana del respaldo de la silla y salió de su despacho.

El asunto de la chica muerta del río lo tenía muy ocupado. En su carrera en la Policía Judicial había vivido dos casos que, a pesar de sus esfuerzos, aún seguían sin resolver. En la época en que él estaba todavía en la K 11 de Frankfurt encontraron a un chico de trece años muerto en un túnel peatonal del distrito de Höchst; y, en 2001, el cadáver de una niña en el parque de Wörthspitze, junto al Meno, en el barrio de Nied. En ambas ocasiones se había tratado de personas jóvenes, casi niños, víctimas de unos crímenes horribles. Sus muertes habían

quedado impunes, y los asesinos corrían sueltos por ahí. ¿Acaso iba a suceder lo mismo una tercera vez? La cuota de casos de asesinato resueltos era bastante alta en Alemania, pero que todavía no hubiese ni una sola pista fiable después de más de dos semanas era muy mala señal.

—¿Hanna?

Meike se quedó quieta en el vestíbulo y aguzó el oído. Aunque tenía llave de la casa, había llamado dos veces antes de entrar; lo último que le apetecía era sorprender a su madre in fraganti con un hombre en la cama.

—¡Hanna!

Nada. El pájaro había volado del nido. Meike fue a la cocina, y luego cruzó por el comedor y el salón para llegar al estudio. Echó un vistazo rápido a la habitación, que estaba tan caótica como siempre. Arriba, en el dormitorio, encontró la cama sin deshacer, las puertas del armario abiertas, un par de prendas de ropa colgadas de perchas fuera del armario y varios pares de zapatos tirados por ahí.

Seguro que su madre, para variar, no había podido decidirse sobre qué ponerse para el programa de la noche anterior. La que le escogía la estilista rara vez recibía su aprobación; prefería su propia ropa. El dormitorio no parecía haber sido el escenario de una noche de amor apasionado, más bien daba la sensación de que Hanna ni siquiera había vuelto a casa.

Meike volvió abajo.

No le gustaba esa casa, le ponía la carne de gallina. De pequeña le había encantado vivir en una calle por donde nunca pasaban coches. Salía a patinar o a montar en kart con los hijos de los vecinos, juntos jugaban a la goma o a la rayuela y exploraban el bosque. Más adelante, sin embargo, la casa se había transformado en un enemigo. Sus padres terminaron separándose tras meses de peleas, su padre desapareció de pronto y su madre siempre la dejaba sola con *au-pairs* que no hacían más que cambiar. Y, cuando se fue haciendo mayor, se convirtió en un verdadero infierno morir del asco allí, en mitad del bosque, mientras la vida transcurría en otra parte.

Meike abrió el buzón, sacó un montón de cartas y las repasó deprisa. De vez en cuando llegaba correo dirigido a ella. Un papel que se había colado entre las cartas cayó al suelo. Se agachó para recogerlo. Era una hoja que habían arrancado de una agenda.

«He esperado hasta la 1.30 h», leyó. «Me habría gustado verte. ¡Estoy sin batería en el móvil! Aquí tienes la dirección, B. P. está al corriente. Llámame.

K.»

¿Qué significaba eso? ¿Y qué dirección de Langenselbold era esa que le había dejado anotada el tal K.?

A Meike le picó la curiosidad. No lo reconocería ni ante sí misma, pero la transformación que había tenido lugar en su madre desde hacía un par de semanas le fastidiaba. Hanna se andaba con secretos, no le decía a nadie adónde iba ni dónde había estado. Ni siquiera Irina sabía nada. ¿Era ese K. el hombre al que tantas ganas tenía de ver su madre, un nuevo ligue? ¿Y quién era B. P., que estaba al corriente?

Meike consultó un instante su móvil. Pasaban apenas unos minutos de las once. Tenía tiempo más que suficiente para acercarse en un momento a Langenselbold con el coche y ver qué se escondía tras esa dirección.

**B**odenstein apretó el botón y entró en el control de seguridad. Le dirigió un gesto de cabeza al agente que estaba sentado tras el cristal blindado en el cuarto de guardia, y este le dejó salir. Pia lo estaba esperando en el coche con el motor ya en marcha. Subió y soltó un suspiro. Su compañera había conseguido un coche de servicio con aire acondicionado y la temperatura en el interior del vehículo era muy agradable.

–¿Sabes algo más? –preguntó Oliver, y se volvió en busca del cinturón.

–Un cadáver de mujer en un maletero, me han dicho –respondió Pia, y torció a la izquierda en dirección a la autopista–. ¿Conseguiste llegar a tiempo ayer a la cita con el notario?

–Sí. La casa ya está vendida.

–¿Fue duro?

–Sorprendentemente, no. Tal vez lo sea cuando tengamos que vaciarla, pero, como lo de la casa de Ruppertshain ha salido bien, la despedida se me hará más fácil.

El inspector jefe pensó en su reencuentro con Cosima la tarde anterior, en el despacho del notario de Kelkheim. Por primera vez desde su desagradable divorcio, apenas dos años atrás, había podido mirarla y hablar con ella de una forma del todo neutral, sin que se le removiera nada por dentro. Ya no albergaba sentimientos, ni buenos ni malos, por ella, la madre de sus tres hijos, junto a quien había pasado más de la mitad de su vida. Resultaba asombroso y tranquilizador a partes iguales. Sin embargo, quizá fuese así como debieran producirse sus encuentros en el futuro.

Durante el trayecto hacia Weilbach, Oliver informó a Pia de la comparecencia

en la Dirección Regional y la derrota de Behnke. El estridente tono del teléfono de la inspectora lo interrumpió, y así no tuvo que decidir si le contaba o no a su compañera lo del enfrentamiento entre Behnke y Nicola Engel en el pasillo.

–¿Puedes contestar tú, por favor? –le rogó Pia–. Es Christoph.

Bodenstein descolgó y le puso a Pia el teléfono en la oreja.

–Por desgracia, no sé a qué hora podré llegar hoy. Acaba de entrarnos algo nuevo y ahora vamos de camino –dijo ella–. Mmm... Sí... La barbacoa estará genial. Todavía queda ensalada de pasta en la nevera, pero si de todas formas vas a comprar, acuérdate del detergente, por favor, que se me olvidó apuntarlo.

Una típica conversación del día a día en pareja como las que Oliver había mantenido tantas veces con Cosima. En los últimos dos años de estado de excepción emocional, muchas veces había echado de menos esa clase de intimidad. Por mucho que intentara convencerse de que la libertad de la que disponía ahora era una oportunidad nueva y emocionante, de todos modos añoraba profundamente un verdadero hogar y a otra persona con quien compartir su vida. No estaba hecho para vivir solo a la larga. Pia, al teléfono, escuchaba y de vez en cuando musitaba para mostrarse de acuerdo, pero de pronto sonrió de una manera que Oliver pocas veces había visto.

–Está bien –dijo, zanjando la conversación–. Luego te llamo.

El inspector jefe colgó y dejó el teléfono en la consola central.

–¿Cómo es que estás tan radiante? –preguntó con curiosidad.

–Ah, por la niña –repuso Pia como si nada, sin mirarlo–. Es una monada. Las cosas que dice a veces... –De repente se puso seria–. Casi me da lástima que pronto tenga que irse otra vez.

–Pues hace un par de días decías algo muy diferente –comentó él, divertido–. Te ponía de los nervios, y tachabas en el calendario los días que faltaban para que se fuera.

–Es verdad. Pero Lilly y yo hemos acabado haciéndonos íntimas –reconoció Pia–. La verdad es que tener en casa a una niña así lo cambia todo. Lo que más había subestimado es la responsabilidad que tienes de pronto. A veces es tan independiente que se me olvida que necesita protección.

–En eso llevas razón. –Bodenstein asintió con la cabeza.

Su hija pequeña cumpliría cuatro años en diciembre y, cuando estaba con él, cada dos fines de semana y a veces también algún día de diario, de repente volvía a darse cuenta de la cantidad de atención que requería una personita tan pequeña, pero también de lo feliz que le hacía.

Abandonaron la A-66 y se incorporaron a la L-3265 en dirección a Kiesgrube. Reconocieron el lugar de los hechos desde lejos, porque en un prado había un helicóptero de salvamento cuyas aspas giraban lentas, en punto muerto.

Al borde de un campo de trigo cercano aguardaban los vehículos de intervención de la Policía, un coche de urgencias médicas y una ambulancia. Pia frenó y puso el intermitente, pero antes de que pudiera torcer por la pista un agente de uniforme les indicó que se detuvieran en el borde de la carretera. Cuando se apearon para recorrer a pie los últimos cincuenta metros, Oliver chocó contra un muro de calor bochornoso. El inspector jefe siguió a su compañera por la estrecha franja de hierba, ya que el camino había quedado encharcado tras la tormenta y estaba cerrado en ese tramo. El trigo no había sobrevivido a la noche anterior, los fuertes aguaceros habían doblegado muchos tallos o los habían aplastado contra el suelo.

–¡Dad un rodeo por ahí, por favor! –exclamó Christian Kröger, y señaló con el brazo en dirección al campo, donde había un estrecho sendero señalizado con cinta.

El jefe de rastros y sus tres colaboradores ya llevaban puestos sus monos blancos con capucha; no era un trabajo nada envidiable bajo ese calor abrasador. Por ninguna parte se veía un árbol que pudiera darles sombra.

–¿Qué tenemos? –quiso saber Bodenstein cuando llegaron junto a Kröger.

–Una mujer en el maletero de un coche, desnuda e inconsciente –contestó este–. No es una imagen bonita.

–¿No está muerta? –preguntó el inspector jefe.

–¿Crees que ahora se llevan los cadáveres al Anatómico Forense en helicóptero? –repuso Kröger con sarcasmo–. No, todavía está viva. Dos empleados de Mantenimiento de Autopistas han visto el coche desde el área de servicio y les ha parecido extraño. Se han acercado, por desgracia, sin ninguna consideración para con los posibles rastros.

Un verdadero pecado mortal a ojos de Kröger. Pero ¿quién más que un policía sospechaba de inmediato de un delito al ver un vehículo abandonado en mitad del campo?

–El coche no estaba cerrado y la llave estaba en el contacto. Entonces la han encontrado.

Al pasar, Bodenstein miró en el maletero abierto del Porsche Panamera negro y vio unas manchas grandes y oscuras que quizá fuesen sangre. Dos médicos estaban ocupados en la ambulancia en esos momentos.

–La mujer está gravemente herida –informó uno de ellos, respondiendo a la pregunta de Bodenstein–. Y, además, del todo deshidratada. Una, dos horas más en ese maletero cerrado con este calor y no habría sobrevivido. Estamos intentando estabilizarla para el transporte. Tiene la tensión por los suelos.

Al inspector jefe no le molestó esa expresión tan poco especializada. Los médicos de urgencias combatían en primera línea, y la dotación de un

helicóptero, además, debía de ver cosas más espantosas que las que cualquier persona normal era capaz de soportar. Logró entrever un instante el rostro de la mujer, cubierto de hematomas y heridas abiertas.

–Le han dado una paliza y la han violado –informó el médico, sucinto–. Y con una brutalidad bestial.

–Mi compañero me ha dicho que estaba desnuda –señaló Bodenstein.

–Desnuda, atada de pies y manos con bridas y amordazada con cinta americana –confirmó el médico–. Menudos cabrones.

–¿Jefe?

Oliver se volvió.

–He hablado con los dos jóvenes que han encontrado a la mujer –dijo Pia bajando la voz, y buscó la sombra de la ambulancia–. Me han contado que el aparcamiento de detrás del área de servicio es conocido en ciertos círculos como punto de encuentro para personas que buscan sexo de forma anónima.

–¿Quieres decir que podría haberse encontrado aquí con alguien y haber acabado con la persona equivocada?

La mirada de Bodenstein se deslizó por los campos hasta llegar al área de servicio. Por el mundo corrían tantos enfermos y tantos degenerados, que a veces solo con pensarlo le resultaba insoportable.

–Es una posibilidad. –Pia asintió–. Los compañeros ya han comprobado la matrícula. El vehículo está registrado a nombre de una empresa de Frankfurt. Herzmann Productions. En el coche no había ni un bolso ni documentación alguna, pero el nombre de Herzmann me dice algo. –Arrugó la frente mientras intentaba recordar.

Ese nombre encendió de pronto una luz en la cabeza de Bodenstein. No veía mucho la televisión, pero quizá había leído el nombre hacía poco, o simplemente lo recordó porque era una aliteración.

–Hanna Herzmann –dijo–. La presentadora de la tele.

Una cama, una mesa, una silla, un armario de chapa de madera clara. Una ventana pequeña, con barrotes, por supuesto. En un rincón, un retrete sin tapa, un lavabo y, sobre este, un espejo de metal. Olor a desinfectante. Ocho metros cuadrados que serían todo su mundo durante los siguientes tres años y medio.

La pesada puerta se cerró tras él con un chasquido sordo; estaba solo. El silencio era tal que oyó el latir de su pulso en los oídos. Le sobrevino el deseo desesperado de sacar el móvil y llamar a alguien, a quien fuese, solo por oír una voz humana. Pero ya no tenía móvil. Ni ordenador. Ni su propia ropa. Desde ese

día solo obedecería órdenes, era un preso a merced de los caprichos y las reglamentaciones de carceleros indiferentes, para bien o para mal. Ya no podía hacer lo que quisiera; el Estado de derecho le había retirado el privilegio de disponer libremente sobre su vida.

No lo aguantaré, pensó.

Desde aquel día en que la Policía Judicial se había presentado con una orden de registro, habían puesto su casa y su despacho patas arriba y se habían incautado de su ordenador, se encontraba en estado de conmoción. Recordaba la perplejidad de Britta, el asco en su mirada cuando le puso la maleta ante la puerta y le gritó que no quería volver a verlo jamás. Al día siguiente le enviaron la orden provisional que le prohibía ver a sus hijos. Los amigos le habían dado la espalda, sus compañeros de trabajo, sus socios. Y al final lo habían detenido. Por riesgo de huida y de entorpecimiento de la acción judicial. Sin fianza.

Esas últimas semanas, la detención preventiva, el juicio, todo aquello le había parecido irreal a más no poder, un sueño descabellado del que despertaría en algún momento. Cuando la jueza leyó su sentencia y él comprendió que sí, que al día siguiente lo enviarían a la cárcel durante treinta y seis meses, y que sus hijos, lo más precioso que tenía en este mundo, habrían cumplido doce y diez años respectivamente la siguiente ocasión que le dejaran verlos, todavía creyó ser lo bastante fuerte para soportarlo y llegar hasta el final. Había mantenido el tipo mientras lo sacaban esposado entre la lluvia de *flashes* de la jauría de la prensa, ávida de sensaciones fuertes, y se lo llevaban de ese tribunal en el que había pasado tantos años de su vida, solo que en el otro lado, en el correcto.

Incluso había conseguido sobrellevar el humillante procedimiento de la privación total de derechos al ingresar en la cárcel sin mostrar sentimiento alguno, igual que el examen médico. Cuando se puso el gastado y áspero uniforme penitenciario que tantos otros hombres habían llevado antes que él, cuando el funcionario de rostro indiferente metió su ropa en un saco de tela y le quitó el reloj de pulsera y la cartera, su mente se negó a aceptar que aquella situación fuese irrevocable.

Pero entonces se volvió y contempló la puerta rasguñada de la celda. Una puerta sin tirador ni cerradura, que él nunca abriría. Y fue en ese instante cuando por fin comprendió que aquella era la realidad y que jamás despertaría de la pesadilla; lo vio con una claridad amarga como la hiel. Se le aflojaron las rodillas, se le revolvió el estómago. De repente sintió un miedo descarnado, terror. A la soledad y al desamparo. A los demás presos. Como convicto por abuso a menores, estaba muy abajo en la jerarquía carcelaria y por eso le habían adjudicado una celda individual. Por su propia seguridad.

Había perdido el control de su vida, y no podía hacer nada por evitarlo.

Determinar su propio destino era algo del pasado, su matrimonio estaba hecho añicos, su reputación había quedado destrozada sin remedio. Todo lo que antes conformaba su persona, su carácter y su vida, toda su identidad, en suma, estaba metido en un saco de tela verde junto a su camisa, su traje y sus zapatos.

A partir de ese día no era más que un número. Lo sería durante mil ochenta días interminablemente largos.

La alarma del despertador lo sacó de un sueño profundo. El corazón le latía con fuerza, estaba empapado en sudor y tardó un par de segundos en comprender que había estado soñando. Era un sueño que no tenía desde hacía tiempo, pero de tal realismo que incluso podía oír el rechinar de las suelas de goma sobre el suelo de linóleo gris y percibir el inconfundible olor de la cárcel, a orina, sudor fuerte, comida y desinfectante.

Se levantó con un gemido y fue a la mesa a buscar el móvil, cuya alarma lo había despertado. En la caravana hacía un calor bochornoso, el aire viciado casi podía cortarse con un cuchillo. En realidad solo pretendía descansar un rato, pero debía de haberse quedado dormido. Le ardían los ojos y le dolía la espalda. Había estado leyendo hasta bien entrada la madrugada una enorme cantidad de apuntes, artículos de periódico, transcripciones de cintas, extractos de conversaciones, actas de sesiones y entradas de diario, y había tomado notas. Filtrar los datos importantes y ponerlos en un contexto en el que cobraran sentido era de todo menos sencillo.

Encontró el móvil debajo de una montaña de papeles. Solo un par de llamadas perdidas, pero por desgracia no la que esperaba con tanta impaciencia. Tenía el portátil en estado de suspensión e hizo clic con el ratón, introdujo la contraseña y consultó su correo electrónico. Tampoco ahí había nada. La decepción invadió su cuerpo como un veneno lento. ¿Qué estaría pasando? ¿Acaso había hecho algo mal?

Se levantó y fue al armario. Dudó un instante antes de abrir el cajón. Encontró la foto palpando entre las camisetas y la sacó de allí. Los ojos oscuros. El pelo rubio. La sonrisa tierna. De hecho, lo mejor habría sido deshacerse de esa imagen, pero no se sentía capaz. La nostalgia que sentía por ella le dolía como una puñalada. Y no existía absolutamente nada que pudiera mitigar ese dolor.

«Ha llegado a destino –informó la voz del sistema de navegación–. El destino se encuentra a su izquierda.»

Meike frenó y miró a su alrededor, desconcertada.

–Sí, pero ¿dónde? –masculló, y se quitó las gafas de sol.



Estaba en mitad del bosque. El resplandor deslumbrante hizo que al principio casi no distinguiera más que árboles y maleza, un verde oscuro y espeso salpicado por motas doradas de la luz del sol aquí y allá. Un instante después, sin embargo, reconoció una pista cubierta de grava y un buzón de latón como los que salían en las películas americanas. Decidida, puso el intermitente, torció por la pista y avanzó a trompicones por un sinuoso camino forestal. El suspense que sentía era cada vez mayor. ¿Quién era B. P.? ¿Y K.? ¿Qué le aguardaba al final de esa pista? Pasó la última hilera de árboles y salió de pronto a una luz brillante, que la cegó de nuevo. Para gran estupefacción suya, tras la última curva apareció de repente una auténtica fortaleza. Una verja de metal con cámaras de vigilancia y una valla que impedía la visión, coronada por alambre de espino. Varios carteles de advertencia prometían al visitante no deseado amenazadoras mutilaciones a cargo de perros feroces, corrientes de alto voltaje y minas.

¿Qué narices era aquello? ¿Una zona de exclusión paramilitar en mitad del distrito del Meno-Kinzig? ¿Qué clase de historia estaba investigando su madre? Meike dio marcha atrás y regresó por la pista de grava hasta que encontró un cruce. El camino que nacía allí parecía usarse muy poco, pero llevaba en la dirección que le interesaba. Cuando se hubo alejado de la pista principal lo bastante como para que el coche rojo no le llamara la atención a nadie, sacó los prismáticos de la guantera, cerró la capota y siguió a pie. El camino terminaba unos cincuenta metros más allá. Meike continuó hacia la derecha y poco después llegó a la linde del bosque. La verja se encontraba bastante lejos, así que allí quedaba fuera del alcance de las cámaras, que solo estaban instaladas sobre la entrada. Vio un puesto de caza elevado a cierta distancia, al borde de un bosquecillo de abetos. Por suerte llevaba vaqueros y zapatillas de deporte, porque las ortigas y los cardos crecían hasta un metro de altura. El puesto de caza parecía no haberse usado en mucho tiempo; los travesaños de madera de la escalerilla estaban cubiertos de musgo y se veían podridos. Meike fue subiendo con cautela y comprobó la estabilidad de la plataforma de madera antes de sentarse en ella. En efecto, desde lo alto gozaba de una vista perfecta.

Enfocó los prismáticos y vio un pabellón ante cuyas puertas, abiertas de par en par, había por lo menos veinte motos; máquinas ruidosas, pesadas, de cromo reluciente, casi todas ellas Harley Davidson, pero también dos o tres Royal Enfield. Junto a ellas, y separada por una valla de tela metálica, había una chatarrería en la que se almacenaban grandes cantidades de piezas de motos y coches, neumáticos y bidones de aceite. A la sombra de un gran castaño que crecía junto al pabellón había mesas y bancos, y también una parrilla colgante que humeaba, pero no se veía un alma por ningún sitio. Al otro lado del gran patio había unos perros de pelea que dormitaban apaciblemente al sol dentro de

unas perreras con barrotes y carteles de advertencia.

Salvo por el lejano rugido del motor de una avioneta, el silencio era absoluto. En los matorrales de alrededor zumbaban los abejorros y las abejas, y en lo más profundo del bosque se oía un cuco.

Desde su posición elevada, Meike inspeccionó el resto de la propiedad vallada, que era inmensa. Entre los altos árboles vio una residencia rodeada por un jardín cuidado y arbustos bien podados, arriates de plantas en flor y extensiones de césped de un verde esmeralda. No muy lejos de la terraza resplandecía el agua azul de una piscina, y algo más allá, en el jardín, habían instalado un parque infantil con columpios, arenero, trepadores y un tobogán. Un rincón idílico y apacible entre vallas de alambre de espino, motos pesadas y agresivos perros de pelea tras gruesos barrotes. Todo muy extraño. ¿Qué era aquello?

Hizo un par de fotografías con el iPhone y luego activó la localización de Google Maps. Hizo zoom en la imagen de satélite, pero se llevó un chasco al ver que debía de ser de hacía un par de años, porque allí no aparecían ni la valla ni la chatarrería. Aquella propiedad debió de ser una simple granja antes de que alguna oscura organización se atrincherase en ella. Todo aquello destilaba energía criminal. ¿Drogas? ¿Motos y coches robados? ¿Tráfico de personas? ¿Tal vez algún chanchullo político?

Volvió a hacerse con los prismáticos y los dirigió hacia la casa.

De repente se sobresaltó, asustada. Detrás de una de las ventanas de la planta baja había alguien que con una mano sostenía unos prismáticos ante sus ojos y, con la otra, un móvil en la oreja. Y ese alguien miraba justamente en dirección a ella. ¡Joder, la habían descubierto!

Meike bajó a toda prisa por la escalerilla de madera. Un peldaño crujió y se partió, ella perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre las ortigas. Se puso de pie sin dejar de renegar; no tenía ni un segundo que perder, pues vio que por el bosque se acercaba un gran coche negro con las lunas tintadas, seguido de cuatro motos. El convoy, sin embargo, no se dirigió hacia la propiedad, sino que siguió avanzando en línea recta por el camino de hierba crecida, directo al puesto de caza. Meike no lo dudó ni un instante y se abrió paso entre las ortigas, la maleza espinosa y las matas para ocultarse en el bosque. En realidad, a ella el miedo siempre le había parecido una palabra ajena; durante su época en Berlín había vivido en uno de los peores barrios de la capital, sabía cómo salvar el pellejo si la atacaban. Pero aquello era algo muy diferente. Se encontraba en mitad de ninguna parte, no le había dicho a nadie adónde iba.

El coche y las motos se detuvieron, se abrieron las puertas del vehículo. Voces. Meike se atrevió a echar una mirada atrás y vio cabezas con pañuelos,

cadenas de oro, cuero negro, barbas, tatuajes. ¿Era aquella fortaleza el cuartel general de una banda de moteros? Un perro ladró, pero enseguida volvió a guardar silencio. Se oyeron crujidos entre la maleza. ¡Estaban azuzando a un animal de pelea para que fuese tras ella! Meike corrió todo lo deprisa que pudo y esperó conseguir llegar a su coche antes de que la bestia la alcanzara y la atacara. No le cabía la menor duda de que en aquella propiedad gigantesca había miles de posibilidades para hacer desaparecer a visitantes no deseados sin dejar rastro. Por su cabeza cruzaron imágenes de pozos de purín, bidones con ácido y cubetas de cemento. Seguro que los moteros desmontarían su Mini en dos patadas y lo convertirían en piezas que podrían esconder en la chatarrería, o lo aplastarían en la prensa de chatarra con su cadáver en el maletero. ¡Por fin vio algo rojo destellar entre los troncos de los árboles! Tenía la sensación de que el corazón se le saldría del pecho en cualquier momento, sentía un dolor en el costado y no conseguía inspirar suficiente aire, pero aun así logró sacar la llave del coche y abrirlo con el mando a distancia. En ese mismo instante, el perro le cortó el paso. Esa mole de músculos y pelaje a vetas negras se plantó ante ella en actitud amenazante. Meike vio unos dientes blanquísimos y unas fauces rojo oscuro muy abiertas, y oyó unos jadeos roncós.

–¡Al suelo! –gritó una voz masculina.

Meike obedeció sin pensarlo.

Un segundo después se oyó resonar un disparo a un volumen ensordecedor. El perro, que ya había tomado impulso para abalanzarse sobre ella, pareció quedarse inmóvil en el aire, y entonces su cuerpo se desplomó con un ruido sordo sobre el guardabarros del Mini rojo.

–La última vez que vi a Hanna fue ayer por la noche, antes de la fiesta de fin de programa, después de la emisión. –El codirector de Herzmann Productions, un hombre alto y espigado de cuarenta y muchos con la cabeza pelada y una perilla para la que en realidad ya era unos años demasiado mayor, miraba a Pia con sus enrojecidos ojillos de conejo a través de los gruesos cristales de unas gafas negras de concha. No había duda de que había dormido muy poco la noche anterior.

–¿A qué hora fue eso?

–Sobre las once. –Jan Niemöller, vestido de negro de la cabeza a los pies, se encogió de hombros–. Puede que las once y diez. Yo no estuve en la fiesta. No sé decirle hasta cuándo se quedó allí.

–Hasta poco antes de medianoche –intervino Irina Zydek–. Justo antes de que

descargara la tormenta.

–¿Les dijo si pensaba ir a alguna otra parte? –preguntó la inspectora.

–No. –Niemöller sacudió la cabeza–. Nunca lo hacía. Siempre mantenía en secreto todo lo relacionado con su vida privada.

–Hablas de ella como si estuviese muerta –se indignó Irina Zydek, que se sonó la nariz a todo volumen–. Hanna no mantiene su vida en secreto ni mucho menos solo porque a ti no te lo cuente todo.

Niemöller calló, ofendido. Por lo visto, no existía demasiada simpatía entre ambos.

–La señora Herzmann no llevaba consigo ninguna documentación cuando la encontraron, tampoco teléfono móvil ni bolso –informó Pia–. Hemos dado con la productora a través de la matrícula del coche. ¿Dónde vive?

–En Langenhain, un barrio de Hofheim –contestó la asistente personal–. En Rotkehlchenweg, 14.

–¿Qué puede decirnos acerca de su situación personal?

–Hace un par de meses, Hanna se... Quiero decir que su marido y ella se separaron –respondió Jan Niemöller.

La inspectora enseguida reparó en su pequeña vacilación.

–¿Se separó ella, o lo decidieron ambos? –insistió.

–Hanna se separó de Vinzenz –concretó Irina con seguridad.

–Parece que tiene usted bastante confianza con su jefa –constató Pia.

–Sí, así es. Soy la asistente personal de Hanna desde hace más de quince años, conmigo tiene pocos secretos. –Irina Zydek sonrió con valentía, aunque le brillaban los ojos; luchaba por contener las lágrimas.

–¿Tiene alguna dirección o el número de teléfono del señor Herzmann?

–Kornbichler –corrigió Irina–. Vinzenz Kornbichler. Hanna no adoptó el apellido de él al casarse, sino que conservó el suyo. Lamentablemente, solo tengo un número de teléfono móvil. Espere, se lo buscaré.

Mientras la mujer buscaba el número en su tableta, Pia paseó la mirada por la gran sala de reuniones. Hanna Herzmann era omnipresente. Sonreía con una belleza resplandeciente y segura desde la docena de imágenes que decoraban las paredes blancas como la nieve. ¿Cómo debía de sentirse alguien que tenía su propio rostro todo el día ante los ojos? Muchos personajes conocidos y de éxito tenían algún defecto de carácter. ¿Sería la vanidad el de Hanna Herzmann?

La inspectora contempló los numerosos carteles y fotografías enmarcados, y recordó la cara terriblemente desfigurada de esa mujer a la que tantas veces había visto por televisión. ¿Quién le habría hecho eso?

Hacía una media hora les había llegado desde el hospital la información de que Hanna Herzmann había sufrido daños internos muy graves, lo cual había

obligado a operarla de urgencia. Recibirían más detalles después, tras un examen forense completo.

La brutalidad desatada con que había procedido el agresor hacía sospechar que existía un factor emocional: odio, ira, decepción. Y solo alguien que conociera en persona a la víctima estaba en situación de sentir algo así, tal vez incluso alguien que tuviera alguna clase de relación con ella.

–Aparte de eso, ¿había surgido en los últimos tiempos algún problema, se había producido algún cambio? ¿Discusiones con alguien? ¿Amenazas? –quiso saber Bodenstein, que hasta ese momento se había mantenido al margen de la conversación.

La asistente personal y el codirector de la empresa, que ya habían superado la conmoción inicial y el horror ante la terrible noticia, se pusieron a la defensiva. Durante un rato se hizo el silencio en la gran sala. A través de las ventanas entreabiertas llegaba amortiguado el ruido de la calle, un tranvía pasó con un susurro.

–Cualquier persona con el éxito de Hanna tiene gente que la envidia –dijo Niemöller con evasivas–, pero eso es algo muy normal.

–Lo que no es normal, sin embargo, es darle una paliza a una mujer, violarla y encerrarla desnuda en el maletero de su coche –replicó el inspector jefe sin miramientos.

Jan Niemöller e Irina Zydek cruzaron una mirada rápida.

–Hace casi tres semanas, Hanna despidió al que era nuestro productor desde hacía años –reconoció Irina al final–. Pero Norman jamás haría algo tan espantoso. Si no es capaz ni de matar una mosca y, además..., no le van las mujeres.

A Pia nunca dejaba de sorprenderle lo mucho que podía llegar a equivocarse la gente cuando se trataba de juzgar a sus semejantes. Hasta el hombre más pacífico podía convertirse en un homicida o un asesino si se encontraba en una situación en la que creyera no tener salida, o en un estado emocional tan extremo que no fuera capaz de controlarlo. A menudo el alcohol desempeñaba también un papel importante, y un hombre que no mataría ni una mosca acababa cometiendo un atroz crimen pasional y perdiendo todos sus escrúpulos en un arrebato de violencia.

–Según las estadísticas, los delitos violentos cometidos por profesionales fríos son los menos –dijo Pia, dándoles que pensar–. En la mayoría de los casos, el autor pertenece al círculo más íntimo de la víctima. ¿Cómo se llama el hombre al que despidió la señora Herzmann, y dónde podemos encontrarlo?

Irina Zydek le dictó con desgana un nombre y una dirección.

–Recuerdo haber visto hace poco el nombre de la señora Herzmann en los

titulares –comentó Bodenstein–. ¿No sucedió algo con los invitados a su programa, que se sentían maltratados?

–Esas cosas pasan de vez en cuando –intentó minimizar el codirector de la empresa–. La gente se va de la lengua ante las cámaras y luego se dan cuenta de todo lo que han contado. Entonces se quejan y listos.

Parecía molestarle muchísimo que Oliver no estuviera sentado con ellos a la mesa, sino paseando por la sala.

–En este caso, sin embargo, debió de tratarse de algo más que de una simple queja –insistió el inspector jefe desde la ventana–. La señora Herzmann tuvo que rectificar en uno de sus programas.

–Sí, es verdad. –Jan Niemöller se removió con incomodidad en su silla. La nuez, que le sobresalía mucho, se le movía arriba y abajo.

–Quisiéramos los nombres y las direcciones de todas las personas que se hayan quejado alguna vez. –Bodenstein sacó una tarjeta de visita y la dejó delante de Niemöller–. Estaría muy bien que nos los hicieran llegar sin demora.

–Por desgracia, será una lista bastante larga –reconoció el director–. Tenemos...

–¡Ay, Dios mío! –lo interrumpió Irina Zydek–. ¡He de llamar a Meike! ¡No tiene ni idea de lo que ha ocurrido!

–¿Quién es Meike? –preguntó el inspector jefe.

–La hija de Hanna. –La asistente personal sacó su móvil y apretó un botón–. Trabaja con nosotros como ayudante de producción durante estas vacaciones de verano. Como hoy por la mañana Hanna no se ha presentado a la reunión de redacción y tampoco hemos podido localizarla a través del móvil, Meike ha ido a su casa. La verdad es que ya habría tenido que decirnos algo hace rato.

–¿Cuándo llegará por fin papá? –preguntó Louisa como por décima vez, y cada una de esas preguntas se le clavaba a Emma en el corazón.

–A las dos. Dentro de cinco minutos.

La pequeña estaba arrodillada en el amplio banco que había bajo la ventana de la cocina, con su peluche favorito en brazos, desde que Emma la había ido a buscar a la guardería, una hora antes de lo normal. No dejaba de mirar a la calle de abajo; no se estaba quieta de impaciencia y parecía no ver llegar el momento de separarse por fin de su madre. A Emma eso casi le dolía más que saber que Florian le había sido infiel.

Louisa siempre había sido la niña de su padre, aunque él pasaba muy poco tiempo en casa y solo se ocupaba de su hija en contadas ocasiones. Cuando sí

estaba, sin embargo, los dos eran inseparables y Emma se sentía excluida. Más de una vez se había puesto casi celosa de ese vínculo prácticamente simbiótico entre padre e hija que a ella le hacía sentirse prescindible.

–¡Allí! ¡Ya veo el coche de papá! –exclamó la niña de repente, y bajó a toda prisa del banco de la ventana.

Agarró su bolsita, corrió a la puerta de entrada y se puso a dar saltitos de emoción. Tenía las mejillas encendidas y, un par de minutos después, cuando Florian subió por la escalera, le abrió la puerta de golpe y corrió a sus brazos lanzando gritos de alegría.

–¡Papi! ¡Papi! ¿Nos vamos al zoo ya mismo?

–Lo que tú quieras, cariño. –Florian apretó su mejilla contra la de su hija, sonriendo mientras la niña le echaba los brazos alrededor del cuello.

–Hola –saludó Emma a su marido.

–Hola –repuso este, evitando su mirada.

–Aquí tienes la bolsa de la niña. He metido un par de vestidos, un pijama y un segundo par de zapatos. También dos pañales. A veces de noche todavía necesita... –El nudo que sentía en la garganta amenazaba con ahogarle la voz.

¡Qué situación más espantosa! ¿Se repetiría ahora, cada catorce días, esa entrega fría e impersonal? ¿Debía pedirle a Florian que volviera a vivir con ellas y olvidarse sin más de su infidelidad? Pero ¿y si él no aceptaba? Quizá se alegraba de haberse librado de ella.

–¿Para ti lo de la separación va en serio? –preguntó con voz tensa.

–Fuiste tú la que me echó –le recordó él, todavía sin mirarla.

Un desconocido en quien ella ya no confiaba. Lo cual hacía peor aún tener que entregarle a su hija.

–Pero aún me debes una explicación.

No había recibido de él ni una palabra, una justificación, una disculpa.

–Ya hablaremos la semana que viene –dijo Florian, dándole largas como de costumbre.

Louisa se removía impaciente en brazos de su padre.

–Venga, papá –le urgió, sin sospechar lo terribles que eran para su madre esas palabras irreflexivas, y por tanto más sinceras–. Quiero irme ya.

Emma cruzó los brazos ante el pecho, y tanto se esforzó por contener las lágrimas que sentía crecer en su interior que casi se olvidó de respirar.

–Cuida bien de ella, por favor. –De su boca no salió más que un susurro.

–Siempre he cuidado bien de ella.

–Cuando estabas aquí. –No pudo evitar el deje de amargura que resonó en su voz. Era un reproche que llevaba demasiado tiempo guardando dentro.

Florian, y también sus padres, le consentían a la niña todo lo que quería, de

modo que ella era la única que le imponía reglas y le señalaba límites. Cosa que, naturalmente, no la convertía en la más querida por parte de la pequeña.

–Siempre has sido un padre de fin de semana nada más. El estrés del día a día me lo dejas a mí, y los sábados y los domingos la colmas de todo lo que por motivos pedagógicos no recibe de su madre. Es injusto, la verdad.

Por fin Florian la miró, pero no dijo nada.

–¿Adónde te la llevas?

Tenía derecho a estar informada, se lo había dicho la mujer de la Oficina de Protección de Menores, y también una abogada especialista en derecho de familia con la que había hablado por teléfono esa semana. Para negarle el derecho de visitas a un progenitor debían alegarse motivos de peso, algo como alcoholismo o drogadicción. La funcionaria de Protección de Menores le había explicado que a los niños más pequeños a menudo no se les permitía pernoctar fuera de casa, pero que la decisión era suya.

Había pensado mucho si debía insistir en que Florian le devolviera a Louisa por la noche, pero después lo había dejado correr. Hacía días que la niña esperaba con alegría el fin de semana con su papá, y lo último que quería Emma era convertir a su hija en víctima de los egoístas juegos de poder de sus padres.

–Tengo un piso en Sossenheim –dijo Florian con frialdad–. En el sótano de una casa unifamiliar. En realidad solo son dos habitaciones más cocina y baño, pero con eso me basta.

–¿Y dónde dormirá Louisa? ¿Quieres llevarte su cuna de viaje?

–Dormirá conmigo. –Dejó a la niña en el suelo y alcanzó la bolsa que le había preparado Emma–. Al fin y al cabo, es lo que hace todas las noches cuando estoy en casa.

Era cierto. Noche tras noche, Louisa se había presentado en su dormitorio y Florian siempre le había dejado que durmiera con ellos, aunque Emma protestaba y decía que la niña tenía que acostumbrarse a su propia cama. Por la mañana, cuando ella se levantaba, los dos se quedaban remoloneando, haciéndose cosquillas o peleando. Justo así era como dormirían esa noche y la siguiente, pues. Con una diferencia: Emma no estaría allí. Y de repente se le pasó por la cabeza una palabra, un término feo y repulsivo que la funcionaria de Protección de Menores había mencionado cuando le enumeraba los motivos por los que podía retirarse el derecho de visitas y de contacto a uno de los progenitores.

–¿No has pensado en la imagen que puede dar eso? –se oyó decir–. ¿Un hombre adulto y una niña, solos en un apartamento? ¿En la misma cama?

Notó que a Florian se le tensaba la musculatura de la mandíbula, y advirtió un extraño destello en sus ojos. Por un momento se miraron sin decirse nada.



–Estás enferma –dijo su marido entonces, lleno de desprecio.

Abajo se abrió una puerta.

–¿Florian? –La voz de su suegra resonó en el descansillo.

Louisa tomó a su padre de la mano.

–¡Tengo que despedirme de los abuelos! –Y tiró de él hacia la puerta.

Emma se acuclilló y acarició a su hija en la mejilla, pero ella ya no tenía ojos para su madre.

–Que te lo pases muy bien –le deseó.

No lograría contener las lágrimas ni un segundo más. Dejó a su marido y a su hija allí plantados y huyó hacia la cocina. Aun así, no pudo reprimir el impulso de mirar cómo se marchaban. Por la ventana de la cocina vio a Florian asegurar a Louisa en la silla infantil del asiento trasero de su coche. Su padre estaba en los escalones de la puerta principal, su madre los había acompañado hasta el vehículo y, sonriente, le alcanzaba a Florian la bolsa con las cosas de la niña. ¿Qué les habría contado a sus padres? La verdad no; eso seguro.

Entonces Florian subió al coche, dio marcha atrás y se alejó de allí. A través de un velo de lágrimas, Emma vio a sus suegros despedirse con la mano del vehículo que desaparecía. Se apretó un puño contra la boca y se echó a llorar.

He perdido a mi marido, pensó. Y ahora perderé también a mi hija.

**C**hristian Kröger y su equipo esperaban ya delante de la casa cuando Pia y Oliver llegaron a la dirección de Langenhain.

–¿Qué estáis haciendo aquí? –preguntó Kröger con sorpresa–. ¿Es que ha muerto?

–¿Y a quién esperabas? –replicó Bodenstein.

Los responsables de delitos sexuales eran los compañeros de la K 13, pero dos de ellos estaban de vacaciones y el tercero no se había tomado precisamente a mal que los de la K 11 se ocuparan del caso.

–Por desgracia, vas a tener que conformarte con nosotros –añadió el inspector jefe.

Irina Zydek les había entregado una llave de la casa después de intentar ponerse en contacto con Meike Herzmann, sin conseguirlo. La propiedad, que cualquier agente inmobiliario habría puesto por las nubes describiéndola como «villa de lujo», se encontraba al final de una calle sin salida, justo al lado del bosque, y había conocido tiempos mejores. Tenía el tejado cubierto de placas de musgo, había manchas verdosas en el revoque blanco, y las losas de travertino del camino que llegaba hasta la casa y los peldaños de la escalera pedían casi a

gritos una limpieza a fondo con chorro de vapor.

–Lo primero que haría yo aquí sería mandar talar esos abetos –opinó Pia–. Tapan toda la luz.

–Nunca he podido entender por qué la gente planta abetos en el jardín delantero –coincidió Bodenstein con ella–. Y menos aún viviendo tan cerca del bosque, como aquí.

Metió la llave en la cerradura de la casa.

–¡Alto! ¡Apártate de la puerta! –vociferó Kröger detrás de ellos con un deje de pánico en la voz.

El inspector jefe soltó la llave como si le hubiera quemado. Pia, sobresaltada, se volvió y se llevó instintivamente una mano al arma. ¿Había visto Kröger los alambres de un dispositivo de detonación de una bomba, o a un francotirador acechando entre la maleza?

–¿Por qué? ¿Qué pasa? –A la inspectora se le había metido el susto en el cuerpo.

–Primero poneos un mono y fundas para los zapatos. –Kröger se les acercó con dos vestimentas para investigación de escenarios envueltas en plástico–. No vayáis a ir repartiendo pelos y escamas de piel por todas partes.

–Oye, ¿tú estás mal de la chaveta o qué? –increduló Oliver a su compañero–. ¡Me has dado un susto de muerte con tanto grito!

–Perdona. –Christian Kröger se encogió de hombros–. Estos últimos días no he dormido suficiente.

Pia guardó el arma, le quitó uno de los paquetes de la mano sacudiendo la cabeza y lo abrió. Su jefe y ella se pusieron los monos frente a la puerta de entrada y se cubrieron los zapatos con las fundas.

–¿Podemos entrar ya? –preguntó Bodenstein con exagerada cortesía.

–Reíos lo que queráis... –gruñó Kröger–. Vosotros no os las tenéis que ver con los tiquismiquis del Departamento de Control cuando en el laboratorio aparece por enésima vez un análisis con vuestro ADN, porque vais esparciendo microrrastrós genéticos por ahí en todos los escenarios.

–Está bien –dijo Pia para tranquilizarlo.

Por dentro, la casa era mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Travertino, hierro forjado y madera oscura dominaban en un vestíbulo grande y sombrío con una escalera que subía a la planta de arriba. La inspectora miró a su alrededor y luego se acercó al aparador que había a la izquierda de la entrada.

–Alguien ha recogido hoy el correo y lo ha dejado aquí –constató–. Seguramente lo entregan por la ranura de la puerta.

–Quizá haya sido la hija.

Oliver entró en la cocina. Sobre la mesa vio un vaso usado y cuatro botellines

de cerveza vacíos. En el fregadero había platos y cubiertos con restos de comida. El sofá de cuero negro del salón tenía encima una manta de pieles falsas hecha un rebujo, como si alguien se hubiese echado una siesta. En la mesita baja había más vasos y un cenicero con un par de colillas. Un auténtico paraíso genético para la gente de Kröger.

Por las altas ventanas, que llegaban hasta el suelo, se veía una terraza y un extenso jardín. El estudio, que se encontraba al otro lado del vestíbulo de entrada, daba la impresión de estar muy desordenado en comparación con el resto de la casa. Montones de papeles, archivadores, un mueblecito de ruedas con todos los cajones abiertos, el contenido de una papelera esparcido por el suelo. Pia paseó la mirada por toda la habitación. Era solo un pálpito, indefinible e inquietante, pero había visto tantos escenarios de crímenes que, incluso sin señales de pelea ni manchas de sangre, intuía un desequilibrio, una perturbación que era casi física.

–Aquí ha estado alguien –le dijo a Oliver–. Alguien extraño. Ha registrado el escritorio y los documentos.

Su jefe no preguntó qué le hacía pensar eso. Trabajaban juntos desde hacía tiempo, y Pia había acertado muchas veces con sus intuiciones.

Entraron en el estudio. Las paredes, también allí, estaban repletas de retratos enmarcados de la señora de la casa, aunque entre ellos había alguna que otra fotografía de familia. Hombres diferentes, pero siempre la misma niña; desde pequeña hasta adolescente.

–Esa debe de ser Meike. –Pia observó las fotos. Una niña feliz y sonriente que se había convertido en una jovencita regordeta y llena de granos con una expresión gruñona y que no parecía sentirse muy a gusto a la sombra de su radiante y preciosa madre–. Parece que en su vida ha habido varios hombres.

–Por lo menos el señor Herzmann y el señor Kornbichler, en cualquier caso –dijo Oliver, y se agachó para echar un vistazo debajo del escritorio–. No veo ningún portátil ni ningún ordenador.

–Tal vez lo tenga en el dormitorio. O se lo hayan robado.

Pia se puso al lado de su jefe y contempló el desbarajuste de papeles. Notas, publicaciones varias, contratos, borradores para un discurso o una presentación... Todo a mano.

–Me pregunto si a una persona como Hanna Herzmann le hace falta ir a un área de servicio de la autopista en busca de alguien con quien disfrutar de sexo anónimo –reflexionó la inspectora en voz alta–. No tiene ningún problema para encontrar a un hombre.

–Pero es que no se trata de eso –opinó su jefe–. La gente que hace algo así no quiere encontrar pareja, sino echar un polvo. Es por la emoción. El peligro.

Quién sabe, quizá era justamente eso lo que buscaba.

A Pia le sonó el móvil. Era la forense que había examinado a Hanna antes de entrar en quirófano. La inspectora puso el altavoz, y ella y Oliver escucharon su informe cada vez con mayor repugnancia. A Hanna no solo la habían violado, lo cual ya era bastante horrible de por sí. El agresor había abusado de ella por vía vaginal y rectal con un objeto que le había provocado graves heridas internas. También había recibido una brutal paliza con golpes y patadas, y prueba de ello eran las fracturas de los huesos de la cara, las costillas, el esternón y el brazo derecho. La mujer había pasado por un auténtico infierno y había tenido muchísima suerte de salir con vida.

–Ha sido odio puro –dijo Pia cuando colgó–. Estoy convencida de que había algo personal en juego.

–No sé yo... –Su jefe quiso meter las manos en los bolsillos del pantalón, pero se encontró con que el mono no tenía ninguna abertura para ello–. Utilizar un objeto para el abuso no indica nada personal.

–Tal vez el agresor no estaba físicamente en disposición de violarla –aventuró Pia–. O era gay.

–Como Norman, el antiguo empleado.

–Exacto.

–Tenemos que hablar enseguida con él.

Siguieron haciendo una ronda por la casa, pero en la planta superior no encontraron ningún indicio de que el extraño hubiese estado allí arriba. En el dormitorio, la cama estaba sin deshacer y había varios vestidos colgados por ahí. Tampoco en el baño vieron nada fuera de lo normal. Las demás habitaciones parecían intactas. En el sótano había una sauna, la sala de calderas, el cuarto de la colada, una piscina interior y una habitación con estanterías llenas de cajas, además de un arcón congelador. Oliver y Pia se dispusieron a subir otra vez.

–Pero ¿qué está pasando aquí?

En la puerta abierta de la casa había una joven que miraba a su alrededor con estupefacción.

–¿De qué va todo esto? ¿Qué hacen ustedes aquí?

Los inspectores se quitaron las capuchas.

–¿Usted es...? –preguntó Pia, aunque había reconocido su rostro de inmediato.

La hija de Hanna Herzmann había dejado de ser la adolescente cabezota de las fotos del estudio de su madre y se había convertido en una joven adulta. Parecía que acababa de llorar. El perfilador de ojos corrido le había dejado manchas negras en las mejillas. ¿Estaría ya al corriente de todo?

–No, ¿quién es usted? –replicó Meike Herzmann con un tono autoritario que a Pia le hizo descartar esa suposición–. ¿Quieren explicarme qué es esto?

No se parecía a su madre. Con los ojos grises y el pelo rubio ceniza, casi resultaba incolora, y en su rostro nada terminaba de encajar bien: tenía la barbilla demasiado puntiaguda, la nariz demasiado larga, las cejas demasiado pobladas. Lo único digno de mención era su boca, con unos labios muy carnosos y unos dientes perfectos y blancos como la nieve, sin duda resultado de años de martirio con una ortodoncia.

–Yo soy Pia Kirchhoff, de la Policía Judicial de Hofheim. Este es mi superior, el inspector jefe Oliver Bodenstein. ¿Es usted Meike Herzmann?

La joven asintió con la cabeza, torció el gesto y se rascó la parte superior del brazo. Sus extremidades, apenas más gruesas que las de una niña de doce años, estaban muy enrojecidas y llenas de pústulas, quizá a causa de una neurodermatitis.

–¿Vive usted aquí?

–No. Solo estoy pasando el verano. –Mientras hablaba, la joven seguía con la mirada a los agentes de rastros que se movían por la casa–. Bueno, ¿qué es todo esto?

–A su madre le ha ocurrido algo... –empezó a decir Pia.

–¿Qué? –Meike Herzmann la miró fijamente–. ¿Está muerta?

La inspectora se quedó de piedra al ver la frialdad indiferente y despiadada con que la chica había soltado esa brusca pregunta de una forma tan espontánea.

–No, no está muerta –contestó Oliver por ella–. La han agredido y violado.

–Algún día tenía que pasar. –La mirada de la joven era dura como el granito. Resopló con desdén–. Por la forma en que mi madre ha maltratado a los hombres toda su vida, no me extraña.

Leonie Verges consultó el reloj, molesta. Llevaban ya media hora esperando a Hanna Herzmann. ¿Es que no había podido avisar con un mensaje de texto de que iba a retrasarse? Hacía semanas que trabajaban para ese día; y en concreto ella, meses y años.

Once años atrás, cuando Leonie conoció a su paciente Michaela en la clínica psiquiátrica de Eltville, no sospechó la ingente tarea que le supondría esa mujer. Ya poco después de acabar los estudios había empezado a trabajar con personas traumatizadas, pero hasta entonces nunca se había encontrado con un cuadro clínico tan fuera de lo común. Michaela había pasado gran parte de su vida en clínicas psiquiátricas, pero los vagos diagnósticos que le habían dado iban desde la esquizofrenia hasta el trastorno paranoide de la personalidad, pasando por neurosis autodestructiva, trastornos esquizoafectivos o incluso autismo. Durante

décadas la habían tratado con psicofármacos fortísimos sin que, de hecho, se hubiese constatado de dónde procedía su conducta enfermiza ni qué era lo que provocaba los diferentes brotes.

Tras numerosas conversaciones, Leonie por fin descubrió de forma fragmentaria el calvario por el que había pasado Michaela. Para ella había supuesto una prueba de paciencia, porque la mujer parecía carecer de memoria general; algunos días daba la sensación de que tenía sentada delante a una persona del todo diferente, que se comportaba y hablaba de una forma distinta y que no sabía de qué habían hablado durante la sesión de terapia anterior. Leonie había estado a punto de interrumpir el tratamiento y rendirse en más de una ocasión, pero entonces comprendió lo que le sucedía en realidad a esa paciente tan complicada: el yo de Michaela se componía de muchas partes, personalidades diferentes que existían unas independientemente de las otras. Cuando una personalidad tomaba el control de su consciente, las demás quedaban relegadas por completo a un segundo plano, y ni siquiera sabían de la existencia unas de otras.

La propia Michaela se quedó perpleja ante ese diagnóstico y reaccionó con un rechazo total, pero no había duda. Según el manual de la American Psychiatric Association, el *DSM-IV*, su cuadro clínico se correspondía con la forma más severa de disociación; Michaela sufría un trastorno de personalidad múltiple también conocido como «trastorno de identidad disociativo».

A Leonie le había llevado dos años descubrir qué era lo que le ocurría a su paciente, pero fue entonces cuando empezaron las dificultades de verdad, puesto que al principio Michaela se negaba a aceptar que los grandes períodos que faltaban en su memoria los hubiesen vivido las otras partes de su yo. La psiquiatra enseñada tuvo claro que la mujer debía de haber pasado por experiencias horribles que habían provocado ese desdoblamiento extremo de su personalidad y, en efecto, la historia que terminó por reconstruir gracias a decenas de recuerdos fragmentarios era tan cruel y espantosa que Leonie a menudo se había sentido tentada de dudar de cuánto de verdad había en ella. ¡Era imposible que una persona hubiera sufrido y sobrevivido a algo así! Michaela había conseguido salir adelante gracias a que, ya en su tierna infancia, su psique había escindido esas vivencias; es decir, las había disociado. Los niños, sobre todo, lograban de esa forma soportar experiencias traumáticas como la guerra, el asesinato, accidentes graves o catástrofes.

Más de diez años después, Michaela no había sanado aún, pero al menos sabía qué era lo que le ocurría, qué le provocaba un *switch*, que era como se denominaba el paso de una identidad a otra, y era capaz de sobrellevarlo. Había aprendido a aceptar a sus otras personalidades, durante años había llevado una

vida del todo normal. Hasta el día en que encontraron a aquella chica muerta en el Meno.

Leonie sacó su teléfono. Tenía que localizar a Hanna Herzmann, porque Michaela no podía quedarse esperándola allí toda la vida. La decisión que había tomado hacía tres semanas era muy valiente, y peligrosa a la vez. Su determinación de hacer pública toda su historia podía tener consecuencias muy desagradables para todos los involucrados, pero tanto Michaela como los demás eran muy conscientes de ese peligro.

El móvil de Hanna seguía desconectado, así que la terapeuta lo intentó una vez más con el fijo. El tono sonó cinco veces, después alguien descolgó.

–Herzmann, diga. –Una voz femenina, pero no la de Hanna.

–Ah... ¿Está...? ¿Podría... hablar con Hanna Herzmann? –tartamudeó Leonie, sorprendida.

–¿De parte de quién?

–Verges. Yo... Mmm... La señora Herzmann viene a mi consulta. Tenía una cita a las cuatro de la tarde.

–Mi madre no está. Lo siento.

Antes de poder contestar a eso, Leonie oyó la señal de ocupado. La mujer, que debía de ser la hija de Hanna, había colgado sin más. Qué extraño. Y preocupante. Leonie no tenía en mucha estima a Hanna Herzmann, cierto, pero estaba empezando a inquietarse de verdad. Debía de haberle pasado algo. Algo tan grave como para impedir que acudiera a aquella cita crucial. Porque ese día era la primera vez que iba a ver a Michaela en persona.

–¿Señora Herzmann? –Esa poli llamó a la puerta del baño para invitados–. ¿Va todo bien?

–Sí –contestó Meike, y tiró de la cadena.

–Nos marchamos ya –dijo la inspectora–. Preséntese hoy mismo en la comisaría de Hofheim, por favor, para que podamos levantar acta de su declaración.

–Sí, lo haré.

Meike se miró la cara en el espejo del lavabo y torció la boca. Ronchas en la piel, párpados hinchados, rímel corrido; estaba hecha un asco. Le temblaban las manos y todavía tenía ese pitido en el oído. Quizá el tiro que habían disparado a menos de quince metros de ella le había reventado el tímpano. El guarda forestal le había salvado la vida, y eso que en realidad su intención había sido ir a echarle una buena bronca por haberse metido con el coche en pleno bosque. Sin

embargo, más que a los desaprensivos que cruzaban el bosque en coche detestaba a los perros sueltos durante la veda. Eso no tenía perdón.

Mientras buscaba el perfilador de ojos, Meike revolvió en su bolso y se encontró con aquella maldita nota que había llegado con el correo del día. ¿Debía entregársela a los polis? No, mejor no. Hanna no tenía sentido del humor cuando se trataba de las investigaciones para su programa; le arrancaría la cabeza si le desvelaba nada menos que a la Policía algún proyecto que todavía era secreto. Además, en caso de que realmente fuese algo relacionado con la banda de moteros, seguro que la Policía era la peor opción posible.

Meike abandonó el intento de maquillarse de nuevo. Cada vez temblaba más, así que dejó correr agua fría por sus muñecas.

Había escapado de los moteros por los pelos y se había largado de allí enseguida. Quizá el guarda forestal había anotado la matrícula de su coche, pero no era probable que se la pasara a esos tipos. Durante el trayecto de vuelta había llorado de rabia y había ido directa a Langenhain para decirle cuatro cosas a su madre. Pero en la casa no la había encontrado a ella, sino a esos polis que afirmaban que Hanna había sido agredida y violada, y que empezaron a hacerle preguntas estúpidas.

Meike sabía muy bien qué impresión se habían llevado esos dos inspectores ante la indiferencia de su reacción, pues conocía de sobra la expresión que había visto en sus ojos: era repugnancia. La gente la miraba de esa forma a menudo, y la culpa era de ella, porque iba provocando con su conducta y sus malos modos.

Antes siempre había intentado ser amable y simpática con todo el mundo. Aunque por dentro sintiera algo muy diferente, por fuera sonreía y mentía. En su época de gorda, los loqueros le habían explicado que solo estaba gruesa porque se lo tragaba todo y lo guardaba dentro. Así que Meike había empezado a decir en voz alta lo que pensaba de verdad. Al principio lo había hecho desde el firme convencimiento de que ser más franca y sincera le ayudaría, pero con el tiempo había empezado a sentir una alegría perversa cada vez que dejaba a la gente de piedra, por mucho que así se ganara su antipatía. Además, lo que le habían explicado los polis no le extrañaba ni mucho menos. Al contrario. Redoblaba, más aún, la ira que sentía hacia Hanna. ¿Por qué tenía que mezclarse su madre con esa purria, con esos asociales, con chalados trastornados y criminales, como hacía siempre? El que juega con fuego se quema, decía ese maldito refrán con el que su padre siempre le daba la lata, pero que por desgracia tenía parte de verdad.

Cuando los polis le preguntaron si Hanna tenía enemigos o se había peleado con alguien últimamente, Meike mencionó a Norman y a Jan Niemöller, que la noche anterior había estado en su coche, en el aparcamiento, esperando a que



Hanna saliera de los estudios. También les había dado el nombre de su actual padrastro, y les había contado que hacía poco alguien había rayado el coche de su madre.

Volvió a pensar en la nota. ¿Había descubierto Hanna algo sobre esos moteros, había hecho algo para provocar la ira de la banda? ¿La habían atacado ellos? ¿Tendría que haberle dicho algo a la Policía?

Las rodillas le temblaban tanto que tuvo que sentarse sobre la tapa bajada del retrete. El miedo que había estado reprimiendo hasta cierto punto regresó y la arrasó como si fuera una ola negra. Se encontraba mal. Se rodeó el torso con los brazos y se inclinó hacia delante.

Hanna había sido apaleada y violada, la habían encontrado inconsciente, desnuda y maniatada en el maletero de su coche. ¡Dios mío! ¡No podía ser! ¡No tendría que ser! No pensaba ir al hospital. ¡Ni hablar! No quería ver a su madre así, tan débil y enferma.

Pero ¿qué haría ahora? Tenía que hablar con alguien sobre todo aquello, pero ¿con quién? De repente se le saltaron las lágrimas, que empezaron a caerle por las mejillas, y ya no hubo forma de contenerlas.

–Mamá –sollozó Meike–. Ay, mamá, ¿qué voy a hacer ahora?

El móvil empezó a sonarle sin parar en el bolsillo. Lo sacó. ¡Irina! Trece llamadas, cuatro mensajes. No, con ella seguro que no podía comentarlo. Su padre también quedaba descartado, y no tenía ninguna amiga con la que pudiera hablar de algo así. Se enjugó las lágrimas con un trozo de papel higiénico, después abrió la agenda y empezó a repararla de la A en adelante. Se detuvo en un nombre. ¡Pues claro! ¡Sí que había una persona a quien podía llamar! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

**E**l descenso social de Vinzenz Kornbichler había sido descomunal. Desde la majestuosa villa junto al bosque, el destino lo había catapultado al sofá cama de un apartamento de dos habitaciones en la planta decimotercera de un bloque de pisos de las afueras de Schwalbach. Cuando abrió la puerta y apareció ante ellos, Pia comprendió lo que podía haberle atraído a Hanna Herzmann de ese hombre, al menos en el aspecto físico. Vinzenz Kornbichler tenía cuarenta y pocos años y era atractivo de una forma juvenil y robusta: ojos castaños de cachorrito, pelo rubio oscuro y espeso, un rostro simpático, apuesto sin lugar a dudas.

–Adelante. –Su apretón de manos era firme, la mirada directa–. Por desgracia, no puedo invitarlos a pasar al salón, solo me alojo aquí temporalmente.

Oliver y Pia lo siguieron hasta una salita que casi no tenía mobiliario. Sofá

cama, armario y un pequeño escritorio, un espejo estrecho en la pared y, tras la puerta, una tabla de planchar plegada y un tendedero.

–¿Desde cuándo vive aquí? –se interesó la inspectora.

–Desde hace un par de semanas –respondió el hombre.

–¿Y por qué? Su mujer y usted tienen una casa muy bonita.

Kornbichler torció el gesto. Los brazos musculosos hablaban de numerosas horas en el gimnasio, su vestimenta cuidada y las manos con la manicura hecha mostraban que para él su aspecto tenía mucha importancia.

–Mi mujer se ha hartado de mí –dijo como si tal cosa, aunque en su voz se percibía un deje de amargura–. Suele cambiar de hombre cada dos o tres años. A mí me ha puesto de patitas en la calle por una tontería y me ha cerrado todas las cuentas. Después de seis años en los que yo lo he hecho todo por ella, todo.

–¿Qué clase de tontería fue esa? –preguntó Pia.

–Bah, no tiene importancia, una cana al aire de nada, pero ella lo ha convertido en un drama enorme –contestó con evasivas, y luego miró más allá de la inspectora, hacia el espejo. Debió de gustarle lo que vio en él, porque sonrió con satisfacción.

No se explayó más sobre el motivo de su expulsión del Paraíso y, en cambio, se quejó por el trato injusto que había recibido. Parecía no darse cuenta de lo sospechoso que se volvía con cada una de sus palabras...

–Da la sensación de que está usted bastante furioso –afirmó Pia.

–Por supuesto que estoy enfadado –reconoció Vinzenz Kornbichler–. Por mi mujer dejé mi empresa y ahora me he quedado sin casa, sin dinero, ¡sin nada! Y ya ni siquiera me responde al teléfono cuando la llamo.

–¿Dónde estuvo anoche? –quiso saber Bodenstein.

–¿Anoche? –Kornbichler lo miró extrañado–. ¿Cuándo?

–Entre las once y las tres de la madrugada.

El marido de Hanna Herzmann arrugó la frente para recordar.

–Estuve en un bistró de Bad Soden –dijo tras pensar un poco–. Desde las diez y media, más o menos.

–¿Hasta qué hora?

–No lo sé muy bien. Las doce y media, tal vez la una. ¿Por qué quieren saberlo?

–¿Hay algún testigo de eso?

–Sí, claro. Estuve con un par de amigos. Y los camareros seguro que también se acuerdan de mí. ¿Ha pasado algo?

Pia le lanzó una mirada severa. Su candidez parecía auténtica, pero quizá solo fuera buen actor. ¿Era posible que no se hubiese enterado de lo ocurrido, ni de por qué querían hablar con él?

–¿Qué coche conduce usted? –preguntó la inspectora.

–Un Porsche. Un 911 4S descapotable. –Vinzenz Kornbichler sonrió sin ganas–. Por lo menos hasta que me lo quite también.

–¿Y dónde estuvo antes de ir a Bad Soden? –El inspector jefe formuló la misma pregunta que Pia iba a hacer a continuación.

A veces, pensó la inspectora con un asomo de diversión, Bodenstein y ella eran como un viejo matrimonio. En realidad no era extraño, después de los cientos de interrogatorios y entrevistas que habían hecho juntos.

A Kornbichler esa pregunta le resultó a todas luces desagradable.

–Estuve dando unas vueltas por la zona –respondió con vaguedad–. ¿Por qué es eso importante?

–Ayer su mujer fue atacada y violada –dijo Pia entonces–. Esta mañana la han encontrado gravemente herida e inconsciente en el maletero de su coche. Y su vecino acaba de contarnos que ayer estuvo usted en la casa.

**M**arkus Maria Frey había cambiado el elegante lino por unos vaqueros y una camiseta del colegio, y estaba con otros dos padres junto a la barbacoa de gas. Llevaba toda la semana esperando la fiesta del centro. A pesar de su apretada agenda, siempre encontraba tiempo para sus hijos; era el presidente de la asociación de padres de alumnos y había contribuido de forma decisiva a organizar esa fiesta. Todos los beneficios de la venta de comida y bebida, junto con la totalidad de los donativos, irían a parar a la construcción de la nueva biblioteca del colegio. La cola ante la barbacoa no terminaba nunca. Tan pronto como tenían listas nuevas piezas en la parrilla, se las quitaban de las manos. La gente de Königstein era generosa y desprendida si tenía un buen motivo, y en la asociación de padres habían decidido que redondearían al alza la cantidad recaudada.

El tiempo les había acompañado, el ambiente era relajado y alegre.

Frey estuvo en la barbacoa hasta que llegó su relevo, después lo pusieron a hacer de árbitro y ayudante en las competiciones del campo de deportes. Carreras de sacos, de carretillas, pesca de manzanas, el juego de la cuerda. Niños y padres lo estaban pasando en grande, y Markus Maria Frey lo pasaba por lo menos igual de bien solo con verlos. ¡Qué apasionados y concentrados estaban los pequeños! Mejillas coloradas, ojos iluminados, alegres risas infantiles... ¿Había algo más bonito? Cuando tuvo lugar la ceremonia de entrega de premios, los chiquillos se apelotonaron a su alrededor, y él también tuvo palabras de ánimo y premios de consolación para los que habían perdido. Los niños eran lo

que le daba sentido a la vida.

La tarde pasó volando. Tocaba enjugar lágrimas de decepción aquí, pegar una tirita en una rodilla herida allá o mediar en alguna pelea.

–Bueno, pues si algún día se aburre en la Fiscalía, en la guardería estaremos encantados de tenerlo con nosotros –dijo alguien a sus espaldas.

Frey se volvió y se encontró con el rostro sonriente de la señora Schirmmacher, la directora de la guardería municipal.

–Hola, señora Schirmmacher. –También él sonrió.

–¡Gracias! –exclamó con alegría la pequeña a la que acababa de arreglarle la trenza, y se alejó dando saltitos.

–Los niños se pegan a usted como lapas.

–Sí, es verdad. –Frey siguió con la mirada a la niña, que ya se había lanzado otra vez con entusiasmo al alboroto del castillo inflable–. Todo esto me hace feliz y, además, para mí es una muy buena forma de relajarme.

–Quería volver a hablar con usted por lo del patrocinio para nuestro proyecto teatral –dijo la directora–. Ya le he enviado un correo sobre el tema, tal vez se acuerde...

Frey apreciaba mucho a la entusiasta educadora. La mujer se entregaba con imaginación y mucha energía a los niños que estaban a su cuidado, algunos de los cuales procedían de familias con problemas, y siempre tenía que lidiar con el presupuesto cada vez más ajustado de la limitada caja municipal.

–Desde luego que me acuerdo. Ya he hablado de ello con el señor Wiesner, de la Fundación Finkbeiner.

Fueron paseando por el prado hasta las carpas, donde todavía había cola ante el puesto de bebidas y la barbacoa.

–No solemos contribuir a ningún proyecto externo, pero en este caso hemos decidido hacer una excepción –siguió diciendo Frey–. Se trata de un proyecto muy ambicioso que también beneficiará a niños de familias socialmente más débiles. De modo que también puede contar conmigo. Y con una donación que ascenderá a cinco mil euros.

–¡Caray, qué generoso es usted! ¡Muchas, muchísimas gracias! –A la señora Schirmmacher se le humedecieron los ojos y, llevada por la emoción, le plantó un beso en la mejilla al fiscal superior–. Ya nos temíamos tener que dejar correr todo el asunto por falta de medios.

Markus Maria Frey sonrió con cierta timidez. Siempre le daba reparo que lo elogiaran tanto por algo tan nimio.

–¿Papá? –Jerome, el mayor de sus hijos, llegó corriendo sin aliento con un móvil en la mano–. Ha sonado varias veces. Te lo habías dejado allí delante, en el puesto de la barbacoa.

–Gracias, hijo.

Alcanzó el teléfono y le pasó la mano al niño por el pelo alborotado. El aparato volvió a sonar enseguida.

–Discúlpeme un momento, por favor –dijo Frey al ver el nombre de la pantalla–. Por desgracia tengo que contestar.

–Claro, faltaría más.

La señora Schirmmacher asintió y Frey se apartó un par de pasos.

–Ahora no es buen momento –dijo al teléfono, disgustado–. ¿Puedo llamarte yo dentro de...?

Se quedó callado al percibir el nerviosismo en la voz del otro lado. Escuchó entonces en silencio, y en cuestión de segundos su disgusto se transformó en perplejidad. A pesar del calor, se le puso la carne de gallina.

–¿Estás del todo segura? –preguntó bajando la voz, y lanzó una mirada a su reloj. Se detuvo a la sombra de un imponente laurel cerezo. De pronto, el bonito día soleado se había teñido de gris–. Quedamos dentro de una hora. Escoge un lugar y comunícamelo, ¿de acuerdo?

Se le atropellaban las ideas. ¿Podía una persona desaparecer del mapa en Alemania durante catorce años sin dejarse ver por ninguna parte? ¿Era eso posible, un entierro sin cadáver? ¿Una lápida, flores y velas sobre una tumba en la que no yacía nadie? Después de todo lo ocurrido, la noticia de su muerte les había supuesto tristeza en un primer momento, pero sobre todo alivio. Habían creído poder olvidar el peligro al que todos ellos estaban expuestos.

Frey colgó el teléfono y miró un momento al vacío.

Tenía claro lo que significaba que aquello que acababa de oír fuese realmente cierto. Era, sin lugar a dudas, lo peor que podía suceder. La pesadilla empezaría otra vez desde el principio.

–¡Dios santo! –Kornbichler se enderezó y abrió mucho los ojos–. Yo... ¡no lo sabía! ¿Cómo...? Quiero decir... Joder, mierda. Lo siento muchísimo.

–¿Por qué fue usted a Langenhain? ¿Qué buscaba allí?

–Yo... Yo... –Se pasó la mano por el pelo, no hacía más que cambiar de postura con nerviosismo en el sofá cama–. ¿No..., no estarán pensando que fui yo quien violó e hirió a mi mujer? –No lo dijo con indignación, sino con espanto.

–Nosotros no pensamos nada –repuso Bodenstein–. Nos basta con que conteste a nuestras preguntas.

–¿Por qué no me ha llamado nadie para contármelo? –Kornbichler sacudió la

cabeza y miró su *smartphone*—. ¡Irina o Jan podrían haberme dicho algo!

—¿Qué lo llevó a la casa de su mujer? —insistió el inspector jefe, repitiendo la pregunta de Pia—. ¿Y por qué no nos ha dicho enseguida que estuvo allí?

—Me han preguntado por dónde estuve entre las once y las tres de la madrugada —repuso el hombre con acierto—. No sabía muy bien de qué iba todo esto.

—¿Y por qué creía que la Policía Judicial quería hablar con usted? —preguntó la inspectora.

—Si le digo la verdad, ni idea. —Se encogió de hombros.

Ella se fijó en su gestualidad. Vinzenz Kornbichler podía estar ofendido y furioso, pero ¿era capaz de una brutalidad tal como la que había recibido Hanna Herzmann?

—¿Su mujer tiene enemigos? —preguntó Bodenstein—. ¿Alguna vez la habían amenazado?

—Sí, estaba ese tipo que la acosó de una forma bastante agresiva —dijo Kornbichler—. Fue poco antes de que Hanna y yo nos conociéramos. Estuvo en la cárcel por ello.

Aquello sonaba interesante. Kornbichler no sabía su nombre, pero prometió preguntárselo a Irina Zydek.

—Y también hay un antiguo empleado, Norman Seiler. Está furioso con Hanna —siguió explicando—. Ella lo despidió hace un par de semanas, con efecto inmediato. En fin, y ese Niemöller a mí siempre me ha parecido sospechoso. Está locamente enamorado de Hanna, pero ella no lo tiene en mucha estima. Y luego hay toda una serie de personas que quedaron en evidencia como invitados del programa y que por eso se la tienen bastante jurada.

Pia lo había anotado todo. Norman Seiler sí tenía un móvil convincente, uno de esos que son como un regalo para la Policía, pero por desgracia también contaba con una coartada incontestable. Hacía dos días había tomado un vuelo hacia Berlín y no había regresado hasta esa misma mañana, a las once y media. Todas las citas de las que les había hablado estaban comprobadas y corroboradas. La coartada de Jan Niemöller, por el contrario, era débil. Decía haberse ido directo a casa antes de la fiesta de fin de programa y haberse acostado enseguida, pero Meike Herzmann lo había visto metido en su coche esperando a Hanna. Su aspecto trasnochado, además, parecía contradecir eso de que había dormido de sobra.

—Hace poco pasé con el coche por Langenhain por casualidad —dijo Vinzenz Kornbichler, que dudó un momento antes de seguir hablando—. Ya era tarde, poco antes de las doce de la noche, y delante de la casa había un vehículo que no reconocí. Un Hummer negro. Pensé: Vaya, estupendo, mi sucesor ya está aquí.

En realidad, mi intención era pasar de largo, pero no pude resistirme. Bajé del coche y me acerqué al jardín. Allí no había solo un tipo, sino dos.

Pia le lanzó una mirada rápida a Oliver.

–¿Cuándo fue eso? –preguntó.

–Mmm... Anteayer. El miércoles por la noche –precisó Kornbichler–. Me dio una sensación rara. Aunque Hanna me haya echado de casa, a mí ella todavía me importa.

–¿Por qué tuvo esa sensación extraña? –insistió Pia.

–Uno de los tipos, un gigante con barba y pañuelo en la cabeza... No sé, un tipo como ese no quiere uno cruzárselo ni a plena luz del día. Iba tan lleno de tatuajes que parecía un pitufo. Todo azul, menos la cara.

–¿Y qué más vio? –preguntó el inspector jefe–. ¿Estaban amenazando esos hombres a su mujer?

–No. Estaban los tres allí sentados, bebiendo algo y charlando. Sobre las doce y media, el pitufo gigante se marchó y, pocos minutos después, Hanna subió al coche con el otro. Los seguí. –Vinzenz Kornbichler sonrió, avergonzado–. No vayan a pensar que soy un acosador, pero es que estaba algo preocupado por ella. Nunca me hablaba demasiado de sus investigaciones, pero en su programa a veces salen psicópatas de campeonato.

–¿Adónde fueron?

–En Diedenbergen me di cuenta de que llevaba el depósito casi vacío. Tuve que repostar en la autopista, y con eso los perdí de vista.

–¿Dónde puso gasolina? ¿En el área de servicio de Weilbach? –Pia tenía bastante bien memorizada toda la geografía del distrito Meno-Taunus.

–Sí, exacto. A esas horas no hay ninguna otra gasolinera abierta, de todas formas.

La inspectora miró a su interlocutor con recelo. Habían encontrado a Hanna Herzmann treinta y seis horas después en el maletero de su coche, ni a quinientos metros de justamente la misma área de servicio de la autopista donde había repostado el marido a quien había echado de casa. ¿Pura coincidencia?

–¿Recuerda la matrícula del Hummer negro? –preguntó Bodenstein.

–No, por desgracia no. Era una matrícula muy pequeña, como la de un ciclomotor, y además era de noche.

Lo que Vinzenz Kornbichler explicaba podía ser del todo cierto. Los vasos usados de la mesita del salón en casa de Hanna Herzmann eran una posible prueba de que había tenido visita.

Sin embargo, el hecho de que Kornbichler siguiera acercándose con el coche a la casa de la que aún era su mujer constituía un indicio de que todavía tenía intensos sentimientos por ella. El hombre estaba ofendido, herido, arruinado y

celoso, todo lo cual constituía una combinación más que explosiva a la que solo le habría hecho falta una chispa para estallar. ¿Había sido esa chispa la visión de Hanna subiéndose al coche con un desconocido a altas horas de la madrugada?

–Eso fue el miércoles –dijo Pia–. ¿Qué ocurrió el jueves?

–Ya se lo he dicho. –Kornbichler frunció el ceño.

–No, no lo ha hecho. –La inspectora sonrió con amabilidad–. ¿Y bien? ¿Qué fue a hacer el jueves en la casa?

–Nada. Nada en concreto. Solo estuve un rato sentado en el coche.

Su lenguaje corporal denotaba nerviosismo. Las manos toqueteando el teléfono móvil; la mirada inquieta; el balanceo del pie. Si al principio de la conversación les había dado una impresión relajada y altiva, en esos momentos su falsa seguridad lo abandonaba por segundos.

Pia sacó de su bolso la funda transparente con las fotografías de la cara de Hanna Herzmann, desfigurada hasta quedar irreconocible, y se las puso a Kornbichler delante de las narices sin hacer ningún comentario. Nada más verlas, el hombre retrocedió con espanto.

–¿Qué es eso? –Su indignación era fingida, y ni siquiera de una forma convincente.

–Le propongo que nos acompañe, señor Kornbichler. –Bodenstein se levantó.

–Pero ¿por qué? Ya les he dicho que yo... –objetó este, molesto.

–Por el momento queda detenido –lo interrumpió Pia, y le recitó la advertencia oficial de los párrafos 127 y 127b del Código de Enjuiciamiento Criminal sobre sus derechos y obligaciones como acusado–. Puesto que carece de domicilio permanente, puede dormir a cargo de las autoridades hasta que hayamos comprobado su coartada del jueves por la noche.

**H**acía frío. Se estaba quedando congelada y sentía el cuerpo más pesado que el plomo. En algún rincón de su cerebro latía un recuerdo de dolor y tortura. Tenía la boca reseca, la lengua se le había hinchado tanto que no podía tragar. Oía unos pitidos regulares y un zumbido como a través de un algodón.

¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido?

Intentó abrir los ojos, pero por mucho que se esforzara no lo conseguía.

Venga ya, pensó. ¡Abre los ojos de una vez, Hanna!

Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para abrir al menos un resquicio el ojo izquierdo, pero lo que vio estaba desenfocado y borroso. Una luz tenue y crepuscular, una ventana con las persianas bajadas, paredes blancas vacías.



¿Qué clase de habitación era esa?

Se acercaron unos pasos. Suelas de goma que rechinaban.

–¿Señora Herzmann? –Una voz de mujer–. ¿Puede oírme?

Hanna percibió un sonido inarticulado que se convirtió en un gemido sordo, y tardó unos segundos en comprender que ese ruido lo había proferido ella.

¿Dónde estoy?, había querido preguntar, pero tenía los labios y la boca entumecidos, no los sentía, no le obedecían.

Una sombra de preocupación se arrastró hasta ella por entre la niebla espesa que la rodeaba. ¡Algo no iba bien! ¡Aquello no era un sueño, era la realidad!

–Soy la doctora Fuhrmann –dijo la voz de mujer–. Está en la unidad de cuidados intensivos del hospital de Höchst.

Cuidados intensivos. Hospital. Eso al menos explicaba esos pitidos y zumbidos desquiciantes. Pero ¿por qué estaba en un hospital?

Por mucho que Hanna se devanara los sesos, no encontraba ningún recuerdo que pudiera explicar su situación. Solo había un vacío. Un agujero negro. Una laguna. Lo último de lo que se acordaba era de la pelea con Jan después de la fiesta. De repente había aparecido ante ella en el aparcamiento, como salido de la nada, y al verlo se había asustado de verdad. Jan estaba muy enfadado, la había agarrado del brazo con brusquedad y le había hecho daño. Seguro que ya le había salido un moratón. ¿Por qué habían discutido?

Los retazos de recuerdos volaban por su cabeza como murciélagos y se unían para formar imágenes volátiles y fragmentarias que enseguida se disolvían otra vez. Meike. Vinzenz. Ojos azules. Calor. Truenos y relámpagos. Sudor. ¿Por qué estaba Jan tan enfadado? Y de nuevo esos ojos azul cielo rodeados de arruguitas. Aunque no había un rostro que los acompañase, un nombre, ningún recuerdo. Lluvia. Charcos. Negrura. Nada. Maldita sea.

–¿Tiene dolor?

¿Dolor? No. Una tirantez y un palpar amortiguado que no lograba localizar; desagradable, sí, pero no insoportable. Le zumbaba la cabeza. Tal vez había tenido un accidente, un accidente de tráfico. ¿Qué coche conducía ella? Era curioso, pero el hecho de no recordar cuál era su coche la sobresaltó más que encontrarse en ese estado.

–Le administramos analgésicos muy fuertes, que hacen que se sienta cansada...

La voz de la doctora sonaba como un eco lejano, de pronto se hacía más claro y luego se fundía en una sucesión de sílabas sin sentido.

Cansada. Dormir. Hanna cerró el ojo izquierdo y se dejó llevar.

La siguiente vez que despertó, fuera ya estaba casi oscuro. Le resultaba muy fatigoso mantener un ojo abierto. En algún lugar había una lámpara encendida

que apenas iluminaba la habitación vacía. Percibió un movimiento junto a la cama. En una silla estaba sentado un hombre con una bata verde y un gorro, verde también. Tenía la cabeza gacha y una mano posada en el brazo de ella, desde el que salían unos tubos que iban a alguna parte. El corazón le dio un vuelco al reconocerlo. Hanna volvió a cerrar los ojos. ¡Esperaba que no se hubiese dado cuenta de que estaba despierta! Le resultaba desagradable que la viera así.

–Lo siento –oyó que decía su voz, que sonaba del todo extraña. ¿Había llorado? ¿Por ella? ¡Debía de estar grave de verdad!–. Lo siento –repitió él en un susurro–. No era esto lo que quería.

**O**liver von Bodenstein estaba sentado al escritorio de su despacho, pensando en Meike Herzmann. Pocas veces había visto tanta amargura en un rostro tan joven, tanto miedo y una rabia reprimida con tanto esfuerzo. Saltaba a la vista que acababa de enfrentarse a una situación muy difícil, y por eso resultaba tanto más extraña la insensible indiferencia con la que había reaccionado a la noticia de la agresión contra su madre. Aquello no era normal. También la reacción de Vinzenz Kornbichler le había parecido tibia. Al principio el hombre había dado la impresión de ser abierto y sincero, pero en el transcurso de la conversación se había convertido en todo lo contrario. No debería haberles explicado que el miércoles ya había estado en la casa de su mujer. Con ello había levantado sospechas en su contra. ¿Sin darse cuenta? ¿O se había dejado llevar quizá por ese impulso de revelación que sentían muchos criminales al verse presionados por la mala conciencia?

¿Adónde había ido Hanna con el desconocido después de que su marido se viera obligado a interrumpir el seguimiento?

La historia de Vinzenz Kornbichler cuadraba en cuanto a que sí había repostado la noche del miércoles al jueves a la 1.13 de la madrugada en el área de servicio de Weilbach, puesto que así lo probaban las grabaciones de vídeo de la gasolinera; su coartada para la noche del jueves –el bistró de Bad Soden– la comprobarían ese mismo día otros agentes. El resto podía ser cierto o no.

El inspector jefe leyó por enésima vez el acta provisional del examen forense de Hanna Herzmann. ¿Cómo se encontraría la mujer? ¿Se habría despertado ya de la anestesia y comprendería lo que le había ocurrido? Físicamente tal vez llegara a recuperarse, pero Bodenstein dudaba de que una agresión así pudiera llegar a superarse algún día en el plano psicológico.

Sus heridas se asemejaban a las que había presentado la chica muerta del

Meno. ¿Qué clase de monstruos eran capaces de actuar con una brutalidad tan descarnada? Bodenstein llevaba más de veinte años ocupándose de homicidios y asesinatos, y jamás había podido comprender qué era lo que llevaba a algunas personas a matar a otras. Solo cuando él mismo se vio involucrado en una situación en la que, por desesperación, humillación e impotencia, había perdido la compostura y había arremetido contra su propia mujer, comprendió lo deprisa que puede convertirse cualquiera en asesino. Se había sentido avergonzado a más no poder y había lamentado muchísimo su ataque, pero desde entonces entendía lo que podía sucederle por dentro a alguien en un crimen pasional. No es que pretendiera justificar ni mucho menos semejante comportamiento, ni hacer valer la frustración o la ira como explicación comprensible del hecho de que alguien arrebatara una vida humana, pero sí le resultaba más fácil entender un exceso de violencia como los que habían vivido Hanna Herzmann o esa chica tan joven a la que llamaban la Ninfa.

Soltó un suspiro. El inspector jefe se quitó las gafas de lectura, bostezó y se frotó la nuca, que le dolía. Fuera ya estaba oscuro, era tarde, las once pasadas. El día había sido largo, era hora de regresar a casa.

Justo cuando acababa de apagar el flexo y se ponía la americana, sonó el teléfono del escritorio. Un número con prefijo de Hofheim. Antes de que la llamada fuese desviada a su móvil, Oliver descolgó el auricular y contestó.

–Buenas noches, soy Katharina Maisel –dijo una mujer–. Hoy ha hablado con mi marido, somos los vecinos de la señora Herzmann. Disculpe que lo moleste a estas horas, por favor.

–No se preocupe –repuso el inspector jefe, y contuvo un bostezo con esfuerzo–. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Acabo de llegar a casa y mi marido me ha contado que ha sucedido algo espantoso. –En la voz de Katharina Maisel resonaba el nerviosismo que invadía a la mayoría de las personas cuando hablaban por teléfono con la Policía Judicial–. Yo vi algo. Al principio no me pareció nada extraño, pero ahora, con toda la información...

–Ajá. –Bodenstein rodeó su escritorio, volvió a encender el flexo y se sentó–. Cuénteme. ¿Qué es lo que vio?

La señora Maisel había salido al jardín sobre las diez de la noche a regar los arriates de flores. Entonces vio junto a la casa de Hanna Herzmann a un hombre al que no conocía. Había llegado con una moto y se había quedado esperando en la linde del bosque. Al cabo de unos diez minutos se dio cuenta de que ella lo miraba con desconfianza, así que metió algo por la ranura del buzón que había en la puerta de Hanna Herzmann y se marchó.

–Sí que es interesante. –Bodenstein había tomado un par de notas–. ¿Podría

describir al hombre? ¿O la moto?

–Sí que puedo. Pasó a menos de diez metros de mí y se despidió con un gesto muy cortés. Mmm, tendría cuarenta y tantos años, calculo. Arreglado, muy esbelto, como de metro ochenta de estatura. Pelo corto, rubio oscuro y con algunas canas ya. Lo más llamativo eran sus ojos. Nunca había visto unos ojos de un azul tan increíble.

–Es usted muy observadora –dijo el inspector jefe–. ¿Reconocería al hombre si volviera a verlo?

–Sin ninguna duda –confirmó la mujer–, pero eso no es todo. Esa noche no podía dormir. Hacía mucho calor y era la primera vez que nuestro hijo había salido solo con su coche. Yo estaba inquieta por la tormenta y empezaba a preocuparme. Por eso miraba de vez en cuando por la ventana. Desde la de nuestro dormitorio se ve directamente la entrada del garaje de la señora Herzmann. Llegó a su casa sobre la una y diez de la madrugada y entró en el garaje, como siempre.

De repente a Bodenstein se le esfumó el cansancio. Se enderezó en el asiento.

–¿Está usted segura?

–Sí. Conozco bien el coche de nuestra vecina. Siempre abre el garaje con el mando a distancia y cierra la puerta nada más entrar. Ya no tiene que volver a salir. Desde el garaje puede acceder a su casa.

–¿Vio a la señora Herzmann? –preguntó Bodenstein.

–Mmm... Reconocí el coche. Tampoco era nada extraño, así que no me fijé más. Un cuarto de hora después llegó nuestro hijo, y entonces me dormí.

El inspector jefe le dio las gracias a la vecina y colgó. No dudaba de lo que había visto la mujer, pero sus observaciones suponían un enigma para él. Hasta entonces, Pia y él habían dado por sentado que a Hanna le había ocurrido algo durante el camino de regreso, pero de repente daba la sensación de que no la habían atacado y violado hasta que estuvo ya en casa. Vinzenz Kornbichler conocía las costumbres de su mujer, y también sabía que había entrada directa desde el garaje a la casa. El autor de los hechos debió de meter a Hanna Herzmann en el maletero después de la agresión para llevarla hasta Weilbach. Pero ¿cómo se había marchado el agresor finalmente de allí? ¿Podía tratarse quizá de dos atacantes? ¿Tenía Kornbichler un cómplice? ¿O estaban siguiendo una pista equivocada? ¿Estaba involucrado tal vez el gigante tatuado que decía haber visto Kornbichler?

Bodenstein alcanzó el teléfono y marcó el número de móvil de Christian Kröger, que contestó enseguida.

–¿Habéis inspeccionado también el garaje de Hanna Herzmann? –se interesó el inspector jefe después de informar de prisa a su compañero de las

declaraciones de la vecina.

–No –contestó Kröger tras una breve vacilación–. Maldita sea, ¿cómo es que no he pensado en el garaje?

–Porque no sospechábamos que la casa pudiera ser el lugar de los hechos.

Bodenstein conocía bien el perfeccionismo de su compañero y era consciente de la rabia que le daba haber podido pasar por alto algo importante.

–Ahora mismo voy para allá –dijo Kröger con decisión–. Antes de que esa loca destruya cualquier rastro.

–¿A quién te refieres? –preguntó el inspector jefe, algo molesto.

–Pues a la hija. No está muy fina. Pero por lo menos me ha entregado una llave de la puerta.

Bodenstein echó una mirada al reloj. Casi medianoche, pero otra vez estaba completamente despierto, así que de todas formas no lograría dormir.

–¿Sabes qué? Te acompaño –dijo–. ¿Conseguirás llegar en media hora?

–Si me traes tú la furgoneta, sí. Si no, tendré que pasar antes por Hofheim.

Sus dedos volaban sobre el teclado del portátil. La tormenta de la noche anterior había refrescado el ambiente durante muy poco tiempo, el día se había levantado más bochornoso y cálido que nunca. El sol había caído sin compasión sobre la caravana durante toda la jornada y había recalentado la chapa. El ordenador, el televisor y la nevera desprendían más calor aún, pero poca diferencia había entre estar a cuarenta o a cuarenta y un grados. Aunque apenas se movía, el sudor le caía por la cara y le goteaba desde la barbilla a la mesa.

Al principio se había puesto a trabajar con la única intención de filtrar los datos más relevantes de aquel caos inextricable de anotaciones, entradas de diario y actas, pero después no pudo quitarse de la cabeza esa propuesta que le había hecho ella de que lo convirtiera todo en un libro. Trabajar con concentración le ayudaba a no preguntarse si había hecho o dicho alguna cosa que pudiera haberla molestado. Desde que la conocía, ella había sido la formalidad personificada; no le pegaba nada saltarse una cita sin avisar. Para él era un misterio que llevara más de veinticuatro horas sin dar señales de vida. Al principio su móvil estaba encendido, pero a partir de cierto momento lo había encontrado apagado, y tampoco le contestaba a ninguno de sus mensajes de texto ni de correo electrónico. Y eso que las cosas iban bien cuando se despidieron a primera hora del jueves por la mañana. ¿O no? ¿Qué había ocurrido?

Se detuvo y alcanzó la botella de agua, que casi se le resbaló de la mano. La condensación había despegado la etiqueta, el líquido estaba casi a temperatura

ambiente.

Se levantó y se estiró. Tenía la camiseta y los pantalones cortos empapados en sudor, soñaba con un aparato de aire acondicionado. Durante un buen rato se entregó a recordar con nostalgia el despacho climatizado de su antigua vida. En aquella época, ese lujo le había parecido algo natural, igual que la agradable temperatura de una casa bien aislada, con ventanas de triple cristal. Antes no habría sido capaz de concentrarse con ese calor infernal. Las personas se acostumbraban a todo cuando no tenían más remedio. Incluso a lo más extremo. Para sobrevivir no se necesitaban ni veinte trajes a medida ni quince pares de zapatos confeccionados a mano, como tampoco treinta y siete camisas de Ralph Lauren. Se podía guisar igual de bien en una placa eléctrica con dos ollas y una sartén, no hacía falta una cocina de cincuenta mil euros con encimeras de granito y una isla. Todo aquello era prescindible. La felicidad estaba en las restricciones materiales, porque, cuando no tenías nada, tampoco tenías miedo a perder nada.

Cerró el portátil y apagó la luz para no atraer aún más mosquitos y polillas. Sacó una cerveza helada de la nevera y se sentó fuera, frente al avance, sobre la caja vacía de cervezas. El camping se había quedado tranquilo extrañamente pronto. Por lo visto, la combinación de calor y alcohol paralizaba incluso a los vecinos más fiesteros. Dio un trago y miró hacia el oscuro cielo nocturno, donde las estrellas y la curva de la luna se veían algo borrosas. La cervecita del final del día era uno de los pocos rituales que seguía manteniendo. Antes la había disfrutado todas las tardes con compañeros de trabajo o clientes en algún bar del centro económico y financiero de Frankfurt; una última copa antes de regresar a casa. De eso hacía mucho ya.

Esos últimos años no había tenido apenas nada que apreciara de verdad, y aun así había conseguido sobrevivir sin problemas. Pero de pronto era diferente. ¿Por qué no había conseguido mantener una distancia profesional con ella? Su silencio le desconcertaba más de lo que le habría gustado admitir. Una relación demasiado cercana era igual de perjudicial y peligrosa que una falsa esperanza. Y más aún para un desterrado como él.

Oyó el ruido de un motor que se acercaba. Un burbujeo oscuro e intenso, el típico sonido de las Harley cuando iban a bajas revoluciones. Supo al instante que la visita era para él y, alarmado, alzó la cabeza. Ninguno de los chicos se había presentado jamás allí, en el camping. La luz del faro le iluminó un instante la cara. La moto se detuvo ante la valla con el motor ronroneando en punto muerto. Se levantó de la caja de cervezas y se acercó con ciertas dudas.

—Eh, *avvocato* —saludó el motorista sin desmontar—. Traigo un mensaje de Bernd. No quería decírtelo por teléfono.

Lo reconoció aun en el débil resplandor de la farola que había a unos

cincuenta metros, y le correspondió el saludo con un gesto de la cabeza.

El hombre le tendió un sobre doblado.

–Es urgente –añadió a media voz antes de desaparecer otra vez hacia la noche.

Él lo siguió con la mirada hasta que el ruido del motor se perdió a lo lejos; después entró en su caravana y abrió el sobre.

«Lunes, 9.00 h», decía en la nota. «Prinsengracht, 85. Binnenstad, Ámsterdam.»

Por fin, pensó, e inspiró hondo. Había tenido que esperar mucho tiempo para establecer ese contacto.

*Antes, el viernes era su día preferido de la semana. Michaela siempre se alegraba de que llegara el viernes por la tarde, cuando podía ir a la hípica a hacer volteo. Pero desde hacía quince días ya no había vuelto por allí. La semana anterior había dicho que le dolía la tripa, y no era mentira ni mucho menos. Esta, le había dicho a mamá que se encontraba mal. Y tampoco era mentira. En el colegio ya se había mareado, durante la comida apenas había podido tragar nada y enseguida se había puesto a vomitar. Sus hermanos habían desaparecido justo después de comer. Ese día empezaban las vacaciones de otoño, y con ellas también el campamento de tipis al que todos tenían tantas ganas de ir desde hacía tiempo. Montarían los tipis en un claro del bosque, y por las noches se sentarían alrededor de la gran hoguera a asar salchichas y cantar canciones.*

*Michaela se tumbó en la cama, dejó la puerta entornada y escuchó con atención los sonidos de la casa.*

*Sonó el teléfono y ella saltó como electrizada y salió corriendo de la habitación, pero... demasiado tarde. Mamá, abajo, ya había contestado.*

*–... en la cama y ha vomitado... Yo tampoco sé qué le pasa... Ajá... Mmm... Ajá. Gracias por decírmelo. Sí, por supuesto. Eso es un disparate. Tiene tanta fantasía que a mi marido y a mí a veces nos desconcierta... Sí, sí, gracias. La semana que viene seguro que volverá a tener ganas de ir. La hípica lo es todo para ella.*

*Ella estaba arriba, en la escalera, el corazón le latía muy deprisa y empezó a marearse de miedo. ¡La del teléfono debía de ser Gaby, que había llamado para preguntar por ella! ¿Qué le había dicho a su madre? Enseguida volvió a desaparecer en su habitación y se tapó la cabeza con la manta. No sucedió nada. Los minutos pasaron y se convirtieron en horas. Al otro lado de las ventanas se hizo de noche.*

*¡Las demás ya estarían haciendo volteo con Asterix! ¡Cuánto le habría gustado estar allí! Michaela apretó la cara contra la almohada y empezó a sollozar. Papá llegó a casa. Los oyó a mamá y a él hablar abajo. De repente se abrió la puerta. La luz se encendió y le arrancaron las mantas.*

*–¿Qué tontería le has estado contando a la tal Gaby? –La voz de papá sonaba enfadada.*

*Ella tenía la boca muy seca, el corazón se le salía por la boca del miedo.*

*–¡Dime! ¿Qué mentiras le has estado contando?*

*Tragó saliva. ¿Por qué no había podido tener la boca cerrada? Gaby la había delatado. Quizá a ella también le daban miedo los lobos.*

*–Ven conmigo –dijo papá.*

*Michaela sabía lo que sucedería, ya había pasado muchas otras veces. Aun así, se levantó y lo siguió. Escalera arriba. Al desván. Él cerró la puerta al entrar y sacó la fusta de una de las vigas. Ella sintió un frío horrible mientras se desvestía. Papá la agarró del pelo, la lanzó al viejo sofá que había bajo el techo inclinado y empezó a azotarla.*

*–¡Mentirosa de mierda! –le siseó con rabia–. ¡Venga, ponte boca arriba! ¡Te voy a enseñar lo que es bueno! ¡Ir contando por ahí esas cosas de mí!*

*Le golpeaba como si estuviera fuera de sí, la fusta silbaba al cortar el aire cuando la descargaba entre sus piernas. Las lágrimas empezaron a caerle por la cara, pero de sus labios solo salió un tenue gimoteo.*

*–¡Te mataré de una paliza como vuelvas a contarle a alguien algo parecido!  
–La cara de papá estaba desfigurada por la ira.*

*Michaela, que siempre había visto a su padre alegre y cariñoso, hacía ya un rato que no estaba allí. Abajo, en su habitación infantil, Sandra había emergido de las profundidades de su subconsciente. Sandra aparecía siempre que papá se ponía furioso y empezaba a pegarle. Sandra podía soportarlo todo, los golpes, el dolor y el odio. Al día siguiente, Michaela no se acordaría de nada, se extrañaría al verse los moratones y los verdugones. Pero jamás volvería a confiar en nadie. Michaela tenía ocho años.*



Sábado, 26 de junio de 2010

Los sustos del día anterior se habían transformado en una pesadilla espantosa: esos moteros con tan mala pinta, el chucho babeante, el guarda forestal cabreado que acabó disparando al animal, los polis. Vinzenz y Jan también estaban. Meike ya no recordaba de quién o de qué huía, pero, cuando despertó a las dos de la madrugada bañada en sudor, se encontró resollando como un caballo de carreras después del Gran Premio de Baden-Baden. Se metió en la ducha, se envolvió con una toalla de baño y se sentó en el pequeño balcón. Hacía una noche tropical, ya podía olvidarse de dormir.

Llevaba desde el día anterior dándole vueltas casi sin parar a qué sería aquello en lo que estaba trabajando su madre, y si podía tener algo que ver con la agresión. Wolfgang tampoco sabía absolutamente nada. Se había quedado de piedra cuando ella le había contado lo que le había ocurrido a Hanna y, después de que le explicara también lo de su encuentro con los moteros y el perro de pelea, le había ofrecido que se quedara una temporada en casa de él. Meike se había alegrado, pero aun así había rechazado la oferta con educación. Ya era mayorcita para correr a esconderse en un rincón.

Apoyó los pies contra la barandilla del balcón. El día anterior, cuando se marcharon los polis, registró el estudio de su madre. El portátil había desaparecido, igual que el *smartphone*. Paseó la mirada por la fachada del edificio de enfrente. Con aquel calor, la mayoría de las ventanas estaban abiertas del todo para dejar que entrara algo de aire fresco nocturno. Todas estaban oscuras, salvo una de la tercera planta tras la que se veían destellos azulados. Había un hombre sentado a un escritorio, ante un ordenador, vestido solo con ropa interior.

–Pues ¡claro! –Meike se levantó de un salto.

¡El ordenador del despacho de Hanna! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Se vistió a toda prisa, agarró la mochila y el llavero y salió del piso. El Mini estaba un par de calles más allá, porque tampoco esa tarde había encontrado aparcamiento cerca. Llegaría antes a Herzmann Productions a pie que si intentaba ir en coche.

La hora entre las dos y las tres de la madrugada era la más tranquila de toda la noche. Solo se cruzó con algún coche de vez en cuando, y en la parada de tranvía

de Brückenstrasse con Textorstrasse había apalancados dos sin techo que le dedicaron unos gruñidos alcoholizados. Meike no les hizo caso y siguió andando a paso ligero. Por mucho que las calles estuvieran bien iluminadas y que a esas horas los posibles violadores seguramente ya estuvieran durmiendo, la ciudad siempre resultaba inquietante de noche. En su bolso bandolera llevaba muy a mano un spray de pimienta y una porra eléctrica de quinientos mil voltios que había encontrado en casa de su madre y a la que había puesto pilas nuevas. El predecesor de Vinzenz, Marius, el marido número tres de Hanna, se la había comprado en su día a su madre en uno de sus típicos arrebatos de atenciones exageradas cuando aquel acosador loco la seguía a todas partes, pero Hanna nunca la había llevado encima. ¿La habría protegido la porra eléctrica del ataque de la noche del jueves si la hubiese tenido a mano? Los dedos de Meike se cerraron con fuerza sobre el mango del aparato al ver a un hombre que se acercaba. No dudaría un instante en usarla.

Un cuarto de hora después abrió la puerta del edificio de oficinas con la llave maestra. El ascensor estaba parado por las noches, así que tuvo que subir hasta la quinta planta por la escalera.

Conocía la contraseña del ordenador de Hanna; su madre no la cambiaba nunca y hacía años que utilizaba la misma combinación de letras y números para todos los inicios de sesión, incluso para la banca en línea, aunque fuese una insensatez. Meike se sentó al escritorio, encendió el flexo y puso el ordenador en marcha. Necesitó de toda su concentración para no pensar en su madre. De esa forma, según se dijo para apaciguar su mala conciencia, le estaba ayudando más que si estuviera en el hospital, sentada junto a su cama. Por la ventana ya empezaba a rayar el alba. Hanna recibía una barbaridad de correos electrónicos, y Meike fue leyendo por encima los remitentes y bajando por la pantalla. La última vez que su madre había consultado el correo había sido el jueves a las 16.52, y desde entonces le habían entrado 132 mensajes nuevos. ¡Madre mía, era imposible leerlos todos! Decidió que lo mejor sería comprobar la columna del asunto, porque los nombres de los remitentes no le decían nada.

Un mensaje del 16 de junio le llamó la atención. «Re: Nuestra conversación», decía el asunto. La remitente era una tal Leonie Verges. Ese nombre despertó un vago recuerdo en la cabeza de Meike. No hacía mucho que lo había oído, pero ¿en qué contexto?

«Hola, señora Herzmann», leyó. «Mi paciente, en determinadas condiciones, estaría dispuesta a hablar en persona con usted, aunque en ningún caso realizará ninguna aparición pública. Los motivos para ello ya los conoce usted de sobra. Su condición principal es que su marido y el señor Kilian Rothemund estén presentes en la conversación, que tendrá lugar en mi consulta. Como acordamos,

le haré llegar toda la documentación al señor Rothemund, así que, por favor, póngase en contacto con él para recibirla. Atentamente, Leonie Verges.»

Meike arrugó la frente. ¿Paciente? ¿Acaso iba su madre tras la pista de un escándalo médico? El señor Kilian Rothemund... Kilian. ¡K.!

¿Era de él la nota manuscrita con la dirección de la banda de moteros?

Sin vacilar, Meike pasó del correo al navegador de internet y buscó en Google el nombre de «Leonie Verges». En Pointoo, Yasni, 123people y jameda encontró al instante una explicación: Leonie Verges era psicoterapeuta y tenía consulta en Liederbach. No poseía página web propia, pero encontró una fotografía en el portal del Centro de Psicotraumatología, además de su dirección y un pequeño currículum profesional. Entonces recordó también dónde había oído su nombre no hacía mucho: el día anterior, cuando los polis estaban en casa de su madre, Leonie Verges había llamado preguntando por ella.

De modo que ese misterio ya estaba resuelto. Meike introdujo el nombre de «Kilian Rothemund» en el cuadro de búsqueda. Tras solo unos segundos, el motor había dado con 5.812 resultados. Meike hizo clic con curiosidad en el primer enlace y empezó a leer.

–Joder... –murmuró al comprender quién o, mejor dicho, qué era el señor Kilian Rothemund–. ¡Esto es repugnante!

–La violación tuvo lugar sin duda alguna en el garaje de la casa –informó Bodenstein, inaugurando la reunión matutina de la K11–. El objeto con el que vejaron a Hanna Herzmann fue el mástil de madera de una sombrilla, y hemos recibido confirmación del laboratorio: la sangre de la madera es del mismo grupo que la de la víctima. También se han encontrado en ella restos de excrementos, y de momento todo coincide con los hallazgos forenses.

Apenas había dormido en toda la noche. Kröger y él habían estado en la casa hasta poco después de las tres, fotografiando y catalogando restos de sangre, huellas dactilares y marcas de zapatos en el garaje. Después Oliver se había ido a casa para intentar dormir por lo menos un par de horas, pero no había sido capaz. La cronología de los hechos era desconcertante y contradecía la teoría que habían desarrollado el día anterior.

–El agresor pudo esperar a Hanna en el garaje –opinó Pia–. Eso señala a Vinzenz Kornbichler. Seguro que sabe cómo entrar en la casa, aunque ya no tenga llave.

–Eso mismo pensé yo al principio. –El inspector jefe asintió con la cabeza–. Pero estuvo hasta las 0.50 en un bistró de Bad Soden que se llama S-Bar; los

compañeros lo comprobaron ayer. Después se quedó media hora más en la calle, charlando con dos conocidos. No, él queda definitivamente descartado. Aunque se me plantea la pregunta de por qué tardó tanto tiempo Hanna Herzmann en llegar a su casa.

Se marchó de la fiesta en Oberursel sobre la medianoche, y la vecina vio entrar su coche en el garaje a la una y diez. Kai Ostermann había calculado con la ayuda de Google Maps la ruta desde el polígono industrial de Oberursel donde se encontraban los estudios de televisión hasta la dirección de Hanna, en el distrito de Langenhain de Hofheim: 31,4 kilómetros, 26 minutos de trayecto. Aunque hubiese conducido más despacio a causa de la tormenta, no se tardaba una hora entera en recorrer ese trecho.

–Puede haber un sinnúmero de motivos para ello –señaló Pia–. Pudo parar en alguna gasolinera. O tal vez tomó un camino del todo diferente.

–He enviado a varios agentes a las estaciones de servicio que hay en el trayecto. –Kai levantó la mirada desde su portátil–. Si fue por la A-661, la A-5 y la A-66 hasta el triángulo de Kriftel, solo hay dos gasolineras en la autopista: la del área de servicio Taunusblick y la de Aral-Tanke, antes de la salida de Bad Soden. Si tomó la ruta del Taunus, a esas horas no había ninguna gasolinera abierta.

–Meike Herzmann dice que Jan Niemöller estuvo esperando a su madre en el aparcamiento y que habló con ella –recordó Bodenstein, que se había pasado la mitad de la noche dándole vueltas a una posible secuencia de los hechos–. Ante nosotros, Niemöller declaró que la vio por última vez sobre las once. O sea que nos mintió. Ya he enviado a alguien a su casa para que lo traiga.

–De modo que el agresor pudo o bien esperar a Hanna en el garaje, o bien subirse a su coche en algún punto del camino –reflexionó Pia en voz alta–. Al terminar con ella, la metió en el maletero y la llevó a Weilbach. ¿Por qué precisamente allí? ¿Y cómo se marchó después?

–Tal vez tenía un cómplice –aventuró Cem Altunay–. O pidió un taxi desde el área de servicio.

–Imposible –objetó Ostermann–. En el área de servicio hay cámaras de vigilancia.

–¿Y qué pasa con el acosador que mencionó Kornbichler? ¿Sabemos algo más? –preguntó la inspectora.

–Sí, ayer los compañeros lo comprobaron también. –Oliver se permitió sonreír con sarcasmo–. Habría sido bonito y fácil, pero el hombre perdió la vida el año pasado en un accidente, así que no ha podido ser él.

La puerta de la sala de reuniones se abrió de golpe y Christian Kröger irrumpió y plantó una fotografía en medio de la mesa.

–Tenemos una coincidencia con la base de datos del AFIS\* –informó–. Las huellas dactilares que hemos encontrado dentro y fuera del vehículo, y también en la cocina y en un vaso de la casa, ¡son de Kilian Rothemund!

–¿Por qué lo tenemos en la base de datos? –preguntó Nicola Engel, que hasta entonces había guardado silencio. Se inclinó hacia delante, acercó la foto hacia sí y la contempló con detenimiento.

–Abuso de menores y posesión de fotografías y vídeos de pornografía infantil –contestó Christian Kröger, y se dejó caer en una silla vacía que había entre Pia y Cem–. Estuvo tres años encerrado.

Bodenstein arrugó la frente, meditabundo. Kilian Rothemund... Había oído ese nombre en alguna parte.

–Antes de ser condenado en octubre de 2001, había sido abogado en Frankfurt –recordó Kai Ostermann con su memoria prodigiosa–. Derecho económico al principio, luego penal. Del bufete Bergner Hessler Czerwenka, que en aquella época defendía a los Frankfurt Road Kings.

–Sí, lo recuerdo –dijo el inspector jefe–. Fue un juicio bastante sucio.

–Cosa que explicaría por qué abusó de Hanna Herzmann con un trozo de madera –señaló Kathrin Fachinger–. ¿Qué iba a hacer un pedófilo con una mujer adulta?

El silencio se impuso un rato entre los presentes. ¿Tenían ya, además de a un sospechoso, al autor material de los hechos?

–¿Puedo ver esa foto?

El inspector alargó la mano y Nicola Engel la deslizó hacia él. Un hombre de unos cuarenta y tantos, bastante atractivo, con una mirada seria y de ojos azules. Un hombre al que a primera vista no se le notaban sus enfermizas inclinaciones sexuales. Un recuerdo se removió en el subconsciente de Oliver, exigiéndole atención con insistencia. ¿Qué se había despertado?

Sonó el teléfono de la mesa; contestó Ostermann.

El inspector jefe les pasó la fotografía a sus compañeros e intentó poner en orden sus ideas.

–Pues tiene los ojos de Paul Newman –comentó Pia a la ligera, y volvió a pasarla.

Las piezas del puzzle encajaron por sí solas, y al fin Bodenstein recordó.

«Lo más llamativo eran sus ojos. Nunca había visto unos ojos de un azul tan increíble.» Eso había dicho Katharina Maisel, la vecina, cuando llamó por teléfono la noche anterior. Oliver sintió esa excitación que nacía en el instante mismo en que, en medio del caos de conjeturas y hechos inconexos, aparecía un hilo rojo, una estructura lógica, ¡una pista!

–Creo que vamos por el buen camino –dijo, sin darse cuenta de que con ello

había interrumpido a Ostermann a media frase—. Sobre las diez de la noche del jueves, la vecina de Hanna Herzmann vio a un hombre que llegaba con una moto y metía algo en el buzón de la casa.

Bodenstein echó la silla hacia atrás y los miró a todos.

—Por la forma como describió a ese hombre, podría tratarse de Kilian Rothemund.

La noche había sido un auténtico infierno. Desde el nacimiento de Louisa, era la primera vez que Emma pasaba más de doce horas separada de la niña. Había recorrido el piso intranquila, había planchado, había limpiado los armarios de la cocina hasta que, por fin, cayó agotada en la cama de su hija. Su imaginación no hacía más que ejecutar descabelladas cabriolas. Florian con otra mujer; cómo la besaba, cómo se acostaba con ella... Solo eso ya era horrible, pero aún peor era imaginar que a Louisa pudiera caerle bien esa mujer. En sus fantasías, Emma veía a Florian, a la desconocida y a la pequeña haciendo un puzle y jugando al Memory, viendo la programación infantil de KiKA y la peli *Ice Age*, montando una divertida guerra de cojines... Salían a pasear y comían helado, reían y se lo pasaban en grande los tres juntos, mientras ella se quedaba sola y abandonada en la casa de sus suegros, rota por la pena y los celos. Una decena de veces había tenido el teléfono en la mano para llamar a Florian, pero no lo había hecho. ¿Qué iba a preguntarle? ¿Cómo está Louisa? ¿Duerme bien? ¿Qué ha comido? ¿Hay otra mujer contigo? Menudo disparate. Imposible.

Emma había empezado a contar las horas hasta la tarde del domingo. ¿Cómo soportaría en el futuro ese dolor, esa soledad torturadora cada dos fines de semana?

Sollozando, hundió la cara en la almohada de su hija y la emprendió contra los animales de peluche con una rabia desamparada. Florian podía empezar una nueva vida sin más; ella, en cambio, dentro de poco estaría completamente absorbida por un recién nacido. ¡Y era muy probable que él aprovechara esa circunstancia para estrechar más aún su relación con Louisa! En algún momento, el agotamiento venció a la preocupación y Emma se quedó dormida en la cama infantil.

A las siete despertó. Tenía los músculos entumecidos por la incómoda postura que había adoptado en aquella cama tan corta, y algo se le había clavado en la nuca. Sacudió la almohada, y debajo de ella encontró unas tijeras de cocina que hacía días que buscaba. ¿Cómo habían ido a parar a la cama de Louisa?

Devolvió las tijeras a la cocina y se propuso preguntarle a la niña ese mismo

domingo. La ducha le sirvió de poco, pero por lo menos ya no estaba tan pegajosa y sudada.

Corinna había convocado una reunión a las nueve en su despacho con motivo de la celebración de cumpleaños del 2 de julio. A esas alturas, seguro que todos sabían ya que Florian se había ido de casa. Emma temía la compasión de los demás más aún que sus preguntas indiscretas, pero aun así decidió asistir. Tal vez eso la distraería un rato de sus preocupaciones. Se puso un poco de polvos de maquillaje sobre la tez grasa y brillante y se aplicó rímel, pero se le corrió enseguida; tuvo que usar un bastoncillo de algodón para limpiarse las manchas negras de los ojos. El cubo de basura con pedal del baño estaba lleno hasta arriba. Se inclinó con un suspiro, sacó el compartimento del soporte y se lo llevó a la cocina para vaciarlo en la basura general. De repente se quedó quieta. ¿Qué era eso? Debajo de unos pañuelos de papel arrugados y de varios bastoncillos había un pedazo de tela marrón. Cuando tiró de él, un ojo de cristal de color verde rodó por el suelo.

Emma identificó enseguida el retal, que era de esa marioneta que tanto le gustaba a Louisa: un lobo marrón claro con una lengua de tela roja y colmillos de fieltro blanco. Extendió todo el retal sobre la mesa de la cocina y se estremeció al pensar en su hija de cinco años afanándose con esas grandes tijeras de cocina. Pero ¿qué había hecho? Y, sobre todo, ¿por qué? A Louisa le encantaba *Wolfi*, lo quería más que a ningún otro peluche o marioneta, y eso que tenía una cantidad considerable de ellos. Gozaba de un lugar de honor junto a su almohada, y muchas veces se lo llevaba consigo todo el día por ahí. Durante una buena temporada, por las noches no se había dormido si no le representaban una pequeña obra con él. Emma intentó recordar cuándo había visto al muñeco por última vez, pero no hubo manera. Se sentó en una silla de la cocina, apoyó la barbilla en la mano y contempló los restos de la marioneta. Algo le ocurría a su hija. ¿De verdad los cambios en su conducta de esas últimas semanas no eran más que una fase difícil? ¿No se sentiría la niña abandonada, quizá, porque sus padres estaban muy ocupados con sus propios problemas? ¿Era ese acto de destrucción un intento infantil de pedir ayuda? No, entonces habría dejado su obra a la vista de todos, en el suelo de su habitación; en cambio, había escondido los restos en un lugar donde nadie debía encontrarlos. Aquello era extraño. Y preocupante. Disimular y hacer la vista gorda no serviría de nada. Tenía que descubrir la causa de esa transformación de Louisa. Lo antes posible.

Leonie Verges llenaba una regadera tras otra con agua del grifo. Solía hacerlo

todas las noches, para que por la mañana el agua ya estuviese tibia y algo reposada, porque así era como la preferían las rosas y las hortensias. La noche anterior, sin embargo, se le había olvidado. Cuando compró aquella casa, hacía doce años, la propiedad estaba bastante deteriorada, y el patio y el granero solo eran almacenes de trastos viejos y chatarra. Había tardado meses en sacarlo todo de allí, poner un enrejado e instalar arriates, pero su patio se había convertido en el paraíso que ella había imaginado. Contra la pared de la casa crecían unos rosales trepadores muy exuberantes, y el pabellón del fondo casi desaparecía bajo las flores de un delicado rosa palo de su rosal preferido, el New Dawn, que desprendía un tenue aroma a manzana.

En la mesa redonda con superficie de mosaico del jardín, que había encontrado en la basura y había restaurado ella misma, sonaba una radio, y Leonie canturreaba también la melodía mientras regaba las esplendorosas hortensias que crecían en cubos y cestos colocados en la penumbra. A pesar de su gran profesionalidad, a menudo el sufrimiento humano al que tenía que enfrentarse un día tras otro no se esfumaba así como así, y el jardín de ese patio era el mejor contrapunto para su trabajo. Mientras cortaba rosas, abonaba, trasplantaba y regaba, podía dejar que su pensamiento vagara relajado y, así, recuperar fuerzas. Después de regar las plantas, se dispuso a arrancar las flores marchitas de los geranios.

—¿Señora Verges?

Leonie se volvió, sobresaltada.

—Disculpe —dijo un hombre al que no había visto nunca—, no pretendíamos asustarla. Pero es que estaba tan absorta en su trabajo que no debe de haber oído el timbre.

—El timbre no se oye desde aquí fuera —repuso ella, y examinó a los visitantes con una mirada recelosa.

Al hombre le calculó unos cuarenta y tantos años. Llevaba un polo verde y vaqueros, y su falta de forma física era señal de que se pasaba la mayor parte del tiempo sentado frente a un escritorio. No era ni especialmente atractivo ni llamativamente feo, tenía un rostro afable y común, y una mirada despierta. La mujer era bastante más joven. Muy delgada, su cara alargada parecía consistir solo en unos ojos muy maquillados y unos labios rojo chillón. Eran como los testigos de Jehová, que solían presentarse siempre en parejas mixtas. Leonie no estaba de humor para visitas, lamentó haberse dejado abierta la gran verja del patio.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó, y tiró a un cubo las hojas y las flores mustias de los geranios.

A veces los clientes de la panadería de enfrente se equivocaban y entraban en



su casa porque creían que el patio era un establecimiento de horticultura.

–Soy Meike Herzmann –contestó la joven–, la hija de Hanna Herzmann. Este es el señor Wolfgang Matern, el director de programas de la cadena para la que trabaja mi madre, y un buen amigo.

–Ah. –La desconfianza de Leonie creció. ¿De dónde habían sacado esos dos su nombre y su dirección? ¡Hanna le había prometido por activa y por pasiva que no hablaría con nadie del asunto!

–A mi madre la agredieron la noche del jueves. La violaron –dijo Meike Herzmann–. Está en el hospital.

Describió lo que le había ocurrido a su madre en pocas palabras pero sin ahorrarse ningún detalle escabroso, y todo el rato mantuvo un tono neutral que no denotaba empatía. Leonie sintió que se le erizaba la piel de la espalda. Su palpito de que algo malo debía de haber ocurrido acababa de confirmarse. Escuchó en silencio.

–Es espantoso. Pero ¿qué quieren de mí ahora? –preguntó cuando Meike terminó de hablar.

–Pensábamos que tal vez usted sabría en qué estaba trabajando mi madre. Hace una semana y media, le escribí usted un correo electrónico diciéndole que había una paciente suya dispuesta a encontrarse con ella. Y mencionaba a alguien llamado Kilian Rothemund.

Leonie se quedó helada, y al mismo tiempo sintió que hervía por dentro. ¿Acaso no le habían recalcado a Hanna con suficiente claridad lo peligroso que podía ser todo ese asunto? ¡A pesar de sus advertencias, debía de haber hablado con alguien y tenía los correos electrónicos guardados en un ordenador de libre acceso! Maldita sea, con ello los había puesto en peligro a todos, y quizá incluso había destrozado el plan que con tanto cuidado habían ideado. Desde el principio tuvo un mal presentimiento. Hanna Herzmann era una egoísta con afán de protagonismo que, desde su sentimiento de superioridad, estaba firmemente convencida de ser intocable. Leonie no pudo sentir compasión por ella.

–He encontrado por casualidad una dirección en Langenselbold –siguió diciendo Meike–. Se trata de una propiedad apartada, quizá el cuartel general de una banda de moteros. Fui allí, pero me descubrieron y me soltaron a un perro.

El miedo empezó a extenderse por su interior como un lento veneno; Leonie rompió a sudar. Tuvo que esforzarse mucho por mantener el control de su rostro y, temblando, cruzó los brazos en el pecho.

–¿Ha ido ya a contárselo a la Policía? –preguntó.

El hombre, que de momento no había dicho nada, se aclaró la garganta.

–No, todavía no –informó–. Conozco a Hanna desde siempre, hace catorce años que trabaja para nuestra cadena. Y sé lo susceptible que es cuando se trata

de sus investigaciones. Por eso primero queríamos descubrir nosotros mismos si la agresión que ha sufrido podría estar relacionada con su trabajo.

Era evidente que había relación entre ambas cosas, pero sin duda lo mejor era mostrarse ignorante.

–La señora Herzmann viene a terapia conmigo desde hace unas cuantas semanas –repuso Leonie con un deje compasivo en la voz–. No me ha contado a qué se dedica ni en qué trabajaba. La mujer del correo electrónico era una antigua paciente mía que conocía a la señora Herzmann por casualidad. Más no puedo decirles, lo siento.

Leonie sintió la mirada inquisitiva y casi hostil de Meike Herzmann. Mientes, decía esa mirada, y lo sé. Pero no tenía otra opción, debía proteger a Michaela a cualquier precio.

El hombre le dio las gracias y le entregó una tarjeta de visita que ella se guardó en el bolsillo del delantal de jardinera.

–Quizá recuerde alguna otra cosa que pueda ayudarnos –dijo, y le pasó un brazo un momento a la joven por los hombros–. Venga, Meike. Vámonos.

Salieron del patio y Leonie los siguió con la mirada hasta que los vio subir a un coche con matrícula de Frankfurt que estaba aparcado en una de las cinco plazas que había frente a la panadería. Después cerró la verja, echó el cerrojo y entró en la casa. Tenía que hacer una llamada urgente. Muy urgente. No, sería mejor no llamar por teléfono. Durante unos instantes se quedó en el pasillo, indecisa; después fue a buscar la llave del coche, que colgaba en el tablero, junto a la puerta. Se acercaría hasta allí. Tal vez no fuera aún demasiado tarde para contener los daños.

**K**ai Ostermann había tardado tres horas en descubrir que la Policía no tenía constancia alguna del domicilio actual de Kilian Rothemund. Después de salir de la cárcel, había dejado de existir oficialmente. No recibía dinero del Estado, ni el Estado dinero de él. El número de móvil de su agente de la condicional ya no era válido, y en el fijo solo saltaba un contestador automático que enseguida decía que no había posibilidad de dejar ningún mensaje.

–Aquí es. –Pia detuvo el coche delante de una casa con enormes cristaleras, tejado plano y un jardín delantero muy cuidado–. Oranienstrasse, 112.

Bajaron y cruzaron la calle. Todavía era temprano y el asfalto ya estaba ardiendo; la inspectora lo sentía incluso a través de las suelas de sus zapatillas de deporte. Delante del garaje doble había un monovolumen blanco como la nieve, de modo que era probable que encontrasen a alguien en casa. Investigando, Kai

había dado con la antigua dirección de Rothemund en Bad Soden, y Oliver esperaba que los nuevos propietarios supieran qué había sido de los anteriores dueños de la casa.

Pia llamó al timbre que había junto al buzón. Las discretas iniciales de K. H. no desvelaban ningún nombre.

–¿Sí? –se oyó crepitar una voz por el intercomunicador.

–Policía Judicial. Nos gustaría hablar con usted –dijo Pia.

–Un momento.

El momento duró tres minutos largos.

–¿Por qué tardan tanto? –La inspectora se apartó un mechón de pelo de la frente.

Algunas personas abrían la puerta al instante y con curiosidad en cuanto llamaban; a otras, la visita de la Policía Judicial les provocaba vagos sentimientos de culpabilidad y vacilaban ante el encuentro.

–Tal vez estén pasando a toda prisa por la destructora de papel vete a saber tú qué documentos comprometedores –contestó Oliver, y sonrió–. O bajando al sótano el cadáver de la abuela.

Pia le lanzó una reprobadora mirada de medio lado a su jefe. Esa clase de humor tan relajado era algo nuevo en él, igual de nuevo que la costumbre de afeitarse solo de vez en cuando y de haber dejado de llevar corbata. Sin duda Oliver había cambiado esas últimas semanas, y para bien, le parecía a ella, porque nunca había sido del todo fácil trabajar con un jefe que siempre estaba deprimido y con la cabeza en otra parte.

–Muy gracioso.

Pia ya iba a llamar de nuevo cuando se abrió la puerta. Una mujer apareció en el umbral. Cuarenta y tantos, escuálida, muy arreglada. Todavía era atractiva, pero se la veía algo consumida. A partir de los cuarenta, la piel se vengaba sin compasión por el exceso de sol y la falta de grasa corporal.

–Me han pillado en la ducha –dijo para disculparse, y se pasó la mano por el pelo, oscuro y entreverado de canas, que estaba mojado.

–No se preocupe. Por suerte no está lloviendo. –Oliver le enseñó su identificación, se presentó a sí mismo y a su compañera.

La mujer recibió su comentario con una sonrisa insegura.

–¿Qué puedo hacer por ustedes?

–¿Señora...? –empezó a decir el inspector jefe.

–Hackspiel. Britta Hackspiel –informó ella.

–Gracias. Señora Hackspiel, estamos buscando a alguien que vivió una vez aquí. Un tal Kilian Rothemund.

La sonrisa desapareció del rostro de la mujer. Se cruzó de brazos e inspiró

hondo. Todo su lenguaje corporal hablaba de rechazo.

–¿Cómo es que no me extraña? –le espetó con los dientes apretados–. No sé dónde...

Se quedó callada. Luego fue a decir algo, pero cambió de opinión.

–Pasen. No tiene por qué enterarse la mitad del vecindario de que la Policía vuelve a estar aquí.

Oliver y Pia entraron en un vestíbulo acristalado. La casa entera parecía estar hecha de paredes de cristal.

–Kilian Rothemund es mi exmarido. Me separé de él cuando entró en la cárcel. Eso fue en 2001, y desde entonces no he vuelto a verlo. –Britta Hackspiel se esforzaba por mantener la calma por fuera, pero en su interior arreciaba una tormenta salvaje, tal como delataban sus manos, que no dejaban de deslizarse arriba y abajo por sus brazos–. Para mí fue insoportable verme casada con un pedófilo. Por entonces mis hijos todavía eran pequeños, y a posteriori me pregunté muchas veces si ese cerdo perverso no habría abusado también de ellos.

Su voz denotaba una repugnancia y un odio que ni siquiera más de nueve años habían podido mitigar.

–Lo que nos hizo ese hombre a mí, a los niños y a mis padres es inimaginable. La repugnante cobertura mediática fue una pesadilla para todos nosotros. No sé si son capaces de comprender lo humillante y espantoso que es que el hombre al que creías conocer resulte ser un pederasta. –Miró a Pia, y ella intuyó cuán profundas eran las heridas de la mujer–. Nuestros amigos me dieron la espalda, me sentí igual que una inocente condenada a pena de muerte. Muchas veces me he preguntado si tal vez fui yo la responsable. Estuve haciendo terapia durante tres años porque también me sentía culpable.

Las familias de los criminales sentían a menudo esa culpabilidad, se cargaban con la responsabilidad de lo ocurrido. Eso se hacía aún más duro cuando también el círculo de amigos y vecinos ponía distancia. Pia podía imaginar lo terrible que debió de ser verse estigmatizada como la mujer de un pederasta y sentirse corresponsable de sus delitos.

–¿Por qué no se mudó? –quiso saber.

–¿Y adónde? –Britta Hackspiel soltó una carcajada carente de humor–. La casa aún no estaba pagada del todo, me encontré sin dinero. Tras el divorcio todo me correspondió a mí, cierto, pero si mis padres no me hubieran ayudado económicamente, habríamos perdido la propiedad.

–¿Sabe dónde vive ahora su exmarido? –preguntó Bodenstein.

–No. Ni quiero saberlo. El tribunal impuso una estricta orden de alejamiento, y tampoco puede acercarse a sus hijos. Si incumple esas condiciones, volverá de

inmediato adonde debería estar: o sea, la cárcel.

Cuánta amargura... Una mujer herida cuyas cicatrices no podían cerrarse.

Un BMW negro se detuvo frente al garaje doble, junto al monovolumen blanco. De él bajaron un hombre alto con el pelo negro y bastante escaso, un niño y una chica rubia.

–Mi marido y mis hijos –aclaró Britta Hackspiel, nerviosa–. No quiero que sepan cuál es el motivo de su visita.

El niño tenía unos doce años, la chica cerca de catorce, y era una pequeña belleza con grandes ojos oscuros y una tez como de leche y miel. La melena rubia y larga le llegaba hasta la mitad de la espalda, y Pia pudo comprender los temores de su madre. Por un instante pensó en Lilly.

Esa niña debía de tener la misma edad que Lilly cuando Britta Hackspiel se había enterado de las inclinaciones enfermizas de su marido. A la terrible sensación de no conocer en absoluto a su propio cónyuge tuvo que añadir la preocupación por sus hijos y, además, el destierro social. Por desgracia, no era extraño que los padres cometieran abusos sexuales con sus propios hijos; en los microcosmos cerrados de las familias era donde se producía la mayor parte de la violencia y, a pesar de todas las campañas, era un tema que seguía siendo tabú para la opinión pública.

Pia le tendió a Britta Hackspiel una tarjeta de visita.

–Por favor, llámeme si se entera de algo –dijo–. Es muy importante.

La chica subió los escalones de la entrada. Llevaba los auriculares blancos de un iPod metidos en las orejas, y de la bolsa de deporte que le colgaba del hombro sobresalía un palo de hockey.

–Hola, mamá.

–Hola, Chiara. –La señora Hackspiel le sonrió a su hija–. Bueno, ¿cómo ha ido el entrenamiento?

–Súper –contestó la joven sin demasiada emoción, y les dedicó una mirada interrogante, primero a Bodenstein y luego a Pia.

–Bueno –dijo el inspector jefe, y se volvió para marcharse ya–. Muchas gracias por la información. Que pase un buen fin de semana.

–Igualmente. Adiós.

La señora Hackspiel dobló la tarjeta de visita de Pia en un pequeño cuadrado, a lo ancho y después a lo largo. No les llamaría. Seguro que esa tarjeta iría directa al cubo de la basura. Y Pia, en cierto modo, podía entenderlo.

**A** las cuatro de la tarde se expidió una orden de búsqueda y captura contra

Kilian Rothemund por toda Alemania.

En realidad, la fotografía ya no era muy actual; la habían sacado del ordenador de la Policía y era de hacía nueve años, pero una foto antigua era mejor que no tener ninguna imagen. El laboratorio de criminalística de Wiesbaden había dado con más resultados que le otorgaban una perspectiva nueva y muy diferente al caso de Hanna Herzmann. Uno de los vasos que habían encontrado en la mesita del salón de la casa de Hanna había sido lavado superficialmente, pero aun así en el laboratorio pudieron hallar una huella dactilar aprovechable.

–Bernhard Andreas Prinzler –anunció Kai Ostermann esa tarde en la sala de reuniones, delante de toda la K 11 y de Christian Kröger–. Un joven problemático. Su registro de antecedentes penales es tan largo como un rollo de papel higiénico. Homicidio, lesiones graves, posesión ilegal de armas, incitación a la prostitución, coacción, extorsión. El hombre se ha trabajado casi todo el código penal al completo. Su último juicio, sin embargo, se remonta a catorce años atrás. También fue durante muchos años la cabeza visible de los Frankfurt Road Kings.

–El gigante tatuado al que Kornbichler dijo haber visto en el salón de su mujer –señaló Pia–. ¿Y quién era el otro hombre, con el que Hanna Herzmann se marchó después?

–Ese era Kilian Rothemund –contestó Kai–. Sus huellas dactilares están por toda la casa. Ni siquiera se tomó la molestia de limpiar su vaso.

–Al contrario que Prinzler –añadió el inspector jefe–. ¿Por qué limpiaría alguien un vaso si solo ha ido a hacer una visita?

–Puede que no sea más que la costumbre de alguien que se las ha visto muchas veces con la ley –aventuró Christian Kröger.

–O quizá Prinzler tenía previsto regresar –dijo Cem Altunay.

–No sé, eso no tiene mucho sentido. –Pia negó con la cabeza–. Prinzler y Rothemund visitan a Hanna Herzmann, se sientan con ella en el salón y charlan como viejos amigos. Después, la señora Herzmann se marcha con Rothemund. La noche siguiente, este vuelve a la casa y mete algo en el buzón...

–¿Y qué fue lo que metió? –preguntó Kathrin Fachinger.

–Eso no lo sabemos aún. Meike Herzmann no nos contesta al móvil –dijo Pia–. Y seguro que tampoco nos ha devuelto la llamada, ¿verdad, Kai?

–Aquí no ha llamado, no.

Oliver se levantó, buscó el rotulador y añadió los nombres de Kilian Rothemund y Bernd Prinzler a la lista que había en la pizarra blanca. Después tachó los de Norman Seiler y Vinzenz Kornbichler.

–¿Qué me decís de Niemöller? –Se volvió hacia los demás–. ¿Quién ha hablado con él?

–Kathrin y yo –informó Cem Altunay–. No tiene coartada para la noche del jueves. Afirma que se peleó con la señora Herzmann por una cuestión de unas investigaciones. Le había molestado bastante que ella no quisiera desvelarle en qué estaba trabajando. Parece que se fue directo a casa desde Oberursel y se emborrachó en su apartamento de pura frustración. Por desgracia, no tiene testigos de nada.

–Aun así, a mí no me pareció que nos estuviera mintiendo –añadió Kathrin Fachinger–. Y, en serio, ese tipo es un auténtico manta. Por mucho que lo intente, no me lo imagino haciendo algo así.

Oliver Bodenstein no hizo ningún comentario a esa apreciación. Solo con mirar a una persona, rara vez se sabía de lo que era capaz. Tampoco él creía que Jan Niemöller fuese el culpable, pero a través de él esperaba conseguir información útil sobre el entorno de Hanna Herzmann, y en especial sobre el asunto en el que estaba trabajando.

–¿Tenemos novedades del hospital?

–La señora Herzmann sigue sin estar en condiciones de someterse a un interrogatorio –respondió Cem, tomando de nuevo la palabra.

Kathrin y él habían ido al hospital de Höchst, pero la víctima no había recuperado aún la consciencia después de una segunda operación, y los médicos seguían considerando que su estado era crítico.

–Rothemund debe de vivir en algún lugar de las inmediaciones –reflexionó Bodenstein en voz alta–. Fue hasta Langenhain en moto.

–Tengo el domicilio de Prinzler. –Kai levantó la mirada desde su portátil–. Vive en Ginnheim, en Peter-Böhler-Strasse, 143. Me da en la nariz que Rothemund se ha refugiado en casa de su antiguo cliente. De hecho, le debe una. Tal vez os interesará saber que Kilian Rothemund fue el abogado defensor de Prinzler en varios casos. En dos de ellos consiguió que lo declararan inocente de lesiones graves por falta de pruebas.

El inspector jefe asintió con la cabeza. En efecto, aquello sonaba muy prometedor. De todas formas, era presumible que Prinzler no se dejase detener sin ofrecer resistencia.

–Nos vamos inmediatamente para allá –decidió, y consultó su reloj–. Kai, llama a Frankfurt. Quiero por lo menos a seis hombres conmigo como refuerzo. Que se presenten allí a las 17.30 en punto.

Tal vez hubiese suerte y el caso de Hanna Herzmann estuviera resuelto al cabo de un par de horas. Así podrían volver a dedicarse con todas sus energías a la Ninfa, que seguía metida en un congelador del Anatómico Forense de Frankfurt, sin nombre.

Hanna había perdido por completo la noción del tiempo. ¿Cuánto llevaba allí tumbada? ¿Un día? ¿Una semana? ¿En qué fecha estaban? ¿Qué día de la semana era?

La estaba volviendo loca eso de no poder recordar nada de nada. Sin embargo, por mucho que se esforzase, en su cabeza no encontraba más que una niebla impenetrable. Solo se le había borrado un período concreto, porque sabía cómo se llamaba y qué día era su cumpleaños, podía recordarlo todo en detalle hasta la pelea con Jan después de la fiesta de fin de programa.

Esa mañana, antes de que la llevaran a quirófano por segunda vez, los médicos le habían dicho que había sufrido una fractura de cráneo y una grave conmoción cerebral, y que la amnesia temporal no era algo extraño en esos casos. Le aconsejaron que no se presionara, que el recuerdo regresaría por sí solo en algún momento. Fractura de cráneo. Conmoción cerebral. ¿Por qué habían vuelto a operarla? ¿Cómo era que apenas si podía moverse?

La puerta se abrió, la doctora morena a quien ya había visto otras veces se acercó a su cama.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó con simpatía.

Menuda pregunta más estúpida. ¿Cómo se encontraba alguien que estaba en la unidad de cuidados intensivos, había perdido la memoria y ni siquiera recibía la visita de su propia hija?

–Muy bien –murmuró Hanna–. Pero ¿qué me ha pasado? ¿Por qué me han operado?

Al menos a esas alturas había logrado volver a articular palabras más o menos comprensibles. La doctora revisó los monitores que se encontraban detrás de la cama, luego acercó una silla y se sentó.

–Fue víctima de una agresión. La asaltaron y la violaron –dijo con una expresión seria–. En el ataque sufrió heridas internas y externas de gravedad. Hemos tenido que extirparle el útero y un fragmento del intestino, y le hemos colocado una salida artificial como solución temporal.

Hanna miró a la mujer sin decir nada. Iba comprendiendo como en ondas de choque. No había tenido ningún accidente, ¡la habían violado! ¡No podía ser cierto! Eso les ocurría a otras mujeres, pero no a ella. ¡Ella era la que informaba de casos así! Víctima de una agresión. ¡No, no, no! No quería ser una víctima, objeto de curiosidad y de lástima.

–¿Sabe...? ¿La prensa lo sabe? –masculló.

Ya podía ver el titular en las portadas de todos los tabloides: «Hanna Herzmann, brutalmente violada». ¡Y quizá incluso con una fotografía en la que se la viera desamparada y medio desnuda! La sola perspectiva le provocaba



pavor.

Sin embargo, para alivio de Hanna, la doctora negó con la cabeza.

–No, el hospital ha decretado un bloqueo informativo. La Policía, sin embargo, desea hablar con usted.

Claro. La Policía. Porque ahora era una «víctima». Una víctima de violación. Mancillada. Maltratada. Dishonrada. En su programa había conocido a muchísimas mujeres que habían sufrido una violación, había hablado con ellas sobre traumas, miedos y violadores, sobre psicoterapias de meses o años, sobre grupos de ayuda. Había fingido compasión y comprensión, pero en secreto las había despreciado, pensando: «Tú tienes la culpa de que te haya pasado». Si alguien va por ahí provocando como una puta haciendo la calle o se deja intimidar como una liebre asustada, tiene que contar con que algún día la ataquen y la violen. ¿Y de pronto le había ocurrido a ella? La sola idea resultaba por completo insoportable.

–No se presione. Si quiere, puede hablar con una psicóloga.

La doctora posó un momento la mano sobre el brazo de Hanna, que percibió compasión en su mirada. Y eso era lo último que deseaba.

Cerró los ojos. Solo quería dejar de pensar en ello. Lo mejor sería intentar no recordar nunca nada de nada. Si no lo recordaba, quizá podría negar que había ocurrido. En cuanto le fuera posible tenía que llamar a su agente para que se inventara una historia creíble de cara a la prensa y el público, porque no podrían ocultar durante mucho tiempo que algo le había ocurrido. Un accidente estaba bien. Sí, un accidente de tráfico lo podía gestionar. «Algo se le cruzó por la carretera bajo la luz de los faros y ella giró instintivamente el volante a la izquierda.» Hanna se estremeció con un sobresalto al ver esas imágenes con claridad ante sí. Iba en coche de camino a casa cuando le salió al paso un animal. Había logrado esquivarlo y luego... Música a todo volumen. El animal bajo la luz de los faros. Un tejón o un mapache. policía. síganos, por favor. El triángulo de emergencia. Retazos de recuerdos que destellaban a través de la niebla de su cabeza, sin orden y sin invitación. La habían violado. ¿Quién la había encontrado? ¿Unos desconocidos que la habían visto débil, fea y maltratada?

Hanna cerró las manos apretando los puños y luchó contra las lágrimas que nacían de su interior. ¡Dios mío, qué vergüenza! ¿Cómo podría seguir viviendo con ello?

**E**n lugar de los dos coches patrulla solicitados, cuando Oliver, Kröger, Altunay y Pia llegaron a Peter-Böhler-Strasse les estaba esperando una unidad completa

de las fuerzas especiales.

–Pero ¿a qué viene esto? –preguntó Oliver al jefe de operaciones, irritado al ver a los hombres vestidos con el uniforme negro de intervención.

Poco después comprendió que Ostermann, en el aviso, había mencionado que la persona a quien querían detener era un Road King, y eso había hecho que en la central pasaran su solicitud al Departamento de Crimen Organizado y movilizaran a las fuerzas especiales.

–¿Es que pretendíais llamar al timbre y entrar tal cual? –preguntó con desdén el jefe de operaciones.

–Por supuesto –respondió Oliver con frialdad–. Y eso es justo lo que haremos. No quiero montar ningún espectáculo ni provocar al hombre innecesariamente con un montón de máquinas de combate cargadas de testosterona.

El jefe de operaciones torció el gesto con displicencia.

–No me apetece tener que pasarme después horas enteras levantando acta porque el *sheriff* de provincias ha evaluado mal la situación –insistió–. Yo coordinaré la operación. Mis chicos saben lo que tienen que hacer.

Cada vez más transeúntes se fijaban en ellos; los residentes se asomaban con curiosidad a las ventanas o se inclinaban sobre las barandillas de los balcones. Pia sacudió la cabeza con impaciencia. Una vez más, su jefe volvía a perjudicarse a sí mismo con su cortesía innata.

–Si os quedáis los dos aquí discutiendo un rato más, los pájaros se darán cuenta y saldrán volando –terció ella–. Me gustaría volver a casa hoy, en algún momento.

–¿Y a ti quién te...? –empezó a decir el jefe de operaciones, pero su tono de superioridad y su actitud de machito acabaron por desatar la furia de Oliver.

–¡Ya basta! –lo interrumpió con vehemencia–. Vamos a entrar ahora mismo, antes de que se presente aquí la televisión y nuestro objetivo vea su propia casa en directo en *Hessenschau*. Vosotros quedaos abajo y asegurad las salidas.

–Ni siquiera lleváis chalecos antibalas –refunfuñó el hombre, que a todas luces estaba herido en su orgullo–. Uno de mis chicos y yo os acompañamos.

–Si no hay más remedio... –Oliver hizo un gesto de indiferencia y se puso en marcha–. Pero manteneos en segundo plano.

El edificio número 143 era uno de varios bloques de pisos grises y sin sustancia de los años sesenta. Una cálida tarde de sábado, la vida de los residentes se desarrollaba en su mayor parte al aire libre. La gente salía a sentarse al balcón, los niños jugaban al fútbol en el césped que había entre los edificios, un par de jóvenes toqueteaban el motor de un coche. Justo cuando se acercaban a la puerta del portal, esta se abrió. Dos chicas con cochecitos de niños salieron y se los quedaron mirando con desconfianza.

–¿Qué está pasando? –preguntó una al ver a los de las fuerzas especiales.

–Nada. Sigam caminando –le espetó el jefe de operaciones con brusquedad.

Con eso, por supuesto, consiguió justo lo contrario. Las dos chicas se quedaron quietas, y una incluso sacó el teléfono móvil. Pia los apremió. Aquella operación empezaba a causar demasiado revuelo.

–Prinzler –leyó Cem en el cartelito del timbre–. Tercera planta.

En el vestíbulo del edificio olía a comida.

–Pia y yo subiremos en ascensor; vosotros, por la escalera –les dijo Oliver a Altunay y a Kröger, y apretó el botón del ascensor.

–¿No prefieres ir tú por la escalera? –preguntó la inspectora con inocencia.

Conocía por adelantado la respuesta de su jefe, pero no podía evitar tomarle el pelo. El verano anterior, Oliver había fanfarroneado con que perdería un par de kilos sin esas tonterías del gimnasio y los planes dietéticos, solo utilizando siempre la escalera en lugar del ascensor. Desde entonces Pia lo había visto subir escaleras, sí, pero solo dos o tres veces, y cuando no tenía la alternativa de un ascensor en funcionamiento.

Llegó el ascensor.

–Todos los días lamento con amargura haberte confiado mis planes secretos de ejercicio –repuso Oliver cuando las puertas se cerraron tras ellos–. Te estarás burlando de mí hasta el final de mis días por ese comentario expresado con tanta imprudencia por mi parte. Propongo que tomemos la escalera al bajar.

–O sea, como de costumbre. –Pia sonrió significativamente.

Poco después se encontraron ante una puerta llena de arañazos en la que colgaba una corona de flores de plástico cubierta de polvo. El felpudo daba la bienvenida a las visitas. El inspector jefe llamó al timbre. Al otro lado de la delgada puerta de contrachapado se oía una radio a todo volumen, pero no se movía nada. Tras tocar el timbre una segunda vez, la radio enmudeció. El inspector jefe llamó con unos golpes.

Y de repente todo se precipitó. La puerta se abrió un resquicio, los dos agentes de las fuerzas especiales apartaron a Oliver y se abalanzaron contra la puerta, que se estrelló contra la pared. En el interior del apartamento se oyó un grito penetrante, seguido de otro más, un golpe sordo y unas toses de asfixia. Un gato blanco pasó como un rayo por entre las piernas de Pia, salió a la escalera y maulló.

Pia y Oliver entraron en el apartamento y se encontraron con una escena grotesca. Una delicada anciana de rizos blancos peinados de peluquería estaba en el pasillo con un espray en la mano mientras el jefe de operaciones permanecía hecho un ovillo a sus pies, sobre la moqueta gris claro, y el otro agente intentaba apoyarse en la pared. Tosían y les lloraban los ojos. ¡Menuda sorpresa!

–¡Manos arriba! –La anciana dirigió el espray hacia Bodenstein con ganas de usarlo.

Este, que nunca se había visto amenazado por una señora de ochenta y tantos años con las gafas de lectura doradas en la punta de la nariz, obedeció por si las moscas al ver la rabiosa determinación de la mujer.

–¡Tranquila! –dijo–. Me llamo Oliver Bodenstein, soy de la Policía Judicial de Hofheim. Por favor, disculpe la falta de modales de mis compañeros.

–A la abuela nos la llevamos –gruñó el jefe de operaciones mientras se esforzaba por ponerse de pie–. Se las va a ver con una denuncia por agresión.

–Pues yo lo denunciaré a usted por allanamiento de morada –contestó la anciana, batalladora–. ¡Fuera de mi casa, pero ya!

En la escalera se estaban reuniendo cada vez más vecinos que alargaban el cuello y cuchicheaban.

–¿Estás bien, Elfriede? –exclamó un anciano.

–Sí, sí, todo bien –contestó la intrépida dama, que volvió a dejar el espray de gas lacrimógeno en el estante del guardarropa–. Pero voy a necesitar un jerez para que se me pase el susto. –Le lanzó una mirada desafiante a Oliver–. Venga conmigo, joven –le dijo–. Por lo menos usted tiene educación. No como estos dos maleducados que casi me tiran la puerta abajo.

Oliver y Pia la siguieron hasta el salón. Un rústico papel pintado de flores, una camarera llena de baratijas, un sofá tapizado y cargado de cojines bordados, platos y jarras de estaño en una vitrina. El gigantesco televisor de plasma era un anacronismo en mitad de todo aquello. Se hacía difícil imaginar que por allí dentro pasase un hombre de dos metros, tatuado y con vestimenta y botas de motero.

–¿Quieren también una copita? –ofreció la anciana.

–No, muchas gracias –Bodenstein rechazó el ofrecimiento con cortesía.

–Siéntense, por favor. –La mujer abrió la vitrina, que contenía una considerable colección de bebidas alcohólicas, sacó una copa y se sirvió un buen trago de una botella–. ¿A qué se debe este asalto a mi casa?

–Buscamos a Bernd Prinzler –repuso Bodenstein–. ¿Es su hijo, quizá?

–Bernd. Sí, es mi chico. Uno de los cuatro que tengo. ¿No será que ha vuelto a hacer algo malo? –Elfriede Prinzler se echó al cuerpo el jerez sin que se la viera demasiado afectada.

Christian Kröger apareció en el marco de la puerta.

–El piso está vacío –informó–. Tampoco existe ningún indicio de que últimamente se haya alojado aquí nadie más.

–¿Y a quién esperaban encontrar? No será a mi hijo... A ese hace años que no lo veo. –La anciana se sentó en el sillón que estaba colocado mirando al televisor

y soltó una risilla—. Tienen que perdonarme lo del gas lacrimógeno —soltó entonces, algo achispada, y Pia supuso que ese no era el primer jerez que se bebía—, pero por aquí ronda mucha gentuza y por eso siempre tengo el espray cerca. También cuando salgo a comprar, o al cementerio.

—Lo sentimos muchísimo —dijo la inspectora—. Nuestros compañeros han sido un poco exagerados. No pretendíamos asustarla.

—No es para tanto. —Elfriede Prinzler hizo un gesto para dejarlo correr—. ¿Sabe? Tengo ochenta y seis años, a mi edad la vida es bastante aburrida. Hoy por lo menos me ha ocurrido algo. Así podremos hablar de esto un par de semanas.

Estaba bien que se lo tomara con humor. Otras personas, en la misma situación, habrían puesto una denuncia. Y con razón.

—Pero ¿qué era lo que querían de Bernd? —preguntó la señora Prinzler con curiosidad.

—Tenemos un par de preguntas que hacerle —contestó Bodenstein—. ¿Sabe dónde podríamos encontrarlo? ¿Tiene algún número de teléfono de su hijo?

Pia miró a su alrededor y se acercó a un aparador en el que había fotografías enmarcadas de tiempos pasados. En la pared colgaban también fotos de color sepia en las que se veía a una joven Elfriede junto a su marido.

—No, por desgracia no. —La anciana sacudió la cabeza con pesar—. Mis otros chicos vienen de vez en cuando a verme, pero Bernd lleva su propia vida. Ha sido así desde siempre. Alguna vez me llega alguna carta para él, y entonces la reenvío a un apartado de correos de Hanau. —Se encogió de hombros—. Mientras no sé nada de él, estoy contenta. No tener noticias es una buena noticia.

—¿Este de aquí es Bernd? —se interesó Pia señalando una fotografía colocada en un marco plateado. Un Hulk Hogan moreno delante de un coche negro, a su lado una mujer, dos niños y un pitbull terrier blanco.

—Sí —confirmó Elfriede Prinzler—. Una lástima, lo tatuado que va, ¿no le parece? Igual que un marinero, que decía siempre mi marido... Dios lo tenga en su gloria.

—¿De cuándo es la fotografía?

—Me la envió el año pasado.

—¿Podría prestármela? —pidió la inspectora—. Se la enviaré de vuelta la semana que viene.

—Sí, sí, llévesela, no hay problema.

El gato blanco regresó y saltó al regazo de Elfriede Prinzler, donde se puso a ronronear.

—Gracias. —Pia sacó la fotografía del marco y le dio la vuelta. Se trataba de una foto postal de esas que se mandaban hacer en páginas de internet.

«Feliz Navidad 2009 te desean Bernd, Ela, Niklas y Felix. ¡Que te vaya bien, mamá!», decía en la parte de atrás. Hasta los moteros enviaban felicitaciones navideñas a sus madres.

Pia observó el matasellos con atención y saltó de alegría por dentro. La postal estaba sellada en Langenselbold, y en la foto, además, se veía parte de la matrícula del coche.

Un cuarto de hora después salían del edificio, frente al cual se había formado ya una multitud. Cem le dictó por teléfono la dirección del apartado de correos a Kai Ostermann, aunque las probabilidades de que llegaran a saber algo durante el fin de semana eran más bien escasas.

–Una absoluta pérdida de tiempo, todo este operativo –rezongó Kröger de camino al coche–. ¡Menudo desastre!

–No del todo. –Pia le tendió la foto postal, que había metido en una bolsita para pruebas–. Tal vez consigas sacar algo de esto.

–Eres una chica muy lista. –Christian Kröger contempló la fotografía–. ¿A que va a ser el mismo Hummer negro que estuvo frente a la casa de Hanna Herzmann?

Domingo, 27 de junio de 2010

La calle parecía medio muerta bajo la tenue luz de dos farolas. A las cuatro menos diez de la madrugada, ni siquiera en la pensión Rudolph había demasiado movimiento. Todas las ventanas estaban oscuras. Bernd le había insistido en que estuviera ojo avizor por si veía coches desconocidos antes de apearse y abrir la verja. Incluso se había ofrecido a acompañarla él mismo a casa en coche, pero ella se había negado. Condujo hasta el final de la manzana a velocidad de peatón, torció a la izquierda por Haingraben y volvió a incorporarse a Alt Niederhofheim a la altura de la pensión Rudolph otra vez. Nada extraño. Leonie sabía muy bien qué coches eran de los vecinos, y todos los demás que había visto también tenían matrícula del Meno-Taunus. Si la cosa seguía así, al final acabaría sufriendo manía persecutoria. Se detuvo ante la verja de su patio, se apeó y abrió la cancela. El detector de movimiento reaccionó, el foco de encima de la puerta se encendió e inundó el patio con una luz resplandeciente. Descorrió el cerrojo y abrió la gran verja. Lo cierto era que llevaba años viviendo sola y no solía tener miedo, pero desde hacía un par de días le entraba una extraña sensación de vulnerabilidad al anochecer. Sus pálpitos rara vez la engañaban. ¡De haber hecho caso a su instinto y no haber metido a Hanna Herzmann en todo ese asunto, ahora no tendrían esos problemas! El rencor que sentía por esa mujer con aires de superioridad y afán de protagonismo había crecido lo indecible. ¡Por su culpa acababan de tener una pelea muy seria!

Leonie metió el coche en el patio, cerró la verja y volvió a pasar el cerrojo a conciencia. Ya en la casa, fue a la cocina y sacó una botella de cola *light* de la nevera. La lengua se le pegaba a las encías, tenía tanta sed que se bebió el medio litro de golpe. Con una mano escribió un mensaje de texto, tal como habían acordado. «Todo ok, ya estoy en casa.»

Se quitó los zapatos y fue al lavabo que reservaba para los pacientes. Esa espantosa flatulencia llevaba torturándola todo el día, pero no era capaz de ir al retrete en ningún otro lugar. Cuando terminó, abrió un poco la ventana y salió del baño. Una vez fuera, le dio al interruptor de la luz y casi se muere del susto. Justo delante de ella había dos figuras enmascaradas y con gorras de béisbol oscuras bien caladas.

–¿Qué...? ¿Qué hacen aquí? –Leonie intentó que su voz sonara segura, aunque

el miedo hacía que el corazón casi se le saliera por la boca—. ¿Cómo han entrado?

¡Maldita sea! Se había dejado el móvil en la mesa de la cocina. Empezó a retroceder despacio. Tal vez podría subir corriendo la escalera, encerrarse en el dormitorio y pedir ayuda por la ventana. Pero ¿la puerta del dormitorio tenía pestillo? Un paso más hacia atrás, metro y medio hasta la escalera. No mires, se dijo, solo echa a correr y confía en el factor sorpresa. Con un esprint podría conseguirlo. Tensó los músculos y empezó a correr, pero el más grande de los dos hombres reaccionó a toda velocidad. La agarró del brazo y le dio un fuerte tirón que la hizo retroceder con brusquedad. Una mano la asió de la nuca y le lanzó la cabeza contra la pared con tal violencia que cayó de rodillas, aturdida. Al principio vio estrellas, luego todo doble. Un líquido cálido le corrió por la mejilla y goteó desde su barbilla al suelo. Pensó en Hanna y en lo que le había ocurrido. ¿Estarían a punto de darle una paliza y violarla a ella también? A Leonie le temblaba todo el cuerpo, y su miedo se transformó en un pánico descarnado cuando oyó un fuerte ruido. Un instante después, la agarraron de los pies y la arrastraron por el suelo hacia su consulta. Consiguió asir el marco de la puerta y se aferró a él obstinadamente, pataleando con las piernas. Un doloroso puntapié en las costillas la dejó sin respiración y la obligó a soltarse.

—Por favor —jadeó, desesperada—. Por favor, no me hagan nada.

Meike abrió los ojos y tardó varios segundos en comprender dónde se encontraba. Se desperezó con placidez y estiró los brazos por encima de la cabeza. Ante la ventana cantaban los pájaros y por las persianas entraba la luz del sol, que dibujaba líneas relucientes en el brillante suelo de parqué. La noche anterior se le había hecho tarde, Wolfgang y ella habían salido a cenar a Frankfurt y Meike había bebido bastante. Wolfgang había vuelto a ofrecerle que se quedara a dormir en su casa, porque saber que estaría sola en Langenhain no le hacía ninguna gracia. Meike había aceptado la invitación y no le había desvelado que desde hacía unas semanas se alojaba en el apartamento de su amiga de Sachsenhausen, y no en casa de Hanna, porque la espléndida villa blanca de la familia de su padrino le encantaba desde que era niña. De pequeña se había quedado a dormir allí muchas veces, cuando su madre estaba de viaje. La madre de Wolfgang había sido como una tercera abuela para ella. Meike la quería mucho; su suicidio, nueve años atrás, le había supuesto una terrible conmoción. No había entendido por qué alguien que vivía en una casa tan bonita, tenía dinero de sobra y era querida y bien vista en todas partes, decidía



colgarse en el desván. Christine sufría graves depresiones; esa era la explicación que le había dado Hanna entonces. Meike todavía recordaba con viveza su entierro. Fue un día bonito y soleado de otoño, en septiembre, y cientos de personas fueron a despedirse de ella junto a la tumba. Por entonces Meike tenía doce años, y lo que más le había impresionado era que Wolfgang llorase como un niño pequeño. También el padre había sido siempre muy amable, pero Meike le tenía miedo desde una vez que lo vio gritando e insultando a Wolfgang. Poco después del entierro de Christine Matern, Hanna se casó por segunda vez, y Georg, su nuevo marido, sentía unos celos terribles de la amistad entre Hanna y Wolfgang, por lo que dejaron de ir a la villa de Oberursel salvo en contadas ocasiones.

Meike se había pasado todo el día anterior con Wolfgang de aquí para allá, y lo había disfrutado. Él nunca la trataba como a una niña pequeña, ni siquiera cuando todavía lo era. Todos esos años había sido para ella un amigo y un confidente, el único a quien había podido comentarle las cosas que no quería hablar con su padre, y mucho menos con su madre. Wolfgang había ido a visitarla a las diferentes clínicas psiquiátricas, nunca se había olvidado de su cumpleaños, siempre había intentado mediar entre Hanna y ella. De vez en cuando Meike se preguntaba por qué no tenía una mujer a su lado. Desde que sabía lo que era la homosexualidad, le había dado vueltas a si era gay, pero tampoco encontraba indicios de ello. En algún momento le había preguntado a su madre, pero Hanna solo se había encogido de hombros. «Wolfgang es un solitario –le dijo–, siempre ha sido así.»

¡Hanna! Al pensar en su madre sintió mala conciencia. Todavía no había ido a verla al hospital. El día anterior había hablado por teléfono con Irina, que por supuesto ya había estado allí. Pero lo que le contó Irina no había hecho más que acabar de convencerla para retrasar la visita. Se estremeció y se tapó con la sábana hasta la barbilla. Irina le había reprochado cosas que ella no quería oír. En algún momento se acercaría al hospital, pero todavía no. Ese día Wolfgang quería llevarla a comer a la zona vinícola de Rheingau en el Aston Martin descapotable tan molón que tenía. «Para que te distraigas un poco», le había dicho la noche anterior.

El *smartphone* que estaba en la mesilla de noche emitió un tono. Meike alargó la mano, desenchufó el cable del cargador y encendió el teléfono. Las últimas veinticuatro horas había recibido veintidós llamadas anónimas. Por principio, nunca contestaba cuando la llamaban desde un número oculto, y menos aún pensando que podían ser los polis. También había recibido un mensaje de texto.

«Hola, señora Herzmann. Llámeme, por favor. ¡Es importante! Saludos, P. Kirchhoff.»

¿Importante? ¿Para quién? Para ella no.

Meike cerró el mensaje y dobló las rodillas contra el pecho. ¿Por qué no la dejaban en paz de una vez?

La llamada entró en la centralita de la comisaría local a las nueve y diez minutos de la mañana. El agente de guardia informó a Oliver Bodenstein quince segundos después, y este a su vez llamó a Pia, que, sin embargo, ya estaba de camino hacia el hospital de Höchst para ir a ver a Hanna Herzmann.

Mientras el inspector jefe conducía hacia Hofheim, citó a Kai, Cem y Kröger en la comisaría y, llamó al fiscal de guardia para que dictara de inmediato una orden de registro del domicilio de Kilian Rothemund. Tres cuartos de hora después de que entrara la llamada, el equipo al completo menos Pia se había reunido en la comisaría, pero ni siquiera después de escuchar tres veces la grabación hubo nadie que pudiese decir si se trataba de una voz masculina o femenina la que, en tan solo dos frases, les había desvelado lo que hasta entonces ignoraban.

«El hombre al que buscan vive en el camping de Höchster Weg, en Schwanheim. Y ahora mismo está allí.»

Era el primer indicio concreto después de que todos los diarios regionales del sur de Hesse publicaran la fotografía de Kilian Rothemund.

–Que envíen dos coches patrulla al camping –ordenó Bodenstein al agente de guardia–. Nosotros vamos ahora mismo. Ostermann, cuando llegue la orden de registro, me...

Se interrumpió. Sí, ¿qué?

–... te la reenvío enseguida, adjunta en un correo electrónico a tu iPhone, jefe –terminó de decir Kai, asintiendo.

–¿Eso puede hacerse? –preguntó Bodenstein, sorprendido.

–Claro. La escaneo y ya está. –Ostermann sonrió.

En realidad, Oliver ya había aprendido a usar el *smartphone* bastante bien, pero las técnicas de comunicación modernas seguían abrumándolo un poco.

–¿Y cómo...?

–Yo sí sé cómo va –lo interrumpió Kröger con impaciencia–. Venga, salgamos ya, antes de que ese tipo se nos escape otra vez de las manos.

Media hora después habían llegado al camping de la orilla del Meno. Dos coches patrulla esperaban en el aparcamiento, delante de una construcción baja y pintada de amarillo que albergaba una cafetería con el rimbombante nombre de «Main-Riviera» y los servicios para los residentes del camping. Bodenstein dejó

la americana en el coche y se arremangó la camisa, que ya se le pegaba a la espalda aunque todavía era temprano. Junto a unos contenedores de basura llenos hasta arriba que desprendían un olor desagradable, contra la pared del edificio se amontonaban cajas de botellas vacías hasta la altura del canalón. Una ventana abierta y con la tela metálica rota dejaba atisbar una cocina sucia y estrecha. Había platos y vasos usados en todas las superficies disponibles, y Oliver se estremeció solo con pensar en verse obligado a comer algo que hubiesen preparado allí.

Uno de los agentes uniformados había localizado al encargado del Main-Riviera. Bodenstein y Kröger entraron en la zona pavimentada con losas de hormigón que un gran cartel tenía la desfachatez de anunciar como «Restaurante con terraza». Tal vez las guirnaldas de lucecitas y las palmeras de plástico, sumadas a un elevado nivel de alcoholemia, consiguieran sugerir por la noche una especie de atmósfera vacacional; bajo aquel sol cegador, sin embargo, la fealdad y el desgaste lucían en todo su esplendor. Esa clase de sitios deprimían muchísimo a Oliver.

El matrimonio de encargados estaba sentado a una mesa con mantel de hule bajo una sombrilla descolorida, tomándose con calma un desayuno que parecía consistir solo en café y cigarrillos. El calvo demacrado pasaba las páginas del dominical *Bild am Sonntag* con dedos teñidos de amarillo nicotina, y no pareció alegrarse demasiado de recibir una visita policial a primera hora de un domingo. Llevaba unos pantalones de cocinero a cuadros y una camiseta cuyo tono amarillento daba a entender que ninguna de las dos prendas había visto una lavadora en mucho tiempo, cosa que corroboraba el intenso olor a sudor rancio que despedía.

—No lo conozco —masculló después de mirar sin ningún interés la fotografía que Kröger le puso delante de las narices.

Su mujer tosió y apagó el cigarrillo en un cenicero que estaba a rebosar.

—A ver. —Y extendió la mano.

Dedos como salchichas, llenos de anillos dorados y con las uñas pintadas de rojo, los ojos maquillados de negro y el pelo cardado y con un flequillo que debió de estar de moda en su juventud, sobre los años sesenta. Irma la Dulce en versión Schwanheim. Era grandota, rellenita y enérgica, y seguro que los clientes borrachos no suponían ningún problema para ella. Un olor dulzón a basura descompuesta flotaba por toda la terraza. El inspector jefe torció el gesto y contuvo la respiración.

—¿Conoce a este hombre? —preguntó con voz ahogada.

—Sí. Es el letrado —dijo la mujer después de examinar la fotografía en detalle—. Ese tipo vive en el número 49. Por el camino de ahí. Una caravana con avance

verde.

El gruñón del marido le lanzó a su mujer una mirada rabiosa a la que ella no hizo ningún caso.

–No quiero complicaciones. –Le devolvió la foto a Kröger–. Si nuestros inquilinos tienen bronca con los polis, no es problema mío.

A Oliver le pareció una actitud muy sana. Le dio las gracias y se alejó enseguida del Main-Riviera y de sus encargados, que empezaron a discutir a voz en grito. Tenían que encontrar esa caravana antes de que el calvo avisara a Kilian Rothemund por el móvil. Envió a los agentes a buscarlo en todas direcciones, pues en aquella gran explanada no había una secuencia lógica de números de parcela que indicara dónde podía estar. Cem Altunay encontró por fin la caravana del número 49, casi en el extremo contrario del recinto. El avance debió de ser verde en algún momento de los últimos cuarenta años, pero al menos la numeración coincidía. Frente a la *roulotte* de la parcela contigua había un par de jóvenes sentados en sillas de jardín que los miraron con curiosidad.

–Ahí no hay nadie –exclamó uno que llevaba una camiseta de la selección alemana.

Estupendo.

Los jóvenes solo iban allí los fines de semana de verano para montar fiestas, según les dijeron. La *roulotte* era del tío del patriota forfofo. No conocían demasiado a su vecino, pero sí lo identificaron por la fotografía sin dudar. Kilian Rothemund había recibido la visita de un tipo que iba en Harley la noche anterior, y esa mañana se había marchado con su escúter. Ellos nunca habían hablado mucho con él, sus conversaciones se habían limitado casi siempre al saludo.

–No se relaciona demasiado con nadie de aquí –dijo el chico–. Casi siempre está metido en su caravana, sentado delante del portátil. De vez en cuando tiene alguna visita, de gente rara. En el bar de allí delante me contaron que antes era abogado, pero que ahora trabaja en un puesto de patatas fritas. En fin, así es la vida.

Oliver pasó por alto ese último comentario de la sabiduría popular.

–Sus visitas –quiso saber–, ¿qué clase de gente son? ¿Hombres, mujeres?

–De todo. He oído decir que se presta a ayudar cuando alguien tiene problemas con la Administración o cosas por el estilo. Es como el abogado del camping, por así decirlo.

Sus amigos se echaron a reír.

El sobrino del propietario de la *roulotte* dijo estar dispuesto a actuar como testigo durante el registro de la caravana, que Kröger ya había abierto sin dificultad.

–¿Qué tengo que hacer? –preguntó el chico con curiosidad, y cruzó por entre el seto seco.

–Nada. Solo quedarte en la puerta y observar –contestó Bodenstein mientras atravesaban el avance.

–Pero no toques nada –advirtió Kröger, que se había puesto un mono, guantes de látex y fundas para los zapatos.

En el interior de la caravana olía a humedad, pero todo estaba limpio y recogido. Kröger abrió los armarios.

–Ropa, cazuelas, libros... Está todo aquí –comentó–. La cama está hecha, pero el portátil no lo veo por ningún lado.

Revolvió en los pocos cajones que había, y sacó una fotografía arrugada de debajo de una pila de calzoncillos.

–El que ha sido pederasta, lo es toda la vida.

Puso cara de asco y le pasó a Oliver la foto, en la que se veía a una niña rubia muy guapa, de cinco o seis años.

–Esa es su hija –dijo el inspector jefe–. Ahora tiene unos catorce años. Pero le prohibieron verlos, a su hijo y a ella.

–Es comprensible. –Kröger prosiguió con el registro, pero a primera vista no encontró nada sospechoso ni comprometedor–. Llamaré a mis chicos –anunció–. Vamos a poner todo esto patas arriba. ¿Kai te ha enviado ya la orden de registro?

–Pues..., no sé. –Oliver se sacó el *smartphone* del bolsillo del pantalón–. ¿Cómo lo compruebo?

Kröger le quitó el aparato y apretó el botón de inicio.

–Ni siquiera le has puesto un código de seguridad –constató con desaprobación–. Si pierdes este trasto, cualquiera podrá hacer llamadas con él.

–Es que siempre se me olvida la contraseña –reconoció Bodenstein–, y la cosa se complica bastante cuando marco tres veces el pin incorrecto.

–¡Madre mía! –Kröger sacudió la cabeza y sonrió. Tocó el icono del sobre, junto al que había un «1» que indicaba un mensaje nuevo–. Aquí está el correo de Kai. Mira, tienes que ir descendiendo por el texto y ahí está el vínculo al pdf.

–Hazlo tú –le pidió Bodenstein a su compañero, y luego alargó la mano para recuperar el teléfono–. Voy a llamar a Pia.

Christian Kröger soltó un suspiro.

–Espera, me reenviaré el mensaje, así podrás llamarla ahora mismo. De verdad, Oliver, necesitas urgentemente un curso básico para manejarte con la tecnología moderna.

Bodenstein le dio la razón en silencio. Ahora que Lorenz ya no vivía en casa, tenía la sensación de haber perdido la oportunidad de ponerse al día. Aunque quizá su sobrino de ocho años pudiera ayudarle sin que nadie se enterase.

Kröger le devolvió el teléfono y él marcó el número de Pia, pero en ese mismo instante le entró una llamada. ¡Inka! ¿Qué podía querer de él un domingo por la mañana?

–Hola, Oliver –saludó–. Dime, ¿tienes presente lo de Rosalie?

–¿Lo de Rosalie? –Oliver arrugó la frente. ¿Se había perdido algo, lo había olvidado?–. ¿Qué le pasa?

–Hoy a las doce tiene el concurso de cocineros en el Radisson Blu –le recordó Inka–. Como Cosima no puede ir, nosotros le habíamos prometido que estaríamos con ella.

¡Mierda! ¡Lo del concurso se le había ido completamente de la cabeza! Era cierto que le había hecho a su hija la solemne promesa de ir a verla, porque el solo hecho de participar era ya una enorme distinción. La comprensión de Rosalie ante sus ausencias a causa de motivos laborales solía tender a cero, y su cuñada Marie-Louise se lo echaría en cara de por vida.

–¿Qué hora es ya? –preguntó.

–Las once menos veinte.

–La verdad es que se me había olvidado –reconoció Oliver–, pero desde luego que iré. Gracias por recordármelo.

–De nada. Entonces, lo mejor será que quedemos a las doce menos cuarto justo delante del hotel, ¿de acuerdo?

–Eso es. Hasta dentro de un rato.

Colgó y soltó un reniego bastante vulgar, cosa que no hacía nunca. Con ello se ganó una mirada estupefacta por parte de Christian Kröger.

–Tengo que irme. Asuntos familiares. Que Pia me llame si ocurre algo.

Al final se había quedado dormida de puro agotamiento, aun en esa postura tan incómoda. La habitación estaba toda a oscuras, salvo por un par de estrechas líneas de luz que se colaban por entre las persianas bajadas y le desvelaron que fuera era pleno día. ¿Cuánto habría dormido? La esperanza de que lo ocurrido por la noche solo hubiese sido un sueño se evaporó en cuanto sintió el dolor que le provocaban las bridas para cables al clavársele en las muñecas. La cinta americana que le habían pegado en la boca y con la que le habían dado varias vueltas a la cabeza estaba bien firme y le tiraba desagradablemente del pelo cada vez que movía el cuello. Eso era lo de menos, sin embargo. La habían atado a una silla en mitad de su consulta; los tobillos contra las patas, las manos a la espalda, tras el respaldo. Por su torso cruzaba una cuerda de nailon que la fijaba a esa maldita silla. Lo único que podía mover era la cabeza. Aunque estaba en

una situación más que peliaguda, por lo menos seguía con vida, no le habían dado ninguna paliza ni la habían violado. ¡Si al menos no tuviera tantísima sed y no sintiera esa presión en la vejiga!

Sonó el teléfono del escritorio. Tras el tercer timbre oyó su propia voz. «Buenos días, ha llamado al teléfono de la consulta psicoterapéutica de Leonie Verges. No estaré localizable hasta el 12 de julio. Por favor, deje un mensaje y me pondré en contacto con usted enseguida.»

El contestador automático emitió un pitido, pero el que llamaba no decía nada. Lo único que se oía era una respiración ronca, más bien un jadeo.

–Leonie...

Se estremeció asustada al oír esa voz, y entonces comprendió que procedía del teléfono.

–¿Tienes sed, Leonie? –Estaba claro que era una voz distorsionada–. Pues aún tendrás muchísima más. ¿Sabías que morir de sed es casi la forma de muerte más dolorosa que existe? ¿No? Mmm... Por regla general sucede lo siguiente: tres o cuatro días sin agua y estás muerto. Pero, cuando hace tanto calor como ahora, la cosa va mucho más deprisa. Los primeros síntomas aparecen más o menos tras un día, o día y medio. La orina se vuelve muy oscura a causa de la falta de agua, casi naranja, y luego dejas de sudar. El cuerpo reabsorbe todo el líquido de los órganos que no considera primordiales. Estómago, intestino, hígado y riñones se encogen. Eso no es bueno para la salud, sin duda, pero no provoca una muerte inmediata. Lo bueno es que, como muy tarde para entonces, ya no tendrás que hacer pipí.

La voz soltó una carcajada maliciosa, y Leonie cerró los ojos.

–El agua se reserva para los órganos que sí son importantes para la supervivencia: el corazón y el cerebro. Pero en algún momento también estos se secan. El cerebro deja de funcionar bien. Empiezas a tener alucinaciones, ataques de pánico, ya no puedes pensar con claridad. En fin, y entonces caes en coma. Después ya es solo cuestión de horas hasta que mueres... No es una perspectiva agradable, ¿verdad?

De nuevo esa risa repugnante.

–¿Sabes, Leonie? Uno debería ser más cuidadoso eligiendo a las personas que frecuente. Tú has elegido a la peor escoria de la humanidad. Y por eso ahora, desgraciadamente, tendrás que morir de sed. Fuiste muy amable colgando un cartel en la puerta. Así por lo menos no te molestará nadie hasta que caigas en coma. Y si alguien te encuentra dentro de unos días, con algo de suerte serás un cadáver la mar de elegante. A menos que una mosca se cuele en tu casa y te ponga huevos en los agujeros de la nariz, o en los ojos... Pero eso a ti ya no debería importarte. Bueno, que te vaya bien. Y no te lo tomes a mal. Todos

tenemos que morir algún día.

La risa burlona resonó en los oídos de Leonie, luego se oyó un chasquido y se hizo el silencio. Hasta ese momento, la terapeuta se había consolado pensando que estaba casi ilesa y que pronto la encontraría alguien, pero entonces empezó a comprender lo desesperado de su situación y el miedo la golpeó como una maza. El corazón se le puso a mil, el sudor empezó a salirle por todos los poros. Tiró con angustia de sus ataduras, pero eran tan firmes e implacables que no cedieron ni un milímetro. Reprimió con todas sus fuerzas las lágrimas que sintió nacer en su interior. No solo porque cada lágrima derramada significaba un peligroso derroche de los recursos líquidos de su cuerpo, sino porque además tenía miedo de que se le taponara la nariz y acabara asfixiándose por no poder respirar por la boca.

¡Estate tranquila!, se suplicó en silencio, pero por desgracia era más fácil decirlo que hacerlo. Estaba en su casa, y era cierto que en la puerta colgaba un cartel que había colocado ella misma como una tonta: «Vacaciones hasta el 11 de julio». El cartel y las persianas bajadas transmitían una señal clara. El móvil estaba en la mesa de la cocina, el teléfono fijo en el escritorio, a cinco metros de la silla y, por tanto, inalcanzable. ¿Cuánto tiempo llevaba allí metida? Leonie cerró los puños y volvió a abrirlos, le dolían una barbaridad, como si se le hubiese cortado la circulación. Intentó torcer la mirada hacia atrás por encima del hombro, porque allí colgaba un reloj en la pared, pero estaba demasiado oscuro como para distinguir nada. No podía esperar ninguna ayuda del exterior, así que debía ayudarse ella misma. O morir.

Emma estaba tan fuera de sí que no vio el semáforo en rojo del cruce hacia Kronberg y estuvo a punto de chocar contra el maletero del coche que frenó delante de ella. Se aferró con ambas manos al volante y soltó una palabrota cargada de rabia.

Diez minutos antes, Florian la había llamado desde la sala de urgencias del hospital de Bad Homburg, adonde había llevado a Louisa. ¡Habían estado en Wehrheim, en una granja de ponis, y la niña se había caído de un caballo! Habían comentado cientos de veces que Louisa todavía era muy pequeña para eso, y que era preferible esperar uno o dos años antes de que practicara actividades como montar en poni. Pero seguro que le había suplicado a su padre y él, como quería ganar puntos a toda costa, se había dejado convencer. El semáforo se puso en verde y Emma torció hacia la izquierda en dirección a Oberursel. Iba a mucha más velocidad de lo que estaba permitido, pero le daba



igual. Florian no le había dicho qué le pasaba a Louisa, pero si la había llevado al hospital no sería una tontería. Ya se imaginaba a su hija pequeña con los huesos destrozados y llena de heridas abiertas. Lo único bueno de esa catástrofe era que enseguida podría llamar a Protección de Menores e insistir en que la niña tenía que volver a casa con ella por las noches. Eso de quedarse a dormir en a saber qué pensiones o apartamentos desconocidos se había acabado.

Veinte minutos después irrumpió en el vestíbulo del hospital. En la sala de espera de urgencias no había un alma, así que dio varios golpes a la puerta de cristal opaco, que estaba cerrada. Pasaron un par de minutos hasta que por fin alguien se dignó abrirla.

–Les han traído a mi hija –le espetó Emma–. Quiero verla. Ahora mismo. Se ha caído de un poni y...

–¿Cómo se llama? –El jovencuelo con bata azul hospitalaria estaba acostumbrado a los familiares exaltados y no se dejó impresionar ni perdió la calma.

–Finkbeiner. ¿Dónde está mi hija? –Ella intentó mirar por encima del hombro del joven, pero lo único que vio fue un pasillo vacío.

–Acompáñeme.

Emma lo siguió con el corazón en un puño hasta una de las salas de consulta.

Louisa, pequeña y pálida, estaba tumbada en una camilla con una gran venda blanca en la frente y el bracito izquierdo entablillado. Su madre estuvo a punto de echarse a llorar de puro alivio al ver a la niña viva ahí delante.

–¡Mamá! –susurró la pequeña, y levantó una mano sin fuerzas.

A Emma se le rompió el corazón al ver esa imagen.

–¡Ay, cariño mío!

No se fijó en su marido, que estaba allí al lado como un pasmarote, y tampoco en la doctora. Emma abrazó a su hija y le acarició una mejilla. Era tan delicada..., y tenía una piel tan transparente que casi se le veían las venas. ¿Cómo podía Florian exponer a esa frágil criaturita a semejante peligro?

–No estés enfadada con papá –dijo Louisa en voz baja–. He sido yo, que quería montar a caballo.

En un recoveco de su corazón se encendió una llama de ira y celos. ¡Era increíble cómo la había manipulado Florian!

–¿Señora Finkbeiner?

–¿Qué tiene mi hija? –Emma miró a la doctora a la cara–. ¿Se ha roto algo?

–Sí, el brazo izquierdo. Por desgracia, la fractura se había desplazado un poco, así que hemos tenido que operar. La conmoción cerebral se le habrá pasado dentro de unos días –repuso la doctora, una mujer nervuda con una melena rubio rojizo cortada a lo paje y unos ojos claros de mirada despierta–. Aparte de eso...

Hizo una pausa.

–¿Sí? ¿Qué? –preguntó Emma, nerviosa. ¿Es que aquello no era ya bastante malo?

–Quisiera hablar con ustedes dos. La enfermera Jasmina se quedará con Louisa todo el rato. Acompañenme.

Emma no se veía capaz de dejar a su hija sola en esa sala de consultas tan grande y aséptica, pero siguió a la mujer y a Florian a la habitación contigua. La doctora se sentó tras un escritorio y les señaló dos sillas para ellos. Emma se sentó a disgusto junto a su marido, tratando de no tocarlo.

–Resulta algo desagradable decir esto, pero... –La doctora paseaba la mirada entre Florian y Emma–. Su hija presenta heridas que nos hacen sospechar que podría... haber sufrido abusos.

–¿Cómo dice? –preguntaron Emma y Florian al unísono.

–Tiene magulladuras y moratones en la cara interior de un muslo, y heridas en la vagina.

Por un momento se hizo un silencio sepulcral. Emma se había quedado paralizada a causa del horror. ¿Louisa, víctima de abusos?

–¡Me parece que ha perdido usted el juicio! –Florian se levantó de un salto. Su rostro tan pronto se ponía rojo como perdía todo el color–. ¡Mi hija se ha montado en un poni, y puede que haya tenido una mala caída! Yo también soy médico y sé que esas heridas pueden producirse en un accidente así.

–Tranquilícese, por favor –dijo la doctora.

–¡No pienso tranquilizarme! –gritó Florian, iracundo–. ¡Las acusaciones que está lanzando son increíbles! ¡No pienso permitirselo!

La doctora levantó las cejas e irguió la cabeza.

–Solo es una sospecha –repuso con serenidad–. Estamos todos muy sensibilizados. Desde luego que esas heridas pueden tener un origen muy diferente, pero también es cierto que son bastante típicas de abusos sexuales, y no son recientes. Tal vez deberían reflexionar con calma y pensar si su hija ha cambiado en los últimos tiempos, si muestra alguna conducta llamativa que antes no le hubieran notado. ¿Está más callada, o más agresiva?

Emma no pudo evitar pensar en el lobo de peluche destrozado y en el berrinche de hacía poco en el jardín de sus suegros. Sintió mucho frío y empezó a temblar por dentro. Cuando le había hablado a Florian del comportamiento extraño de la niña, él había minimizado su inquietud con la explicación de que era una fase normal del desarrollo. ¿De verdad lo era? Su instinto le había dicho en ese momento que a su hija le pasaba algo. ¡Dios santo! Sus manos se aferraron a los reposabrazos de la silla. No se atrevía a dar forma al pensamiento atroz que le cruzó por la cabeza, pero ya no había forma de apartarlo. ¿Y si era

Florian quien había abusado de su propia hija, que tanto lo idolatraba y confiaba en él? ¿Y si ella misma había abierto incluso la puerta a esos abusos al echar a su marido de casa?! Continuamente oía y leía cosas acerca de barbaridades semejantes que tenían lugar a puerta cerrada, padres que violaban a sus hijas y las dejaban embarazadas y les inculcaban que no debían contárselo a nadie. Emma nunca había podido creer que las esposas y madres no se dieran cuenta de nada, pero ¡tal vez sí era posible!

No era capaz de mirar al hombre cuyo hijo llevaba en su vientre. El padre de Louisa. Su marido. De repente le parecía un extraño, como si lo viera por primera vez.

Pia bajó la tapa del retrete y se sentó. Con un trozo de papel higiénico se secó el sudor frío de la frente y se obligó a respirar despacio y con regularidad. Le había costado Dios y ayuda llegar desde la habitación de Hanna Herzmann, que estaba en la unidad de cuidados intensivos, hasta el servicio de señoras, donde había vomitado hasta la primera papilla. La primera vez que le ocurrió aquello fue el año anterior, durante la autopsia de una víctima de asesinato. Solo se había enterado Henning, que no le había dicho nada a nadie. Desde entonces, de vez en cuando le pasaba que la tensión le bajaba en picado al ver a una víctima de agresión, y se mareaba tanto que tenía que devolver.

Pia se levantó apoyándose en el lavabo y se miró en el espejo, desde el cual le devolvió la mirada un fantasma pálido con ojeras oscuras. Ni ella misma sabía por qué, después de veinte años en la Policía, de pronto algo así la afectaba tanto. De momento no lo había comentado con nadie, ni siquiera con Christoph, y mucho menos con sus compañeros de trabajo, porque no le apetecía en absoluto que el jefe la enviara al servicio psicológico, y quién sabía si acabar condenada a trabajos de oficina. También habría podido evitar esa clase de situaciones, desde luego, inventarse excusas o enviar a otros agentes, pero había tomado la decisión de no hacerlo. Si cedía ante esa debilidad, ya podía ir pensando en colgar los hábitos.

Un cuarto de hora después salió del servicio, bajó a la planta baja en ascensor y fue hacia su coche. Oliver la había llamado un par de veces al móvil; le devolvió la llamada, pero su jefe no contestó.

Cuando llegó a la comisaría, todavía estaba muy impresionada por la visita que le había hecho a Hanna Herzmann. Leer las consecuencias de una violencia brutal en un acta forense objetiva era algo muy diferente a verlas con sus propios ojos. Aquella mujer ya no se parecía a sí misma; tenía la cara terriblemente

desfigurada a causa de los hematomas, el cuerpo repleto de contusiones, magulladuras y verdugones. Pia se estremeció al recordar la mirada inerte y apagada de Hanna, que se había cruzado con la suya apenas unos segundos antes de que la mujer volviera a cerrar los ojos.

La inspectora conocía por experiencia propia la sensación de sentirse violada y sucia. El verano de después del bachillerato, durante las vacaciones, había conocido a un joven que no quiso aceptar que para ella solo había sido un ligue de verano. La siguió hasta Frankfurt, la acosó y al final la atacó y la violó en su casa. Pia le había ocultado esa experiencia incluso al que más tarde fuera su marido. Siempre intentaba reprimir ese recuerdo y olvidarlo, pero no lo había conseguido. Ninguna mujer que hubiese experimentado lo que era no poder defender su integridad física ante la furibunda resolución de un hombre podía olvidar jamás ese humillante sentimiento de desamparo, los interminables minutos de miedo absoluto y la pérdida de control sobre su cuerpo y su voluntad. Pia no pudo soportar volver a estar en la casa donde le había ocurrido aquello, dejó la carrera de Derecho después de dos semestres y se metió en la Policía. En ocasiones había reflexionado sobre qué la había llevado a tomar esa decisión, y estaba segura, aunque había sucedido de una forma más bien subconsciente, de que la violación había jugado un papel crucial. Como policía se sentía en situación de defenderse. Y no era por esa pistola que tenía permiso para llevar. Su percepción de sí misma se había transformado y, además, durante su entrenamiento había aprendido a imponerse en un enfrentamiento a pesar de estar en una posición de inferioridad física.

Entró en su despacho, y no se extrañó de encontrar a Kai sentado a su escritorio a pesar de que era fin de semana.

–Los demás todavía siguen en el camping de Schwanheim –le informó su compañero–. Rothemund ya no estaba allí cuando se han presentado en su caravana.

–Pues estupendo... –Pia lanzó su mochila sobre una de las sillas para visitas y se sentó tras la mesa. Todavía tenía el estómago revuelto–. ¿Dónde está el jefe?

–Ha salido a no sé qué misión secreta familiar. El jefe ahora eres tú.

Y encima eso.

–Por cierto, han llegado nuevos resultados del laboratorio –anunció Kai–. El espermatozoides que se encontró en la vagina de Hanna Herzmann, según los análisis de ADN, pertenece sin ninguna duda a Kilian Rothemund. He enviado una patrulla a visitar a Vinzenz Kornbichler, y el hombre ha señalado con seguridad la foto de Rothemund de entre un cuarteto de delincuentes. Es con el que se marchó la víctima la otra noche.

Pia asintió despacio. Eso corroboraba las sospechas contra Rothemund.

Aunque no le sorprendía, de algún modo no acababa de verle el sentido. Abrió la foto de Rothemund en el POLAS, el sistema de búsqueda informatizado de la Policía, y se la quedó mirando, pensativa.

¿Qué había hecho Hanna Herzmann para ganarse un odio tan profundo? A primera vista, Kilian Rothemund parecía un hombre cultivado y no precisamente antipático. ¿Qué abismos se escondían tras esos ojos azules y ese rostro de rasgos marcados?

–¿Sabes lo que se me ha ocurrido? –dijo Kai, sacándola de su ensimismamiento.

–No.

–Según los análisis del agua del cauce, a nuestra Ninfa la tiraron al río en algún lugar cerca de donde el Nidda desemboca en el Meno. El camping en el que vive Rothemund queda solo a un par de kilómetros río arriba.

–¿Quieres decir que podría tener algo que ver con la Ninfa? –preguntó Pia.

–Puede que esté un poco pillado por los pelos –admitió Kai–, pero las heridas de la Ninfa y las de la señora Herzmann se parecen. A las dos las penetraron por vía vaginal y anal, ambas presentan heridas causadas por golpes con objetos romos.

La mirada de la inspectora volvió a fijarse en la foto de Rothemund que tenía en pantalla.

–Y se le ve tan normal... Casi simpático –comentó.

–En fin. Nadie puede ver lo que se esconde dentro de la cabeza de una persona.

–¿Y qué pasa con el ADN que encontraron en la Ninfa? –preguntó Pia–. ¿Hay alguna novedad al respecto?

–No. –Kai negó con la cabeza e hizo una mueca–. Y eso, por desgracia, hace que mi teoría sobre Rothemund como asesino de la Ninfa se tambalee. Ese otro ADN no está registrado, ni siquiera por la Interpol.

A Pia le sonó el móvil. Era Christian Kröger. Su equipo y él habían terminado con la caravana del sospechoso.

–¿Habéis encontrado algo interesante? –quiso saber la inspectora. Su estómago había tenido tiempo de recuperarse y empezó a rugirle sonoramente.

–Esa caravana tiene una limpieza clínica. La cama está hecha con sábanas nuevas, lo han desinfectado todo a conciencia con un limpiador clorado. Incluso lo han vertido por los desagües. En la puerta solo hemos encontrado un par de huellas desdibujadas. Lo único que tal vez podría ser interesante es un pelo.

–¿Un cabello?

–Un cabello largo y castaño oscuro. Estaba metido entre el tapizado del banco de rincón. Un momento, no cuelgues, Pia...

La inspectora oyó cómo Kröger hablaba con alguien.

Hanna Herzmann tenía el pelo largo y oscuro. ¿Se la había llevado Kilian Rothmund a su casa el miércoles por la noche? ¿Había estado en la caravana? Pero ¿qué unía a esos dos? ¿No estarían las investigaciones de Hanna relacionadas con los Road Kings?

—Oye, ¿qué resultado ha dado la consulta de datos sobre el coche de Bernd Prinzler? —le preguntó Pia a Kai mientras la conversación de Kröger parecía convertirse en una dilatada discusión.

—Por desgracia, también eso es un callejón sin salida. —Kai dio un sorbo al café. Era adicto a la cafeína, bebía un café negrísimo de la mañana a la noche, y ni siquiera le molestaba que se quedase frío—. El coche sí está registrado a nombre de Prinzler, pero con la dirección de su madre. Como mucho podríamos incordiarle un poco por no haber comunicado el cambio de domicilio dentro de plazo.

La inspectora soltó un suspiro. Ese caso era complicado hasta decir basta. Meike Herzmann no llamaba. El principal sospechoso de los hechos estaba huido, el segundo sospechoso ofrecía un clásico ejemplo de lo fácil que resultaba en Alemania ocultarse tras apartados postales o direcciones falsas. Nadie parecía saber en qué asunto estaba trabajando Hanna Herzmann, y la compañía telefónica se tomaba su tiempo en ofrecer los listados detallados de llamadas del móvil de la periodista.

—Aquí estoy otra vez. —Kröger parecía mosqueado—. Te digo de verdad que odio, ¡odio!, que los fiscales se entrometan en mi trabajo.

—¿Un fiscal en el registro de una caravana?

—El fiscal superior Frey en persona, nada menos. —El jefe de rastros resopló.

Hablaron un poco más, pero entonces Pia recibió otra llamada entrante. La aceptó con la esperanza de que fuera Meike Herzmann, aunque el número no le decía nada.

—¿Pia? Soy yo, Emma. ¿Molesto, llamo en buen momento?

La inspectora tardó un par de segundos en comprender quién era. La voz de su antigua amiga del colegio sonaba temblorosa, casi como si estuviera a punto de llorar.

—Hola, Emma —repuso—. No molestas, no. ¿Qué ocurre?

—Es que... Yo... tengo que hablar con alguien —respondió su amiga—. He pensado que tú podrías aconsejarme o que quizá conozcas a alguien. Louisa, mi hija, ha tenido que ir al hospital. Y allí..., la doctora... Ay, no sé ni cómo decirlo.

Soltó un sollozo.

—Louisa tiene unas heridas que podrían indicar que..., que han abusado sexualmente de ella.

–Dios mío.

–Pia, ¿crees que podríamos vernos?

–Sí, claro que sí. ¿Cómo lo tienes ahora mismo? –Consultó su reloj. Faltaba poco para la una–. ¿Conoces el restaurante Gimbacher Hof, entre Kelkheim y Fischbach?

–Sí, claro. Lo conozco.

–Podría estar allí dentro de veinte minutos. Nos tomamos un café y me lo cuentas todo, ¿vale?

–Sí, vale. Gracias. Hasta ahora.

–Hasta ahora. –Pia guardó el teléfono, se levantó y se echó la mochila sobre el hombro–. Imagínate, Kai, el fiscal superior Frey acaba de presentarse en el registro de la caravana de Rothemund.

–No me extraña –repuso su compañero sin apartar la mirada de la pantalla–. Frey fue quien envió a Rothemund a la trena en su día.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo sabes tú eso?

–Leo expedientes. –Kai alzó la cabeza y sonrió–. Además, por aquel entonces yo aún estaba en Frankfurt. Fue al poco de que me reincorporara al trabajo con mi prótesis de la pierna. Fue un asunto espectacular. La gran caída en desgracia del eminente abogado Rothemund. La prensa se cebó a base de bien: Frey y Rothemund habían sido compañeros de estudios y amigos, ambos empezaron a trabajar en la Fiscalía tras el segundo examen oficial, antes de que Rothemund cambiara de bando y se hiciera abogado defensor. Frey habría podido llevar la situación de una forma discreta, pero en cambio decidió ensañarse con su antiguo compañero en una rueda de prensa. Me extraña que no te enterases de nada.

–En aquella época yo estaba en la vía muerta de las amas de casa y pasaba todo mi tiempo libre en el sótano del Anatómico Forense –le recordó Pia–. En fin. Salgo un momento a comer algo. Llámame si pasa cualquier cosa.

**E**l calor y la sed resultaban insoportables. ¿Era ya una alucinación, una jugarreta de su cerebro seco? Hacía años que Leonie vivía en esa casa que tenía casi dos siglos y unas paredes tan gruesas que aislaban mejor que cualquier plancha de poliestireno moderna, de esas que la gente pegaba a las paredes en la actualidad. La valoraba mucho precisamente por eso, porque en invierno conservaba el calor y en verano tenía una temperatura agradable. ¿Cómo era que de pronto hacía tanto calor allí dentro? El sudor se le metía por los ojos y le ardía como el fuego. Dos veces había contado hasta tres mil seiscientos, para no

perder la noción del tiempo en la oscuridad y evitar volverse loca. Había regresado a casa a las cuatro menos cuarto de la madrugada, desde entonces había dormido un rato, pero no se había orinado encima, así que solo podían haber pasado unas horas como mucho. Aunque las persianas estaban bajadas, se distinguía que el sol caía contra la ventana derecha de la consulta, que estaba orientada hacia el oeste. De modo que ya era por la tarde. Las cuatro o las cinco. Lo sabría con más exactitud cuando se pusiera el sol.

Notaba la lengua áspera e hinchada en la boca. No recordaba haber sentido jamás una sed parecida. Sin embargo, más que la pregunta de quién le había hecho aquello, lo que le atormentaba era el porqué. ¿Qué había hecho ella para merecer semejante castigo? La voz del teléfono había dicho que se había buscado los amigos equivocados. ¿A quién se refería? ¿Tenía algo que ver con Hanna Herzmann, quizá, o más bien con el asunto en el que ella misma había metido a la periodista? Pero esos no eran sus «amigos», eran «pacientes». Había una diferencia enorme.

El teléfono del escritorio volvió a sonar y la terapeuta se sobresaltó.

–Leoniiiiie... Ah, todavía bien sentadita en tu silla.

El sonido de esa voz perversa y burlona hizo que dejara de sentir miedo durante unos instantes y que, en lugar de eso, la invadiera la ira. De haber podido, Leonie le habría gritado, le habría dicho que era un hijo de puta sádico y enfermo. Aunque no le habría servido de nada, le hubiera encantado soltárselo.

–Hace un calor muy agradable ahí dentro, ¿verdad? Deberías estar bien calentita al morir, por eso he encendido también la calefacción.

De modo que esa era la explicación para aquella temperatura insoportable.

–¿Recuerdas lo que te he contado antes sobre las fases del que muere de sed? Debo corregir un dato. A más calor, más deprisa sucede. Así que puedo tranquilizarte: no tendrás que sufrir durante tres o cuatro días. –Una risa tenue y repugnante–. Y ni siquiera has llorado. Eres valiente de verdad. Todavía conservas la esperanza de que alguien te encuentre, ¿a que sí?

¿Cómo podía saber que no se había echado a llorar? ¿Acaso podía verla ese tipo? ¿Con esa oscuridad? Leonie volvió la cabeza de un lado a otro e intentó ver algo, pero la luz no bastaba para distinguir nada que no fueran contornos.

–Ahora estás buscando la cámara, ¿no? Me he delatado. Verás, Leonie, en realidad merecerías morir deprisa, pero en este mundo hay una barbaridad de personas que pagan una barbaridad de dinero por ver una agonía real en DVD. La tuya tendremos que recortarla un poco, es cierto: ¿quién quiere pasarse veinticuatro horas viendo a una tía fea como tú sentada en una silla? –La voz era oscura, aterciopelada. Sin ningún tinte dialectal. Incluso bastante afable, de hecho–. Pero sin duda el final será grandioso. Los calambres, los espasmos... Ay,



yo tampoco he visto nunca algo así. Tengo muchísimas ganas. Empezaré a ser emocionante de verdad cuando nadie te encuentre. Probablemente no te pudrirás, sino que te secarás y quedarás momificada.

Fue en ese instante, como muy tarde, cuando Leonie comprendió que el hombre del teléfono era un psicópata patológico, alguien a quien no le afectaba en absoluto infligir dolor a los demás. Había tratado un par de veces con personas así, en la época en que trabajaba en el ala de reclusión psiquiátrica de Kiedrich. Esa experiencia la llevó a especializarse en el trabajo con mujeres traumatizadas que habían sido víctimas de esas bestias perversas.

De pronto sonó un pitido y la voz calló. La cinta de su anticuado contestador automático se había acabado.

Se hizo un silencio absoluto, solo interrumpido por el sonido de su propia respiración. Tenía la nariz seca, cada inhalación le costaba un esfuerzo. Se sentía como en la sauna, cuando los pelillos de la nariz quemaban a causa del aire caliente. Sin embargo, había dejado de sudar. El darse cuenta de que ya no tenía ninguna posibilidad de salir con vida de aquella habitación, de que moriría allí, en su propia casa, donde siempre se había sentido a gusto y segura, le supuso un golpe brutal. Le daba lo mismo que ese cerdo depravado pudiera verla; Leonie tiró de las ataduras con todas sus fuerzas y gritó con la boca cerrada, contra la cinta adhesiva, hasta que las cuerdas vocales le dolieron y tuvo la sensación de que le iba a estallar la cabeza. ¡No quería sufrir ese miedo mortal, no quería dejar que tuvieran poder sobre ella! ¡No, no quería morir!

**E**n la amplia terraza del Gimbacher Hof había mucho movimiento. Apenas quedaba un sitio libre en las mesas ni en los bancos que había repartidos a la sombra de esos viejos árboles imponentes. El histórico restaurante rural del valle, situado entre Kelkheim y Fischbach, era un lugar predilecto de peregrinación durante los espectaculares días de verano, sobre todo para familias y paseantes. Pia no había pensado en eso hasta que vio a los numerosos niños que retozaban alegres y despreocupados por el parque infantil, pero había estado demasiado ocupada con el fiscal Frey y Kilian Rothemund como para caer en ello. Aun así, Emma no parecía darse cuenta de toda la actividad que había a su alrededor. Estaba conmocionada. No era de extrañar, pues para ella la situación era catastrófica en más de un sentido: al miedo que sentía por Louisa tenía que añadirle la inquietud por el niño que estaba a punto de nacer, y también la terrible sospecha de que su marido pudiera ser un pedófilo.

La inspectora le pasó a su amiga el número de teléfono de una terapeuta con

experiencia de la Asociación de Mujeres Jóvenes de Frankfurt a quien podía dirigirse para comentar sus sospechas. Los abusos a menores eran un tema del que Pia nunca había tenido que ocuparse como policía. Sí que había seguido los casos más asombrosos que aparecían de vez en cuando en los medios de comunicación, pero apenas había sentido una consternación superficial. Al ver de pronto a Emma, tan desesperada, desamparada y muerta de preocupación por el bienestar físico y psicológico de su hija, quedó profundamente tocada. Tal vez también estaba más sensible a causa de Lilly. La responsabilidad que se tenía como progenitor de un ser tan pequeño era enorme. Uno podía proteger a su hijo hasta cierto punto contra los peligros exteriores, pero ¿y si era tu propia pareja, la persona en quien más confiabas, la que ocultaba esos abismos tenebrosos en su interior?

Una hora después, Emma tuvo que marcharse porque quería estar con Louisa en el hospital. Pia siguió con una mirada pensativa el coche de su antigua amiga y luego caminó hacia su propio vehículo, que estaba aparcado más abajo. Fue la expresión de los ojos de Emma, esa mezcla de miedo, rabia y profundo dolor, lo que le hizo pensar en Britta Hackspiel. Kilian Rothemund era un pederasta convicto. Aunque durante el proceso judicial en su contra él lo había negado con vehemencia, las pruebas de su culpabilidad habían sido contundentes y del todo inequívocas. La Fiscalía había presentado fotos en las que se le veía desnudo y en posturas muy explícitas con niños pequeños en la cama, además de miles de imágenes y decenas de vídeos repugnantes a más no poder sacados de su ordenador portátil.

Después de que el laboratorio identificara el espermatozoides encontrado en la vagina de Hanna Herzmann como el de Rothemund, Oliver había acabado de convencerse de que era él quien había apaleado y violado a la periodista y luego la había encerrado en el maletero de su coche. Tal vez con la ayuda de Bernd Prinzler. Todavía no podían hacer otra cosa que especular acerca del móvil de los dos hombres, pero, aunque los indicios hablaban claramente a favor de la autoría de Rothemund, Pia abrigaba ciertas dudas. Hanna Herzmann era una mujer adulta: cuarenta y seis años, segura de sí misma, con éxito, guapa, una figura muy femenina. Personificaba todo lo que echaría para atrás a un hombre de tendencias pedófilas. La rabia y el odio podían ser una explicación para esa brutalidad inconcebible, cierto, y una violación no tenía nada que ver con el deseo, sino con el poder y el dominio. Aun así, había algo en todo aquello que no terminaba de tranquilizar a la inspectora; le parecía una solución demasiado fácil y evidente.

Atravesó Kelkheim con el coche, en el centro de la ciudad torció a la izquierda tras pasar las vías del tranvía y siguió por Gagernring hasta

Bundesstrasse. Allí puso el intermitente a la derecha, pero luego cambió de opinión y torció a la izquierda para ir a Bad Soden pasando por Altenhain. Varios minutos después, se encontraba delante de la casa en la que una vez había vivido Kilian Rothmund. La calle estaba bastante llena de vehículos, Pia había dejado el coche de servicio aparcado más arriba, junto a un campo, y había tenido que bajar un tramo a pie. Tras llamar al timbre, le abrió la puerta el nuevo marido de Britta Hackspiel, al que la inspectora solo había visto de refilón el día anterior. La alegre sonrisa de bienvenida se esfumó de su rostro nada más verla.

–Es domingo por la tarde –le recordó a Pia cuando esta preguntó por su mujer–. ¿Ha de ser justo ahora? Tenemos invitados.

A la inspectora habían intentado quitársela de encima en la puerta incontables veces y con cualquier excusa; como agente de la Policía Judicial, no sentirse bienvenida formaba parte de su trabajo, y hacía tiempo que no le molestaba.

–Tengo que hacerle un par de preguntas a su esposa –repuso ella sin dejarse impresionar–. Me marcharé enseguida.

–¿Por qué no pueden dejar a mi mujer en paz con todo eso? –siseó el hombre–. Dios sabe que ya pasó por bastantes cosas por culpa de ese cerdo. No necesita que se lo recuerden constantemente. Váyase. Vuelva mañana.

Pia se quedó mirando al hombre, que le sostuvo la mirada con franca antipatía. Por fuera, Richard Hackspiel era todo lo contrario a Kilian Rothmund: grande, fofo, con nariz de patata, la cara rojiza y los ojos acuosos de un bebedor. Irradiaba arrogancia, y a Pia le habría encantado preguntarle si no le molestaba vivir en la misma casa en la que antes había vivido «ese cerdo».

–No soy la representante de una marca de aspiradoras –insistió con amabilidad, y sonrió porque sabía que con eso lo enfurecería–. O bien va a buscar a su mujer ahora mismo, o hago que venga una patrulla a recogerla para tener una conversación con ella en comisaría. Como usted prefiera.

En realidad no era así como solía trabajar, dándose las de poli con poder, pero había personas que no entendían otro idioma. Hackspiel desapareció con los labios apretados y, en efecto, reapareció poco después con su mujer.

–¿De qué se trata ahora? –preguntó esta con frialdad. Cruzó los brazos ante el pecho y no hizo ademán de invitar a Pia a entrar en la casa.

–De su exmarido. –A la inspectora no le apetecía andarse con rodeos–. ¿Le cree capaz de apalea a una mujer hasta dejarla irreconocible, torturarla y encerrarla desnuda en el maletero de un coche?

Britta Hackspiel tragó saliva y abrió mucho los ojos. Pia pudo ver la lucha que arremetía en el fuero interno de la mujer.

–No. No lo veo capaz de algo así. Desde que lo conozco, Kilian nunca le ha pegado a nadie. Sin embargo... –Su rostro se endureció–. Sin embargo, tampoco

habría creído jamás que le gustaran los niños pequeños. Hace veinte años que lo conozco. Aunque trabajaba muchísimo, siempre fue un hombre muy familiar y en todo momento se ocupó de nuestros asuntos a conciencia, nunca nos desatendió ni a los niños ni a mí.

Sus hombros se sacudieron hacia delante. El frío distanciamiento con el que se protegía a sí misma se había derrumbado. Pia esperó a que siguiera hablando. En momentos como ese, era mejor dejar hablar y no molestar con preguntas varias, sobre todo cuando había en juego tanta emotividad como en el caso de Britta Hackspiel.

–Era un padre y un marido cariñoso. Siempre lo hablábamos todo, hacíamos planes, no teníamos secretos. Tal vez... Tal vez por eso me quedé tan... perpleja cuando todo salió a la luz –concluyó la exmujer de Kilian Rothemund. Tenía lágrimas en los ojos–. Jamás habría pensado algo así de él, pero de repente todo no era más que una gran mentira.

–En su momento, la prensa escribió que su exmarido había sido amigo del mismo fiscal que presentó la acusación en su contra –dijo Pia–. ¿Es eso cierto?

–Sí, lo es. Markus y Kilian estudiaron juntos y eran muy buenos amigos. El verano que Kilian y yo nos conocimos, Markus y él estaban viajando con sus escúteres. Su amistad se rompió en algún momento. –Soltó un suspiro de resignación–. Kilian se hizo abogado y empezó a ganar mucho dinero. No sé qué ocurrió exactamente entre ellos dos, pero esa campaña fulminante de la prensa la instigó Markus.

–¿Alguna vez ha dudado de las acusaciones que se hicieron contra él? –quiso saber Pia.

Britta Hackspiel tomó aire, temblorosa, y luchó por conservar el dominio de sí misma.

–Sí, al principio dudé. Lo creí cuando decía ser inocente, porque pensaba que lo conocía. Hasta que... vi esos vídeos repugnantes. –Su voz no era ahora más que un susurro–. Entonces ya no hubo dudas. Me había mentado, había abusado de mi confianza. Jamás podré perdonárselo. Es cierto que de algún modo siempre estaremos unidos por los niños, pero como persona está muerto para mí.

Un crujido en su tobillo izquierdo la sobresaltó. El corazón le dio un vuelco. Una de las bridas con las que ese cerdo le había atado los tobillos a las patas de la silla parecía haber reventado, porque de pronto podía mover el pie. ¡Incluso tocaba el suelo con la punta de los dedos! Una nueva esperanza le recorrió todo el cuerpo; movilizó todas sus fuerzas, clavó los dedos en el suelo y llegó a mover

la silla un poquito hacia atrás. Dos centímetros, luego otros dos centímetros más. Leonie estaba casi sin aliento a causa del tremendo esfuerzo que suponía eso para su cuerpo debilitado. Ante sus ojos bailaban puntos luminosos, pero fuera ya había oscurecido del todo. No entraba luz por entre los resquicios de la persiana, de modo que debía de ser de noche. Hacía más de veinticuatro horas que se había bebido la cola *light* en la cocina. Sus manos se aferraron a los reposabrazos de madera, volvió a clavar los dedos del pie en el suelo, pero, por mucho que se esforzara, la silla no se movía más. El suelo de tablones de la consulta estaba muy desvencijado e irregular, y las patas de la silla habían topado con un obstáculo. Llevada por la desesperación, Leonie tensó todos los músculos del cuerpo. De repente sintió que la silla se inclinaba hacia atrás. Ella no podía echarse hacia delante porque tenía el torso bien atado al respaldo, de modo que la silla volcó y su cabeza se estrelló contra el suelo de madera. Durante varios segundos se quedó quieta y aturdida. ¿Había mejorado su situación, o había empeorado? Ahora estaba tirada de espaldas, como un escarabajo desvalido. El pie, la única parte del cuerpo que podía mover hasta cierto punto, le había quedado en el aire. Su torso se hinchaba y se vaciaba con fuerza, pero se dio cuenta de que ya no tenía tanto calor. El aire caliente subía hacia arriba, así que el suelo estaba algo más fresco. Leonie intentó hacerse una composición de lugar del mobiliario de la habitación. ¿A qué distancia había quedado del escritorio? Aunque ¿de qué le servía eso? ¿De todas formas no podía moverse! Llena de ira, tiró de sus ataduras, rebelándose contra su situación. El teléfono del escritorio sonó. El contestador saltó, pero la voz automática, no obstante, solo informó de que la cinta estaba llena. Seguro que ese cerdo había visto lo ocurrido. Sintió que se le desbocaba el corazón. ¿Iría él mismo a matarla? ¿Dónde estaba él? ¿Cuánto tardaría? ¿Cuánto tiempo le quedaba aún?

Lunes, 28 de junio de 2010

Faltaba poco para las nueve, la hora a la que Corinna había programado una reunión en el edificio de administración. A Emma le horrorizaba la fiesta del viernes siguiente, pues como muy tarde para entonces tendría que volver a ver a Florian y ponerle al mal tiempo buena cara, porque no quería estropearle la celebración de cumpleaños a su suegro.

Tomó un atajo cruzando el césped; la hierba aún estaba mojada del riego por aspersión de la noche. La doctora del hospital le había asegurado que Louisa estaba bien, y Emma le había dejado un mensaje en el contestador a la funcionaria de Protección de Menores, decidida a conseguir por medios oficiales que le prohibieran a Florian tener trato con la niña.

La conversación con la terapeuta no había disipado ni mucho menos su preocupación, sino que más bien la había intensificado. Emma le había hablado de la sospecha de la doctora del hospital y de la conducta diferente de Louisa durante esas últimas semanas, que Florian había descrito como una fase normal en el desarrollo de una niña de cinco años. La terapeuta había sido muy cauta con su dictamen. Sí que podía existir una explicación del todo normal para la destrucción de ese querido peluche y los cambios bruscos entre ataques de ira, letargos de agotamiento y esa agresividad que mostraba con su madre, pero en cualquier caso era muy importante observar esas conductas con muchísima atención. Los abusos sexuales por parte del padre, un tío, un abuelo o un amigo íntimo de la familia, desgraciadamente, eran algo mucho más extendido de lo que solía creerse.

–Los niños pequeños comprenden de forma instintiva que eso que les hacen no está bien. Pero, cuando el abuso lo comete una persona de confianza, no oponen resistencia –explicó la terapeuta–. Al contrario: el agresor casi siempre consigue que el niño se convierta en su cómplice. «Será nuestro secreto, ni mamá ni tus hermanos pueden saber que te quiero tanto. Si no, se pondrán tristes o celosos.» Algo por el estilo.

La pregunta de Emma de cómo debía comportarse en el futuro, qué podía hacer en esas próximas semanas, cuando el bebé hubiera nacido ya, no había recibido ninguna respuesta satisfactoria. Que dejara a Louisa con una persona de su confianza.

Estupendo. Emma confiaba en Corinna y también en sus suegros, pero ¿cómo iba a evitar que dejaran a Florian acercarse a la niña? Para explicarlo, tendría que compartir con ellos sus sospechas. Emma no quería ni imaginarse la reacción que podía provocar dentro de la familia una acusación contra Florian por abusos. Seguro que la considerarían una histérica o creerían que buscaba venganza.

Pasó completamente ensimismada junto a los arbustos de rododendros, que en el transcurso de los años se habían convertido en una verdadera jungla.

–Hola –dijo alguien.

Emma se volvió con sobresalto. En un banco de hierro forjado estaba sentada una mujer mayor con bata blanca fumando un cigarrillo. Llevaba el pelo canoso cubierto por una redecilla e iba calzada con sandalias de goma sin calcetines.

–Hola –saludó Emma con educación. Justo entonces reconoció a Helga Grasser, la madre del chico para todo de los Finkbeiner, Helmut Grasser, a la que solo conocía de vista.

–Bueno –dijo la anciana, y apagó la colilla del cigarrillo–. ¿Ha llegado el momento?

–Aún me quedan dos semanas más –respondió Emma, que supuso que la pregunta se refería a su embarazo.

–No me refería a eso.

Helga Grasser se levantó con un gemido y se le acercó. Era alta y fuerte, su rostro colorado estaba cubierto de arrugas y venitas reventadas. Su bata desprendía un penetrante olor a sudor y además parecía una talla demasiado pequeña, porque se le abría en la barriga y el pecho. Bajo ella, Emma vio una piel rosada y se estremeció; la vieja no llevaba nada debajo.

–Tengo que irme a una reunión –dijo.

Quiso seguir su camino, pero la señora Grasser la agarró de la muñeca con un gesto inesperado.

–Donde hay luz, también hay sombras –le susurró con un tono trascendental–. ¿Conoces el cuento del lobo y las cabritillas? ¿No? ¿Quieres que te lo cuente?

Emma intentó soltarse, pero la mujer la tenía sujeta como si fuera un tornillo de banco.

–Había una vez una cabra que tenía seis pequeñas cabritillas y las quería mucho, como una madre quiere a sus hijos –empezó a narrar Helga Grasser.

–Que yo recuerde, eran siete cabritillas –la corrigió Emma.

–En mi historia son seis. Presta atención... –Los ojos oscuros de la anciana brillaron como si acabara de contar un buen chiste.

El malestar de Emma creció. Corinna le había dicho una vez que Helga Grasser era un poco retrasada, pero que resultaba imprescindible en la cocina ayudando a lavar los platos. Florian también se había explayado con toda

franqueza sobre el estado mental de la madre de Helmut Grasser y le había explicado que, a raíz una meningitis que había sufrido hacía cuarenta años, Helga se había quedado del todo gagá. A los niños les daba muchísimo miedo, porque siempre les contaba con pasión cuentos espeluznantes y sangrientos. Había pasado muchos años sometida a internamiento psiquiátrico, pero por lo visto Florian nunca supo por qué.

–Un día –susurró la anciana con voz ronca, acercando su cara a la de Emma– la cabra tuvo que partir de viaje, y entonces llamó a las seis y les dijo: «Queridas hijas, tengo que irme un par de días. ¡Cuidaos mucho del lobo y no subáis al desván! Si os encuentra allí, se os comerá a todas con piel y pelo incluidos. Ese granuja os querrá engañar, pero vosotras lo reconoceréis por su voz ronca y su pelaje negro». Y las cabritillas dijeron: «Madre querida, tendremos muchísimo cuidado, puedes marcharte tranquila». Y entonces la madre baló y emprendió el camino confiada.

–De verdad que tengo que irme ya –interrumpió Emma a la mujer, y con la mano libre se limpió unas gotitas de saliva de la mejilla.

–Tú también crees que estoy tarumba, ¿verdad que sí? –Le soltó el brazo–. Pero no lo estoy. Hace años que aquí suceden cosas horribles. ¿No me crees? – La mujer soltó una risilla al ver la cara de perplejidad de Emma, y al hacerlo descubrió su encía inferior, que estaba desnuda salvo por los dos colmillos; en la superior ya solo sobresalían dos dientes de oro–. Pues pregúntale algún día a tu marido por su hermana melliza.

Corinna apareció doblando la esquina. Su mirada recayó en la cara pálida de Emma.

–¡Helga! ¿No estarás contando otra vez una de tus historias de terror? – preguntó con severidad, y puso los brazos en jarras.

–¡Bah! –se limitó a exclamar la anciana, y se alejó en dirección a la cocina.

Corinna esperó hasta que hubo desaparecido tras los rododendros; después le puso a Emma un brazo sobre los hombros.

–Se te ve asustada –comentó con preocupación–. ¿Qué es lo que te ha dicho?

–Quería contarme el cuento del lobo y las siete cabritillas. –Emma se obligó a reír, y trató de que su voz sonara divertida–. La verdad es que es una mujer algo rara.

–No debes tomarte en serio a Helga. A veces se le va un poco la cabeza, pero es inofensiva. –Corinna sonrió–. Venga, vamos, que ya llegamos tarde.

**E**l mostrador de recepción de Herzmann Productions estaba desierto, igual que



todos los despachos. En busca de algún ser viviente, Pia y Oliver abrieron todas las puertas y acabaron reventando una especie de asamblea que tenía lugar en la sala de reuniones. Las nueve personas que se sentaban alrededor de la mesa redonda escuchaban a un hombre que enmudeció al ver a los agentes. El codirector Niemöller se levantó de un salto y pidió a sus empleados que salieran; después les presentó a Pia y a su jefe al orador como el señor Wolfgang Matern, director de programas de Antenne Pro. A juzgar por las caras de angustia de los presentes, no les estaba dando buenas noticias.

–También queríamos hablar con usted. –Pia le cerró el paso a Meike Herzmann justo cuando esta iba a desaparecer con disimulo–. ¿Por qué no me ha llamado?

–Es que no me apetecía –contestó la joven, sacando las uñas enseguida.

–Entonces seguro que tampoco le ha apetecido ir a ver a su madre –supuso Pia.

–Eso no es cosa suya –le espetó Meike Herzmann.

–Cierto. –La inspectora hizo un gesto de indiferencia–. He estado en el hospital. Su madre está muy mal, y a mí me gustaría encontrar a quien le ha hecho eso.

–Creo que para eso les pagamos los contribuyentes –replicó la joven con retintín.

A Pia le habría encantado decirle a esa mocosa antipática lo que pensaba de ella, pero se contuvo.

–El viernes por la mañana fue a casa de su madre, recogió el correo y lo dejó en el aparador –se limitó a exponer–. ¿Le llamó la atención alguna carta o alguna nota?

–No –contestó Meike.

A Pia no se le escapó la rápida mirada que le dirigió al director de programas de Antenne Pro, que estaba hablando con Oliver.

–Miente –afirmó, y decidió intimidarla–. ¿Por qué? ¿Acaso está compinchada con los que atacaron a su madre? ¿Tuvo algo que ver en ello? Quizá tenía la esperanza de que su madre muriera para poder heredar su fortuna.

Meike Herzmann se puso primero roja, luego palideció e intentó dar bocanadas de aire, llevada por la indignación.

–Ocultar pruebas y con ello entorpecer las investigaciones de la Policía es un acto punible. Si resulta que es eso lo que está haciendo, tiene un problema importante. –Pia advirtió la incertidumbre en los ojos de la joven–. Déjeme por escrito una dirección donde podemos encontrarla, por favor. Y, a partir de ahora, conteste al móvil cuando la llamemos; si no, la haré detener por sospecha de entorpecimiento de la labor policial.

Todo aquello eran disparates, desde luego, pero Meike Herzmann no debía de contar con formación judicial y pareció amilanarse. Pia la dejó allí plantada y se fue con Oliver y el señor Matern, que según sus propias declaraciones tampoco sabía en qué estaba trabajando Hanna Herzmann últimamente.

–Soy gerente de la empresa y director de programas –decía el hombre–. Colaboramos con muchísimas productoras. No me es posible saber qué está haciendo quién para cada programa, ni siquiera para los formatos semanales. A mí, a fin de cuentas, lo único que me importa son los índices de audiencia; con los contenidos no tengo nada que ver.

Admitió que conocía a Hanna desde hacía muchos años y que tenían una relación muy amistosa pero profesional. Pia escuchó en silencio. Matern era un hombre de negocios de la cabeza a los pies, educado, profesional, escurridizo. Además del hecho de que Hanna Herzmann era la reina de los índices de Antenne Pro, la cadena poseía también un treinta por ciento de Herzmann Productions, así que Matern no podía tener ningún interés en perder a su gallina de los huevos de oro. En el momento en que la inspectora iba a preguntarle por Kilian Rothmund y Bernd Prinzler, le sonó el teléfono. ¡Christoph! Enseguida pensó en Lilly. ¡Esperaba que no le hubiera ocurrido nada! Christoph casi nunca la llamaba cuando sabía que estaba metida en una investigación importante. Como mucho le enviaba un mensaje de texto.

–¡Hola, Pia! –La inspectora oyó la voz de la niña y sintió un gran alivio–. Hace mucho que no te veo.

–Hola, Lilly. –Bajó la voz y se apartó a un rincón de la sala de reuniones–. Pero si nos vimos ayer mismo por la noche. ¿Dónde estás ahora?

–En el despacho del abuelo. ¿Sabes, Pia? ¡Tenía una garrapata! ¡En el pelo! Pero el abuelo ha mandado que me operaran para sacármela.

–Caray. ¿Te ha hecho daño? –Pia no pudo evitar sonreír y se volvió hacia la pared. Estuvo un rato escuchando a Lilly y luego le prometió que esa noche llegaría a casa antes que otras veces.

–El abuelo me dice que te diga que hemos hecho una ensalada de patata buenííííísimas.

–Bueno, pues un motivo más para llegar pronto a casa.

Pia vio que Oliver le indicaba por señas que quería marcharse ya. Se despidió de la niña y guardó el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros. Le daba muchísima pena que la pequeña tuviera que volver a Australia tan pronto.

–Me parece algo extraño que en los círculos de empleados y compañeros más cercanos nadie supiera nada sobre las investigaciones de Hanna –le dijo a su jefe cuando salieron del edificio de oficinas e iban de camino al coche–. Y la hija me parece más que sospechosa. Tan poca compasión con la madre de uno no es

normal.

Estaba muy descontenta con cómo habían ido esas conversaciones. Pocas veces resultaba el trabajo de investigación tan correoso como en los dos casos que tenían entre manos. En la reunión de la mañana, la comisaria jefe Engel los había presionado por primera vez, y con razón, porque ni en el caso Ninfa ni en el asunto de Hanna Herzmann habían hecho ningún progreso. Oliver había pedido ayuda oficial a los compañeros de Hanau. Al ver que la comprobación de los registros de todos los padrones de Alemania no daba ningún resultado satisfactorio, tener vigilado el apartado postal de la oficina de correos de Hanau las veinticuatro horas del día le pareció la única posibilidad de dar con el paradero de Bernd Prinzler.

–Después del *Expediente XY* del miércoles tendremos algo –profetizó el inspector jefe–. Lo sé.

–Pues que Dios te oiga –repuso Pia con sequedad.

Abrió el coche y entonces levantó la vista. Se sentía observada. Meike Herzmann estaba en una de las ventanas de la quinta planta, mirándola.

–A ti también te pillaré –murmuró la inspectora–. No pienso dejar que me tomes el pelo.

Sus suegros ya se habían marchado al aeropuerto cuando Emma llegó a casa después de la reunión. Llevaba toda la mañana dándole vueltas a ese extraño encuentro con Helga Grasser. Desde luego que habría podido llamar a Florian por teléfono y preguntarle directamente por qué nunca le había contado nada de una hermana melliza, pero, con todo lo que había ocurrido, no tuvo presencia de ánimo para hacerlo.

Emma dudó al encontrarse delante de la puerta de la vivienda de sus suegros. Nunca cerraban con llave, ella podía entrar y salir cuando gustara, pero aun así se sintió como una intrusa cuando entró en su casa a curiosear. Renate guardaba los álbumes de fotos en el armario del salón. Estaban ordenados por años, así que empezó por el de 1964, el del nacimiento de Florian. Una hora después había hojeado decenas de álbumes de fotos, había visto a Florian, a sus hermanos adoptivos y de acogida y a un sinfín de niños más, de todas las edades, pero a ninguna niña que le pareciera una hermana melliza. Se quitó los zapatos y, con una mezcla de decepción y alivio, salió de la vivienda de sus suegros. ¿Tenía razón Corinna? ¿De verdad Helga Grasser era solo una vieja loca a la que le gustaba contar cuentos? Pero ¿por qué habría cambiado el cuento del lobo y las siete cabritillas? Emma, pensativa, metió la llave en la cerradura de su puerta.

¿Y por qué había hablado justamente de seis cabritillas? ¿Se habría referido a Florian y a sus hermanos adoptivos? Florian, Corinna, Sarah, Nicky, Ralf... Ahí faltaba uno. Pero ¿quién? La mirada de Emma subió por la escalera de madera que llevaba al desván. Solo había estado ahí arriba una única vez, cuando Renate le enseñó la casa. ¿No había mencionado Helga Grasser un desván en su versión del cuento? Emma volvió a sacar la llave de la cerradura, y de pronto se decidió a subir la estrecha escalera. La puerta de contrachapado estaba atrancada, y tuvo que empujarla con el hombro hasta que se abrió con un chirrido lastimero. Un aire cálido y pegajoso salió a su encuentro. Bajo el tejado, que casi no tenía aislamiento, se había acumulado el bochorno de los últimos días. A través de los minúsculos tragaluces entraba poquísima luz, pero la claridad era suficiente para ver las cajas de mudanza bien apiladas, los muebles desechados y el resto de trastos que habían subido allí durante esos últimos cuarenta años. Una gruesa capa de polvo cubría los tablones de madera rechinante del suelo; de las vigas colgaban telarañas. Olía a madera, polvo y antipolillas.

Emma miró desorientada a su alrededor, y después apartó a un lado una cortina de terciopelo comido de polillas que colgaba de una viga. Se estremeció al encontrar a otra mujer frente a ella en aquella penumbra, y tardó un par de segundos en comprender que se trataba de su propio reflejo. Apoyado en la pared había un gran espejo cuyo azogue había quedado empañado y casi ciego con el paso del tiempo. Tras el cortinaje había también más cajas, grandes y pequeñas, todas ellas marcadas con cuidado. Abrigos, Scalextric, Playmobil, juguetes de madera, recibos, libros Florian, colegio Corinna, ropa de bebé, disfraces carnaval, adornos árbol Navidad, felicitaciones navideñas 1973-1983.

Josef y Renate no regresarían de Berlín hasta el día siguiente, así que Emma tenía tiempo de sobra para revisar los incontables armarios y cajas. Pero ¿por dónde empezar?

Al final alcanzó una caja en la que se leía: «Florian guardería, primaria, instituto». No pudo evitar estornudar al levantar la tapa. Su suegra lo había guardado absolutamente todo: cuadernos, libros de texto, dibujos, vales para la leche que repartían en clase, medallas de natación, actas de campeonatos juveniles federales, incluso una bolsa de deporte que llevaba las iniciales «FF» bordadas a punto de cruz. Emma hojeó un cuaderno escolar tras otro, contempló la letra torpe, la tinta casi desvanecida. ¿Sabría Florian que aún existían esas reliquias de su infancia?

Volvió a cerrar la caja y la dejó de nuevo en su sitio antes de seguir recorriendo el desván. Contempló piezas de mobiliario arañadas, sillitas infantiles con garabatos, anticuadas básculas para bebés, una preciosa máquina de escribir antigua por la que en eBay seguro que ofrecerían una suma nada

despreciable. De vez en cuando estornudaba, la camiseta se le pegaba a la espalda y le picaban los ojos. Emma estaba a punto de abandonar cuando su mirada se topó con una caja medio escondida bajo el tejado inclinado, detrás de la chimenea clausurada. Nunca había oído el nombre que llevaba escrito con pulcras letras mayúsculas en un costado, y eso le despertó la curiosidad. Se acuclilló, lo cual en su estado no resultaba sencillo, tiró de la caja y la abrió. Al contrario que con los recuerdos de infancia cuidadosamente conservados de Florian, el contenido de aquella caja daba la sensación de haber sido embutido allí sin miramientos. Libros, cuadernos, dibujos, una muñeca, peluches, fotos, documentos, prendas de ropa, un floreado álbum de poesía con candado, un gorrito rojo. Emma sacó una caja de zapatos, la abrió y encontró una fotografía en blanco y negro con borde blanco, igual que las que se hacían en los años sesenta. El corazón se le detuvo un instante, y después se aceleró en un salvaje *staccato*. En la imagen se veía a una sonriente Renate con dos niños pequeños rubios en el regazo y, en primer plano, dos pasteles, cada uno de ellos con dos velas. Le dio la vuelta a la foto; le temblaban los dedos. «Florian y Michaela, 2º cumpleaños. 16 de diciembre de 1966.»

De vuelta en su escritorio, Pia abrió Google en su ordenador e introdujo los términos «Wolfgang Matern + Antenne Pro» en el cuadro de búsqueda. Al instante aparecieron cientos de resultados. Wolfgang Matern, nacido en 1965, era hijo del señor Hartmut Matern, el conocido gigante de los medios de comunicación, uno de los primeros en reconocer las posibilidades y las lucrativas oportunidades de la televisión privada en Alemania y sacar partido de ellas, lo cual le había hecho amasar una gran fortuna. Matern padre, a pesar de sus setenta y ocho primaveras, seguía ocupando en la actualidad el despacho de presidente de la junta directiva de un intrincado *holding* al cual pertenecían varias cadenas privadas de televisión, algunas de ellas de pago, así como numerosas compañías más y participaciones empresariales. Wolfgang había estudiado Ciencias Económicas y Políticas, y se había doctorado en esto último. En la página web del Grupo Matern, que tenía su sede en Frankfurt del Meno, lo presentaban como miembro de la junta directiva, y reunía en su persona los cargos de director de programas y gerente de varias cadenas privadas que pertenecían al conglomerado empresarial. Pia encontró un sinfín de fotos suyas en las que aparecía en actos públicos, conferencias, entregas de premios o galas televisivas, casi siempre con su padre. Sobre la vida personal de los Matern, en internet no había nada de nada. Como auténticos profesionales de los medios,

probablemente sabían muy bien cómo proteger su esfera privada. Eso tampoco cambió demasiado cuando la inspectora buscó solo el nombre de «Wolfgang Matern». Una verdadera pérdida de tiempo.

Del hospital no había llegado ninguna novedad; Hanna Herzmann seguía sin estar en condiciones de contestar a preguntas. Kilian Rothemund continuaba desaparecido, y en la oficina de correos de Hanau todavía no se había presentado nadie a recoger la correspondencia del apartado postal de Prinzler.

Como no tenía nada mejor que hacer, Pia se puso a husmear en todas las redes sociales posibles, pero Wolfgang Matern no estaba en XING, ni en Facebook, ni en ninguna de las páginas más habituales.

–¿Se te ocurre algún otro sitio donde pueda encontrar información sobre ese hombre? –le preguntó a su compañero.

–LinkedIn, 123people, Yasni, cylex, firma24.de... –recitó Kai de carrerilla, sin apartar la mirada de su monitor.

–Ya lo he probado todo. –Pia se reclinó contra el respaldo y cruzó los brazos detrás de la cabeza con resignación–. Maldita sea, ese tipo era mi última esperanza. Pero es demasiado complicado. ¿Alguien tenía que saber en qué estaba trabajando Hanna Herzmann, joder! Esto no puede ser.

–¿Ya has buscado a la hija?

–Sí, claro, pero también ella es casi inexistente en internet.

–¿Y en StayFriends? –le sugirió Kai, que entonces la miró–. Madre mía, me muero de hambre. ¿Te quedan provisiones?

–Pues no. Mi última bolsa de patatas fritas ya te la has zampado. Ve a buscar algo antes de que te pongas de mal humor. –Pia volvió a posar los dedos en el teclado e introdujo la dirección de StayFriends, que se definía como un «motor de búsqueda de amigos».

–¿Döner o hamburguesa? –Kai se levantó de su silla.

–Döner. Con extra de picante y doble de carne y queso de cabra –repuso ella–. ¡Lo sabía!

–¿El qué?

–¡Sabía que algo olía mal con ese Wolfgang Matern! –Pia sonrió triunfal mientras señalaba su pantalla–. Resulta que sí está registrado en StayFriends, igual que Hanna Herzmann. Figúrate: esos dos fueron juntos al colegio, ¡y va y tiene el valor de decirnos que su relación con Hanna era solo profesional! ¿Por qué lo habrá hecho?

–Quizá teme verse implicado en algo –aventuró Kai–. Enseguida vuelvo.

Pia siguió navegando en el portal, hizo clic en los perfiles de Hanna Herzmann y de Wolfgang Matern, así como en la foto de clase de undécimo curso de 1982 del instituto privado de Königshofen, en Niedernhausen. Como la

inspectora no era «miembro de oro» no pudo ver nada más, pero eso poco importaba: la conexión estaba ahí y Wolfgang Matern le había mentado a Oliver. Conocía a Hanna Herzmann mejor y desde hacía más tiempo de lo que había declarado. Y la cosa no acababa ahí: Hanna y él habían estudiado en la Universidad Ludwig Maximilian de Múnich, además de ser ambos miembros de la misma asociación por aquel entonces. La siguiente hora y media, Pia se la pasó explorando a fondo las fotografías de Hanna Herzmann en internet, que por desgracia eran miles. Se estaba acabando el resto del *döner*, que ya se le había quedado frío, cuando encontró lo que estaba buscando. Era una foto de 1998 que se había publicado en una revista y en la que se veía a una Hanna radiante, vestida de novia, junto a su segundo o tercer marido. Al otro lado estaba Wolfgang Matern, y delante de él, Meike, una adolescente regordeta y malhumorada. «Wolfgang Matern (34), hijo del gigante de los medios Hartmut Matern, amigo íntimo de la novia y padrino de su hija Meike (11), fue también el padrino de boda», decía el pie de foto.

–¡Ajá! –exclamó, hizo clic en la imagen y la mandó a imprimir.

Tenía muchísima curiosidad por saber qué explicaciones daría el director de programas de Antenne Pro. Con la impresión todavía fresca, se fue al despacho de su jefe y casi chocó con él en el umbral.

–Mira lo que acabo de... –empezó a decir, pero Bodenstein no la dejó terminar.

–Han encontrado el escúter de Kilian Rothemund en la estación central y lo han confiscado –la interrumpió él sin mucha delicadeza–. Y un testigo lo ha reconocido: ¡ha salido esta mañana hacia Ámsterdam en el *intercity* de las 10.44! Ya he hablado con la Policía holandesa, lo estarán esperando cuando el tren llegue a las 17.22. Con algo de suerte, dentro de un par de horas lo tendremos.

**M**eike había abierto todas las ventanas del piso para que por lo menos corriese algo de aire, pero aun así sudaba a pesar de llevar solo braguitas y sujetador. En la oficina, nadie se había fijado en que se había llevado el ordenador de Hanna. ¡Ni siquiera a esa poli rubia que se creía tan lista se le había ocurrido! Como desde esa mañana ya no tenía trabajo, disponía de todo el tiempo del mundo. Irina y Jan montarían guardia en la empresa, y todos los demás tenían que tomarse obligatoriamente las vacaciones anuales hasta que supieran con seguridad si Hanna volvería a estar algún día en situación de ponerse delante de una cámara. Antenne Pro se había portado bien; por lo menos de momento no colocaban nada nuevo en la franja del programa, sino que emitirían reposiciones

de *A corazón abierto*.

El día anterior había sido uno de los más hermosos en la vida de Meike: desayuno en la espléndida villa de Oberursel, comida en el hotel Burg Schwarzenstein de la región de Rheingau, el trayecto en el Aston Martin descapotable y, por la noche, champán en la terraza del Frankfurter Hof con vistas a los rascacielos del distrito financiero. Jamás había vivido nada igual. Meike se había fijado en las miradas curiosas de la gente y se había preguntado si no los tomarían a Wolfgang y a ella por una pareja. Los más de veinte años de diferencia de edad no eran algo desacostumbrado, muchas mujeres estaban con hombres mayores. Wolfgang era su padrino, Meike lo conocía desde que tenía memoria y nunca lo había visto como a un hombre. Hasta ese día. De repente había constatado que tenía unas manos muy bonitas y que olía muy bien. Había tenido que esforzarse para no quedarse mirando todo el rato su boca y sus manos, pero en cuanto se le ocurrió pensar en cómo sería besarlo y acostarse con él, ya no pudo quitárselo de la cabeza. Ella nunca se había enamorado de verdad, tampoco había tenido un novio formal, y no podía estar demasiado orgullosa de sus escasas experiencias con el otro sexo. El día anterior había podido atisbar lo bonito que sería pertenecerle a alguien. Wolfgang era tan atento y encantador... Le había abierto la puerta del coche, le había retirado la silla, la había escuchado, le había apoyado un brazo sobre los hombros.

Meike se había pasado la mitad de la noche despierta, analizando cada palabra que había pronunciado Wolfgang. Aunque todavía no había acabado los estudios, él le había prometido unas prácticas en Antenne Pro, porque opinaba que ella era ideal para el puesto al contar ya con muchísima experiencia trabajando en una cadena de televisión. ¿Por qué lo había hecho? ¿Porque era la hija de Hanna? Pensándolo bien, Wolfgang no había hecho ni dicho nada que ella hubiese podido interpretar en un sentido romántico. Se había limitado a ser amable. La felicidad eufórica en la que llevaba inmersa todo el día se transformó de pronto en decepción. Solo hacía falta que un hombre fuese un poco simpático con ella para que sus hormonas se volvieran locas. ¡Menuda pardilla!

–¡Ay!

Meike se dio un golpe con la cabeza en la mesa mientras estaba ahí debajo intentando desenredar la selva de cables y buscando el conector adecuado para cada puerto en la parte de atrás del ordenador de Hanna. Por suerte, la amiga en cuyo piso se hospedaba había dejado allí su ordenador junto con el monitor, el ratón y el teclado. Meike se frotó el punto de la cabeza donde se había dado el golpe y encendió el ordenador de su madre. Funcionaba. Abrió el menú y configuró la WLAN en los ajustes de sistema. Poco después estaba conectada a internet. Al principio comprobó la *fan page* de Facebook de su madre; la llevaba



Irina, que era quien iba introduciendo contenidos. Ni una palabra sobre la agresión ni el hospital. Seguro que Irina borraría cualquier publicación que insinuara algo al respecto. Tampoco en Google encontró ninguna entrada sobre eso; las últimas novedades se referían al programa de los invitados cabreados y el especial de verano. Lo siguiente de su lista eran los correos electrónicos. Más de cien mensajes nuevos esperaban en la bandeja de entrada de la dirección de empresa; en la dirección personal habían entrado catorce. Hubo un nombre que le llamó enseguida la atención. Meike se quedó de piedra. ¡Kilian Rothemund! ¿Qué relación tenía su madre con ese pederasta?

Abrió el mensaje y leyó el breve texto que había entrado el sábado a las 11.43.

«Hanna, ¿¿por qué no te pones en contacto conmigo?! ¿Ha ocurrido algo? ¿He dicho o hecho algo que te haya molestado? Llámame, por favor. Por desgracia no he podido volver a hablar con Leonie, ella tampoco me contesta al teléfono, pero de todas formas el lunes me marché a A y allí me reuniré con las personas con quienes contactó B. Por fin están dispuestos a hablar conmigo. ¡Pienso en ti! No me olvides. K.»

¿Qué narices significaba eso? Meike se quedó mirando la pantalla con desconcierto. Leyó el mensaje una y otra vez. «Pienso en ti. No me olvides.» ¿Qué había entre Rothemund y su madre? No cabía duda de que esa K era la de Kilian Rothemund, el mismo que le había metido en el buzón la nota con la dirección de esa banda violenta de moteros de Langenselbold, pero nada de eso tenía ningún sentido. ¿Qué pintaba Leonie Verges con Kilian Rothemund y Hanna? ¿Iba Hanna tras una historia sobre los Frankfurt Road Kings? Rothemund había sido abogado y conocía a los moteros porque había trabajado para ellos en el pasado, pero esa terapeuta mentirosa no encajaba en la imagen.

Meike apoyó la barbilla en una mano, pensativa. ¿Debía llamar a Wolfgang y hablarle de esos mensajes? No. Por la mañana, él le había prometido que la llamaría. No se pondría a sí misma en ridículo persiguiéndolo por teléfono igual que una adolescente enamorada.

Quizá hubiera más correos electrónicos. Hanna solía descargarse los mensajes en su portátil, pero con algo de suerte no lo habría hecho desde el jueves. Meike repasó concentrada todos los directorios del ordenador. Su madre era de esa clase de usuarios que habrían sido el horror para cualquier informático: nunca borraba nada y, además, guardaba los archivos según un sistema que era puramente intuitivo y carecía de toda lógica. Una hora después se rindió, decepcionada. Se quedó allí sentada unos minutos más, dándole vueltas a la cabeza. Si quería descubrir algo, tenía que volver a hablar con esa terapeuta.

El reloj digital de la esquina inferior de la pantalla marcaba las 20.23. Todavía no era demasiado tarde para acercarse a Liederbach.

En la creciente oscuridad, la espantosa terraza del Main-Riviera se transformaba bajo la luz de cientos de farolillos de colores en una ilusión grotesca. Las empalagosas canciones italianas del verano que sonaban por los altavoces intentaban embaucar a los escasos clientes que habían llegado allí por equivocación y querían hacerles creer que estaban de vacaciones en Italia. El salón del restaurante lo ocupaban los clientes habituales del camping, vestidos con ropa de poliéster y chancletas de baño, mirando fijamente un televisor de dimensiones desproporcionadas en el que retransmitían un partido de fútbol. A Bodenstein de pronto le apeteció una cerveza fresca, y además el estómago le rugió con fuerza. Se había levantado un viento cálido que olía a lluvia, a lo lejos destellaban relámpagos y se oyó un trueno, pero aun así se decidió por la terraza. Se sentó junto a una de las mesas libres y pidió una cerveza de trigo. El camarero se la llevó poco después, dibujó una raya en el posavasos de cartón y, sin mediar palabra, le tendió al inspector jefe una carta protegida por una funda de plástico marrón pegajoso.

–No, gracias. No quiero comer nada.

Aunque el estómago le protestaba miserablemente, no consiguió superar su resistencia a pedir algo de comer allí. Solo con echar un vistazo a los platos de la mesa de al lado se le había quitado el apetito: unos escalopes gigantescos que sobresalían de los bordes del plato, inundados de salsa holandesa y con un montón de patatas fritas grasientas tiradas por encima sin ningún amor, además de una ensalada que más bien parecía consistir en unas cuantas hierbas cortadas del borde de la autopista y bien rociadas con aliño de bote. ¡Qué enorme diferencia respecto de las artísticas exquisiteces que había elaborado Rosalie el día anterior y con las que había conseguido un fantástico tercer puesto en el concurso de cocineros de la Chaîne des Rôtisseurs!

–Como quiera. –El camarero se encogió de hombros y desapareció.

Oliver le dio un trago a su cerveza de trigo.

A los agentes holandeses se les había escapado Kilian Rothemund en Ámsterdam, si es que de veras había tomado ese tren. El listado detallado de llamadas del teléfono de Hanna Herzmann les había proporcionado pocos datos útiles, porque los números que aparecían más a menudo en la factura pertenecían a teléfonos anónimos de prepago que no podían rastrearse. Bernd Prinzler seguía desaparecido; nadie había ido a vaciar su apartado de correos, y tampoco ninguno de los contactos de su círculo en Frankfurt tenía ninguna información concreta, aunque eso al inspector jefe no le extrañaba. Todo lo que había podido averiguar era que Prinzler, según parecía, hacía ya años que no tenía ninguna relación con la organización de los Frankfurt Road Kings.

Los primeros goterones de lluvia repicaron en la sombrilla.

Sus vecinos de mesa huyeron a refugiarse en el salón. También Bodenstein levantó la cerveza y el posavasos y los siguió. Se quedó de pie junto a la puerta abierta, mirando fuera, hacia la lluvia que se precipitaba sobre el Meno como una pared gris y empujaba ante sí una bolsa de aire húmedo y fresco.

–¡Eh, que hay corriente! ¡Cerrad la puerta de una vez! –exclamó uno de los clientes habituales.

Ninguno de los camareros se sintió aludido, así que fue el inspector jefe quien se ocupó de cerrar la puerta cristalera. Era muy consciente de las miradas entre recelosas y curiosas de la clientela, pero hizo como si no se diera cuenta. En el partido de fútbol marcaron un gol, los hombres que había en la barra rugieron a voz en cuello y empezaron a lanzar comentarios cada vez a mayor volumen para hacerse oír. El más escandaloso de todos, un tiarrón panzudo con la cara roja y vestido con una camiseta interior negra, acompañó sus fanfarronadas con un fuerte ataque de tos. Bajó resbalando del taburete, cruzó todo el salón tambaleándose y abrió otra vez de golpe la puerta que Oliver acababa de cerrar. Salió dando tumbos sin dejar de toser y se apoyó en la pared del edificio, bajo el alero del tejado, casi sin respiración.

–¿Tengo que llamar a una ambulancia? –El inspector jefe lo había seguido, pero nadie más. La preocupación de sus compañeros de barra parecía limitada.

–Nooo... Enseguida se me pasa –resolló el gordo, que hizo un gesto negativo con la mano–. Es la puta asma. No debería emocionarme tanto, en realidad el fútbol me mata...

Bufó, tosió y escupió un asqueroso esputo amarillo en el cenicero que había junto a la puerta y que ya estaba a rebosar.

–Perdón –dijo. Por lo menos tenía algo de educación.

–Si le sienta bien... –repuso Bodenstein, lacónico.

–Me pasé cuarenta años haciendo turnos en Ticona, la fábrica de plásticos. Y esto es lo que he sacado, joderme la salud. Los pulmones.

–Vaya. –El inspector jefe suponía que los responsables del estado de sus pulmones eran los cien mil cigarrillos que debía de haberse fumado, y no tanto los turnos de trabajo. Pero la gente tenía tendencia a echarle la culpa a cualquier cosa menos a sí misma.

–Oiga... –El gordo, que se había recuperado y volvía a respirar, se lo quedó mirando–. ¿Usted no es poli?

–Sí, sí que lo soy. ¿Por qué lo pregunta?

–He oído por ahí que va buscando al letrado. ¿Saco algo si le cuento lo que sé del tema? –Se frotó el índice contra el pulgar, y en sus ojos refulgió una codicia astuta.

–Para informaciones pertinentes se ha establecido una recompensa, sí – confirmó Oliver.

Uno de los camareros asomó la cabeza por la puerta corredera abierta.

–¿Todo bien, Karl-Heinz? –preguntó–. Que dice el jefe que no la diñes antes de pagarle las birras que tienes apuntadas en el posavasos.

–Ya puede meterse ese posavasos donde le quepa. Mejor sácame aquí otra *pils*. –Karl-Heinz se apartó de la pared soltando un gemido y bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspirativo–. No sé si será pertinente o no. Aquí el menda vive justo delante del letrado. Y mi parienta y yo nos pasamos más o menos todo el día en casa.

Hizo una pausa para dejar que su anuncio causara el debido efecto y crear suspense. Oliver esperó con paciencia. Su larga experiencia le había enseñado que la incontenible necesidad de soltar la lengua que sentía la gente como el gordo Karl-Heinz no soportaba los silencios prolongados. Y así fue también esa vez.

–Hace poco, hará unas tres o cuatro semanas –siguió contando–, el letrado tuvo visita otra vez. Y con eso no me refiero a esos tipos que van a consultarle cosas. No, qué va, esta vez fue una niña muy jovencita. Rubia. Guapa. Medio en bolas. Mi parienta dijo que como mucho acababa de cumplir los quince. Y ¿sabe qué le digo? –Una breve pausa–. Pues que se metió en la caravana y ya no la vimos salir de allí. Un par de días después fue cuando pescaron ustedes a esa chica en el Meno. Le juro que era la misma. Me juego lo que sea.

Los limpiaparabrisas se deslizaban a toda velocidad para luchar contra el diluvio que caía del cielo. Meike avanzaba por la calzada a paso de peatón buscando un sitio para aparcar cerca de la casa con patio de Leonie Verges. Después de montarse en el coche siguiendo un impulso, durante el trayecto desde Frankfurt hasta Liederbach había empezado a pensar con más exactitud qué era lo que quería preguntarle a la terapeuta. Su ira hacia esa mujer crecía a cada minuto que pasaba. ¿Por qué les había mentido Verges a Wolfgang y a ella afirmando que no sabía nada? Estaba clarísimo que hacía causa común con ese pederasta y que los dos habían metido a Hanna en algún asunto turbio.

Las plazas de delante de la panadería estaban ocupadas. Meike maldijo y torció a la izquierda al final de la calle para dar la vuelta a la manzana. ¡No le apetecía tener que correr bajo la lluvia y luego parecer un gato empapado! Su mirada se topó con un gran coche negro que estaba aparcado a la altura del granero que también formaba parte de la propiedad de Leonie Verges. ¡Matrícula

de Frankfurt! ¡Era nada menos que el cacharro monstruoso de ese motero tatuado de Langenselbold! ¿Qué estaba haciendo ahí? Unos metros más allá encontró un hueco en el que justo cabía el Mini. La lluvia había remitido un poco. Caminó por la calle, se detuvo entre dos coches aparcados y evaluó la situación desde una distancia segura. La propiedad de Leonie Verges se extendía desde una bocacalle a la siguiente, y en la pared del granero había una puerta por la que sin duda también podía accederse al patio. Meike se estremeció y se tapó la cabeza con la capucha de la sudadera. Después del calor del día, la lluvia había traído consigo el frío. ¿Qué debía hacer? ¿Comprobar si la puerta estaba abierta? ¡No, no quería morir tan joven! Tal vez lo mejor fuese sacar un par de fotografías del Hummer negro con el iPhone como prueba, porque a esas alturas ya estaba segura de que la banda de moteros había tenido algo que ver en la agresión contra Hanna. Mientras todavía se lo estaba pensando, la puerta de madera verde se abrió de golpe y dos hombres salieron corriendo hacia el vehículo con la cabeza gacha, como si los persiguiera el diablo. Meike se agazapó. Oyó el rugido de un motor, los faros se encendieron de pronto y el gigantesco coche negro pasó deprisa junto a ella. Esperó un momento más y luego se acercó a hurtadillas a la puerta, que aún estaba medio abierta. Quizá fuese de mala educación colarse a esas horas de la noche por la entrada de atrás, pero seguro que la tal Verges no le abriría la puerta de la casa si le decía quién era. Meike cruzó el granero, que más bien servía como almacén de tierra para plantas y vasijas de todo tipo. La puerta de la casa estaba abierta de par en par, el foco de la pared seguía encendido e iluminaba todo el patio, abarrotado de plantas y flores.

–¿Hola? –exclamó Meike, y se detuvo en la puerta abierta–. ¿Hay alguien?

Dio un paso hacia el interior con cautela. ¡Buf, qué calor hacía ahí dentro! Vio luz en una habitación al final del estrecho pasillo; el resplandor se colaba por un resquicio y dibujaba una línea luminosa sobre las baldosas rojizas.

–¿Hola? ¿Señora Verges?

Meike empezó a sudar, se quitó la capucha. ¿Dónde se había metido esa imbécil? A saber si estaría en el váter. Recorrió el pasillo y llamó a la puerta de una habitación con un cartel que decía terapia conversacional. De modo que por eso iba allí su madre. A ella jamás le había contado que estuviese haciendo terapia, por supuesto. ¡Típico! Hanna siempre intentaba por todos los medios mostrar una bonita fachada, aunque fuese artificial.

La curiosidad llevó a Meike a empujar la puerta. Una vaharada de aire caliente y seco salió a recibirla; el olor a orines era muy intenso. Su cerebro tardó un par de segundos en dar sentido a lo que vieron sus ojos. Tirada en el suelo, en el centro de la sala, estaba Leonie Verges. Alguien la había atado a una silla que

había volcado.

–Joder, mierda –masculló Meike, y se acercó más.

La mujer estaba amordazada con cinta americana y tenía los ojos del todo abiertos, pero no parpadeaba. Una enorme moscarda negra le corría por la cara y se le metió entonces por uno de los agujeros de la nariz. Meike luchó por contener las arcadas y se tapó la boca con una mano. Fue entonces cuando comprendió que Leonie Verges ya no estaba viva.

La mujer de Karl-Heinz Rösner corroboró lo que había contado su marido. No era la primera vez que Kilian Rothemund recibía la visita de chicas jóvenes. Con eso había cometido una clara infracción de su condicional, porque los tribunales le habían prohibido acercarse a menores de edad. Era obvio por qué los Rösner no se lo habían comunicado enseguida a la Policía, así que Oliver se ahorró recriminarles nada. Allí, a nadie le importaba un comino lo que hicieran los demás, porque todos estaban demasiado ocupados con sus propias miserias. Las personas que vivían en el camping eran personajes fracasados; a ninguno de ellos le interesaba una mierda lo que sucedía en el mundo o en la casa del vecino de al lado. Después de echar otro vistazo al interior de la caravana de Rothemund, el inspector jefe regresó al restaurante a pagar su cerveza y se marchó despacio de vuelta al coche. Solo con pensar en lo que había podido hacer Kilian Rothemund con esa chica en la caravana se le revolvía el estómago. Con descaro y casi a la vista de todo el mundo, se había entregado a sus repugnantes apetitos bajo el amparo de unos vecinos absolutamente indiferentes. ¿Con qué promesas había convencido a las niñas? Bodenstein no pudo evitar pensar en Sophia y en lo confiada que era. Por mucho que le repitieras mil veces a un niño que no aceptara nada de desconocidos, si al final no era ni mucho menos un desconocido, sino un pariente o un buen amigo de la familia el que se acercaba con intenciones perversas, ya no había ninguna posibilidad de proteger al menor. Mantener a un niño demasiado apartado de las realidades de la vida tampoco parecía muy buena opción, pues era inevitable que llegara el día en que tuviera que valerse por sí mismo. Cuantas más vueltas le daba, menos descabellada le parecía la idea de que esa chica rubia pudiera tratarse, en efecto, de la Ninfa muerta del Meno. Las instalaciones del camping contaban con una piscina, en realidad un agujero de hormigón pintado de azul, pero que tenía un sistema de cloro-ozono.

La tormenta había pasado ya, el asfalto humeaba, olía a tierra húmeda. Bodenstein acababa de llegar a su coche cuando le sonó el móvil. Se olió algo

malo en cuanto vio el nombre de Pia en la pantalla a esas horas.

–Tenemos un cadáver en Liederbach –informó su compañera–. Yo ya voy de camino, y estoy intentando avisar a Henning.

Le pasó la dirección, y él prometió ir directo para allá. Se sentó al volante con un suspiro. A primera hora de la mañana enviaría a Kröger al camping para que tomara una muestra del agua de la piscina y la comparase con los análisis químicos de la muestra de agua sacada de los pulmones de la Ninfa.

Veinte minutos después, torció por la calle indicada y ya desde lejos vio las luces azules parpadeantes. Justo delante de él avanzaba el Mercedes familiar del doctor Henning Kirchhoff, y la furgoneta Volkswagen de los de rastros estaba aparcada junto a un coche patrulla delante de un patio con la verja abierta. Pia había movilizadado a todo el equipo que se necesitaba tras el hallazgo de un cadáver. Bodenstein bajó del coche y se agachó para pasar por debajo de la cinta de cordón policial. En la acera había un par de curiosos, y su compañera estaba hablando con un hombre y una mujer e iba anotando cosas. Al verlo, interrumpió la conversación y se volvió hacia él.

–La víctima es una tal Leonie Verges, psicoterapeuta –informó–. Vivía aquí desde hacía más de diez años, pero tenía poco contacto con los vecinos. Ese de antes era el dueño de la panadería de enfrente. Estos últimos días ha visto un par de cosas curiosas.

Henning Kirchhoff llegó cruzando la calle con un mono blanco sobre el brazo y una maleta metálica en la mano izquierda.

–¡Caray! –lo saludó Pia–. Pero ¡si vuelves a llevar gafas nuevas!

Henning Kirchhoff sonrió con cierta acritud.

–Nana Mouskouri quería que le devolviera las suyas –repuso con ingenio–. ¿Adónde tengo que ir?

–Allí, por el patio.

–¿Ya ha llegado esa ameba intelectual que tenéis en vuestro departamento de rastreadores?

–Si te refieres a Christian, sí. Está dentro de la casa.

–¿Cómo es que ese hombre nunca se toma vacaciones? –murmuró Henning mientras se alejaba–. Hoy no me libro de nada.

–El panadero anotó las matrículas de dos coches que le llamaron varias veces la atención. –Pia consultó su bloc de notas. Hablaba más de prisa de lo habitual, lo cual era señal de que había encontrado algo–. F-X 562, un Hummer negro, ¡que es el vehículo de Bernd Prinzler! El otro coche era uno tipo familiar, oscuro y con matrícula del Alto Taunus. Ahora mismo hago una consulta a Tráfico para ver quién es el propietario.

Como tantas otras veces, Pia iba ya un par de pasos por delante de él, y

Oliver, cuyos pensamientos giraban todavía en torno a las visitas de menores a la caravana de Rothemund, tuvo que esforzarse por darle sentido a todo aquello.

–Pero ¿qué es lo que ha ocurrido aquí? –dijo, interrumpiendo la perorata de su compañera mientras se acercaban a la puerta de la casa.

–Ataron a la mujer a una silla y la amordazaron –repuso Pia–. Los vecinos creían que había salido de viaje, porque había un cartel colgado en su puerta. Por eso nadie la echó de menos.

La casita estaba llena de personas vestidas con monos blancos, y dentro hacía un calor insoportable.

–La calefacción estaba a tope –dijo alguien–. Debía de hacer tiempo que estaba ahí tirada.

Oliver y Pia entraron en la habitación. Se disparó un *flash*; Kröger estaba fotografiando el cadáver y su entorno.

–¡Dios santo, qué calor hace aquí! –protestó la inspectora.

–Exactamente 37,8 grados –informó el jefe de rastros–. La temperatura debió de llegar a ser algo más alta aún, pero la puerta estaba abierta cuando hemos llegado. Por cierto, ya podéis abrir las ventanas.

–No, no podéis –advirtió Henning Kirchhoff, que estaba arrodillado junto al cadáver–. Hasta que yo no le haya tomado la temperatura corporal. Pero seguro que eso el inspector jefe Kröger no lo comprenderá en la vida.

Christian Kröger se limitó a pasar por alto la pulla de Henning y siguió fotografiando con estoicismo.

–¿Cómo murió? –preguntó Oliver.

–Sin lugar a dudas, de una forma muy dolorosa –respondió el doctor Kirchhoff sin levantar la mirada–. Deduzco que se desecó. Eso parece indicar la piel seca y escamosa, como también las sienes hundidas. Mmm... Tiene los globos oculares teñidos de amarillo. Eso podría apuntar a un fallo renal. En las personas que se deshidratan o, mejor dicho, que se desecan, la falta de líquido hace que la sangre se espese, y se produce entonces un desabastecimiento de los órganos vitales. En última instancia, la muerte llega a causa del fallo multiorgánico. En la mayoría de los casos, los riñones son los primeros en fallar.

Pia y Bodenstein contemplaron cómo Henning cortaba con unas tenazas primero las bridas que ataban las muñecas y los tobillos del cadáver a la silla y luego la cuerda de tender la ropa de nailon.

–Debió de resistirse mucho. –Señaló las excoriaciones y los hematomas en las articulaciones de manos y pies, y luego retiró con cuidado la cinta americana con que habían envuelto la cabeza de la víctima. Mechones de pelo se quedaron pegados en ella.

–También es señal de desecamiento que el pelo se desprenda con tanta



facilidad –comentó Kröger.

–Listillo –gruñó Henning.

–Sabelotodo arrogante –contraatacó Kröger.

–Yo sé quién la ha matado –dijo de pronto una voz tenue desde la puerta.

Oliver y Pia se volvieron. Ante ellos tenían a un fantasma pálido vestido con una sudadera negra de capucha completamente empapada.

–¿Qué está haciendo usted aquí? –le espetó Pia.

–Quería hablar con la señora Verges. –Meike Herzmann parecía uno de esos personajes de cómic manga con rostros angulosos y unos ojos sobredimensionados y muy maquillados–. Hace... Hace poco estuve aquí, pero ella afirmó entonces que no sabía en qué estaba trabajando mi madre. Era mentira. Resulta que he descubierto que también conocía a Kilian Rothmund.

–¿Ah, sí? ¿Y cuándo tenía pensado comunicárnoslo? –A Pia le habría encantado soltarle un bofetón.

–¿Quién ha matado a la señora Verges? –intervino Oliver antes de que su compañera perdiera los estribos.

–Ese motero tatuado –susurró Meike. Miraba como hipnotizada el cadáver de la terapeuta–. Él y otro hombre han salido corriendo del patio y se han subido a su coche justo cuando yo llegaba.

–¿Bernd Prinzler? –El inspector jefe se movió para taparle la vista.

La hija de Hanna Herzmann asintió en silencio. Ya no quedaba nada de sus modales rebeldes, no era más que una sombra lamentable.

–Por cierto, ¿os habéis fijado en la minicámara que hay encima del radiador, al lado de la puerta? –preguntó Kröger de pronto.

Bodenstein y Pia volvieron la cabeza. ¡Era cierto! Encima de la unidad de calefacción que colgaba de la pared, junto a la puerta, había una cámara diminuta, casi del tamaño del puño de un niño.

–¿Y qué hace ahí?

–Alguien la ha grabado mientras moría –supuso Kröger–. Qué depravados...

Oliver se llevó a Meike Herzmann a la cocina, Pia se acercó al escritorio y apretó el *play* del contestador automático. Siete mensajes nuevos. Tres veces habían colgado justo después de la alocución, pero entonces se oyó una voz grabada.

«¿Tienes sed, Leonie? –decía quien había llamado–. Pues aún tendrás muchísima más. ¿Sabías que morir de sed es casi la forma de muerte más dolorosa que existe? ¿No? Mmm... Por regla general sucede lo siguiente: tres o cuatro días sin agua y estás muerto. Pero, cuando hace tanto calor como ahora, la cosa va mucho más deprisa.»

Pia y Christian cruzaron una mirada.

–Esto es repugnante –dijo ella–. Cada vez que pienso que ya lo he visto todo, va y pasa algo que supera lo anterior. A esta mujer la observaron mientras moría.

–O incluso la grabaron –añadió Kröger–. Lo llaman *snuff movie*, y es cuando matan a alguien de verdad en una película. Seguro que hay un montón de gilipollas enfermos que pagan un pastón por ver algo así.

Martes, 29 de junio de 2010

Emma no conseguía estar tranquila. Echaba de menos a su hija, y al mismo tiempo temía el momento en que Louisa volviera a casa. Hasta entonces, ser responsable de su hija nunca le había supuesto una carga, pero de pronto se había convertido en eso, en un peso que debía llevar ella sola. Su deber era el de protegerlos a ella y al niño que aún estaba por nacer.

No lograba entender por qué Florian no le había hablado nunca de su hermana melliza. ¿Qué había querido ocultarle? ¿Y cómo podría seguir viviendo ella en un futuro? Había ahorrado algo de dinero, y su padre, a su muerte, le había dejado en herencia un piso de propiedad en Frankfurt, así que con los ingresos del alquiler podría mantenerse a flote una temporada. Había llegado a escribirle un correo electrónico a su antigua jefa en plena noche para preguntarle con discreción si no tendría un trabajo para ella en el servicio interno. Se pasó hasta el alba navegando por internet, se metió en foros en los que compartían experiencias mujeres cuyos hijos habían sido víctimas de abusos, leyó historias terroríficas sobre maridos y padres cariñosos a quienes desenmascaraban como pederastas. Y en todos esos relatos intentaba encontrar paralelismos con su vida y con Florian. Los hombres que abusaban de niños casi siempre habían tenido una infancia traumática o habían sido ellos mismos víctimas de abusos, y en algún lugar leyó que la predisposición a la pedofilia a menudo estaba condicionada genéticamente.

A las seis y media apagó el portátil. Hasta esas últimas dos horas no había cobrado verdadera conciencia de la trascendencia de su sospecha de que Florian pudiera haber abusado de Louisa. El hecho mismo de que ella lo creyera posible implicaba ya el fracaso completo de su matrimonio. Jamás volvería a confiar en él, jamás volvería a estar tranquila cuando se quedara solo con la niña. ¡Todo aquello era repugnante, enfermizo! Y no había nadie con quien pudiera hablar de ello. Hablar de verdad. La terapeuta, y también la mujer de Protección de Menores, la habían escuchado y le habían dado consejos sobre cómo debía comportarse, sí, pero lo que Emma quería en realidad era hablar con alguien que conociera a Florian, que la tranquilizara y le dijera que todo aquello era un completo disparate. Sus suegros estaban descartados. No podía enfrentar a dos personas mayores a semejante monstruosidad y, además, ¡a tan pocos días de la

gran fiesta de cumpleaños de Josef!

Entonces pensó en Corinna. La hermana adoptiva de Florian siempre se había mostrado muy cercana con ella y se había convertido en una amiga. Emma valoraba sus consejos y sus opiniones. ¡Tal vez ella pudiera contarle algo más sobre esa melliza misteriosa! No lo pensó más y le escribió un mensaje de texto pidiéndole que le dedicara un cuarto de hora.

La respuesta no tardó ni un minuto en llegar.

«Sí que te has levantado pronto! :) Pásate por nuestra casa a mediodía. Comemos y hablamos, vale? Bs, C», le había escrito.

«De acuerdo, gracias», confirmó Emma, y soltó un profundo suspiro. Todo su fuero interno se resistía a la idea de ir a cotorrear sobre su marido con otras personas, pero había sido él mismo, con su falta de honestidad, quien no le había dejado otra opción.

–Vuelve a cerrar, por favor. Tengo frío –dijo Kathrin Fachinger, molesta, cuando Christian Kröger abrió de par en par la ventana de la sala de reuniones.

La tormenta de la noche anterior había traído consigo unas temperaturas algo más bajas. Un agradable aire fresco se coló en la sala y acabó con ese calor tan bochornoso.

–Estamos a veintiún grados –repuso Kröger–, y aquí dentro el aire está cargado.

–Aun así. Estoy sentada en medio de la corriente. Esta noche tendré tortícolis.

–Pues siéntate en otro sitio.

–¡Siempre me siento aquí!

–Diez minutos de aire fresco tampoco te van a matar. Me he pasado la noche entera en pie y necesito algo de oxígeno –insistió Kröger.

–No hagas como que eres el único de aquí que trabaja –le espetó Kathrin, que se puso en pie de un salto y quiso cerrar la ventana aunque Christian la tenía bien sujeta.

–¡Ya basta! La ventana se queda abierta. Y, ahora, serenaos un poco –advirtió Bodenstein–. Siéntate en otro sitio estos diez minutos, Kathrin.

La agente soltó un bufido de enfado, agarró su bolso y cambió de silla. Pia ya se estaba tomando el tercer café de la mañana y, a pesar de eso, luchaba contra un ataque de bostezos tras otro. Miró a los presentes y vio unos rostros consumidos por el agotamiento y con los ojos enrojecidos. El nuevo caso traía consigo una montaña entera de trabajo. Y eso cuando ya llevaban casi tres semanas trabajando sin fines de semana ni hora de irse a casa por las tardes;

poco a poco, eso iba haciendo mella. Sobre todo porque seguían sin tener resultados tangibles que les permitieran avanzar. No hacían más que dar palos de ciego en la oscuridad, y Pia no era la única que empezaba a perder la paciencia de forma lenta pero imparable. La noche había vuelto a ser muy corta, ella no había llegado a casa hasta las tres menos diez y tardó una hora en relajarse y quedarse dormida.

Después de que Kai presentase los datos identificativos de la víctima, le llegó el turno a Kröger. Las huellas dactilares que se habían encontrado en el marco de la puerta y en la silla pertenecían a Bernd Prinzler, y los especialistas de la Dirección Regional habían intentado descubrir, por desgracia sin ningún resultado, cómo había llegado la cámara a la consulta de terapia y desde cuándo estaba allí. Además, por el momento tampoco habían conseguido entrar en el portátil de Leonie Verges; sin la contraseña, era algo prácticamente inútil. Las espeluznantes grabaciones de la cinta del contestador automático se habían hecho desde un número oculto, así que también eso era un callejón sin salida.

En la casa, Kröger y su gente habían encontrado armarios llenos de expedientes de pacientes; se hacía imposible comprobarlos todos. De cualquier forma, era dudoso que el autor pudiera encontrarse, de hecho, en el fichero de pacientes de la psicoterapeuta. Según la página web del Centro de Psicotraumatología, Leonie Verges no trataba a hombres, sino tan solo a mujeres traumatizadas.

–Pero sí podría ser que un marido o expareja de una paciente la odiara tanto como para querer matarla –aventuró Kathrin.

–Hemos encontrado las huellas dactilares de Prinzler en el marco de la puerta y en la silla –dijo Pia–, pero ¿cómo entró en la casa?

–Se llevaría una llave cuando estuvo atándola a la silla e instalando la cámara –propuso Cem como respuesta.

–Pero ¿por qué volver a entrar? –reflexionó la inspectora en voz alta.

Miró hacia la pizarra en la que habían escrito el nombre de Leonie Verges. Una flecha apuntaba hacia Hanna y Meike Herzmann, otra hacia Prinzler y Rothemund. Tenía el fuerte presentimiento de que la agresión contra Hanna Herzmann y el asesinato de Leonie Verges estaban relacionados, y tal vez incluso los hubiera cometido el mismo criminal. La noche anterior no lo había pensado, pero esa mañana, al despertar, se había preguntado quién había avisado a la Policía y a la ambulancia. No había sido Meike Herzmann. Un rato antes había pedido que le pusieran la grabación de la central de emergencias. A las 22.12 había llamado un hombre que no había dado su nombre. «En Liederbach, Alt Niederhofheim, 22, hay una mujer muerta en su casa. La verja del patio y la puerta de entrada están abiertas.»

–Los vecinos vieron varias veces el coche de Prinzler –recordó la inspectora, pensativa–. ¿Estaría espiando el lugar, o conocía a Leonie Verges?

–Si yo quisiera espiar una localización, no me pasearía por ahí con un cochazo tan llamativo –repuso Kai–. En todo caso, esa cámara de infrarrojos es un producto de fabricación a gran escala. Tenemos pocas esperanzas de averiguar dónde la compraron.

Bodenstein, que hasta entonces había estado allí sentado en silencio, escuchando, se aclaró la garganta.

–A mí, lo que más me interesaría saber es qué tenía que ver Kilian Rothemund con Leonie Verges –dijo–. Estuvo con Prinzler en casa de Hanna Herzmann. Me parece que lo primero que debemos hacer es concentrarnos en él. Fue él quien violó a Hanna Herzmann, tiene antecedentes por abusos a menores, vive en una caravana en un camping de segunda, sin vínculos sociales, y a menudo recibía visitas de chicas menores de edad. No me extrañaría que también tuviera algo que ver con nuestra Ninfa.

–¿Cuál sería su móvil? –preguntó Pia–. Le van los niños pequeños, pero viola a una mujer adulta y luego prepara una muerte agonizante para la terapeuta de esta. ¿Por qué?

–Porque está enfermo –opinó Kathrin–. Tal vez Hanna o Leonie descubrieran que había vuelto a recaer y que estaba quebrantando la condicional. O se enteraron de que había matado a una niña, y él quiso impedir que acudieran a la Policía.

Nadie dijo nada durante un rato, todos reflexionaron sobre esas conjeturas.

–Y Prinzler lo encubre o incluso le ayuda –añadió Kai–. Tiene alguna deuda pendiente con Rothemund desde los viejos tiempos.

–Pero ¿de qué conocían esos dos a Leonie? –se extrañó Oliver.

Buena pregunta. Nadie tenía una respuesta.

–Si las cosas son como supone Kathrin –dijo Pia, dando que pensar–, entonces Hanna Herzmann sigue corriendo mucho peligro. Al fin y al cabo no ha muerto, y podría recobrar la memoria.

–Tienes razón. –El inspector jefe asintió con la cabeza–. Debe recibir protección de inmediato.

Sonó el teléfono de la mesa. Meike Herzmann esperaba abajo; la noche anterior se había sentido demasiado conmocionada y casi no había pronunciado dos frases seguidas, pero les había prometido presentarse en comisaría al día siguiente. Kathrin se levantó para ir a buscarla a la entrada.

–Seguiremos después –decidió Bodenstein–. Pia y yo hablaremos con la joven. Kai, ocúpate de la protección para Hanna Herzmann. Y Cem, Kathrin y tú id a las once a la autopsia de Leonie Verges.

Todos asintieron, Cem y Kai se levantaron y abandonaron la sala de reuniones.

–Ahora sí que tengo curiosidad por ver si de una vez por todas suelta lo que sabe. –Pia se levantó, cerró la ventana y bajó las persianas para que la sala no volviera a calentarse enseguida.

Poco después, Meike Herzmann estaba sentada junto a la mesa de reuniones, pálida y visiblemente afectada.

–Anoche fui a ver a mi madre –empezó a relatar en voz baja–. Todavía está bastante mal y no se acuerda de nada. Pero... yo... sé que fue una tontería por mi parte no venir antes a hablar con ustedes. Yo... no comprendía lo terrible que es todo esto... –Le temblaba la voz.

Se quedó callada, abrió su mochila y sacó dos hojas de papel.

–Esto es la impresión de un correo electrónico de Kilian Rothemund que encontré en el ordenador de mi madre –dijo entonces, y deslizó la primera hoja sobre la mesa–. Y esto de aquí... Esta es la nota que metió ese hombre en el buzón.

Pia contempló la hoja, que parecía arrancada de una libreta, y leyó las frases que había escritas en ella.

«He esperado hasta la 1.30. Me habría gustado verte. ¡Estoy sin batería en el móvil! Aquí tienes la dirección, B. P. está al corriente. Llámame. K.»

Giró la hoja y miró la dirección. Después leyó por encima lo que decía el correo electrónico.

«Hanna, ¿¿por qué no te pones en contacto conmigo?! ¿Ha ocurrido algo? ¿He dicho o hecho algo que te haya molestado? Llámame, por favor. Por desgracia no he podido volver a hablar con Leonie, ella tampoco me contesta al teléfono, pero de todas formas el lunes me marchó a A y allí me reuniré con las personas con quienes contactó B. Por fin están dispuestos a hablar conmigo. ¡Pienso en ti! No me olvides. K.»

Su enfado con la joven que de pronto tenía sentada allí delante, cohibida y hablando en voz baja como si la hubieran pillado copiando de una chuleta en un examen, se transformó en auténtica ira. ¡Esa pequeña arpía idiota!

–¿Sabe lo que ha provocado al ocultarnos toda esta información? –dijo con dificultad para contenerse, y le pasó la hoja a su jefe–. Hace días que estamos buscando a Prinzler y a Rothemund. Tal vez Leonie Verges seguiría con vida si usted no se hubiese mostrado tan poco cooperativa.

Meike Herzmann se mordió el labio inferior y bajó la cabeza, consciente de su culpabilidad.

–¿Hay alguna cosa más que nos haya ocultado hasta ahora? –preguntó Bodenstein.

Por la dureza de su tono, Pia se dio cuenta de lo furioso que estaba él también. Al contrario que ella, sin embargo, el inspector jefe era capaz de un férreo autocontrol con el que mantenía a raya sus emociones.

–No –susurró Meike. Tenía la mirada vacía, su expresión era de desesperación–. Yo... Es que... No lo entienden...

–No, la verdad es que no lo entiendo –repuso Bodenstein con frialdad.

–¡No conoce a mi madre! –De pronto se le saltaron las lágrimas–. Se pone hecha una furia si alguien se entromete en sus investigaciones. Por eso fui yo misma a comprobar esa dirección. Pensé... que descubriría algo y que entonces se lo comunicaría a ustedes...

–¿Que hizo qué?! –Pia creyó haberla oído mal.

–Es una granja antigua con una chatarrería y una valla altísima que lo rodea todo. –Meike Herzmann sollozaba–. Me subí a un puesto de caza, solo porque quería ver qué había allí dentro, pero esos moteros me vieron y soltaron a un perro de pelea que se me echó al cuello... Tuve la suerte de que apareció un guarda o algo por el estilo y lo... mató de un disparo. Así que pude largarme.

No era muy frecuente que Pia se quedara sin palabras, pero eso fue lo que pasó.

–Nos ha ocultado una información fundamental –dijo Bodenstein–. Probablemente eso ha hecho que tenga que morir una persona. ¿Y qué es eso del ordenador de su madre, del que ha sacado ese correo? ¿Dónde está?

–Lo tengo en casa –dijo Meike Herzmann tras dudar un instante.

–Bien. Pues ahora mismo vamos para allá a buscarlo. –El inspector jefe dio un pequeño golpe con la mano abierta en la superficie de la mesa y se levantó–. Su conducta tendrá consecuencias para usted, señora Herzmann, eso puedo prometérselo.

**D**elante de Corinna, Emma siempre se sentía inferior y hasta cierto punto enclenque. Estaba sentada a la gran mesa de comedor, empapada en sudor y deformada como una ballena varada, mientras Corinna guisaba en su cocina abierta de acero inoxidable y alta tecnología para sus cuatro hijos, cada uno de los cuales llegaba del colegio a una hora diferente. Corinna llevaba de pie desde las seis, se había pasado toda la mañana en el despacho y además se encargaba de su familia y de su casa; Emma, en cambio, ya se sentía sobrepasada con una sola niña. En su anterior trabajo, por el contrario, había conseguido hacer realidad lo imposible, había planificado, organizado, improvisado, y casi siempre en unas circunstancias harto complicadas y primitivas. Se había marchado de casa a los



diecinueve años, y siempre había conseguido salir adelante sin problemas.

¿Qué había cambiado? ¿Cuándo había empezado a no atreverse a nada? Antes se encargaba de que toneladas de alimentos y de equipamiento médico llegaran a los rincones más recónditos del planeta y ahora, de repente, hasta una compra en el supermercado le suponía todo un reto.

Olía a tomate y albahaca, ajo y carne sofrita, y a Emma se le encogió el estómago de hambre. Mientras tanto, Corinna vaciaba también el lavavajillas y le iba contando los últimos preparativos para la gran fiesta del viernes.

–Enseguida termino –le dijo, y sonrió–. Seguro que tienes un par de minutos más, ¿verdad?

Tengo el día entero, pensó Emma, pero no dijo nada en voz alta y se contentó con un asentimiento de cabeza. Escuchó en silencio las anécdotas cotidianas que Corinna le explicaba de su marido y sus hijos, y de repente sintió envidia. ¿Cómo le habría gustado tener también una casa como aquella, con un marido que se presentaba espontáneamente con *sushi* para la cena, que regaba el jardín, que realizaba toda clase de proyectos con sus hijos y que por las noches pasaba revista al día sentado con su mujer mientras los dos disfrutaban de una copita de vino! ¿En qué lugar quedaba su vida, en comparación? El único hogar que tenía era una vivienda con muebles prestados en la casa de sus suegros, y además un marido que apenas le contaba nada de sí mismo y que la había abandonado poco antes de que naciera su segundo hijo. Y prefería no pensar siquiera en la terrible sospecha de lo que podría haberle hecho a Louisa. Poco a poco había ido arraigando en ella la sensación de que había perdido a Florian para siempre, y esos últimos días se había convertido al fin en una certeza. Lo ocurrido ya no podía deshacerse.

–Bueno... –Corinna se sentó a la mesa con ella–. ¿De qué querías hablar?

Emma reunió todo su valor.

–Florian no me había dicho que tiene una hermana melliza. Nadie habla de ella.

La sonrisa de Corinna se esfumó de pronto. Apoyó los codos en la mesa, unió ambas manos y presionó nariz y boca contra ellas. Se quedó callada tanto rato que Emma ya temía no recibir respuesta alguna, pero al final apartó las manos y soltó un suspiro.

–La historia de Michaela es muy triste y dolorosa para toda la familia Finkbeiner –dijo en voz baja–. Sufría una enfermedad mental, desde pequeña. Hoy en día podrían haberle ayudado mucho, pero en aquel entonces, en los años setenta, no se había avanzado tanto en psicología infantil y no sabían lo que era un trastorno de personalidad múltiple. Seguramente creían que no era más que una niña tozuda y mentirosa. Fue una gran injusticia para ella, pero es que nadie

supo hacerlo mejor.

–Eso es terrible –susurró Emma, sobrecogida.

–Josef y Renate se ocupaban más de Michaela que de todos nosotros, sus otros hijos –siguió contando Corinna–, pero ni su amor ni sus cuidados sirvieron de nada. La primera vez que se escapó de casa tenía doce años y la pillaron robando en una tienda. Después empezó a tener cada vez más problemas con la Policía. Josef pudo salvar muchas situaciones gracias a sus contactos, pero Michaela no lo entendía. Pronto empezó a beber alcohol y a tomar drogas, y ninguno de nosotros conseguía llegar a ella. Fue terrible, sobre todo para Florian.

De sus ojos había desaparecido todo rastro de alegría, y Emma lamentó haber removido un tema que despertaba unos recuerdos tan dolorosos en su cuñada.

–¿Por qué nunca me ha hablado Florian de ella? –preguntó–. Yo lo habría comprendido. En todas las familias hay una oveja negra.

–Tienes que entender lo espantoso que fue para él y lo mucho que sufrió por ello. En última instancia, seguro que también fue el motivo por el que se marchó de aquí en cuanto tuvo ocasión –contestó Corinna–. Siempre estaba a la sombra de su hermana, que recibía muchísima más atención que él. Por muy cariñoso, trabajador y aplicado que fuese, aquí todo giraba en torno a Michaela.

–¿Qué fue de ella?

–Dejó los estudios a los quince años y se puso a hacer la calle para costearse la drogadicción. En algún momento acabó entrando en esos ambientes. Josef lo intentó todo para sacarla de allí, pero ella no quería dejarse ayudar. Después de un intento de suicidio, estuvo un par de años internada en un psiquiátrico. Nunca quiso volver a hablar ni con sus padres ni con ninguno de nosotros, sus hermanos.

Emma se fijó en que Corinna solo hablaba de su hermanastra en tiempo pasado.

–¿Dónde está ahora? ¿Lo sabe alguien?

El agua para la pasta rompió a hervir, se desbordó sobre el fogón y levantó un vapor siseante justo cuando un coche pasaba por delante de la ventana de la cocina. El ruido del motor cesó, y se oyeron dos puertas de coche que se cerraban.

–¡Mamá, tengo hambre! –exclamó una clara voz infantil.

Corinna no pareció enterarse de nada de eso. Daba la sensación de que la energía había abandonado de repente su cuerpo. Apretó los labios y puso una expresión de infinita tristeza.

–Michaela murió hace unos años –dijo–. Solo Ralf, Nicky, Sarah y yo fuimos a su entierro. Desde entonces nadie ha vuelto a mencionar su nombre.

Emma se quedó mirando a su amiga, conmovida.

–Créeme, Emma, es mejor así. –Corinna puso un momento la mano sobre la suya, luego se levantó y se acercó al fogón para echar la pasta al agua hirviendo–. No reabras viejas heridas. Michaela les causó muchas preocupaciones a Josef y a Renate.

Torben, el hijo pequeño de Corinna, entró corriendo en el comedor por la cristalera abierta. Lanzó su cartera a un rincón e irrumpió en la cocina sin ver que Emma estaba allí.

–¡Me muero de hambreee! –anunció.

–Lávate esas manos y recoge la cartera. La comida estará lista dentro de diez minutos. –Su madre le acarició la cabeza con un gesto ausente y luego miró hacia la terraza–. Gracias por ir a recogerlo, Helmut. ¿Quieres comer un plato de pasta con nosotros?

Justo entonces se fijó Emma en que el conserje, Helmut Grasser, se había detenido en la puerta de la terraza. Se levantó a saludarlo.

–Hola, señor Grasser –dijo.

–Hola, señora Finkbeiner. –El hombre sonrió–. ¿Cómo se encuentra con este calor?

–De momento bien, gracias. –Emma se obligó a devolverle la sonrisa.

Había esperado poder hablar también con Corinna de sus sospechas sobre Florian y Louisa, pero eso ya no sería posible si también Torben y el conserje se sentaban a la mesa.

–Me marcho ya –dijo, y su amiga no hizo ningún intento por retenerla.

Tenía el rostro sombrío, su habitual resplandor se había apagado. Levantó la tapa de la sartén en la que se estaba estofando la salsa de carne picada y la removió. ¿Le había sentado mal que le preguntara por la melliza de Florian?

–Gracias por tu franqueza. –Emma no se atrevió a abrazarla como acostumbraba a hacer–. Hasta mañana.

–Sí, hasta mañana, Emma. –Su sonrisa parecía forzada–. No se lo tengas en cuenta a Florian.

**O**liver se había encajado en el asiento del copiloto del Mini de Meike Herzmann porque no se fiaba de que no intentase darles esquinazo. Pia tomó el coche de servicio y los siguió hasta la ciudad. Entretanto, Kai había solicitado una orden de detención para Bernd Prinzler y una orden de registro domiciliario. A la inspectora todavía le costaba trabajo creer lo que había hecho Meike Herzmann. Le sonó el móvil justo cuando pasaba por delante del rascacielos Messeturm, y contestó.

–Aquí Frey. Hola, señora Kirchhoff. Acaban de informarme ahora mismo de que hay progresos en la investigación –dijo el fiscal superior, y a Pia le sorprendió lo buena que parecía ser la comunicación en la Fiscalía de Frankfurt.

–Sí, hemos conseguido la dirección de un sospechoso en el caso de Hanna Herzmann y nos ha entrado un nuevo caso de asesinato –repuso.

–¿Un nuevo asesinato?

Ajá. O sea que tan bueno no era el intercambio de información...

La inspectora le relató en pocas palabras la muerte agónica de Leonie Verges e informó de que Prinzler había sido visto en las inmediaciones de la casa.

–Bernd Prinzler es miembro de los Frankfurt Road Kings –dijo–. Sabemos que tuvo contacto con la señora Herzmann y hemos encontrado sus huellas dactilares en la casa de la víctima, la señora Verges. Además, los vecinos vieron su coche varias veces en Liederbach. También sabemos que Prinzler conoce a Kilian Rothemund, al cual buscamos por violación y agresión en el caso Herzmann.

–Esos dos se conocen, sin lugar a dudas –corroboró el fiscal superior–. Al menos el bufete del que Rothemund era socio representó durante años a Prinzler y a sus compinches.

–Nos ha llegado la información de que Rothemund se ha marchado a Ámsterdam. Lo reconocieron en el tren, pero por desgracia la Policía holandesa le perdió la pista en la estación. También nos hemos enterado de que ha infringido la condicional.

–¿En qué sentido?

–Los vecinos del camping han visto varias veces a chicas menores de edad entrando en su caravana. Eso lo enviará de vuelta a la cárcel.

–Es increíble...

–Ya lo creo. A estas alturas, incluso consideramos verosímil que Rothemund tuviera algo que ver con el caso de la chica muerta del Meno. Lo que sí está claro es que existe relación entre la agresión contra la señora Herzmann y el asesinato de Leonie Verges. En fin. Mi jefe aparecerá mañana por la noche en *Expediente XY* y esperamos que después de eso alguien se ponga en contacto con nosotros porque viera algo, o incluso sepa dónde se encuentra Rothemund.

–Sí, hay posibilidades –coincidió con ella el fiscal superior.

Pia tuvo que acelerar porque Meike Herzmann se pasó un semáforo en ámbar delante de ella, y entonces vio cómo se encendía un *flash* rojo.

–¡Mierda! –soltó.

–¿Cómo dice? –preguntó el fiscal Frey.

–Disculpe, pero es que me acaban de hacer una foto. Semáforo en rojo y con el móvil en la oreja.

–Pues le va a salir caro. –El fiscal superior parecía divertido–. Gracias por toda la información, señora Kirchhoff. Por cierto, ¿qué tal está Lilly?

–Está muy bien, gracias. –Pia sonrió–. Salvo por la garrapata que hubo que quitarle en una dramática operación.

El fiscal superior Frey se echó a reír.

–Lamento tener tan poco tiempo para ella –dijo Pia–, pero con un poco de suerte pronto habremos resuelto nuestros casos.

–También yo lo espero. Si puedo hacer algo por usted, no dude en llamarme.

La inspectora le aseguró que lo haría y terminó la conversación. Justo entonces volvió a recordar lo que le habían contado la exmujer de Rothemund y Kai Ostermann. El fiscal superior Frey y Rothemund habían sido buenos amigos, y aun así Frey no solo había acusado a su viejo compañero, sino que se lo había lanzado como carnaza a los lobos de la prensa sin ninguna compasión. Pensó si debía volver a llamarlo y preguntarle por ello pero enseguida desechó la idea. Para ella no tenía ninguna importancia lo que sucediera en aquel entonces entre dos viejos amigos. Unos minutos después detuvo el coche delante de la casa de Schulstrasse, en Sachsenhausen, y esperó a Oliver, que tenía que recoger el ordenador de Hanna del piso de la hija. Pia estaba cabreada con Meike Herzmann, pero más aún consigo misma. La mañana del día anterior, cuando Oliver y ella estuvieron en Herzmann Productions, había pensado en llevarse el ordenador, pero entonces la llamada de Lilly por lo de la garrapata la distrajo y se le olvidó. No se trataba de un descuido, sino de un error de peso que no debería habersele escapado.

**E**n realidad, Pia tendría que haber ido directa a Langenselbold con Cem y Kathrin cuando estos salieron del Anatómico Forense para detener a Bernd Prinzler, pero Nicola Engel había desconvocado la operación. Aunque Prinzler llevaba más de catorce años sin aparecer en ningún documento oficial, de todos modos se lo relacionaba con la cúpula de los Frankfurt Road Kings y estaba considerado como alguien violento y peligroso. Por todo ello, la comisaria jefe había planificado una «acción conjunta» en cooperación con una unidad de las fuerzas especiales. A Bodenstein le parecía exagerado, pero Engel se había mantenido firme. Temía que Prinzler no les abriera la puerta si le hacían una visita educada, y que entonces ya estuviera sobre aviso. Por eso la detención debía producirse por sorpresa y con contundencia. Ella misma se había ocupado de organizar la operación, así que Pia había acabado disfrutando del final de su jornada desacostumbradamente temprano. De camino a casa pasó por el

supermercado de Liederbach y compró algo para la cena. En el transcurso de los últimos meses había sido cada vez más Christoph quien se ocupaba de cocinar. A él le gustaba, lo hacía con pasión y mucho mejor que ella, que después del trabajo casi nunca tenía ganas de ponerse a los fogones. Esa tarde, sin embargo, sí le apetecía. Encendió la parrilla eléctrica que tenían en la terraza, a la cual se salía desde la cocina. Cortó calabacines y berenjenas en rodajas finas y las puso a asar. Mientras las verduras iban chisporroteando, Pia preparó en una fiambarrera un aliño con aceite de oliva, sal, pimienta y ajo prensado.

El resultado de la autopsia de Leonie Verges había corroborado la primera suposición de Henning: la mujer había muerto a causa de un fallo multiorgánico provocado por la desecación total. Una muerte muy dolorosa. De haberla encontrado dos horas antes, tal vez podrían haberla salvado. Era una forma horrible de morir, y Pia no quería ni imaginar lo que debía de haber pasado la mujer esas últimas horas de vida. ¿Había esperado que llegara alguien a ayudarle, o era consciente de que acabaría muriendo? ¿Y por qué de esa forma? La cámara que enfocaba directamente a la silla y la terrible alocución del contestador automático, que sin duda Leonie había escuchado, denotaban un sadismo extraordinario. No era propio de alguien como Bernd Prinzler, que tenía un historial de detenciones por agresión y uso de arma de fuego. Aun así, la inspectora llevaba en la Policía Judicial demasiado tiempo como para creer que los criminales seguían alguna clase de comportamiento lógico.

Hanna Herzmann era paciente de Leonie Verges, esa conexión estaba clara. ¿Había presentado Leonie a Hanna y a Kilian Rothemund, o había sido al revés? Rothemund y Prinzler se conocían de antes, eso también estaba claro. ¡Ojalá Hanna no tardase mucho en recordar! Ella era la única que podía arrojar un poco de luz sobre la oscuridad de esa historia tan confusa.

Absorta en sus pensamientos, Pia fue metiendo las rodajas de calabacín asado en el aliño y colocó una tanda de berenjena en la parrilla. Mientras, arrancó también un puñado de hojas de salvia de la planta que tenían en el alféizar de la ventana, entre la albahaca fresca, la melisa y el romero. A Lilly le encantaba la receta especial de Pia –espaguetis con salvia, jamón de Parma, alcaparras y ajo–, y Christoph rebañaba el plato cada vez que la preparaba.

Los perros empezaron a ladrar frente a la casa con un tono que indicaba pura felicidad: Christoph y Lilly habían llegado. Solo unos segundos después, la niña entró corriendo en la cocina con las trenzas al viento y los ojos resplandecientes. Se abrazó a Pia mientras las palabras salían de su boca como en cascada: trampolín, abuelo, poni, guepardos, bebé jirafa... Pia no pudo evitar reír.

–¡Despacio, despacio! –frenó a la pequeña–. A esa velocidad no entiendo ni una palabra.

–Pero es que tengo que darme mucha prisa –repuso Lilly sin aliento; hablaba con tanta seriedad y gravedad como solo una niña de siete años era capaz de hacer–. Cuando tú también estás en casa, quiero contártelo todo. Pero ¡todo, todo!

–Hay tiempo, tenemos toda la noche.

–Eso dices siempre –afirmó Lilly–, y entonces suena tu teléfono y nos dejas solos al abuelo y a mí.

Christoph entró en la cocina seguido de los perros. Llevaba en la mano una bolsa que dejó en la encimera antes de darle un beso a Pia.

–Cuando tiene razón, tiene razón. –Sonrió, repasó de un vistazo los ingredientes que había reunido Pia y levantó las cejas–. ¿Pasta con salvia?

–¡Lo que yo quería! –exclamó Lilly–. ¡Me muero por un plato de pasta con salvia! ¿Sabes?, el abuelo había comprado costillas de cordero. ¡Bah!

–Ya llegaremos a un acuerdo –dijo Pia con una sonrisa–. La pasta y las costillas de cordero van muy bien juntas. Y antes tenemos ensalada de calabacín y berenjena.

–Y antes aún, un baño –añadió Christoph.

Lilly ladeó la cabeza con reparo.

–Está bien –dijo después de pensarlo un poco–. Pero solo si Pia viene.

–Trato hecho.

Pia dejó de lado cualquier pensamiento que tuviera que ver con el trabajo. Ya se reengancharía al día siguiente, temprano.

–**H**ola, mamá.

Meike se quedó a los pies de la cama y se obligó a mirar la cara desfigurada de su madre a la luz tenue de la lámpara de lectura del cabecero. La hinchazón había remitido un poco, pero los hematomas tenían peor aspecto aún que por la mañana.

Al menos ya la habían sacado de la unidad de cuidados intensivos y la habían llevado a planta, y delante de la puerta había un poli de uniforme, tal como le había anunciado el inspector Bodenstein.

–Hola, Meike –murmuró su madre–. Acerca una silla y siéntate.

Ella obedeció. Se sentía fatal. El reproche que le había hecho esa inspectora llevaba todo el día persiguiéndola, eso de que tenía la culpa de la muerte de Leonie Verges por haberse guardado esa estúpida nota.

No había disculpa ni justificación posible, cierto, por mucho que ella se hubiera convencido de que lo hacía para no poner en peligro las investigaciones

de su madre. En realidad, eso le daba absolutamente igual.

Hanna alargó la mano y soltó un suspiro cuando Meike, vacilante, la aferró.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó en voz baja.

Meike se debatió consigo misma. Esa mañana no le había dicho nada de la muerte de Leonie Verges, y tampoco esta vez conseguía encontrar palabras. Todo parecía resquebrajarse y desmoronarse a su alrededor. Una persona a quien conocía, con quien había hablado, estaba muerta. Y había perdido la vida de una forma dolorosa, además, mientras ella no pensaba más que en sí misma, en lugar de en las posibles consecuencias para los demás. Toda su vida se había sentido una víctima, tratada con injusticia, no querida. Había deseado conseguir el cariño de los demás con obstinación, había comido hasta engordar como protesta y luego se había matado de hambre hasta quedar en los huesos, había sido malvada, injusta e hiriente, todo ello en su desesperada búsqueda de amor y atención. A menudo le había echado en cara a su madre su egoísmo, pero en realidad la egoísta había sido ella, porque solo había pedido y exigido, en lugar de dar algo por su parte. No, no había sido una niña encantadora; por algo había crecido siempre sin una amiga íntima, o una amiga sin más. Cuando alguien no se gustaba a sí mismo, tampoco podía esperar gustarle a los demás. La única persona en el mundo que siempre la había aceptado tal y como era, era precisamente su madre, a la que ella había entronizado como enemiga, porque en secreto la envidiaba. Hanna era todo aquello que a ella le habría gustado ser pero que jamás sería: una mujer segura de sí misma, guapa, idolatrada por los hombres.

–Para ti tampoco es fácil, ya lo sé –murmuró su madre sin vocalizar muy bien, y apretó un poco la mano de su hija–. Qué bien que hayas venido.

A Meike se le saltaron las lágrimas. Le habría encantado apoyar la cabeza en el regazo de Hanna y echarse a llorar, porque se avergonzaba muchísimo de su bajeza y su maldad. Era consciente de las atrocidades que le había dicho y hecho a su madre, y deseó poseer por lo menos el valor necesario para mostrar arrepentimiento y sinceridad.

Fui yo quien te rayó el coche y te pinchó las ruedas, mamá, pensó. Me metí a husmear en tu ordenador, y si no le di a la Policía la nota que te dejó escrita Kilian Rothmund fue solo porque quería hacerme la interesante con Wolfgang. Tal vez con eso provoqué la muerte de Leonie Verges. Soy envidiosa y mala y repugnante, y no merezco tu paciencia ni tu perdón.

Todo eso pensó, pero no lo dijo en voz alta.

–¿Podrías comprarme un iPhone nuevo? Tengo un duplicado de la tarjeta sim en mi escritorio, en el despacho –susurró Hanna–. Quizá puedas sincronizarlo. Mis datos de acceso a MobileMe están anotados en un papel debajo del



cuaderno.

–Sí, claro. Lo haré mañana por la mañana, a primera hora –consiguió decir su hija.

–Gracias. –Hanna cerró los ojos.

Meike se quedó un rato más sentada junto a la cama, mirando cómo dormía su madre. Sin embargo, en cuanto salió del hospital y se metió en el coche, cayó en la cuenta de que ni siquiera le había preguntado cómo se encontraba.

Miércoles, 30 de junio de 2010

Eran las cinco en punto de la madrugada cuando un helicóptero apareció por encima de las copas de los árboles. Al mismo tiempo, la linde del bosque que rodeaba la propiedad de Bernd Prinzler cobró vida. Unas figuras encapuchadas y vestidas de negro avanzaron por la maleza y rodearon la zona vallada. El sol naciente todavía quedaba oculto detrás de los vapores brumosos de un aire húmedo cargado de lluvia. Oliver, Pia, Cem Altunay y Kathrin Fachinger seguían la acción desde el bosque y contemplaron cómo diez agentes armados de las fuerzas especiales se descolgaban desde el helicóptero, que se cernía a varios metros de altura sobre una pradera cercana a la casa. Los cortapernos cercenaron los puntales metálicos de la gran verja como si fueran de mantequilla. Cinco vehículos negros de los que utilizaban las fuerzas especiales, con potentes motores y lunas tintadas, avanzaron rugiendo por la pista forestal de grava y torcieron para entrar a toda velocidad en la propiedad. Ni tres minutos después de que hubiera aparecido el helicóptero, la fortaleza estaba tomada.

–No está mal –comentó Cem tras echar un vistazo a su reloj.

–A eso lo llamo yo matar moscas a cañonazos –rezongó Bodenstein.

Su rostro impasible no dejaba entrever lo que pensaba, pero Pia sabía que estaba enfadado por la bronca de Nicola Engel. Durante el trayecto desde Hofheim hasta allí, nadie había dicho nada más después de que, a la altura del cruce de Offenbach, entre el inspector jefe y la comisaria Engel se produjera un breve pero intenso intercambio de palabras. La noche anterior había analizado la situación de la propiedad, detrás del terreno boscoso que se extendía entre Langenselbold y Hüttengesäss, valiéndose de fotografías de satélite, y había coordinado la operación con una unidad de las fuerzas especiales y un centenar de agentes de antidisturbios. Esa mañana, Bodenstein había manifestado que la acción planificada era una auténtica exageración y un despilfarro absoluto del dinero de los contribuyentes. Después de eso, Nicola Engel lo interrumpió con brusquedad y le echó en cara que no hubiera sido capaz de conseguir nada de nada en tres semanas, por lo cual ella tendría que presentar justificaciones ante el Ministerio del Interior.

Pia y Cem solo habían cruzado una mirada y habían callado con prudencia, puesto que, en esa situación de tensión altamente explosiva, una sola palabra

equivocada podía causar el mismo efecto que un acelerador de combustión.

Una manada de corzos espantados por el ruido y el repentino alboroto cruzó el bosque dando gráciles saltos. En los árboles de alrededor empezó a oírse a los primeros pájaros con su concierto matutino, en absoluto impresionados por lo que se desarrollaba ahí abajo.

–¿Por qué te molesta tanto lo que ha dicho Engel? –le preguntó Pia a su jefe–. Si la cagan con esto de hoy, no es problema nuestro.

–No es eso lo que me molesta –repuso Oliver–, sino que en Frankfurt y en la Dirección Regional sabían dónde vive Prinzler. Hace tiempo que lo tienen en el punto de mira, pero hasta ayer les faltaba un motivo para una orden de registro.

–¿Cómo dices? ¿Conocían esta granja? –preguntó la inspectora sin dar crédito–. ¿Y por qué no habíamos recibido esa información? ¡En Frankfurt, como mínimo desde que fuimos a ver a la madre de Prinzler, sabían que lo estábamos buscando!

–Pues porque, a sus ojos, nosotros no somos más que un par de polis paletos de provincias –replicó Bodenstein, y se frotó la barbilla sin afeitarse–. Pero esta vez no permitiré que quede así. Si resulta que fue Prinzler quien mató a Leonie Verges, y que podríamos haberlo evitado si la comunicación con Frankfurt no hubiese sido tan mala, van a rodar cabezas.

La radio que Pia sostenía en la mano emitió susurros y sonidos de interferencias.

–Estamos dentro –oyeron que decía una voz distorsionada–. Un hombre, una mujer, dos niños. Sin resistencia.

–Vamos –dijo el inspector jefe.

Avanzaron un trecho cuesta abajo por entre la vegetación seca, cruzaron una zanja y entraron en la propiedad. A la izquierda vieron un granero enorme y, frente a este, una zona de barbacoa. Detrás de una valla de tela metálica había almacenadas grandes cantidades de piezas de coches y motos, ordenadamente dispuestas y apiladas. La casa quedaba algo más atrás, rodeada por un jardín idílico y bastante extenso, con árboles viejísimos y arbustos en flor. Había una piscina y un parque infantil. Un auténtico paraíso.

Sobre el césped húmedo, no muy lejos de la casa, había un hombre tumbado boca abajo. Iba descalzo y llevaba solo camiseta y pantalón corto. Le habían atado las manos a la espalda con bridas. Dos agentes le ayudaron entonces a ponerse de pie. En la puerta reventada de la casa vieron a una mujer morena que rodeaba con sus brazos a un niño de unos doce años. El niño lloraba con amargura. Otro chaval, algo mayor y ya casi tan alto como su madre, no se permitía las lágrimas, pero también llevaba escrito en la cara el susto causado por ese asalto al alba.

La comisaria jefe Nicola Engel, con un traje pantalón de color gris sobre el que se había puesto un chaleco antibalas, se plantó delante del gigante barbudo como David ante Goliat; intrépida y segura de sí misma, tal como era ella.

–Por el momento queda usted detenido, señor Prinzler –dijo–. Doy por hecho que conoce de sobra sus derechos.

–La verdad es que sois unos auténticos imbéciles –replicó Bernd Prinzler, furioso. Tenía una voz grave y ronca, era imposible que fuese la misma que la del contestador automático de Leonie Verges–. ¿De verdad teníais que darle este susto de muerte a mi familia? Hay un timbre en la puerta.

–Exacto –murmuró Oliver.

–Llévoslo –ordenó la comisaria jefe.

–¿Antes puedo vestirme con algo más? –preguntó Prinzler.

–No –contestó Nicola Engel con frialdad.

Pia se dio cuenta de que al hombre le habría gustado decir algo muy grosero, pero sabía cómo eran las detenciones, y sabía que con un insulto no lograría precisamente mejorar su situación. Así que se contentó con escupir a la hierba, a poquísima distancia de los Louboutin de Nicola Engel, y echó a andar con la cabeza bien alta hacia una de las furgonetas negras entre los dos hombres de las fuerzas especiales, que a su lado parecían enanos.

–Bodenstein, Kirchhoff, ahora ya pueden hablar con la mujer –dijo Nicola Engel.

–Quiero hablar con el señor Prinzler, no con su mujer –repuso Oliver, y con ello se ganó una mirada furiosa que, no obstante, a él lo dejó frío.

El alboroto y el vocerío que empezaron a oír en el interior de la casa impidieron que recibiera una respuesta. Acababan de encontrar a dos chicas jóvenes en una habitación del sótano.

–Vaya, vaya –dijo la comisaria jefe con un deje más que triunfal en la voz–. Lo sabía.

La tarde anterior, después de salir del hospital, Meike le había escrito un mensaje de texto y desde entonces esperaba en vano una respuesta. Desde el domingo no había vuelto a saber nada de Wolfgang, salvo por la reunión del lunes por la mañana en la productora, pero allí no había podido cruzar ni una sola palabra personal con él. Sentía que la había dejado tirada. ¿Acaso no había sido sincero al prometerle que se ocuparía de ella y estaría a su lado? ¿Por qué no la llamaba? ¿Había hecho ella algo mal, lo había molestado? Meike se había despertado varias veces por la noche para mirar el móvil, pero él no le había

enviado ningún mensaje ni le había escrito ningún correo electrónico. Su decepción crecía por minutos. Si existía una persona en su vida en la que siempre había podido confiar, ese era Wolfgang. Su decepción se transformó primero en rabia, luego en preocupación. ¿Y si también a él le había ocurrido algo?

A las nueve ya no lo soportó más y lo llamó al móvil. Le contestó enseguida, tras el segundo tono. Meike, que no había contado con eso, no supo qué decir.

–Eh, Wolfgang –saludó.

–Hola, Meike. Acabo de leer tu mensaje de texto. Tenía el teléfono silenciado –se justificó, aunque ella tuvo la sensación de que no le estaba diciendo la verdad.

–No pasa nada –mintió–. Solo quería decirte que mamá está algo mejor. Ayer fui a verla dos veces.

–Eso está muy bien. Ahora te necesita.

–Por desgracia, todavía no se acuerda de nada. Los médicos dicen que puede tardar en recuperar el recuerdo de la agresión. A veces no llega a suceder nunca.

–Tal vez sea mejor así. –Wolfgang carraspeó–. Meike, me temo que ahora tengo una reunión importante. Te llamaré...

–Leonie Verges está muerta –lo interrumpió ella.

–¿Quién?

–La loquera de mamá, esa a la que fuimos a ver el sábado, la de Liederbach.

–Dios santo, es horrible –dijo Wolfgang, afectado–. ¿Cómo te has enterado?

–Porque resulta que estuve allí. Quería preguntarle algo, por mamá. La puerta de la casa estaba abierta y... la vi. Fue... horroroso. No hay manera de quitarme esa imagen de la cabeza. –Meike dejó que su voz sonara temblorosa, como la de una niña asustada. Ese truco siempre le había funcionado con Wolfgang. Quizá así se apiadaría de ella y la invitaría otra vez a dormir en su casa–. Alguien la ató a una silla y la amordazó. Dicen que murió deshidratada. Entonces llegó la Policía, y les he dado el ordenador del despacho de mamá. ¿Crees que he hecho bien?

Él tardó un momento en contestar. Wolfgang era una persona prudente, un hombre que reflexionaba a fondo antes de decir nada. Probablemente tenía que procesar esa información. Meike oyó un barullo de voces de fondo, pasos, luego una puerta que se cerraba. Se hizo el silencio.

–Claro que has hecho bien –dijo Wolfgang por fin–. Meike, tienes que mantenerte al margen de todo esto y dejar que la Policía haga su trabajo. Lo que haces es peligroso. ¿No puedes irte a casa de tu padre unos cuantos días?

Meike creyó que lo había oído mal. ¿Qué clase de sugerencia de mierda era esa?

Hizo acopio de valor.

–Yo... había pensado que a lo mejor podría quedarme unos días en tu casa. Como me lo habías ofrecido... –contestó con voz de niña pequeña–. Ahora no puedo irme a Stuttgart y dejar tirada a mamá.

De nuevo esos segundos interminables hasta que Wolfgang dijo algo. Lo había pillado desprevenido con su intención de quedarse en casa de él, así que en realidad no se lo había ofrecido en serio. En el fondo de su ser, lo que esperaba era recibir palabras de consuelo y un espontáneo «¡Por supuesto!», pero, cuanto más tardaba en llegar la respuesta, más segura estaba ella de que Wolfgang buscaría una excusa para no herirla.

–Por desgracia, eso no puede ser –dijo por fin.

Meike advirtió el malestar en su voz y supo que lo había puesto en un compromiso, con lo que sintió una satisfacción perversa.

–Tenemos la casa llena de invitados hasta el fin de semana.

–Bueno, pues entonces nada –repuso como si tal cosa, aunque le habría gustado aullar de rabia ante su rechazo–. Oye, ¿has vuelto a pensar en lo de las prácticas? Porque ahora me he quedado sin trabajo y...

Otro hombre tal vez le hubiera dicho que no le diera la lata con eso, pero a Wolfgang se lo impedía su cortesía innata.

–Mejor nos llamamos más tarde para hablar de eso –dijo para salir del paso–. Ahora de verdad que tengo que irme a esa reunión; me están esperando todos. No bajes la guardia. ¡Y cuídate mucho!

Meike lanzó el móvil contra el sofá y se echó a llorar de pura decepción. ¡Nada salía como había esperado! ¡Joder! ¡Nadie se preocupaba por ella! Antes sí que habría ido a ver a su padre y le habría reclamado su compasión, pero desde que tenía una nueva pareja su interés por su hija había disminuido. Durante su última visita a Stuttgart, esa imbécil incluso había tenido la desfachatez de decirle que se comportara de una vez como una adulta y no como una niña en la edad del pavo. Desde entonces, Meike no había vuelto a dejarse ver por allí.

Se derrumbó en el sofá y le dio vueltas a qué hacer, a quién llamar. Pero no se le ocurrió nadie.

Las dos jóvenes asustadas que habían encontrado en el sótano de Bernd Prinzler se habían mostrado cualquier cosa menos emocionadas con su «liberación». Para la dirección de la operación, el hecho de que fueran rusas y se hospedaran en una habitación poco lujosa había sido prueba suficiente para

considerar que ejercían la prostitución ilegal y que las estaban reteniendo allí en contra de su voluntad. Movidos por la euforia de ese supuesto éxito, los agentes no les habían permitido que se llevaran consigo sus pertenencias, por lo que no habían podido comprobar hasta más tarde, en la Jefatura Superior de Policía de Frankfurt, que Natascha y Ludmilla Walenkowa no se dedicaban a hacer la calle ni mucho menos. Natascha era la *au-pair* de Prinzler, tenía pasaporte en regla y un permiso de residencia válido; Ludmilla, su hermana mayor, que había vivido como *au-pair* en la propiedad antes que ella, estudiaba informática aplicada a los negocios y también residía legalmente en Alemania, con visado de estudiante.

En resumen, la operación de la mañana había sido un absurdo insuperable y había costado una barbaridad de dinero público. La abogada de Prinzler, una treintañera batalladora, había dejado bien claro que se querellaría por los daños materiales provocados y exigiría una compensación económica considerable por las molestias ocasionadas.

Pia era consciente de que Oliver no sentía ninguna satisfacción al saber que había tenido razón, sino que solo estaba furioso porque la Policía de Frankfurt seguía sin darles la oportunidad de hablar con Prinzler. El circo de la mañana, no obstante, sí había tenido una parte buena, y era que el inspector jefe se había encontrado por casualidad en la Jefatura Superior de Adickesallee con un antiguo compañero que, en su día, había dirigido la detención de Kilian Rothemund. Lutz Altmüller había formado parte, junto con otros, de la comisión especial Leopardo, encargada del caso de la chica muerta a quien también encontraron en el Meno el 31 de julio de 2001 y que aún seguía sin resolver. Altmüller estuvo dispuesto a reunirse con Pia, Christian Kröger y Cem Altunay, y propuso como lugar de encuentro un restaurante no lejos del aeropuerto de Frankfurt. A la inspectora eso le venía de perlas, porque le había prometido a su jefe que lo llevaría al aeropuerto. Su vuelo hacia Múnich salía a las dos y media y, como solo llevaba equipaje de mano, Kai ya le había hecho el *check-in* por internet y tenía la tarjeta de embarque en su iPhone. Oliver iba muy bien de tiempo cuando su compañera, a la una y media, lo dejó delante de la Terminal de Salidas A.

Pia condujo después hasta el restaurante, dejó el coche en el aparcamiento y cruzó la calle a pie. Cem y Christian la estaban esperando delante de la antigua casa del guardabosque que ocupaba el restaurante y le hicieron señas con la mano al verla caminar desorientada, buscando el local entre los edificios de oficinas y el hotel del aeropuerto.

El inspector jefe Lutz Altmüller estaba sentado en la primera mesa que había junto a la puerta de entrada, degustando una ración nada desdeñable de buey con salsa verde y patatas hervidas. A Pia, que no había podido comer nada en todo el

día, se le hizo la boca agua solo con verlo.

–He pensado que, ya que íbamos a encontrarnos a mediodía, también podíamos aprovechar para comer algo –confesó Altmüller de buena gana después de los saludos y las presentaciones–. ¡Venga, sentaos! ¿Habéis comido ya? La salsa verde de aquí es muy recomendable. –Gesticulaba con el cuchillo y el tenedor y hablaba con la boca llena–. ¿Dónde os habéis dejado a Bodenstein?

–Ha tomado un vuelo a Múnich –explicó Pia–. Esta noche sale en *Expediente XY*.

–Ah, sí, es verdad. Me lo dijo.

Costaba imaginar que Lutz Altmüller hubiera sido en su día un atleta de éxito. En 1996 había participado incluso en los Juegos Olímpicos de Atlanta, y con ello se había ganado para siempre un estatus especial en la Policía de Frankfurt. Con los años, no obstante, los músculos se le habían transformado en una grasa fofa, el triste resultado de un exceso de ingesta de alimentos grasos en combinación con la falta de movimiento.

–Bueno, chicos, ¿qué era lo que queríais saber? –Se limpió la boca y la cara con la servilleta de tela, dio un trago de sidra con agua mineral y se reclinó hacia atrás. La silla gimió bajo el peso de su cuerpo cebado.

–Ahora mismo estamos investigando tres casos –expuso Pia–, y en todos ellos no hacemos más que toparnos con los nombres de Kilian Rothemund y Bernd Prinzler. A Prinzler lo hemos detenido esta mañana, pero Rothemund sigue huido. Nos gustaría saber algo más sobre ese hombre.

Lutz Altmüller la escuchó con atención. Tal vez su cuerpo se había vuelto pesado con el paso de los años, pero su memoria no. En aquella época, en julio de 2001, fue uno de los agentes de la Policía Judicial que habían acudido al lugar del hallazgo del cadáver de la chica, y fue también en gran parte responsable de la creación de la comisión especial. Tres días después de encontrar a la víctima se había producido una gran agitación en esa comisión. El autor de una llamada anónima afirmaba saber de dónde había salido la chica. Era la primera pista prometedora..., y por desgracia fue también la última. El hombre no quiso darse a conocer, así que envió a su abogado.

–Kilian Rothemund –aventuró Pia.

–Exacto –confirmó Lutz Altmüller–. Nos encontramos con Rothemund, que en aquel momento no quiso desvelar la identidad de su cliente, en un bar de Sachsenhausen. Afirmaba que la muchacha podía ser víctima de una red de pornografía infantil y que su cliente, afectado también en persona, estaba firmemente convencido de ello y podía dar los nombres de quienes estaban detrás manejando los hilos. Todo aquello era muy vago, desde luego, pero era una primera pista y prometía mucho. Sin embargo, pocos días después la Fiscalía



actuó contra el propio Rothemund, y en los registros de su despacho y su domicilio particular se encontraron grandes cantidades de fotos y vídeos, incluso uno muy comprometedor en el que se le veía teniendo relaciones sexuales con menores de edad.

–Pero eso es del todo irracional –comentó Christian Kröger–. ¿Por qué iba Rothemund a llamar la atención sobre sí mismo de esa manera?

–Tú lo has dicho, compañero. –Altmüller asintió y frunció el ceño–. Fue de lo más extraño. Rothemund fue procesado y desapareció entre rejas, su cliente siguió en el anonimato y no volvió a ponerse en contacto con nosotros. De modo que el caso quedó sin resolver, y así sigue.

–Nueve años después, volvemos a sacar del Meno a una niña muerta con señales de malos tratos –dijo Christian–. Y, al mismo tiempo, Rothemund vuelve a caer bajo el foco de nuestras investigaciones.

–Hasta ahora todavía no sabemos si de verdad tuvo algo que ver con nuestra Ninfa –intervino Cem–. Es solo una suposición.

El camarero se presentó en la mesa y recogió el plato de Altmüller. Pia pasó por alto los gruñidos de su estómago y pidió solo una cola *light*; también Cem y Christian renunciaron a la comida.

Altmüller esperó a que el camarero les sirviera las bebidas, después se inclinó hacia delante.

–Mis compañeros y yo supusimos entonces que a Rothemund lo embaucaron –dijo bajando la voz–. Las mafias de pornografía infantil trabajan con toda clase de métodos intimidatorios. No se andan con chiquitas cuando los amenaza el peligro de ser descubiertos, y sus redes tienen muy buenos contactos. Sus relaciones llegan a las administraciones, a las autoridades, a las más altas esferas de la economía y la política. Y, como es comprensible, nadie tiene ningún interés en que eso se sepa. A menudo se tarda años en poder pillar a alguien, o a toda una red, pero casi siempre nos quedamos con las ganas. Están muy bien equipados, tienen mucho dinero, conexiones y posibilidades técnicas contra las que nuestros medios nada pueden hacer. Siempre vamos cojeando un par de pasos por detrás de esos criminales.

–¿Por qué no se defendió Rothemund, si se consideraba inocente? –preguntó Pia.

–Sí que lo hizo. Negó hasta el último momento tener nada que ver con las pruebas en su contra –respondió Altmüller–. Pero el material era tan evidente que el tribunal no tomó en consideración sus objeciones. A eso se le unió el juicio público al que lo sometió la prensa. También eso fue un misterio. A pesar del secreto de sumario, todo se filtró. Y hasta se ofreció una rueda de prensa memorable del fiscal superior Markus Maria Frey...

–... con quien Rothemund había tenido una estrecha amistad en el pasado – añadió la inspectora.

–Sí, eso lo sabía todo el mundo. –Lutz Altmüller asintió–. Pero su amistad se rompió cuando Rothemund empezó a defender a criminales de peso y ganó unos cuantos casos muy sonados gracias a que pudo señalar errores procesales y fallos de los responsables de la investigación y también de la Fiscalía. Iba directo a ascender a la primera división de abogados defensores de Alemania, podía permitirse una gran casa, trajes a medida, coches caros. Estoy seguro de que su viejo amigote Frey le tenía envidia y punto, así que buscó una oportunidad para bajarle los humos.

–¿De semejante manera? –Christian Kröger sacudió la cabeza–. Es repugnante.

–Bueno... –Altmüller torció el gesto, pensativo–. Imagínate que el que fuera tu mejor amigo te humilla en público un par de veces. Y que entonces da un paso en falso absolutamente catastrófico. ¿Qué va a hacer un fiscal? Tiene que perseguir el asunto de oficio.

–Sí, desde luego. Y más aún si se trataba de abusos a menores –coincidió con él Cem Altunay–. Pero Frey habría tenido que rechazar el caso por conflicto de intereses.

–Sí, tal vez eso habría tenido que hacer. Pero quizá viera también una oportunidad de destacar y de rehabilitarse tras los errores de su departamento. Ese hombre no llegó a fiscal superior con treinta y tantos años por casualidad. Es ambicioso, insobornable y duro de pelar.

–¿Qué sabe sobre Bernd Prinzler? –se interesó Pia.

–Hubo un tiempo en el que Prinzler era un pez gordo de los Road Kings – explicó Altmüller–. El público los relaciona con una banda de moteros que se dedica a negocios turbios. Sin embargo, lo que son en realidad es una tropa con una organización férrea y una jerarquía muy estricta, casi militar. En las luchas con albanokosovares y rusos por la supremacía en su ambiente, siempre se producen daños colaterales que llevan a unos y a otros ante los tribunales y a la cárcel, pero en general se les deja hacer, porque consiguen imponer el orden con mano dura y así nos quitan trabajo a nosotros. En los noventa, Prinzler era el vicepresidente de la sección de Frankfurt, se le temía y respetaba. Rothemund consiguió evitar que acabara en la cárcel un par de veces. Pero entonces, de repente, Prinzler desapareció del mapa. Al principio supusimos que había caído en desgracia entre sus colegas y durante una temporada dimos por hecho que acabaríamos encontrando su cadáver en algún lugar, pero en realidad debió de retirarse como cara visible y aceptar otras tareas dentro de la organización.

–¿Cuáles? ¿Y por qué? –quiso saber Christian Kröger.

–Sobre eso solo puedo especular. Es cierto que en aquel entonces logramos infiltrar a un agente en los Road Kings, pero murió de un tiro en una redada. – Altmüller se encogió de hombros–. Decían que Prinzler se había casado y que ya no quería estar en primera línea.

–Esta mañana hemos visto a su mujer y a sus hijos –corroboró Cem–. Dos niños con edades comprendidas entre los doce y los dieciséis años.

–Eso encajaría –dijo el hombre.

Pia había escuchado en silencio. Las numerosas informaciones que les había dado Altmüller flotaban como piezas de puzle por su cabeza e intentaban encajar en su sitio para formar una imagen que todavía era bastante fragmentaria. En lugar de recibir respuestas útiles a sus preguntas, le habían surgido decenas de interrogantes nuevos. ¿Eran los Road Kings sobre lo que Hanna Herzmann estaba investigando, tal como habían supuesto hasta entonces? ¿Cómo se había producido el contacto con Rothemund y Prinzler? ¿Y cómo encajaba Leonie Verges en toda esa historia?

–¿Cuándo sucedió eso del infiltrado abatido? –preguntó la inspectora.

Su subconsciente le enviaba señales que ella no lograba entender ni interpretar; eso la sacaba de quicio.

–Fue hace ya unos cuantos años –respondió Altmüller–. Creo que en 1998. ¿O 1997? Pero Prinzler todavía estaba en activo, de eso estoy seguro, porque Rothemund consiguió sacarlo de todo aquel asunto. Y, de hecho, resultó que no fue un Road King quien mató al infiltrado y a otros dos miembros de la banda, sino uno de nuestros chicos.

–Erik Lessing –dijo Pia.

Lutz Altmüller, que acababa de levantar la mano para llamar al camarero, se quedó de piedra y se puso pálido bajo su tez rojiza de hipertenso.

–¿De qué conoces ese nombre?

Su reacción fue más que reveladora. El cerebro de Pia trabajaba a toda máquina. Erik Lessing. Kathrin. Behnke. La comisaria jefe Engel. Kilian Rothemund. El antiguo asunto en Frankfurt por el que Nicola Engel y Behnke no podían ni verse. ¿Cómo era que Behnke siempre se había permitido tantas salidas de tono? ¿Por qué nunca lo habían apartado del servicio policial a pesar de sus graves faltas, e incluso lo habían destinado a Asuntos Internos de la Dirección Regional? ¿Acaso había alguien en las altas esferas que lo tenía bajo su protección? Y, de ser así, ¿por qué?

–¿También aquello fue una cagada de la Fiscalía? –preguntó en lugar de responder a Altmüller–. ¿Puede ser que ahí detrás se esconda una relación con nuestros casos actuales?

–Chica, ahora sí que se te está desbocando la imaginación –dijo el viejo

inspector jefe al tiempo que sacudía la cabeza.

En cualquier caso, su buena disposición a compartir información terminó ahí. Llamó al camarero para pagar ya, porque tenía una cita con el médico. Cem y Christian le dieron las gracias por su ayuda. En el momento en que se levantaron y salieron de la antigua casa del guardabosque, a Pia se le cruzó por la cabeza otra idea que le puso la carne de gallina. ¡Claro, eso sí podía ser!

–Señor Altmüller –llamó una vez más al policía de Frankfurt–, ¿dijo Rothemund algo sobre su cliente en aquel momento? ¿Cualquier cosa? ¿Hablaba de un cliente o de una clienta?

Altmüller se apoyó en una de las mesas altas que había en la terraza, frente a la entrada del restaurante, y arrugó la frente mientras pensaba.

–Eso tendría que consultarlo en los antiguos expedientes –dijo al cabo de nada–. Grabamos en una cinta nuestra conversación con él y realizamos una transcripción para el acta. Miraré a ver si puedo recuperarla.

–Gracias. –Pia asintió con la cabeza–. ¿Hasta qué punto se había visto «afectado en persona» ese cliente? ¿Afectado cómo?

–Mmm... –Lutz Altmüller se pasó la mano por la calva–. Me parece que se refería a que su cliente también había sido víctima de la mafia de pornografía infantil. Por desgracia solo tuvimos esa única conversación con él, así que no pudimos preguntarle más.

Las piezas del puzle encajaron por sí solas en su lugar, y entonces Pia comprendió lo que todos ellos, distraídos por Bernd Prinzler, no habían sabido ver. De repente tuvo prisa.

–¿Quién es Erik Lessing? –preguntó Christian después de que Altmüller se alejara con su paso torpe–. ¿Por qué le ha sorprendido tanto al viejo que le mencionaras su nombre?

–Solo ha sido un tiro a ciegas –contestó Pia–. Ni yo misma acabo de entenderlo muy bien, pero tenemos que volver sin falta a la casa de Leonie Verges. No sé por qué, pero estoy segura de que en su fichero de pacientes encontraremos la clave de todo esto.

**D**urante el trayecto desde el hospital, Louisa se había limitado a chuparse el pulgar y no había dicho ni una sola palabra. Al llegar, se había negado a caminar desde el coche hasta la casa. Ni la perspectiva de unas natillas de chocolate, ni un llamamiento a su sentido común ni la severidad de su madre habían servido de nada. A Emma ya estaban a punto de saltársele las lágrimas y, justo cuando intentaba cargar con la niña por la escalera a pesar de su estado, Helmut Grasser

salió como un ángel salvador de la vivienda de sus suegros. Antes de que Louisa pudiese protestar, el hombre la tomó en brazos, la subió a la planta de arriba y la dejó delante de la puerta. Corinna y Sarah se pasaron a verla algo después y le llevaron unos regalitos a la niña, pero no consiguieron ni una sonrisa de la pequeña, que en determinado momento se retiró a su cuarto y cerró la puerta de golpe.

Fue entonces cuando Emma rompió a llorar. Pero ¿si no era culpa suya que su hija se hubiera roto el brazo! Y, aun así, se sentía responsable. ¿Cómo iba a seguir adelante? Por un lado, deseaba tener allí a Florian para que la apoyara; por otro, temía que su presencia pudiese ser justamente lo peor. Sus amigas intentaron consolarla y le aseguraron que ellas se ocuparían de Louisa. Además, Emma estaría allí al lado cuando tuviera al niño, en el paritorio de la asociación.

–Quizá Florian ya esté aquí para entonces –dijo Corinna.

–No, no estará –sollozó Emma. Y entonces soltó toda la historia de sopetón.

Que había encontrado el envoltorio de preservativo vacío en sus pantalones y le había preguntado por ello, pero él no le había dicho nada. Que no había reconocido que la engañaba, pero tampoco lo había negado, y que, después, ella le había pedido que se marchara de casa.

Corinna y Sarah se quedaron sin habla unos instantes.

–Pero lo peor es que..., que... la doctora del hospital sospecha que Louisa podría... haber sido víctima de abusos. –Las lágrimas de desesperación corrían por las mejillas de Emma, que ya no era capaz de contenerlas, como si en su interior se hubiese abierto una esclusa–. Tenía hematomas en la cara interior de los muslos y en... la vagina. Y no ha sido por la caída del poni. Florian se puso hecho una furia cuando la doctora nos lo dijo, y desde entonces no ha vuelto a hablar conmigo. ¡Cómo voy a dejarle a Louisa cada dos fines de semana, si no tengo más remedio que pensar que quizá le pueda hacer eso!

Les explicó a Corinna y a Sarah lo del cambio en el comportamiento de su hija, lo de los arrebatos de ira incontrolados, la conducta agresiva en la guardería, las fases de un letargo espantoso y el lobo de peluche destrozado.

–He hablado con una terapeuta de la Asociación de Mujeres Jóvenes de Frankfurt y he investigado en internet –dijo con voz temblorosa–. Esas peculiaridades de la conducta son señales típicas que muestran las niñas pequeñas como Louisa cuando son víctimas de abusos sexuales. Se trata de una transformación de la personalidad, una especie de reacción mental protectora, porque la niña ya no se siente segura en su propia familia.

Se limpió la nariz y miró los rostros conmocionados de sus amigas.

–¿Entendéis ahora por qué me da tanto miedo dejar sola a Louisa? Y no tengo ni idea de cómo me lo voy a montar cuando el bebé esté aquí y ya no pueda

dedicarle a mi hija toda mi atención en exclusiva.

–¿Y Florian qué dice de todo eso? –quiso saber Corinna–. ¿Le has dicho sin rodeos que sospechas de él por lo de los abusos?

–¡No! ¿Cuándo podría habérselo dicho? La última vez que lo vi fue cuando llevé a Louisa al hospital.

–¿Quieres que hable yo con él? –preguntó Corinna–. Al fin y al cabo es mi hermano.

–Sí, quizá sí. –Emma hizo un gesto de impotencia–. Es que no sé qué hacer. Ya no sé nada.

–Primero, intenta tranquilizarte –le aconsejó Sarah, y le acarició el brazo con compasión–. Ocupate de Louisa sin agobiarla. Una hospitalización es una experiencia muy traumática para los niños de su edad. Además, aunque tú también estuvieras con ella, de repente se ha visto rodeada por completos desconocidos. Tardará unos cuantos días en volver a adaptarse aquí. Todo se arreglará.

–Voy ahora mismo a estar con ella. –Emma suspiró y se levantó–. Gracias por los regalos. Y por escucharme.

Abrazó primero a Sarah, luego a Corinna, y las acompañó a la puerta. Cuando las dos salieron, Emma respiró hondo antes de ir al cuarto de su hija.

Louisa estaba sentada en el suelo, en un rincón, y no levantó la mirada cuando entró su madre. Había puesto un CD de cuentos en el reproductor y escuchaba su preferido, el de Cenicienta. Callada, casi apática, la niña estaba allí sentada con el pulgar en la boca.

–¿Te apetece una galleta? ¿O una manzana? –preguntó Emma con dulzura, y se sentó en la alfombra, frente a ella.

Louisa negó con la cabeza, sin decir palabra ni mirarla.

–¿Quieres que llamemos a los abuelos para que te puedan decir hola?

Otra sacudida de cabeza.

–¿Quieres que nos hagamos mimitos?

Otra vez que no.

Emma miró a su hija pequeña, preocupada y sin saber qué hacer. Le habría gustado poder ayudarle, asegurarle que con ella estaba a salvo y no tenía nada que temer, pero quizá Sarah tuviera razón con eso de que no debía agobiarla.

–¿Me puedo quedar aquí contigo a escuchar el cuento de la Cenicienta?

La niña se encogió de hombros. La mirada de Louisa vagó por la habitación.

Durante un rato estuvieron allí sentadas en silencio, escuchando la voz del narrador.

De repente la niña se sacó el pulgar de la boca. –Quiero que venga mi papá a buscarme –dijo.

El equipo de la K 11 al completo estaba delante del televisor en el despacho de la comisaria jefe Nicola Engel. Aunque para todos ellos había sido un día largo, estaban muy despiertos y esperaban con impaciencia la aparición de Oliver en *Expediente XY... sin resolver*. De media, el programa lo veían unos siete millones de espectadores. Aunque en vacaciones tal vez fueran unos cuantos menos, era la oportunidad de llegar a la mayor cantidad de público posible.

Como tenían tan poca información sobre la chica del río, rodar una reconstrucción habría carecido de sentido; en cambio, sí habían preparado una filmación para el caso de Hanna Herzmann. Oliver fue el primero en salir, y en el despacho de la comisaria jefe podría haberse oído caer un alfiler cuando apareció en pantalla. Pia, sin embargo, no lograba concentrarse del todo en la aparición de su jefe, que, con su elocuente objetividad, no le iba a la zaga al presentador, muy al contrario que la mayoría de los policías, que, de puro nerviosismo, a menudo resultaban torpes y desmañados. Desde la conversación con Lutz Altmüller, en la cabeza de Pia bullía un torbellino de ideas. A veces creía ver un claro hilo rojo de unión, una conexión, y entonces todos los fragmentos de información volvían a desordenarse en un caos infernal. Al menos dos de las personas que estaban en la misma sala que ella podían arrojar luz a sus interrogantes: Nicola Engel, que había sido directora de un departamento de la K 11 de Frankfurt en la época en que murieron el infiltrado y dos Road Kings en aquella redada en el barrio rojo; y Kathrin, que como mínimo conocía el nombre de Erik Lessing.

Christian, Cem y ella se habían pasado toda la tarde repasando las fichas de pacientes de Leonie Verges en busca de cualquier indicio, pero no habían dado con nada. Habían leído sobre las trágicas y deprimentes vidas de mujeres maltratadas, traumatizadas y con enfermedades mentales, pero no habían encontrado nada que relacionara a Rothemund, Prinzler y Hanna Herzmann.

La fotografía de Kilian Rothemund apareció en pantalla. Era un hombre verdaderamente atractivo, y tenía unos ojos azul claro muy llamativos. Debía de estar ayudándole el diablo, si nadie lo había visto por ninguna parte. ¿Y si, en efecto, no había sido más que la víctima inocente de una pérfida conspiración? Pia intentó imaginar cómo reaccionaría ella si se enterase de que un buen amigo con el que se había enfadado era un pedófilo. ¿Qué haría si él le asegurase que era inocente? ¿Lo creería, a pesar de las diferencias que habían tenido? Se quedó mirando pensativa la pantalla, en la que en ese momento apareció sobreimpreso el número de teléfono para comunicar cualquier información pertinente.

–Bajo un momento a fumar un cigarrillo –dijo Kathrin a su lado, y se levantó.

–Espera, voy contigo. –La inspectora alcanzó su mochila y también se puso de

pie.

Kai tenía el teléfono al alcance de la mano por si les pasaban alguna llamada sobre alguno de los casos que Bodenstein había presentado. Pia siguió a Kathrin escalera abajo hasta el sótano, y desde allí salieron al exterior por la sala de espera, que casi nunca se utilizaba.

–El jefe habría sido un buen actor –comentó Kathrin, y se encendió un cigarrillo–. Creo que yo no sería capaz de decir ni una palabra con sentido si tuviera que ponerme delante de una cámara.

–Esperemos que sirva de algo. –Pia también se encendió un cigarrillo y se apoyó contra la pared.

Aunque se había levantado poco después de las tres de la madrugada, no sentía ni pizca de cansancio. La sensación de estar a pocos milímetros de ese punto crucial que todos estaban esperando y que podía darles el giro decisivo a las investigaciones la tenía en ascuas.

Fumaron un rato en silencio. Desde uno de los jardines cercanos, detrás de una valla alta de tela metálica, se oyeron carcajadas y un barullo de voces, y también les llegó un tentador aroma a carne asada.

–Kathrin –dijo Pia–, tengo que preguntarte una cosa.

–Adelante. –La joven agente miró a su compañera con curiosidad.

–Hace poco, cuando Frank estuvo aquí, dejaste caer un nombre en presencia del jefe. Erik Lessing. ¿De qué lo conoces?

–¿Por qué quieres saberlo? –La curiosidad se transformó en recelo.

–Porque tal vez tenga relación con nuestros casos de ahora.

Kathrin dio una honda calada y parpadeó porque le entró humo en un ojo. Después exhaló.

–Cuando Frank empezó a hacerme la vida imposible, yo acababa de conocer a una persona –explicó–. Fui a un seminario en Wiesbaden y el director y yo..., en fin, nos liamos.

Pia asintió. Todavía recordaba muy bien la transformación que había sufrido Kathrin en aquella época. De un día para otro tenía unas gafas nuevas muy elegantes, se hizo un corte de pelo moderno y cambió radicalmente su estilo de vestir.

–Lo nuestro duró bastante tiempo, pero no fue nada oficial, porque él estaba casado. Quería divorciarse, pero al final no hizo nada de nada. Tardé un poco en darme cuenta de que él solo necesitaba una amante para curar su ego herido. –Kathrin soltó un suspiro–. Qué se le va a hacer. El caso es que salió a colación que conocía a Frank. Habían estado juntos en una unidad especial. El tipo tenía un complejo de inferioridad enorme, así que no hacía más que contarme sus antiguas heroicidades, y un día me habló de esa operación en la que mataron a



un infiltrado.

Pia no creía lo que estaba oyendo.

–Lo de esa redada en un burdel de Elbestrasse no lo supo nadie, ni siquiera participaron las fuerzas especiales. Unos cuantos agentes de uniforme irrumpieron allí dentro, y pareció que había sido casualidad que Erik y dos de los moteros hubiesen ido a hacer un cobro justo en ese momento. La cosa acabó en un tiroteo en el patio trasero del burdel. Y ahora, agárrate...

Hizo una pausa, pero Pia ya sospechaba lo que venía a continuación.

–Fue Frank quien disparó a los tres. Con un arma que no pertenecía a la Policía y que más adelante se encontró en el coche de un Road King, que sin embargo tenía una coartada firme para el momento de los hechos. Su abogado lo sacó de todo aquello antes de que pudiera presentarse ninguna denuncia. Todo el caso se barrió bajo la alfombra. Frank estuvo una temporada bajo tratamiento psiquiátrico, luego lo trasladaron a Hofheim, y todo el asunto ha sido alto secreto hasta hoy.

Pia apagó el cigarrillo con el pie.

–¿Cómo sabía tu amigo todo eso?

–Frank le hizo la confidencia un día que iba borracho.

–¿Cuándo fue eso exactamente?

–En 1996. Un día de marzo, si no recuerdo mal.

–¿Saben el jefe y Engel que conoces esa historia?

–El jefe quiso hablar conmigo de ello el día en que mencioné el nombre de Erik Lessing, pero de momento no lo ha hecho. –Se encogió de hombros–. Y, además, da igual. Para mí no es más que un arma secreta perfecta contra Frank, por si le da por intentar mearme en la pierna.

**H**anna se despertó cuando la enfermera de noche entró en la habitación. Las enfermeras y las cuidadoras que tenían turno durante el día respetaban su deseo de que la dejaran tranquila y solo hablaban con ella lo justo. Sin embargo Lena, la de la noche, una rubia vivaracha y llena de energía, no hacía caso de su silencio y parlotaba sin medida ni descanso, como una animadora de Club Med. Solo faltaba que le apartara la manta, se pusiera a dar palmas y la obligara a hacer flexiones con todos esos goteros y tubos de drenaje.

–Ah, vaya, el nuevo iPhone –dijo, alegre, después de comprobarle la fiebre y la tensión–. Pues la verdad es que es mono... ¡Blanco! Muy guay, a mí también me gustaría comprármelo. Sale bastante caro, ¿verdad? Mi novio tiene uno igual, y ahora está con todo eso de descargarse aplicaciones y tal.

Hanna cerró los ojos y la dejó cotorrear. Meike le había comprado un iPhone nuevo, en efecto, y le había pasado todos los datos, de modo que ya podía volver a leer sus correos electrónicos. Y, ante todo, por fin sabía qué día era. Había perdido por completo la noción del tiempo.

–Incluso ha sido usted uno de los temas de *Expediente XY* –iba diciendo la enfermera Lena–. Lo hemos estado viendo en la sala de enfermería. Son un horror, esas recreaciones que hacen.

Hanna se sobresaltó por dentro y volvió a abrir los ojos de golpe.

–¿Qué es lo que han recreado? –preguntó con voz ronca y recelosa.

¿Cómo era que nadie le había dicho nada? ¡Irina, Jan, Meike o por lo menos su agente debían de saber algo de eso!

–Bueno, cómo la encontraron en el maletero de su coche. –Lena se llevó la mano izquierda a la cadera–. Y también, antes de eso, una escena en su garaje. Ah, sí, la cosa empezó cuando usted salió del estudio de televisión y se fue a su coche.

¡Dios santo!

–¿Han dicho mi nombre? –quiso saber Hanna.

–No, no del todo. «La presentadora de televisión Johanna H.», decían todo el rato.

No era un gran consuelo. ¿De qué servía intentar ocultar la información si su nombre se difundía en el programa más visto de la televisión alemana? A partir del día siguiente la prensa se le echaría encima.

–Sospechan que la agresión contra usted estuvo relacionada con el asesinato de esa psicoterapeuta –siguió contando la enfermera Lena con la misma sensibilidad que un tanque, y luego entró en el baño.

–¿A quién se refiere? ¿A quién han asesinado? –susurró Hanna casi sin voz.

La enfermera de la noche regresó; no había oído su pregunta.

–¿No es horrible? –comentó–. Solo con imaginar que te atan y te amordazan y luego te dejan morir lentamente de sed... ¡Nooo, venga ya! ¡Qué clase de enfermos hacen algo así! Vamos, que aquí una ve muchas cosas, pero...

Sus palabras tuvieron el mismo efecto en la conciencia de Hanna que unas piedras al caer en el agua; las ondas expansivas de la memoria disiparon la niebla reconfortante del interior de su cabeza. Como si alguien hubiese descornado un telón, el recuerdo la golpeó de repente sin previo aviso. Jadeó de terror y sintió que se le tensaba todo el cuerpo.

Esos policías que no eran tales. La tormenta. Ella encerrada en el maletero. Se acordó del miedo que había sentido, de su pánico y sus intentos por liberarse. El garaje de su casa, donde siempre se había sentido segura. Oyó los crujidos de cuando le partieron los huesos, percibió el sabor metálico de la sangre en la

boca. Ese dolor bestial, el miedo a morir, la repentina certeza de que iba a suceder. Oyó gemidos forzados y risas, vio la luz roja parpadeante de una cámara a través de una cortina de lágrimas, olió un intenso sudor masculino. «¡No metas la nariz en asuntos que no te conciernen, zorra! Como lo hagas, estás muerta. Te encontraremos donde estés, a ti y a tu hija también. Tus fans se alegrarán mucho cuando puedan ver en internet la peliculita de hoy.»

El horror de esa noche regresó con tal ímpetu que la dejó sin respiración. Intentó mantener la calma, pero los recuerdos que habían dormitado en algún lugar profundo de su memoria resurgieron con la violencia de una erupción volcánica y la lanzaron a un abismo negro y terrorífico.

–¿Qué le ocurre? ¿No se encuentra bien? –Fue entonces cuando la enfermera Lena se dio cuenta de que algo iba mal–. ¡Tranquila, estese tranquila! –Se inclinó sobre Hanna, le puso las manos en los hombros y volvió a tumbarla en la cama–. Inspire y no se olvide de espirar.

Hanna volvió la cabeza hacia un lado, quería resistirse, pero no tenía fuerzas. Oyó unos sollozos agudos y cargados de miedo, y tardó varios segundos en comprender que ese sonido espantoso salía de su boca.

Louisa se había quedado dormida a las ocho y media. No había vuelto a preguntar por Florian, y Emma se esforzó por no tomarle a mal a su hija lo que había dicho. Su mente le decía que era normal que una niña de cinco años pidiera estar con su padre. Seguro que Louisa habría preguntado por ella de haber estado con él. En el fondo de su corazón, sin embargo, se sentía ofendida y herida por ese claro rechazo. Es una niña pequeña, se repetía Emma, está confusa y tiene miedo después de haber estado en el hospital. Asocia a su padre con risas, helados, juegos, mimos; y a ti, por el contrario, con severidad, obligaciones y rutina.

Pero daba igual lo sensata que pareciera la explicación para el comportamiento de Louisa, ¡era injusto que Florian, con sus visitas esporádicas, se hubiera ganado el amor de su hija a base de juegos y regalos, y punto! ¡Siempre había sido ella la que estaba cuando Louisa la necesitaba, desde que nació! Fue ella quien le dio masajes en la tripa cuando en sus primeros tres meses de vida gritaba casi sin parar, quien le frotó el bálsamo en las encías cuando le salieron los primeros dientes. La había consolado y había cuidado de ella, la había envuelto en un arrullo y la había llevado consigo a todas partes. Noche tras noche había acunado o cantado a su hija hasta que se quedaba dormida, le había leído cuentos, le había dado el biberón y había jugado con ella

durante horas. ¡Y así se lo agradecía!

Emma rodeó con sus manos una taza de insípido té de jazmín. Empezaba a estar hasta la coronilla de infusiones. El ansia de tomarse un café solo bien cargado, un maravilloso *espresso* amargo y dulce o una copa de vino, la perseguía incluso en sueños; eso, si es que era capaz de dormir. Estaba agotada, cansada hasta más no poder. ¡Cómo le habría gustado volver a dormir algún día diez horas seguidas, sin esa constante preocupación por el bienestar de su hija! Y como mucho al cabo de dos semanas, una segunda criatura le exigiría toda su atención. Ella, en cambio, sentía que ya no le quedaba fuerza, ni física ni mental. No era casualidad que la naturaleza dictara que el cuerpo de una mujer fuese más fértil que nunca a los veintitantos. Cuanto mayor se hacía una, menos aguante tenía. Ella se sentía demasiado vieja para dos niños pequeños, a los que además tendría que criar sin el apoyo de un hombre.

Dentro de dos días lo tendría delante. Florian asistiría a la fiesta de cumpleaños de su padre, sin duda. Emma se prohibió pensar más en esa confrontación. Se había pasado todo el día dentro de casa porque Louisa no quería salir de su habitación. Ahora que la niña dormía profundamente, podría permitirse salir al aire fresco para dar un breve paseo y por lo menos estirar un poco las piernas. Encendió el intercomunicador y bajó. Frente a la puerta de la casa inspiró hondo. Ya casi era de noche. La suave brisa estaba cargada por el aroma embriagador y dulce de las lilas. Se quitó las Crocs, las sujetó en una mano y siguió caminando descalza. La hierba húmeda tenía el tacto de una alfombra. Con cada paso, sus nervios se tranquilizaban un poco. Relajó los hombros, inspiró y espiró con regularidad. No quería alejarse mucho, solo hasta la fuente que había en el centro del parque, aunque seguro que Louisa no se despertaría hasta la mañana siguiente, sobre las siete. Llegó a la fuente, se sentó en el borde y metió una mano en el agua, que todavía estaba caliente por el sol del día. Algo más arriba, en la linde del bosque, se oían el croar de las ranas y el cricrí de los grillos.

Emma comprobaba el intercomunicador por pura costumbre, aunque hacía rato que estaba fuera del alcance de las ondas de radio, desde luego. Recordó entonces la rotundidad con que se había opuesto Florian a ese aparato. Afirmaba que la radiación a la que se vería expuesta la niña era perjudicial. También era de la opinión de que los pañales modernos producían erupciones cutáneas y eccemas, porque no dejaban pasar el aire.

Qué extraño. ¿Por qué, cuando pensaba en su marido, solo se le ocurrían cosas negativas? Un estrépito rompió de repente el idílico silencio, y a eso le siguieron unos gritos. Emma se puso en pie de un salto, preocupada, y corrió de vuelta a la casa. La voz que se oía tan enfadada, sin embargo, procedía de alguno de los tres

bungalós... ¡y era la de Corinna! Emma se detuvo detrás de un seto de boj y miró en dirección a las casas. El bungaló de los Wiesner tenía muchas luces encendidas, y Emma, para su sorpresa, vio a sus suegros sentados en el sofá del salón. Además de Josef y Renate, también estaban allí Sarah, Nicky y Ralf. Emma jamás había visto a su amiga tan furiosa. Pese a que no podía entender lo que decía porque la puerta de la terraza estaba cerrada, sí vio que Corinna le estaba gritando a su padre. Ralf le puso una mano a su mujer en el hombro para tranquilizarla, pero ella se lo quitó de encima de malas maneras, aunque bajó la voz. Emma contempló la escena, que casi parecía la de una obra teatral, y no supo cómo interpretarla. Corinna, Josef y Renate solían ser uña y carne. ¿Qué podía haber motivado esa violenta discusión? ¿Había ocurrido algo? Renate se levantó y abandonó el salón. Entonces intervino Nicky, que dijo algo, tomó impulso y le soltó a Corinna un bofetón que la hizo tambalearse. Emma ahogó un grito de espanto. En ese momento, Renate salió a la terraza y fue directa hacia ella. Emma tuvo el tiempo justo para agacharse tras el seto de boj. Cuando volvió a mirar hacia la casa de los Wiesner, el salón se había quedado vacío salvo por Josef, que seguía sentado en el sofá, inclinado hacia delante y con el rostro hundido en las manos. En esa misma postura lo había encontrado Emma hacía no mucho en su escritorio, después de que, por una casualidad parecida a la de ese día, se enterase de que Corinna y él habían discutido. ¿Cómo podía hacerle algo así a su padre? ¿Y por qué se quedaba Ralf mirando sin hacer nada mientras Nicky le pegaba una bofetada a su mujer? Emma no encontraba la forma de explicarse ese extraño comportamiento. Tal vez fuera que los nervios estaban a flor de piel justo antes de la gran celebración de dentro de dos días. A fin de cuentas, también Corinna era humana.

**K**ilian Rothemund había tenido el móvil apagado durante casi toda su estancia en Holanda. A pesar de que en la cárcel se había perdido los adelantos de las telecomunicaciones modernas, lo que sí tenía claro era que ese móvil con conexión a internet podía localizarse por mucho que tuviera desactivada la función de *roaming*. No estaba familiarizado con los establecimientos de internet, el wifi de los hoteles y esa clase de cosas, pero bajo ningún concepto podía dejar un rastro que condujera a los dos hombres que se habían encontrado con él a condición de que se cumplieran unas complicadas medidas de seguridad. La fuerza de lo que le habían contado y entregado era enorme. Desde que Kilian había visto su fotografía en el diario de mayor tirada de los Países Bajos, *De Telegraaf*, sabía que iban tras él con una orden de búsqueda

internacional. Ciertamente era que no hablaba holandés, pero sí era capaz de leer un poco en ese idioma. Estaban buscando al exconvicto por delitos sexuales Kilian Rothmund, pero por cuestiones tácticas de las investigaciones no explicaban el motivo. Uno de sus clientes del camping le había enviado un mensaje de texto en el que le decía que la Policía había estado registrando su caravana el domingo y que andaban tras él. A través de Bernd se había enterado de que Leonie Verges estaba muerta. Alguien la había torturado en su casa de una forma horrible hasta que murió. Aquello habría tenido que suponerle un duro golpe, pero en realidad no lo fue. Ese último sábado había visto a la terapeuta en casa de Bernd, y la mujer afirmaba que Hanna, a pesar de todas las advertencias, no había comprendido la gravedad de la situación y se había ido de la lengua. Aunque Kilian había defendido a la periodista, en su fuero interno había empezado a dudar de su lealtad, ya que llevaba desde el jueves sin comunicarse con él, ni por mensaje de texto ni por correo electrónico ni por teléfono. Habían discutido durante más de una hora porque Leonie, con un deje de odio en la voz, dijo que Hanna se tenía merecido lo que le había ocurrido. Kilian se quedó de una pieza cuando la mujer explicó que la habían agredido la noche del jueves al viernes, que habían abusado de ella y llevaba desde entonces en el hospital. La total indiferencia con que se lo comunicó fue la gota que colmó el vaso. Discutieron con brusquedad. Luego él se montó en su escúter y se acercó esa misma noche a Langenhain con la esperanza de encontrar allí a la hija de Hanna y saber más a través de ella, pero lo que halló fue la casa en silencio y oscura.

Kilian ya no sabía si lo que había descubierto en Holanda desempeñaba un papel en todo aquello o no. Habían golpeado un avispero, y las avispas los atacaban con brutalidad: Leonie estaba muerta, Hanna seguía gravemente herida en el hospital y a él lo buscaba la Policía. Bernd había decidido no decirle nada de todo aquello a Michaela por el momento, ya que nadie podía prever cómo reaccionaría ante esas terribles noticias.

Llevaba horas cavilando sobre cómo había acabado publicándose su fotografía con una orden de búsqueda nada menos que en un periódico holandés. ¿Sabía alguien que había viajado a Ámsterdam, o se habían hecho eco del asunto los principales diarios europeos tras una rueda de prensa?

Hacia el mediodía había tomado la decisión de enviar por correo a Alemania la información explosiva que había conseguido gracias a sus contactos, por si acaso lo detenían durante el viaje de vuelta. Compró un sobre acolchado y reflexionó mucho a quién dirigir el envío antes de ponerle la dirección al paquete y llevarlo a correos. Después se fue a una cafetería cerca de la estación central de Ámsterdam a esperar su tren, que no salía hasta las 19.15. Cinco minutos antes, pagó tanto el café como el trozo de tarta que había consumido, alcanzó su bolsa

y se encaminó al andén.

Había contado con que lo estuvieran esperando en cuanto llegara a Frankfurt, pero no en Ámsterdam. De pronto aparecieron ante él unos hombres como salidos de la nada. Iban vestidos con uniforme antidisturbios negro, y uno de ellos le puso una identificación delante de las narices y le informó, en un macarrónico alemán con acento holandés, de que quedaba detenido. Kilian no opuso resistencia. Tarde o temprano lo extraditarían a Alemania, y entonces por fin tendría en sus manos las pruebas que hasta el momento le habían faltado. Pruebas inequívocas y contundentes, así como toda clase de nombres. La organización tenía tantas cabezas como una hidra, y volvían a crecer en cuanto se cortaba una. Sin embargo, con la información que poseía a esas alturas, debilitaría de manera considerable a esos cerdos pervertidos y sin escrúpulos, y al mismo tiempo limpiaría su nombre y conseguiría rehabilitarse. Unos cuantos días de arresto en una celda holandesa ya no podían asustarlo.

Las primeras llamadas con informaciones entraron incluso antes de que acabara el programa, pero la que seguramente fue la más importante no llegó a los estudios de *Expediente XY... sin resolver*, sino a Kai Ostermann, y puso en estado de alerta a todo el equipo. Eran las once y diez cuando Pia marcó el número de Oliver, que contestó al instante.

Se sentó en la escalera de entrada de la comisaría, se encendió un cigarrillo y le resumió los detalles en pocas palabras. Una mujer había llamado diciendo haber visto a la chica muerta a principios de mayo en Höchst, en Emmerich-Josef-Strasse. Ella acababa de llegar a casa cargada con las compras, y cuando se detuvo en el portal para buscar la llave una chica rubia fue corriendo hacia ella con los ojos desorbitados de pánico y le suplicó ayuda en un alemán chapurreado. Solo unos segundos después, un coche plateado se detuvo en la acera junto a ellas, y un hombre y una mujer se apearon. La chica se había hecho un ovillo en la entrada de la casa, protegiéndose la cabeza con los brazos: la viva imagen de la desgracia. La amable pareja le explicó a la testigo que su hija tenía una enfermedad mental y que sufría alucinaciones. Los dos se disculparon con mucha educación y después se llevaron a la joven, que los siguió sin resistirse hasta el coche. A la pregunta de por qué no lo había comunicado antes a la Policía, la mujer contestó que se había marchado tres semanas de cruceo a principios de junio y que casi se había olvidado del suceso hasta que por casualidad esa noche vio la fotografía de la chica muerta del Meno. Estaba segura al cien por cien de que se trataba de la misma que le había pedido ayuda,

y prometió que a la mañana siguiente se presentaría en comisaría para hacer una declaración.

–Vaya, sí que suena muy prometedor –dijo Oliver–. Ahora procura volver a casa. Mañana tomaré el avión a las siete, y como muy tarde a las ocho y media estaré en el despacho.

Se despidieron y Pia guardó el móvil. Le hizo falta toda su fuerza de voluntad para levantarse de la escalera y arrastrarse hasta el coche, que ese día había dejado nada menos que en la última plaza de todas.

–¡Pia! ¡Espera un momento! –la llamó Christian Kröger.

La inspectora se detuvo y se volvió. Su compañero se le acercaba a paso rápido, y ella se preguntó, no por primera vez, si era una persona o más bien algo así como un vampiro que no necesitaba dormir. Igual que ella, Kröger llevaba en pie desde el alba, en las últimas noches no había dormido prácticamente nada y, aun así, se le veía la mar de fresco.

–Escucha, Pia, llevo todo el día dándole vueltas a algo –dijo, y se puso a caminar con ella por el aparcamiento mal iluminado, que quedaba entre los edificios de la comisaría de la Policía Judicial y la calle–. Puede que no sea más que una casualidad sin importancia, pero tal vez no. ¿Recuerdas ese coche que los vecinos de Leonie Verges decían haber visto en varias ocasiones cerca de su casa?

–¿El Hummer de Prinzler? –preguntó Pia.

–No, el otro. Ese familiar plateado. Te anotaste la matrícula –repuso Christian con impaciencia–. Según la consulta a Tráfico, el coche es propiedad de una asociación de Falkenstein, Niños del Sol.

–Sí, ¿y qué?

–Que el fiscal superior Markus Maria Frey es miembro del consejo de administración de la Fundación Finkbeiner, que dirige esa asociación.

–Ya lo sé. –Pia asintió y se detuvo junto a su coche.

–¿Y sabías también que fue hijo de acogida del señor Josef Finkbeiner? –Christian la miró lleno de expectación, pero los límites de la capacidad mental de Pia para ese día estaban más que sobrepasados–. Estudió Derecho con una beca de la Fundación Finkbeiner.

–Bueno, ¿y qué? ¿Adónde quieres ir a parar?

Christian Kröger era de esa clase de personas que sabían cantidades ingentes de cosas increíbles y abstrusas que almacenaban en el cerebro por si en algún momento las necesitaban. Una vez que había oído algo, nunca lo olvidaba. Ese don era una carga que en ocasiones le resultaba pesada, pues era frecuente que a las personas de su entorno les costase seguir sus razonamientos.

–Es habitual que la gente como Frey esté comprometida con asuntos sociales.



–A Pia estuvo a punto de desencajársele la mandíbula con un bostezo. En sus ojos aparecieron lágrimas de cansancio–. Y que lo haga mediante la fundación de su propio padre de acogida, al que está vinculado por muchísimos motivos, me parece lógico, ¿no?

–Sí, tienes razón. –Christian arrugó la frente–. Solo era una idea.

–Estoy molida –dijo Pia–. Mañana volvemos a hablarlo, ¿te parece?

–De acuerdo. –Asintió con la cabeza–. Buenas noches, entonces.

–Sí, buenas noches. –La inspectora abrió el coche y se sentó al volante–. Por cierto, tú también deberías dormir un poco.

–¿Es que te preocupas por mí? –Christian ladeó la cabeza y sonrió.

–Por supuesto. –Pia adoptó un tono de voz algo coqueto–. No olvides que eres mi compañero preferido.

–Siempre había pensado que ese era Bodenstein.

–Bodenstein es mi jefe preferido. –Arrancó el motor, dio marcha atrás y le guiñó un ojo–. ¡Nos vemos mañana!

Jueves, 1 de julio de 2010

En la K 11 se respiraba un optimismo cargado de expectación. La aparición de Oliver Bodenstein en *Expediente XY... sin resolver* les había proporcionado una nueva oleada de informaciones que ahora tendrían que comprobar. La testigo Karen Wenning se presentó a las nueve en punto en la comisaría y describió con su memoria minuciosa los acontecimientos del 7 de mayo. Estaba absolutamente segura de que la chica que le había pedido ayuda con tanta desesperación era la misma que la Ninfa, y se mostró dispuesta a colaborar con un especialista de la Dirección Regional para realizar un retrato robot de los padres.

–Es maquilladora de teatro en Frankfurt, tiene buen ojo para las caras –le explicó Pia a su jefe, que entró cuando Cem y ella habían acabado de interrogar a la testigo–. También ha trabajado en cine y televisión.

–¿Te merece confianza? –Oliver se quitó la americana y la colgó en el respaldo de la silla de su escritorio.

–Sí, por completo. –Pia tomó asiento al otro lado de la mesa y le hizo un resumen de las conclusiones que había sacado de la conversación con Lutz Altmüller.

El jefe la escuchó con atención.

–¿Dudas de que Rothemund sea el agresor? –Frunció el ceño.

–Sí. Entre Hanna Herzmann y él hay algo que va más allá del puro interés profesional –respondió Pia–. Ella lo llevó en coche al camping el miércoles por la noche, estuvo en su caravana. El cabello que encontramos allí era suyo. ¿Y si esa noche mantuvieron relaciones sexuales sin protección y punto?

–Es posible –admitió el inspector jefe–. ¿Y qué me dices de Prinzler?

–Los compañeros de Frankfurt me han concedido el honor de darme cita con él esta tarde en la prisión de Preungesheim –anunció Pia con sarcasmo–. Y, además, me he enterado de que el registro de su domicilio fue un fiasco, tal como tú suponías. Ni armas, ni drogas, ni coches robados, ni chicas ilegales.

Oliver dio un sorbo a su café y se guardó un comentario para sí. Pia siguió explicándole que habían repasado el fichero de pacientes de Leonie Verges, pero sin resultado.

–¿Por qué lo habéis hecho? –quiso saber él.

–Mi instinto me dice que Hanna Herzmann no estaba investigando a los Road

Kings –respondió Pia, y se cruzó de brazos–. También creo que los casos de Hanna Herzmann y Leonie Verges están relacionados. Tal vez incluso las agrediera la misma persona.

–Ajá. ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

–Kai, Christian y yo hemos estado hablando sobre un posible perfil psicológico del autor de los hechos. Creemos que tiene entre cuarenta y cincuenta años, problemas de relación o problemas con las mujeres en general, y una autoestima muy baja. Muestra una tendencia sádica y *voyeur*, siente placer con el sufrimiento de los demás, con las súplicas y la resistencia de sus víctimas. Le gusta ejercer poder sobre personas que en realidad están por encima de él, pero a las que puede rebajar y humillar atándolas y amordazándolas. Carece de un sistema de valores morales, tiene predisposición a la cólera, pero aun así es muy inteligente y probablemente también culto. –Sonrió al ver la cara de asombro del inspector jefe–. La formación de Kai ha valido la pena, ¿eh?

–Sin duda, suena muy impresionante –repuso Oliver–. ¿Con cuál de nuestros sospechosos encaja ese perfil?

–Por desgracia, de momento no conocemos lo bastante ni a Rothemund ni a Prinzler como para poder valorarlo –reconoció Pia–. Por eso quiero que esta tarde Kai y Christian vengan conmigo a Preungesheim.

–Por mí, adelante. –Bodenstein se terminó su café–. ¿Eso era todo?

–No. –Pia había reservado para el final el tema más delicado–. Me gustaría mucho que me explicaras algo acerca de la muerte de Erik Lessing.

El inspector jefe, que iba a dejar su taza, se detuvo a mitad del gesto. La expresión de su rostro se volvió inescrutable, como si en su interior se hubiera bajado una persiana. La taza seguía en el aire a pocos centímetros del platillo.

–No sé nada de eso –repuso, por fin dejó la taza y se levantó–. Vámonos a la sala de reuniones.

Pia se sintió decepcionada, aunque casi era esa la reacción que había esperado.

–¿Fue Frank quien los mató a él y a los dos Road Kings?

Bodenstein se detuvo sin volverse hacia ella.

–¿A qué viene esto? –preguntó–. ¿Qué tiene que ver con nuestros casos?

La inspectora se levantó con ímpetu y fue hacia él.

–Creo que utilizaron a Frank para librarse de un testigo peligroso, el infiltrado Erik Lessing, en concreto. Lessing, a través de los Road Kings, debió de enterarse de algo que nadie tenía que saber. No fue ni una cagada ni legítima defensa. Fue un asesinato triple, y alguien lo ordenó. Frank realizó el encargo; a saber qué le contarían a él. Mató a un compañero.

Su jefe soltó un hondo suspiro y se volvió.

–Ahora ya lo sabes todo –dijo.

Durante un momento se hizo el silencio, solo el sonido de un teléfono llegaba amortiguado desde el otro lado de la puerta cerrada.

–¿Por qué no me lo habías contado? –quiso saber Pia–. Nunca entendí por qué Frank tenía esa posición especial, por qué siempre lo protegías. Tu falta de confianza en mí me ofende.

–No tiene nada que ver con una falta de confianza –contestó Oliver–. Yo no tuve nada que ver con aquello, estaba en un departamento que no tenía nada que ver. Si acabé enterándome de un par de detalles, fue por... –Se interrumpió, dudó.

–La comisaria jefe Nicola Engel –dijo Pia, terminando la frase–. Era la directora del departamento responsable. ¿Tengo razón?

Oliver asintió. Se miraron.

–Pia –dijo él pasados unos instantes, en voz baja–. Este asunto es muy peligroso. Incluso hoy. Yo no conozco nombres, pero algunos de los responsables de aquella época siguen estando muy bien colocados. En aquel entonces pasaron por encima de cadáveres cuando les hizo falta; ahora, volverían a hacerlo.

–¿Quiénes son?

–Eso no lo sé. Nicola no me desveló los detalles concretos. Supuestamente para protegerme. Y yo tampoco quise saber más.

Pia se quedó mirando a su jefe. Se preguntó si le estaba diciendo la verdad. ¿Hasta dónde sabía en realidad? Y de pronto fue consciente de que ya no confiaba en él. ¿Qué sería capaz de hacer el inspector jefe, hasta dónde llegaría por protegerse a sí mismo y a otros?

–¿Cómo habías pensado actuar ahora? –le preguntó él.

–De ninguna manera –mintió ella, y alzó los hombros–. Es un caso antiguo, y nosotros ya tenemos muchísimo que hacer.

Su mirada se encontró con la de él. ¿Era algo similar al alivio lo que vio relucir un instante en sus ojos?

Llamaron a la puerta y Kai asomó la cabeza.

–Acabo de hablar por teléfono con alguien que la noche en que violaron a Hanna Herzmann vio algo interesante detrás del área de servicio de Weilbach. – El hecho de que incluso Kai, que solía sacarlos a todos de quicio con su exasperante tranquilidad, pareciese exaltado mostraba lo mucho que le había afectado la tensión de esas últimas semanas–. Fue sobre las dos de la madrugada, iba por la carretera, entre Hattersheim y Weilbach, y de repente le salió al paso un coche sin luces desde una pista a su izquierda. Casi se muere del susto, pero pudo ver un momento la cara del conductor.

–¿Y? –preguntó el inspector jefe.

–Un hombre con barba y el pelo peinado hacia atrás.

–¿Bernd Prinzler?

–Por la descripción, podría encajar. La mala suerte es que no recuerda ni el modelo del coche ni la matrícula. Grande y oscuro, ha dicho. O sea que también podría tratarse del Hummer.

–De acuerdo. –Bodenstein se lo pensó bien–. Hay que traer aquí a Prinzler. Quiero una rueda de reconocimiento con el testigo, mañana a primera hora.

Pia se sentó en su coche y soltó un reniego al poner las manos en el volante y sentir que casi se las abrasaba. Lo había dejado al sol y estaba tan caliente como el interior de un horno. Necesitaba calma para poder reflexionar sobre todo lo que acababa de saber. A varios cientos de metros de la comisaría local empezaban los campos de Kriftel, las plantaciones de frutales y de fresas que se extendían hasta la A-66. Pia torció a la izquierda por la L-3016, que la gente conocía como la Milla de las Fresas, y llegó hasta la primera pista de tierra. Allí dejó el coche y siguió a pie.

El sol volvía a tener protagonismo ese día, pero por lo menos corría algo de aire, aunque fuera sofocante. Al caer la noche, a más tardar, llegaría otra vez la tormenta. Los caminos cubiertos de hierba crecida estaban llenos de charcos fangosos provocados por la lluvia reciente. El *skyline* de Frankfurt parecía más alejado que en días claros, igual que las crestas del Taunus, al oeste.

La inspectora metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y, con la cabeza gacha, avanzó a grandes zancadas por entre las espalderas de ciruelos y manzanos. Enterarse de que Oliver tenía semejantes secretos la había dejado muy afectada. Pia conocía y respetaba a su jefe como un hombre que siempre defendía sus convicciones, por muy impopulares que fueran, alguien con un marcado sentido de la justicia y elevados valores morales, insobornable, disciplinado, justo y recto. Siempre había tomado la indulgencia que mostraba ante las faltas de Behnke como una debilidad excusable, como lealtad para con un colaborador de muchos años que pasaba dificultades personales y económicas, pues así lo había justificado ante ella. De repente comprendía que todo había sido mentira. Su jefe y ella se habían entendido bien desde el principio y se habían complementado, pero siempre había existido entre ambos cierta distancia. Eso había cambiado desde el fin del matrimonio de Bodenstein. En ese momento había nacido entre ellos una verdadera relación de confianza, casi una amistad. Por lo menos así lo había sentido Pia, porque era evidente que habían ganado muchísima intimidad. Por eso, tanto más y con mayor espanto se

resistía a la idea de que su jefe pudiera tener mucho más que ver en el asunto de Erik Lessing de lo que había admitido. Ella no pensaba dejarlo correr; muy al contrario. En cuanto Kathrin le mencionara el nombre de su antiguo amante, iría a hablar con él. Sí, incluso se planteaba hablar con el propio Behnke. En principio no había ninguna relación con el antiguo caso, pero su instinto le decía que existían vínculos entre el triple asesinato por encargo, la agresión a Hanna Herzmann y el asesinato de Leonie Verges. No podía ser simple casualidad que tanto Rothemund como Prinzler jugaran un papel en aquel entonces y también ahora.

Le sonó el móvil. Al principio no hizo caso, pero después le pudo el sentido del deber. Era Christian Kröger.

–¿Dónde estás? –preguntó su compañero.

–En mi pausa del mediodía –contestó ella, sucinta–. ¿Por qué?

–He visto tu coche en el arcén de la carretera. Ayer no tuve ocasión de contarte una cosa más. ¿Cuándo vuelves?

–A las 14 horas, 11 minutos y 43 segundos –respondió Pia, arisca, cosa que no era propia de ella. Enseguida se arrepintió, porque Christian era el último que merecía acabar haciendo de pararrayos de su mal humor–. Perdona –se disculpó–. ¿Te apetece dar un paseo entre pintorescos campos de fresas? Necesito moverme un poco, y algo de aire fresco.

–Sí, claro. Encantado.

Pia le explicó qué camino había tomado y se sentó en una roca que quizá estuviera colocada en ese punto para hacer de hito. Volvió el rostro hacia el sol, cerró los ojos y disfrutó al notar la calidez sobre la piel. Una alondra emprendió el vuelo hacia el cielo azul con un trino. El rumor constante de la autopista de fondo le resultaba un sonido familiar, pues Birkenhof estaba como mucho a tres kilómetros en línea recta de allí y limitaba directamente con la A-66. Por lo visto, Christian no tenía la misma necesidad de movimiento y aire fresco que ella; la furgoneta Volkswagen azul de rastros llegó traqueteando por el camino de tierra. Pia se levantó y fue a su encuentro.

–Hola –saludó él, mirándola con curiosidad–. ¿Ha pasado algo?

La sensibilidad de su compañero volvió a sorprenderla, como cada vez. Era el único de los hombres de la comisaría que se permitía hacerle esa clase de preguntas; todos los demás la trataban igual que se trataban entre sí. Cualquiera otro se habría mordido la lengua antes que interesarse por sentimientos o estados emocionales.

–Ven, vamos a caminar un poco –dijo Pia en lugar de contestar.

Anduvieron un rato sin decir nada, Christian arrancó un par de ciruelas al pasar y se las ofreció.

–Ladrón de fruta... –La inspectora sonrió, frotó una ciruela contra los vaqueros para limpiarla y se la metió en la boca. Estaba deliciosa, dulce y caliente del sol, y despertó en ella involuntarios recuerdos de la infancia.

–Robar por hambre no está penado. –También Christian sonrió, pero enseguida se puso serio—. Me parece que en la biografía del fiscal superior Frey hay algunos puntos oscuros.

Pia se detuvo.

–¿Cómo has llegado a esa conclusión? –preguntó, sorprendida.

–He recordado un artículo de periódico –explicó su compañero—. Fue poco después de que detuvieran a Rothemund. Habían entrevistado a su mujer, y ella afirmaba que la detención era una venganza personal de Frey contra su marido, porque él, o sea Rothemund, había destapado que Frey compró su doctorado. –Escupió el hueso de la ciruela—. Además, anoche estuve investigando un poco y descubrí quién fue el director de la tesis de Frey. Resulta que también forma parte del consejo de administración de la Fundación Finkbeiner. El catedrático Ernst Haslinger. Fue decano de la Facultad de Derecho y vicepresidente de la Universidad Goethe, y más adelante lo designaron para el Tribunal Federal Supremo de Karlsruhe.

–Eso no tiene por qué significar nada –adujo Pia—. ¿Por qué te interesa tanto el fiscal superior Frey, para empezar?

–Porque me parece extraño el interés que tiene en este caso. –Christian se detuvo—. Hace más de diez años que me dedico a investigar escenarios, pero nunca había visto que un fiscal superior en persona se presentara en el registro de un domicilio. Siempre envían, como mucho, a alguno de sus subordinados.

–Es que le interesa más allá de lo profesional –repuso la inspectora—. Rothemund y él fueron buenos amigos una vez.

–¿Y por qué vino aquella noche a Eddersheim, cuando encontramos a la chica muerta en el río?

–Por casualidad estaba en una barbacoa allí cerca.

Pia intentó recordar cómo había justificado Frey su presencia en aquel momento. De hecho, a ella también le había extrañado.

–Lo de la barbacoa me lo creo –dijo Christian—, pero lo de que estaba cerca, no.

–¿Adónde quieres ir a parar?

–Ni yo mismo lo sé muy bien –reconoció él. Arrancó una brizna de hierba y se la envolvió alrededor del dedo, distraído—. Pero, no sé, para mí empiezan a ser demasiadas casualidades.

Siguieron andando.

–¿Y a ti qué es lo que te preocupa? –le preguntó él al cabo de un rato.

Pia sopesó si contarle o no lo del asunto de Erik Lessing y la participación de Frank Behnke. Con alguien tenía que hablar de ello. Kai quedaba descartado, porque estaba demasiado involucrado en los acontecimientos actuales. A Cem no lo conocía lo suficiente, Bodenstein y Kathrin eran parte interesada y, por lo tanto, no eran neutrales. En realidad, Christian Kröger poco a poco se había ido convirtiendo en la única persona de su entorno profesional en quien confiaba de verdad. Al final hizo de tripas corazón y le expuso su sospecha.

–Madre mía –comentó él, conmocionado, cuando Pia terminó de hablar–. Eso explica muchas cosas. Sobre todo la conducta de Frank.

–¿Quién pudo dar en aquel momento la orden de que se eliminara a Lessing? –preguntó Pia–. Algo así no pudo hacerlo Engel como directora del departamento, tuvo que venir de alguien de mucho más arriba. ¿El jefe superior de la Policía? ¿El Ministerio del Interior? ¿La Dirección Federal de la Policía Judicial? Behnke sigue estando bajo la protección de alguien a día de hoy. Normalmente, con todo lo que se ha permitido hacer, no solo habrían tenido que suspenderlo, sino que lo habrían apartado del servicio.

–Hay que preguntarse a quién le interesaba quitarse de en medio a Lessing –reflexionó Christian–. ¿Qué había descubierto? Debía de ser algo explosivo de verdad, algo que podía convertirse en una seria amenaza para alguien de las altas esferas.

–Corrupción –aventuró Pia–. Tráfico de drogas. Trata de niñas.

–En cualquier caso, sin duda esa era su misión oficial como infiltrado –repuso Christian–. No, debió de ser algo personal. Algo que podía destrozar a alguien en concreto.

–Tenemos que preguntarle a Prinzler –sugirió Pia, y entonces consultó su reloj–. Dentro de una hora, de hecho. ¿Te vienes conmigo a la cárcel de Preungesheim?

–**Y**a sé que no querías que viniera, pero tenía que verte como fuese. –Wolfgang miró a su alrededor, dándole vueltas al ramo de flores en las manos sin saber qué hacer con él.

–Déjalo en esa mesa y ya está. Las enfermeras lo pondrán después en un jarrón.

Hanna habría preferido pedirle que se llevara otra vez las flores. ¡Y azucenas, además! Detestaba ese aroma intenso que le recordaba a tanatorios y cementerios. Las flores donde tenían que estar era en los jardines, y no en una habitación pequeña y mal aireada.



La noche anterior ella le había escrito un mensaje de texto y le había pedido que no fuese al hospital. Le resultaba desagradable que un hombre que no era médico la viera en ese estado. Podía imaginar qué aspecto tenía, se había palpado la cara con las manos y había notado la hinchazón y los puntos en la frente, la ceja izquierda y la barbilla. ¿Serían las maquilladoras lo bastante hábiles para convertir de nuevo ese desastroso campo de batalla en un rostro televisivo?

La última vez que se había mirado en el espejo había sido aquella noche en su camerino de la cadena. Entonces aún tenía la cara intacta y hermosa, salvo por un par de arrugas. De pronto ya no quería verse; sabía que no soportaría la visión. Le bastaba con el horror que se reflejaba en los ojos de sus visitas.

–Siéntate un momento –le pidió a Wolfgang.

Él acercó una silla a la cama y le tomó una mano con torpeza. La cantidad de tubos que entraban y salían de su cuerpo le incomodaban; Hanna se dio cuenta por cómo intentaba evitar mirarlos directamente.

–¿Qué tal estás?

–Si te digo que bien, mentiría –contestó ella con voz ronca.

La conversación resultaba forzada, no hacía más que atascarse. Wolfgang estaba pálido, parecía haber trasnochado, se le veía nervioso. Bajo sus ojos tenía una sombra violeta que Hanna no le había notado nunca. En algún momento él no supo cómo seguir y guardó silencio. Tampoco ella dijo nada más. ¿Qué podría haberle contado? ¿La mierda que era llevar puesta una sonda? ¿El enorme miedo que le daba quedar desfigurada y traumatizada de por vida? Antes sí le habría confiado esos detalles, pero de pronto algo había cambiado. Ahora tenía a otra persona a quien deseaba ver sentada a su lado, sosteniéndole la mano.

–Ay, Hanna –dijo Wolfgang, y suspiró–. Siento muchísimo que hayas tenido que pasar por esto. Desearía poder hacer algo por ti. ¿Tienes alguna idea sobre quién ha podido ser?

Hanna tragó saliva. Luchó por contener su espanto creciente. El recuerdo del miedo absoluto, del dolor, del horror.

–No –susurró–. ¿Sabías que Leonie Verges, mi terapeuta, ha muerto asesinada?

–Meike me lo dijo. –Asintió con la cabeza–. Todo esto es espantoso.

–No lo entiendo. La Policía, en mi caso, sospecha de dos hombres. –Hablar tanto la fatigaba–. Pero no fue ninguno de ellos, estoy segura. ¿Por qué habrían tenido que hacerlo? Yo trabajaba con ellos. Más bien creo que es por el asunto que estaba...

De repente le surgió una sospecha. Una sospecha atroz.

–Tú no habrás hablado de ello con nadie, ¿verdad, Wolfgang?

Intentó incorporarse, pero no lo consiguió y se dejó caer de nuevo sin fuerzas en la cama.

Wolfgang vaciló y apartó la mirada a un lado un instante.

–No. Bueno, solo con mi padre –reconoció, avergonzado–. Se puso de todo menos contento, tuvimos una pelea monumental. Me dijo que a veces hay cosas más importantes que los índices de audiencia. ¡Él, precisamente! –Sonrió, pero fue una sonrisa forzada–. No quería que su cadena se ocupara de semejantes calumnias sin comprobar. Los nombres... fueron lo que más le molestó. Tiene un miedo increíble a una denuncia o a poner en juego su reputación. Yo... lo siento muchísimo, Hanna. De verdad que lo siento.

–No te preocupes. –Ella asintió con debilidad.

Conocía al padre de Wolfgang desde hacía treinta años y podía imaginarse muy bien su reacción. Y a Wolfgang lo conocía igual de bien. Habría debido suponer que informaría a su autoritario padre de sus intenciones; sentía por él un elevadísimo respeto y estaba en sus manos, para bien o para mal. Seguía viviendo en la villa familiar, y el puesto de director de programas solo lo tenía por obra y gracia paterna. Aunque Wolfgang trabajaba muy bien y a conciencia, aún le faltaba valentía y la capacidad de imponerse. Durante toda su vida no había sido más que el hijo del gran gigante de los medios Hartmut Matern. En su amistad, ella siempre había sido la más exitosa, la lista, la fuerte. Hanna sabía que a él no le importaba, pero no estaba segura de cómo se tomaba eso de que, aun a su edad, con cuarenta y tantos, su padre lo regañara delante de todo el equipo cada vez que cometía un error o se atrevía a tomar una decisión por su cuenta y riesgo. Wolfgang nunca hablaba de ello. En realidad, le gustaba muy poco hablar de sí mismo. Si Hanna lo pensaba bien, lo cierto era que apenas sabía nada de su amigo, porque todo giraba siempre en torno a ella: su programa, su éxito, sus maridos. Su desmesurado egoísmo había hecho que nunca se parara a pensar en ese detalle, pero de pronto le dio pena. Como tantas otras cosas que había hecho o dejado de hacer en su vida.

Le dolía la garganta de hablar, sentía los párpados pesados.

–Será mejor que te marches ya –murmuró, y volvió la cabeza hacia el otro lado–. Me fatiga mucho hablar.

–Sí, claro.

Wolfgang le soltó la mano y se levantó.

A Hanna se le cerraron los ojos, su mente huyó de la insoportable realidad hacia los campos crepusculares de un mundo intermedio en el que se sentía sana, feliz... y enamorada.

–Que te vaya bien, Hanna –oyó que decía la voz de Wolfgang como desde muy lejos–. Tal vez algún día puedas perdonarme.

–¿Louisa? ¡Louisa!

Emma había buscado por toda la vivienda. Solo se había metido un momento en el baño, y de pronto la pequeña había desaparecido.

–¡Louisa! El abuelo y la abuela nos están esperando. La abuela ha hecho un pastel de zanahoria especialmente para ti.

Ninguna respuesta. ¿Se habría escapado?

Emma fue a la puerta de la casa. No, la llave estaba echada por dentro, la puerta seguía cerrada. Siempre la dejaba así desde que una vez se olvidó las llaves dentro y luego no pudo entrar. Louisa había echado a correr por toda la casa gritando con pavor hasta que llamaron con urgencia al señor Grasser para que abriera la anticuada cerradura con una ganzúa.

¡Aquello no podía estar pasando! Emma tuvo que serenarse para no perder los nervios. Cómo le habría gustado chillar... Siempre tenía consideración con todo el mundo, pero ¿quién la tenía con ella?

–¿Louisa?

Entró en la habitación de la niña. El armario de la ropa no estaba bien cerrado. Abrió la puerta y se estremeció del susto al ver a su hija agazapada debajo de los vestidos y los jerseys colgados allí. Tenía el pulgar metido en la boca y miraba hacia delante sin ver nada.

–¡Ay, cariño mío! –Emma se acuclilló–. ¿Qué estás haciendo aquí dentro?

No hubo respuesta. La niña se chupó el dedo con más fuerza y al mismo tiempo empezó a frotarse con el índice la naricilla, que ya tenía toda roja.

–¿No quieres bajar conmigo a ver a la abuela y al abuelo y comer pastel de zanahoria con nata?

Una clara negación con la cabeza.

–¿Y no quieres por lo menos salir de este armario?

Otra vez el mismo gesto.

Emma no sabía cómo reaccionar. Estaba desconcertada. ¿Qué le pasaba a su hija? ¿Se había convertido en un caso de psicólogo infantil? ¿Qué miedos la atenazaban?

–¿Sabes una cosa? Llamaré a la abuela y le diré que no vamos a bajar. Y luego vendré a sentarme aquí a tu lado y te leeré un cuento. ¿Quieres?

Louisa asintió temerosa, sin mirarla.

Emma se levantó con esfuerzo y se acercó al teléfono. Su preocupación se mezclaba con rabia. ¡Como descubriera que Florian le había hecho algo a la niña, que Dios se apiadara de él!

Llamó a su suegra y excusó su ausencia para el té diciendo que Louisa no se encontraba muy bien. Cortó de raíz los lamentos decepcionados de Renate; no

tenía ninguna gana de justificarse.

Su hija seguía sentada dentro del armario cuando regresó.

–¿Qué cuento quieres que te lea? –le preguntó Emma.

–El de *El gallo Franz y el ratón Johnny* –masculló Louisa sin quitarse el pulgar de la boca.

Emma sacó el libro de la estantería, acercó el puf a la puerta abierta del armario y se sentó en él.

En su estado, sentarse en el suelo era incomodísimo. Primero se le durmió la pierna izquierda, después la derecha, pero ella siguió leyendo en voz alta sin desanimarse, porque veía que a Louisa le sentaba bien. Dejó de chuparse el dedo, y luego salió a rastras del armario y se acurrucó bajo el brazo de su madre para poder ver también el libro. Sonrió y se divirtió mirando los dibujos, que ya se conocía de memoria. Cuando Emma cerró el cuento, Louisa suspiró y cerró los ojos.

–¿Mamá?

–Dime, cielo. –Emma acarició con cariño la mejilla de su hija.

Era tan pequeña e inocente... Su delicada piel era tan fina que en las sienes casi se le transparentaban las venas.

–No quiero volver a separarme nunca de ti, mamá. Tengo mucho miedo del lobo feroz.

Emma se quedó sin aire.

–No tienes nada que temer. –Tuvo que esforzarse por conseguir que su voz sonara tranquila y segura–. Aquí no va a entrar ningún lobo.

–Sí que entra –susurró Louisa, adormilada–. Cada vez que tú te vas. Pero es un secreto. No puedo decir nada porque, si no, me comerá.

Esa mañana habían llevado a Bernd Prinzler ante el juez de instrucción y lo habían trasladado de la celda de arresto de la Jefatura Superior, donde había pasado la noche, a la prisión preventiva de Preungesheim. Tardaron casi media hora en hacerlo entrar a la sala de visitas donde Pia y Christian lo estaban esperando. Los dos funcionarios de prisiones que lo acompañaban eran más altos que Pia, pero aun así Prinzler les sacaba una cabeza. La inspectora estaba mentalizada de que hablar con él podría no resultar fácil. El hombre tenía años de experiencia carcelaria; a él, al contrario de quienes pasaban la noche en una celda y se enfrentaban a la atemorizadora experiencia de la privación de libertad por primera vez en su vida, la atmósfera de una prisión preventiva no lo impresionaba en absoluto. Los hombres como Prinzler casi nunca abrían la boca.

A lo sumo, solicitaban la presencia de su abogado.

–Buenos días, señor Prinzler –lo saludó–. Me llamo Pia Kirchhoff, y este es mi compañero, el inspector jefe Kröger. De la K 11 de Hofheim.

En el adusto semblante de Prinzler no se veía ningún sentimiento, pero sus ojos oscuros expresaban una preocupación y una tensión que sorprendieron a la inspectora.

–Siéntese, por favor. –Se volvió hacia los dos funcionarios de prisiones–. Gracias. ¿Pueden esperar fuera, por favor?

Prinzler se sentó en la silla con las piernas bien abiertas, cruzó sus brazos tatuados ante el pecho y miró a Pia fijamente.

–¿Y qué quieren ustedes de mí? –preguntó cuando oyó girar la llave en la cerradura–. ¿De qué va todo esto? –Su voz era grave y ruda.

–Investigamos el asesinato de Leonie Verges –dijo Pia–. Una testigo los vio a usted y a otro hombre saliendo de la casa de la señora Verges la noche en que se encontró su cadáver. ¿Qué hacía allí?

–Cuando llegamos a la casa ya estaba muerta –contestó él–. Yo mismo llamé con el móvil a emergencias y di el aviso de que había un cadáver.

Después de ese inicio tan prometedor, ya no contestó a ninguna pregunta más de las que le fueron haciendo Pia y Christian por turnos.

–¿Por qué fue a la casa de la señora Verges?

–¿De qué la conocía?

–Los vecinos de la mujer habían visto su coche a menudo. ¿Qué asuntos lo llevaban allí?

–¿Quién era el hombre que lo acompañaba?

–¿Cuándo habló por última vez con Kilian Rothemund?

–¿Qué hizo la noche del 24 al 25 de junio?

Por fin el hombre se dignó abrir la boca:

–¿Por qué quieren saber eso?

–Esa noche, la presentadora de televisión Hanna Herzmann fue víctima de una agresión. Le dieron una paliza y la violaron con brutalidad.

Pia percibió un centelleo en los ojos del gigante. Se le tensó la mandíbula y contrajo la considerable musculatura de su cuello.

–No tengo ninguna necesidad de violar a mujeres. Y tampoco le he dado nunca una paliza a ninguna. El 24 estuve en Mannheim, en un encuentro de motos. De eso habrá como unos quinientos testigos.

Por lo menos no negaba que conocía a Hanna Herzmann.

–¿Por qué estuvo la noche anterior en casa de la señora Herzmann acompañado de Kilian Rothemund?

Pia no había contado con que Prinzler hablase por los codos, pero su silencio

estaba poniendo muy a prueba su paciencia, la mayor virtud de un investigador. Se les estaba acabando el tiempo.

–Escuche, señor Prinzler. –La inspectora decidió tomar un camino poco convencional–. Mi compañero y yo no lo consideramos sospechoso en ninguno de los dos casos. Creo que quiere encubrir o proteger a alguien. Puedo entenderlo, pero tenemos que encontrar a un psicópata peligroso que maltrató con brutalidad a una chica muy joven, la violó y la ahogó antes de deshacerse de ella en el Meno como si fuera un pedazo de basura. Usted tiene hijos, también a ellos podría pasarles algo así.

En los ojos de Prinzler apareció una expresión de asombro. Y de respeto.

–A Hanna Herzmann la violaron con crueldad, usando el palo de una sombrilla, y la dejaron tan gravemente herida que casi muere de hemorragias internas –siguió explicando Pia–. Después la encerraron en el maletero de su coche, y si ha sobrevivido ha sido por pura suerte. A Leonie Verges la ataron a una silla. Alguien estuvo observándola mientras moría deshidratada, porque había una cámara enfocándola para grabar su dolorosa agonía. Si usted puede ayudarnos de alguna manera a atrapar al culpable o los culpables, y conseguir que paguen por sus actos, le estaría más que agradecida.

–Si me ayudan a salir de aquí –contestó Prinzler–, también yo les ayudaré.

–Por nosotros, saldría usted ahora mismo. –Pia se encogió de hombros con pesar–. Pero en eso deciden instancias más poderosas.

–No me molesta pasar un par de días aquí dentro –dijo el hombre–. No tienen nada en mi contra. Mi abogada ya está preparando un recurso contra el auto de prisión, y hasta me pagarán una pasta por los días que pase encerrado.

Su rostro, con la barba bien perfilada, parecía cincelado en piedra, pero la expresión de su mirada delataba que esa impassibilidad exterior era falsa. Ese hombre que tenía incontables interrogatorios y detenciones a sus espaldas, que estaba acostumbrado a un trato brusco y que sin duda no era para nada remilgado, estaba inquieto. Algo lo tenía muy preocupado. La persona a quien quería proteger debía significar muchísimo para él. Pia decidió disparar a ciegas.

–Si le preocupa su familia, puedo conseguir que les pongan protección policial –dijo.

La idea de que su familia contase con protección policial pareció divertir a Prinzler; una pequeña sonrisa asomó a sus labios, aunque enseguida volvió a desaparecer.

–Mejor encárguese de que me saquen de aquí hoy mismo. –La miró de forma penetrante e insistente–. Tengo un domicilio estable, no me van a perder de vista.

–Entonces, responda a nuestras preguntas –intervino Christian Kröger.

Prinzler no le hizo ningún caso. Haber mostrado esa vulnerabilidad y casi haberle suplicado a una mujer policía que le ayudara denotaba una seguridad en sí mismo extraordinaria. Los hombres de su calaña no solían sentir más que desprecio por los agentes de la ley.

–También lo vieron en el lugar donde se encontró el coche de la señora Herzmann con ella dentro del maletero. Mañana tendrá lugar una rueda de reconocimiento con el testigo.

–Ya les he dicho dónde estuve esa noche. –Prinzler prescindía de los insultos, la pose de machito y la jerga del ambiente que sin duda solía utilizar.

Era inteligente, se había retirado como cara visible de los Road Kings hacía catorce años y vivía en un paraíso, lejos de los clubes y los establecimientos del barrio rojo que una vez habían sido como su casa. ¿Por qué? ¿Qué le había motivado a dar ese paso? Pia le echaba unos cincuenta y tantos años, de modo que en aquella época debía de tener casi cuarenta, una edad en la que alguien como Bernd Prinzler no solía retirarse sin más. Y, aunque parecía haber dejado atrás su época delictiva, continuaba haciendo lo imposible por mantenerse invisible. ¿De quién se estaba escondiendo? Y de nuevo la gran pregunta: ¿por qué?

El tiempo pasaba y nadie decía nada.

–¿Por qué tuvo que morir Erik Lessing? –preguntó Pia en mitad de aquel silencio—. ¿Qué era lo que sabía?

Prinzler tenía muy controlado su lenguaje corporal, pero no pudo evitar que las cejas se le arquearan en un acto reflejo.

–Justamente por eso estamos aquí también –dijo con su voz ronca.

–¿Y por qué estamos aquí? –preguntó Pia sin rehuir su mirada.

–Esfuércese en pensar –repuso Prinzler—. No pienso decir nada más sin mi abogada.

**E**staba enfadada. Cabreada. Y ofendida.

¿Cómo se le ocurría a aquel capullo quitársela de encima así? A Meike le ardían lágrimas de rabia en los ojos mientras bajaba la escalera con la espalda bien recta y paso rígido.

Después de pasarse a ver a Hanna, se había acercado en coche a Oberursel, a la casa de Wolfgang. Ni ella misma sabía por qué de repente se había vuelto tan importante para ella ni por qué tenía la sensación de que le estaba mintiendo. ¿De dónde procedía esa desconfianza? Cuando su padrino le había dicho por teléfono que no podía dormir en su casa porque su padre tenía visitas, no se lo

había tragado.

Sin embargo, el camino de entrada y la explanada de grava bien rastrillada estaban llenos de coches aparcados, en efecto. Cochazos de Karlsruhe, Múnich, Stuttgart, Hamburgo, Berlín, e incluso del extranjero. De acuerdo, Wolfgang no le había mentado. Meike se había quedado allí quieta un rato, pensando si volver a marcharse o llamar al timbre. Wolfgang era consciente de que se había quedado sola. Si habían organizado una fiesta en su casa, ¡habría podido invitarla! A Hanna siempre la invitaban a todas las celebraciones. Meike contempló esa gran casa antigua que tanto le gustaba. Las altas ventanas con travesaños, los postigos verde oscuro, el desvencijado tejado a cuatro aguas cubierto por esas tejas rojizas y planas, la escalinata cuyos ocho escalones subían hasta la puerta verde oscuro de la entrada, de doble batiente y con una cabeza de león hecha de latón que servía de picaporte. Las matas de lavanda del jardín delantero emanaban un intenso aroma esa cálida tarde de verano, y a Meike le recordaron sus vacaciones en el sur de Francia. Fue Hanna quien le llevó como regalo esa lavanda de Provenza a la madre de Wolfgang, hacía ya muchos años.

Había estado numerosas veces allí con su madre y, en su recuerdo, esa casa representaba la encarnación de la protección y la seguridad. Sin embargo, ahora la tía Christine había muerto y Hanna estaba en el hospital, también más muerta que viva; Meike no tenía a nadie que la esperase, nadie a quien poder acudir para sentirse protegida y a salvo. No podía negar que Wolfgang, con el paso de los años, se había convertido en la persona de referencia más importante para ella, una especie de sustituto de padre con quien le unía una profunda confianza. Sus padrastros habían llegado y pasado de largo, y solo la habían tratado como a un apéndice de Hanna, molesto pero inevitable. Y su propio padre se había casado con una mujer celosa.

Meike lanzó una última mirada hacia la casa y se volvió con la intención de marcharse ya, pero en ese instante se oyó el susurro de un Maybach negro que llegó a la explanada y se detuvo delante de la escalinata. Un esbelto hombre canoso se apeó de él y su mirada se encontró con la de ella. Meike sonrió, saludó y, perpleja, vio la expresión de disgusto que cruzó por el rostro bronceado de Peter Weissbecker al verla. Peter era un antiguo conocido de Hanna, algo así como un amigo, o casi. Como actor y presentador era una leyenda de la televisión alemana. Ella lo conocía desde que tenía memoria. En realidad le resultaba algo tonto seguir llamándolo «tío Pitti» a sus veintitrés años, pero siempre se había dirigido a él así.

—¡La pequeña Meike! Pero qué alegría verte —dijo el hombre con una emoción forzada—. Dime, ¿tu madre también ha venido?

Le dio un abrazo desmañado.



–No, mi madre está en el hospital –contestó ella, y lo tomó del brazo.

–Ah, vaya, sí que lo siento. No será nada grave...

Meike subió la escalera con él. La puerta de la casa se abrió del todo, y el padre de Wolfgang apareció en el umbral. También a él se le descompuso el rostro al verla; no estaba precisamente encantado con su presencia. Sin embargo, no fue capaz de ocultar su disgusto ni de lejos tan bien como el tío Pitti, el profesional de los escenarios.

–¿Qué estás haciendo tú aquí? –refunfuñó Hartmut Matern.

Una bofetada no habría podido dolerle más que esa desagradable bienvenida.

–¡Hola, tío Hartmut! Es que resulta que estaba por aquí cerca –mintió–. Solo quería pasar un momento a saludar.

–Pues esta noche no puede ser –replicó Hartmut Matern–. Tengo invitados, como ves.

Meike se lo quedó mirando estupefacta. El hombre jamás había sido tan brusco con ella. Tras él apareció Wolfgang. Se le veía nervioso y tenso. Su padre y el tío Pitti desaparecieron en el interior de la casa y la dejaron allí plantada como si fuera una desconocida, sin despedirse de ella ni mandarles por lo menos un saludo para su madre, aunque solo fuese por educación. Meike se sintió humillada.

–Pero ¿qué es lo que pasa aquí? –preguntó–. Noche de hombres, ¿no? ¿O mi madre también estaba invitada?

Wolfgang la tomó del brazo y la empujó hacia fuera.

–Meike, por favor. De verdad que hoy no puede ser. –Le hablaba en voz baja y muy deprisa, casi como si no quisiera que los oyera nadie–. Es como... una especie de..., una especie de reunión de accionistas. Son cosas de negocios.

Aquello era una mentira como una casa, y esa falta de sinceridad tan evidente le dolió más aún que la humillación de ver que la estaban echando de allí.

–¿Cómo es que no me contestas al teléfono cuando te llamo? –Meike detestó el deje de su propia voz. Quería sonar displicente, pero pareció más bien una loca histérica haciéndose la despechada.

–Esta última semana he tenido muchísimo que hacer. Por favor, Meike, ahora no me montes un numerito aquí –le suplicó Wolfgang.

–No te estoy montando ningún numerito –replicó ella, furiosa–. Solo pensaba que lo que decías iba en serio, y que podía acudir a ti siempre que lo necesitara.

Wolfgang empezó a andarse con rodeos, avergonzado, balbuceó algo sobre un gabinete de crisis y una reestructuración. ¡Valiente gilipollas!

Meike le apartó la mano de su brazo. La decepción que sentía era colosal.

–Ya lo he pillado. Todo eso no era más que palabrería para tranquilizar tu mala conciencia. En realidad te importo una mierda. Pues que lo paséis muy bien

esta noche.

–¡Meike, espera! ¡Eso no es así!

Ella continuó andando con la esperanza de que él la siguiera para consolarla, disculparse o decirle cualquier cosa, pero, al volverse para perdonarlo con un gesto melodramático, él ya había desaparecido en el interior de la casa. Se encontró con la puerta cerrada. Nunca jamás se había sentido tan sola y excluida. Darse cuenta de que el afecto y la amistad de aquella gente nunca habían estado destinados a ella como persona, sino que solo la habían aceptado como la hija fea y pesada de la famosa Hanna Herzmann, fue demoledor.

Meike recorrió a zancadas el camino de entrada mientras luchaba por contener las lágrimas de ira. Antes de salir a la carretera, sacó unas cuantas fotos con su iPhone de los coches aparcados. Si aquello era una reunión de accionistas, ella era Lady Gaga. Allí estaba sucediendo algo más, y pensaba descubrir el qué. ¡Imbéciles de mierda!

–¡Dios santo! –Pia echó la cabeza hacia atrás y su mirada subió por la fachada de un edificio de pisos gris del barrio de Schillerring, en Hattersheim–. ¡No tenía ni idea de que ahora viviera aquí!

–¿Cómo que no? ¿Y dónde vivía antes? –preguntó Christian Kröger. Estaba junto al portal y estudiaba la enorme cantidad de timbres con los ojos entrecerrados.

–En un céntrico edificio antiguo de Sachsenhausen –recordó Pia–. No muy lejos del apartamento donde vivíamos Henning y yo.

Se había sorprendido lo suyo cuando, un poco antes, el ordenador les había dado esa dirección como domicilio actual de Frank Behnke. A su jefe le había contado que se iba a casa, pero Christian y ella se habían encontrado veinte minutos después en el aparcamiento del hipermercado Real de Hattersheim. No tenía remordimientos de conciencia por ocultarle algo a Oliver. Fuera cual fuese el papel que había desempeñado en aquella antigua historia, Pia estaba segura de que no había tenido nada que ver en ello directamente, así que no era asunto suyo si ella preguntaba a un par de personas a sus espaldas.

–Ah, ya lo tengo –dijo Christian, a su lado–. ¿Qué le digo?

–Tu nombre –sugirió Pia–. Tú nunca has tenido problemas con él.

Su compañera llamó al timbre y, segundos después, alguien contestó con un «¿Sí?» crepitante. Christian respondió y la puerta zumbó al abrirse. Los dos entraron en un vestíbulo que había conocido tiempos mejores, pero, aun así, estaba mucho mejor cuidado de lo que hacía pensar la fachada del edificio. El

ascensor, según la placa del fabricante, era del año 1976, y los ruidos que hizo mientras subían a la planta decimosexta no despertaban demasiada confianza. En el descansillo olía a comida y a productos de limpieza, y las paredes estaban pintadas con pintura acrílica de un desagradable tono ocre que hacía que el pasillo sin ventanas pareciese todavía más desangelado de lo que ya era.

A Pia, que recordaba muy bien el profundo desprecio que sentía Behnke por esa clase de edificios de vivienda social y sus habitantes, se le despertó un asomo de compasión al pensar que él había acabado teniendo que vivir en un sitio así.

Se abrió una puerta y su antiguo compañero apareció en el umbral. Llevaba unos pantalones de chándal de color gris y una camiseta manchada, iba sin afeitarse y descalzo.

–De haberme dicho que esta venía contigo, no te habría dejado entrar –le dijo a Christian Kröger, y el tufo a aguardiente salió hasta el pasillo–. ¿Qué queréis de mí?

–Hola, Frank. –Pia no hizo caso de su descortés bienvenida–. ¿Podemos pasar?

–Por favor. Es un honor recibirte en mi ático de lujo –soltó con sarcasmo–. Por desgracia se me ha acabado el champán, y mi mayordomo ya ha terminado su jornada.

La inspectora entró en el piso y se quedó de piedra. Consistía en una única habitación de unos treinta y cinco metros cuadrados con una cocina abierta diminuta. La alcoba estaba separada por una cortina. Un sofá maltrecho, una mesita de café, un aparador de madera de pino barata sobre el que había un televisor, encendido pero sin volumen. En el perchero del rincón colgaban camisas, corbatas y trajes; debajo había varios pares de zapatos, todos en fila, y una aspiradora. Hasta la última superficie disponible estaba abarrotada de cosas y, con tres adultos dentro, la habitación llegaba a su ocupación máxima. A cada paso se chocaba uno con alguna pieza de mobiliario. Lo único bonito de verdad era la lejana vista del Taunus que había desde el balcón, pero no servía de mucho consuelo. ¡Qué deprimente tener que vivir así!

–¿Vosotros dos sois ahora el nuevo *dream team*? –preguntó Behnke con hostilidad–. «Los rescatadores» de Hofheim...

En la mirada de sus ojos enrojecidos y acuosos, Pia vio destellar odio puro. Frank ya había mostrado tendencias misántropas antes, pero con el tiempo había llegado a despreciar a la humanidad entera sin excepción.

–Seguro que esto no es una visita de cortesía, así que decidme qué queréis de mí y dejadme otra vez en paz.

–Estamos aquí porque queremos que nos expliques qué hay detrás de ese

antiguo asunto de Erik Lessing. –Pia sabía que no tenía ningún sentido marear la perdiz, por lo que fue directa al grano.

–¿Erik... qué? Nunca he oído ese nombre –afirmó Behnke sin parpadear siquiera–. ¿Nada más? Pues entonces ya os podéis largar.

–En nuestros casos actuales han aparecido dos nombres que también en aquella época desempeñaron un papel –prosiguió la inspectora, impasible–. Sospechamos que podría haber alguna relación.

–No sé de qué me estás hablando. –Behnke se cruzó de brazos–. Y, además, me importa una mierda.

–Sabemos que mataste a tres hombres en un burdel de Frankfurt. Y que no fue en defensa propia, sino por orden de alguien. Te utilizaron y, para ello, no te contaron toda la verdad. Jamás lograste superar el hecho de haber matado a un compañero.

Primero Behnke se puso rojo, luego palideció. Cerró las manos en puños apretados.

–Destruyeron toda tu vida, y ellos ni se inmutaron –siguió diciendo Pia–. Si descubrimos quién está detrás de todo esto, podríamos conseguir que esas personas paguen por lo que hicieron.

–Largo de aquí –siseó Frank apretando los dientes–. Fuera, y que no os vuelva a ver por mi casa.

–Fuiste soldado voluntario antes de entrar en la Policía –intervino entonces Christian Kröger–. Te formaron como francotirador, estuviste en una unidad especial. Eras muy bueno. Te escogieron a ti en concreto para esa acción porque sabían que obedecerías sin hacer preguntas. ¿Quién te dio la orden? Y, ante todo, ¿por qué?

Frank Behnke miró de Pia a Kröger una y otra vez.

–¿A qué cojones viene esto? –murmuró con rabia–. ¿Qué queréis de mí? ¿No estoy lo bastante acabado o qué?

–¡Frank! No vamos detrás de ti –le aseguró Kröger–, pero ¡está muriendo gente! Una chica sufrió unos malos tratos brutales antes de ser asesinada. ¡Y luego se deshicieron de ella en el Meno! Hace un rato hemos hablado con el hombre en cuyo coche se confiscó el arma del crimen. Tanto él como su abogado de entonces están involucrados en al menos dos de nuestros casos actuales.

–¿Y por eso creéis que os podéis presentar aquí sin más a que os dé un poco de palique? Vamos a preguntarle a Frank, que seguro que lo sabe todo. –Behnke soltó una carcajada burlona–. ¿Se os ha ido la pinza o qué? ¡Esa mierda me destrozó la vida, joder! ¡Echad un vistazo, mirad cómo he acabado! ¿De verdad creéis que voy a dejar que vuelvan a meterme en ese asunto? Y menos aún por el

viejo y su... ¡princesita de oro!

Le habían salido unas ronchas de un rojo intenso en el cuello y el sudor perlaba su frente. Todo su cuerpo temblaba. Pia lo conocía lo bastante bien como para saber que solo hacía falta una pequeña chispa... y explotaría.

–Venga, Christian, vámonos –dijo en voz baja.

No tenía sentido. A Behnke lo reconcomían la amargura, el odio y la sed de venganza. No le ayudaría ni aunque se la encontrara sangrando gravemente herida. Era de esa clase de personas que siempre buscan un culpable para sus miserias personales, y, a sus ojos, Pia tenía la culpa de que Bodenstein le hubiera retirado su favor.

–No se trata de Bodenstein, de Pia ni de mí. –Christian Kröger no pensaba rendirse con tanta facilidad–. Se trata de una gente que encarga asesinatos y sale impune.

–No tenéis ni idea de lo que son capaces de hacer. Ni puta idea. –Frank se volvió y se acercó a la minicocina. Alcanzó una botella con un líquido transparente y se sirvió un vaso lleno casi hasta arriba.

–¿Quiénes? –preguntó Pia.

Behnke la fulminó con la mirada, después se llevó el vaso a la boca y lo vació de un solo trago. Sus ojos vagaron por la pequeña sala. De repente, con una ira que asustó a Pia, estrelló el vaso contra la pared, pero no se rompió.

–¡Eso! ¡Miradme bien! –Frank rio con acritud–. ¡No soy capaz de hacer nada a derechas! ¡Ni siquiera consigo romper un vaso, joder!

Estaba mucho más bebido de lo que habían supuesto. Al intentar recoger el vaso perdió el equilibrio y chocó contra un estante que se vino abajo con un crujido. Behnke rodó por el suelo riendo, pero su risa se convirtió en un sollozo desesperado. El fanático del deporte bien entrenado que solo consumía productos biológicos y nunca había tocado un cigarrillo había acabado convertido en un borracho. Lo sucedido en Frankfurt ese marzo de 1997 lo había destrozado, porque nunca consiguió asumirlo. Después de eso, su matrimonio se rompió y su vida se convirtió en un montón de escombros.

–¡Ya no soy capaz de nada! –profirió, y dio un puñetazo en el suelo–. ¡De nada! ¡Estoy acabado, yo mismo soy un mierda, no soy nada!

Pia y Christian cruzaron una mirada de preocupación.

–¡Frank, venga, levántate! –Christian se inclinó sobre él y le tendió una mano.

–Ni siquiera soy capaz de conseguir una mujer –seguía balbuceando Frank–. ¿Qué van a querer de alguien como yo? La pasta que gano se la tengo que pasar a mi ex. ¡A mí solo me queda lo justo para pagar este agujero infecto!

Las últimas palabras las había dicho a gritos. Se incorporó, pasó por alto la mano tendida de Christian y se levantó sin ayuda.

–Y a ti te digo una cosa –le soltó a Pia, y con ello le envió una vaharada de aliento alcohólico a la cara–. Desde el primer día no pude soportarte. ¡La mujer del pastoso doctor Kirchhoff, que con sus millones en acciones pudo comprarse una granja en un tiempo récord y que les hizo perder la cabeza a todos con su buen par de tetas! ¡Bah! Eras tan condenadamente... eficaz y tan..., tan lista, joder, ¡que nunca tenías suficiente trabajo! ¡A tu lado, todos los demás parecíamos unos putos vagos! ¡Has llegado todo lo lejos que has podido a base de hacerle la pelota al jefe!

El alcohol no le dejaba vocalizar bien. El odio acumulado desde hacía tanto tiempo acababa de encontrar una válvula de escape, y Pia dejó que descargara todos esos insultos sobre ella sin contestar nada.

–¡Sí, maté a tres personas! No sabía de qué iba aquello. No sabía nada de ningún infiltrado. Entramos en el local porque no sé qué informante les había soplado que había algo grande en marcha. Tal vez debería haberme oído algo, porque nadie me había endilgado nunca un arma diferente. Estaba todo preparado. Cuando entramos en el patio, uno de los moteros disparó enseguida. ¿Qué tendría que haber hecho? ¿Dejar que me abatiera? También yo disparé, y tuve mejor puntería que esos pringados. Dos tiros en la cabeza, al tercero le di en el cuello. Fue una carnicería. Antes de que pudiera entender nada de lo que había ocurrido, ya estaba metido en un coche y todo había terminado. No sé nada más.

Pia lo creyó. No solo le habían tendido una trampa al infiltrado Erik Lessing, también a Behnke. Fue el peón sacrificado en una sucia partida de hombres poderosos para quienes la vida de una persona no tenía ningún valor.

–¿Quién más estuvo contigo en ese patio? –preguntó Christian.

Frank Behnke resopló. Pasó tambaleándose junto a Pia y se dejó caer en el sofá. Ella lo miró desde arriba. A pesar de todo lo que le había dicho, no estaba enfadada, solo sentía una profunda compasión.

–¿Queréis saber quién estaba conmigo en ese patio? –siguió balbuceando con los ojos entornados–. ¿Sí? ¿Queréis saber quién me dijo: «Joder, me he dejado el arma reglamentaria en el coche»? Os lo diré. Sí, os lo voy a decir. Ya me importa una mierda. ¡Me la metió del todo, esa puta calculadora! Y después me amenazó. ¡Que como alguna vez le dijera una palabra de todo eso a alguien, no volvería a ser feliz en la puta vida!

Profirió un sonido que fue una mezcla de risa y sollozo, después dio un golpe en el respaldo del sofá con toda la mano abierta.

–Bueno, pues de todas formas nunca he vuelto a ser feliz. En treinta segundos se me fue la vida entera a la mierda. ¡Maté a un compañero! ¿Y sabéis por qué? Porque una maldita fulana me ordenó que lo hiciera.

–¿Quién, Frank? –insistió Christian, aunque tanto Pia como él lo sospechaban

ya.

–Engel. –Frank Behnke se incorporó a medias, tenía el rostro transido de odio y amargura–. La comisaria jefe Nicola Engel.

**E**ran las 23.48 horas. Llevaba más de veinticuatro horas sin ver un alma, sin oír un ruido que no fuera el chirrido desesperante del ventilador que colgaba del techo de la celda, protegido por una tapa enrejada. Esa debía de ser la única fuente de aire, porque no había ninguna ventana, ni siquiera una claraboya. El único punto de luz era una bombilla de veinticinco vatios cubierta de polvo que colgaba del techo y para la que no había interruptor. Olía al típico sótano húmedo, mohoso, poco utilizado.

Kilian Rothemund estaba tumbado en el estrecho camastro con los brazos cruzados bajo la cabeza y miraba hacia la puerta de metal oxidado, que era más robusta de lo que parecía. Durante su detención no había temido nada, pero poco a poco el miedo empezaba a afianzarse en su interior. No lo custodiaba la Policía holandesa, eso estaba claro. Pero ¿dónde lo habían metido? ¿Quiénes eran esos hombres de negro enmascarados que lo habían apresado en el andén? ¿Por qué lo retenían en ese agujero? ¿Cómo se habían enterado de que estaba en Ámsterdam? ¿Habría desvelado algo Leonie antes de que la ataran y la amordazaran?

Su última comida había consistido en un trozo de tarta, así que el estómago empezaba a rugirle de hambre. El agua tibia que le quedaba se la iba bebiendo de sorbo en sorbo, porque no tenía ni idea de hasta cuándo debía durarle. Le habían quitado el cinturón y los cordones de los zapatos, aunque en esa celda de paredes altas y lisas tampoco había nada desde donde pudiera haberse colgado. Por lo menos le habían dejado el reloj.

Kilian cerró los ojos y se permitió imaginar que salía de esa cárcel con olor a moho y huía hacia paisajes más agradables. ¡Hanna! El instante en que sus miradas se cruzaron por primera vez, sucedió algo que él jamás había experimentado. Ya la había visto en la televisión, pero en la vida real era muy diferente. Aquella noche iba sin maquillar, se había recogido el pelo en un moño sencillo y, aun así, poseía un atractivo que lo había fascinado.

Leonie no podía soportarla. La sugerencia de Bernd de hacer público el terrible destino de Michaela con la ayuda de Hanna Herzmann no le había hecho ninguna gracia a la terapeuta. Decía que era una mujer arrogante, presuntuosa, egoísta, sin un ápice de empatía.

Nada de eso era cierto.

Kilian no le había ocultado nada a Hanna, se había mostrado abierto y sincero con ella, aun a riesgo de que no lo creyera. Pero sí lo había creído. Entre ambos había surgido enseguida una profunda relación de confianza; el tono y las expresiones de sus correos electrónicos no tardaron en cambiar, y la fascinación inicial se convirtió en afecto. Kilian jamás se había pasado una hora y media hablando por teléfono con nadie; con Hanna, sin embargo, no era extraño que sucediera. Para él, tal como supo después de dos semanas, aquello era algo más que un simple enamoramiento. Hanna le había devuelto la sensación de ser persona. El firme convencimiento de ella de que todo se arreglaría, de que con su apoyo conseguiría recuperar su buen nombre y llevar de nuevo una vida normal, le había dado la fuerza necesaria, algo que creía haber perdido hacía tiempo. Chiara no tendría que seguir visitándolo a escondidas en el camping, y tal vez pronto volvería a tener permiso oficial para ver a sus hijos.

Soltó un hondo suspiro. La nostalgia que sentía al pensar en la voz de Hanna, en su risa despreocupada, en su cuerpo cálido y suave tendido junto a él, se mezclaba con una profunda preocupación. ¡Cómo le gustaría estar en esos momentos a su lado, consolándola! Justo cuando todo parecía cambiar para mejor gracias a ella, el destino volvía a golpearlos sin compasión. ¿Tenía él la culpa de que la hubieran agredido? La inquietud, el miedo y la impotencia a los que se veía condenado se transformaron en desesperación. De repente oyó un ruido. Se incorporó y escuchó con atención. Sí, en efecto: unos pasos que se acercaban. Una llave giró en la cerradura. Se puso de pie frente al camastro, apretó los puños y se preparó para enfrentarse a lo que fuera que estuviera a punto de suceder. Su desesperación se esfumó. Poco importaba lo que quisieran hacer con él, sobreviviría porque quería volver a ver a sus hijos. Y a Hanna.

–¿No te gusta?

Christoph, sentado delante de ella a la mesa de la cocina, miraba cómo Pia paseaba la comida de un lado a otro del plato. La *ratatouille* con arroz estaba deliciosa, pero a ella se le había cerrado el estómago.

–Sí, claro. Pero, no sé por qué, no tengo mucho apetito. –Dejó los cubiertos y soltó un profundo suspiro.

La visita a Frank Behnke la había dejado muy afectada; todavía no se había recuperado de la conmoción, y sabía que jamás podría olvidar lo que acababa de saber. Frank y ella nunca habían sido amigos; durante el tiempo que trabajaron juntos, él siempre se había comportado sin ningún compañerismo, había sido borde, dejaba para los demás la mayor parte de su trabajo e insultaba y arremetía



contra todo el que intentara ser agradable con él. Igual que los otros, al cabo de un tiempo también ella había terminado por llegar a la conclusión de que era un capullo y punto. Por eso, de pronto le resultaba más duro aún descubrir lo injusta que había sido con él, ya que en el fondo Behnke no era más que una víctima. Lo habían utilizado y lo habían dejado tirado, le habían destrozado la mente y la conciencia y, con ello, también la vida. A pesar de que Frank la había insultado y humillado como tantas otras veces, ser consciente de la tragedia humana que se había desarrollado durante años ante sus propios ojos le había dejado un hondo sentimiento de tristeza.

–¿Quieres que hablemos de ello? –preguntó Christoph.

En sus ojos oscuros había preocupación. La conocía lo bastante, y desde hacía tiempo suficiente, como para comprender si tan solo se había quedado ensimismada y necesitaba un poco de tranquilidad después de un día duro, o si lo que había vivido la había dejado psicológicamente tocada. Su falta de apetito era motivo para preocuparse en serio, porque Pia era capaz de comer en casi cualquier situación.

–Ahora mismo no. –Clavó los codos en la mesa y se dio un masaje en lo alto de la nariz con el pulgar y el índice–. No tendría ni idea de por dónde empezar. Dios mío, en menudo embrollo nos hemos metido.

Todavía no alcanzaba a comprender la enorme trascendencia de lo que habían descubierto en aquel apartamento tan deprimente, y Pia era muy consciente de ello. Christian y ella habían acordado no hablar por el momento con nadie sobre lo que les había dicho Frank, pero tenían claro que, ahora que sabían lo que había ocurrido en aquel entonces, tendrían que tomar cartas en el asunto.

Christoph no dijo nada, no la agobió. Nunca lo hacía. Se levantó, le puso un momento la mano en el hombro y después empezó a recoger la mesa.

–Deja, ya lo haré yo –dijo ella con un bostezo, pero él se limitó a sonreír.

–¿Sabes qué, cariño? –propuso–. Lo mejor será que te vayas ahora mismo a la ducha, y luego nos tomamos una última copa de vino juntos.

–Buena idea. –Pia sonrió con picardía.

Se levantó, se acercó a él y lo abrazó por la cintura.

–¿Cómo me habré merecido tenerte? –murmuró–. Siento que estos últimos días no me haya ocupado mucho de Lilly ni de ti. Te tengo abandonado.

Él tomó su rostro entre las manos y le dio un beso en los labios con suavidad.

–Eso es cierto, sí. Me siento totalmente desatendido.

–¿Puedo hacer algo para compensártelo? –Pia le correspondió el beso y deslizó las manos por su espalda.

Desde que Lilly estaba con ellos, no habían vuelto a hacer el amor. En realidad, no era tanto por la niña como por el hecho de que hacía días que ella

llegaba muy tarde a casa y por la mañana tenía que levantarse de la cama a primera hora para salir corriendo.

–Ya se me ocurrirá algo –le susurró Christoph al oído, y la estrechó con más fuerza entre sus brazos.

Pia sintió su deseo. El olor de su piel, el tacto de sus manos, su cuerpo esbelto y cálido apretado contra el de ella encendieron una chispa de voluptuosidad en su interior.

–¿Es posible que estés pensando en lo mismo que yo? –Pia colocó la mejilla contra la de él.

Después de tres años y medio, su temor secreto a que la rutina y la cotidianidad pudieran perjudicar la parte física de su relación seguía siendo infundado. Más bien había ocurrido todo lo contrario.

–¿Y en qué estás pensando? –preguntó Christoph con un deje burlón.

–En... sexo –respondió Pia.

–Ah, vaya. –La besó en el cuello, luego en la boca–. Justo en lo mismo que yo.

Se separaron. Pia subió al cuarto de baño, se desnudó, dejó la ropa tirada en el suelo sin más y se metió en la ducha. El agua tibia se llevó el sudor pegajoso de su piel y arrastró consigo el recuerdo del miserable piso de Frank, de su desesperación y de la espantosa sensación que tenía desde que sabía que Bodenstein le había ocultado oscuros secretos.

Christoph ya estaba en la cama cuando, poco después, ella entró en el dormitorio. Una música tenue salía de los altavoces, en la mesilla de noche había dos copas y una botella de vino blanco. Pia se metió bajo las sábanas, directa a sus brazos. La puerta cristalera que daba al balcón estaba abierta y por ella entraba una brisa fresca y húmeda, cargada del aroma a hierba recién cortada y a lilas. La lamparilla con pantalla de papel irradiaba una luz mate y dorada que iluminaba sus extremidades en movimiento, y Pia disfrutó de la excitación y de la maravillosa sensación de deseo que provocaban en ella las caricias de Christoph. Pero de repente se abrió la puerta y una pequeña figura con el pelo rubio alborotado apareció en el umbral. Christoph y Pia se separaron enseguida, sobresaltados.

–He tenido una pesadilla, abuelo –dijo Lilly con voz llorosa–. ¿Puedo dormir con vosotros?

–Mierda –masculló Christoph, y se tapó enseguida con la sábana, a él mismo y a Pia.

–Abuelo... –dijo Pia con una risilla antes de apoyar la frente contra la espalda de él.

–Ahora no puede ser, Lilly –le dijo Christoph a su nieta–. Vuelve a tu cama.

Enseguida voy a estar un rato contigo.

–No lleváis nada puesto –constató Lilly, y se acercó más con curiosidad–. ¿Queréis hacer un bebé?

Eso dejó a Christoph sin palabras.

–Mamá y papá también lo intentan casi todas las noches, y a veces también de día –dijo la niña con un deje de listilla, y se sentó en el borde de la cama–. Pero de momento no tengo ningún hermanito. Abuelo, si Pia tiene un niño, ¿será mi nieto?

Pia se tapó la boca con la mano, luchando contra un ataque de risa.

–No –contestó Christoph con un suspiro–, aunque, si te digo la verdad, ahora mismo no me puedo concentrar en las posibles relaciones de parentesco.

–No pasa nada, abuelo. Es que ya eres viejo. –Lilly ladeó la cabeza–. Pero me dejaréis que juegue con el bebé, ¿verdad?

–Lo que tienes que hacer ahora es irte corriendo a tu cama –repuso Christoph.

Lilly bostezó y asintió con la cabeza, pero entonces volvió a recordar su pesadilla.

–Es que tengo miedo de bajar yo sola –dijo–. ¿Me acompañas? Por favor, abuelo. Me dormiré enseguida.

–Pero si has subido tú solita –señaló Christoph, aunque ya estaba derrotado.

–Ve, anda –dijo Pia, divertida–. Me tomaré una copa de vino mientras vuelves.

–Traidora –protestó Christoph–. Torpedeas todas mis decisiones pedagógicas. Lilly, espera delante de la puerta, que enseguida salgo.

–Vale. –La pequeña bajó del borde de la cama–. Buenas noches, Pia.

–Buenas noches, Lilly.

Cuando la niña salió, Pia estalló de risa. Se rio tanto que hasta se le saltaron las lágrimas.

Christoph se levantó, se puso los calzoncillos y una camiseta.

–¡Esa niña! –Sacudió la cabeza con fingida exasperación–. Me parece que voy a tener que hablar con Anna sobre educación infantil.

Pia se tumbó de espaldas con una sonrisa enorme.

–No te creas que te vas a escapar tan fácilmente de mí –dijo Christoph, y rio también–. Enseguida vuelvo. ¡No te atrevas a quedarte dormida!

Viernes, 2 de julio de 2010

Le habían vendado los ojos y tenía las manos esposadas a la espalda. Nadie dijo ni una palabra durante el trayecto, que duró una media hora. El vehículo no era un minibús como el que habían usado para transportarlo desde la estación central de Ámsterdam hasta el edificio con la habitación en el sótano. Aquello era un automóvil, una limusina. No era BMW ni Mercedes, tenía la suspensión demasiado blanda. Más bien le pareció una marca británica. Jaguar o Bentley. Kilian Rothemund percibía un tenue aroma a cuero y madera, oía el suave murmullo de un motor de doce cilindros y sentía las leves inclinaciones de la carrocería en cada curva. Al verse privado del estímulo visual, los demás sentidos se aguzaban, y Kilian se concentró en lo que oía, olía y sentía. Además de él, en el coche iban por lo menos otros tres hombres; delante se sentaban dos, y otro más iba en el asiento trasero, a su lado. Olía una loción cara para después del afeitado, pero también la transpiración de un hombre que no se lavaba desde hacía días. Era el que estaba sentado a su lado. Llevaba una chupa de cuero barata y había fumado hacía poco. En realidad, nada de eso le ayudaba con las preguntas de adónde lo llevaban ni qué querían de él, pero al concentrarse en esas circunstancias exteriores al menos conseguía mantener el miedo a raya. Después de avanzar un rato a toda velocidad por una carretera sin irregularidades destacables, el conductor redujo un poco y tomó una curva pronunciada hacia la derecha. Una salida de autopista, supuso Kilian. Sonó el intermitente. El hombre del asiento del copiloto tosió.

–Ahí delante, a la izquierda –dijo. Su voz sonaba amortiguada. Alemán, sin acento.

Poco después, el coche rodó por una superficie adoquinada y se detuvo. Las puertas se abrieron, Kilian sintió que lo agarraban del brazo con brusquedad y lo sacaban del vehículo. En el silencio nocturno, los crujidos de la grava bajo sus pies se oyeron a un volumen exagerado. El aire era tibio, el olor a tierra mojada se mezclaba con otros aromas campestres. Las ranas croaban a lo lejos.

Era una sensación extraña, la de caminar sin ver nada.

–Cuidado, escalón –dijo alguien a su lado sin esperar una respuesta, que tampoco recibió.

Más escalones. Una escalera que bajaba. Percibió un aroma dulce, a manzanas

y mosto. Un sótano, a juzgar por la intensidad del olor, tal vez incluso con lagar. De nuevo otra escalera, pero esta vez hacia arriba.

Ante él se abrió una puerta, las bisagras chirriaron un poco. Ya no olía a sótano. Suelos de parqué que habían pulido hacía poco. Y libros. Un olor a libros antiguos, cuero, papel, polvo. ¿Una biblioteca?

–Ah, ya estáis aquí –dijo alguien en voz baja.

Las patas de una silla arañaron el suelo.

–¡Siéntate!

Esa orden iba dirigida a él. Se sentó en una silla, le doblaron los brazos hacia atrás con violencia y le ataron los tobillos a las patas de madera. Alguien le quitó la venda de los ojos de un tirón. Una luz cegadora le bombardeó la retina; empezaron a llorarle los ojos, parpadeó.

–¿Qué estuvo haciendo en Ámsterdam? –preguntó un hombre cuya voz no había oído nunca.

Esa pregunta hizo saltar todas las alarmas en el cerebro de Kilian, pues confirmaba sus peores temores. Estaba en poder de aquellos que le habían destrozado la vida diez años atrás. En aquella época no tuvieron compasión, y tampoco esta vez mostrarían ninguna. No valía la pena preguntar cómo se habían enterado, de dónde habían sacado la información de que había viajado a Holanda. No supondría ninguna diferencia en el resultado.

–Visitar a unos amigos –contestó.

–Ya conocemos a esos «amigos» que ha estado visitando –replicó el hombre–. Basta de juegucitos. ¿De qué estuvo hablando con ellos?

Kilian solo percibía a los hombres que había al otro lado de la lámpara como meros contornos; no podía distinguir sus rostros, ni siquiera a grandes rasgos.

–Sobre navegación a vela –dijo.

El golpe cayó sin previo aviso y le dio en toda la cara. El puente de la nariz crujió, Kilian saboreó la sangre.

–No me gusta tener que repetir las preguntas –advirtió el hombre–. Así que ¿de qué estuvieron hablando?

Kilian guardó silencio. Esperó con los músculos tensos a recibir el siguiente golpe, el siguiente dolor. En lugar de eso, alguien hizo girar la silla en la que estaba sentado hacia la izquierda. En la pared había colgado un televisor.

Se sobresaltó al ver allí de pronto el rostro de Hanna. La habían amordazado, le caía sangre por la frente y tenía los ojos abiertos de par en par a causa del terror que sentía. La cámara se alejó un poco. Hanna estaba desnuda y maniatada, arrodillada sobre un suelo de hormigón liso. Esos cabrones habían grabado cómo le daban una paliza y la violaban. A Kilian se le rompió el corazón. Apartó la cara y cerró los ojos, no podía soportar ver cómo la mujer a la

que amaba tenía que pasar por esa tortura y sentir ese pánico.

–¡Mira bien! –Alguien lo agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia arriba, pero él apretó los párpados.

No podían obligarlo a mirar aquello, pero sí tuvo que oír los sonidos desesperados que profería Hanna, la voz burlona de su torturador, que iba comentando con detalle todas sus repugnantes acciones. El estómago se le encogió, vomitó una bocanada de líquido bilioso.

–¡Sois unos cerdos! –gritó–. ¡Cabrones asquerosos y miserables! ¿Qué le habéis hecho?

Empezaron a caerle golpes y él no podía defenderse. Oyó un estallido como el de un disparo en el interior de su cabeza cuando se le rompió el pómulo. Se le reventó la piel, la sangre le caía por la barbilla mezclada con unas lágrimas que no era capaz de contener.

–¿Quieres que le pase lo mismo a tu hija? –siseó una voz pegada a su oído–. Sí, ¿es lo que quieres? Ahí, mira, esa es ella, ¿no?, tu hijita inocente.

Kilian abrió los ojos. La grabación era de mala calidad, debían de haberla conseguido con una cámara oculta, pero era Chiara sin lugar a dudas, de pie delante de la puerta del club de hockey, hablando con un joven que le daba la espalda a la cámara. La niña reía con coquetería, su larga melena rubia le caía por los hombros desnudos mientras levantaba la mirada hacia el chico. A Kilian le costaba respirar. Tenía un nudo que le cerraba la garganta, la nariz colapsada por la sangre y las lágrimas. Un miedo helado corría por todas las venas de su cuerpo.

–Una muchachita dulce de verdad, la pequeña Chiara. Tiene unas tetitas preciosas y un culito delicioso –dijo esa voz detrás de él–. Una peli con ella de protagonista sería un éxito brutal.

Carcajadas.

–Como no abras la boca pronto, la pequeña pasará por lo mismo que esa tía de la tele. Este mediodía como muy tarde.

Kilian se vino abajo. Habría sido capaz de soportar cualquier dolor, cualquier tortura y cualquier tormento, pero la idea de que esa gente pudiera hacerle a su hija lo mismo que le había hecho a Hanna era simplemente insoportable. Abrió la boca y empezó a hablar.

–¡**V**amos, *Lomax*!

Abrió la puerta de la casa. El perro salió de su cesto como un rayo y pasó corriendo a su lado para salir al exterior. Ella cruzó el patio y enfiló el camino

que iba por entre los jardines, como todas las mañanas. En los árboles cantaban los pájaros, las gotitas de rocío destellaban en la hierba bajo el resplandor del sol naciente. El macho de Staffordshire que había salido a la carrera se puso a retozar en la hierba y a hacer pipí en casi todos los rosales, y cada vez, al terminar, escarbaba con las patas traseras sin dejar de gruñir. Era el rey de la granja, el jefe. Los demás perros lo respetaban sin rechistar. Igual que todos los hombres respetaban a Bernd, pensó Michaela. Hacía dos días que no había vuelto a saber nada de su marido. Antes eso sucedía a menudo, pero habían pasado ya muchos años desde que dejó de tener trato con la Policía. Aunque no se encontraba sola en la gran propiedad y no debía tener miedo a posibles ladrones, su ausencia la angustiaba. También los niños estaban fuera desde la mañana anterior: diez días de vacaciones y libertad en el mar Báltico con el club deportivo. Era lo mejor, además, después de que esos policías asustaran tantísimo al más pequeño con aquella operación tan desproporcionada. No haber dejado que se fuera con sus amigos y sus compañeros de equipo habría sido enviarle una señal equivocada.

A pesar de todo, Michaela los echaba de menos a ambos. En la casa había mucho silencio sin Bernd ni los niños. Natascha estaba contenta de hacerle compañía, cierto, pero no era ni mucho menos tan habladora como Ludmilla, que había sido su *au-pair* antes que ella. Terminó su largo paseo delante del taller. Tres de los chicos ya estaban allí.

–¡Buenas! –saludó Freddy, el jefe de taller–. ¿Te apetece un café, jefa?

–Buenos días. Sí, gracias –repuso ella.

Se sentó en el banco de madera que había delante del granero y se reclinó contra el respaldo, que ya estaba caldeado por efecto del sol. *Lomax* se tumbó a sus pies con un suspiro y apoyó el morro en las patas delanteras. Apenas unos segundos después, Freddy le sacó una taza de café humeante.

–Un chorrito de leche, dos azucarillos –dijo con una sonrisa–. Por lo demás, ¿todo bien? ¿Has sabido algo del jefe?

–No, me temo que no. –Michaela asintió para agradecerle el café y dio un sorbo–. Pero, por lo demás, todo bien, sí.

Los chicos siempre eran cariñosos con ella. A veces casi la abrumaban, porque querían quitarle todas las obligaciones, incluso la de ir a la compra. Michaela alcanzó el ejemplar del *Bild* que los hombres se habían dejado encima de la mesa. Pocas veces leía el periódico. No se interesaba demasiado por nada de lo que ocurría en el mundo; las catástrofes, las guerras y las crisis la deprimían. Prefería los libros. *Lomax* se volvió hacia un lado con un gruñido de satisfacción y disfrutó de la calidez del sol.

De repente, Michaela se sobresaltó. La fotografía de un hombre le llamó la

atención, tuvo que tragar saliva. Antes de poder evitarlo, sus ojos ya habían visto las primeras líneas. Siguió leyendo el artículo como si alguien la obligara a ello.

El antiguo empresario y fundador de la institución benéfica de apoyo a madres e hijos Niños del Sol, el señor Josef Finkbeiner, cumple hoy ochenta años de edad. El homenajeado, que por su generoso y caritativo compromiso social ha recibido ya las distinciones de la Cruz Federal del Mérito de primera clase y la Cruz de Honor del land de Hesse, entre otras, será felicitado por su familia y numerosos invitados en un acto solemne que tendrá lugar en el jardín de su villa. Un motivo de celebración añadido son los cuarenta años de existencia de la organización Niños del Sol...

Las letras se desdibujaron ante sus ojos, sus dedos agarraron con fuerza el asa de la taza de café. De pronto sintió calor y frío por turnos. ¡Josef Finkbeiner! Algo en el interior de su cabeza, algo que Leonie y ella habían ido recomponiendo poco a poco, se rompió en mil pedazos. De súbito volvía a tener seis años. Estaba sentada a una mesa grande y ovalada, delante tenía un libro abierto y deseaba poder leer lo que decía. Veía los dibujos ante sí con tanta claridad como si hubiese tenido ese libro en las manos el día anterior, y eso que hacía ya cuarenta años de eso. Michaela Prinzler se quedó mirando la fotografía del hombre de pelo cano que sonreía a la cámara con simpatía y amabilidad. ¡Ay, cuánto lo había querido! Una vez fue el sol que iluminaba todo su universo infantil. Los recuerdos felices de su niñez, de los que no había demasiados, estaban irremediabilmente vinculados a él. Durante muchos años no había entendido qué era lo que le sucedía, por qué a menudo le faltaban horas y a veces incluso días o semanas enteras de su vida, por qué no podía recordar nada. Leonie había descubierto que no estaba sola dentro de su cuerpo. No existía solo Michaela. También había otras, cada una con su propio nombre, sus propios recuerdos, sentimientos, gustos y manías. Michaela había tardado mucho en querer aceptarlo, le parecía una auténtica locura y, sin embargo, era la explicación de esas extrañas y angustiosas lagunas. Desde que era pequeña, había tenido que compartir su tiempo con Tanja, Sandra, Stella, Dorothee, Carina, Nina, Babsi y un sinfín de identidades más.

–Deja eso ya, Michaela –se dijo en voz alta a sí misma.

Era peligroso perderse en los recuerdos, porque de súbito su mente podía pasar a alguna otra identidad, y entonces volvería a perder períodos enteros. Siguió hojeando el periódico con brío, pero en cuanto pasó a la página siguiente su mirada quedó atrapada por otro rostro conocido.

–¡Kilian! –exclamó en un murmullo de asombro.



¿Por qué salía en el *Bild*? Enseguida leyó por encima el breve texto que había bajo la foto y se estremeció. ¡No! Era un error. ¡Aquello no podía ser! Pero ¡si Bernd le había dicho que Leonie estaba de vacaciones! A ella le había extrañado un poco, porque justo entonces, en esa fase de su plan, no era buen momento para irse de viaje a ningún sitio, pero Leonie había hecho tanto por ella que se había alegrado de corazón de que se tomara unos días libres. En el periódico, no obstante, afirmaban que había muerto. Y estaban buscando a Kilian en relación con su muerte y con la agresión a la presentadora de televisión Johanna H.

Michaela se quedó de piedra, las manos le temblaban tanto que ya no pudo seguir sosteniendo la taza de café. *Lomax* sintió su nerviosismo, saltó e intentó lamerle la mano.

¿Qué era realidad, y qué, imaginaciones suyas? ¿Había vuelto a desaparecer una franja de tiempo sin que ella se diera cuenta? Quizá los niños no estaban de campamento, sino que eran adultos desde hacía tiempo, ¡podían estar casados y viviendo lejos de allí! ¿Y Bernd? ¿Dónde estaba? ¿En qué día vivía? ¿Cuántos años tenía? Michaela dobló el periódico, se lo guardó en el bolsillo del chaleco y se levantó. Todo le daba vueltas. ¿Dónde había puesto el libro de cuentos que acababa de hojear? Su madre la reñiría si se lo había dejado tirado por ahí, porque le tenía mucho cariño a ese libro que guardaba desde que ella misma era pequeña. ¡Jolín! Pero ¡si estaba ahí hacía nada! ¿O no? Miró a su alrededor. Pero ¿dónde estaba? ¿Quiénes eran esos hombres?

Se agarró la cabeza. No, no, no, aquello no podía volver a empezar, tenía que pararlo. Tenía que llamar a Leonie, no podía saltar de la vida de Michaela. Si no, se produciría una catástrofe.

**P**ia subió corriendo la escalera de dos en dos escalones. Se había pasado la mitad de la noche despierta en la cama, pensando en qué podía hacer para recuperar la confianza en Oliver. De ninguna manera podía dejar las cosas como estaban después de todo aquello y hacer como si no supiera nada. Dividida entre la lealtad a su jefe y su sentido del deber, hasta el alba no había podido conciliar un sueño intranquilo y lleno de pesadillas, y luego había dormido más de la cuenta. De todos modos tenía la mitad del día libre, porque a las once quería acercarse a Falkenstein para asistir a esa recepción a la que la había invitado Emma.

Eran las ocho y veinte cuando abrió de golpe la puerta de la sala de reuniones y masculló los buenos días y una disculpa. Se dejó caer en la silla libre que había entre Cem y Kathrin, y con ello se ganó una mirada de reprobación de la

comisaria jefe Engel, que había tomado la costumbre de participar en las reuniones matutinas de la K 11.

–La consulta a los psicólogos establecidos en Höchst y Unterliederbach y al Departamento de Psiquiatría del hospital de Höchst no ha dado ningún resultado por el momento –iba diciendo Kai–. Nadie dice haber visitado a la chica. Y nadie ha reconocido tampoco los retratos robot.

–¿Por qué vienes tan elegante hoy? –susurró Kathrin.

–Porque luego tengo que irme directa a una fiesta de cumpleaños –contestó Pia, también en un susurro.

Se sentía disfrazada con ese vestido de verano azul claro, con un descarado escote, la fina chaquetita de punto y las sandalias de tacón, que eran tan nuevas que le hacían daño en el empeine del pie derecho. Todos los compañeros con los que se había cruzado al subir la habían mirado con admiración, y uno de ellos incluso le había silbado, en broma. Pia podría habérselo tomado a risa, pero no lograba quitarse de la cabeza aquel horrible comentario de Behnke sobre sus pechos. Detestaba verse reducida a sus medidas corporales.

–¿Ya tenemos los retratos robot? –le preguntó a su compañera.

Kathrin asintió con la cabeza y le pasó dos impresiones. El hombre llevaba barba, pero era evidente que no se trataba de Bernd Prinzler. Su cara era más estrecha, la barba más poblada, y además tenía los ojos hundidos y la nariz más ancha. La mujer tenía el pelo oscuro y cortado a lo paje, y un rostro inexpresivo. No había rasgos distintivos que llamaran la atención. Pia se sintió decepcionada. Había esperado algo más.

–Hoy seguiremos con las consultas a psicoterapeutas especializados en tratar a niños y jóvenes –prosiguió Kai–. Según nuestra testigo, la pareja hablaba un alemán correcto, mientras que la chica tenía un acento muy fuerte. Se refirieron a ella como «nuestra hija», de modo que es posible que se trate de una niña adoptada. Por eso comprobaremos también todas las agencias de adopción.

A Bernd Prinzler lo traerían de la prisión de Preungesheim sobre las nueve. Para la comisaria jefe, Oliver y Cem, era, junto con Kilian Rothmund, el principal sospechoso del caso Hanna Herzmann. Pia no hizo ningún comentario, solo escuchaba a medias lo que estaban hablando. No poder seguir confiando en dos personas del equipo era una sensación verdaderamente horrible, y en el fondo se preguntaba si Nicola Engel participaba en sus reuniones por auténtico interés o porque quería impedir que las investigaciones tomaran una dirección que podía volverse peligrosa para su persona.

–De acuerdo, hacedlo –dijo Bodenstein–. Pia, te quiero conmigo ahora mismo en la rueda de reconocimiento con el testigo y en el interrogatorio de Prinzler.

–Pero es que tengo que irme a las once menos veinte como muy tarde –le

recordó a su jefe—. Hoy tenía medio día libre.

—¿Libre? ¿En mitad de una investigación? —La comisaria jefe levantó las cejas—. ¿Quién lo ha autorizado?

—Yo. —Bodenstein retiró la silla hacia atrás y se levantó—. Bueno, por el momento creo que ya hemos terminado. Así que, abajo dentro de diez minutos.

—Entendido. —Pia alcanzó el bolso que había escogido ese día en lugar de la mochila habitual y se fue a su despacho.

Kai la siguió.

—¿Por qué no te pones vestidos más a menudo? —comentó.

—¿También tú vas a empezar con eso? —refunfuñó la inspectora.

—¿Con qué? —preguntó Kai sin malicia—. Me parece que tienes unas piernas preciosas.

—¡Ya, claro, las piernas!

—Pues sí, las piernas. Desde que yo solo tengo una, me he vuelto un admirador de las piernas. —Sonrió y se sentó tras su escritorio—. ¿Por qué creías que lo decía?

—Yo... no creía nada —se apresuró a decir Pia, y encendió el ordenador.

¿Por qué había reaccionado con tanta susceptibilidad?

Introdujo su contraseña y comprobó el correo electrónico. Nada especial. El servidor de la Policía tenía la ventaja de descartar de entrada los cargantes mensajes de correo basura y publicidad. Justo cuando iba a cerrar el gestor de correo, apareció un nuevo mensaje con «Lilly» como asunto. No conocía al remitente. Hizo clic en el mensaje, que llevaba un adjunto.

Todos los días desaparecen niñas y nunca más las vuelven a encontrar. ¿No sería una lástima que eso le ocurriera a esta preciosidad tan pequeña, solo porque su mamá mete las narices en asuntos que no le conciernen?

El archivo adjunto era una fotografía en la que se las veía a Lilly y a ella con los perros en uno de los pastos de Birkenhof. Estaba un poco borrosa, como si la hubieran hecho desde muy lejos. Pia se quedó unos segundos mirando las líneas sin acabar de entenderlas. Poco a poco empezó a comprender lo que significaba ese mensaje, y se le puso la carne de gallina. ¡Era una amenaza inequívoca! Creían que Lilly era hija suya y la amenazaban con hacerle algo si Pia no dejaba de... Sí, ¿qué tenía que dejar de hacer Pia? ¿En qué asuntos había metido las narices?

—Ahora no te mosquees solo porque te he hecho un cumplido —dijo Kai—. Es solo que, de verdad, tienes unas...

—Ven un momento aquí y échale un vistazo a esto —interrumpió ella a su

compañero.

–¿Qué es? –Se acercó a su mesa–. Te has quedado blanca.

–¡Mira!

Pia empujó un poco hacia atrás la silla de oficina, alcanzó el bolso y rebuscó en él para sacar el móvil. Estaba mareada, le temblaban las manos sin control. ¡Tenía que llamar a Christoph enseguida para avisarle! ¡No podía perder de vista a Lilly ni medio segundo!

–Es una amenaza, y habría que tomarla muy en serio –opinó Kai también, y arrugó la frente con preocupación–. MaxMurks@hotmail.com... Es evidente que se trata de una dirección falsa. Esto tiene que verlo el jefe.

Poco después, Oliver, Christian, Cem y Kathrin estaban alrededor del escritorio de Pia con caras muy serias. La inspectora había llamado por teléfono a Christoph, que al instante había comprendido la gravedad de la situación y le había asegurado que cuidaría de Lilly y que le haría comprender que debía quedarse siempre cerca de él.

–Debes de haber molestado a alguien poderoso –opinó Cem.

–Sí, pero ¿a quién? –Pia seguía perpleja. ¡Alguien sabía dónde vivía y las había fotografiado a Lilly y a ella! La idea de que estuvieran acechando su casa despertó en lo más profundo de su interior unos miedos que creía olvidados desde hacía tiempo–. ¡No lo entiendo! Pero ¡si no sabemos absolutamente nada!

–Por lo visto sí –dijo Bodenstein, y la miró con insistencia–. ¡Piensa! ¿Con quién has hablado y de qué?

Pia tragó saliva. ¿Debía desvelarle a sus compañeros que el día anterior había estado hablando con Behnke sobre Erik Lessing? ¿Venía la amenaza por ese lado? ¿Estaba quizá Frank tras ella? Su mirada se encontró con la de Christian, que sacudió la cabeza con un movimiento casi imperceptible.

Llamaron a la puerta. Una agente de la comisaría les comunicó que los hombres que habían sido elegidos para la rueda de reconocimiento esperaban abajo.

–Enseguida vamos –dijo Bodenstein–. No puedes hacer más de lo que has hecho ya, Pia. Que Kai informe a los compañeros de Königstein, y así Christoph solo tendrá que avisarles si ve algo sospechoso.

Pia asintió con la cabeza. En realidad, aquello no la tranquilizaba ni un ápice, pero su jefe tenía razón. De momento no podían hacer nada más.

**E**l dios del tiempo fue clemente y, para el octogésimo cumpleaños de su suegro, les concedió un cielo azul cobalto salpicado de nubecillas como de

algodón. No había nada que entorpeciera la recepción y la fiesta al aire libre. Emma miraba el jardín desde la ventana del baño mientras se secaba el pelo con el secador. El día anterior, Helmut Grasser y sus aplicados ayudantes habían dispuesto un atril, sillas, mesas altas y un pequeño escenario para las diferentes representaciones, y esa mañana habían instalado el equipo de sonido y habían realizado las pruebas necesarias. Allí abajo reinaba una actividad frenética. La banda de jazz que Josef había recibido como regalo de Nicky, Sarah, Ralf y Corinna estaba tocando desde hacía una hora para ensayar, el coro de los Niños del Sol también había ensayado en algún momento y, mientras se desplegaba ese fondo musical, Emma había librado una dura batalla con su hija, que se resistía con pies y manos a ponerse un vestidito de cuadros color rosa con el cuello blanco que en realidad le encantaba. Ni la paciencia ni la severidad habían dado resultado alguno; ningún argumento había surtido efecto, Louisa había insistido con tozudez en ponerse unos vaqueros y una camiseta blanca de manga larga. La pequeña se había obstinado cada vez más, hasta que al final estalló en unos gritos histéricos que habían llegado a silenciar el runrún del jazz. Emma, sin embargo, no había cedido y le había puesto el vestido a la niña, que no dejaba de llorar. Al final Louisa se quedó en su habitación, de morros, y Emma aprovechó la oportunidad para ducharse en un momento y lavarse el pelo.

Ya iba siendo hora de bajar. El *catering* de la fiesta estaba disponiendo canapés, bocaditos, copas, vajilla, cubiertos y bebidas para la recepción; la comida para un pequeño círculo de invitados se prepararía en la cocina de la propia casa. El personal de servicio que Corinna había contratado además del *catering* ya estaba rondando por allí, aburrido. En realidad faltaban todavía tres cuartos de hora antes de que llegaran los primeros invitados oficiales, pero Renate y Josef querían brindar antes por el cumpleaños y el reencuentro con «sus» hijos.

Emma soltó un hondo suspiro y deseó poder pasar el día a cámara rápida hasta la noche. Siempre le habían encantado esa clase de celebraciones, pero ese día temía el momento de encontrarse con Florian y no le apetecía en absoluto la charla insustancial con unos invitados que a ella le resultaban del todo indiferentes. Fue al dormitorio y se embutió dentro de un vestido de premamá amarillo limón, la única pieza de su armario que todavía le entraba, aunque ya le quedaba bastante estrecho. Sonó el teléfono. ¡Renate!

–Emma, ¿dónde os habéis metido? Casi todos han llegado ya, pero justamente Florian, Louisa y tú...

–Enseguida vamos –interrumpió Emma a su suegra–. Bajamos dentro de cinco minutos.

Colgó, se echó un vistazo en el espejo sin mucho detenimiento y recorrió el

pasillo hasta la habitación de su hija. ¡Estaba vacía! ¡Esa niña endemoniada! En el salón tampoco estaba. Emma fue a la cocina.

–¿Louisa? ¡Louisa! ¡Venga, que tenemos que bajar! La abuela ya ha llamado y... –El resto de la frase se le quedó atascado en la garganta.

Se tapó la boca con las manos y se quedó de piedra mirando a su hija. Louisa estaba sentada en el suelo, en mitad de la cocina, vestida solo con unas braguitas. En la mano tenía unas tijeras de cocina, y su preciosa melena rubia, que acababan de lavarle la noche anterior, estaba en el suelo, hecha una maraña de mechones en torno a ella.

–¡Ay, Dios mío, Louisa! Pero ¿qué has hecho? –susurró Emma, perpleja.

La pequeña empezó a sollozar y tiró las tijeras, que resbalaron hasta debajo de la mesa con un sonido metálico. Los sollozos se convirtieron entonces en un llanto desconsolado. Emma se acuclilló. Alargó una mano y la pasó por los mechones mal cortados que sobresalían en todas direcciones de la cabeza de su hija. La niña se encogió bajo su gesto y apartó la mirada, pero después se acurrucó entre los brazos de su madre. Su cuerpecito se sacudía a causa de los fuertes sollozos, las lágrimas caían como arroyos por su carita.

–¿Por qué te has cortado el pelo, que era tan bonito? –preguntó Emma en voz baja. Acunó a la niña entre sus brazos y apretó la mejilla contra su cabecita. Aquello no había ocurrido solo por capricho, como forma de protesta o por ira. Se le rompía el corazón al ver a su hija tan desconsolada y asustada y no poder ayudarle-. Dime, cariño mío, ¿cómo es que has hecho esto?

–Porque quiero estar muy fea –murmuró Louisa, y se metió el pulgar en la boca.

**H**abía apagado el despertador a las ocho y había seguido durmiendo hasta las diez. A fin de cuentas ya no tenía trabajo, y tampoco a nadie que la estuviera esperando. Al marcharse de Oberursel, Meike había decidido no volver al piso de su amiga, sino a casa de su madre. Después de levantarse, había pasado media hora en el *jacuzzi* de la terraza y luego había probado unas cuantas cremas y *peelings* del sinfín de botecitos y tarritos que su madre tenía desperdigados a montones por todo el cuarto de baño. Hanna se gastaba una fortuna en esas porquerías, y por lo visto le surtían efecto. A Meike, el resultado en su cuerpo le pareció de todo menos satisfactorio. Tenía un aspecto lamentable y una piel horrible. Su humor cayó bajo mínimos.

–¡Tía fea! –le dijo a su imagen en el espejo, e hizo una mueca.

De pronto se abrió la puerta de la casa. Meike alzó la cabeza, alarmada, y

aguzó los oídos. ¿Quién podía ser? La mujer de la limpieza siempre iba los martes, y seguro que no hacía horas extras por voluntad propia. ¿Había algún vecino que tuviera la llave? Recorrió a hurtadillas el pasillo, se apretó contra la pared con el corazón saliéndosele del pecho y se asomó para mirar abajo, al recibidor. ¡Dos hombres habían entrado en la casa! Uno estaba de espaldas a ella, el otro, un tipo delgado con barba y cola de caballo, se dirigió a la cocina con toda naturalidad, como si estuviera en su propia casa. ¡Ladrones a plena luz del día!

Meike regresó sin hacer ruido al dormitorio de Hanna, donde había dormido, y miró a su alrededor. ¡Mierda! ¿Dónde tenía el móvil? Revolvió la cama, pero entonces se acordó de que había estado escuchando música con los auriculares en el *jacuzzi*. Sin duda se lo había dejado allí.

En lugar del móvil, sacó la porra eléctrica que llevaba siempre encima desde que habían atacado a Hanna y se la guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros. No le quedaba más opción que bajar a hurtadillas y escapar por la puerta de entrada si no quería que esos dos tipos la pillaran allí. Los dos estaban en la planta baja y hablaban sin ningún reparo ni bajar la voz. Se habían metido en la cocina, y de repente incluso se oyó el molinillo de la cafetera. Pero ¡cómo tenían tanta cara...!

Meike se acuclilló en lo alto de la escalera y escuchó conteniendo la respiración. Para huir por la puerta de la casa tenía que encontrar el momento oportuno. Uno de los hombres salió entonces de la cocina con el móvil en la oreja. Meike no creía lo que estaba viendo.

–¿Wolfgang? –preguntó con incredulidad, y se incorporó.

El hombre se sobresaltó y el móvil se le resbaló de la mano y cayó al suelo. Se la quedó mirando como si hubiese visto un fantasma.

–¿Qué..., qué estás haciendo tú aquí? –tartamudeó–. ¿Por qué no estás en Frankfurt?

Meike bajó la escalera.

–He venido a dormir aquí. ¿A qué has venido tú? –replicó con frialdad. No había olvidado cómo se había librado de ella el día anterior–. ¿Y quién es tu amigote? ¿Cómo se os ocurre entrar por las buenas y, encima, prepararos un cafecito? –Se llevó una mano a la cadera y miró a Wolfgang con una indignación muy bien fingida–. ¿Lo sabe mi madre?

A su padrino le había desaparecido el color de la cara, estaba pálido como un cadáver.

–¡Por favor, Meike! –Alzó las manos en actitud de súplica, la nuez se le movía arriba y abajo por la garganta. En su frente afloraron gotas de sudor–. Sal de aquí y olvida que nos has...

Se quedó callado cuando el de la barba y la coleta apareció detrás de él por la puerta de la cocina.

–Vaya, vaya –dijo el hombre–. Mira a quién tenemos aquí.

–¿Le gusta nuestro café? –preguntó Meike, mordaz.

–No está mal, gracias –contestó el de la barba, un hombre vigoroso y musculoso cuyo bronceado desvelaba que iba bastante a menudo de vacaciones. Sus ojos destellaron con burla–. Para mi gusto, las Saeco hacen mejor café, pero este tampoco está mal.

Meike lo fulminó con la mirada. ¿Cómo se atrevía ese tipo? ¿Quién se había creído que era? ¿Y qué hacía Wolfgang un viernes por la mañana en la casa de su madre? Terminó de bajar los dos últimos escalones.

–¡Por favor, Meike! –Wolfgang se colocó entre el hombre y ella–. Vete y ya está. No nos has visto aquí...

–Es demasiado tarde para eso –dijo con voz pesarosa el de la coleta, y lo apartó de en medio–. Ve a por el correo, Wolfi.

Meike los miró con desconfianza a Wolfgang y a él varias veces, pero su padrino apartó la mirada y se volvió hacia otro lado. ¡No se lo podía creer! ¡La estaba dejando tirada!

–Wolfgang, ¿por qué has...?

El golpe llegó como salido de la nada y le dio en toda la cara. Meike se tambaleó hacia atrás y tuvo tiempo de agarrarse a la barandilla de la escalera. Se llevó una mano a la mejilla y contempló con incredulidad la sangre que la manchaba. Una oleada de calor le recorrió todo el cuerpo.

–¿Estás chiflado, gilipollas? –gritó con furia.

No sabía qué era lo que le enfadaba más: si ese tipo impertinente que le había hecho daño de verdad, o Wolfgang, que se apartaba como un cobarde, sacaba el móvil... ¡y la abandonaba a su suerte! El odio, la decepción y la adrenalina bulleron en su interior y, en lugar de correr hacia la puerta y pedir ayuda, Meike se abalanzó sobre el hombre de la barba con un grito furibundo.

–¡Caray! Tu madre no se resistió tanto. La verdad es que fue un aburrimiento, en comparación contigo.

Le costó mucho trabajo quitársela de encima, pero en realidad Meike no tenía ninguna posibilidad, porque él era un hombre adulto y ella apenas ocupaba la mitad que él. Aun así, el hombre resolló, apurado, mientras le clavaba una rodilla a la chica en la columna vertebral y le asía las muñecas a la espalda con una brutalidad terrible.

–Eres una gatita muy salvaje –siseó.

–¡Y tú eres un pajillero de mierda! –profirió Meike con los dientes apretados mientras intentaba darle una patada.



–¡Venga, levanta! –El de la barba tiró de ella y la empujó por la escalera del sótano.

–¡Wolfgang! –chilló Meike–. ¡Haz algo, joder! ¡¡¡Wolfgang!!!

–¡Cierra la boca! –jadeó el hombre, y le dio un par de bofetones.

Meike le escupió y empezó a darle patadas. Le acertó en un punto sensible, y entonces él se enfureció. La lanzó al cuarto de calderas, y allí arremetió contra ella y no dejó de golpearla hasta que cayó al suelo.

Por fin parecía que la chica había tenido suficiente. El hombre se incorporó respirando con dificultad y se pasó el antebrazo por la frente. La coleta se le había deshecho, el pelo le tapaba la cara. Meike, tosiendo, se hizo un ovillo sobre el suelo de hormigón desnudo.

Arriba sonó el timbre de la puerta.

–El correo ya está aquí –dijo el hombre–. No te escapes. Recuerda que todavía tienes una cita.

–¿Contigo o qué? –le espetó Meike con voz ronca.

Él se inclinó sobre ella, la agarró del pelo y la obligó a mirarlo.

–No, cariño, conmigo no. –Su sonrisa era diabólica–. Tienes una cita con la de la guadaña.

**E**l hombre sacudió la cabeza.

–No, no –dijo con convicción–. No es ninguno de estos.

–¿De verdad que no? –quiso asegurarse Bodenstein–. Tómese todo el tiempo que quiera.

–No. –El testigo, Andreas Hasselbach, estaba convencido–. Es verdad que lo vi solo un momento, pero no es ninguno de estos.

Había cinco hombres de pie al otro lado de un cristal de visión unilateral, y cada uno de ellos sostenía en la mano un cartel con un número. Prinzler tenía el número tres, pero el testigo no lo había mirado ni más tiempo ni con mayor atención que a los otros cuatro. Pia advirtió la decepción en el rostro de su jefe, pero ella enseguida había tenido muy claro que el agresor no estaba allí, porque, salvo Bernd Prinzler, todos los demás eran agentes.

–¿Y este de aquí? –La inspectora le tendió a Hasselbach la impresión del retrato robot que habían elaborado con la ayuda de la testigo de Höchst.

Al hombre le bastó con un solo vistazo.

–¡Ese es! –exclamó exaltado y sin asomo de duda.

–Gracias. –Pia asintió con la cabeza–. Nos ha ayudado mucho.

Ya solo tenían que encontrar a ese hombre. Tal vez la población volviera a

serles de ayuda. Los agentes regresaron a sus mesas, el testigo se despidió y a Prinzler se lo llevaron a la sala de interrogatorios que había al lado. Oliver y Pia tomaron asiento frente a él; Cem se quedó de pie, apoyado en la pared.

–¿Por qué me retienen aún? –Prinzler estaba enfadado–. ¡No tienen nada en mi contra! ¡Esto es terror policial puro y duro! Quiero llamar a mi mujer.

–Pues hable primero con nosotros –propuso Bodenstein–. Díganos de qué conocía a Leonie Verges y a Hanna Herzmann, y por qué estuvo en las casas de ambas. Después podrá llamar a su mujer o marcharse.

Prinzler miró a Bodenstein con desprecio.

–No diré nada sin mi abogada. No harán más que utilizar en mi contra cualquier cosa que diga.

El inspector jefe bombardeó entonces al hombre con las mismas preguntas que Pia y Kröger ya le habían hecho el día anterior y recibió tan pocas respuestas como ellos.

–Primero quiero hablar por teléfono con mi mujer –fue la contestación sistemática de Prinzler a todas las preguntas. Aquello parecía ser muy importante para él, por mucho que intentase parecer relajado. Estaba preocupado por su esposa. Pero ¿por qué?

Pia miró un momento su reloj. Tenía que estar en Falkenstein al cabo de una hora. Así no iban a avanzar. Acercó el retrato robot al interrogado.

–¿Quién es este hombre?

–¿Es el tipo al que están buscando? ¿Por eso toda esta rueda de reconocimiento?

–Exacto. ¿Lo conoce?

–Sí. Es Helmut Grasser –repuso con rotundidad–. Si me lo hubieran preguntado directamente, habrían podido ahorrarse todo este montaje.

En el interior de Pia empezó a crecer una ira que manaba como la sangre al salir de un tajo en la piel. Se les estaba agotando el tiempo y aquel tipo, que quizá tuviera la llave para la resolución de sus casos, no hacía más que marear la perdiz. La inspectora no encontraba ningún punto con el que poder presionarlo. Bernd Prinzler era un muro de hormigón sin grietas ni hendiduras, una barrera infranqueable de obstinada determinación.

–¿De qué lo conoce? ¿Dónde podemos encontrarlo?

Prinzler se encogió de hombros.

Pia sintió cómo empezaba a hervirle la sangre. ¿De verdad tenían que sacárselo todo con sacacorchos?

Cem abandonó la sala.

–Échele un vistazo a esto. –Pia le acercó a Prinzler una impresión del correo electrónico que había recibido esa misma mañana–. Alguien me fotografió con la

nieta de mi pareja, ayer mismo.

El hombre ni siquiera miró.

–Me he dejado las gafas de leer –afirmó.

–Pues se lo leeré yo. –Pia se hizo con la hoja–. «Todos los días desaparecen niñas y nunca más las vuelven a encontrar. ¿No sería una lástima que eso le ocurriera a esta preciosidad tan pequeña, solo porque su mamá mete las narices en asuntos que no le conciernen?»

–Yo no tengo nada que ver. –El gigante no apartó la mirada de la cara de Pia–. Estoy entre rejas desde el miércoles. ¿Se le ha olvidado?

–Pero ¡sabe de qué va todo esto! –Tuvo que controlarse para no gritárselo–. ¿Quién escribe estos mensajes? ¿Y por qué? ¿Qué es lo que estaba investigando Hanna Herzmann? ¿Por qué asesinaron a Leonie Verges? ¿Quién más tendrá que morir para que usted se decida a hablar de una vez? ¿Su mujer? ¿Quiere que la traigamos aquí? Puede que ella sí hable con nosotros, si usted sigue negándose.

Prinzler se pasó la mano por la frente y reflexionó.

–Hagamos un trato. Ustedes me dejan hacer esa llamada –propuso por fin– y, cuando yo compruebe que ella está bien, les contaré todo lo que sé.

Aquello no era ningún trato, era simple y llanamente chantaje. Aun así, habían encontrado una diminuta irregularidad en el muro inexpugnable que Prinzler había construido a su alrededor; era una oportunidad. Pia cruzó una mirada con Oliver, que asintió. La inspectora sacó su móvil y lo dejó sobre la mesa, delante del detenido.

–Pues venga –le indicó–. Llámela.

**E**l coche redujo la velocidad y se escoró al tomar una curva hacia la izquierda. Kilian notó que alguien se inclinaba por encima de él, de repente la puerta se abrió y él sintió el viento y la fuerza centrífuga, que lo lanzó hacia un lado. Asustado, clavó las rodillas en el respaldo del asiento de delante en un acto reflejo, para sujetarse a algo, pero estaba maniatado. Sintió un fuerte golpe en el costado y se ladeó. Durante un par de horribles segundos se sintió ingravido, y entonces su cerebro comprendió lo que había ocurrido. ¡Maldita sea, lo habían tirado del coche en marcha! Se golpeó el hombro derecho con una fuerza espantosa, la clavícula se le rompió con un chasquido y el dolor lo dejó sin respiración. Unos neumáticos rechinaron al agarrarse al asfalto, se oyó el chirrido de unos frenos y la atronadora bocina de un camión que sonó justo a su lado. Kilian hizo un intento desesperado por rodar para salir del carril y se dio con la cabeza contra el canto afilado de un quitamiedos. ¿Estaba a salvo?

¿Dónde quedaba la carretera? La grava le arañaba la mejilla, olía a hierba.

La puerta de un vehículo se cerró y unos pasos apresurados se acercaron a él. Kilian encogió las piernas y siguió arrastrándose en dirección a la hierba.

–¡Eh! ¡Oye!

Alguien le tocó el brazo, y un dolor candente explotó en su cerebro. Unas voces exaltadas hablaban entre sí.

–¡Llama a una ambulancia!

–¡... caído del coche!

–¿Está vivo?

–¡Casi lo atropello!

Unas manos en su cabeza. La presión de la venda que le tapaba los ojos desapareció. Kilian parpadeó contra la luz y vio a un hombre con bigote y camisa de cuadros que llevaba el susto escrito en la cara.

–¿Cómo te encuentras, amigo? ¿Puedes moverte? ¿Te duele algo?

Kilian se lo quedó mirando y asintió despacio.

–Solo el hombro –murmuró con dificultad–. Creo que me he roto algo.

–La ambulancia llegará enseguida –le aseguró el hombre con un acento típico de Colonia–. Pero, amigo, ¿qué te ha pasado?

El campo de visión de Kilian se amplió. Levantó la cabeza y comprobó que se encontraba debajo de un quitamiedos al borde de una carretera de dos carriles, una nacional. Un camión enorme con los intermitentes de emergencia encendidos se había detenido ocupando la mitad del carril contrario, y había otro igual justo detrás.

–¡Esa gente te ha tirado del coche en marcha! –El hombre, que debía de ser el conductor del camión, no se lo podía creer. Tenía toda la cara blanca–. ¡No te he atropellado de milagro!

–¿Dónde estoy? –Kilian se pasó la lengua por los labios secos e intentó incorporarse.

–En la L-56, poco antes de Selfkant.

–¿En Alemania?

–Sí. ¿Qué ha ocurrido?

Un segundo hombre, algo más joven, se les acercó con un móvil en la mano.

–No hay cobertura –dijo, y también se inclinó sobre Kilian con preocupación–. Eh, tío, ¿cómo estás? ¿Qué te ha pasado?

–Tengo que ir a Frankfurt. Tengo que llamar por teléfono. –Kilian no se hacía una idea del aspecto que tenía–. Por favor, no llaméis a una ambulancia ni a la Policía.

–Eh, pero si estás medio muerto –dijo el más joven de los dos.

Kilian solo podía pensar en Chiara. Tenía que localizarla antes de que le

pasara algo. Entre los dos camioneros, lo incorporaron con cuidado y lo apoyaron contra el quitamiedos. Después le quitaron las ataduras. Con su ayuda consiguió ponerse de pie.

–¿Podrías llevarme con vosotros? –preguntó–. Es muy importante que llegue a Frankfurt enseguida.

A ninguno de los dos camioneros les hacía demasiada gracia tener líos con sus jefes por andar prestando declaración ante la Policía sobre lo que habían visto. No hicieron preguntas, le dieron una botella de agua y un trapo para que se limpiara la sangre de la cara y de las manos.

–Yo solo voy hasta Mönchengladbach –dijo el del bigote–. Quizá pueda encontrar por radio a algún compañero que te lleve desde allí a Frankfurt.

–Gracias. –Kilian asintió con la cabeza.

A duras penas consiguió subir al camión. Su cuerpo no era más que un manojo de dolor. La piel de la cara le tiraba; una mueca terrorífica e hinchada que no se parecía en absoluto a él le devolvió la mirada desde el espejo retrovisor exterior.

El camionero del bigote puso en marcha el motor del enorme vehículo y maniobró para devolverlo al carril correcto. Kilian se estremeció. Los neumáticos de ese camión de treinta toneladas habrían podido partirle los huesos como si fueran una nuez. Seguramente era eso lo que habían pretendido sus secuestradores.

El jardín estaba repleto de alegres invitados vestidos con ropa veraniega, la banda de jazz tocaba y los camareros se paseaban entre el gentío con bandejas llenas de copas de champán y canapés. Emma buscó a sus suegros con la mirada. En realidad conocía todos y cada uno de los nombres de aquellas personas por las invitaciones y la lista de invitados, pero casi ninguno de ellos le sonaba en persona. Louisa le agarraba la mano y se apretaba contra ella, tan avergonzada como si aquella no fuera su casa. Había hecho falta toda la habilidad de Emma para convertir la obra de destrucción de Louisa en un pelo corto aceptable. Con esos vaqueros y la camiseta blanca de manga larga, parecía un niño.

–Ah, ahí están los abuelos –dijo Emma.

Sus suegros estaban de pie en la gran terraza, Josef con un traje de lino de tono claro, Renate con un vestido de color albaricoque que le sentaba estupendamente a su piel bronceada y su pelo blanco; ambos saludaban a los invitados que iban llegando. Renate sonreía de oreja a oreja, se la veía relajada y feliz.

Emma felicitó a su suegro por su cumpleaños.

–Bueno, ¿y dónde está mi princesita? –Josef se inclinó hacia Louisa, pero la niña se escondió detrás de su madre–. ¿No quieres darle un beso al abuelo por su cumpleaños?

–¡No! –Louisa zarandeó la cabeza con fuerza.

Los presentes rieron, divertidos.

–¿Y qué ha pasado con la preciosa melena de la niña? –preguntó Renate, consternada–. ¿Y tu bonito vestidito rosa?

–Nos gusta más el pelo corto –se apresuró a contestar Emma–. ¿Verdad, Louisa? Es mucho más rápido cuando hay que lavarlo.

–Pero ¿qué...? –empezó a preguntar Renate de nuevo, aunque Emma la hizo callar con una mirada de súplica.

–¡Papá! –exclamó la niña en ese momento. Se soltó de la mano de Emma y echó a correr hacia Florian.

A Emma se le paró el corazón al ver a su marido. Igual que su padre, también Florian llevaba un traje claro. Estaba deslumbrante. Atrapó a Louisa y la levantó en alto. La niña le echó los bracitos alrededor del cuello y apretó la mejilla contra la de él.

–Hola –le dijo Florian a Emma. No malgastó saliva para referirse al nuevo corte de pelo o a los vaqueros–. ¿Cómo estás?

–Hola –contestó ella con frialdad–. Muy bien. ¿Y tú?

Aunque su ira y el sentimiento de humillación que le había provocado la infidelidad de él habían desaparecido por el momento, la distancia entre ambos seguía existiendo. Su marido le parecía un desconocido.

Renate y Josef saludaron a su hijo, que le dio dos besos obligados a su madre en las mejillas y le tendió la mano a su padre con una sonrisa forzada. Antes de que Emma pudiera cruzar un par de palabras con su marido, Renate la tomó del brazo y empezó a presentarle a todos los invitados que pudo. Emma sonreía con educación, estrechaba manos, iba poniendo cara a unos nombres que, apenas había oído, volvía a olvidar otra vez. No hacía más que girarse en busca de Florian. Él hablaba con muchísimos de los allí presentes, pero por su lenguaje corporal Emma notó que se sentía muy incómodo.

Con la excusa de su embarazo, ella no hacía más que rechazar copas de champán para brindar. Por fin consiguió quitarse de encima a su suegra y se acercó a Florian, que había ido a refugiarse a una mesa alta situada al final del jardín. Louisa jugaba a pillar con varios niños.

–Una fiesta genial –comentó él.

–Sí –repuso ella. Sentía el malestar de su marido como un eco de sus propios sentimientos–. Estoy deseando que se acabe.

–A mí me pasa igual. ¿Qué ha ocurrido con la niña?

Emma se lo contó, y le mencionó también lo de la marioneta destrozada y que Louisa había dicho que tenía miedo del lobo feroz.

–¿Qué es lo que ha dicho? –La voz de Florian sonó de pronto resquebrajada. Sus miradas se encontraron por primera vez.

Emma se asustó al percibir en sus ojos una fuerte conmoción que intentaba ocultar tras un semblante estoico. La mano de Florian apretaba el pie de la copa de champán con tanta fuerza que se le adivinaban los tendones blancos debajo de la piel.

–Florian... Lo siento, pero... Yo... –Emma se vino abajo.

–Ya lo sé –dijo él, angustiado–. Pensabas que podía haberle hecho algo a Louisa. Que podía haber abusado de ella... –Profirió un sonido crudo y sacudió la cabeza con fuerza, como si quisiera espantar un pensamiento, un recuerdo odiado.

–¿Qué te pasa? –preguntó Emma con cautela.

–Miedo del lobo feroz –murmuró él, sombrío–. Es que no me lo puedo creer.

Emma no conseguía entender nada de su extraño comportamiento. Su mirada vagó por la muchedumbre alegre y risueña en busca de Louisa. Vio entonces a Corinna, que estaba al fondo, donde el jardín se convertía en parque, caminando de un lado a otro mientras hablaba por teléfono. Ralf estaba cerca de ella con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y se le veía tan tenso y enfadado como a su mujer. ¡Qué poca delicadeza por parte de ambos, mostrar sin ningún disimulo ese desinterés durante la recepción!

El alcalde y el jefe de distrito habían llegado, y al final hizo acto de presencia también el presidente del land. Con él, ya estaban todos los notables al completo.

–El desfile de los viejos amigos de mi padre. O mejor dicho: su aparición estelar –constató Florian con un desprecio apenas contenido–. Seguro que mi madre te los ha presentado a todos, ¿verdad?

–Me ha presentado como a unas cinco mil personas –respondió Emma–. No me he quedado ni con un solo nombre.

–El viejo de la calva que está al lado de mi madre es mi padrino –explicó Florian–. Hartmut Matern, el gran gurú de la televisión privada alemana. El que está a su lado es el señor Richard Mehring, antiguo juez supremo del Tribunal Constitucional Federal. Y el bajito gordo con pajarita fue una vez el presidente de la Universidad Goethe de Frankfurt, el catedrático Ernst Haslinger. Ah, y al alto con la cabellera plateada seguro que lo conoces de la televisión: Peter Weissbecker. Oficialmente tiene cuarenta y cinco años desde hace veinte.

Emma se extrañó del sarcasmo de Florian.

–Y allí está también Nicky –comentó con acritud–. A mi padre se le habría

partido el corazón si, de todos nosotros, él no hubiese venido.

–Creía que Nicky era amigo tuyo –dijo Emma, sorprendida.

–Claro, todos son mis mejores amigos –repuso Florian, y rio con burla–. Todos los niños de familias desestructuradas y empobrecidas, los huérfanos, los marginados que de pronto se convertían en mis hermanos y hermanas y requerían de la completa atención de mis padres.

Emma se fijó en que Nicky paseaba la mirada en busca de algo. Corinna había terminado de hablar por teléfono y se apresuró hacia él, seguida de Ralf. No parecía reprocharle a su hermano que le hubiera soltado un bofetón. Los tres comentaron algo, luego Nicky se enderezó la corbata, compuso una sonrisa y se acercó a Josef y Renate. Corinna y Ralf fueron tras él, sonrientes también, como si todo fuese de maravilla.

–Siempre me decían que debía ser considerado, porque los pobres niños necesitaban amor, cariño y protección, y yo ya tenía de todo eso –siguió contando Florian–. Cuántas veces pensé que también yo querría ser un huérfano con unos padres alcohólicos y drogadictos. Cómo me habría gustado ser alguna vez también vago, difícil, descarado o malo en la escuela. Pero no me lo podía permitir.

En ese instante, Emma comprendió el verdadero problema de su marido. Se había pasado la infancia y la juventud enteras sufriendo porque otros niños recibían más atenciones de sus padres que él mismo. Florian alcanzó otra copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba y se la bebió de un solo trago mientras todos los hijos adoptivos y de acogida de sus padres se colocaban en semicírculo y le cantaban a Josef el «Cumpleaños feliz». El homenajeado estaba exultante, y Renate se enjugaba lágrimas de emoción de las mejillas.

–Ay, Emmi –dijo Florian, y soltó un suspiro enorme y profundo–. Siento muchísimo todo lo que ha pasado estas últimas semanas. ¿Por qué no buscamos una casa y nos marchamos de aquí?

–¿Por qué nunca me habías hablado de nada de todo esto? –Emma luchaba por contener las lágrimas–. ¿Cómo has dejado que llegara tan lejos?

–Porque... –Florian se interrumpió, la miró y buscó las palabras adecuadas–. Pensaba que lo aguantaría hasta que llegara el bebé. Pero de pronto..., no sé..., de pronto te vi tan feliz aquí... Me dio la sensación de que querrías quedarte para siempre.

–Pero..., pero ¿por qué me...? –Emma no consiguió pronunciar la palabra «engañaste». Lo que Florian había hecho se interpondría para siempre entre ambos, no estaba segura de poder perdonárselo algún día.

–No estoy con ninguna otra mujer, no tengo una relación con nadie. Yo... estuve... –Inspiró hondo y tomó impulso–. Estuve por primera y última vez en



mi vida en... el barrio rojo de Frankfurt. No tenía intención de hacerlo, pero es que... El semáforo se puso en rojo y de repente me encontré a esa mujer allí al lado. Ya sé que lo que hice fue imperdonable. Me arrepiento muchísimo, de verdad, porque te he hecho daño. Y tampoco existe disculpa posible. Solo me queda esperar que algún día puedas perdonarme.

Emma vio brillar lágrimas en sus ojos. Lo tomó de la mano y se la apretó sin decir nada. Tal vez al final sí logran arreglar las cosas.

Gracias a la abuela de Miriam, Pia ya tenía experiencia en acontecimientos sociales no muy diferentes a esa recepción de cumpleaños, pero seguía sin sentirse cómoda entre esos desconocidos tan peripuestos, todos los cuales parecían conocerse entre sí. Damas de edad serena, marinadas en perfume y con bronceados de piel de cocodrilo conseguidos tras décadas de aburrimiento en campos de golf y barcos de vela, con debilidad por lucir pamelas y sacar las joyas caras que guardaban en la caja fuerte del banco para exhibirlas un rato. Sus agudos grititos de saludo se mezclaban con cacareos comparables a los de un gallinero. Pia se dispuso a buscar a Emma entre la muchedumbre y se preguntó qué era lo que estaba haciendo allí exactamente. Tenía más trabajo del que podía hacer y estaba muerta de preocupación por Lilly, pero se iba allí a perder el tiempo solo porque le había hecho una promesa precipitada a una antigua compañera de clase, a la que no veía desde hacía veinticinco años, que pasaba por un momento de inestabilidad sentimental. En realidad esperaba que surgiera una oportunidad para hablar con Emma sobre su cita con la terapeuta de la Asociación de Mujeres Jóvenes de Frankfurt, cuyo contacto le había pasado. Pia nunca había sido muy maternal, pero gracias a Lilly algo se había transformado en ella y, desde que Emma le había expresado el temor de que su pequeña pudiera ser víctima de abusos, la inspectora no dejaba de pensar que a la Ninfa del Meno podría haberle ocurrido también algo así. ¿De veras era solo casualidad que Kilian Rothemund, el pederasta convicto, viviera a pocos kilómetros del lugar donde se había encontrado el cadáver de la muchacha? ¿Protegía quizá Prinzler a su antiguo abogado por una solidaridad mal entendida? ¿O era porque en realidad estaba compinchado con Rothemund? Un rato antes, Prinzler no había localizado ni a su mujer ni a su abogada, y seguía guardando silencio a pesar de que le habían dejado llamar por teléfono.

—¡Perdón! —Un niño chocó contra ella y siguió corriendo sin aliento, seguido de otros tres pequeños.

—No pasa nada. —A Pia le había llamado la atención que en esa fiesta había

muchos más niños de lo habitual, y entonces recordó que no solo se trataba del octogésimo cumpleaños del suegro de Emma, Josef Finkbeiner, sino que también se celebraban los cuarenta años de su asociación para madres solteras, los Niños del Sol.

La inspectora miraba a su alrededor buscando a su amiga y de vez en cuando comprobaba el móvil, que había silenciado. Le había dicho a su jefe que quería estar informada y que se mantendría localizable en todo momento, por si Prinzler abría la boca al fin. Casi esperaba que fuera eso lo que sucediera; así tendría una excusa para largarse de allí.

En una mesa alta cerca de la entrada estaban los guardaespaldas del presidente del land, cuatro hombres de traje negro con gafas de sol y auricular en el oído que masticaban aburridos unos frutos secos al *wasabi* y galletitas saladas. Su jefe estaba felicitando en esos momentos al homenajeado, que recibía enhorabuenas y regalos junto a su mujer en la gran terraza. Pia reconoció a su lado al fiscal superior Markus Maria Frey y por unos instantes se sorprendió, hasta que recordó lo que le había contado Christian Kröger de él: Frey era pupilo de los Finkbeiner y había estudiado Derecho con una beca de la fundación de su padre adoptivo.

Una mujer se acercó al micrófono del atril que habían montado junto al escenario, delante de un espléndido fondo de rododendros con flores casi marchitas, y pidió a los presentes que tomaran asiento. Los invitados obedecieron y fueron marchando hacia las hileras de sillas. Fue entonces cuando la inspectora vio a Emma, sentándose en la segunda fila junto a un hombre moreno con una niña en brazos. ¿Era buen momento para acercarse a saludarla? No, mejor no. A Emma se le podía ocurrir ofrecerle un asiento a su lado, y entonces no podría marcharse sin llamar la atención.

Encontró un sitio en la última fila, a la izquierda del pasillo central, y se sentó justo cuando el coro infantil daba comienzo a la parte oficial de las celebraciones con un emotivo «Es un muchacho excelente». Unos quince niños y niñas con camisetas de color rosa y azul cielo cantaron a pleno pulmón y consiguieron poner una sonrisa en los rostros de todos los invitados. Pia se sorprendió a sí misma sonriendo emocionada también, pero entonces pensó en Lilly y en aquella extraña amenaza y empezó a removerse intranquila en su asiento. Su subconsciente estaba esforzándose por decirle algo desde hacía un buen rato, pero ella estaba tan ocupada que no encontraba sinapsis libres que utilizar. Los niños se vieron recompensados por un aplauso atronador y marcharon por el pasillo central de dos en dos... ¡Y en ese momento algo hizo «clic» en la cabeza de Pia! Como el agua que baja arrasando el cauce sinuoso de una riera seca después de una fuerte tormenta, la información fluyó por su cerebro, encajó por

sí sola en su lugar y cobró sentido de pronto. El corazón dejó de latirle durante unos segundos. ¡Los jirones de tela rosa del estómago de la Ninfa! Las letras que habían descifrado gracias a las fotografías: N-I-O-L-O.

–¡Esperad un momento, por favor! –les pidió a dos pequeñas, y sacó el móvil del bolso–. ¿Puedo hacerlos una foto?

Las dos sonrieron y asintieron. Pia sacó una instantánea de ambas de frente y otra de espaldas, y les envió de inmediato las imágenes a Kai, Christian y Oliver. NIÑOs deL sOl. Joder, eso era. ¡Justamente eso era!

**E**l camión se detuvo en un semáforo en rojo.

–Gracias –le dijo Kilian al conductor, que se había tomado la molestia de dar un gran rodeo por él.

En lugar de seguir por la A-3 directo hasta el aeropuerto, el hombre había dejado la autopista en Niedernhausen y había pasado por Fischbach y Kelkheim en dirección a Bad Soden. Le había asegurado que iba bien de tiempo y podía permitirse un desvío por la A-66 y el nudo de Frankfurt. Kilian se sintió conmovido por esa ayuda inesperada. En los últimos tiempos, personas a quienes creía conocer se habían apartado de él, lo habían traicionado y dejado en la estacada, pero ese completo desconocido que, por intermediación del camionero que le había salvado la vida, se había ofrecido a llevarlo en dirección a Frankfurt, le había ayudado sin hacerle preguntas.

–No hay de qué –contestó el conductor sonriendo, aunque después se puso serio–. Pero vete a ver a un médico, amigo. Eso tiene mala pinta.

–Lo haré –le aseguró Kilian–. Gracias una vez más.

Bajó la escalerilla y cerró la puerta. El camión reemprendió la marcha, puso el intermitente y se incorporó al tráfico. Kilian inspiró hondo y miró a su alrededor antes de cruzar la calle. Habían pasado siete años desde la última vez que puso un pie en Bad Soden. Antes nunca se movía por la zona sin coche, así que había subestimado la cuesta que tenía desde Alleestrasse hasta lo alto de Dachberg. Sentía la garganta reseca, y cada paso le suponía un dolor infernal. Como los niveles de adrenalina iban disminuyendo poco a poco, empezaba a notar las consecuencias de los golpes, las patadas y la caída del coche. Lo cierto era que le habían dado una paliza brutal y que él había cantado como un ruiseñor por miedo a lo que pudieran hacerle a su hija. Sin embargo, a pesar de ese miedo atroz y del dolor, había tenido la presencia de ánimo suficiente para no desvelarles adónde había enviado realmente el paquete con las grabaciones y las transcripciones de sus conversaciones con los dos hombres de Ámsterdam. ¡Ya

podían esperar sentados frente a la casa de Hanna a que llegara el correo!

Tardó tres cuartos de hora en alcanzar la casa que una vez había sido su hogar, y se quedó esperando en la acera de enfrente sin decir nada. ¡Cómo había crecido el seto de boj! También el laurel cerezo y el rododendro de la puerta estaban altísimos. Una sensación de nostalgia le partió el corazón, y entonces se preguntó cómo había conseguido sobrevivir esos últimos años. Él siempre había sido una persona que necesitaba orden en su vida, rituales, puntos de apoyo estables. Y se lo habían arrebatado todo, no le habían dejado nada más que la vida misma, que a partir de ese momento había perdido gran parte de su valor. Cruzó la calle con decisión, abrió la verja y subió los escalones hasta la puerta de entrada. Llamó al timbre, junto al que vio un nombre extraño. Después de su divorcio exprés, Britta enseguida se había buscado a otro que llevara el pan a casa; eso lo sabía por Chiara, que despreciaba a su padrastro con toda el alma. ¿Qué debía de sentir un hombre que se quedaba alegremente con la vida usurpada a su predecesor?

Unos pasos se acercaron desde el otro lado de la puerta y Kilian se preparó por dentro. Entonces vio a Britta ante él, por primera vez desde aquel día en que la Policía fue a detenerlo. Había envejecido. Se la veía avejentada y amargada. Su nuevo marido no la hacía feliz.

Kilian percibió el asombro y el horror en sus ojos, y enseguida puso un pie en el quicio de la puerta para que ella no pudiera cerrársela en las narices.

–¿Dónde está Chiara? –preguntó.

–¡Lárgate! –exclamó ella–. ¡Sabes que tienes prohibido verla!

–¿Dónde está? –repitió.

–¿Para qué quieres saberlo?

–¿Está en casa? Por favor, Britta, si no está, llámala enseguida, por favor, ¡y dile que venga!

–¿A qué viene esto? ¿Qué te importa a ti dónde están los niños? ¿Y cómo te presentas con esa pinta?

Kilian se ahorró cualquier explicación. De todos modos, su exmujer no lo entendería. Nunca lo había hecho. Para ella, él era el enemigo; era inútil esperar comprensión por su parte.

–¿No querrás meterla en tu repugnante mundo de pervertidos? –siseó Britta, cargada de odio–. ¿Es que no nos has traído ya suficientes desgracias? ¡Largo! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

–Quiero ver a Chiara –insistió él.

–¡No! ¡Y aparta ese pie de la puerta o llamo a la Policía! –Su voz se había vuelto estridente. Tenía miedo, aunque no de él, sino más bien de lo que dirían los vecinos. También en el pasado eso había resultado más importante para ella

que la verdad.

–Sí, hazlo, por favor. –Kilian retiró el pie–. Me quedaré aquí. Aunque tenga que esperar todo el día.

Ella le cerró la puerta de golpe y él se sentó en el primer escalón. Prefería que la Policía fuese a buscarlo allí arriba y no tener que volver a bajar a pie. La Policía era su única posibilidad de proteger a Chiara.

No tardó ni tres minutos en librarse de las ataduras de las manos. Aquel tipo tampoco se había esmerado demasiado. Meike se frotó las muñecas, que le habían quedado doloridas. La pesada puerta de hierro del cuarto de calderas se tragaba todos los ruidos, así que no podía oír lo que sucedía arriba, en la casa, ni tenía forma de saber si aquel tipo iba a regresar. La diminuta ventana de barrotes que había detrás del quemador era más un agujero de ventilación que una ventana. Hasta para una persona tan delgada como ella quedaba descartada como vía de huida.

Meike seguía perpleja por la cobardía del comportamiento de Wolfgang. A pesar de que había gritado y suplicado pidiendo ayuda, ¡él no había hecho más que volverle la espalda y marcharse cuando aquel tipo de la barba empezó a pegarle! Al darse cuenta de lo mucho que se había equivocado con él todos esos años, el dolor que sintió fue casi más insoportable que el provocado por todos los golpes que le había soltado aquel animal. Por primera vez desde que lo conocía, Meike vio la verdadera cara de Wolfgang Matern: no el amigo paternal, comprensivo y protector al que había idealizado a causa de su soledad, sino un gallina, un cobarde sin agallas, un miedica que a sus cuarenta y tantos años seguía viviendo con su papá y no tenía valor para hacerle frente. ¡Qué decepción tan enorme!

Se tocó la cara. La nariz había dejado de sangrarle. Recorrió el cuarto de calderas con la mirada en busca de algún objeto con el que poder protegerse del de la barba, pero por desgracia el espacio estaba recogido a la perfección, lo cual era mérito de Georg, el segundo marido de Hanna, que había sido un maniático del orden sin igual. Aparte de la caldera, allí dentro solo había un par de estantes en la pared. Una cuerda para tender la ropa enrollada, una bolsa con pinzas, dos rollos de bolsas de basura azules llenos de polvo, una pila de camisetas y ropa interior vieja que Georg había usado para limpiar zapatos o sacar brillo al coche. Nada que pudiera servir como arma. ¡Mierda!

El recuerdo de su padrastro número dos, no obstante, hizo pensar a Meike en la porra eléctrica. Se llevó la mano al trasero y gritó de alegría por dentro. ¡Sí!

¡Todavía la tenía en el bolsillo de los vaqueros! En el calor de la disputa, el amigo de Wolfgang se había olvidado de registrarla en busca de posibles armas. Seguro que ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera llevar alguna. Decidida a no entregarse a su suerte sin luchar primero, Meike tomó posición junto a la puerta. Ese tipo regresaría para matarla; su amenaza había sido muy clara.

No tuvo que esperar demasiado. Apenas unos minutos después, la llave giró raspando la cerradura y la puerta se abrió con un chirrido. Como un depredador, Meike se abalanzó sobre el hombre, aprovechó el efecto sorpresa y le descargó la porra eléctrica en el pecho. Una potencia de quinientos mil voltios le azotó el cuerpo, le anuló las piernas y lo lanzó contra la pared. Se desplomó en el suelo, mirándola fijamente como un corderito desorientado. Ella no tenía ni idea de cuánto duraría el efecto de la paralización, así que no dudó mucho. Dejarlo allí tirado sin más era demasiado humano; tenía que sufrir, y de verdad. Meike volvió a guardarse la porra eléctrica y se hizo con la cuerda de la ropa que había en uno de los estantes.

No fue fácil atar el cuerpo inerte con la cuerda de nailon. El tipo pesaba casi una tonelada, pero ella estaba furiosa y tenía la absoluta determinación de vengarse de él, así que sacó unas fuerzas que ni siquiera sospechaba poseer. Jadeando, hizo rodar de un lado a otro al hombre, que seguía sin poder moverse, hasta que lo tuvo atado como un paquete.

–Me parece que, si la de la guadaña viene hoy, va a encontrarse con otra víctima.

Meike se irguió y se apartó de la cara los mechones empapados en sudor. Vio el miedo que expresaban los ojos del hombre y sintió una satisfacción maliciosa. ¡Esperaba que ese cerdo experimentara el mismo terror que le había provocado a su madre cuando la había agredido y le había hecho semejantes atrocidades!

El hombre movió los dedos de una mano y masculló algo incomprensible.

Meike no pudo resistir la tentación de descargarle un segundo electrochoque, y esta vez buscó un lugar en el que le hiciera daño de verdad. Sin ninguna compasión, observó cómo ponía los ojos en blanco, y también cómo le caía la baba por la comisura de la boca mientras las convulsiones sacudían todo su cuerpo. Una mancha oscura se extendió por la parte delantera de sus vaqueros claros.

La chica contempló su obra con agrado.

–Bueno. Ahora me voy a Múnich. Aquí no te encontrará nadie. Cuando mi madre salga del hospital y baje por casualidad, de ti no quedará más que el esqueleto.

A modo de despedida, aún le dio una patada en el costado. Salió del cuartito y

cerró la puerta con llave. Tal vez le contara a la Policía lo que había encerrado en el cuarto de calderas. O tal vez no.

Oliver esperaba pacientemente. Tenía las manos unidas ante sí, sobre la mesa, y miraba a su interlocutor con una calma casi devota, sin decir nada. Bernd Prinzler se esforzaba mucho por parecer relajado, pero el inspector jefe notaba la tensión nerviosa de los músculos de su mandíbula y veía las gotas de sudor en su frente.

Aquel gigante aguerrido que no temía a la muerte ni al diablo, y menos aún a la Policía, estaba invadido por la inquietud. Jamás lo reconocería, pero bajo esas montañas de músculos y esa piel tatuada latía un corazón bondadoso.

–Hace años la saqué de la calle –dijo de repente–. Se prostituía para un chulo de medio pelo. Vi por casualidad que le estaba pegando una paliza y me metí en medio. Eso fue hace diecisiete años, ella no tenía ni treinta y ya estaba del todo acabada. –Se aclaró la garganta, tomó aire y se encogió de hombros–. Entonces no me podía ni imaginar por lo que estaba pasando. Simplemente me gustó.

Oliver se guardó mucho de interrumpirlo con preguntas.

–La saqué de allí, nos trasladamos al campo, nos casamos. Nuestro hijo pequeño solo tenía un año cuando ella intentó suicidarse. Saltó desde un puente y se rompió las dos piernas. Se la llevaron al manicomio, y allí conoció a Leonie. Leonie Verges. Hasta ese momento, ni siquiera mi mujer sabía qué era lo que le ocurría.

Guardó silencio y se debatió un momento consigo mismo antes de seguir hablando:

–Michaela sufrió abusos desde que era bebé, por parte de su viejo y de los perversos de sus amigos. Vivió un infierno de cojones. Para poder soportarlo, se dividió por dentro. Así que ya no era solo Michaela, sino que existían un montón de personalidades más, cada una con su nombre, aunque ella nunca tuvo ni idea. No soy capaz de explicarlo tan bien como una psicóloga, pero mi mujer fue otras personas durante muchos años, por eso había muchas cosas que no podía recordar.

Prinzler se rascó la barba, ensimismado.

–Hizo terapia con Leonie durante varios años, y lo que salió allí es más que espantoso. Uno no puede ni llegar a imaginar que haya gente capaz de hacerle algo así a una niña pequeña. Su viejo es un hombre poderoso, y sus amigos también. Auténticas personalidades sin tacha, la flor y nata de la sociedad. –Resopló con desprecio–. Pero en realidad solo son unos cabrones asquerosos y

repugnantes que abusan de niños. ¡Incluso de sus propios hijos! Cuando esos niños crecen, se deshacen de ellos. La mayoría acaban haciendo la calle, alcohólicos o drogadictos. Esos cerdos de mierda son muy hábiles, nunca les pierden la pista. Y, si les crean problemas, los envían al extranjero o se los cargan. A la mayoría nadie los echa de menos. Michaela siempre los ha llamado los «niños invisibles». Huérfanos, por ejemplo. A ellos nadie los reclama. Esa organización de follaniños es peor que la mafia. No hay nada que los asuste, y no hay forma de salir de ella. También la familia de Michaela intentó volver a echarle el guante, pero conmigo se toparon con la persona equivocada. Entonces se me ocurrió la idea de fingir que había muerto. Con un entierro y toda la pesca. Después de eso tuvimos tranquilidad.

Oliver, que había esperado una historia del todo diferente, escuchaba en silencio y con creciente perplejidad.

–Hace unos años –siguió contando Prinzler– apareció una chica muerta en el Meno. La prensa enseguida se hizo eco de ello. Michaela se enteró, no sé cómo, porque yo siempre he intentado ocultarle esa clase de cosas, que no le hacen ningún bien. Aun así, lo supo y se quedó hecha polvo. Estaba convencida de que detrás estaban los mismos tipos que habían abusado de ella. Pensamos mucho en cómo podíamos actuar. Michaela quería hacerlo público a toda costa. Yo pensé que era muy peligroso, joder, que esos tipos están por todas partes y tienen muchísima influencia. Si lo hacíamos, teníamos que presentar una historia completamente incuestionable: con pruebas, nombres, lugares, testigos y todo eso. Hablé de ello con mi abogado, y él me dijo que lo conseguiríamos.

–¿Se refiere a Kilian Rothemund? –preguntó el inspector jefe.

–Sí, exacto. –Prinzler asintió con la cabeza–. Pero Kilian cometió algún error y ellos lo aplastaron sin piedad. Todas esas pruebas de que él era un pederasta estaban falsificadas. No tuvo oportunidad de demostrar lo contrario. Le destrozaron la vida porque se volvió peligroso para ellos.

–¿Por qué no siguió usted adelante de todas formas? –se interesó Oliver–. ¿Qué pasó con las pruebas que tenía su mujer?

–¿En quién más podíamos confiar? –contestó Prinzler con otra pregunta–. Tenían gente en todas partes, incluso entre los polis. ¿Y quién se va a creer lo que digan un motero y una tía que se ha pasado media vida en un manicomio? No hicimos nada, desaparecimos del mapa. Sé muy bien de lo que es capaz la gente cuando tiene mucho que perder. Poco antes de que yo me retirara de mis negocios, hubo aquella redada en la que dispararon y mataron a un infiltrado de los suyos y a dos de nuestros chicos. Todo aquel asunto iba de lo mismo.

–¿De qué? –quiso saber Oliver.

Prinzler lo miró entornando los ojos.



–Sabe perfectamente qué relación hay. Su compañera me preguntó ayer por ello, por ese infiltrado y por cómo era que su propia gente lo había sacrificado.

Oliver no hizo ningún comentario al respecto; eso le habría supuesto tener que reconocer ante el detenido que no tenía ni idea de a qué se refería o de qué hacía su compañera. Por dentro empezó a sentir una rabia inmensa. ¿Cómo se le ocurría a Pia ocultarle resultados de la investigación? Intentó por todos los medios recordar la cronología del día anterior con exactitud. ¿Cuándo había ido Pia a ver a Prinzler a la prisión de Preungesheim? ¿Antes o después de hablar con él en su despacho y preguntarle por Erik Lessing? ¿Qué había descubierto? ¿Y cómo había llegado a ello, para empezar?

Para no quedar como un tonto delante de Prinzler, le pidió que continuara hablando.

–En cualquier caso –dijo este–, mi mujer, con la ayuda de Leonie, empezó a escribir su historia. Leonie decía que era bueno como terapia. Esa era la idea. Pero entonces apareció otra chica muerta en el río. Yo siempre había mantenido el contacto con Kilian. Junto con Leonie, decidimos que esta vez sí llegaríamos hasta el final, pero sin contar con los polis ni con la Fiscalía. Queríamos ir directos a la opinión pública. Pruebas teníamos de sobra, incluso declaraciones de gente de dentro que corroboraban lo que había sufrido mi mujer.

Bodenstein apenas podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Pia había acertado con sus sospechas: los tres casos estaban relacionados.

–Estuvimos discutiendo cuál era la mejor forma de actuar para que nadie nos desmontara los planes. En un momento determinado, Leonie nos habló de Hanna Herzmann y a mí se me ocurrió meterla en el ajo. Ella enseguida se entusiasmó y empezó a comprobar con Kilian los apuntes de Michaela, pero entonces...

Llamaron a la puerta de la sala de interrogatorios. Kai asomó la cabeza y le dio a entender por señas a Bodenstein que tenía algo importante que comunicarle. Este se disculpó, se levantó y salió al pasillo.

–Jefe, Kilian Rothemund se ha entregado –anunció Kai en cuanto se cerró la puerta–. Los compañeros ya lo traen para acá.

–Muy bien.

Oliver fue al dispensador de agua a llenarse el vaso. Kai lo siguió.

–Además, tengo información sobre Helmut Grasser. Vive en Falkenstein, en Reichenbachweg, 132 b.

–Pues envía a alguien allí y que lo traiga para interrogarlo.

–Un momento. –Kai le puso su teléfono móvil delante de las narices–. ¿Has visto estas fotos que ha enviado Pia?

–No. ¿Qué es eso? –El inspector jefe entornó los ojos. Sin gafas de lectura, solo distinguía manchas de colores en la pantalla.

–Dos niñas con camisetas de color rosa y la inscripción «Niños del Sol» – contestó el agente, agitado–. ¿Recuerdas los restos de tela del estómago de nuestra Ninfa? ¿Algodón rosa con unas letras blancas impresas encima? ¿Podría ser una de esas camisetas!

–¿Y de qué nos sirve eso ahora? –Bodenstein tenía la cabeza en otra parte. ¿Había cometido algún error en las investigaciones de los casos de la Ninfa y Hanna Herzmann? ¿Se le había pasado por alto algo importante? ¿Habrían tenido que llegar antes a la conclusión de que, tras la brutal agresión y el asesinato de la terapeuta, se escondía una red de pederastia? ¿De verdad era eso cierto?

–Resulta que Pia está ahora mismo en esa fiesta de Falkenstein. El octogésimo cumpleaños del fundador de la asociación Niños del Sol. Sospecha que esa organización benéfica podría tener algo que ver con nuestra Ninfa.

–Ajá... –Bodenstein se bebió el vaso de golpe y volvió a llenarlo. ¿Y si Prinzler mentía solo para apartarse él mismo y apartar la organización criminal a la que pertenecía de la línea de fuego? Lo que le había contado sonaba muy convincente, sí, pero también podía ser una solemne mentira.

–La dirección de la asociación Niños del Sol es Reichenbachweg, 134.

Ostermann lo miró lleno de expectación, pero en un primer momento su jefe no entendió adónde quería ir a parar.

–Helmut Grasser, el hombre al que vio el testigo la noche que Hanna Herzmann fue violada, tiene algo que ver con esa asociación –añadió Kai para darle una pista.

Antes de que el inspector jefe pudiera decir nada, un agente de uniforme salió del cuarto de guardia.

–Ah, aquí está usted –dijo–. Acabamos de recibir una llamada de aviso. Rotkehlchenweg, 14, en Langenhain. La dirección coincide con la de su caso, ¿no es así?

¡Lo que faltaba!

–¿Qué clase de aviso? –preguntó Bodenstein algo molesto. No le dejaban ni un segundo para al menos intentar poner en orden sus ideas.

–Allanamiento, agresión, lesiones. –El agente frunció el ceño–. Me ha sonado todo un poco confuso, pero la mujer que llamaba ha dicho que nos diéramos prisa, que había conseguido reducir al ladrón y lo tenía maniatado en el cuarto de calderas.

–Pues envíe a alguien a comprobarlo. –Bodenstein tiró el vaso a la papelera que había junto a la fuente–. Kai, ven conmigo al interrogatorio. Me parece que empiezo a entender qué relación hay en todo esto.

Ostermann asintió y lo siguió.

–¿Puedo marcharme ya? –preguntó Prinzler–. Se lo he contado todo.

–No, todo no –repuso el inspector jefe–. ¿Ha oído hablar alguna vez de la asociación Niños del Sol?

A Prinzler se le ensombreció el rostro.

–Sí, por supuesto. El viejo de mi mujer fundó ese tinglado –contestó. Su tono de voz se volvió sarcástico–. Qué idea más astuta, ¿verdad? Un suministro inagotable para pederastas pervertidos.

**P**ia sintió la vibración de su móvil y lo sacó del bolso.

Leyó el nombre de Bodenstein en la pantalla y contestó.

–¿Dónde estás? –le preguntó su jefe, que no sonaba precisamente contento.

–En la recepción del cumpleaños de Josef Finkbeiner –contestó ella bajando la voz–. Ya te había dicho que...

–Rothemund se ha entregado y Prinzler ha hablado –la interrumpió Oliver–. ¡El tal Finkbeiner es el padre de la mujer de Prinzler!

Pia se tapó el oído izquierdo para poder entenderlo, porque a su alrededor se había levantado un murmullo generalizado.

–... y está... cabeza... red de pederastia!... Hanna Herzmann quería..., pero... filtraciones... no te muevas de... envío... de refuerzo... yo mismo... nada...

–No te entiendo –dijo la inspectora–. ¿Oliver? No te...

–¡Tiene una pistola! ¡Cuidado! –gritó una mujer de pronto.

Casi en ese mismo instante estallaron dos disparos y Pia alzó la mirada, molesta.

–¿Qué ha sido eso? –le preguntó Oliver. Después no pudo entender nada más porque se produjo un tumulto.

Se oyeron dos disparos más. La gente saltó de las sillas y se lanzó al suelo entre gritos de histerismo, los cuatro guardaespaldas del presidente del land salieron de su letargo y se abrieron paso entre las personas que huían despavoridas y llevadas por el pánico.

–¡Joder, mierda! –Pia se quedó paralizada en esos primeros segundos de conmoción.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Un atentado contra el presidente del land? ¿Un loco homicida? Contuvo el reflejo de ponerse a cubierto, se incorporó y, perpleja, contempló cómo la delgada mujer de pelo oscuro con un vestido rosa que todo ese rato había estado de pie algo por detrás de ella con un ramo de flores en las manos se veía asaltada desde atrás por un hombre que la tiró al suelo.

La inspectora guardó el móvil en el bolso e intentó avanzar. Le vinieron a la

mente los desagradables recuerdos de la multitud aterrorizada del pabellón de Ehlhalten el año anterior. Algunas personas gritaban e intentaban agarrarla, pero ella se abrió paso por entre las sillas volcadas en dirección al atril.

–¡Un médico, un médico, deprisa! –gritaban varias voces a la vez.

La inspectora, temblando de la cabeza a los pies, se esforzó por obtener una imagen clara de aquel caos. En cuestión de segundos, una celebración apacible en un jardín con decoración festiva se había convertido en un campo de batalla. A su alrededor había personas conmocionadas que se abrazaban entre sollozos, los músicos de la banda de jazz se habían quedado helados en el escenario con los instrumentos en la mano, hombres, mujeres y niños gritaban asustados buscándose entre sí. Uno de los muertos permanecía sentado en su silla, con las piernas y los brazos cruzados, como si todavía estuviera escuchando un discurso, pero le faltaba la mitad de la cabeza; ¡una imagen terrorífica! El otro hombre había caído hacia un lado y debía de haberse desplomado justo encima del regazo de su vecino de asiento. ¡Cuánto horror! Pia miró a su alrededor con impotencia. El fiscal superior Markus Maria Frey estaba de pie en mitad de aquel revuelo, conmocionado y con la cara blanca. En la mano tenía una pistola, y a sus pies yacía la mujer morena del vestido rosa. Una señora de pelo blanco se había lanzado sobre un hombre que estaba tirado en el suelo; Pia no pudo distinguir si estaba herido o muerto. La mujer canosa gritaba como una loca mientras otra mujer más joven, de pelo oscuro, intentaba apartarla del hombre sin dejar de llorar. Pia localizó a Emma en la segunda fila. Su amiga estaba sentada, inmóvil y con los ojos abiertos por el horror. El vestido amarillo chillón, el rostro, los brazos y el pelo le habían quedado cubiertos de salpicaduras de sangre, y por un instante Pia temió que hubiese muerto. Junto a Emma había una niña que contemplaba con la mirada vacía los cadáveres que tenía sentados justo delante. Fue la mirada de esa pequeña lo que catapultó a la inspectora inmediatamente de vuelta a la realidad. Apartó a un lado una silla con decisión, agarró a Emma del brazo y la levantó, luego alcanzó a la niña y se las llevó enseguida de allí. Emma, aturdida, la siguió tropezando.

–¿Qué es lo que ha pasado? –preguntó Pia, que todavía sentía las rodillas flojas del sobresalto.

Dejó a la niña en el suelo con cuidado.

–La mujer... La mujer... –balbuceó Emma—. De repente... De pronto estaba ahí y... se ha puesto a disparar... Por todas partes... había sangre y... He visto cómo estallaba la cabeza del hombre que tenía delante como si..., como si fuera... una sandía. –Fue entonces cuando salió de su estado de conmoción y miró a su hija, que también tenía toda la espalda cubierta de sangre—. ¡Dios mío, Louisa! ¡Ay, Dios mío!

–Siéntate aquí. –Pia estaba preocupada. ¡Emma estaba en las últimas semanas del embarazo!–. ¿Dónde está tu marido?

–No..., no lo sé... –Su amiga se desplomó en una silla y estrechó a su hija entre sus brazos–. Estaba..., estaba sentado a mi lado y tenía a Louisa en el regazo...

A lo lejos se oyeron unas sirenas que se acercaban, un helicóptero apareció por encima de las copas de los árboles. Poco después, dos coches patrulla llegaron por el parque a toda velocidad.

Pia siempre se resistía a interrogar a los familiares de las víctimas cuando todavía se encontraban bajo la fuerte impresión de los acontecimientos, pero por experiencia sabía que era el mejor momento, ya que los recuerdos aún estaban frescos y eran veraces.

–¿Conocías a esa mujer? –se decidió a preguntar.

–No. –Emma sacudió la cabeza–. No la había visto nunca.

–¿Qué es lo que ha hecho?

–De repente... estaba ahí, como salida de la nada –añadió Emma con un temblor en la voz–. Se ha colocado delante de mi suegro y le ha dicho algo.

–¿Te acuerdas de qué le ha dicho? –Pia sacó su bloc de notas y rebuscó en el bolso para encontrar un bolígrafo. Para ella era un gesto rutinario y le transmitía cierta seguridad.

Emma se esforzó por recordar mientras acariciaba con movimientos mecánicos la espalda de su hija, que se había acurrucado contra ella y se chupaba el pulgar.

–Sí. –Alzó la cabeza y miró a su amiga–. «¿No te alegras de volver a ver a tu pequeña princesita?» Eso es exactamente lo que le ha dicho, y después... ha disparado. Primero a mi suegro y luego, enseguida, a los dos hombres que estaban sentados a su lado. Eran viejos amigos suyos.

–¿Sabes quiénes eran? ¿Cómo se llamaban?

–Sí. Hartmut Matern era el padrino de mi marido, el otro se llamaba Richard Mehring.

Pia asintió y anotó los nombres.

–¿Puedo subir a nuestra casa? –pidió Emma–. Tengo que cambiar de ropa a Louisa, y cambiarme yo también.

–Sí, por supuesto. Ya sé dónde encontrarte si tengo más preguntas.

El personal sanitario se llevó al suegro de Emma en camilla a una ambulancia que había aparcado a pocos metros de allí. La mujer canosa de antes se tapaba la boca con una mano sin dejar de llorar mientras dos mujeres jóvenes la atendían.

–¿Quién es esa? –quiso saber Pia.

–Renate, mi suegra. Y esas, mis cuñadas. Sarah y Corinna. Corinna es la jefa

de administración de Niños del Sol. –A Emma se le saltaron las lágrimas–. Qué desgracia. ¡Mi pobre suegra! Esperaba este día con tanta ilusión...

Las puertas de la ambulancia se cerraron, la luz azul del techo del vehículo empezó a destellar. Louisa se sacó el pulgar de la boca.

–¿Mamá?

–¿Sí, cielo?

–¿El lobo feroz ya está muerto? –preguntó la niña–. ¿Nunca más podrá hacerme nada?

Pia se encontró con la mirada de estupefacción de su amiga, y después vio en sus ojos una expresión de comprensión e incredulidad.

–No –le susurró Emma a la niña entre lágrimas, y la acunó en sus brazos–. El lobo feroz nunca volverá a hacerte nada. Te lo prometo.

**E**ncontró en su bolso su identificación de policía y regresó al lugar del horror. El fiscal superior Frey seguía allí de pie, petrificado, todavía con el arma en la mano. Tenía la camisa y los pantalones llenos de sangre y miraba como hipnotizado a la mujer que yacía a sus pies. Pia le tocó el brazo y el hombre salió de su aturdimiento.

–Inspectora Kirchhoff –susurró con voz ronca–. ¿Qué..., qué hace usted aquí?

–Acompáñeme –dijo Pia con vehemencia, y lo agarró del brazo.

Unos agentes uniformados irrumpieron en el jardín. La inspectora les enseñó su identificación y les dio la orden de acordonar temporalmente el jardín, el parque y la calle, y les indicó también que se encargaran de que no se colara ningún curioso, y menos aún algún listillo de la prensa. Además, pidió que le dieran un par de guantes de látex y una bolsa para pruebas, le quitó la pistola de la mano al fiscal con cuidado, extrajo el cargador y metió ambas cosas en la bolsita.

–¿Quién es la mujer? –preguntó Pia–. ¿La conoce?

–No, nunca la había visto. –El fiscal superior Frey sacudió la cabeza–. En ese momento yo estaba en el atril y la he visto llegar por el pasillo central con un ramo de flores. Y de pronto..., de pronto tenía una pistola en la mano y..., y... – Se quedó sin voz. Se pasó los diez dedos por el pelo y se quedó unos instantes con la cabeza gacha. Luego levantó la mirada–. Ha disparado a mi padre. –No sonaba verosímil, como si ni él mismo comprendiera aún lo que acababa de suceder–. Por unos segundos me he quedado paralizado. No... ¡No he podido impedir que disparase a dos personas más!

–Su padre no está muerto –lo tranquilizó la inspectora–, pero usted se ha

puesto en peligro de muerte al quitarle el arma a la mujer.

–No lo he pensado –murmuró Frey–. De repente estaba detrás de ella y le he agarrado el brazo con el que sostenía la pistola... No sé cómo, pero debo de haberle disparado. ¿Está..., está muerta?

–No lo sé.

Varios niños desconsolados buscaban a sus padres sin dejar de llorar. Llegaron más ambulancias y personal médico, más policías aún. El móvil de Pia sonaba y vibraba sin parar, pero ella no se daba cuenta.

–Tengo que encontrar a mi familia. –Markus Maria Frey se cuadró con decisión–. Tengo que buscar a mi mujer. Y mi madre también me necesita. Dios, lo ha visto todo. –Miró a Pia–. Gracias, señora Kirchhoff –dijo con voz temblorosa–. Si me necesita, me tendrá siempre a su disposición.

–Muy bien, pero primero ocúpese de su familia –repuso ella, y le apretó el brazo con compasión.

Lo siguió con la mirada, y no le envidió la labor que tenía por delante. Justo entonces oyó su móvil y contestó.

–Pia, maldita sea, ¿dónde estás? –le gritó Oliver al oído–. ¿Por qué no contestas al teléfono?

–Ha tenido lugar un tiroteo –respondió ella–. Por lo menos dos víctimas mortales y dos heridos graves.

–Ya vamos de camino. –Esta vez la voz del jefe sonaba algo más tranquila–. ¿Tú estás bien?

–Sí, sí, a mí no me ha pasado nada –le aseguró.

Se volvió y dio unos cuantos pasos por el parque. Desde lejos, aquella escena parecía tan irreal como un plató de cine. Se sentó en el borde de una fuente, sujetó el móvil entre el hombro y la oreja y rebuscó los cigarrillos en su bolso.

–Escucha –dijo Bodenstein–, Prinzler ha cantado. Hanna Herzmann estaba investigando sobre abusos sexuales a menores. La mujer de Prinzler fue víctima de abusos de pequeña a manos de su propio padre y quiso sacar a la luz toda la verdad después de ver lo de nuestra Ninfa por televisión. Leonie Verges fue su terapeuta durante muchos años. A través de ella, Rothmund y Prinzler se pusieron en contacto con Hanna Herzmann. De hecho, sin duda todo está relacionado, y el asunto se remonta incluso a mucho más atrás de lo que habíamos pensado. Tras ello se esconde una red de pederastia con ramificaciones internacionales, y Josef Finkbeiner desempeña el que sin duda es el papel central. Pero, si lo que dice Prinzler es cierto, también están involucrados un montón de personajes influyentes, capaces de matar a quien haga falta para impedir que los desenmascaren. ¡Pia, es probable que incluso el asesinato de aquel infiltrado en Frankfurt hace años tuviera que ver con esto!

Sus palabras resonaron en los oídos de la inspectora como si las hubiera gritado. Pia se colocó un cigarrillo entre los labios y accionó el mechero, pero los dedos le temblaban tanto que casi no lograba encenderlo.

–¿Pia? ¡Pia! ¿Sigues ahí?

–Sí, te oigo –repuso ella en voz baja.

Se quitó las sandalias de tacón y revolvió con los pies la grava que había calentado el sol. El agua de la fuente murmuraba, un mirlo pasó dando saltitos por delante de ella y luego levantó el vuelo con gran alboroto. Silencio. Paz. Y eso que veinte minutos antes, a menos de cien metros, dos personas habían sido brutalmente ejecutadas.

–Llegamos dentro de diez minutos –oyó que decía su jefe, después colgó.

Pia echó la cabeza hacia atrás y miró el azul intenso del cielo, por donde cruzaban pequeñas nubes blancas.

Se sintió desbordada al saber que, una vez más y aunque nada parecía indicarlo, había estado en lo cierto. La tensión de su interior se vino abajo y se echó a llorar.

Oliver había visto tantísimos escenarios de asesinatos y homicidios que en su fuero interno los clasificaba siguiendo un sistema personal. Aquel de allí pertenecía sin lugar a dudas a la peor categoría, la de cinco estrellas. Una mujer había ajusticiado a dos hombres y había herido a otro de gravedad ante la mirada de doscientos adultos y niños. Y podría haber sido peor todavía si alguien no hubiese reducido a la asesina y la hubiese desarmado aun a riesgo de perder la vida. El inspector jefe conocía al fiscal superior de Frankfurt, Markus Maria Frey, desde hacía muchos años y jamás lo habría creído capaz de una intervención tan temeraria. Sin embargo, en situaciones de peligro había personas que se crecían, sobre todo cuando su propia familia estaba amenazada. Durante el trayecto hasta Falkenstein, Christian Kröger le había informado del parentesco de Frey, y luego Pia le había relatado en pocas palabras lo ocurrido. Su compañera ya había superado la primera conmoción. Lo que tenía que hacer a continuación era ocuparse de su trabajo, y Pia era lo bastante profesional como para desempeñarlo a pesar de que tal vez no se encontrara mucho mejor que los demás invitados.

–¿Dónde estaba el presidente del land cuando se produjeron los disparos? – quiso saber Bodenstein.

–Por lo que yo sé, él, el jefe de distrito y el alcalde estaban sentados al otro lado del pasillo. Delante del todo, a la derecha, se sentaban Josef Finkbeiner y su



mujer, y a su lado los dos muertos. –Consultó un momento su bloc de notas–. Hartmut Matern y Richard Mehring, viejos amigos de Finkbeiner. En la fila siguiente estaba sentado el hijo de Finkbeiner, Florian, con su hija pequeña en el regazo, y a su lado su mujer, Emma, mi antigua compañera de clase, la que me había invitado.

–¿Hartmut Matern? –Oliver levantó las cejas.

–Sí, justamente... –Pia miró a su jefe–. Su hijo, Wolfgang, es amigo de Hanna Herzmann. ¿No te parece una extraña coincidencia?

–No, me temo que nada de esto es coincidencia –repuso Oliver–. Como te he dicho hace un momento por teléfono, por lo visto todo guarda relación. Espero que Rothemund nos lo confirme más tarde.

A Josef Finkbeiner ya se lo había llevado de allí la ambulancia con dos disparos, en el pecho y en el cuello. A los dos muertos, que seguían sentados en sus sillas, los habían tapado con mantas. Bodenstein había delegado la dirección de la operación en Cem Altunay, porque a él le parecía más urgente poder hablar con Rothemund. Llegó un forense, y poco después se presentó el grupo de apoyo psicológico que había solicitado Cem. Dos psicólogos se encargaron de los familiares de los Finkbeiner que habían ocupado los asientos de detrás de las dos víctimas mortales. Christian Kröger y su equipo ya habían empezado a recoger pruebas, reconocieron y fotografiaron el lugar de los hechos, y también ambos cadáveres. Algo más allá, un médico atendía a la autora de los hechos, que estaba inconsciente por el disparo que le había alcanzado en el vientre. Un hombre moreno vestido con traje claro estaba arrodillado junto a su cabeza. Lloraba y acariciaba la cara de la mujer.

–Por favor –le dijo el médico con disgusto–, déjenos hacer nuestro trabajo.

–Yo también soy médico –insistió el hombre–. Es mi hermana.

Oliver y Pia cruzaron una mirada de sorpresa.

–Acompáñenos. –El inspector jefe se inclinó sobre él y le puso una mano en el hombro–. Deje trabajar a los médicos de urgencias.

El hombre se puso de pie, tambaleante, y los siguió a Pia y a él hasta una mesa alta, aunque de mala gana. Contra su pecho apretaba un bolso de mano de mujer lleno de sangre.

–¿Puedo preguntarle quién es usted? –le dijo Bodenstein después de presentarse.

–Florian Finkbeiner –respondió el hombre con voz quebradiza.

–¿Es familia de...? –empezó a preguntar el inspector jefe.

–Sí, Josef Finkbeiner es mi padre. Nuestro padre. –De pronto se le saltaron las lágrimas–. Esa mujer... es mi hermana melliza, Michaela. Yo... hacía más de treinta años que no la veía, ¡desde que teníamos catorce! Creía que estaba

muerta. Eso... fue lo que nos contaron siempre mis padres. Yo... estuve mucho tiempo en el extranjero, pero el año pasado fui a visitar la tumba de Michaela. Hoy, al verla ahí, ha sido... un golpe muy duro. –Se quedó sin voz y empezó a sollozar.

Oliver lo comprendió todo. De repente, sus ideas se ordenaron y conformaron los fragmentos de un gran todo que cobró sentido.

La mujer que había matado a esos dos hombres y había herido a Josef Finkbeiner de gravedad era la esposa de Bernd Prinzler, víctima de abusos sexuales a manos de su padre desde pequeña, torturada y finalmente empujada a la prostitución. Prinzler había dicho la verdad.

–¿Por qué ha disparado su hermana a su padre? ¿Y por qué a los otros dos hombres? –quiso saber Pia.

Tal como había supuesto Bodenstein, el hombre no tenía ni la menor sospecha del calvario que había vivido su hermana melliza.

–¡Eso no es cierto! –susurró horrorizado cuando el inspector jefe lo confrontó con esa información–. Mi hermana siempre fue problemática, sí, es verdad. A menudo se escapaba de casa, consumía alcohol y se drogaba. Mis padres me explicaron, además, que durante años estuvo en un psiquiátrico, pero tampoco yo fui nunca feliz. Para unos niños no es fácil ver que tus propios padres se preocupan más de los hijos de unos desconocidos que de los suyos. Aun así, mi padre jamás... ¡Jamás habría tocado a mi hermana! ¡Siempre la quiso, por encima de todas las cosas!

–Me temo que se está engañando –intervino Pia–. Su hija pequeña, justo cuando metían a su padre en la ambulancia, le ha preguntado a su mujer si el lobo feroz estaba muerto y ya nunca podría volver a hacerle nada.

Florian Finkbeiner palideció un poco más, si es que eso era posible. Sacudió la cabeza con incredulidad.

–¿Recuerda la sospecha de la doctora del hospital de que su hija podría haber sido víctima de abusos? –preguntó Pia–. Emma temía que usted pudiera haberle hecho algo a la niña. Pero no fue usted. Fue su padre.

Florian se la quedó mirando. Le costaba tragar, sus manos seguían aferrando con fuerza el bolso de mano de su hermana.

–Michaela también le tenía miedo al lobo feroz de pequeña. Nunca lo entendí como un grito de socorro. Pensaba que estaba un poco loca –susurró con voz ronca–. Y encima fue idea mía que mi mujer y Louisa se vinieran a vivir aquí hasta que naciera el bebé. No me lo perdonaré en la vida.

–Por favor, ¿le importaría darnos ese bolso? –pidió Pia, y Finkbeiner se lo alcanzó.

El fiscal superior Frey caminaba en dirección a ellos acompañado de una

mujer morena. A la mujer la entretuvo alguien de camino, pero Frey se acercó a la mesa donde estaban. Quiso ponerle un brazo sobre los hombros a Florian Finkbeiner, pero este lo rechazó.

–Seguro que vosotros sabíais que Michaela estaba viva –le echó en cara a su hermano adoptivo–. ¡Vosotros tres siempre lo sabéis todo, Ralf y Corinna y tú!

–¡No! No teníamos ni idea –aseguró el fiscal–. Pero si incluso asistimos a su entierro... Yo también estoy conmocionado.

–No me creo ni una palabra –le espetó Finkbeiner con odio en la voz–. Siempre habéis jugado a ser niñitos buenos con mis padres, ¡les habéis lamido el culo solo para aventajarnos a Michaela y a mí! ¡Jamás tuvimos una oportunidad frente a vosotros, panda de arrastrados! ¡Y ahora, encima, le has disparado a mi hermana! ¡Espero que algún día te pudras en el infierno por esto!

Escupió a los pies de Frey y se marchó. El fiscal suspiró, y en sus ojos se vieron relucir las lágrimas.

–No puedo tomárselo a mal a Florian –dijo en voz baja–. Para todos ha sido un duro golpe, pero para él debe de resultar especialmente horrible. Es cierto que antes siempre tenía que ser muy considerado con nosotros.

A Oliver le sonó el móvil. Era Kai Ostermann, que informaba de que en el sótano de la casa de Hanna Herzmann, en efecto, habían encontrado a un hombre.

–No te lo vas a creer, jefe –dijo Ostermann–. El tipo se llama Helmut Grasser. Lo hemos traído con nosotros, no ha querido ir al hospital.

Bodenstein se volvió hacia otro lado y le dio un par de indicaciones al inspector.

–Pia, nos vamos ya –anunció entonces–. Tenemos a Grasser.

–¿A quién? –preguntó Frey, y Bodenstein, que en un primer momento iba a pasar la pregunta por alto, recordó que era el fiscal responsable en sus tres casos.

–Un hombre que se llama Helmut Grasser –informó, por tanto–. Un testigo lo vio la noche en que Hanna Herzmann fue agredida, no muy lejos del lugar donde la encontraron al día siguiente. De hecho, seguro que usted lo conoce, porque vive en esta propiedad, ¿no es así?

Se percató entonces de la mirada de Pia, que pasó del desconcierto a la contrariedad. Enseguida le reprocharía que no la hubiese informado; pero, al margen de que no había tenido tiempo de hacerlo, también su compañera le ocultaba secretos a él.

–Conozco a Helmut desde hace una eternidad –corroboró Frey–. Es el conserje de aquí, y también chico para todo. ¿Es que sospechan de él?

–Hasta que se demuestre lo contrario, sí. –Bodenstein hizo un gesto afirmativo–. Ahora hablaremos con él, y después ya veremos.

–Quiero estar presente en el interrogatorio –dijo Frey.

–¿De verdad quiere hacer ese esfuerzo? Hoy tal vez debería...

–No, no es ningún problema –lo interrumpió el fiscal superior–. De todas formas, aquí ya no puedo hacer nada más. Si me lo permiten, me cambiaré de ropa en un momento y después me acercaré a Hofheim.

–Desde luego.

–Entonces, nos vemos dentro de un rato.

Pia y Oliver lo vieron desaparecer cruzando el parque mientras llamaba por teléfono.

–Hace nada estaba hundido en la conmoción y de pronto vuelve a mostrarse frío como el hielo –señaló la inspectora, algo extrañada.

–Quizá intenta evadirse a través de la rutina –aventuró Oliver.

–Y a la señora Prinzler yo tampoco la he reconocido al principio. Estaba muy cambiada. Todo ha sucedido tan deprisa...

–Venga, nos vamos. Primero va Rothemund. Tengo mucha curiosidad por saber qué nos cuenta.

**K**ai Ostermann había hecho llevar a Helmut Grasser y a Kilian Rothemund respectivamente a las Salas de Interrogatorios 2 y 3 de la planta baja del edificio de la comisaría, pero los pasos de Bodenstein se dirigieron primero a la Sala 1, donde todavía esperaba Bernd Prinzler. Sin decir nada y con un rostro pétreo, escuchó el relato de los inspectores sobre lo ocurrido en Falkenstein. Aunque algo lo perturbara por dentro, el hombre tenía un control tal sobre sus emociones que no dejó entrever ni su ira ni su preocupación.

–Esto no habría pasado si no me hubieran tenido aquí retenido –le reprochó a Oliver–. ¡Hijos de puta!

–No es cierto –repuso el inspector jefe–. Si nos hubiese dicho desde un primer momento de qué trataba toda esta historia, hace tiempo que habría podido usted regresar a casa. ¿Por qué ha hecho eso su mujer? ¿De dónde ha sacado el arma?

–No tengo ni idea –gruñó Prinzler con rabia mientras apretaba las manos en puños cerrados–. ¿Me van a soltar ya de una vez?

–Sí, puede marcharse. –Oliver asintió–. Por cierto, a su mujer la han llevado al hospital de Bad Soden. Si quiere, pido que lo acompañen hasta allí.

–Gracias, pero no hará falta. –Prinzler se levantó–. Los polis ya me han paseado en coche suficientes veces a lo largo de mi vida.

Abandonó la sala y los agentes de uniforme presentes lo acompañaron hasta la salida del edificio. Oliver y Pia lo siguieron. Ante la puerta de la sala de

interrogatorios esperaba la comisaria jefe Nicola Engel.

–¿Por qué dejan que se vaya? –preguntó–. ¿Qué ha ocurrido en Falkenstein?

–Nos lo ha explicado todo, y tiene un domicilio estable –contestó Oliver.

Antes de que pudiera seguir hablando, Pia lo interrumpió. No se le iba de la cabeza lo que les había contado Behnke sobre la participación de Nicola Engel en el asunto de Erik Lessing, y en ese instante constató que sentía una profunda desconfianza hacia su jefa. Si, en efecto, existía una relación entre el pasado y los casos que tenían entre manos, entonces era mejor informarse antes de todos los detalles.

–¿Primero Rothemund y luego Grasser? –preguntó Pia, por tanto, a su jefe.

–Sí, primero Rothemund –confirmó Bodenstein.

A la comisaria jefe le sonó el móvil y se apartó unos metros para contestar la llamada. Pia se devanó los sesos para encontrar una forma de deshacerse de ella y que así no pudiera seguir el interrogatorio de Rothemund a través de un altavoz desde el otro lado del cristal de visión unilateral. No había tiempo para explicaciones minuciosas, de modo que tendría que confiar en que Oliver no hiciera preguntas.

–Preferiría interrogar a Rothemund en tu despacho –le propuso a Oliver.

–Buena idea –coincidió él, para alivio de la inspectora–. Esa luz fluorescente me da dolor de cabeza al cabo de media hora. Pide que lo suban, yo tengo que ir un momento al baño.

–Ah, Oliver. –Pia vio que la comisaria había terminado de hablar por teléfono–. Me gustaría que pudiéramos estar con Rothemund los dos solos, sin la jefa. ¿Te encargas tú?

Advirtió la expresión interrogante de su mirada, pero Bodenstein asintió.

–El fiscal superior Frey está aquí –informó Nicola Engel–. ¿Cómo procedemos ahora?

–A Kirchhoff y a mí nos gustaría hablar primero a solas con Rothemund y Grasser –repuso Bodenstein–. Frey puede sumarse más tarde.

Pia le lanzó una mirada muy vehemente, y luego fue a la Sala de Interrogatorios 3 para pedir que subieran a Kilian Rothemund a la primera planta.

–A mí también me gustaría estar presente –oyó que decía Nicola Engel. Pia no logró entender la respuesta de Oliver, pero esperó que su jefe se mostrase firme.

Cuando regresó, la comisaria jefe había desaparecido, pero el fiscal superior Frey, en cambio, llegaba por el pasillo. Se había puesto un traje gris claro, camisa blanca y corbata, el pelo aún lo llevaba húmedo y todo peinado hacia atrás. Por fuera parecía tan dueño de sí mismo y relajado como siempre, pero su mirada, que solía ser tan clara, estaba empañada por el dolor.

–Hola, señor Frey –lo saludó la inspectora–. ¿Cómo se encuentra?

–Inspectora Kirchhoff... –Le tendió la mano. Un esbozo de sonrisa le hizo temblar los labios–. Lo contrario de bien. Me parece que todavía no he acabado de asumir lo que ha sucedido, ni cómo ha podido ocurrir algo así.

De no haber visto Pia con sus propios ojos en qué estado se encontraba el hombre apenas dos horas atrás, jamás habría creído posible que hubiese vivido algo tan terrible. La profesionalidad del fiscal le imponía muchísimo respeto.

–Quisiera darle las gracias una vez más –añadió el hombre–. Su actuación ha sido de veras sobresaliente.

–Ni lo mencione siquiera. –Pia se preguntó por qué siempre lo había tenido por un burócrata engreído y nunca le había caído bien.

Oliver salió del servicio de caballeros. En ese mismo instante, algo más allá, se abrió tras ellos la puerta de una sala de interrogatorios. Un agente llevó a Kilian Rothemund, que iba esposado, hacia la escalera trasera para subir a la primera planta. Frey lo siguió con la mirada, y Pia se dio cuenta de que su rostro cambiaba de expresión durante una fracción de segundo. Su cuerpo se tensó, alzó la barbilla.

–Pero... ese no es Helmut Grasser –constató.

–No –repuso Bodenstein–. Es Kilian Rothemund. Se ha entregado hoy. Mi compañera y yo vamos a hablar primero con él, y después con Grasser.

Markus Maria Frey no apartó los ojos del hombre con quien un día le uniera una estrecha amistad y al que, aun así, había enviado a pasar años en la cárcel. Asintió con la cabeza.

–Quisiera estar presente en el interrogatorio –dijo.

–No. La inspectora Kirchhoff y yo hablaremos primero a solas con él –anunció Bodenstein con firmeza–. Puede aguardar en la sala de espera hasta que acabemos.

El fiscal superior no estaba acostumbrado a que le denegaran una petición. Su descontento ante aquella negativa quedó patente. Frunció el ceño y abrió la boca para protestar, pero entonces lo pensó mejor y se encogió de hombros.

–Está bien –dijo–. Iré a tomar un café mientras tanto. Nos vemos después.

**E**mma y Florian estaban sentados en la sala de espera vacía que había frente a la unidad de cirugía del hospital de Bad Soden, donde aguardaban dados de la mano. Louisa se había quedado dormida en el regazo de su padre. Hacía más de una hora que Michaela estaba en el quirófano. La bala le había entrado en el cuerpo por debajo del pecho y, siguiendo una trayectoria descendente, le había

atravesado el hígado y el intestino hasta quedar alojada en el hueso ilíaco. A Josef se lo habían llevado en helicóptero al Hospital Universitario de Frankfurt, y Emma se alegraba de ello, porque la sola idea de encontrarse bajo el mismo techo que ese cerdo repugnante que había abusado de su hija le habría resultado insoportable. Miró a Florian de reojo. Para él, todo aquello debía de ser mucho peor aún.

Siempre había tenido una relación difícil con su padre, se había sentido rechazado, no querido. Por algo había elegido una profesión que lo llevaba a trabajar tan lejos de su hogar. Tener que aceptar de pronto que su propio padre era un pederasta, un pedófilo que había abusado de su hija, debía de ser espantoso. Florian, trabándose de vez en cuando, le había hablado de Michaela, de cuánto le había envidiado el amor que le prodigaba su padre y su estrecha amistad con Nicky, a quien de niño él había querido y odiado por igual. Nicky había llegado a la familia Finkbeiner a la edad de ocho años, después de que varias familias de acogida se hubiesen rendido y lo hubiesen devuelto al orfanato. Ya de pequeño había sido un genio de la manipulación, muy inteligente, con tendencias ambiciosas y narcisistas. Florian se alegró de tener por fin un compañero de juegos de su misma edad, pero Nicky siempre había preferido a Michaela y la había acaparado.

Desde que tenía memoria, su hermana había sido una niña extraña, mentirosa y agresiva, pero Florian idolatraba a su melliza, que solo era diez minutos menor que él. Por eso le había resultado tanto más doloroso ver que la perdía a manos de Nicky como única aliada dentro de la familia. Sus padres les perdonaban a Nicky y a Michaela todo aquello por lo que a él le reñían y lo castigaban; ellos podían permitirse cualquier cosa. Ambos empezaron a fumar a los diez años. Con once, Michaela se escapó de casa por primera vez, con trece fumaba porros, con catorce se inyectaba heroína. Y luego desapareció, primero fue a un reformatorio, luego la internaron en un psiquiátrico. Nicky, por el contrario, logró superarlo, se convirtió en un alumno brillante y sacó el mejor bachillerato de todo el instituto. Jamás volvió a hablar de Michaela; en lugar de eso, afianzó su amistad con Corinna, que había sido la hermana preferida de Florian después de su melliza.

Los recuerdos que conservaba de Michaela eran de todo menos felices, y Emma, al conocer por fin el trasfondo de su historia, comprendió por qué jamás le había hablado de ella. Alguien levantó la voz fuera, en el pasillo. Al oír el nombre de «Michaela Prinzler», Florian y Emma aguzaron los oídos. Un hombre entró en la sala de espera. Era tan grande que ocupaba casi todo el hueco de la puerta, llevaba los brazos completamente tatuados y su aspecto era aterrador.

–¿Eres tú el hermano de Michaela? –le preguntó a Florian con una voz ronca

muy peculiar.

–Sí, soy yo –respondió Florian–. ¿Y usted quién es?

–Soy su marido. Bernd Prinzler.

Emma se quedó sin habla mirando al gigante tatuado.

Prinzler tomó asiento en una de las sillas de plástico de enfrente y se frotó la cara con ambas manos. Después apoyó los codos en las rodillas y miró a Florian con insistencia.

–¿Qué ha ocurrido? –quiso saber.

Florian carraspeó y se lo explicó todo al desconocido.

–Pensaba que mi hermana había muerto hacía años –dijo al terminar su relato–. Es lo que me contaron mis padres.

–Y eso era lo que debían creer –repuso Prinzler–. En su momento, fingimos el entierro de Michaela para que esos monstruos dejaran de perseguirla.

–¿Quiénes? –preguntó Florian, molesto.

–Tu viejo y sus amigotes pederastas. Son una mafia. Cuando alguien acaba en sus garras, no le quitan el ojo de encima nunca más. Conocen cada paso que da cualquiera de las chicas, y están mucho mejor organizados que un servicio secreto.

–¿Qué..., qué quiere decir eso? –quiso saber Florian.

Emma hubiese preferido no enterarse de nada, pero Bernd Prinzler les habló con una franqueza brutal de la estructura y los medios con los que actuaba la red de pederastas. Los detalles eran tan repugnantes que resultaban insoportables.

Emma se estremeció. ¿Conseguirían olvidar algún día esa horrible pesadilla, llegaría a perdonarles Louisa todo lo que había tenido que sufrir? ¿Cómo no se había dado cuenta ella de todo mucho antes? ¿Habría podido notarlo, saberlo de alguna forma? Trató de recordar cómo se comportaba su suegro con la niña, intentó encontrar alguna excusa, una prueba de que no era él quien había tocado a su hija. Si en realidad siempre había sido muy amable con ella...

Un médico con uniforme azul de quirófano apareció en la sala de espera. Prinzler y Florian se pusieron de pie al instante.

–¿Qué le ha pasado a mi mujer? –quiso saber Prinzler.

–¿Cómo se encuentra mi hermana? –preguntó Florian al mismo tiempo.

El médico los miró a uno y a otro por turnos.

–Ha superado bien el quirófano, y ahora mismo está estable –informó al fin. Casi se torció el cuello intentando mirar a Prinzler a la cara–. La hemos llevado a la unidad de cuidados intensivos para que esté en observación, pero hemos podido extraer la bala y reparar los daños del intestino.

Justo entonces, un dolor desgarrador atravesó las entrañas de Emma. Sobresaltada, intentó tomar aire, pero en ese mismo instante rompió aguas y el



líquido amniótico le mojó la ropa interior.

–Florian –dijo en voz baja–. Me parece que ya viene el niño.

–**P**ero ¿qué le ha pasado? –preguntó Pia, espantada, cuando Kilian Rothemund se volvió hacia ella.

Su rostro, que la inspectora recordaba apuesto y llamativo de las fotografías de la orden de búsqueda, estaba todo hinchado. La mitad izquierda era un único hematoma violeta chillón que le llegaba hasta el ojo, parecía que tenía la nariz rota y su brazo derecho daba la sensación de haber salido de una máquina de picar carne. Kilian Rothemund tenía que ir urgentemente al hospital.

–Anteayer, cuando iba a tomar el tren en Ámsterdam, ya me estaban esperando –respondió.

–¿Quiénes?

Pia se sentó frente a él al otro lado de la mesa de reuniones del despacho de Oliver. El inspector jefe le hizo una señal al hombre para que esperara antes de responder. Puso en marcha la grabadora, la dejó en la mesa y enunció en voz alta la información básica del caso.

–Los que me detuvieron no eran de la Policía holandesa –dijo Rothemund para que quedara grabado, y torció el gesto con una mueca–. Como tampoco son policías los que me torturaron anoche y esta mañana me han tirado de un coche en marcha. Han sido los sicarios de esa mafia de pederastas para la que represento un peligro. Me obligaron a ver una grabación de vídeo en la que violaban a Hanna Herzmann y me amenazaron diciendo que a mi hija le pasaría lo mismo si no les decía adónde había enviado la información que acababa de recibir de dos hombres de dentro.

–¿Y se lo dijo? –preguntó Bodenstein.

–No. –Rothemund se frotó con cuidado el mentón sin afeitar–. Tuve el aplomo suficiente para impedir que ese material llegara a sus manos. Como sabía que Hanna está en el hospital, les dije que había enviado el paquete con las grabaciones a su casa.

–Muy inteligente por su parte –opinó Pia–. De hecho, había alguien esperando el correo en casa de la señora Herzmann. Por desgracia, también su hija, Meike, estaba allí cuando el hombre llegó.

–¡Dios mío! –exclamó Rothemund, preocupado.

–Meike consiguió reducirlo y encerrarlo en el sótano. Ahora lo tenemos aquí. Kilian respiró más tranquilo.

–¿Quién era? ¿Helmut Grasser? –quiso saber.

–Sí, exacto. ¿De qué lo conoce?

–Es el hombre de Finkbeiner que hace el trabajo sucio. Él mismo fue uno de los Niños del Sol, y es un enfermo mental.

–¿Dónde está ahora su hija? ¿Se encuentra a salvo? –preguntó Pia.

–Sí. Mi exmujer la ha llamado por teléfono. Ha llegado a casa justo cuando la Policía se ha presentado para recogerme a mí. –Rothemund asintió–. He podido hablar un momento con ella y me ha prometido que no saldría a la calle.

–Le pondremos protección policial –aseguró la inspectora.

Oliver carraspeó.

–Vayamos por orden –dijo–. Bernd Prinzler ya nos ha contado algunas cosas y estamos al corriente de la historia vital de su mujer. Hoy, en la fiesta de cumpleaños de Josef Finkbeiner, Michaela se ha presentado y ha matado a tiros a dos hombres, además de herir a su padre de gravedad.

–¡Dios santo! –exclamó Rothemund, perplejo. Se veía que la noticia lo había afectado mucho y que intentaba mantener la calma–. ¿A quién ha matado?

–A Hartmut Matern y a Richard Mehring, antiguo juez supremo del Tribunal Constitucional Federal.

–Los dos pertenecen a la cúpula de la red de pederastas –confirmó Kilian Rothemund–. Son quienes manejan los hilos junto con otros tres hombres. Así ha sido desde hace más de cuarenta años. Todo este tiempo han estado cometiendo sus abusos sin que nadie los moleste. Tengo una larga lista de nombres, y también toda clase de pruebas de que la lista es auténtica. Michaela Prinzler me describió en detalle su martirio de años y lo pusimos todo por escrito. La señora Herzmann y yo, estas últimas semanas, hemos podido reunir muchas pruebas y declaraciones de antiguas víctimas y cómplices que corroboran la versión de Michaela. En los últimos años me he ocupado del tema de manera intensa, como pueden suponer.

Por muy desfigurada que estuviera su cara, esos ojos de un azul claro extraordinario desprendían una intensidad y una inteligencia tales que a Pia no le resultaba fácil mirarlos fijamente. Todo el rato tenía que obligarse a no apartar la mirada.

–Cuando Bernd Prinzler se dirigió a mí hace nueve años con la petición de que ayudara a su mujer, el caso me atrapó –siguió explicando Rothemund tras una breve pausa–, pero subestimé la determinación y la peligrosidad de esa gente. Acabaron conmigo. Lo perdí todo: a mi familia, mi reputación, mi trabajo. Fui a la cárcel, y ahora tengo antecedentes por abuso a menores y posesión de fotografías y grabaciones de pornografía infantil que encontraron en todos mis ordenadores. Aquello fue una trampa colocada con astucia y en la que yo caí a ciegas.

–¿Cómo pudo ocurrir? –preguntó Pia.

–Pequé de ingenuidad. –Sonrió un poco, pero su sonrisa se desvaneció enseguida–. Confié en las personas equivocadas, me sentía seguro. Me echaron eso que llaman droga de las violaciones en una bebida. Veinticuatro horas después, me desperté en mi coche y no recordaba nada de lo ocurrido. Mientras estaba inconsciente me habían desvestido, me habían tumbado en una cama junto a niños desnudos y me habían hecho fotografías. Se trata de un método habitual para tener bajo control a las personas incómodas. Sé de dos trabajadores de la Oficina de Protección de Menores a quienes les ocurrió lo mismo; también de un profesor que sospechaba que estaban abusando de un alumno suyo y quería denunciarlo, y por lo menos de tres hombres más. No tienes la menor posibilidad, porque esa gente tiene contactos en los ministerios, en el mundo de las finanzas, de la política, incluso en la Policía. Todos se encubren entre sí, y no solo en Alemania. Se trata de un negocio internacional que mueve muchísimo dinero.

Ensimismado, se miró las heridas de la mano derecha, la volvió un poco hacia uno y otro lado.

–Hace unas semanas, cuando encontraron a la chica muerta en el río, Michaela quiso hablar de una vez por todas. Bernd me llamó, y yo enseguida le confirmé que me apuntaba. Ya no tenía nada que perder, pero tal vez sí encontraría una posibilidad de recuperar mi buen nombre si lográbamos demostrarlo todo y sacarlo a la luz pública. A través de la terapeuta de Michaela, Leonie, nos pusimos en contacto con Hanna Herzmann. Ella se entusiasmó con la perspectiva de sacar un tema tan explosivo en su programa, pero, a pesar de que se lo advertimos, por lo visto también subestimó el peligro que representa esa gente. Igual que yo. Se lo contó todo a su viejo amigo de juventud Wolfgang Matern, que es directivo de la cadena para la cual producen el programa. –Rothemund soltó un suspiro–. Hanna no tenía ni idea de que el padre de Wolfgang Matern, Hartmut, estaba implicado en el caso. Yo, desde luego, era consciente de que la cadena le pertenecía a él, así que excluí su nombre de la lista a propósito para no crearle a Hanna un conflicto de intereses. Además, al principio no estaba seguro de cuánto podíamos confiar en ella. Por desgracia, en ese momento yo aún no sabía que Wolfgang Matern era amigo suyo, ni que ella pensaba contárselo todo con tanto detalle.

–¿Insinúa que fue Wolfgang Matern quien agredió a Hanna Herzmann? –preguntó Pia, interrumpiéndolo.

–No, seguro que no fue él en persona. Creo que fue Helmut Grasser quien lo hizo. Y también quien mató a Leonie. A una mujer, al fin y al cabo, no se la puede amedrentar con fotos o filmaciones comprometedoras. Con las mujeres,

esos criminales actúan de forma diferente a como lo hacen con los hombres.

Pia se acordó del coche con matrícula del Alto Taunus que el vecino de Leonie Verges había visto varias veces cerca de su casa. Estaba registrado a nombre de la asociación Niños del Sol.

–Esos Niños del Sol –dijo Oliver justo entonces–, ¿hacen en realidad algo por ayudar a madres e hijos, o es únicamente una tapadera?

–Oh, no, hacen muchísimas cosas –contestó Kilian Rothemund–. De hecho, su labor es magnífica. Promueven la educación de madres jóvenes, dan becas para niños y chavales. Pero también tienen a niños que no existen en ningún documento oficial. Hay madres adolescentes que desaparecen enseguida tras el parto y que dejan allí a sus hijos porque creen que los atenderán como es debido. A Finkbeiner también le gusta acoger a huérfanos de Extremo Oriente o Europa del Este. Aquí jamás llegan a registrarlos, así no existen y nadie los echa de menos. Son el suministro para los pederastas. Michaela estaba al corriente de todo, a esos pobres los llamaba los «niños invisibles». Lo que hacían con ellos es del todo inimaginable. Cuando ya eran demasiado mayores y, por tanto, perdían atractivo para los pedófilos, los entregaban a proxenetas o se deshacían de ellos y punto.

A Pia le vinieron a la mente los dos retratos robot que habían elaborado con la ayuda de la testigo de Höchst. Se disculpó un momento, fue a su despacho y regresó poco después con las impresiones.

–¿Conoce a estas dos personas? –le preguntó a Kilian Rothemund.

Al él le bastó con un vistazo rápido.

–El hombre es Helmut Grasser –dijo–, y la mujer es Corinna Wiesner, también hija adoptiva de Finkbeiner, igual que su marido, Ralf Wiesner, el director empresarial del *holding* Finkbeiner. Corinna y él deben de ser los soldados más devotos del ejército negro de Finkbeiner. Oficialmente ella es jefa de administración de los Niños del Sol, pero en realidad es la jefa de la policía secreta de la red. Está al tanto de todo, es una mujer fría y no tiene escrúpulos.

**H**elmut Grasser estuvo un cuarto de hora hablando por los codos en la sala de interrogatorios. Agradecido de haber encontrado al fin un público cautivo, les relató su propia niñez triste y sin amor en diferentes familias de acogida y hogares infantiles; les describió a su madre, una enferma mental que lo había rechazado por ser el fruto indeseado de una violación y que no tenía más que dieciséis años recién cumplidos cuando nació él. Protección de Menores acabó por enviárselo a los Finkbeiner, y allí conoció por primera vez en su vida algo

parecido al afecto y la atención, pero de todos modos siempre fue un niño de segunda clase. Como él sí tenía una madre, los Finkbeiner no habían podido adoptarlo ni quedárselo en acogida; había crecido en el hogar infantil de la asociación Niños del Sol y lo había dado todo por recibir el reconocimiento de aquellos a quienes tanto le hubiese gustado pertenecer. Sin embargo, los hijos Finkbeiner, que eran más jóvenes que él, lo miraban por encima del hombro, se aprovechaban sin ninguna vergüenza del esfuerzo que hacía por complacerlos y se burlaban de él. Grasser no estaba casado y vivía con su madre en una de las casas del complejo de los Finkbeiner, puerta con puerta con las personas a quienes veneraba desde hacía treinta años y que se dedicaban a instrumentalizar su devoción, como habían hecho siempre, en su propio beneficio.

–De acuerdo –lo interrumpió Oliver al final–. ¿Qué ocurrió con Hanna Herzmann y con Leonie Verges?

–A esa Herzmann solo tenía que asustarla para que dejara de husmear –reconoció Grasser–. La cosa se me fue un poco de las manos.

–¿Que se le fue un poco de las manos? –Oliver levantó la voz–. ¡Torturó brutalmente a esa mujer y estuvo a punto de matarla! ¡Luego la encerró en un maletero, y con ello dio por hecho que estaba muerta!

–Solo hice lo que me habían ordenado –se justificó el hombre, y en sus ojos oscuros apareció un asomo de autocompasión. Siguiendo su propia lógica, él no se veía como verdugo, sino como víctima–. ¡No tenía otra opción!

–Siempre se tiene otra opción –lo contradijo el inspector jefe–. ¿Quién le pidió que hiciera algo así?

Grasser era lo bastante inteligente para detestar su servidumbre y las humillaciones constantes que sufría, pero carecía de la fuerza de voluntad necesaria para liberarse de todo ello. Justificaba sus acciones ante sí mismo diciéndose que solo obedecía las órdenes de otros, y así se vengaba sin compasión con los más débiles por una vida entera de orgullo herido.

–¿Quién le ordenó que lo hiciera? –repitió Oliver.

Grasser comprendió que mentir no le serviría de nada. Aprovechó la ocasión para hacérselo pagar a sus opresores de una vez por todas.

–Corinna Wiesner. Ella es mi jefa directa. Obedezco sus órdenes y no hago preguntas.

El teléfono de Pia empezó a sonar. Ella lanzó una rauda mirada a la pantalla; era el número de Hans Georg, el granjero que siempre le prensaba el heno. Debía de llamar para decirle que ya había cortado la hierba. Podía esperar.

–¿Fue también Corinna quien le mandó grabar la agresión a Hanna Herzmann? ¿Le ordenó dejar que Leonie Verges muriera deshidratada y grabarlo también? –preguntó Oliver con crudeza.

–No directamente –respondió Grasser con evasivas–. Nunca me dice lo que tengo que hacer con tanto detalle.

–Venga ya... –El inspector jefe se inclinó hacia delante–. ¡Si hace un momento acaba de decir que solo obedece órdenes!

–Bueno. –Grasser se encogió de hombros–. Me dicen más o menos que hay que hacer esto o lo otro. Pero el cómo hacerlo me lo dejan a mí.

–Y eso, en concreto, ¿qué quiere decir?

–Que la idea de fingir un control policial se me ocurrió a mí. –El hombre casi parecía orgulloso–. Conseguí por internet todo lo que hacía falta, no es tan complicado. Y siempre funciona. A veces lo hacemos solo por divertirnos, nos quedamos con un par de billetes y adiós muy buenas.

–¿Y lo de las grabaciones? –preguntó Pia.

–Hay un montón de gente a la que le van esas cosas.

–¿Qué cosas?

–Bueno, pues ver morir a alguien. Pero de verdad, no solo interpretándolo. –Grasser seguía impassible–. Por una peli como la de esa presentadora te dan dos mil sin problema.

Kröger ya les había hablado de esas películas llamadas *snuff movies*. Pia jamás había visto ninguna, pero sabía que en internet, en chats de IRC, foros de Usenet y grupos privados de usuarios circulaban películas que supuestamente mostraban asesinatos auténticos en tiempo real, a menudo como perverso clímax de las escenas pornográficas más duras que cabía imaginar, pero también había ejecuciones, torturas, asesinatos de bebés y niños en un contexto de pornografía infantil.

Grasser relataba sus repugnantes actos con un realismo tan placentero que Pia se puso enferma. De pronto lo vio como si fuera un gorila macho en celo golpeándose el pecho con los puños.

–Nos basta con los hechos –dijo para interrumpir la descripción del ataque a Hanna Herzmann–. ¿Qué ocurrió con la chica? ¿Cómo acabó en el río?

–Despacio, despacio. Cada cosa a su tiempo –repuso Grasser, y disfrutó de saberse por una vez el centro de atención, cuando la vida le había reservado siempre un papel secundario.

La inspectora fingió recibir una llamada y abandonó la sala de interrogatorios. La forma que tenía ese tipo de mirarla de hito en hito, la desfachatez con que la desnudaban sus ojos, le resultaba demasiado después de todo lo que había vivido ese día.

Una vez fuera, se apoyó en la pared, cerró los ojos, inspiró y exhaló para no hiperventilar. ¡Qué personas más enfermas y repugnantes había en este mundo!

–Eh, ¿va todo bien?

Christian Kröger salió del pequeño cuarto que había entre las salas de interrogatorios. Desde allí se podían seguir las sesiones tras cristales de visión unilateral. Pia abrió los ojos y se encontró con el rostro preocupado de él.

–Es que no podía soportar a ese tipo ni un segundo más –soltó–. No vuelvo a entrar ahí ni aunque me paguen.

–Deja que me encargue yo. –Christian le acarició el brazo con comprensión–. Los demás están en la sala de escucha. Ve con ellos y síguelo desde ahí.

Pia soltó todo el aire de los pulmones.

–Gracias –dijo.

–¿Ya has comido algo? –se interesó Christian.

–No. Iré después. –La inspectora se obligó a sonreír–. Con suerte, esto pronto se habrá terminado.

Se fue con Kai, Cem y Kathrin al cuartito y se sentó en una silla. Helmut Grasser lanzó un par de comentarios lascivos cuando Christian entró en la sala de interrogatorios y se colocó detrás de su silla.

–Ve al gran grano, capullo enfermo –le dijo–. Si no, aún te ganarás otro tratamiento de electrochoque.

La sonrisa de suficiencia desapareció de la cara de Grasser.

–¿Ha oído eso? ¡Ha amenazado con torturarme! –se indignó.

–Yo no he oído nada. –Oliver no parpadeó siquiera–. Nos habíamos quedado en lo de la chica. Así que..., por favor.

Grasser le lanzó una mirada sombría a Kröger.

–Oksana, esa zorra estúpida –dijo entonces–. No hacía más que escaparse. Siempre soy yo el responsable de ese trabajo de mierda, y me llevo una buena bronca cada vez que esas guarrillas nos buscan problemas. No sé cómo, pero consiguió llegar al centro de la ciudad, y allí tuvimos que hacernos pasar por sus padres.

–¿A quiénes se refiere? –lo interrumpió Bodenstein.

–A Corinna y a mí –contestó el hombre.

–¿De dónde se escapó la chica?

–Del palacio.

–¿Puede ser más preciso?

Helmut Grasser torció el gesto con mal humor, pero después siguió hablando. En las catacumbas del palacio de Ettringhausen, en el barrio de Höchst, que pertenecía a la Fundación Finkbeiner, se encontraban los sótanos donde tenían lugar los abusos. También allí se grababan esas películas que gozaban de una demanda tan enorme en todo el mundo. Normalmente tenían a los niños hospedados en Falkenstein, pero siempre había algunos también en Höchst, «a disposición general».

Esa expresión hizo que a Pia se le pusiera la carne de gallina. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Oksana, explicó Grasser, en realidad ya era demasiado mayor para satisfacer las necesidades de los pedófilos, pero el jefe sentía debilidad por ella, a saber por qué. Una noche, sin embargo, la chica había despertado su furia negándose a hacer algo que él le exigía.

–Mientras son pequeños, es fácil tenerlos amedrentados –dijo Grasser, con tanta insensibilidad como si hablara de animales–. Cuando se hacen mayores, se vuelven insidiosos y astutos, esas bestias. Y entonces, a veces, hay que darles más fuerte.

Pia se volvió hacia otro lado y ocultó la cara entre las manos.

–No puedo soportarlo más –murmuró.

–Yo tampoco –repuso Cem, seco–. Tengo dos hijas. No puedo ni pensar en ellas.

–Oksana era una criatura muy resistente, esas chicas rusas suelen serlo. Lo llevan en los genes o algo así –dijo la voz de Helmut Grasser a través de los altavoces–. El jefe le dio una paliza, le pegó hasta dejarla casi sin respiración y luego la hundió en el *jacuzzi*. Por lo visto se pasó de tiempo, fue un accidente.

Se encogió de hombros.

–¿Y luego qué? –Bodenstein no dejaba traslucir ninguna clase de emoción.

–De vez en cuando pasa que alguna no sobrevive. Me encargaron que me deshiciera de ella esa misma noche –respondió Grasser–, pero iba algo justo de tiempo, así que la tiré al río.

–Increíble. ¡Porque iba justo de tiempo! –murmuró Kathrin.

–*Por suerte*, iba justo de tiempo –matizó Cem con cinismo–. Si no, nadie se habría enterado nunca de lo que ocurría allí.

–Bah –se limitó a decir Pia.

Cem tenía razón. El hallazgo de la chica muerta había sido el detonante de toda una serie de tragedias que no habían sido capaces de impedir. Si la testigo hubiese llamado antes, si hubiese visto la fotografía de Oksana publicada en el periódico y no ya en *Expediente XY*, tal vez a Hanna Herzmann no le habría ocurrido nada, Leonie Verges podría vivir aún y Michaela Prinzler no habría matado a dos personas.

Si... Tal vez... Podría...

–Contesta ya al teléfono –dijo Kathrin, porque el móvil de su compañera no dejaba de sonar y vibrar.

–Después. No es importante –repuso Pia, y se inclinó hacia delante, porque Bodenstein acababa de pasarle una fotografía a Grasser.

–¿Qué es esto de aquí? –le preguntó–. Lo encontramos en el estómago de la



chica.

–Mmm... Parece un trozo de camiseta. El jefe insiste en que las chicas se pongan esa ropa rosa, sobre todo cuando ya son algo mayores. Así le parecen más pequeñas.

–Lo encontramos en el estómago de la chica. En su estómago –repitió Bodenstein.

–Puede ser que se lo comiera. A Oksana había que hacerle pasar un poco de hambre; si no, se volvía muy descarada.

A Cem le costaba respirar.

–Todo esto no puede ser cierto, ¿no? –Pia estaba perpleja–. Nadie sería capaz de hacer algo semejante.

–Sí. –Kai asintió–. Por desgracia, hay personas que sí. Recuerda a los vigilantes de los campos de concentración. Por la noche se iban a su casa y eran padres de familia normales y corrientes después de haberse pasado el día entero metiendo a personas en las cámaras de gas.

–¡Cómo me gustaría hacerle eso mismo a ese tipo! –masculló Cem–. Pero ¡seguro que alguien como él ni siquiera irá a la cárcel, sino directo al psiquiátrico, porque tuvo una infancia muy dura! ¡Venga ya!

El móvil de Pia volvió a sonar y ella lo puso en silencio.

–¿Lo hizo usted solo, o hubo alguien que le ayudara? –preguntó Christian al otro lado del cristal.

–De vez en cuando me llevo a alguien conmigo –dijo Grasser–. Con la tía de la tele incluso se vino el jefe. Con la tal Leonie me llevé a Andi, que normalmente solo tiene permiso para trasladar a los niños de un sitio a otro.

–El jefe fue con usted –repitió Christian Kröger–. ¿No está ya un poco mayor para esas... misiones de exterior?

–Misiones de exterior –barboteó Grasser, divertido–. Eso me gusta. Pero ¿mayor por qué? Si debe de ser más o menos de su edad.

–Me parece que estamos hablando de Josef Finkbeiner, ¿o no? –quiso asegurarse Bodenstein.

–Qué dice. Josef ya no es el jefe. –Grasser hizo un gesto de negación con la mano–. Ese como mucho toquetea a alguna niña de vez en cuando, si cae en sus manos. No, el jefe es Nicky.

–¿Nicky? –preguntaron Bodenstein y Kröger al mismo tiempo–. ¿Quién es ese?

Grasser los miró sorprendido, después sonrió con diversión y se reclinó en su asiento.

–Pero si ya lo han detenido... –dijo–. Acabo de verlo pasar hace un rato por el pasillo.

–¿Quién es Nicky? –preguntó el inspector jefe con un tono amenazante, porque poco a poco iba perdiendo la paciencia, y golpeó la mesa con toda la mano abierta.

–Vaya, pues en el fondo no son tan listos. –Helmut Grasser sacudió la cabeza sin ningún disimulo–. El verdadero nombre de Nicky es Markus Maria Frey.

–**N**ecesitamos de inmediato una orden de detención contra Frey y Corinna Wiesner –dijo Oliver Bodenstein–. Quiero una orden de busca y captura urgente, pero ya. Frey no ha podido llegar muy lejos.

–Yo me ocupo. –Kai Ostermann asintió con la cabeza.

Cuando comprobaron que el fiscal superior se había dado a la fuga, Oliver reunió a los colaboradores de la K 11 en la sala de descanso que había en la parte de atrás. Se les sumaron también los pocos agentes presentes de los demás departamentos, y de la Municipal se presentaron incluso los que ya se habían marchado a casa, porque los llamaron con la orden de volver al servicio.

–¿Quién ha visto a Frey por última vez? –quiso saber Bodenstein.

–A las 16.36 abandonaba el edificio, supuestamente porque quería ir a buscar el móvil a su coche –informó la agente que en ese momento estaba de guardia en la puerta.

–De acuerdo. –El inspector jefe consultó su reloj de pulsera–. Ahora son las 18.42. Eso quiere decir que nos lleva dos horas largas de ventaja. –Dio una palmada–. ¡Venga, gente, a trabajar! –exclamó–. El tiempo apremia. Frey intentará borrar rastros importantes. Quiero una orden de registro para el palacio de Ettringhausen y para todas las dependencias de esa asociación Niños del Sol, así como para los domicilios privados de Grasser, Wiesner y Frey. En el registro del palacio necesitaremos a las fuerzas especiales, un centenar de hombres y, por si Frey se nos escapa, un helicóptero. Además, hay que informar a los compañeros de la Policía Fluvial.

Pia se había sentado en una silla junto a la pared y estaba paralizada. Las voces de su alrededor no eran más que un rumor lejano en sus oídos.

¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta de la astucia con que el fiscal superior Frey la había manipulado y embaucado? ¿Cómo había podido dejarse engañar? Poco a poco fue comprendiendo lo que ella misma había causado. Como una tonta, le había confiado que Rothemund se había ido a Ámsterdam y le había informado de todos los pasos de sus investigaciones..., ¡solo porque él se había mostrado simpático con Lilly!

¡Lilly! ¡Santo cielo! Pia se estremeció como si le hubieran echado una olla de

agua hirviendo por encima. ¡La amenaza que había recibido esa mañana por correo electrónico debía de proceder de Frey! Por supuesto, el hombre había dado por sentado que Lilly era su hija, porque ella nunca le había hablado de Christoph.

–Perros policía, médicos de urgencias. –La voz de Bodenstein consiguió abrirse paso hasta su cerebro–. Dentro de una hora nos encontraremos en Höchst. Rodearemos y acordonaremos una amplia zona alrededor del palacio. Kai, informa a la Policía Urbana y a la Judicial de Frankfurt.

–¿Pia? –Rüdiger Dreyer, el agente de guardia del turno de tarde, asomó la cabeza por la puerta.

La inspectora levantó la mirada.

–Sí, ¿qué pasa?

–Acabamos de recibir una llamada de emergencias –dijo el agente, que se acercó a ella. La expresión preocupada de su rostro hizo que a Pia le saltaran todas las alarmas–. Ha pasado algo en Birkenhof.

–¡Dios, no! –susurró ella, y se tapó la boca con las manos. ¡Lilly no!

Si le había ocurrido algo a la niña, ella sería la única culpable. En la gran sala se hizo un silencio sepulcral. Todos miraban a Pia, que sacó el móvil. Veintitrés llamadas perdidas, cinco mensajes de texto, ¡todos de Hans Georg! ¡Y ella que pensaba que querría decirle algo relacionado con el heno!

–Vamos –dijo Christian Kröger con decisión, y le dio unas palmadas en el hombro–. Yo te llevo.

Sí, gracias, quiso decir Pia con alivio, pero entonces fue consciente de las miradas inquisitivas de sus compañeros. No podía permitirse mostrar ninguna debilidad, no en una situación como esa, en la que se necesitaba a todos los agentes. Ella era inspectora jefe y debía comportarse con profesionalidad, no podía echar a correr presa del pánico. Su vida privada no podía ser bajo ningún concepto más importante que la detención de un criminal peligroso al que precisamente ella, además, le había facilitado información de primera mano.

–Gracias, yo sola puedo encargarme –dijo, por tanto, con firmeza en la voz. Luego se cuadró de hombros–. Nos vemos más tarde en Höchst.

–No pienso dejar que te pongas al volante. –Christian Kröger fue a buscarla al aparcamiento y le quitó la llave del coche de la mano–. ¡No admito protestas! Conduzco yo.

Pia asintió sin decir nada. Le temblaba todo el cuerpo de miedo y preocupación. Si le echaban encima un procedimiento disciplinario por haberle

proporcionado demasiada información al fiscal superior, sería un castigo justo por su estupidez. Pero si a Lilly le había pasado algo y la culpa era suya, no se lo perdonaría en la vida.

Kröger abrió el coche y le sostuvo la puerta del copiloto para que subiera. Pia se volvió hacia él.

–Yo tengo la culpa de todo –susurró.

–¿De qué tienes la culpa? –La empujó con suavidad hacia el interior del vehículo y, cuando la tuvo sentada, se estiró por encima de ella para ponerle el cinturón de seguridad como se hace con un niño pequeño.

–Le di demasiada información a Frey. ¿Por qué lo hice?

–Porque era el fiscal responsable –respondió Kröger–. Aunque no le hubieses dicho nada, se habría enterado por el expediente.

–No, eso no es cierto. –La inspectora sacudió la cabeza–. Le conté que Kilian Rothemund se había marchado a Ámsterdam. Después de eso, Frey debió de activar sus contactos en Holanda.

Kröger subió al coche, arrancó el motor y salió de la plaza de aparcamiento dando marcha atrás.

–Pia –dijo–, tú no has cometido ningún error. No podías sospechar la clase de juego al que jugaba Frey. Si a mí un fiscal me pide información, también se la doy.

–Eso lo dices ahora –repuso la inspectora con un suspiro–. Cuando Frey se presentó en el registro de la caravana de Rothemund, no le presentaste en bandeja todo lo que sabías. Su interés en el caso debió llamarme la atención ya entonces.

Se quedó callada. Kröger condujo ignorando los límites de velocidad en la Milla de las Fresas para llegar a la autopista.

–Tuerce a la izquierda y ve por la pista. Es más rápido –dijo Pia antes de que él pasara el puente.

Kröger frenó, puso el intermitente y dio un giro brusco a la izquierda, cruzando el carril contrario. Un conductor que se dirigía hacia ellos les dio luces y tocó el claxon.

–Si Erik Lessing tuvo que morir porque se había enterado de lo de la red de pederastia a través de Bernd Prinzler –dijo Kröger al cabo de un rato–, me pregunto qué sabía Nicola Engel de todo esto ya por entonces. Y qué sabe hoy. Imagínate, ¿de algún modo estuvo implicada!

–Eso no puedo ni pensarlo siquiera –repuso Pia, sombría–. Oliver, en cualquier caso, no tenía ni idea de lo que ocurrió en aquella época en realidad. Y Frank tampoco sabía nada. Si no pillamos a todos los que se esconden detrás de esto, Kilian Rothemund estará en peligro el resto de su vida, y sus hijos también.

Kröger moderó la velocidad porque tuvo que cruzar el camino de acceso que llevaba desde Zeilsheim hasta la B-519 en dirección a Kelkheim. Una vez al otro lado, siguió la pista asfaltada que corría paralela a la A-66. Ya estaba oscureciendo, pero aun así había por allí muchísimos *skaters* y corredores, que, como no oían llegar el coche a causa del ruido de la autopista, no se apartaban. Los dedos de Kröger tamborileaban impacientes en el volante; Pia se fijó en la tensión de su rostro. Igual que ella, también su compañero estaba muy preocupado. Varios minutos después, por fin llegaron a Birkenhof. Delante de la verja estaba el tractor verde de Hans Georg junto a dos coches patrulla con las luces azules encendidas; debajo del nogal del patio había aparcados una ambulancia y un coche de atención médica de urgencias. A Pia se le heló la sangre en las venas al verlos. Hasta ese momento se había preocupado por Lilly, ¡y no se le había ocurrido pensar que también a Christoph podía haberle ocurrido algo!

Entrecerrando los ojos contra el sol poniente, vio algo oscuro echado en el camino de grava que había entre el pasto y el picadero de los caballos. Kröger lo vio también, y pisó el freno con tal brusquedad que levantó piedras de grava. Pia bajó del coche enseguida, antes aún de que se detuviera del todo.

–¡Ay, Dios mío!

Las fuerzas abandonaron su cuerpo y empezó a marearse. Las lágrimas anegaron sus ojos.

–¿Qué es eso? –preguntó Kröger tras ella, y entonces él mismo lo comprendió.

La rodeó con un brazo y la apartó hacia un lado para impedir que siguiera mirando. El perro estaba tirado en medio de un enorme charco de sangre, muerto, y a apenas cinco metros de él se veía el cadáver de un segundo animal.

–¡Pia!

Un hombre alto con el pelo cano y vestido con un pantalón de peto verde se acercó corriendo a ella. Era Hans Georg, aunque Pia lo veía borroso. La imagen de los dos perros abatidos a disparos le hacía temer lo peor, el miedo que sentía por dentro se convirtió en pánico y se apoderó de ella.

–¿Dónde está Christoph? ¿Qué ha pasado? –gritó con una voz chillona mientras se resistía a las manos de Kröger, que seguía sujetándola con fuerza y la empujaba hacia la hierba para que no tuviera que pasar por encima de los cadáveres de los perros.

–He intentado llamarte un millón de veces –dijo el granjero, pero Pia no lo escuchaba.

–¿Dónde están Christoph y Lilly? ¿Dónde están? –gritó, histérica, y plantó las manos contra el pecho de Kröger, que por fin la soltó.

–En la casa –dijo Hans Georg. Su tono de voz era suplicante–. ¡Espera, Pia!

Ella lo apartó cuando quiso impedirle el paso y sujetarla. Como una condenada a muerte de camino al cadalso, aterrada por lo que se pudiera encontrar un segundo después, se dirigió hacia la puerta de su casa con la mirada fija. Unos miedos que creía vencidos desde hacía tiempo brotaron de su interior y el corazón empezó a latirle con tal fuerza que le hacía daño; estaba empapada en sudor y al mismo tiempo se helaba de frío.

–¡Señora Kirchhoff! –Un agente de uniforme salió de la casa.

Ella no reaccionó, se quedó mirando el charco rojo de la escalera y la sangre que había en la pared y en la puerta. ¿Tendría que experimentar la pesadilla de todo policía y encontrar a su familia muerta?

–Acompáñeme –dijo el agente.

Christian Kröger la seguía de cerca. Su casa, su cocina, todo estaba lleno de desconocidos. Vio los chalecos de color rojo y naranja del médico de urgencias y el personal sanitario, maletines abiertos, tubos, cables, ropa manchada de sangre. En el suelo, en mitad de todo aquello, yacía Christoph, vestido solo con ropa interior y con el pecho desnudo lleno de electrodos para un electrocardiograma.

–Mire, ha llegado su mujer –oyó que decía alguien, y le hicieron sitio.

¡Christoph estaba vivo! Pia casi se mareó del alivio. Se abrió paso hasta él, se arrodilló a su lado y le tocó el hombro con cautela. En la cabeza tenía una herida abierta que el médico le estaba curando en esos momentos.

–¿Qué ha ocurrido? –susurró la inspectora–. ¿Dónde está Lilly?

Christoph abrió los ojos, tenía la mirada perdida.

–Pia –masculló, aturdido–. Se la ha llevado. Se ha presentado... delante de la puerta... y ha saludado con la mano. Lilly... ha dicho que lo conocía... del zoo... y de la abuela de Miriam. Yo..., yo no he sospechado nada... y he abierto...

El corazón de Pia se saltó un par de latidos. ¡Por supuesto, Lilly conocía al fiscal superior Frey! Aferró la mano de Christoph.

–Lilly ha ido corriendo hacia él... y de pronto tenía una pistola en la mano. La ha metido en su coche y entonces los perros lo han..., y él ha... –Christoph se interrumpió, cerró los ojos. Su pecho se hinchaba y se deshinchaba con fuerza.

–Ya lo he visto. –Ella luchó por contener las lágrimas–. ¿Tú cómo estás?

–Yo... he salido corriendo. Ha querido dispararme, pero..., pero debía de tener el cargador vacío. Y entonces... ha aparecido Hans Georg y...

–Trauma craneal –explicó el médico–. Ha recibido por lo menos tres golpes en la cabeza. Nos lo llevamos al hospital.

Pia oyó que Kröger llamaba por teléfono y explicaba a media voz lo de Lilly y Frey.

–Me gustaría acompañarte al hospital –le dijo a Christoph, y le acarició la mejilla.

Él le aferró la mano.

–¡No! –pidió con desesperación–. ¡Tienes que encontrar a Lilly! ¡Por favor, Pia, prométeme que la encontrarás! No puede pasarle nada.

Tenía tanto miedo por la niña como ella. Para proteger a Lilly, Christoph se había enfrentado con las manos vacías a un hombre armado que había matado a tiros a los perros y que con eso había demostrado que no dudaría en disparar otra vez. De no haber estado vacío el cargador, Frey seguramente habría matado también a Christoph.

La inspectora se inclinó sobre él y le dio un beso en la mejilla.

–No solo te prometo que la encontraré –dijo con la voz quebrada–. Te lo juro.

–Voy con vosotros a Höchst –anunció Pia con decisión cuando la ambulancia salió de su propiedad–. Me cambio de ropa en un momento.

Todavía llevaba puestos el vestidito de verano y las sandalias de tacón que había elegido esa mañana para ir a la fiesta. Le parecía que habían pasado días desde entonces.

–Me llevo a los otros dos perros, que ya los tengo dentro del tractor –dijo Hans Georg–. Y me encargaré de los caballos.

–Gracias. –Pia le dirigió un gesto con la cabeza y luego subió la escalera.

En el dormitorio se quitó el vestido, se puso una camiseta y unos vaqueros y sacó su arma reglamentaria de la caja fuerte que tenía en el vestidor. Se abrochó la pistolera de hombro con dedos temblorosos y encajó en ella su P30. Calcetines, zapatillas de deporte, una sudadera gris con capucha; ya se sentía ella misma otra vez.

Cinco minutos después se subía al coche con Kröger.

–¿Estás bien? –le preguntó su compañero cuando pasaban por el distrito de Unterliederbach.

–Sí –respondió la inspectora, sucinta.

Su miedo se había transformado en una ira glacial. Justo cuando tuvieron que detenerse en Kasinostrasse por el acordonamiento, le sonó el móvil. Se habían reunido allí muchísimos curiosos, ilusionados ante esa bienvenida interrupción de sus monótonas vidas. No había forma de hacer entender a la gente lo peligroso que podía ser algo así, por eso los cordones policiales tenían que ser lo más amplios posible.

–Ya hemos llegado –le dijo Pia a Oliver–. ¿Dónde estás?

La inspectora le enseñó su identificación al agente que guardaba el cordón y este apartó un poco la barrera para dejarlos pasar a Kröger y a ella.

–En la calle, justo delante del palacio –contestó su jefe–. Las fuerzas especiales han irrumpido en el edificio y hemos podido detener a un par de personas de Niños del Sol justo cuando querían sacar a algunos menores.

–¿Qué sabes de Lilly? –preguntó Pia.

Kröger ya había informado a Bodenstein de que la niña estaba en poder de Frey.

–Seguimos buscando la entrada a las catacumbas. Frey está aquí, de eso no hay duda. Su coche está aparcado en el patio.

Pia y Kröger cruzaron a paso ligero la calle, que yacía desierta bajo la luz de las farolas. Ni coches ni bicicletas ni peatones podían entrar en la zona acordonada. A cierta distancia se oyó el traqueteo de un tranvía; por lo demás, el silencio era absoluto. Oliver, Kathrin y Cem esperaban en el patio de entrada del palacio de Ettringhausen, que se encontraba justo al lado del palacio de Bolongaro. Con ellos estaban los jefes de operaciones de las fuerzas especiales y la guardia de asalto; el patio estaba repleto de agentes. Por todas partes se veían rostros graves y afectados. Nadie contaba chistes. En la intensa luz de un foco se veía una furgoneta Volkswagen azul oscuro con la inscripción «Niños del Sol».

–¿Está ahí Corinna Wiesner? –quiso saber Pia.

–No. –Bodenstein negó con la cabeza. También a él empezaba a notársele la tensión de esas últimas horas. Bajo sus ojos se veían unas ojeras oscuras, y una sombra de barba azulada le cubría el mentón y las mejillas–. Debe de seguir aún en el sótano. Hemos podido detener a dos mujeres que querían salir de aquí con seis niños en la furgoneta.

–¿Cuántas personas quedan abajo? –preguntó la inspectora.

–Según las declaraciones de las mujeres, solo los Wiesner y Frey –respondió su jefe–. Y cuatro niños más.

–Y Lilly –añadió ella con un deje sombrío–. Ese cabrón ha golpeado a Christoph y ha matado a mis perros. Como lo pille...

–Tú te quedas aquí arriba, Pia –la interrumpió Oliver–. Las fuerzas especiales tienen controlada la situación.

–Ni hablar –protestó ella con vehemencia–. Voy a bajar ahora mismo y a sacar a Lilly de ahí. Y te juro que no pienso hacer prisioneros.

Oliver torció el gesto.

–Tú no vas a ninguna parte –dijo–. No en este estado anímico.

Pia guardó silencio. No tenía ningún sentido discutir con su jefe; mejor sería esperar el momento oportuno.

–¿Ese es el plano del sótano? –Señaló con la cabeza en dirección a un coche sobre cuyo capó habían desplegado unos planos que mostraban la distribución de las amplias zonas de las catacumbas.



–Sí, pero tú no vas a bajar –insistió Oliver.

–Ya lo he entendido.

Pia examinó el plano que un agente iluminaba con una linterna. Temblaba de impaciencia. Allí abajo, en algún lugar, Lilly se encontraba en manos de un loco, y todos ellos no hacían otra cosa que charlar en la calle.

–Todas las salidas están controladas, de ahí no escapará ni un ratón sin que lo veamos –explicó el jefe de operaciones de las fuerzas especiales.

–Todo el complejo pertenece al *holding* Finkbeiner –comentó Bodenstein entonces–. Aquí tienen su sede principal, pero dentro hay también una sociedad de asesoría fiscal, un bufete de abogados y, en la planta baja, dos consultas médicas y una oficina municipal de asesoramiento para jóvenes. ¡El camuflaje perfecto!

Dos ambulancias entraron en el patio sin sirenas y con las luces azules apagadas para llevarse al hospital a los niños, que todavía estaban dentro de la furgoneta.

–Así, los señores pederastas podían entrar y salir incluso en pleno día sin que a nadie le llamara la atención –dijo Cem.

La radio que Bodenstein tenía en la mano emitía chasquidos y ruidos de interferencias. El centenar de hombres de la guardia de asalto tenían rodeada toda la propiedad hasta el río Nidda.

Pia aprovechó ese momento de distracción de Bodenstein. Cruzó el patio y entró en el palacio por la puerta principal. Dos agentes de las fuerzas especiales quisieron impedirle el paso, pero, después de que ella los mandara a paseo, le habían señalado a regañadientes el camino hacia una puerta de madera muy bien disimulada que había bajo la escalinata. En ese cuartito, donde se guardaban los productos y enseres de limpieza y el papel higiénico, había una segunda puerta que llevaba a las catacumbas.

–Sabía que no me harías caso –dijo Oliver tras ella. Su voz sonaba sin aliento–. ¡Era una orden, no una petición!

–Pues ábreme un procedimiento disciplinario. Me da igual. –Pia sacó su arma.

Además de su jefe, también Christian y Cem se acercaron y la siguieron bajando la gastada escalera. El pasillo en el que desembocaba era tan estrecho que los hombros de la inspectora casi tocaban las paredes de hormigón. Cada pocos metros había un tubo fluorescente que daba una luz tenue. Pia se estremeció. ¿Qué habrían sentido los niños cuando los llevaron allí y les hicieron recorrer ese pasillo? ¿Habían gritado, se habían resistido o se habían rendido con fatalismo a su triste suerte? ¿Cómo podía una mente infantil gestionar algo semejante?

El pasillo tenía un recodo muy cerrado, después bajaba un par de escalones y

allí se hacía más ancho y más alto. Olía a moho y a humedad. Pia reprimió el pensamiento de que por encima de ella había toneladas de tierra.

–¡Déjame ir a mí delante! –susurró Christian tras ella.

–No.

La inspectora siguió marchando con decisión. Cada célula de su cuerpo estaba tan cargada de adrenalina que no sentía nada más, ni miedo ni ira. ¿Cuántas veces habían recorrido a hurtadillas ese pasillo unos hombres llevados por su repugnante obsesión? ¿Cuán perverso podía ser, cuán enfermo tenía que estar un adulto que quizá incluso era padre de sus propios hijos para ejercer semejante violencia sobre un niño pequeño y, encima, sentir placer?

De repente oyó unas voces, y se detuvo con tal brusquedad que Bodenstein chocó contra ella.

–Ahí delante –susurró.

–¡Ahora tú te quedas aquí quieta y nos dejas seguir a nosotros! –le ordenó su jefe en voz baja–. Si nos sigues, tendrás que asumir graves consecuencias.

Tú habla, habla, pensó Pia mientras asentía por fuera. Dejó que Oliver, Cem y Christian pasaran por delante de ella, esperó treinta segundos y después fue tras ellos y entró en una sala alargada y de techo bajo. Lo que vio allí la dejó sin respiración. Hacía muchos años, en Frankfurt, había participado en una operación en un club sado-maso en el que había visto cosas parecidas, pero con una diferencia: que los clientes de ese club eran adultos y se entregaban voluntariamente a sus extraños deseos. Aquello de allí estaba instalado para abusar de unos niños. Allí habían maltratado y torturado a Oksana, la Ninfa. Pia, al ver los potros, las cadenas, las esposas, las jaulas y demás accesorios, sintió el horror y el miedo que habían corroído esos muros de hormigón como si fueran ácido.

–¡Las manos arriba! –oyó que gritaba Bodenstein, y se estremeció, sobresaltada–. ¡Los dos contra esa pared de ahí! ¡Venga, venga!

En otras circunstancias Pia habría obedecido las órdenes de su jefe, pero en ese momento no fue capaz. La inquietud que sentía por Lilly fue más fuerte que su sentido común. Cruzó una puerta y se vio en otra sala grande que contenía, a izquierda y derecha, varias celdas cerradas por barrotes. Su mirada percibió a un grupo de cuatro niños, de ocho o nueve años como mucho, que aguardaban letárgicos delante de una celda, sin moverse. Christian y Cem apuntaban con sus armas a un hombre y a una mujer, y Pia reconoció a la morena que esa mañana había intentado apartar a Renate Finkbeiner de su marido herido. Conque aquella era Corinna Wiesner, ¡la mujer que se había hecho pasar por la madre de Oksana! Pero ¿dónde estaba Frey?

–¡Lilly! –gritó Pia lo más alto que pudo–. ¿Dónde estás?

Había temido el momento del reencuentro. Todo su fuero interno se había resistido a la idea de verse frente a él tumbada en una cama de hospital, desvalida y fea. Pero cuando él entró en la habitación por sorpresa y la abrazó y besó con suavidad y sin un instante de duda, todos esos miedos vanidosos se convirtieron en humo. Durante un buen rato no hicieron otra cosa que permanecer allí sentados, mirándose. Igual que cuando se conocieron, en la cocina de Leonie, al principio Hanna solo era capaz de ver sus ojos, esos ojos de un azul tan extraordinario que ejercían sobre ella una fuerza de atracción por completo magnética. Aquella primera vez, esos ojos estaban sumidos en la amargura y la desesperación; en esta ocasión resplandecían de calidez y seguridad. Fue entonces cuando Hanna se fijó en el aspecto que ofrecía su rostro y vio que llevaba el brazo derecho vendado.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó en voz baja. Todavía le costaba mucho hablar.

–Es una larga historia –repuso Kilian, y con la mano izquierda apretó delicadamente la derecha de ella–. Que tal vez en estos momentos esté llegando a su final.

–¿Me la cuentas? –pidió Hanna–. Hay muchas cosas de las que no me acuerdo.

–Ya tendremos tiempo para eso. –Sus dedos se entrelazaron con los de ella–. Antes debes recuperarte.

Hanna soltó un hondo suspiro. Hasta ese momento le había horrorizado pensar en el día que tuviera que dejar atrás las paredes protectoras del hospital y volver a mirar a la vida a la cara. Ese miedo desapareció entonces. Kilian estaba allí, y a él le daba igual qué aspecto tuviera. Aunque jamás recuperase su belleza perfecta al cien por cien, él estaría a su lado.

–¿Todavía conservas nuestros correos? –preguntó Hanna.

–Sí. Cada uno de ellos. –Él sonrió, aunque no le resultaba fácil a causa de los hematomas–. No hago más que releerlos.

Hanna le devolvió la sonrisa.

También ella había releído todos sus mensajes en su nuevo iPhone; casi había llegado a sabérselos de memoria. Kilian había vivido lo más espantoso que podía experimentar una persona. Había perdido todo lo que constituía su vida y había acabado en la cárcel siendo inocente. Aun así, ni el humillante aislamiento social ni la pérdida de estatus, posesiones y familia habían podido acabar con él. Al contrario. También Hanna se había visto expulsada de su mundo de superficialidad y lanzada por el destino a los abismos profundos del infierno. Sin embargo, los dos lo superarían y emergerían de nuevo hacia la luz, y jamás volverían a dar por sentado todo aquello que les regalara la vida.

–Meike ha estado antes conmigo –explicó Hanna con voz ronca–. Me ha dejado ahí un sobre. No he entendido muy bien lo que me ha dicho. Mira un momento en el cajón de la mesilla.

Kilian le soltó la mano y abrió el cajón.

–Aquí está el sobre –dijo.

–Ábrelo, por favor –pidió Hanna. Los analgésicos la dejaban tan atontada que casi se le volvían a cerrar los ojos.

El rostro de Kilian cambió de expresión al estudiar el contenido; arrugó la frente.

–¿Qué es? –quiso saber ella.

–Son fotografías de... coches. –Hizo que sonara como algo sin importancia, pero ella, a pesar de su estupor, se dio cuenta de que estaba nervioso.

–¿Puedo verlas? –Alargó una mano y Kilian le pasó las fotografías, que estaban impresas a color en folios–. Eso es delante de la villa de los Matern en Oberursel –constató Hanna con sorpresa–. ¿Qué..., qué significan? ¿Por qué me las ha traído Meike?

–No lo sé. –Kilian le quitó las hojas de las manos con cuidado, las dobló y volvió a meterlas en el sobre–. Por desgracia, ahora tengo que irme, Hanna. Esta noche debo dormir por cuenta del Estado.

–Así al menos no tendré que preocuparme por ti –masculló ella. El cansancio hacía que sintiera los párpados más pesados que el plomo–. ¿Vendrás a verme otra vez mañana?

–Claro que sí. –Se inclinó sobre ella. Sus labios rozaron los de Hanna, y le acarició la mejilla con suavidad–. En cuanto levanten la orden de detención en mi contra y vuelva a ser libre, vendré a estar contigo.

**D**espués de salir del hospital, Meike había estado un par de horas conduciendo sin rumbo por la zona. Se sentía increíblemente sola. Jamás volvería a poner un pie en la casa de su madre después de todo lo que había ocurrido allí, y por eso al final decidió ir al apartamento de su amiga. Hanna todavía no había mejorado mucho; los analgésicos la dejaban aturdida y hacían imposible mantener una conversación sensata con ella. Y eso que Meike tenía muchísimo que hablar con su madre. Con suerte, al menos les habría entregado el sobre con las fotos a los polis.

Gracias a las vacaciones de verano, encontró una plaza de aparcamiento libre no muy lejos del edificio donde se encontraba el apartamento. Metió el Mini en el hueco con unas cuantas maniobras, se hizo con su mochila y bajó del coche.

El ruido de la puerta al cerrarse resonó a un volumen exagerado en el silencio nocturno, y Meike miró a su alrededor. Le dolía todo el cuerpo por culpa de los golpes y las patadas, estaba exhausta, pero a la vez desvelada del todo a causa de la tensión nerviosa. Jamás olvidaría lo que había vivido ese día, estaba convencida. Su experiencia con el perro de pelea en el bosque también había sido bastante horrible, pero no se podía comparar con lo que había ocurrido en casa de su madre. Se estremeció. Ese tipo no habría dudado en matarla; lo había visto en la crueldad de su mirada. ¡Mejor no pensar en lo que habría sucedido si no hubiese llevado encima la porra eléctrica!

Cruzó la calle y sacó de su mochila la llave del portal. Con el rabillo del ojo percibió un movimiento entre los coches aparcados. La invadió el miedo. Se le aceleró el pulso, empezó a sudar y echó a correr para salvar los últimos metros que le quedaban hasta la puerta del edificio.

–Maldita sea –susurró.

Los dedos le temblaban tanto que no lograba meter la llave en la cerradura. Por fin lo consiguió, abrió la puerta de un empujón y saltó del susto cuando algo oscuro pasó corriendo a su lado. ¡El gato de la abuela de la planta baja!

Meike cerró de un portazo, se apoyó con alivio contra la puerta y esperó a que el corazón se le tranquilizase un poco. Ya solo tenía que cruzar el pequeño patio y llegaría a la puerta de la casita trasera donde se encontraba el apartamento. Allí estaría a salvo por el momento. Soñaba con darse una ducha caliente y dormir veinticuatro horas seguidas. Al día siguiente pensaría si no sería mejor desaparecer del mapa una temporada y buscar refugio junto a su padre y su mujer.

Se apartó de la puerta. El detector de movimiento chasqueó, se encendió la luz del pasaje y poco después ya estaba en la casita trasera, subiendo esos escalones que crujían. ¡Conseguido! Abrió la puerta del apartamento, y de pronto oyó una voz tras de sí.

–Por fin estás aquí. Llevo toda la tarde esperándote.

La sangre se le heló en las venas, el vello de la nuca se le erizó. Se volvió muy despacio y miró directamente a los ojos inyectados de sangre de Wolfgang Matern.

–¡Pia! ¡Estoy aquí! –La clara vocecilla de Lilly sonó chillona y asustada.

En ese preciso instante, la leona que Pia llevaba dentro se despertó. Antes moriría que permitir a ese monstruo quedarse con la niña.

–¡No te muevas de donde estás! –le ordenó Oliver.

Pero la inspectora no le hizo caso, se volvió y echó a correr de vuelta en dirección al lugar de donde procedía la voz de Lilly. En un punto en que el pasillo se bifurcaba, tomó el ramal de la derecha e intentó recordar el plano del edificio, aunque no lo consiguió. Ese sótano era un laberinto subterráneo compuesto por pasillos, alcantarillas, antiguos búnkeres antiaéreos e incontables salas. La parte que había visto hasta el momento daba la sensación de haber sido renovada hacía poco, el suelo estaba recubierto de hormigón, había tubos fluorescentes e interruptores modernos, pero entonces llegó a una zona que parecía ser tan antigua como el propio palacio. El pasillo se hizo angustiosamente bajo y lóbrego, las paredes y los techos eran de ladrillo, y el suelo, de tierra compacta. Las únicas fuentes de luz eran unos anticuados focos enrejados que apenas emitían claridad. Cuanto más se internaba Pia allí, más intenso se hacía el olor a moho, a humedad y a excrementos de rata. De repente se abrió ante ella un agujero negro, y justo en el último segundo vio los escalones que bajaban hacia otro túnel angosto y oscuro. Del techo goteaba agua, y el suelo estaba tan resbaladizo que tuvo que sujetarse a la barandilla oxidada para no caer. Se detuvo. Aguzó los oídos en la oscuridad.

–¡Lilly! –volvió a gritar, pero no obtuvo respuesta.

El único ruido que oía era su propia respiración jadeante. ¿Seguiría estando en el camino correcto? El miedo y la desesperación amenazaban con superarla; tuvo que obligarse a no dar media vuelta, sino seguir adelante. Allí el pasillo avanzaba en línea recta, y tampoco había encontrado bifurcaciones ni más salas, así que Pia calculó que debía de encontrarse bajo el parque del palacio de Ettringhausen, en un pasadizo secreto que desembocaba en el río Nidda. En ese mismo instante descubrió cuál era el plan de Frey. Quería huir con Lilly, tal vez tuviera una barca esperándolo en el río. ¡Tenía que darse prisa! Oyó unos pasos tras ella y se arriesgó a mirar atrás por encima del hombro.

–¡Espéranos, Pia! –exclamó Christian.

En lugar de esperar, la inspectora corrió más deprisa aún. Frey les llevaba ventaja y había que ganársela. De repente el pasillo se ensanchó y terminó en una enorme verja de barrotes que, no obstante, todavía estaba abierta por un lado. Pia salió y se encontró de pronto cara a cara con él, con esa bestia de forma humana.

–Hola, señora Kirchhoff. –Markus Maria Frey estaba sin aliento, pero aun así sonreía. En el tenue resplandor de la luna llena, la inspectora distinguió su rostro y sus ojos. Era la sonrisa vacía de un loco, de una naturaleza enferma que ojalá lo atormentase lo que le quedaba de vida. Frey caminaba de espaldas y sin quitarle el ojo de encima a Pia. Con una mano tenía a Lilly bien sujeta del brazo, con la otra encañonaba la nuca de la niña con una pistola–. ¡Tire esa arma ahora

mismo! Y quédese quieta ahí arriba. Si no, me veré obligado a disparar a la pequeña.

Justo en ese lugar debió de lanzar Helmut Grasser a Oksana al río. Había recorrido los pasillos con el cadáver de la chica en brazos y había esperado a que hubiera un momento en el que nadie se acercara casualmente por el paseo de la orilla, que se encontraba unos metros más abajo. Frey había llegado ya al paseo; entre el río y él solo quedaba un estrecho terraplén.

–¡Entréguese! –exigió Pia con voz firme–. Ya no tiene ninguna posibilidad. Esto está plagado de agentes.

Un millar de ideas le cruzaron por la cabeza. Frey no estaba ni a diez metros, y ella tenía muy buena puntería. Solo debía apretar el gatillo. Pero ¿y si él, en un acto reflejo, apretaba también el de su arma, que sin duda habría recargado?

–Estate tranquila, Lilly –dijo, y bajó el arma–. No te va a pasar nada.

–Pia, este hombre no ha sido nada bueno conmigo –se quejó la niña. Tenía los ojos muy abiertos por el miedo, le temblaba la vocecilla–. ¡Les ha disparado a *Robbie* y a *Simba* porque sí, y le ha hecho daño al abuelo!

Christian y Oliver aparecieron detrás de la inspectora. Por encima de ellos, en el muro del parque, se encendieron unos focos que inundaron todo el escenario con una luz resplandeciente y fantasmal. Pia oyó que su jefe hablaba en voz baja por teléfono e intentaba conseguir que la lancha de la Policía Fluvial, que esperaba más abajo, donde el Nidda desembocaba en el Meno, se acercase hasta ellos. A izquierda y derecha aparecieron figuras de negro embozadas, los compañeros de las fuerzas especiales, que sin embargo se mantuvieron fuera de la zona iluminada.

–¡Señor Frey! –gritó Oliver–. ¡Suelte a la niña!

–¿Qué piensa hacer? –siseó Christian–. Ya no podrá salir de aquí, eso tiene que verlo.

Pia no era capaz de pensar con claridad. Solo veía a Lilly, cuyo pelo rubio brillaba como el oro en esa luz cegadora. ¡Qué miedo debía de estar pasando la pobrecilla! ¿Cómo podía un hombre que tenía hijos de esa misma edad hacerle algo así a una niña tan pequeña?

Después de permanecer casi un minuto inmóvil en lo alto del terraplén, de repente Frey se puso en movimiento. Todo sucedió a una velocidad vertiginosa. Agarró a Lilly de la cintura y saltó a la negrísima agua del río.

–¡No! ¡Lilly! –vociferó Pia presa del pánico, y quiso echar a correr, pero Bodenstein la agarró del brazo y tiró de ella hacia atrás con brusquedad.

La inspectora vio cómo Christian llegaba al agua en unas cuantas zancadas y se lanzaba al río. En cuestión de segundos, el paseo de la orilla, que hasta entonces había estado desierto, se transformó en un hervidero de gente. Por todas

partes aparecieron agentes de la Policía, también una ambulancia, desde el Meno llegó al Nidda la lancha bien iluminada de la Policía Fluvial. Oliver tenía a Pia inmovilizada entre sus brazos.

–¡Ahí está! –exclamó–. ¡Kröger tiene a la niña!

A Pia le fallaron las rodillas al sentir el alivio. Si su jefe no la hubiese sostenido, se habría desplomado en el suelo. Los compañeros de la guardia de asalto ayudaron a Christian a salir del agua, alguien levantó a Lilly en brazos y la envolvió en una manta. Solo dos minutos después, la inspectora pudo abrazar a la niña. No le importaba en absoluto lo que hubiera sido de Frey. Por ella, como si se ahogaba en el río igual que una rata.



Sábado, 3 de julio de 2010

A Ostermann le resultó sencillo encontrar a los propietarios de los vehículos gracias a las matrículas, por lo menos en el caso de los coches registrados en Alemania. Se sorprendió, y no poco, al ir leyendo los nombres que se iban correspondiendo con cada fotografía. Una hora y media antes, dos agentes de patrulla se habían presentado con Kilian Rothemund, y este les había entregado un sobre con fotos de vehículos aparcados. Meike Herzmann los había inmortalizado el jueves por la noche delante de la casa del gigante de los medios de comunicación Hartmut Matern, en Oberursel. Rothemund tampoco sabía por qué lo había hecho, pero tenía una hipótesis muy interesante que se iba corroborando con cada nuevo nombre que aparecía.

La noche anterior a la fiesta de cumpleaños de Finkbeiner, en la villa de Matern se habían reunido los jefes más destacados de la red de pederastia, hombres con una influencia y una reputación extraordinarias que habían conseguido muchos logros en su vida y pertenecían a lo más florido de la sociedad. Dos de ellos estaban muertos, ejecutados por una de sus antiguas víctimas, un tercero se debatía aún entre la vida y la muerte. Rothemund había llamado a Bernd Prinzler por teléfono y le había pedido que le llevara lo antes posible el dictáfono y las notas de las conversaciones que había enviado desde Holanda a su apartado de correos.

Oliver Bodenstern, Cem y Kathrin se reunieron en la comisaría a las tres de la madrugada; en sus rostros cansados llevaban escrito el horror de lo que habían visto y vivido en las catacumbas del palacio de Ettringhausen. Habían liberado a once de los «niños invisibles», como los llamaba Michaela Prinzler, y habían podido entregarlos en custodia a la Oficina de Protección de Menores; en un sótano de Falkenstein habían encontrado a tres niñas más. Ninguno de esos niños sabía cómo se apellidaba, ninguno disponía de partida de nacimiento, no existían en ningún documento oficial. Las dos empleadas de Corinna Wiesner estaban ya en la prisión preventiva de Preungesheim, donde, igual que Helmut Grasser, esperaban a ser llevadas ante el juez de instrucción.

Markus Maria Frey había desaparecido. La Policía Fluvial buscó por todo el río y con las primeras luces del alba entraron en acción también los buzos, aunque se tenía el más que fundado temor de no encontrar otra cosa que su

cadáver.

–Venga, tómense un café antes que nada. –La comisaria jefe Nicola Engel, que no había abandonado su puesto en la comisaría, se sentó frente a Oliver a la mesa de la sala de reuniones de la K 11–. O, mejor aún, váyanse a casa y ya continuarán mañana.

–No. –Oliver sacudió la cabeza.

Había hablado con Corinna Wiesner y se había quedado estupefacto al ver que todavía existían personas con capacidad para sorprenderlo. Esa mujer, que a primera vista era tan guapa y amable y que había dado a luz a cuatro niños, era en realidad una maniática del control despiadada y cruel. La fascinación que sentía por su propia importancia y el poder que tenía sobre los demás se habían convertido en una adicción para ella, pero en su caso –al contrario que para Grasser– el estímulo que la llevaba a actuar así no era el de ejercer poder sobre los más débiles. No, a ella los niños le daban absolutamente igual; lo que le gustaba era dominar a esos hombres tan poderosos que no eran capaces de controlar sus pervertidos deseos. Con su inteligencia y sus capacidades de coordinación, Corinna Wiesner había dirigido a la perfección esa organización de pederastas, pero, al final, tanto ella como Frey habían cometido errores.

El primer error funesto había consistido en perderle la pista a Michaela Prinzler. Aun así, consiguieron mantener su espantoso secreto a salvo durante largos años gracias a unos contactos inmejorables con las instancias oportunas, o mediante chantaje e intimidación. El segundo error lo había cometido Frey al perder el control con Oksana.

Corinna Wiesner no había eludido su responsabilidad en cuanto a esas atrocidades, no tenía ningún cargo de conciencia y estaba firmemente convencida de haber obrado bien. Con obstinación e impasibilidad, fue dando una justificación para todo aquello de lo que Oliver Bodenstein la acusaba.

Helmut Grasser ya les había relatado lo furiosa que se puso Corinna cuando se enteró de que Frey había ahogado a Oksana. Llevada por la ira, había amenazado con cancelar incluso las festividades del cumpleaños. Después, al saber por boca de su cuñada Emma que quizá alguien había abusado de Louisa, le había reprochado al viejo Finkbeiner que los hubiera puesto a todos ellos en peligro con su conducta. Al final se produjo una fuerte discusión entre Finkbeiner, Frey y Corinna, y la pelea se agravó tanto que Frey llegó a las manos con su hermana.

–Todavía no he terminado –le dijo Bodenstein a su jefa–. Según parece, tenemos todos los nombres de la cúpula de esa red de pederastas, y Corinna Wiesner acaba de corroborármelo. Me gustaría solicitar las órdenes de detención esta misma noche.

Aquello era un farol, porque Corinna Wiesner había guardado silencio cuando

él la había confrontado con los nombres, y el inspector jefe dudaba mucho que consiguieran sacarle nada. Ralf Wiesner tampoco había abierto la boca. Si no tenían un golpe de suerte, jamás podrían demostrar que las personas que habían acudido el jueves por la noche a la mansión de Matern estaban relacionadas con la red de pederastia.

La comisaria jefe levantó las cejas.

–¿Órdenes de detención? ¿Contra quiénes? –preguntó.

Bodenstein le tendió la lista que había preparado Ostermann.

–Todavía faltan un par de nombres del extranjero, pero ya nos hemos puesto en contacto con los compañeros de Holanda, Bélgica, Austria, Francia y Suiza. Mañana tendremos identificados a todos los que se reunieron el jueves en la villa de Matern.

–Ajá. –La comisaria Engel leyó la lista por encima.

–Ya tenemos la confesión completa de Helmut Grasser, y con suerte Corinna y Ralf Wiesner, así como sus colaboradores, nos lo confirmarán todo estos próximos días. –Bodenstein se frotó la cara con ambas manos y luego levantó la vista–. Frey mató a la chica y Grasser se deshizo del cadáver en el río. Frey y él agredieron a Hanna Herzmann y casi la matan, y Grasser también fue el responsable del asesinato de Leonie Verges.

–Muy bien. Ha resuelto los tres casos. –La comisaria asintió–. Lo felicito, inspector jefe.

–Gracias. Además, también podremos demostrar que Kilian Rothemund fue inculpado y condenado de forma injusta. En su día, allá por el verano de 2001, acudió precisamente a Frey para pedirle ayuda cuando supo los nombres de los pederastas a través de Michaela Prinzler. Frey vio los nombres y se alarmó. Comprendió que aquello amenazaba con dejar herida de muerte a la organización entera, y por eso le tendió una trampa a su antiguo amigo Kilian. Aun así, Corinna Wiesner y él no consiguieron llegar hasta Michaela. Prinzler protegió a su mujer e incluso fingió su muerte. Hubo un entierro, esquelas, una tumba; así consiguió retirarla de la línea de fuego. –El inspector jefe hizo una breve pausa–. Markus Frey no tuvo una infancia feliz, pasó por numerosas familias hasta aterrizar por fin en casa de los Finkbeiner. Sentía devoción por el viejo Finkbeiner, igual que su hermana de acogida. Me temo que también abusaron de él y que en algún momento se pasó al bando contrario. Tal vez encontrara placer en ejercer poder sobre los más débiles.

–Su mujer, Sarah, la india, parece casi una niña –señaló Kathrin Fachinger–. El verdadero nombre de él es Dominik, lo sé por Corinna Wiesner. Pero ese nombre no le gustaba a Renate Finkbeiner, que se lo cambió a «Markus», aunque siguieron llamándolo por su apodo, «Nicky». El segundo nombre,

«Maria», se lo puso más adelante el propio Frey, porque «Markus Frey» le parecía demasiado humilde.

–Pfff... –bufó Cem Altunay–. Y además se compró el doctorado. Qué miserable...

–Ansias de poder y vanidad –comentó Nicola Engel.

–Fuera como fuese, el sistema funcionaba a la perfección. Cuando las niñas se hacían demasiado mayores, se las vendían a proxenetas, acababan drogadictas o encerradas en un psiquiátrico. Corinna Wiesner lo tenía todo controlado. Michaela fue la única que se le escapó. –Bodenstein hizo una pausa y contempló el rostro de la mujer a quien había amado hacía muchos años y a quien creía conocer–. Aparte de haber resuelto nuestros casos, también podemos demostrar algo más. Gracias a Rothmund y a Prinzler, sé por qué tuvo que morir en su día el infiltrado Erik Lessing.

–¿Ah, sí?

La noticia no pareció intranquilizar a Nicola Engel, y eso despertó en Oliver la diminuta esperanza de que tal vez ella tampoco estuviera al corriente de nada y que solo siguiera órdenes de los de arriba. Ciertamente era que eso no cambiaba el hecho de que había encubierto un delito, pero era comprensible en una mujer tan ambiciosa como Nicola.

Llamaron a la puerta, aunque estaba abierta. Pia y Christian Kröger, que se había cambiado la ropa empapada por otra seca, entraron entonces.

–¿Cómo está la niña? –se interesó la comisaria jefe.

–Bien, de momento –respondió Pia–. Está dormida en mi despacho. Ostermann se ha quedado con ella.

–Bueno, entonces... no me queda nada más que felicitarlos. –La comisaria Engel sonrió–. Han hecho muy buen trabajo, de verdad.

Se levantó.

–Un momento, por favor –dijo Oliver para retenerla.

–¿Qué más falta? Estoy cansada, ha sido un día largo –dijo la comisaria jefe–. También ustedes tendrían que empezar a marcharse a casa.

–Erik Lessing, que en aquel entonces estaba infiltrado en la organización de los Frankfurt Road Kings, se había enterado a través de Bernd Prinzler, con quien había entablado amistad, de la existencia de una red de pederastia a la que, entre otros, pertenecía el entonces jefe superior en funciones de la Policía de Frankfurt. Igual que un secretario de Estado del Ministerio del Interior, un juez de la Audiencia Territorial de Hesse y toda una serie de fiscales, magistrados, políticos y grandes nombres de las finanzas y la economía. Quiso hacer pública esa información, y por eso tuvo que morir.

–Todo eso son disparates –dijo Nicola Engel.

–El superior de Lessing sabía en todo momento dónde se encontraba este – siguió diciendo Oliver sin hacer caso de su objeción–. Se organizó una redada secreta, pero no con un grupo de las fuerzas especiales, como suele ser lo habitual para operaciones en esos ambientes, y sobre todo cuando se trata de los Road Kings. No, en esa ocasión buscaron al destinatario perfecto para esa orden, que además era un excelente tirador, y también a una comisaria jefe ambiciosa de la que sabían que carecía de escrúpulos morales. Es decir, usted, señora Engel.

El rostro de Nicola Engel se volvió de piedra.

–Cuidado con lo que vas a decir, Oliver –advirtió, y se le olvidó tratarlo de usted, como hacía siempre que estaban delante de otras personas.

También él pasó a tutearla.

–Fuiste con Behnke a ese burdel y, justo antes de entrar, además, le pasaste un arma que no estaba registrada y que más adelante fue encontrada en el coche de Bernd Prinzler, como para que pareciera que había sido un tiroteo entre bandas. Ordenaste a Frank Behnke cometer un triple asesinato.

A Bodenstein no le hubiera extrañado que la comisaria jefe perdiese los papeles ante la gravedad de esas acusaciones, pero Nicola Engel permaneció completamente impassible, casi como Corinna Wiesner hacía un rato.

–Esa es una historia de veras fascinante. –Sacudió la cabeza–. ¿A quién se le ha ocurrido? ¿A Behnke, ese idiota borracho y vengativo?

–Nos lo contó él, sí –confirmó Christian Kröger–, y no tuve la sensación de que nos estuviera mintiendo.

Nicola Engel lo miró con desprecio. Después dirigió la vista a Pia y, por último, a Oliver.

–Esa acusación infundada les costará el puesto a los tres, se lo prometo –dijo con voz calmada.

Por un momento se hizo un silencio sepulcral; casi podría haberse oído caer un alfiler.

–Se equivoca. –Oliver se levantó de su silla–. La única de esta sala que va a perder su puesto es usted, señora Engel. Queda detenida como sospechosa de inducir un triple asesinato. Por desgracia no puedo ahorrárselo, porque me temo que, de no hacerlo, intentaría usted eliminar pruebas.

**R**ayaba el alba al otro lado de la ventana cuando Wolfgang Matern calló. Llevaba casi una hora y media hablando, al principio de manera entrecortada, después cada vez con mayor fluidez, casi como si no pudiera evitarlo. Meike lo

había escuchado, perpleja y conmovida. Wolfgang le había confesado que fue él quien delató a Hanna. Precisamente a él, a su mejor amigo, a quien conocía desde hacía más tiempo y en quien siempre había confiado sin pensárselo dos veces, le debía el peor momento de su vida.

–No tuve más remedio –fue la lapidaria respuesta a su pregunta de por qué lo había hecho–. Cuando me dio a leer ese borrador y vi los nombres, supe que sería una catástrofe.

–Pero ¡no para ti! –Meike estaba sentada en un sillón frente a él, rodeándose las rodillas con los brazos–. Tú no tienes nada que ver con toda esa mierda. ¡Al contrario! Por fin habrías podido librarte de tu padre y de..., de esos cabrones.

–Sí. –Wolfgang soltó un hondo suspiro y se frotó los ojos cansados–. Sí, habría podido. Pero es que no pensé que fuese a pasar todo esto. Pensé que podría convencer a Hanna para que lo olvidara, pero, antes de encontrar una ocasión para hablar con ella, mi padre había avisado a los Finkbeiner y ellos le habían echado a sus perros de presa al cuello.

Su padrino evitaba mirarla.

–Una tarde fui a visitar a Hanna al hospital. Me resultó espantoso verla así –susurró con voz ronca–. Meike, no puedes ni imaginarte lo mucho que me tortura saber que soy el único culpable. Incluso he pensado si no sería mejor matarme, pero hasta para eso soy demasiado cobarde.

Ante ella no estaba sentado un hombre, solo una sombra.

–¿Desde cuándo sabías a lo que se dedicaba tu padre? –preguntó.

–Desde siempre –admitió él–. Bueno, desde que tenía dieciséis o diecisiete años. Al principio no lo comprendía muy bien, pensaba que se veían con chicas jóvenes, con prostitutas. Mi madre siempre miró para otro lado. Debía de saber lo que hacía él.

–Tal vez por eso se suicidó. –Meike empezó a ver las relaciones ocultas y comprendió los dramas que debían de haberse vivido tras los muros de la hermosa villa de Oberursel.

–Sin duda esa fue la razón –confirmó Wolfgang. Estaba derregado en el sofá, parecía enfermo–. Incluso dejó una nota de despedida. Fui yo quien la encontró, y la escondí. Nadie más que yo la ha leído jamás.

–¡Y encima protegiste a tu padre, ese cerdo pervertido que empujó a tu madre a la muerte! –exclamó ella, indignada–. ¿Por qué? ¿Cómo hiciste algo así?

Wolfgang la miró por primera vez desde el inicio de la conversación. Su rostro estaba vacío, tenía una expresión tan aturdida y desesperanzada que Meike se asustó.

–Porque..., pues porque era mi padre –susurró–. Lo que deseaba era admirarlo, no encontrar algo malo en él. Mi padre era..., era lo que yo siempre había

querido ser, tan fuerte, tan seguro... Yo siempre luchaba por conseguir su reconocimiento, esperaba que algún día se sintiera orgulloso de mí y me respetara. Pero nunca lo ha hecho. Y ahora... está muerto y jamás podré decirle que..., ¡que lo desprecio! –Hundió el rostro en las manos y rompió a llorar–. Jamás podré enmendar las cosas –sollozó como un niño pequeño.

Después de todo lo que había hecho y tolerado por cobardía y debilidad, Meike no era capaz de sentir compasión por él.

–Sí, sí que puedes –dijo.

–¿Y cómo? ¿Cómo? –Levantó la cabeza, desesperado. Las lágrimas caían por sus mejillas sin afeitar–. ¿Cómo puedo arreglarlo?

–Puedes venir conmigo ahora mismo a la Policía y contárselo todo para que atrapen a esos tipos –contestó Meike–. Es lo mínimo que puedes hacer.

–¿Y qué pasará conmigo? ¿No soy cómplice? –Sonó lloroso y cargado de autocompasión.

Meike torció el gesto y contempló con repugnancia a ese cobarde miserable, ese gallina. ¿Qué era lo que tanto le había gustado y atraído de él?

–Yo no esperaría sentado sin hacer nada –sentenció–. Si no, no serás feliz en lo que te queda de vida.

Christian Kröger dejó con cuidado a la niña dormida en el asiento trasero del coche de Pia. Lilly estaba como un tronco, agotada tras la mayor aventura de su joven vida. Entretanto se había despertado un momento y, medio en sueños, le había preguntado a Pia si *Robbie* y *Simba* estarían en el cielo de los perros y qué pasaría con los niños del sótano. Antes de que Pia pudiera responderle ya se había quedado dormida otra vez, y en esos momentos parecía un angelito, roncando y envuelta en una suave manta de forro polar.

–Espero que no se haya quedado traumatizada de por vida –dijo Pia.

Christian cerró la puerta del coche haciendo el menor ruido posible.

–No lo creo –repuso–. Es una pequeñaja muy fuerte.

Ella suspiró y lo miró.

–Gracias, Christian. Le has salvado la vida.

–En fin... –Se encogió de hombros con timidez y esbozó una sonrisa–. Tampoco yo habría imaginado que un día saltaría a un río por propia voluntad, y de noche, además.

–Yo por Lilly habría saltado al Gran Cañón –dijo Pia–. Es como si fuera mi propia hija.

–Todas las mujeres tienen instinto maternal –afirmó Christian Kröger–. Por

eso no logro entender que una mujer como Corinna Wiesner haya podido hacer o permitir algo así.

–Está enferma. Igual que Helmut Grasser y todos esos pedófilos.

La inspectora se apoyó en el guardabarros de su coche y se encendió un cigarrillo. Todo había terminado. Habían resuelto sus tres casos y, con ellos, otros dos antiguos, y aun así no tenía ninguna sensación de satisfacción, no se sentía orgullosa en modo alguno. Kilian Rothemund limpiaría su nombre y Hanna Herzmann lograría recuperarse algún día. Michaela Prinzler había sobrevivido a la operación, y Emma había traído al mundo a un niño. Pia pensó en Louisa. Tenía unos padres que la querían y era lo bastante pequeña para poder olvidar todo lo que había vivido. Muchos otros niños no tenían esa suerte; se veían obligados a convivir con el recuerdo de las atrocidades sufridas, tal vez con secuelas psicológicas que los acompañaban como una sombra durante toda su vida adulta.

–Vete a casa e intenta dormir un poco –dijo Christian.

–Sí, eso haré. –Pia dio una calada al cigarrillo–. Debería alegrarme de que hayamos desarticulado esa importante red de pederastas, pero no soy capaz. Nunca dejará de abusarse de los niños.

–Por desgracia, no. –Christian asintió–. Igual que tampoco podremos impedir nunca que las personas sigan matándose.

El cielo empezaba a iluminarse por el este; pronto saldría el sol, como llevaba haciendo miles de millones de años, todas las mañanas, ajeno a las tragedias que pudieran desarrollarse en la tierra.

–Espero que ese cerdo esté en el fondo del río y que los peces lo devoren por todo lo que ha hecho. –Pia tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó pisándolo–. Todavía tengo que pasar por casa a buscar un par de cosas para llevarle a Christoph al hospital.

Kröger y ella se miraron, luego Pia abrazó a su compañero con espontaneidad.

–Gracias por todo –murmuró.

–No hay de qué –repuso él.

La inspectora iba a subirse ya al coche cuando un Mini rojo llegó al aparcamiento. ¡Meike Herzmann y Wolfgang Matern!

–¿Y estos qué quieren ahora?

–Tú te vas a casa ahora mismo. –Kröger la empujó al interior del coche–. De esto me encargo yo. Nos vemos el lunes.

Pia estaba demasiado agotada como para llevarle la contraria. Se abrochó el cinturón, arrancó el motor y se fue. A esa hora tan temprana de la madrugada de un sábado, las carreteras estaban vacías y llegó a Birkenhof en apenas diez minutos. Frente a la verja encontró un taxi con el motor en marcha. Pia puso el



freno de mano y se apeó. El corazón le dio un vuelco, pero esta vez no de miedo, sino de alegría y alivio. En el asiento del copiloto iba Christoph. Estaba pálido y llevaba una venda en la cabeza, pero por lo demás se le veía como siempre. En cuanto la vio aparecer, bajó del vehículo. Pia lo abrazó.

–Lilly está bien –le dijo en voz baja–. La tengo en el coche, dormida.

–Gracias a Dios –murmuró él. Le tomó el rostro con ambas manos y la miró–. ¿Y tú cómo estás?

–Eso tendría que preguntártelo yo a ti –repuso ella–. ¿Te han dejado salir del hospital así, sin más?

–La cama era muy incómoda. –Christoph sonrió de medio lado–. Y seguro que por una conmoción cerebral no hace falta que me quede ingresado.

El taxista bajó la ventanilla del lado del copiloto.

–Me alegro mucho de que se hayan reencontrado –dijo con burla–, pero ¿alguien podría pagarme?

Pia rescató el monedero de su mochila y le tendió un billete de veinte euros.

–Está bien así –dijo, luego abrió la verja y volvió a subirse al coche.

Christoph se sentó en el asiento del copiloto y Pia entró con el coche en la finca. Los cadáveres de los perros y las manchas de sangre del camino de entrada habían desaparecido, sin duda gracias a Hans Georg.

En el asiento de atrás, la pequeña Lilly se movió un poco.

–¿Ya hemos llegado? –preguntó medio dormida.

–¿Qué quiere decir ese «ya»? –Pia frenó delante de la casa–. Son las cuatro y media de la madrugada.

–¡Qué pronto! –exclamó Lilly, pero entonces se dio cuenta de que Christoph estaba allí y abrió mucho los ojos–. ¡El abuelo con turbante! ¡Qué gracioso estás! –Soltó una risita.

Pia miró a Christoph. Sí que tenía una pinta graciosa.

La tensión de las últimas horas se esfumó, y por fin se echó a reír.

–Como si con lo mío no tuviera ya suficiente... –comentó Christoph con sequedad–. Fuera del coche las dos, bobas. Antes que nada necesito un café.

–Yo también. –Lilly soltó un enorme suspiro–. Y a mamá y a papá no pienso decirles nada.

–¿De qué? –Pia y Christoph se volvieron hacia ella a la vez.

–Pues de que me dejáis tomar café, claro –contestó la niña, sonriendo de oreja a oreja.

## Epílogo

–*Välkommen til Sverige, mister De la Rosa.* –La joven funcionaria de aduanas sonrió con amabilidad y le tendió su pasaporte diplomático argentino–. *Jag hoppas att ni hade en trevlig flygning.*

–*Yes, thank you.* –Markus Maria Frey asintió, le devolvió la sonrisa y abandonó la zona de control aduanero del aeropuerto de Estocolmo.

Ella lo esperaba fuera, en la terminal. La reconoció al instante, aunque hacía bastante tiempo que no la veía. Los años le habían sentado bien, estaba más guapa de lo que la recordaba.

–¡Nicky! –Sonrió y le dio un beso en cada mejilla–. ¡Cómo me alegro de verte! Bienvenido a Suecia.

–Hola, Linda. Qué bien que hayas venido a buscarme –repuso él–. ¿Cómo está Magnus?

–Espera fuera, en el coche. –Lo tomó del brazo–. Me alegro de que hayas podido venir. Todo ese asunto de Alemania ha intranquilizado mucho a nuestros amigos de aquí.

–Una tormenta en un vaso de agua. –Markus Maria Frey, que según su pasaporte ahora se llamaba Héctor de la Rosa, le quitó importancia con un gesto de la mano–. Todo volverá a calmarse.

En la escalera mecánica tenían a una familia delante de ellos. El padre se peleaba con un carro de equipajes cargado hasta los topes, la madre parecía nerviosa. El niño ponía cara de enfadado. La niña, que no tendría más de cinco o seis años, estaba dando saltitos y no veía que llegaba el final de la escalera. Antes de que pudiera caerse y hacerse daño, Frey la agarró del brazo y la volvió a dejar de pie.

–*Kan du inte titta på?* –riñó la madre a su hija.

–Pero si no ha pasado nada –dijo Frey sonriendo, acarició el pelo de la pequeña y siguió andando.

Qué criaturita más encantadora, aunque se hubiera puesto a llorar. Los niños eran lo que le daba sentido a la vida.

Por la autora de **BLANCANIEVES DEBE MORIR**

**NELE NEUHAUS**

# EL LOBO FEROZ



MAEVA | NOIR

**D.J.57**

## Agradecimientos

Durante las investigaciones para escribir *El lobo feroz* descubrí el libro *Vater unser in der Hölle* (Padre nuestro que estás en el infierno), de Ulla Fröhling. Quedé sorprendida, sobrecogida y profundamente afectada por el terrible destino de la protagonista, y me di cuenta de que la historia que en un principio había querido escribir solo arañaba la superficie de lo que se oculta en el interior de la expresión «abusos a menores». He investigado y he leído mucho sobre el tema.

En el marco de mi patrocinio para el proyecto «101 Schutzengel gesucht» (Se buscan 101 ángeles de la guarda) de la asociación FeM Mädchenhaus de Frankfurt, hablé con las terapeutas de esa institución que se ocupan de chicas traumatizadas. Supe que casos como el que describe Ulla Fröhling en su libro, por desgracia, no son ni mucho menos aislados. El sufrimiento de niños y mujeres se da todos los días a puerta cerrada, en el seno de las familias y en círculos de amigos o conocidos. Tomé conciencia de lo actual que resulta el tema de los abusos sexuales a menores y de lo graves que son la situación y el miedo de los niños que son víctimas de ellos.

Le agradezco a Ulla Fröhling, de todo corazón, su libro tan valiente e importante. Con esta novela espero, por mi parte, poder contribuir al menos un poco a que este tema tabú no caiga en el olvido.

Durante la creación de este libro me han acompañado muchas personas maravillosas que me han animado y me han hecho regresar al camino correcto cuando me atascaba. En este sentido, debo una mención especial a Susanne Hecker y a mi querida colega escritora Steffi von Wolff.

A mis padres, el doctor Bernward y Carola Löwenberg, a mis maravillosas hermanas Claudia Cohen y Camilla Altvater, y también a mi sobrina Caroline Cohen, les agradezco su apoyo, su paciencia al leer el primer manuscrito y sus valiosísimos comentarios. Sois la mejor familia que nadie podría desear.

Mi enorme gratitud a Margrit Osterwold y, de nuevo, a Steffi. Habéis convertido a Hamburgo en un segundo hogar para mí.

Quisiera darles las gracias a Catrin Runge, a Gaby Pohl, a Simone Schreiber, a Ewald Jakobi, a Vanessa Müller-Raidt, a Iska Peller, a Frank Wagner, a Susanne Trouet, a Andrea Wildgruber, a Anke Demmig, a Anna Pfenninger, a Beate Caglar, a Claudia Gnass y a Claudia Herrmann. *Amicus certus in re incerta*

*ernitur*. Gracias por vuestra amistad.

Vaya un agradecimiento especial para los espléndidos colaboradores de la editorial Ullstein, por su confianza y su apoyo. Y muy especialmente les doy las gracias a mis magníficas editoras Marion Vazquez y Kristine Kress, que con sensibilidad y aliento han hecho que una idea inicial se convierta en un libro.

También agradezco a todos mis lectores y lectoras el hecho de que les gusten mis libros, porque eso me hace feliz.

Por último, le doy las gracias de todo corazón a una persona muy especial. Be45, ya he llegado. Así debe ser, así sea.

Nele Neuhaus

## Nota de la autora

**E**ste libro es una novela. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con hechos reales, es puramente casual y no ha sido buscado por la autora.

## La serie del Taunus

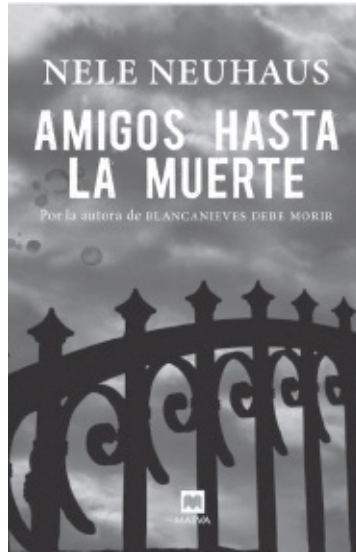
Ambientada en el encantador paisaje de la región del Taunus, cerca de Frankfurt, la serie protagonizada por los policías Oliver von Bodenstein y Pia Kirchhoff se ha convertido en el gran éxito del *local crime* europeo.

### ¿Has leído todos los títulos?



#### **Blancanieves debe morir**

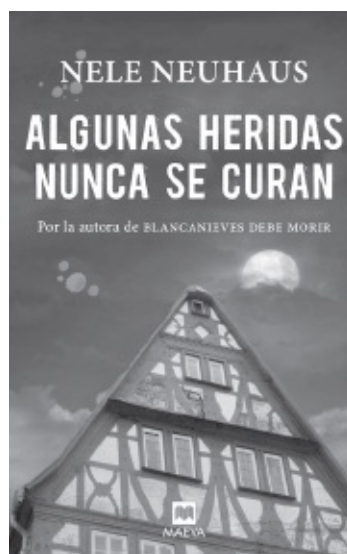
Dos asesinatos, una condena y un muro de silencio.  
El libro que catapultó a Nele Neuhaus a la fama.



### **Amigos hasta la muerte**

Un paisaje pintoresco.  
Un hallazgo espeluznante.  
Un lugar donde todo el mundo tiene algo que ocultar.

«Las novelas de Nele Neuhaus muestran su evolución como escritora y las razones que la han llevado a ser una autora súper ventas en Alemania.»  
–*Publishers Weekly*



### **Algunas heridas nunca se curan**

¿Qué precio pagarías por rehacer tu vida?



Tarde o temprano, el pasado llamará a tu puerta.



### **Quien siembra vientos recoge tempestades**

El misterio del parque eólico, el caso más personal de Pia Kirchhoff y Oliver von Bodenstein.

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Nele Neuhaus, 2018

© de la traducción, Laura Manero Jiménez

© de la cubierta, Opalworks sobre imagen de Shutterstock

© Maeva Ediciones, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

[emaeva@maeva.es](mailto:emaeva@maeva.es)

[www.maeva.es](http://www.maeva.es)

ISBN: 9788417108434

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

\*  
— Sistema automatizado de identificación de huellas dactilares. (*N. de la T.*)

# Table of Contents

## PERSONAJES Y LUGARES DE LA NOVELA

Prólogo

Jueves, 10 de junio de 2010

Viernes, 11 de junio de 2010

Lunes, 14 de junio de 2010

Jueves, 24 de junio de 2010

Viernes, 25 de junio de 2010

Sábado, 26 de junio de 2010

Domingo, 27 de junio de 2010

Lunes, 28 de junio de 2010

Martes, 29 de junio de 2010

Miércoles, 30 de junio de 2010

Jueves, 1 de julio de 2010

Viernes, 2 de julio de 2010

Sábado, 3 de julio de 2010

Epílogo

Agradecimientos

Nota de la autora

Créditos

Notas